

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA

LIBRO 7

LOS TALISMANES DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Lectulandia

Los herederos de Shannara lucharán para salvar las Cuatro Tierras en una épica batalla final.

Los umbríos dominan las Cuatro Tierras y lo han contaminado todo con su magia negra. Y su líder, Rimmer Dall, está decidido a acabar con los herederos de Shannara.

Contra Walker Boh envía a los terribles Cuatro Jinetes. Contra Wren, a un amigo desleal. Y, para Par, prepara el más terrible de los fines.

Con estas trampas hábilmente dispuestas, los herederos están condenados al fracaso y no podrán cumplir la misión que les encargó el espectro del druida Allanon... a menos que Par descubra cómo utilizar el poder de la mítica espada de Shannara.

Lectulandia

Terry Brooks

Los talismanes de Shannara

Las crónicas de Shannara. El legado de Shannara - 4

ePub r1.0

Titivillus 27-03-2019

Título original: *The Talismans of Shannara*
Terry Brooks, 1993
Traducción: María Alberdi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

*Para todos mis amigos de Del Rey Books, entonces y ahora.
¡Qué bien nos lo hemos pasado!*





La oscuridad se apoderaba de las Cuatro Tierras a medida que la luz languidecía y las sombras se alargaban de forma gradual. El calor sofocante del final de verano remitía conforme la esfera ardiente del sol se escondía por el oeste y el aire caliente y viciado se enfriaba. El silencio que acompañaba al final del día hizo que la tierra enmudeciera, y las hojas y la hierba temblaban de expectación ante la llegada de la noche.

En la desembocadura del río Mermidón, donde este vertía sus aguas en el Lago del Arco Iris, se alzaba la Atalaya Sur, negra, impenetrable y muda. El viento acarició las aguas del lago y del río, pero no se acercó al obelisco, como si tuviera prisa por llegar a lugares más agradables. El aire brillaba de forma tenue alrededor de la oscura torre; la piedra irradiaba oleadas de calor y creaba imágenes espectrales que salían disparadas por los aires. En la orilla, un cazador solitario levantó la vista, inquieto, y siguió andando a paso ligero.

En el interior de la torre, los umbríos se dedicaban a sus tareas en un silencio fantasmal, encapuchados, con el rostro oculto y lleno de determinación.

Rimmer Dall estaba de pie junto a una ventana, contemplando el campo que se oscurecía conforme el color desaparecía de la tierra y la noche se asomaba con sigilo por el este, con intención de instalarse en ella.

«La noche, nuestra madre, nuestro consuelo».

Estaba de pie con las manos entrelazadas a la espalda, rígido bajo la ropa oscura, con la capucha apartada de su cara huesuda y cubierta de barba pelirroja. Su aspecto era el de un hombre duro, desprovisto de sentimientos, y, si aquello tuviera la más mínima importancia para él, le habría complacido. Pero hacía mucho tiempo que al Primer Buscador había dejado de interesarle su aspecto, hacía mucho que no se molestaba siquiera en pensar en ello. Su

exterior carecía de importancia; podía ser lo que se le antojara. Lo importante era lo que ardía en su interior, lo que le daba vida.

Le brillaban los ojos mientras miraba más allá de lo que tenía ante él, a lo que algún día sería.

A lo que le había sido prometido.

Cambió ligeramente de postura, a solas con sus pensamientos en el silencio de la torre. Para él, los demás no existían, eran espectros inmateriales. De las profundas entrañas de la torre le llegaban los ruidos producidos por el incesante trabajo de la magia, el vibrante zumbido de su respiración, el rugido de su corazón. Aguzó el oído sin darse cuenta, una costumbre que sosegaba su mente atormentada. El poder les pertenecía, lo habían extraído del éter y convertido en materia, lo habían moldeado, le habían dado forma y un propósito. Era el poder que caracterizaba a los umbríos y solo les pertenecía a ellos.

A pesar de los druidas y sus secuaces.

Esbozó una débil sonrisa, pero su boca se negó a mantenerla y desapareció en la línea tensa de sus labios. Su mano izquierda enguantada se retorció entre los dedos desnudos de la derecha. Poder para el poder, fuerza para la fuerza. En su pecho brillaba la insignia plateada de la cabeza del lobo.

Zum, zum. Desde abajo le llegaba el sonido producido por el incesante trabajo de la magia.

Rimmer Dall se giró hacia la habitación en penumbra, una estancia en la que hasta hacía poco había mantenido prisionero a Coll Ohmsford. El joven del valle ya no estaba allí; él pensaba que había escapado, pero en realidad lo habían dejado marchar para esclavizarlo en otro sentido. Había salido en busca de su hermano Par.

El que tenía la magia auténtica.

La magia que sería suya.

El Primer Buscador se apartó de la ventana y se sentó ante la mesa de madera tosca. La silla alta y frágil crujió bajo el peso de su enorme cuerpo. Entrelazó las manos sobre la mesa frente a él y apoyó en ellas su cara de facciones afiladas.

Todos los Ohmsford, todos los herederos de Shannara, habían regresado a las Cuatro Tierras tras concluir sus respectivas misiones. Walker Boh había vuelto de Eldwist, a pesar de haber enviado a Pe Eltar para acabar con él, y, una vez recuperada la piedra élfica negra y comprendida su magia, había logrado devolver Paranor al mundo de los hombres y convertirse él mismo en el primero de los nuevos druidas. Y Wren Elessedil había regresado de

Morrowindl con Arborlon y los elfos tras descubrir la magia de las piedras élficas, así como su verdadera identidad y su herencia. Se habían cumplido dos de los tres encargos de Allanon. Se habían dado dos de los tres pasos.

«Par ha de ser el último, por supuesto», se dijo Rimmer Dall. Debía encontrar la espada de Shannara, la espada que tenía que revelarle la verdad.

«Juegos disputados por ancianos y fantasmas», caviló Rimmer Dall. Misiones, persecuciones y búsquedas de la verdad. Pero él conocía la situación mejor que ellos, y la verdad era que nada de todo eso importaba porque, al fin y al cabo, la magia lo era todo y esta pertenecía a los umbríos. Le irritaba que, a pesar de sus esfuerzos para impedirlo, hubieran vuelto los elfos y Paranor. Todos a los que había enviado para detener a los herederos de Shannara habían fallado. Su fracaso les había costado la muerte, pero eso no había logrado aplacar la irritación de Rimmer Dall. Tal vez debería haberse encolerizado... o hasta preocupado. Pero Rimmer Dall confiaba en su poder, estaba seguro de controlar los acontecimientos y los tiempos. No le cabía duda de que el futuro seguía estando en sus manos. Si Teel y Pe Eltar le habían fallado, otros no lo harían.

«Zum, zum», susurraba la magia.

Así pues...

Rimmer Dall frunció el ceño. Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo. Dejaría que los acontecimientos que ya había puesto en marcha siguieran su curso y entonces sería demasiado tarde para los planes del druida muerto. «Hay que mantener al Tío Oscuro y a la chica lejos el uno del otro. Que no se enteren de lo que pasa. Que no hagan frente común».

«Que no encuentren a los hermanos del valle».

Lo que necesitaba era algo que los distrajera, algo que los mantuviera ocupados. O mejor aún, algo que terminara con ellos. Ejércitos, por supuesto, para aplastar tanto a los elfos como a los nacidos libres. Soldados de la Federación, umbríos Escaladores y a todos cuantos pudiera reunir para barrer de un plumazo a esos estúpidos fuera de su vista. Pero quería algo más, algo especial para los descendientes de Shannara, con todos sus trucos de magia y hechizos drúidicos.

Reflexionó sobre el asunto durante largo rato mientras la luz grisácea del crepúsculo daba paso a la noche. La luna se elevaba por el este como una guadaña recortada contra la negrura y las estrellas brillantes parecían cabezas de alfiler plateadas. Su resplandor penetró en la oscuridad que rodeaba al Primer Buscador y transformó su rostro en una calavera.

«Sí», se dijo, asintiendo para sus adentros.

El Tío Oscuro estaba obsesionado con la herencia del druida. Le enviaría algo para burlarse de esa debilidad, algo que lo confundiera y lo frustrara. Le enviaría a los cuatro jinetes.

Y la chica. Wren Elesedil había perdido a su protector y consejero. Le daría a la persona que pudiera llenar ese vacío. Él mismo elegiría a alguien para que fuera a por ella, alguien que la tranquilizara y la consolara, que calmara sus temores para, a continuación, traicionarla y arrebatárselo todo.

Los demás no eran una amenaza, ni siquiera el líder de los nacidos libres o el joven de las Tierras Altas. No podían hacer nada sin los Ohmsford. Si conseguía encerrar al Tío Oscuro en su fortaleza y poner fin al breve reinado de la reina elfa, los planes que con tanto cuidado había trazado el fantasma del druida fallarían. Allanon volvería a hundirse en las aguas del Cuerno del Hades junto con el resto de sus compañeros muertos, volvería al pasado al que pertenecía.

Sí, los demás no contaban.

Pero de todas formas iría a por ellos.

Y aunque todos sus intentos fueran para nada, aunque no pudiera hacer más que perseguirlos como un perro a su presa, se conformaría con eso si así conseguía apoderarse del alma de Par Ohmsford. Le bastaba con eso para poner fin a todas las esperanzas de sus enemigos. Solo eso. El borde del precipicio estaba cerca y el joven del valle ya había echado a andar hacia él. Su hermano sería el cebo que lo atraería como a un lobo en plena caza. Coll Ohmsford estaría a esas alturas bajo el hechizo del sudario-espejo, sería esclavo de la magia que había creado la capa. La había robado para disfrazarse, sin imaginar que así lo había previsto Rimmer Dall, sin sospechar ni por un momento que era una trampa mortal que lo sometería a los oscuros objetivos del Primer Buscador. Coll Ohmsford perseguiría a su hermano y provocaría un enfrentamiento. Y lo haría porque la capa no le permitiría hacer otra cosa, pues alojaba en su interior una locura de la que solo podría librarse con la muerte de su hermano. Par se vería obligado a luchar. Y, como carecía de la magia de la espada de Shannara, las armas convencionales no bastarían para detener a la especie de umbrío en que se habría convertido su hermano y estaría aterrado de que se tratara de otro truco, recurriría a la magia de la Canción.

Tal vez matara a su propio hermano, pero esta vez lo haría de verdad, para a continuación darse cuenta, cuando fuera demasiado tarde para cambiar las cosas, de lo que había hecho.

O tal vez no. Tal vez dejara escapar a su hermano, y eso sería su perdición.

El Primer Buscador hizo un gesto indiferente. Fuera como fuese, el resultado sería el mismo. En cualquier caso, el joven del valle estaba acabado. El impacto que le provocaría lo que había hecho con la magia lo trastornaría, le haría perder el control de su poder y lo convertiría en un instrumento en manos de Rimmer Dall. De eso él estaba seguro porque, a diferencia de los herederos de Shannara y de su mentor, él comprendía la magia élfica, la magia que le correspondía por su linaje y por derecho. Comprendía lo que era y cómo funcionaba. Sabía lo que Par ignoraba: qué le pasaba a la Canción, por qué actuaba como lo hacía, cómo había escapado a su control hasta convertirse en algo indómito que hacía lo que se le antojaba.

Par estaba cerca. Muy cerca.

«El peligro de lidiar con la bestia está en que tú mismo te conviertas en una».

Él era casi uno de ellos.

No tardaría en serlo.

Por supuesto, existía la posibilidad de que el joven del valle descubriera antes de tiempo la verdad acerca de la espada de Shannara. ¿El arma que llevaba, la que Rimmer Dall le había entregado tan fácilmente, era el talismán que buscaba o una imitación? Par Ohmsford seguía sin saberlo. Contaba con que no lo averiguara. Y, aunque lo hiciera, ¿de qué le serviría? Las espadas tenían doble filo y podían cortar en ambos sentidos. La verdad sería para Par más perjudicial que útil...

Rimmer Dall se levantó y se acercó de nuevo a la ventana, una sombra en la oscuridad de la noche, encorvada y agazapada para protegerse de la luz. Los druidas no lo comprendían; nunca lo habían hecho. Allanon era un anacronismo antes incluso de que se hubiera convertido en lo que Bremen había querido hacer de él. Druidas... Utilizaban la magia como estúpidos jugando con fuego: asombrados ante sus posibilidades, pero aterrorizados por los peligros que implicaba. No era de extrañar que se hubieran quemado tan a menudo. Pero eso no les había impedido aceptar ese don misterioso. Juzgaban demasiado deprisa a quienes intentaban ejercer el poder, a los umbríos sobre todo, y los señalaban como enemigos para destruirlos.

Como se habían destruido a sí mismos.

Sin embargo, había proporcionalidad y lógica en la visión que los umbríos tenían de la vida; para ellos la magia no era un juguete, sino la esencia de su naturaleza y su identidad, y la defendían, protegían y adoraban. Nada de

medias tintas que negaban la accesibilidad de la vida ni de advertencias interesadas para asegurarse de que nadie más la utilizaba. Nada de admoniciones ni toques de atención. Nada de juegos. Los umbríos no eran más que lo que la magia hacía de ellos y, una vez aceptado eso, la magia podía convertirlos en cualquier cosa.

Las copas de los árboles de los bosques y acantilados de las montañas Runne parecían montículos oscuros sobre la superficie lisa y plateada del Lago del Arco Iris. Rimmer Dall contempló el mundo y vio lo que los druidas jamás habían sido capaces de ver.

Que pertenecía a aquellos que eran lo bastante fuertes para tomarlo, sostenerlo y darle forma. Que existía para que otros lo utilizaran.

Sus ojos, del color de la sangre, ardían.

Era irónico que los Ohmsford hubieran servido tanto tiempo a los druidas, cumpliendo sus misiones, llevando a cabo sus búsquedas, siguiendo sus visiones de verdades que nunca habían existido. Las historias eran leyenda. Shea y Flick; Wil, Brin y Jair; y ahora, Par. Todo había sido inútil. Pero esto pondría el punto final. Porque Par serviría a los umbríos y, al hacerlo, rompería el vínculo entre los druidas y los Ohmsford.

—Par. Par. Par.

Rimmer Dall susurró su nombre en la noche: una letanía que inundó su mente con las visiones de un poder que nadie podría arrebatarse.

Permaneció mucho tiempo junto a la ventana, soñando con el futuro.

Luego se retiró bruscamente y bajó a las profundidades de la torre en busca de alimento.

2

La bodega situada bajo el molino estaba sumida en la sombra y los débiles rayos que se filtraban por las tablas del suelo no tardaron en desvanecerse en la débil luz del crepúsculo. Fuera de su refugio seguro, tras ser perseguido por las catacumbas vacías y finalmente acorralado contra la trampilla atascada por la que había pensado escapar, Par Ohmsford se agazapó como un animal rabioso, esgrimiendo ante sí la espada de Shannara en actitud defensiva. Entonces, el intruso que le había perseguido hasta allí se detuvo en seco y levantó la mano para quitarse la capucha que le tapaba la cara.

—Muchacho, soy yo —susurró una voz familiar.

La capucha cayó y dejó al descubierto una cabeza morena, pero seguía estando demasiado oscuro...

La figura dio un paso hacia delante con cautela, bajando la mano que enarbolaba el cuchillo largo.

—¿Par?

De pronto, los rasgos del intruso quedaron iluminados por un haz de brumosa luz gris y Par jadeó por la sorpresa.

—¡Padishar! —exclamó, aliviado—. ¿Eres tú?

El cuchillo desapareció bajo la capa y se oyó una risa débil e inesperada.

—El mismo que viste y calza. ¡Maldita sea, pensaba que nunca te encontraría! He recorrido Tyrsis de punta a punta, hasta el último escondrijo, y allá donde iba me estaban esperando la Federación y los buscadores umbríos. —Se acercó al pie de la escalera, esbozando una amplia sonrisa, con los brazos extendidos—. Ven aquí, muchacho. Deja que te vea.

Par bajó la espada de Shannara y recorrió las escaleras con una mezcla de cansancio y gratitud.

—Creía que eras... Me asusté...

Entonces Padishar lo estrechó entre sus brazos, dándole palmaditas en la espalda y levantándolo del suelo como si fuera un fardo de tela.

—¡Par Ohmsford! —exclamó, dejando al joven del valle en el suelo y sujetándolo por los hombros para examinarlo. Esbozó una sonrisa radiante y despreocupada y se echó a reír de nuevo—. ¡Estás hecho una piltrafa!

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto que digamos —respondió Par con una mueca. El hombre corpulento tenía en la cara y el cuello cicatrices de heridas de guerra que no estaban allí cuando se habían separado. Negó con la cabeza, abrumado—. Suponía que habrías conseguido huir del Pozo, pero me alegro de verte y poder confirmarlo.

—¡Ah, han ocurrido muchas cosas desde entonces, joven del valle! —El pelo lacio de Padishar estaba enredado y tenía profundas ojeras por la falta de sueño. Miró a su alrededor—. ¿Estás solo? Eso no me lo esperaba. ¿Dónde está tu hermano? ¿Y Damson?

—Coll... —empezó a responder Par mientras su sonrisa se desvanecía, pero no pudo terminar—. Padishar, no puedo... —Apretó la empuñadura de la espada de Shannara, como si al hacerlo se aferrara a la cuerda salvavidas que de pronto necesitaba—. Damson ha salido esta mañana y aún no ha vuelto.

—¿Salido? ¿Adónde, muchacho? —inquirió Padishar, entornando los ojos.

—En busca de un camino para salir de la ciudad. O, a falta de uno, otro escondite. La Federación está en todas partes. Pero no te estoy contando nada que no sepas. Tú mismo los has visto. ¿Cuánto tiempo llevas buscándonos, Padishar? ¿Cómo has encontrado este lugar?

—Un golpe de suerte —respondió Padishar, dejando caer sus grandes manos—. Fui a todos los escondites que me vinieron a la mente, los más recientes, los que Damson nos preparó el año pasado. Este es viejo, hace cinco años que lo preparó y no lo habíamos utilizado en los últimos tres. Me acordé de él después de haberos buscado en todos los demás. —De pronto se sobresaltó—. ¡Muchacho! —exclamó, reparando de repente en la espada que Par tenía en la mano—. ¿Es esta? ¿Es la espada de Shannara? Entonces, ¿la has encontrado? ¿Cómo la sacaste del Pozo? ¿Dónde...?

De la oscuridad a sus espaldas les llegó el ruido de botas que bajaban por la escalera de madera, seguido del sonido metálico de armas y un murmullo de voces. Padishar se dio la vuelta. Los ruidos eran inconfundibles. Unos hombres armados bajaban por las escaleras traseras hasta la habitación que Par acababa de abandonar y cruzaban la misma puerta por la que había

entrado Padishar. A continuación entraron sin dudar en los túneles del otro lado, guiándose con antorchas que humeaban y chisporroteaban en la oscuridad.

Padishar se giró de nuevo, agarró a Par del brazo y tiró de él hacia la trampilla.

—La Federación. Deben de haberme seguido. O tenían vigilado el molino.

—Padishar, la puerta... —Par dio un traspié, tratando de soltarse.

—Paciencia, muchacho —lo interrumpió, empujándolo hasta la parte superior de las escaleras—. Estaremos fuera antes de que nos alcancen.

Se abalanzó sobre la trampilla y retrocedió trastabillando, con una expresión de incredulidad reflejada en su tosco rostro.

—Eso intentaba decirte —susurró Par, soltándose y mirando hacia atrás, en dirección a sus perseguidores. Levantó la espada de Shannara de forma amenazadora—. ¿Hay otra salida?

La respuesta de Padishar fue arrojarse repetidas veces contra la trampilla, empleando todas sus fuerzas y su gran corpulencia para derribarla. La puerta se negó a moverse y, aunque se rajaron y astillaron algunas de sus tablas con las embestidas, no cedió.

—¡Maldición! —exclamó el líder de los nacidos libres.

Los soldados de la Federación abandonaron el pasadizo y entraron en la habitación. Al frente iba un buscador envuelto en una capa negra. Vieron a Padishar y a Par paralizados en la escalera de la trampilla y se abalanzaron sobre ellos. Con un sable en una mano y el cuchillo largo en la otra, Padishar bajó las escaleras para hacerles frente. Los primeros fueron derribados al instante. El resto se detuvo y adoptó una actitud precavida, haciendo amagos y arremetiendo con cautela, tratando de alcanzarle por el costado. Par se quedó detrás de él, lanzando estocadas para cubrirle los flancos. Poco a poco, los dos subieron de nuevo las escaleras para obligar a sus agresores a atacarlos de frente.

La lucha estaba perdida. Eran veinte como mínimo. Si lanzaban una buena ofensiva, estarían acabados.

Par se golpeó la cabeza con la trampilla. Se giró lo justo para darle un último empujón, pero seguía atascada. Sintió que en su interior se abría un foso de desesperación. Estaban atrapados.

Sabía que iba a tener que recurrir a la magia de la Canción.

Abajo, Padishar arremetía contra sus asaltantes y los obligaba a retroceder una docena de escalones.

Par conjuró la magia y sintió cómo la Canción acudía a sus labios y le dejaba un gusto amargo. No había sido lo mismo desde que había huido del Pozo. Nada había sido lo mismo. Los soldados de la Federación se unieron en un contraataque que obligó a Padishar a subir las escaleras. Los rasgos afilados del proscrito brillaban por el sudor.

De pronto algo se movió arriba y la trampilla se abrió. Par llamó a gritos a Padishar y, sin preocuparse ya por nada más, se precipitaron escaleras arriba, cruzaron la trampilla y se encontraron en el molino.

Allí estaba Damson Rhee, con el cabello pelirrojo ondeando detrás de su figura envuelta en una capa, corriendo hacia un boquete abierto en las paredes de madera del molino mientras pedía a gritos que la siguieran. Damson se volvió, veloz como un gato, para hacer frente a los soldados, en su mano vacía brotó un fuego y les arrojó llamaradas a la cara. Pasó entre ellos girando sobre sí misma y esparciendo a diestro y siniestro la magia para despejar el camino. Par y Padishar se apresuraron a seguirla, gritando como locos. Los soldados trataron en vano de reagruparse. Ninguno pudo acercarse a Par. Luchando como un poseso, Padishar los mató allí mismo.

De pronto se encontraron en la calle, inhalando el húmedo aire de la noche con la cara bañada en sudor y la respiración ruidosa como un motor de vapor. Había caído la noche en forma de una espesa bruma crepuscular de porquería y polvo que flotaba en las estrechas callejuelas entre las murallas. La gente corría dando gritos mientras los soldados de la Federación aparecían por todas partes, profiriendo maldiciones y apartando a empujones a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Sin decir una palabra, Damson condujo a Padishar y a Par por una callejuela y les hizo cruzar un túnel ennegrecido que apestaba a escombros y excrementos. La huida fue rápida pero engorrosa. Damson los llevó por una calleja hasta la puerta lateral de una taberna. Entraron al interior escasamente iluminado, pasaron por delante de hombres encorvados sobre las mesas y desplomados en las sillas, alrededor de barriles y a lo largo de un mostrador, y salieron por la puerta delantera.

A ambos lados se extendía un porche destartado de listones de madera y con el techo bajo y combado. La calle estaba desierta.

—¿Por qué has tardado tanto, Damson? —susurró Par mientras corrían—. Esa trampilla...

—Fue culpa mía, Par —respondió la muchacha, enfadada—. La bloqueé con máquinas para ocultarla. Pensé que así estarías más seguro. Me equivoqué. Pero yo no he traído a los soldados. Deben de haberlo descubierto

ellos solos o haber seguido a Padishar. —El hombre corpulento empezó a hablar, pero ella lo interrumpió—. Rápido. Ya están aquí.

De entre las sombras, las formas oscuras de los soldados de la Federación salieron en tropel a la calle. Damson dio media vuelta, cruzó hasta la hilera de edificios que se levantaban al otro lado y los condujo por una callejuela muy estrecha en la que apenas cabían, perseguidos por aullidos encolerizados.

—¡Tenemos que volver a la Vía Tyrshiana! —jadeó la muchacha.

Irrumpieron en un mercado, resbalando con los restos de comida y chocando con los cubos de basura. Un par de puertas altas les impidieron continuar y Damson trató inútilmente de retirar la barra que las atrancaba. Al final, Padishar destrozó una de ellas con una enérgica patada.

Al verlos salir, los soldados se precipitaron a su encuentro con las espadas desenvainadas. Padishar arremetió contra ellos y los lanzó por los aires. Dos cayeron desplomados y el resto se desperdigó.

Un repentino movimiento a la izquierda de Par le hizo girar la cabeza. De la noche surgió un buscador; la cabeza del lobo brillaba en su capa oscura. Par arrojó sobre él la magia de la Canción en forma de serpiente monstruosa y el buscador retrocedió tambaleándose y profiriendo alaridos.

Corrieron calle abajo, atajando en diagonal hasta una segunda calle y luego una tercera. La huida estaba poniendo a prueba la resistencia de Par; su respiración era tan jadeante que amenazaba con ahogarlo y tenía la garganta seca por el polvo y el miedo. Todavía estaba débil por la lucha en el Pozo y no se había recuperado del todo de las secuelas de haber usado la magia. Se llevó al pecho la espada de Shannara en un gesto protector; le parecía cada vez más pesada.

Doblaron una esquina y se detuvieron a la entrada de un establo, conscientes de que el tumulto aumentaba a su alrededor.

—¡No pueden haberme seguido! —dijo Padishar de pronto, escupiendo sangre entre sus labios cuarteados.

—No me lo explico, Padishar —respondió Damson, sacudiendo la cabeza—. Han descubierto todos los escondites seguros; los he encontrado en cada uno de ellos, esperándome. Incluso en este.

—Debí imaginarlo —dijo el jefe de los proscritos. Sus ojos brillaron de pronto al comprender—. Fue ese umbrío, el que mató a Hirehone, el que se hizo pasar por uno de los enanos. —Par levantó la cabeza—. ¡Descubrió nuestros escondites seguros y les explicó cómo encontrarlos, como hizo con el Saliente!

—¡Un momento! ¿Qué enano? —preguntó Par, confundido.

Pero Damson había empezado a andar de nuevo y los dos tuvieron que seguirla mientras bajaba por un camino y cruzaba una plaza en la que desembocaban media docena de callejas. Siguieron avanzando con agotamiento en medio del calor y la oscuridad hacia la Vía Tyrsiana, la calle principal de la ciudad. Par no dejaba de hacerse preguntas mientras seguía andando entre tambaleos, pero determinado a seguir. ¿Los había delatado un enano? Steff o Teel... ¿U otro? Trató de escupir para aliviar la sequedad de su garganta. ¿Qué había pasado en el Saliente? ¿Y dónde estaba Morgan Leah?, se preguntó de pronto.

De repente apareció ante ellos una hilera de soldados que les cortó el paso. Damson se apresuró a empujar a Padishar y a Par hacia las sombras del edificio.

—He encontrado al Topo —les susurró apresuradamente al oído, mirando a izquierda y derecha mientras se alzaban nuevos gritos—. Nos espera en el taller de cuero de la Vía Tyrsiana para sacarnos de la ciudad por los túneles.

—¡Ha escapado! —exclamó Par.

—Te dije que era un tipo con recursos. —Damson tosió y esbozó una sonrisa—. Pero tenemos que llegar hasta donde nos espera si queremos que nos ayude... Necesitamos cruzar la Vía Tyrsiana y pasar junto a esos soldados que nos cortan el paso. Si nos separamos, no os paréis. Seguid adelante.

Antes de que alguno de los dos pudiera protestar, ya había salido disparada hasta una calleja bordeada de almacenes cerrados. Padishar logró formular una breve y furiosa objeción y salió tras ella, seguido de Par. Fueron de la calleja a la calle del otro lado y giraron en la Vía Tyrsiana. Ante ellos aparecieron soldados, apenas un puñado, que escudriñaban la noche. Padishar se abalanzó sobre ellos, furioso, blandiendo el sable en el que se reflejaba una siniestra luz plateada. Damson hizo girar a Par a la izquierda y pasaron por delante de sus contrincantes. Aparecieron más soldados y, de pronto, había enemigos por todas partes; salían de la oscuridad en grupos reducidos y daban vueltas, frenéticos. La luna había desaparecido detrás de un montón de nubes y las farolas de la calle estaban apagadas. Estaba tan oscuro que era imposible distinguir amigo de enemigo. Damson y Par se abrieron paso por entre el tumulto, retorciendo manos que trataban de agarrarlos y apartando a empujones cuerpos que les cortaban el paso. Oyeron el grito de guerra de Padishar, seguido de un furioso choque de espadas.

Más adelante, la noche se vio invadida por un resplandor naranja brillante cuando algo explotó en el centro de la vía.

—¡Topo! —gritó Damson.

Se precipitaron hacia la luz, una columna de fuego que brillaba en la oscuridad. Junto a ellos pasaban cuerpos en todas direcciones que zarandearon a Par con tanta fuerza que perdió a Damson. Retrocedió para buscarla, pero cayó en una maraña de brazos y piernas al chocar con un soldado que huía. El joven del valle intentó levantarse, llamando a gritos a Damson. La espada de Shannara reflejó el fuego naranja cuando la blandió primero hacia un lado y luego hacia el otro, gritando.

De pronto, Padishar apareció de la nada y lo ayudó a levantarse, se lo cargó a los hombros y se dirigió a la seguridad de los edificios sin luz. Las espadas les cortaban el paso, pero él era rápido y fuerte y esa noche nadie estuvo a su altura. El líder de los nacidos libres pasó corriendo entre los últimos soldados de la Federación y llegó al pasadizo que se perdía a lo largo de los edificios del otro lado de la vía. Lo recorrió a toda velocidad, pasando por encima de cubos y barriles, apartando bancos a patadas y pasando a todo correr entre los soportes de los aleros y los escombros de la jornada de trabajo.

Los talleres de cuero estaban más adelante, silenciosos y aparentemente vacíos. Padishar corrió con todas sus fuerzas hasta el primero y traspasó el umbral como si no hubiera puerta, arrancándola de las bisagras de un empujón.

Una vez en el interior, tiró de Par y se giró, furioso.

No había rastro de Damson.

—¡Damson! —gritó.

Los soldados de la Federación se acercaban a los talleres de cuero, llegados de todas partes.

—¡Topo! —gritó Padishar con desesperación, con la cara roja y negra por la sangre y el polvo.

De las sombras del fondo del taller salió una cara peluda.

—Por aquí —respondió el Topo con voz serena—. Rápido, por favor.

Par vaciló, buscando todavía a Damson con la mirada, pero Padishar lo agarró de la capa y lo llevó a rastras.

—No hay tiempo, muchacho.

El Topo levantó la cara con expresión interrogante y los ojos brillantes cuando se acercaron a él.

—¿Y la encantadora Damson...? —preguntó, pero Padishar lo interrumpió negando con la cabeza.

El Topo parpadeó y luego les dio la espalda sin decir palabra. Los llevó por una puerta que conducía a unos almacenes y después por una escalera hasta un sótano. En una pared en la que todas las juntas parecían selladas, se dirigió a un panel que cedió solo con tocarlo y, sin mirar una sola vez atrás, les hizo cruzarlo.

Se encontraron en el rellano de una escalera que bajaba a las alcantarillas de la ciudad. El Topo volvía a estar en casa. Bajó despacio a las húmedas y frías catacumbas; la luz era apenas lo bastante intensa para que Padishar y Par pudieran seguirlo. Al pie de las escaleras le pasó una antorcha con la punta negra de hollín al jefe de los proscritos, que se arrodilló sin decir nada para encenderla.

—¡Tenemos que volver a por ella! —siseó Par, furioso.

La cara llena de heridas de Padishar emergió de las sombras como si estuviera tallada en piedra.

—Calla, joven del valle, no sea que se me olvide quién eres —respondió el jefe de los proscritos, dirigiéndole una mirada aterradora.

Creó una pequeña llama con un pedernal, encendió la punta de la antorcha untada de brea y los tres se internaron en los túneles de las alcantarillas. El Topo iba al frente, escabulléndose sin cesar en la oscuridad humeante, avanzando con pasos estudiados, conduciéndolos por debajo de la ciudad, lejos de sus muros. Habían dejado de oírse los gritos de sus perseguidores y Par supuso que, aun en el caso de que los soldados de la Federación hubieran encontrado la entrada secreta, no habrían tardado en perderse por los túneles. De pronto cayó en la cuenta de que seguía esgrimiendo la espada de Shannara y, tras un instante de vacilación, la deslizó con cuidado en su vaina.

Pasaban los minutos y con cada paso que daban, Par perdía la esperanza de volver a ver a Damson. Estaba ansioso por ayudarla, pero la expresión de Padishar lo había convencido de que al menos por el momento debía contenerse. Seguro que el líder de los nacidos libres estaba tan preocupado por ella como él.

Cruzaron un puente de piedra que salvaba una perezosa corriente y se adentraron en un túnel con el techo tan bajo que se vieron obligados a recorrerlo casi a gatas. Al final de este, el techo volvió a elevarse y avanzaron por una confluencia de túneles hasta toparse con una puerta. El Topo tocó algo que descorrió el pesado pestillo y la puerta se abrió, invitándolos a entrar.

En el interior encontraron una colección de muebles antiguos y viejos trastos que, si no eran los mismos que el Topo había estado a punto de perder

hacía una semana al huir de los soldados de la Federación, eran sin duda unas réplicas perfectas. Había animales de peluche colocados ordenadamente en una pulcra hilera sobre un viejo sofá de cuero. Los ojos de botón los miraron cuando entraron, indiferentes a lo que veían.

—Chalt el Valiente, la dulce Everlind, Westra y la pequeña Lida —susurró el Topo, acercándose a ellos. Murmuró otros nombres en un tono demasiado bajo para que pudieran oírlos—. Hola, hijos míos. ¿Estáis bien? —Los besó uno por uno y volvió a colocarlos con cuidado—. No, no, las criaturas oscuras no os encontrarán aquí, os lo prometo.

Padishar le pasó la antorcha a Par, se acercó a una palangana y empezó a arrojarle agua fría a la cara cubierta de una capa de sudor. Cuando terminó, se quedó allí de pie. Apoyó las manos en la mesa en la que estaba la palangana y bajó la cabeza, cansado.

—Topo, tenemos que averiguar qué le ha ocurrido a Damson.

—¿A la encantadora Damson? —inquirió el Topo, girándose.

—Estaba a mi lado —intentó explicar Par—, pero los soldados se interpusieron entre ambos...

—Lo sé —lo interrumpió Padishar, levantando la vista—. No fue culpa tuya. Ni de nadie. Puede que haya logrado escapar, pero había tantos... —Exhaló con fuerza—. Topo, tenemos que averiguar si la han capturado.

—Los túneles pasan por debajo de las prisiones de la Federación y algunos llegan hasta sus mismas paredes —respondió el Topo, parpadeando despacio, y sus agudos ojos brillaron—. Puedo echar un vistazo y escuchar.

—En la torre de entrada al Pozo también, Topo —dijo Padishar, mirándolo fijamente.

Se produjo un largo silencio. A Par se le heló la sangre. Damson no podía estar allí.

—Quiero ir con él —dijo el joven del valle en voz baja.

—Ni hablar —contestó Padishar negando enérgicamente con la cabeza—. El Topo se moverá más deprisa y con más sigilo si va solo. —Sus ojos reflejaban desesperación cuando se encontraron con los de Par—. Querría ir con él tanto como tú, muchacho. Ella es...

—Me lo dijo —lo interrumpió Par tras un breve instante de vacilación, asintiendo con la cabeza.

Se miraron en silencio.

El Topo cruzó con agilidad felina la habitación, entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz de la antorcha que Par mantenía en alto.

—Esperad aquí hasta que vuelva —les ordenó mientras desaparecía de su vista.

3

Par Ohmsford había recorrido un largo y arduo camino desde su reunión, hacía ahora mucho tiempo, con el fantasma de Allanon en el Cuerno del Hades hasta el lugar y momento presentes, y, de pie en la guarida subterránea del Topo, contemplando los restos y desechos de la vida de otras personas, no pudo evitar preguntarse hasta qué punto reflejaban la suya.

«Damson».

Cerró con fuerza los ojos para contener las lágrimas que amenazaban con escapársele. No se veía capaz de afrontar el dolor que le produciría perderla. Apenas estaba empezando a comprender cuánto significaba para él.

—Par. —Padishar pronunció su nombre con suavidad—. Ven a lavarte, muchacho. Estás exhausto.

Par asintió. Estaba destrozado física, emocional y espiritualmente. Destrozado en todos los sentidos. Se le habían agotado las fuerzas y su última esperanza había quedado hecha trizas como si fuera papel bajo un cuchillo.

Encontró velas repartidas por la estancia y las encendió con la antorcha antes de apagarla. Luego se acercó a la palangana y empezó a lavarse despacio, de forma ritual, frotándose la mugre y el sudor como si al hacerlo borrara todo lo malo que le había ocurrido durante la búsqueda de la espada de Shannara.

Todavía llevaba la espada colgada entre los hombros. Se detuvo en mitad de su aseo para quitársela y la apoyó contra un viejo tocador con el cristal roto. Se quedó mirándola fijamente como miraría a un enemigo. La espada de Shannara... ¿o no lo era? Todavía no lo sabía. La misión que le había encomendado Allanon era encontrar la espada y, aunque en otro tiempo creyó haberlo conseguido, ahora empezaba a considerar la posibilidad de que no fuera así. Había olvidado su misión después de la muerte de Coll y durante su lucha por conservar la vida en las catacumbas de Tyrsis. Se preguntó cuántos

de los encargos de Allanon habrían quedado en el olvido o habrían sido directamente rechazados. Se preguntó si Walker o Wren habrían cambiado de parecer.

Terminó de lavarse, se secó y al darse la vuelta encontró a Padishar sentado ante una mesa de tres patas, cuyo miembro ausente había sido sustituido por un cajón. El líder de los nacidos libres comía pan con queso y lo acompañaba de cerveza. Le señaló a Par el lugar que le había preparado y el plato de comida que le esperaba, y el joven del valle se acercó sin decir palabra, se sentó y empezó a comer.

Tenía más hambre de lo que había creído y se terminó la comida en unos minutos. A su alrededor, las velas chisporroteaban y parpadeaban en la media luz como luciérnagas en una noche sin luna. El silencio solo era interrumpido por el lejano ruido del agua goteando.

—¿Cuánto hace que conoces al Topo? —le preguntó a Padishar, incómodo ante la sensación de vacío que el silencio producía en su interior.

Padishar frunció el ceño. Tenía rasguños y cortes tan profundos en la cara que parecía un puzle con las piezas mal encajadas.

—Cerca de un año. Damson me llevó un día al parque después del anochecer para presentármelo. No sé cómo lo conoció ella. —Echó un vistazo a los animales disecados—. Un bicho raro, pero con ella, se veía venir.

Par asintió con la cabeza.

—Háblame de la espada, muchacho —lo apremió Padishar, echándose hacia atrás en su silla hasta hacerla crujir y agitando la jarra de cerveza delante de él—. ¿Es la auténtica?

—Buena pregunta, Padishar —respondió Par, sin poder evitar esbozar una sonrisa—. Ojalá lo supiera.

A continuación le contó al líder de los nacidos libres lo que le había ocurrido desde que habían luchado juntos para escapar del Pozo: cómo Damson había encontrado a los hermanos Ohmsford en el Parque del Pueblo; cómo se habían reunido con el Topo; cómo habían decidido volver a entrar en el Pozo por última vez para hacerse con la espada; cómo había encontrado en la cripta a Rimmer Dall y este le había entregado el supuesto talismán sin presentar batalla; cómo había perdido a Coll, y por último, cómo Damson y él habían estado huyendo desde entonces, escondiéndose por toda la ciudad de Tyrsis.

Lo que no le contó a Padishar era que Rimmer Dall le había dicho que, al igual que el jefe de los buscadores, Par era un umbrío. Porque si eso era cierto...

—La llevo conmigo, Padishar —terminó, decidido a guardárselo para sí, mientras señalaba la polvorienta hoja apoyada contra el tocador—, porque sigo creyendo que tarde o temprano descubriré si es o no la auténtica.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Padishar, frunciendo el ceño—. Rimmer Dall no es amigo de nadie. O la espada es una imitación o tiene buenos motivos para pensar que no eres capaz de utilizarla.

«Si de verdad soy un umbrío...».

—Lo sé —respondió Par, tragando saliva para contener su miedo—. Y hasta ahora no he podido. Sigo intentándolo, sigo probando a conjurar su magia, pero nunca pasa nada. —Hizo una pausa—. Solo una vez, estando en el Pozo, después de que Coll... al recoger la espada de donde se me había caído, me quemó la mano como una brasa. Solo un instante. —Volvió a revivir ese momento—. El hechizo de la Canción seguía agitándose en mi interior mientras blandía esa espada de fuego. Entonces la magia se desvaneció y la espada de Shannara volvió a enfriarse.

—Entonces está claro, muchacho —dijo el jefe de los proscritos, asintiendo con la cabeza—. Hay algo en la Canción que te impide utilizar la espada de Shannara. Tiene sentido, ¿no? ¿No podría tratarse de un conflicto entre magias? Eso explicaría por qué Rimmer Dall te entregó la espada sin oponer resistencia.

—Pero ¿cómo iba a saber él que tendría ese efecto? —respondió Par, negando con la cabeza. Y se dijo que lo más probable era que el Primer Buscador supiera que la espada no funcionaba en manos de los umbríos—. ¿Y qué hay de Allanon? ¿No crees que él también lo habría sabido? ¿Por qué iba a enviarme en busca de la espada si no soy capaz de utilizarla?

Padishar no tenía respuestas para ninguna de esas preguntas, por supuesto, así que durante un instante se limitaron a mirarse.

—Siento lo de tu hermano —dijo por fin.

Par bajó los ojos un instante y luego volvió a mirarlo.

—Fue Damson quien me impidió... —Se quedó sin aliento—. Quien me ayudó a superar el dolor cuando creía que no iba a poder soportarlo. —Esbozó una débil y triste sonrisa—. La amo, Padishar. Tenemos que recuperarla.

Padishar asintió.

—Si es que se ha perdido, muchacho —respondió—. No sabemos nada. —Pero su voz dejaba traslucir dudas y había adoptado una expresión preocupada y distante.

—Perder a Coll es todo cuanto soy capaz de soportar. —Par no se permitió bajar la mirada.

—Lo sé. La recuperaremos sana y salva, te lo prometo.

Padishar alargó la mano hacia la jarra de cerveza y se sirvió una cantidad generosa en su copa; tras un instante de duda sirvió un poco en la de Par. Bebió un largo sorbo y dejó con cuidado la jarra en la mesa. Par comprendió que había dicho todo lo que quería sobre el asunto.

—Háblame de Morgan —pidió en voz baja.

—¡Ah, el joven montañés! —Padishar se animó al instante—. Me salvó la vida en el Pozo después de que tú y tu hermano escaparais. Y me la volvió a salvar, junto con la de todos los demás, en el Saliente. Un asunto feo.

Y procedió a relatar lo que había ocurrido: cómo la espada de Leah se había hecho trizas al huir del Pozo y de sus umbríos; cómo la Federación los había seguido hasta el Saliente y lo había sitiado; cómo habían llegado los Escaladores; cómo Morgan había adivinado que Teel era un umbrío; cómo el joven montañés, Steff y él habían seguido a Teel hasta lo más profundo de las cuevas que había detrás del Saliente, donde Morgan se había enfrentado a Teel solo y había conjurado suficiente magia de su espada rota para destruirla; cómo los nacidos libres habían huido de la trampa de la Federación y cómo Morgan los había dejado entonces para volver a Culhaven con los enanos, para cumplir la promesa que le había hecho al moribundo Steff.

—Le prometí que te buscaría —concluyó Padishar—. Pero antes me vi obligado a quedarme en la Cuenca de los Aros de Fuego mientras se me curaba el brazo roto. Seis semanas. Todavía está débil, pero no lo demuestro. Se suponía que debía reunirme con Axhind y los trolls de la roca en el desfiladero de Jannison dentro de dos semanas, pero les envié un mensaje para decirles que serían ocho. —Suspiró—. Tanto tiempo perdido y tan poco que perder. Es un paso adelante y dos hacia atrás. En fin, al final pude recuperarme lo suficiente para cumplir mi parte del trato y encontrarte. —Rio con sorna—. No ha sido fácil. Allí donde buscaba, me estaba esperando la Federación.

—Entonces, ¿crees que fue Teel? —preguntó Par.

—Tuvo que ser ella —respondió Padishar—. Mató a Hirehone después de robarle su identidad y sus secretos. Hirehone era de fiar, conocía los lugares seguros. El umbrío de Teel debió de obtener esa información de él al meterse en su mente. —Escupió—. ¡Esas criaturas oscuras! ¡Y Rimmer Dall fingió ser tu aliado! ¡Menuda mentira!

«O peor aún, la verdad», pensó Par, pero no lo dijo. Temía que su afinidad con el Primer Buscador, fuera cual fuese su naturaleza, le permitiera a este averiguar secretos que de otro modo se mantendrían ocultos; incluso los que no le confiaban inmediatamente, los que le ocultaban sus amigos y compañeros.

Era una idea demasiado descabellada para creérsela, pero ¿acaso no lo eran la mayoría de las cosas que había averiguado las últimas semanas?

Más valía creer que todo era cosa de Teel, se dijo.

—De todos modos —decía Padishar—, hay guardias vigilando la Cuenca desde que nos instalamos en ella porque Hirehone conocía ese lugar, y eso significa que los umbríos también pueden conocerlo. Pero hasta ahora ha estado todo tranquilo. Dentro de una semana celebraremos una reunión con los trolls y, si están de acuerdo en unirse a nosotros, contaremos con un ejército digno de temer: será el comienzo de una verdadera Resistencia, el núcleo de un fuego que consumirá la Federación y nos liberará al fin.

—¿El lugar de reunión todavía es el desfiladero de Jannison? —preguntó Par, con la cabeza en otras cosas.

—Partiremos tan pronto como vuelva contigo. Y con Damson —se apresuró a añadir—. Una semana bastará para hacerlo todo. —Pero no parecía muy seguro.

—Pero ¿Morgan no ha vuelto aún? —insistió Par.

Padishar sacudió despacio la cabeza.

—No te preocupes por tu amigo, muchacho —respondió—. Es duro como el cuero y veloz como el rayo, además de resuelto. Esté donde esté y haga lo haga, estará bien. Lo veremos pronto.

Curiosamente, Par se mostró dispuesto a darle la razón. Si había alguien capaz de hallar la manera de salir de un apuro, ese era Morgan Leah. Recordó la mirada astuta de su amigo, su pronta sonrisa, el tono pícaro de su voz, y se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Otro daño colateral en el transcurso de su viaje, perdido a lo largo del camino, abandonado como si se tratara de peso inútil. Claro que la analogía no era correcta: sus amigos y su hermano habían dado sus vidas para protegerlo. Todos, en un momento u otro. ¿Y qué les había dado él a cambio? ¿Qué había hecho para justificar semejante sacrificio?

¿Qué bien había hecho?

Reparó de nuevo en la espada de Shannara y recorrió con la mirada el contorno de la mano grabada que sostenía en alto la antorcha encendida. La verdad: la espada de Shannara era el talismán de la verdad. Y la verdad que

más le urgía descubrir en esos momentos era simplemente si esa espada, por la cual había renunciado a tanto, era la auténtica.

¿Cómo podía averiguarlo?

—Es hora de descansar un poco, Par Ohmsford —le aconsejó Padishar, estirándose y bostezando mientras se levantaba—. Vamos a necesitar todas nuestras fuerzas.

Se acercó al sofá en el que estaban acomodados los animales de peluche, los amontonó y los dejó sobre una silla cercana. Volvió al sofá y se instaló cómodamente en los gastados almohadones de cuero, con las botas colgando en un extremo y la cabeza apoyada en la parte interior del codo. Pocos minutos después estaba roncando.

Par se levantó por fin y fue a la silla donde Padishar había dejado los peluches. Los cogió con cuidado (Chalt, Lida, Westra, Everlind y los demás) y los llevó junto a la espada de Shannara apoyada contra el tocador. Los colocó uno por uno alrededor de la espada y los dejó haciendo guardia, como si pudieran ahuyentar a los demonios de sus sueños.

Cuando terminó, se dirigió al fondo de la guarida del Topo, encontró varios cojines desgastados y unas viejas mantas, se hizo un jergón en un rincón, junto a una colección de viejos cuadros, y se tumbó en él.

Todavía escuchaba el incesante goteo del agua cuando se quedó dormido.

Cuando se despertó, estaba solo. El sofá donde Padishar había dormido estaba vacío y las habitaciones del Topo se hallaban silenciosas. Todas las velas, excepto una, estaban apagadas. Par entrecerró los ojos ante ese punto de luz y luego buscó en la oscuridad, preguntándose adónde había ido Padishar. Se levantó, se estiró y, tras acercarse a la vela, la utilizó para encender las demás y observó cómo la oscuridad disminuía hasta convertirse en sombras diseminadas por la sala.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido; había perdido la noción del tiempo dentro de esas catacumbas. Volvía a tener hambre, de modo que se preparó una comida con pan, queso, fruta y cerveza, y se sentó a comer a la mesa de tres patas. Mientras comía, miró hacia el otro lado de la habitación, a la espada de Shannara, apoyada en la esquina, rodeada de los hijos de Topo.

«Habládmelo», se dijo. «¿Por qué no decís nada?».

Terminó de comer, metiéndose la comida en la boca sin saborearla, bebiendo la cerveza sin interés, con los ojos y la mente fijos en la espada. Se levantó de la mesa, se acercó a ella, la cogió de donde estaba y se la llevó hasta la silla. La sostuvo un rato sobre las rodillas, mirándola fijamente. Al

final la desenvainó y, sosteniéndola ante sí, la blandió a un lado y al otro, haciendo que la luz de la vela se reflejara en su pulida superficie.

Le brillaban los ojos por la frustración.

«¿Qué eres? ¿Un talismán o una trampa?».

Si era lo primero, entre ambos había algo que no funcionaba. Él era el descendiente de Shea Ohmsford y su sangre élfica era tan buena como la de su célebre antepasado; debería haber sido capaz de invocar sin problemas el poder de la espada. Si era la auténtica, por supuesto. De lo contrario... Negó con la cabeza. No, esta vez sí era la espada de Shannara. Lo era. Tenía ese presentimiento. Todo lo que sabía sobre la espada, todo lo que había averiguado sobre ella, todas las canciones que había cantado sobre ella a lo largo de los años le decían que era la auténtica. Rimmer Dall no le habría dado una imitación; el Primer Buscador estaba demasiado impaciente por guiar a Par por los caminos de la magia para correr el riesgo de alejarlo con una mentira que acabaría descubriendo. Si algo era Rimmer Dall, era astuto... demasiado para utilizar un truco tan simple.

Par dejó el pensamiento en el aire, no tan seguro de que fuera cierto como le gustaría. Sin embargo, parecía cierto: su razonamiento parecía válido y su percepción del asunto, equilibrada. Rimmer Dall quería que él aceptara que era un umbrío. Y un umbrío no podía utilizar la magia élfica de la espada porque...

¿Por qué?

¿Porque tal vez la verdad lo destruyera y su magia no podía permitirlo?

Pero cuando la espada de Shannara le había quemado en el Pozo después de haber destruido a Coll y a los umbríos que lo acompañaban, ¿no había sido la magia de la espada la que había reaccionado contra la suya y no al revés? ¿Cuál se oponía a cuál?

Apretó la mandíbula al tiempo que aferraba con fuerza la empuñadura labrada de la espada. Sintió en la palma las líneas profundas y claras de la mano que sostenía la antorcha. ¿Qué problema había entre ellos? ¿Por qué no lograba dar con la respuesta?

Volvió a envainar la espada y se sentó inmóvil a la luz de la vela, cavilando. Allanon le había encomendado la misión de encontrar la espada de Shannara. A él, no a Wren ni a Walker, y ellos también tenían la sangre élfica de Shannara, ¿no? Allanon le había enviado a él. En su mente resonaban preguntas que le eran familiares: ¿no habría sabido el druida que le estaba enviando a una misión imposible? Aun siendo un umbrío, ¿no habría detectado que su magia estaba en peligro, que el mismo Par era el enemigo?

A menos que Rimmer Dall tuviera razón y los enemigos no fueran los umbríos... sino los druidas. O tal vez ambos, los umbríos y los druidas, eran una especie de contrincantes que se disputaban el control de la magia, que luchaban por llenar el vacío que había creado la muerte de Allanon, el vacío de la desaparición de la última y auténtica magia.

¿Era posible?

Par frunció el entrecejo mientras deslizaba los dedos por la empuñadura de la espada y por la vaina.

¿Por qué era tan difícil averiguar la verdad?

Se sorprendió preguntándose qué habría sido de todos los demás que habían emprendido el viaje al Cuerno del Hades. Steff y Teel estaban muertos y Morgan había desaparecido. ¿Dónde estaba Cogline? ¿Qué habría sido de él después de la reunión con Allanon y el reparto de las misiones? Par se sorprendió deseando de pronto poder hablar con el anciano sobre la espada. Sin duda, Cogline le encontraría sentido a todo esto. ¿Y qué habría sido de Wren y del gigante nómada? ¿Y de Walker Boh? ¿Habrían cambiado de idea y seguido adelante con su cometido, tal como había hecho él?

Como creía haber hecho.

Bajó los ojos, que había clavado en el vacío, de nuevo hacia la espada. Había algo más. Ahora que tal vez estaba en posesión de la espada, ¿qué se suponía que debía hacer con ella? Aun concediéndole a Allanon el beneficio de la duda sobre quién era bueno y quién malo, y sobre si estaba obrando bien o mal, ¿qué finalidad se suponía que debía darle a la espada de Shannara?

¿Qué verdad debía revelar?

Estaba harto de tantas preguntas sin respuestas, de tantos secretos que no le eran revelados, de tantas mentiras y retorcidas verdades a medias que lo rodeaban como animales carroñeros a la espera de darse un festín. Si pudiera romper un solo eslabón de esa cadena de incertidumbre y confusión que lo sujetaba, si pudiera cortar una sola atadura...

Se abrió una puerta en el otro extremo de la habitación y Padishar apareció en el umbral.

—Aquí estás —dijo con voz alegre—. Espero que hayas descansado.

Par asintió con la cabeza, con la espada todavía en equilibrio sobre sus rodillas. Padishar bajó la vista hacia ella mientras cruzaba la habitación. El joven del valle la soltó.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Mediodía. El Topo no ha vuelto. Salí porque pensé que podría averiguar algo de Damson por mi cuenta. Hacer algunas preguntas, fisgonear

en algún agujero... —Hizo un gesto de impotencia—. Una pérdida de tiempo. Si la Federación la ha capturado, lo mantiene en secreto. —Se dejó caer en el sofá, con aspecto exhausto y desanimado—. Si no ha vuelto al anochecer, volveré a salir.

—No sin mí —dijo Par, inclinándose hacia él.

—Supongo que no —respondió Padishar, mirándolo y lanzando un gruñido—. En fin, joven del valle, tal vez podamos al menos evitar otro viaje al Pozo...

Se interrumpió, consciente de pronto de lo que eso implicaba, y desvió la mirada, incómodo. Par levantó la espada de Shannara de sus rodillas y la dejó en el suelo a su lado.

—Ella me contó que tú eras su padre, Padishar.

—El amor hace que uno diga tonterías —respondió él, mirándolo un instante en silencio y esbozando una sonrisa. Se levantó y se acercó a la mesa—. Creo que voy a comer algo. Jamás repitas lo que acabas de decir. A nadie. Jamás —añadió con un tono duro como una roca, girándose bruscamente.

Esperó a que Par asintiera con la cabeza y luego se concentró en preparar algo de comer. Comió de los restos del joven del valle y añadió un poco de carne de vaca deshidratada que encontró en un armario lleno de provisiones. Par lo observó en silencio, preguntándose cuánto tiempo habrían guardado ese secreto, tanto el padre como la hija, y pensó en lo difícil que debía de haber sido para ambos. Los rasgos cincelados de Padishar quedaron en la sombra mientras comía, pero sus ojos brillaban como fragmentos de fuego blanco.

Cuando terminó, miró a Par una vez más a los ojos.

—Me prometió... me juró que nunca se lo diría a nadie.

—Me lo dijo porque los dos necesitábamos hacer algo para confiar el uno en el otro —respondió Par, clavando los ojos en sus manos entrelazadas—. Intercambiamos secretos para ganarnos esa confianza. Fue justo antes de que bajáramos al Pozo por última vez.

—Si averiguan quién es... —dijo, soltando un suspiro.

—No —lo interrumpió Par—. La tendremos con nosotros antes de que eso suceda. —Sostuvo la mirada fija de su interlocutor—. Ya lo verás, Padishar.

Él asintió.

—La recuperaremos, Par Ohmsford —afirmó el líder de los proscritos con un asentimiento de cabeza—. Claro que sí.

No fue hasta varias horas más tarde cuando el Topo apareció sin hacer ruido por la entrada, emergiendo de la oscuridad como una sombra más y

parpadeando ante la luz de la vela. Tenía el pelo erizado bajo la ropa gastada, lo que le daba el aspecto de un matorral espinoso. Se acercó sin decir palabra a las velas para apagarlas, con lo que dejó la mayor parte de sus aposentos sumidos una vez más en la oscuridad en la que se sentía cómodo. Se precipitó hacia sus hijos, amontonados en el suelo, los arrulló en voz baja un instante y luego los recogió con ternura y volvió a llevarlos al sofá.

Seguía colocándolos cuando a Padishar se le agotó la paciencia.

—¿Qué has averiguado? —preguntó acaloradamente, sin poder esperar a que acabara de colocar sus muñecos—. ¡Si es que tienes la amabilidad de perder tu tiempo en contárnoslo!

—La tienen prisionera —respondió el Topo sin volverse.

Par se quedó lívido. Miró rápidamente a Padishar y vio que este permanecía de pie con los puños apretados.

—¿Dónde? —preguntó Padishar.

—En los antiguos cuarteles de la Legión, al final de la muralla interior —respondió el Topo tras acomodar a Chalt en un cojín, dándose la vuelta—. La encantadora Damson está encerrada en la torre de vigilancia sur, totalmente sola. —Arrastró los pies—. Me costó mucho encontrarla.

Padishar dio un paso hacia él y se arrodilló para que sus ojos estuvieran al mismo nivel. Los cortes de su cara estaban rojos como el fuego.

—¿La han...? —Trató de encontrar las palabras—. ¿Está bien?

—No pude llegar hasta ella —respondió el Topo, negando con la cabeza.

—¿No la viste? —preguntó Par, dando un paso hacia delante.

—No. —El Topo parpadeó—. Pero está allí. Escalé los muros de la torre y estaba justo al otro lado. La oí respirar a través de las piedras. Estaba dormida.

El joven del valle y el líder de los nacidos libres intercambiaron una rápida mirada.

—¿La tienen muy vigilada? —insistió Padishar.

—Hay soldados ante la puerta, al pie de las escaleras que conducen arriba y también en la verja que lleva hasta allí —respondió el Topo, llevándose las manos a los ojos y frotándoselos suavemente con los nudillos—. Patrullan los pasillos y pasadizos, y son muchos. —Parpadeó—. También hay umbríos.

—Lo saben —susurró Padishar con aspereza, echándose hacia atrás.

—No —dijo Par—. Aún no. —Esperó a que los ojos de Padishar se encontraran con los suyos—. Si fuera así, no la dejarían dormir. No están seguros. Esperarán hasta que llegue Rimmer Dall... como ya han hecho antes.

Padishar lo miró un instante en silencio, con un atisbo de esperanza.

—Puede que tengas razón. Tenemos que sacarla de allí antes de que eso ocurra.

—Tú y yo —dijo Par en voz baja—. Iremos los dos.

El líder de los nacidos libres asintió con la cabeza y entre ambos se produjo una empatía mucho más profunda que la que podría haber expresado ninguna palabra. Padishar se levantó y ambos se giraron hacia la oscuridad de los destartalados aposentos del Topo, con la firme decisión de enfrentarse a lo que seguramente los esperaba más adelante. Par dejó a un lado sus preguntas sin respuesta y su confusión acerca de la espada de Shannara y enterró sus dudas respecto a su propia magia. Lo que le preocupaba en esos momentos era dónde estaba Damson y haría lo que fuese necesario para rescatarla. Lo demás no importaba.

—Tendremos que acercarnos mucho a ella —dijo Padishar en voz baja, clavando la vista en el Topo—. Todo lo que podamos sin ser vistos.

—Conozco un camino —respondió el Topo, asintiendo con solemnidad.

—Tendrás que venir con nosotros —dijo el líder de los proscritos, alargando una mano y apoyándola en su hombro.

—La encantadora Damson es mi mejor amiga —respondió.

Padishar asintió y retiró la mano.

—Vamos —dijo el jefe de los proscritos, girándose hacia Par.

Walker Boh era el señor del castillo y recorría sus parapetos y almenas, sus torres y alcázares, todos los pasillos y pasarelas que señalaban sus límites como el fantasma que había sido y el intruso que creía ser. Paranor, la Fortaleza de los Druidas, había sido restaurada, devuelta al mundo de los hombres y volvía a la vida gracias a Walker y la magia de la piedra élfica negra. Paranor se erigía, como lo había hecho trescientos años atrás, en el oscuro bosque poblado de lobos y lleno de espinas protectoras del tamaño de una punta de lanza. Sobresalía de la tierra, construido sobre un risco que dominaba todo el valle desde el desfiladero de Kennon hasta el de Jannison, de una cresta a otra de los Dientes del Dragón, todo agujas, muros y puertas; tan sólido como la piedra con que lo habían construido hacía más de mil años, era la fortaleza de las leyendas y cuentos populares, que volvía a estar entero una vez más.

«Pero, ¡maldición!, qué alto ha sido el precio», pensó Walker Boh, desesperado.

—En la base de la torre me esperaba la esencia de la magia que el druida había dejado como guardián —le contó Walker a Cogleine aquella primera noche, la misma que había salido de la torre embrujada por la presencia de Allanon—. Llevaba todos estos años esperando, su espíritu o parte de él escondido en la bruma que había destruido a los mordíferos y a sus aliados y que había arrancado Paranor de la tierra de los hombres hasta el momento en que fuera convocado de nuevo. Y el fantasma de Allanon también había esperado, al parecer, en las aguas del Cuerno del Hades, sabiendo que algún día sería imposible prescindir de la Fortaleza y de sus druidas, que la magia y la ciencia que estos esgrimían deberían protegerse para impedir que la historia tomara otro curso que el que él había profetizado.

Cogline lo escuchaba en silencio. Seguía sobrecogido por los acontecimientos, por aquello en lo que Walker Boh se había convertido. Tenía miedo. Porque Walker seguía siendo Walker, pero también era otra cosa. Allanon estaba allí, se había convertido en parte de él al transformarse de hombre a druida, durante el rito de iniciación que había tenido lugar en el oscuro sótano de la fortaleza. Cogline se había expuesto en forma de espíritu el tiempo suficiente para hacer salir a Walker de la locura que amenazaba con engullirlo, antes de que este llegara a aceptar el cambio que tenía lugar dentro de él. En esos segundos escasos, Cogline había percibido el principio de la transformación de Walker... y había huido horrorizado.

—De la piedra élfica negra se elevó una niebla que me envolvió —susurró Walker, repitiendo las palabras como una letanía conocida, como si el pronunciarlas las hiciera más comprensibles. Su sombrío rostro se escondía dentro de la capucha de su capa, una máscara todavía cambiante—. Llevaba dentro a Allanon. A todos los druidas... su historia, su cultura, su magia, sus conocimientos, sus secretos, todo lo que eran. Se revolvían en mi interior como un torbellino y me sentí invadido e incapaz de detenerlos. —La cara dentro de la capucha se giró ligeramente hacia el anciano—. Les hizo entrar en mí, Cogline. Y han hecho de mi cuerpo su hogar, decididos a que yo sea partícipe de sus conocimientos y su poder para que los utilice como hacían ellos. Ese era el plan de Allanon desde el principio: que un descendiente de Brin perpetuara el linaje del druida, fuera elegido cuando se presentara la necesidad y sirviera y obedeciera.

Unos dedos de hierro aferraron de pronto el hombro de Cogline y él esbozó una mueca de dolor.

—¡Qué obedezca! ¡Eso es lo que quieren de mí, anciano, pero no lo van a conseguir! —Las palabras de Walker Boh dejaban traslucir una gran amargura—. ¡Se revuelven dentro de mí como criaturas vivas! Siento su presencia cuando me hablan en susurros, cuando intentan acaparar mi atención. Pero yo soy más fuerte que ellos, y todo gracias al mismo proceso que han utilizado para cambiarme. He sobrevivido a la dura experiencia a la que me han sometido y me convertiré en lo que yo quiera, tanto si viven dentro de mi cuerpo y de mi mente como si son sombras o recuerdos del pasado, sean lo que sean. ¡Si tengo que ser esta... criatura que han hecho de mí, al menos le daré mi voz y mis sentimientos!

Empezaron a caminar, Cogline frío como la muerte mientras escuchaba atormentado Walker Boh, que llameaba como los fuegos que habían empezado a arder de nuevo en los hornos bajo los muros de piedra de

Paranor; había convertido su cólera en la fuerza que lo mantenía en pie ante lo que estaba ocurriendo.

Porque el cambio continuaba incluso ahora que el anciano y el futuro druida recorrían los pasillos del castillo, seguidos de cerca por la silenciosa presencia de Susurro, el gato del páramo, tan sombrío como sus amos. El cambio se arremolinaba en el interior de Walker como el humo en el viento, agitado por las manos de los druidas muertos, espíritus vivos dentro de aquel que iba a hacer que la magia resucitara una vez más. Llegaba en forma de conocimientos que se revelaban poco a poco o en bruscas oleadas, conocimientos obtenidos y conservados a lo largo de los años, todo aquello que los druidas habían descubierto y a lo que habían dado forma dentro de su orden, todo en lo que se habían apoyado en los tiempos del Señor de los Brujos y de los Portadores de la Calavera, de los demonios de la Prohibición, del Ildatch y de los mordíferos, de todas las pruebas perversas y oscuras concebidas para desafiar al género humano. La magia se revelaba poco a poco, destacaba entre la masa de manos, ojos y palabras susurradas que pasaban por la mente de Walker Boh sin concederle un segundo de sosiego.

Llevaba tres días sin dormir. Lo intentó, exhausto hasta la desesperación, pero cada vez que hacía un esfuerzo por dejarse ir y abandonarse al consuelo del descanso que tan urgentemente necesitaba, un nuevo aspecto del cambio cobraba fuerza y lo obligaba a incorporarse como una marioneta para hacerle consciente de su necesidad, su presencia, su determinación de ser escuchado. Y en cada ocasión luchó contra él, no para impedirle que hiciera notar su presencia, porque ya no tenía sentido hacerlo, sino para asegurarse de que no lo aceptaba sin oponer resistencia, de que examinaba los conocimientos y los discutía a fondo, de que reconocía su cara y estaba, por tanto, prevenido de no utilizarlo a ciegas. Él no era una creación de los druidas, se decía a sí mismo una y otra vez. Los druidas no le habían dado la vida y no iban a dictar su destino. Lo haría él mismo. Él decidiría la clase de vida que iba a llevar, el poder de su magia, y al hacerlo no respondería más que ante sí mismo.

Cogline y Susurro permanecieron a su lado, igual de exhaustos, pero preocupados por él y decididos a no dejar que se enfrentara solo a lo que estaba sucediendo. Cogline era la voz que Walker necesitaba oír de vez en cuando en respuesta a la suya, una advertencia y un consuelo que aliviara sus lamentos, y Susurro representaba la oscura y peluda certeza de que algunas cosas no cambiaban, una presencia tan firme y segura como la llegada del día después de la noche, la promesa de que habría un despertar aun después de las peores pesadillas. Juntos le sostenían de una forma que él era incapaz de

describir y que ellos tampoco comprendían. Bastaba con que sintieran que el vínculo estaba allí.

Transcurrieron tres días antes de que el cambio siguiera su curso y la transformación concluyera. De repente, las manos dejaron de moldearlo, los ojos desaparecieron y los susurros cesaron. De pronto, en el interior de Walker Boh todo se paralizó. Consiguió por fin conciliar el sueño, y cuando se despertó supo que, aunque en él habían ocurrido cambios que apenas empezaba a comprender, en lo más profundo de su ser seguía siendo la misma persona que siempre había sido. Había conservado el corazón del hombre que desconfiaba de los druidas y de su magia y, aunque los druidas habitaban ahora dentro de él y tenían voz y voto respecto a cómo viviría su vida, estaban, a pesar de todo, limitados por aquello que el Tío Oscuro había creído antes de que llegaran y que permanecería siempre dentro de él.

Walker se levantó en la soledad de sus aposentos, en la oscuridad de la estancia sin ventanas, en paz consigo mismo por primera vez hasta donde le alcanzaba la memoria, ahora que había concluido el horrible y largo viaje que había emprendido para cumplir la misión que le habían encomendado y había terminado por fin la dura experiencia de la transformación. Muchas cosas habían desaparecido y había perdido aún más, pero lo que importaba por encima de todo era que había sobrevivido.

Salió entonces al encuentro de Cogline y lo encontró sentado cerca, con el gato del páramo a sus pies; unas arrugas de preocupación surcaban su rostro envejecido y la incertidumbre se le reflejaba en los ojos. Se acercó al anciano y lo levantó como si fuera un niño, dotado, gracias a la transformación, de una fuerza increíble que le habían concedido las manos, los ojos y las voces, y que superaba la de diez hombres juntos. Rodeó con su brazo sano el frágil y viejo cuerpo de su mentor y lo sostuvo con delicadeza.

—Vuelvo a estar bien —le dijo en voz baja—. Ha terminado y sigo siendo yo.

El anciano lo estrechó a su vez y lloró sobre su hombro.

Hablaron entonces como lo habían hecho en el pasado, dos hombres que habían experimentado más sorpresas de las que les correspondían en la vida, unidos por el vínculo de la magia del druida y por el destino que los había conducido a ese momento y ese lugar. Hablaron del cambio de Walker, de los sentimientos que le había producido, de los conocimientos que le había proporcionado y de las necesidades que podía satisfacer. Volvían a ser hombres enteros, de carne y hueso, y Paranor había regresado. Era el comienzo de una nueva era en el mundo de las Cuatro Tierras y se hallaban en

la primera fase, la que determinaría cómo se desarrollarían los acontecimientos. Tampoco ahora Walker Boh estaba seguro de cómo iba a ejercer la magia del druida, o si debía ejercerla. Tenía que tener en cuenta la amenaza de los umbríos, pero la naturaleza y magnitud de esa amenaza seguían siendo un misterio para él. Le habían hecho partícipe de la ciencia del druida, pero ignoraba qué esperaban que hiciera con ella, especialmente en lo que se refería a los umbríos.

—La transformación me ha revelado verdades que antes no estaban en mí —dijo Walker—. Una es que será preciso recurrir a la magia del druida para poner fin a la amenaza de los umbríos. Pero ¿de quién proceden estas verdades? ¿De mí o de Allanon? ¿Puedo confiar en ellas? ¿Son auténticas o falsas?

—Creo que debes descubrirlo por ti mismo, y creo que Allanon así lo quiere —respondió el anciano, negando con la cabeza—. ¿Acaso los Ohmsford no han tenido que averiguar siempre por sí mismos la verdad de las cosas? En una ocasión dijiste que era un juego. Pero ¿no es mucho más que eso? ¿No es acaso la naturaleza de la vida? La experiencia nos viene de lo que hacemos, no de lo que nos dicen. Experimenta y descubre. Busca y encuentra. No son las maquinaciones de los druidas las que nos obligan a hacerlo, sino nuestra propia necesidad de saber. Es, en última instancia, nuestra forma de aprender. Creo que así es como debes aprender tú, Walker.

Decidieron que lo primero que debían hacer era averiguar qué había sido de los demás herederos de Shannara: Par, Coll y Wren. ¿Habían cumplido los encargos que se les habían encomendado? ¿Dónde estaban y qué secretos habían descubierto en las semanas que habían pasado desde su reunión en el Cuerno del Hades?

—Par habrá encontrado la espada de Shannara o estará buscándola —dijo Walker.

Se hallaban sentados en el estudio del druida, con la Historia de los druidas abierta ante ellos. Esta vez la consultaban en busca de detalles que Walker recordaba de sus anteriores lecturas y que ahora interpretaba de manera distinta gracias a los conocimientos que había adquirido tras su transformación.

—Par estaba decidido a emprender la búsqueda. Era todo voluntad férrea y determinación. Independientemente de lo que los demás hayan decidido, él no se habrá rendido —continuó.

—Creo que Wren tampoco —observó el anciano, pensativo. Había en ella la misma determinación, aunque no era tan evidente. Miró a Walker a los ojos

con osadía—. El fantasma de Allanon percibió lo que os motivaría a cada uno, y creo que lo tenías mal para escabullirte.

Walker se recostó en la silla en la que se sentaba, con su rostro flaco oculto bajo el cabello oscuro y lacio y la barba; sus ojos eran tan penetrantes que parecía que nada podía esconderse de su mirada.

—Desde la época de Shea Ohmsford, los druidas se han ido convirtiendo en nuestros amos, ¿verdad? —inquirió, frío y distante—. Descubrieron que podían tenernos sujetos con grilletes y desde entonces nos han hecho sus prisioneros. Somos esclavos de sus necesidades... y paladines de las Razas.

Cogline sintió que el aire de la habitación se agitaba, una respuesta palpable al torrente de magia que se elevó de la voz de Walker. Lo había sentido más de una vez desde que había salido de las profundidades de la fortaleza, una muestra del poder que le había sido concedido. Más druida que hombre, era una manifestación de las artes y ciencias místicas que una vez, mucho tiempo atrás, el anciano había estudiado y rechazado en favor de las ciencias del mundo antiguo. Una oportunidad perdida, pensó. Pero se impuso la cordura. Se preguntó si Walker encontraría la paz en su propia evolución.

—Solo somos hombres —dijo con cautela el anciano.

—Solo somos necios —replicó Walker, esbozando una sonrisa.

Hablaron hasta altas horas de la noche, pero Walker seguía sin saber cómo actuar. Debía encontrar al resto de la familia, sí... pero ¿por dónde empezar y cómo hacerlo? La elección obvia era utilizar su recién descubierta magia, pero ¿no le delataría ante los umbríos? ¿Sabrían sus enemigos que ya había ocurrido, que se había convertido en druida y que Paranor había regresado? ¿Hasta qué punto era poderosa la magia de los umbríos? ¿Hasta dónde llegaba? Seguía repitiéndose que no debía apresurarse a utilizarla. Todavía estaba averiguando cosas sobre sí mismo, seguía descubriendo la verdad. No debía precipitarse.

La conversación continuó y, mientras hablaban, Walker empezó a caer en la cuenta de que algo había cambiado entre Cogline y él. Al principio creyó que la reticencia del anciano a tomar la iniciativa era simple indecisión, aun cuando no era propio de él. Pero no tardó en darse cuenta de que había algo más. Mientras hablaban como solían hacer había entre ellos una distancia que nunca había existido, ni siquiera cuando se había enfadado con el anciano y había dudado de sus intenciones. La relación entre ambos había cambiado. Walker ya no era el alumno ni Cogline el maestro. La transformación le había dado a Walker unos conocimientos y un poder muy superiores a los de Cogline. Ya no era el Tío Oscuro escondido en la Cuenca Oscura. Los días de

vivir separado de las Razas y de renunciar a su derecho de nacimiento habían quedado atrás para siempre. Walker Boh estaba comprometido con el papel que se le había otorgado: un druida, el único, y tal vez la persona viva más poderosa. Lo que él hiciera afectaría a las vidas de todos y Walker lo sabía: por eso aceptaba que él debía tomar las decisiones y que nunca más podría volver a pedir consejo sobre qué hacer porque nadie, ni siquiera Cogline, debía soportar la carga de una responsabilidad tan grande.

Cuando por fin se separaron para acostarse, exhaustos de nuevo, Walker se sintió dividido por sentimientos contradictorios. Estaba tan por encima del hombre que había sido que en muchos sentidos apenas se reconocía. Advirtió que el anciano lo miraba mientras se alejaba por el pasillo hacia sus aposentos y no pudo librarse de la sensación de que se estaban distanciando en más de un sentido.

Cogline. El druida que nunca fue, haciendo compañía al aspirante a druida... ¿Cómo se sentiría?

Walker no lo sabía, pero aceptó de mala gana que de aquella noche en adelante las cosas nunca volverían a ser lo mismo entre los dos.

Por fin consiguió conciliar el sueño, un sueño agitado y lleno de caras y voces que no reconocía. Se despertó cuando ya casi estaba amaneciendo, invadido por una urgencia que le susurraba con malicia y lo sacaba de su sueño igual que se rescata a un naufrago: sacándolo bruscamente a la superficie y haciéndole el boca a boca. Por un instante se quedó paralizado ante lo súbito de su despertar, helado por la incertidumbre mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho y sus ojos y oídos luchaban por dar sentido a la oscuridad que lo rodeaba. Por fin logró moverse, sacó las piernas de la cama y se tranquilizó al sentir la piedra sólida bajo sus pies. Se levantó, consciente de que todavía llevaba la ropa oscura con la que se había dormido y que no había tenido fuerzas para quitarse.

Al otro lado de la puerta hubo un movimiento, un débil ruido de pasos, un roce en la madera vieja.

Susurro.

Fue hasta la puerta y la abrió. El gran gato estaba fuera, mirándolo fijamente. Se alejó trazando un círculo ansioso y regresó de nuevo, con su enorme cabeza erguida y los ojos brillantes.

«Quiere que lo siga», pensó Walker. «Algo va mal».

Se envolvió en un pesado manto y salió de sus aposentos para adentrarse en el silencio sepulcral del castillo. Los muros de piedra amortiguaban el ruido de sus pasos mientras recorría apresuradamente los viejos pasillos.

Susurro iba delante, brillante y negro en la penumbra, avanzando con sigilo entre las sombras.

Sin aminorar el paso, dejaron atrás la habitación en la que Cogleine dormía. Allí no estaba el problema. La noche se disipaba a su alrededor a medida que avanzaban y el amanecer asomaba por el este en forma de luz plateada que se filtraba, apagada e invernal, por las ventanas del castillo. Walker apenas lo notó, con los ojos clavados en los movimientos del gato del páramo que se deslizaba a través de las sombras superpuestas. Aguzó el oído para hacerse una vaga idea de lo que le esperaba, pero el silencio persistía.

Del salón principal pasaron a las puertas de la almena y salieron al aire libre. La luz del amanecer era fría y transmitía una sensación de vacío, y la niebla se extendía por encima de todo el valle, escalando el muro de los Dientes del Dragón al este y prolongándose hasta las llanuras de Streleheim al oeste, como un manto que cubría todo lo que había en medio. Paranor yacía envuelto en los pliegues de la parte superior, con sus altas torres alzándose como islas en un mar de bruma. La niebla se arremolinaba, agitada por los vientos que bajaban de las montañas, y a las tenues primeras luces del amanecer cobraban vida formas y figuras extrañas.

Susurro bajó sigiloso la pasarela, olisqueando el aire y moviendo la cola con inquietud. Walker lo siguió. Rodearon el parapeto sur hacia el oeste, sin aminorar el paso y sin ver ni oír nada. Dejaron atrás las escaleras al aire libre y las entradas a las torres pobladas de fantasmas.

Susurro se detuvo de pronto en la almena del oeste. El pelo del cuello se le erizó, arrugó su oscuro hocico y profirió un gruñido. Walker se detuvo a su lado y se apresuró a apoyar la mano en el pelo áspero de su lomo para tranquilizarlo. Susurro miraba fijamente a la oscuridad. Estaban justo encima de la puerta oeste del castillo.

Walker escudriñó con atención la niebla. También él lo percibía.

Había algo allí fuera.

Los segundos pasaban, pero no ocurría nada. Walker empezó a impacientarse. Tal vez debiera salir a echar un vistazo.

Entonces, de repente, la niebla retrocedió como si algo la hubiera arrancado con repugnancia y ante ellos aparecieron los jinetes. Eran cuatro, sombríos y espectrales a la tenue luz. Avanzaban despacio, resueltos, tan grises como la penumbra que había ocultado su llegada. Cuatro jinetes sobre sus monturas, pero ninguno era humano, y los animales que montaban eran abominables parodias de un caballo, todo escamas, garras y dientes. Cuatro

jinetes, cada uno totalmente distinto a los demás, cada uno sobre una montura que era un reflejo de sí mismo.

Walker Boh supo enseguida que eran umbríos y también fue consciente de que habían venido a por él. Con actitud fría y desapasionada, se dispuso a estudiarlos uno a uno.

El primero era alto, enjuto y cadavérico. Se le marcaban los huesos bajo la piel tirante y tenía el cuerpo esquelético echado hacia delante como un gato listo para la caza. Su cara era una calavera en la que la mandíbula colgaba floja y los ojos miraban al vacío, demasiado abiertos y vidriosos como para estar viendo algo. No llevaba ropa, y su cuerpo desnudo no era ni de hombre ni de mujer, sino algo indefinido entre ambos. Su aliento formaba ante él un vaho semejante a una bruma verde y envilecida.

El segundo carecía por completo de identidad. Tenía forma humana, pero estaba desprovisto de piel y de huesos. En su lugar había un nubarrón rabioso que zumbaba y gemía dentro de sus contornos. El nubarrón parecía formado de moscas y mosquitos atrapados tras un cristal, tan apiñados que impedían el paso de la luz. Los ruidos sordidos que brotaban de ese jinete parecían advertir que dentro de su forma espectral se escondía una maldad tan aterradora que desafiaba la imaginación.

El tercero era más fácil de reconocer. Armado de la cabeza a los pies, estaba cubierto de púas, filos cortantes y armas. Llevaba mazas y cuchillos, espadas y hachas de guerra, y también una enorme pica que colgaba de una cadena de calaveras y huesos de dedos entrelazados. Un casco le tapaba la cara, pero los ojos que miraban por los orificios de la visera eran rojos como el fuego.

El último jinete llevaba un manto con capucha y era invisible como la noche. No se veía ninguna cara debajo de la capucha que lo cubría ni había a la vista manos que sujetaran las riendas de su nervuda montura. Cabalgaba inclinado hacia delante como un anciano encorvado y nudoso, una criatura desgastada por la edad y el paso de los años, pero no transmitía vulnerabilidad, nada que indicara que era lo que parecía ser. El jinete cabalgaba con seguridad, y si iba encorvado no era por la edad o el paso del tiempo, sino por el peso de las muertes que había arrebatado.

A la espalda llevaba una guadaña.

Walker Boh se quedó helado al reconocerlo. En la Historia de los druidas procedente del mundo antiguo de los hombres aparecían mencionadas esas cuatro criaturas. Sabía quiénes eran, cómo habían sido creadas. Esta vez los

umbríos se habían disfrazado, habían adoptado la identidad de esas oscuras criaturas de la antigüedad.

Sintió una opresión en el pecho. Cuatro jinetes. Los cuatro jinetes de las leyendas, los asesinos de los hombres mortales sacados de una época tan lejana que había sido olvidada. Pero él había leído las historias, se repitió, y sabía qué eran.

Hambre, Peste, Guerra y Muerte.

Walker apartó la mano de Susurro y este empezó a emitir profundos gruñidos. Los espectros creados para ser algo que nunca había existido, que eran una simple manifestación de lo abstracto, de formas de morir, venían a destruirle, pensó Walker con una mezcla de pasmo y temor reverencial.

Se preguntó de nuevo quiénes y qué eran los umbríos, cuál sería el origen de ese poder que les permitía convertirse en lo que se les antojara. Su transformación no le había mostrado las respuestas a estas preguntas. Ignoraba el origen de los umbríos ahora igual que lo había ignorado al comienzo de sus andanzas. Sí, eran oscuros, tal y como había advertido el fantasma de Allanon; sí, eran unos seres malvados que utilizaban la magia como arma para destruir. Pero ¿quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Cómo podían destruirlos?

¿Dónde podía encontrar las respuestas a esas preguntas?

Observó el avance de los cuatro jinetes, sentados sobre sus monturas, que se retorcían, daban sacudidas y recordaban vagamente a los caballos, pero que habían sido creados para ser algo totalmente distinto. Su aliento se condensaba como un vaho venenoso en el aire de la mañana y sus pezuñas arañaban y trituraban la roca. Levantaban la cabeza y abrían la boca para mostrar dientes semejantes a garfios. Los jinetes avanzaban sin descanso.

Al llegar a las puertas se detuvieron. No hicieron ademán de cruzarlas ni mostraron interés en seguir avanzando. Se colocaron en fila frente a la puerta y esperaron. Walker también esperó. Transcurrieron diez minutos y la luz fue cobrando poco a poco intensidad, disipando la oscuridad a medida que se aproximaba el amanecer.

Por fin el sol asomó por encima de las montañas que había al este, una luz trémula sobre los picos oscuros, y abajo en las puertas Hambre avanzó de improviso. Cuando estuvo junto a la verja, levantó su mano esquelética y llamó con los nudillos. El ruido fue sordo, seco y apenas audible, como la sacudida que da la vida al abandonar definitivamente un cuerpo. Walker no pudo evitar encogerse, horrorizado.

Entonces Hambre retrocedió y, uno por uno, los cuatro jinetes giraron a la derecha y se pusieron en fila india para rodear los muros del castillo. Y así lo hicieron, pasando por debajo de Walker, uno tras otro, mientras este observaba cómo retrocedían y desaparecían de nuevo, manteniéndose alejados de modo que siempre hubiera uno en cada muro, en cada punto cardinal.

Walker comprendió que se trataba de un asedio. La llamada a la puerta era un desafío y, si no iba a abrirla, lo mantendrían atrapado dentro. Rimmer Dall y los umbríos habían descubierto que Paranor había regresado y que Walker había aceptado la capa de Allanon. Y había enviado a los jinetes en respuesta.

Walker se cruzó de brazos bajo su capa. «Veremos quién atrapa a quién», pensó, sombrío.

Permaneció largo rato observando a las apariciones y luego fue a despertar a Cogle.

5

Las alcantarillas que se extendían bajo Tyrsis estaban húmedas y frías, cubiertas por la negrura del crepúsculo, que se filtraba por las cunetas y rejillas igual que tinta derramada. La luz del día había desaparecido por el oeste y la noche se cernía en las sombras cada vez más largas de los edificios y los muros, como un fantasma que ha vuelto a la vida. Los pasos y las voces se alejaban hacia sus casas, y el cansancio del final del día era como un suspiro que hacía eco en el cálido viento de verano que formaba en las calles y caminos apartados de la ciudad bolsas de aire caliente e inmóvil: un manto agobiante extendido sobre las catacumbas que había debajo.

Padishar Cesta, Par Ohmsford y el Topo se abrían paso a tuestas, despacio y sin detenerse a través de esas catacumbas, como si fueran sombras que surgían con la llegada de la noche, tan silenciosos como el polvo que levantaba el roce de las botas en la calle por encima de sus cabezas. Respiraban por la boca debido a los olores opresivos y rancios de los serpenteantes pasadizos de la alcantarilla, mientras los residuos de la ciudad formaban una lenta corriente a sus pies. Tan pronto subían escaleras de hierro y escalones de piedra como avanzaban a gatas por estrechos túneles, desplazándose del corazón de la ciudad a sus murallas y el acantilado, hacia la torre de vigilancia donde Damson estaba prisionera y el enfrentamiento que les esperaba.

—No volveremos sin ella —había dicho Padishar—. Haremos lo que haga falta para liberarla. Y una vez la tengamos con nosotros no volveremos a abandonarla.

»Topo —prosiguió el líder de los nacidos libres, arrodillándose ante aquel extraño ser—, tú nos conducirás allí y, si es posible, nos sacarás de allí. Pero no lucharás, ¿entendido? Mantente al margen, porque, una vez hayamos liberado a Damson —y no hubo ninguna insinuación de que no fueran a

hacerlo, advirtió Par—, solo tú sabrás cómo sacarla sin peligro de allí. ¿De acuerdo?

El Topo respondió a Padishar asintiendo solemnemente con la cabeza.

—Par, tu papel es todavía más difícil —prosiguió el líder de los nacidos libres, volviéndose a continuación hacia el joven del valle—. Si nos topamos con los umbríos, tendrás que utilizar tu magia para ahuyentarlos. El joven montañés logró hacerlo con su espada cuando estuvimos atrapados en el Pozo. Esta vez dependerá de ti. Yo no dispongo de medios para defenderme de esos monstruos. Por lo tanto, muchacho, si nos encontramos con ellos, no titubees ni un instante.

Par ya había previsto utilizar la Canción en esa misión y enseguida le dio su palabra a Padishar de que así lo haría. Lo que no le prometió ni comentó fue que ya no estaba seguro de poder controlar la magia. Esta ya había demostrado que no era de fiar, que podía arrebatarse ella sola una vida, que ejercía un poder que podía volverse en un instante contra él. Pero los temores que implicaba reconocer este peligro palidecían ante lo que sentía por Damson Rhee. Ocultos por la lucha que habían librado para huir de la ciudad y de sus perseguidores y por el hecho de haberla creído a salvo con él, sus sentimientos habían aflorado a la superficie en el instante en que recibió la noticia de su captura, ardían en su interior como un fuego que se extendía de forma imparable. La amaba. Tal vez la había amado desde el principio, pero sobre todo desde que ella le había dado su apoyo tras la muerte de Coll. Era tan parte de él como podía serlo algo separado de su cuerpo, y la idea de perderla se le hacía insostenible. Daría lo que fuera por volver a verla ilesa. Lo daría todo. Si eso significaba exponerse a la furia de una magia que podía cambiarlo irrevocablemente, que hasta podía destruirlo, que así fuera. Si Rimmer Dall tenía razón sobre quién y qué era, entonces no podía hacer nada por salvarse. No iba a temer los riesgos que entrañaba la magia cuando la seguridad de Damson estaba en juego. Haría lo que fuera necesario.

Así pues, partieron, ambos convencidos de que valía la pena perderlo todo por Damson y, sobre todo, conscientes de que era más que probable que así fuera. De pronto, las alcantarillas se dividieron ante ellos para formar túneles estrechos y serpenteantes, al tiempo que la oscuridad se hacía más intensa. Muy pronto se verían obligados a encender la antorcha si querían ver algo, y eso sería muy peligroso cuando estuvieran más cerca de las murallas de la ciudad. Porque era probable que allí las criaturas oscuras estuvieran vigilando bajo tierra y desde arriba, y verían la luz de la antorcha desde muy lejos.

Continuaron a toda velocidad mientras el Topo elegía con sus ojos agudos y sus sentidos infalibles el camino sin equivocarse, decidiendo qué senderos eran seguros y evitando aquellos en los que podía haber obstáculos. A medida que avanzaban, oían por encima de sus cabezas los ruidos de la ciudad que les llegaban a retazos, fragmentos de unas vidas tan desconectadas de la suya como los vivos de los muertos. Par dejó que su mente vagara. Por alguna razón, sentía como si el risco sobre el que había sido construida Tyrsis fuera su tumba y ellos, apariciones invisibles a los ojos de las personas que habían sido en otro tiempo. Tras reflexionar un instante, el joven del valle llegó a la conclusión de que, en efecto, tenía más de fantasma que de humano, que en su huida de los umbríos y demás peligros que se habían cruzado en su camino se había transformado de una manera que solo ahora empezaba a comprender y como consecuencia había perdido parte de su consistencia y se había convertido en un ser etéreo. Ahora se movía en una existencia de fantasma, cada vez más aislado de amigos y familiares, atrapado en una maraña de magias que lo estaban destrozando. Sabía que debía haber una forma de salvarse, pero, por alguna razón, no parecía capaz de descubrirla.

Llegaron a una amplia confluencia de tuberías y aminoraron el paso tras un gesto del Topo en el que les pedía cautela. Apretujados en un hueco del que arrancaba una escalera de piedra, intercambiaron impresiones por última vez.

—La escalera conduce a una bodega que hay dentro del muro interior —dijo el Topo. Tenía la nariz húmeda y brillante—. De allí tendremos que subir a un pasillo, seguirlo hasta una entrada que lleva de nuevo afuera, cruzar otra puerta y recorrer otro pasillo hasta un pasadizo oculto que nos conducirá a través de la torre de vigilancia, hasta donde se encuentra Damson.

Miró a Padishar y a Par alternativamente.

—¿Hay guardias de la Federación? —inquirió Padishar.

—Por todas partes —respondió el Topo, parpadeando.

—¿Y umbríos?

—En algún lugar de la torre.

—En algún lugar. Muy concreto —dijo Padishar, dirigiéndole a Par una sonrisa irónica. Echó hacia delante sus grandes hombros—. Está bien. Recordad lo que he dicho. Recordad lo que debéis y no debéis hacer. —Miró a Par—. Si yo caigo, sigue adelante... si puedes. Si no, dirígete a la Cuenca de los Aros de Fuego y busca ayuda. Prométeme que lo harás.

Par respondió con un asentimiento, pensando mientras lo hacía que estaba mintiendo, que no iba a marcharse hasta que Damson no estuviera a salvo,

pasara lo que pasase.

Padishar se llevó la mano al hombro para colocarse bien las tiras que le sujetaban el sable a la espalda; luego comprobó los largos cuchillos y la espada corta que llevaba sujetos al cinturón. La empuñadura de otro cuchillo largo le asomaba por una bota. Todos estaban cuidadosamente envueltos en tela para evitar que el metal tintineara o reflejara la luz. Par llevaba solo la espada de Shannara y el Topo iba desarmado.

—Muy bien, adentro —ordenó Padishar, levantando de nuevo la vista.

Subieron en fila india las escaleras, encorvados bajo la piedra y se abrieron paso hacia la tenue luz que brillaba en lo alto. Ante ellos apareció una reja cuyos barrotes de hierro proyectaban un entramado de sombras sobre los escalones y sus cuerpos. Por encima de ella había silencio, un vacío total, inerte.

Al llegar a la reja, el Topo se detuvo para escuchar, ladeando la cabeza como un animal que cazara o evitara ser cazado; luego alargó la mano y, con una fuerza asombrosa, la levantó casi sin hacer ruido. Sostuvo la reja con la cabeza mientras sus dos acompañantes se apresuraban a subir. Él los siguió y volvió a colocarla con cuidado en su sitio.

Se hallaban en una bodega que era una más de la serie de habitaciones interconectadas que se sucedían a ambos lados. En todas partes había provisiones amontonadas, cajas de armas, herramientas, telas y objetos varios, todo cuidadosamente etiquetado y apilado contra las gruesas paredes de piedra sobre tarimas de madera. En la habitación contigua había barriles y, apenas visibles en la penumbra, las estructuras oxidadas de unas camas viejas formaban un laberinto de huesos de metal. En lo alto de las paredes, justo debajo del techo de la bodega y por encima del nivel de la calle, una hilera de estrechas ventanas con barrotes dejaba entrar finos rayos de la luz cada vez más débil del crepúsculo.

El Topo los condujo por el laberinto de habitaciones del sótano, entre las pilas de provisiones y la confusión de cajas hasta otro tramo de escaleras que llevaban a una pesada puerta de madera. Las subieron con cautela y a Par se le erizó el vello de la nuca cuando pensó en la posibilidad de que unos ojos invisibles estuvieran observando todos sus movimientos. Miró a izquierda y derecha, por encima de su cabeza y a su alrededor, pero no vio nada.

Volvieron a detenerse en la puerta mientras el Topo utilizaba una herramienta de metal para hacer saltar la cerradura. En unos segundos la habían cruzado y avanzaban rápidamente por el pasillo que había al otro lado. Se hallaban dentro de la pared interior de la ciudadela, la segunda línea de

defensa de la ciudad, en la que estaban situados los cuarteles en los que se alojaba la mayor parte de las tropas de la Federación. El pasillo era estrecho y recto, y estaba lleno de puertas y ventanas por las que podía verlos cualquiera. Pero nadie se asomó en el tiempo que tardaron en llegar a la entrada que el Topo buscaba, y ya habían cruzado otra puerta casi antes de que Par tuviera tiempo de respirar.

Ahora se hallaban en un nicho oscuro que daba al patio abierto entre las murallas exterior e interior de la ciudad. Los soldados de la Federación, pálidas sombras en la creciente oscuridad, hacían guardia frente a las puertas y sobre los muros. En las ventanas de los dormitorios y en los garitos de vigilancia habían luces parpadeantes, así como en las almenas y las puertas. Se oían pies calzados con botas golpeando el suelo en medio del silencio y voces que se elevaban como débiles murmullos. En alguna parte se oía el ruido de alguien usando una piedra de afilar. Par sintió que se le encogía el estómago. De todas partes llegaban ruidos de actividad.

Se pegaron a las sombras del nicho durante un largo rato, escuchando y observando, esperando antes de continuar. Par oía la respiración de Padishar, en cuclillas a su lado y apoyado contra la pared. Su propia respiración marcaba los rápidos latidos de su corazón. El hechizo de la Canción se agitaba en lo más profundo de su pecho, allí donde se originaban las emociones, y se esforzó por controlarlo. Se sorprendió pensando de nuevo en lo que podría ocurrir si trataba de conjurar la magia. Estaba allí e iba a utilizarla, de eso estaba seguro. Pero si le obedecería o no era otra cuestión, y de pronto se le ocurrió que, si lo derrotaba y lo convertía en la criatura que Rimmer Dall le había advertido que era, ¿qué impediría que se volviera contra sus amigos?

Damson, decidió. Damson y lo que ella significaba para él mantendrían la magia bajo control.

El Topo empezó a andar de nuevo y se alejó de la oscura entrada a lo largo de la áspera piedra de la gran muralla. Padishar lo siguió y Par se descubrió corriendo para alcanzarlos casi antes de darse cuenta de que los estaba siguiendo. Avanzaron despacio en la oscuridad, encogiéndose cuando la luz de las antorchas iluminaba en forma de débiles conos su camino y tratando de fundirse con la piedra, de volverse invisibles. Los soldados de la Federación seguían moviéndose ruidosamente a su alrededor, desagradablemente cerca, y a cada momento Par creía que habían sido descubiertos.

Pero unos segundos más tarde estaban ante otra puerta, que estaba abierta, y cruzaron a la luz del otro lado.

Un sorprendido soldado de la Federación apareció ante ellos, sosteniendo con naturalidad una pica entre las manos como si se dispusiera a montar guardia. Abrió la boca y, durante un breve instante, se quedó paralizado. Su indecisión le costó la vida. Padishar se abalanzó sobre él, le tapó la boca con una mano y la hoja de un cuchillo destelló en la otra para a continuación desaparecer. Par vio los ojos del soldado muy abiertos por la sorpresa. Vio el dolor y luego el vacío. El soldado se desplomó en los brazos de Padishar como un muñeco de trapo. Soltó la pica y las rápidas manos del Topo se apresuraron a atraparla antes de que cayera al suelo. En un pasillo de piedra y madera vieja, iluminado por el fuego que parpadeaba en los extremos untados de brea de las antorchas que colgaban de las paredes de argamasa, los intrusos permanecieron sin aliento e inmóviles con el soldado inerte a sus pies, escuchando con atención el silencio.

Entonces Padishar cogió en brazos el cadáver, lo llevó de nuevo a las sombras del nicho y lo hizo rodar hasta que dejó de verse. Par observaba lo que ocurría como si se encontrara muy lejos de allí, ajeno por alguna razón al suceso, tan frío como la piedra que lo rodeaba. Trató de no mirar. Todavía oía los ruidos que había hecho el soldado al morir. Todavía veía la expresión de sus ojos.

Recorrieron a toda velocidad el pasadizo, atentos a cualquier otro soldado que pudiera aparecer, a cualquier ruido que rompiera el silencio. Pero no se encontraron con ninguno más y, casi antes de que Par se diera cuenta, habían cruzado una pequeña puerta forrada de hierro que apenas se veía desde el interior del nicho en sombras en el que se hallaban.

La puerta se cerró a sus espaldas y se encontraron en una oscuridad tan absoluta como una noche sin luna. Par percibió el olor a madera y a polvo y sintió la aspereza de las tablas bajo sus pies. Se detuvieron mientras el Topo buscaba algo. A continuación, este frotó un pedernal una, dos veces, y la débil llama de una vela emitió su luz trémula. Estaban en una especie de alacena de apenas medio metro cuadrado y repleta de viejas provisiones y escombros. El Topo los apartó con cuidado para hacer sitio en el fondo del cubículo y a continuación se abalanzó contra la pared. Una parte que no se veía a simple vista retrocedió y la puerta se abrió ante ellos.

Se apresuraron a cruzarla. Entre las paredes de piedra y los puntales de madera había un reducido espacio con un techo tan bajo que Padishar se vio obligado a ponerse en cuclillas para no golpearse la cabeza. Levantó una de

sus manazas en un gesto protector y Par vio la sangre en su mano, y de pronto sintió la proximidad de su propia muerte, como si los ojos del soldado muerto la hubieran vaticinado.

El Topo pasó por su lado y empezó a conducirlos a través de los muros, esquivando los salientes de piedra, los clavos de hierro y las astillas puntiagudas. Las telarañas les rozaban la cara y los pequeños roedores correteaban chillando en la oscuridad que se extendía ante ellos. La llama de la vela brillaba débilmente en la oscuridad.

Empezaron a subir, palpando clavos que sobresalían de los puntales y escalones excavados en la roca, una combinación de escaleras y rampas que ascendían serpenteando entre los muros. Estaban en la torre y se abrían paso hacia la parte superior, hacia la celda de Damson. De vez en cuando oían voces amortiguadas. Cada vez hacía más calor y corría menos aire, y Par empezó a sudar. El pasadizo se iba estrechando y Padishar tenía dificultades para recorrerlo.

De pronto, el Topo se detuvo en seco. El jefe de los proscritos y el joven del valle se quedaron también inmóviles, agazapados en la oscuridad casi total, escuchando. Solo había silencio, pero Par percibió algo: la sensación de algo vivo que se movía al otro lado de las paredes. En su interior, el hechizo de la Canción se agitó como un gato hambriento y su fuego ronroneó, inquieto. Par cerró los ojos y se concentró para reprimir el sonido.

Lo que percibía al otro lado de la pared era la presencia de uno de los umbríos.

Sintió que se quedaba sin aliento cuando en su mente se formó la imagen de la criatura oscura y esa visión resucitó su magia. La criatura se acercaba por un pasillo del interior de la torre, envuelta en su manto con capucha, tanteando el aire con los dedos como tentáculos en busca de su presa. ¿Habría advertido también su presencia? ¿Sabría que estaban allí? La magia siseó como una serpiente en el interior de Par Ohmsford, se elevó en espiral, se tensó, cogió fuerza. Par la acalló e impidió que saliera. ¡Era demasiado pronto! ¡Demasiado pronto!

El aire le susurraba al oído como si tuviera vida. Apretó los ojos y esperó.

De pronto, los umbríos desaparecieron, se desvanecieron como un pensamiento fugaz, oscuro, perverso y lleno de odio. El hechizo de la Canción se enfrió y quedó en calma una vez más. Par sintió que parte de la tensión lo abandonaba y que los músculos del pecho y del estómago se le relajaban. Advirtió que Padishar lo miraba y vio la intranquilidad reflejada en su rostro. El líder de los proscritos le apretó el hombro con expresión inquisitiva y Par

sintió sus dedos de acero y absorbió parte de su fuerza. Logró hacer un breve y tranquilizador gesto de asentimiento.

Siguieron subiendo, avanzando en la oscuridad. Todo estaba silencioso: los murmullos y las botas de los soldados de la Federación habían dejado de oírse del todo. La noche era un manto de silencio en el que toda criatura viva parecía haberse entregado al sueño. Algo engañoso, pensó Par mientras caminaba con esfuerzo. Y peligroso.

Poco después se detuvieron de nuevo, esta vez ante una extensión de pared de piedra y argamasa enmarcada por pesadas vigas que sostenían un extremo del techo. El Topo le pasó la vela a Padishar y empezó a explorar la piedra con las manos. Algo hizo clic bajo su cuidadoso roce y una sección de la pared cedió y dejó entrar un haz de luz tenue y brumosa.

—La encontrarás bajando un tramo de escalera y cruzando la segunda puerta —dijo el Topo con voz queda, girándose hacia Padishar. Vaciló—. Puedo mostrarte el camino.

—No —respondió Padishar—. Quédate aquí. Espera a que volvamos.

—La segunda puerta —repitió el Topo, mirándolo un instante y asintiendo de mala gana.

Empujó con ambas manos la pared y esta se separó del todo. Padishar y Par Ohmsford la cruzaron con cautela.

Permanecieron de pie en el rellano de una escalera, donde los escalones se dirigían hacia arriba y hacia abajo. Ante ellos vieron una puerta cerrada y asegurada con una barra de metal oxidado. Había antorchas colocadas en los soportes de hierro de la piedra, y su luz recortaba el contorno de los escalones gastados mientras el humo acre se elevaba en la penumbra de la torre.

Todo estaba en silencio.

A sus espaldas, la puerta oculta se cerró de nuevo.

Par miró a Padishar. Su corpulento compañero miraba a su alrededor con cautela. En sus ojos volvía a reflejarse la inquietud. Negó con la cabeza ante algo que él no veía.

Empezaron a bajar con la espalda pegada a la pared, atentos a cualquier ruido amenazador. Las escaleras giraban en espiral y los conos de luz de las antorchas apenas se juntaban en las curvas. De vez en cuando, a través de las grietas en la piedra se veía un trozo de cielo nocturno, alto e inalcanzable desde donde se hallaban. Par tenía el estómago revuelto. Creyó oír algo en los escalones de arriba, un débil ruido de pasos, un frufrú de ropa. Parpadeó y se secó el sudor de la cara. Solo había silencio.

Llegaron al siguiente rellano. Había una única puerta, sin vigilar y abierta, y la cruzaron sin problemas. A Par le pareció una mala señal. Si era allí donde tenían encerrada a Damson, debería haber guardias. Volvió a mirar a Padishar, pero este miraba al frente, hacia un pasillo escasamente iluminado que se extendía hasta la prometida segunda puerta. Lo recorrieron deprisa y, mientras lo hacían, Par sintió de pronto que el hechizo de la Canción cobraba de nuevo vida en su interior. Jadeó ante la brusquedad de su llegada y el calor que generaba, como el de la puerta de un horno al abrirse, le hizo casi doblarse por la cintura.

Algo no iba bien.

Agarró del brazo a Padishar. El jefe de los proscritos se volvió, sobresaltado. Par dio un brinco al sentir un movimiento a sus espaldas, una presencia oscura. ¡Los umbríos! Estaban...

La puerta que había detrás de ellos se abrió con un crujido. Tres umbríos envueltos en capas negras la atravesaron: unas figuras encorvadas y deformes dentro del atuendo que las ocultaba, con las armas brillando a la luz de las antorchas. Padishar desenvainó el sable y Par se llevó la mano a la espada de Shannara, pero la retiró de golpe como si fueran brasas. ¡Si la tocaba se quemaría, lo sabía!

—¡Padishar! —exclamó.

El hombre se giró hacia la puerta que tenía a sus espaldas, pero esta también se abrió de par en par y aparecieron otros dos monstruos con capa negra. Ahora los dos extremos del pasillo estaban bloqueados y Par Ohmsford y Padishar Cesta, atrapados.

—¡Topo! —maldijo Padishar, convencido de que los había traicionado.

Pero Par no lo escuchó. Los buscadores corrieron hacia ellos y el hechizo de la Canción retumbó en el grito de advertencia que soltó, llenando con su cólera la torre. Lo envolvió como un ciclón y lo empujó contra un atónito Padishar. Luego se desintegró en llamaradas de fuego candente que lanzó hacia los umbríos. Las figuras negras levantaron los brazos, pero la magia de la Canción los recorrió y quedaron reducidos a cenizas. Par gritó, incapaz de contenerse, y la Canción cruzó los muros como una presa que se desborda, abriendo grietas en la argamasa y en la piedra. Padishar se apartó, luego cogió a Par, desesperado, y lo empujó con todas sus fuerzas a través de la segunda puerta, cerrándola de golpe detrás de ellos.

Par cayó de rodillas y sintió que el hechizo de la Canción se apagaba una vez más.

—¡No... puedo respirar! —jadeó.

—¡Par! ¡Umbríos, muchacho! ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa? —le preguntó Padishar, levantándolo del suelo.

Par, desesperado, negó con la cabeza. La magia seguía revolviéndose en su interior. Esta vez era real, no ilusoria. La magia de Brin, no la de Jair. Un fuego que no podía controlar, que ardía sin llama, esperando...

—¡Busca a Damson! —exclamó, cogiendo a Padishar por los brazos, mientras recuperaba el aliento, sintiendo en su interior un enfriamiento que calmó su locura—. ¡Puede que esté allí, Padishar! ¡Sácala!

Llegaban gritos de todas partes, los alaridos de los soldados de la Federación que corrían por las murallas y entraban en la torre de vigilancia. El corpulento jefe de los proscritos cogió a Par de la túnica y tiró de él mientras corría por un pasillo bordeado de pesadas puertas de madera, todas cerradas con candado y atrancadas.

—¡Damson! —gritó Padishar, frenético.

Detrás de ellos, al otro lado de la puerta por la que habían huido, Par creyó oír el susurro de las ropas de los umbríos.

—¡Ya vienen! —exclamó, sintiendo una vez más el calor de la Canción.

—¡Damson! —seguía gritando Padishar.

De detrás de una de las puertas les llegó una respuesta apagada. El jefe de los proscritos soltó a Par y siguió corriendo, llamando a gritos a su hija. La respuesta se oyó de nuevo y él se detuvo, trastabillando, y levantó y bajó el sable para derribar una de las puertas. Se oyeron gritos en una escalera situada en el otro extremo del pasillo. Padishar aporreó la puerta con golpes brutales, luego bajó el brazo y de un empujón echó abajo lo que quedaba. La puerta se abrió hacia dentro y Padishar desapareció en el interior.

Par corrió hasta el umbral y se detuvo. Padishar estaba allí de pie, ensangrentado y aturdido, y Damson Rhee lo abrazaba, con el pelo pelirrojo polvoriento y enmarañado y la cara pálida y manchada. Sus ojos eran puro fuego cuando se encontraron con los del joven del valle.

—Par —susurró, y corrió a abrazarlo.

En el pasillo, a sus espaldas se oía el ruido de hombres armados. Par se volvió para enfrentarse a ellos, pero Padishar Cesta se adelantó y en un instante estaba en el pasillo. A continuación se oyó el espeluznante sonido de las armas al chocar.

—¡Par! —exclamó—. ¡Llévatela de aquí, deprisa!

Sin pensárselo, Par agarró a Damson del brazo y la obligó a cruzar la puerta. Padishar se encaró a un grupo de soldados de la Federación, pero en la

escalera del otro extremo aparecieron más. El jefe de los proscritos hizo retroceder a los que iban delante y se giró, furioso.

—¡Maldita sea, chico... corre! ¡Recuerda nuestro pacto!

De pronto, los soldados volvieron a abalanzarse sobre él y Padishar se encontró luchando por su vida. Cayeron dos, luego otro, pero había más para reemplazarlos. Demasiados, pensó Par. Demasiados para hacerles frente. Sintió que se le encogía el pecho. Debía ayudar a su amigo, pero eso significaba recurrir a la Canción, al fuego que no podía controlar. Significaba ver a esos hombres hechos pedazos. Significaba exponerse a que Padishar también acabara destruido.

Y le había dado su palabra.

—Padishar —oyó a Damson susurrar en su oído, y vio que echaba a correr hacia el hombre corpulento.

La agarró al instante y le hizo retroceder, alejándola de la lucha. Había tomado una decisión.

—¡Par! —gritó, furiosa, pero él respondió negando con la cabeza.

Llegaron a la puerta cerrada. ¿Habría umbríos al otro lado? Par no los oía; no oía nada aparte de la lucha que se libraba detrás de él.

—¡No podemos abandonarlo! —exclamó Damson.

—Tenemos que hacerlo —repuso el joven del valle, tirando de ella.

Ante él estaba la puerta de madera, abrumadora y silenciosa, ocultando lo que había detrás. Se preparó y conjuró el hechizo de la Canción, porque esta vez no tenía otra opción. La magia acudió, impaciente.

«¡Por favor!», suplicó, «¡Déjame mantener el control solo por esta vez!».

Abrió de par en par la puerta, dispuesto a arrojar la magia candente y letal hacia el pasillo del otro lado. El silencio salió a recibirlo. La luz de la luna se filtraba por las grietas de las paredes derrumbadas y el suelo estaba cubierto de escombros. El corredor estaba vacío.

Lanzó una última mirada hacia Padishar Cesta, que estaba en pleno combate, un solitario muro de contención contra el aluvión de soldados de la Federación que trataban de abrirse paso hacia ellos. Padishar no tenía nada que hacer, lo sabía. Había sido una trampa desde el principio. Y la trampa estaba a punto de cerrarse sobre él.

Pero aún estaba a tiempo de salvar a Damson.

Costara lo que costase, tal como habían acordado.

Manteniendo a Damson sujeta por el brazo, se precipitó hacia el pasillo vacío, dejando atrás a Padishar Cesta.

6

Cruzaron la puerta de la escalera y salieron al rellano en apenas unos segundos. Del pasillo que quedó a sus espaldas, donde Padishar contenía a los soldados de la Federación, les llegaban ruidos confusos y voces furiosas.

Par se giró y cerró de una patada la puerta de la torre.

«¿Ahora por dónde?».

Abajo se oía el golpeteo de las botas y los gritos de los hombres al subir por las escaleras. No podían bajar.

—¡Déjame! —gritó Damson, furiosa, soltándose. Sus ojos verdes brillaban, llenos de lágrimas de rabia—. ¡Le has abandonado!

Par apenas la escuchaba. Tenían que subir y volver por donde habían venido hasta donde los esperaba el Topo. A menos que Padishar tuviera razón y el Topo les hubiera traicionado. Era una posibilidad. Tal vez lo hubieran capturado días atrás, cuando la Federación había estado a punto de atraparlos en su guarida. Pero no, si lo hubieran capturado no les habría ayudado a escapar del molino; habría dejado que la Federación los capturara y listo. Pero ¿y si lo habían atrapado la última vez que había salido en busca de Damson... y lo habían corrompido y transformado en un umbrío?

—¡Tenemos que volver, Par! ¡Nos necesita! ¡Es mi padre! —gritaba Damson, tirando de él. Le enseñó los dientes—. ¡Él volvió a buscarte!

Par se giró hacia la joven, le sujetó los brazos con fuerza y a continuación la atrajo hacia sí hasta sentir el calor de su aliento en la cara.

—Solo lo diré una vez. Le he dado mi palabra de que, pasara lo que pasara, te sacaré de aquí sana y salva. Se ha entregado por ti, Damson, y no va a ser en vano. ¡Ahora corre!

La obligó a darse la vuelta y la empujó escaleras arriba. Subieron a toda velocidad, escuchando los ruidos de sus perseguidores cada vez más cerca. El

rostro de Par reflejaba una inquebrantable resolución. Si el Topo los había traicionado no importaba adónde huyeran, estarían acabados. Si no, su única esperanza era encontrarlo.

Llegaron al siguiente rellano y Par trató en vano de encontrar la puerta oculta. No conseguía acordarse de dónde estaba; no había prestado mucha atención al cruzarla y ahora todo le parecía igual.

—¡Topo! —gritó, desesperado.

—¡Por aquí! ¡Por aquí, encantadora Damson! —gritó a su vez el Topo, asomando su peluda cara por el boquete que acababa de abrirse en la pared a su izquierda.

Cruzaron corriendo la obertura y el Topo la cerró detrás de ellos.

—¿Y Padishar? —preguntó, preocupado, y el tono de su voz y la expresión que apareció en sus húmedos ojos convencieron a Par, por motivos que nunca sería capaz de explicar, de que no los había traicionado.

—Lo han capturado —respondió el joven del valle, obligándose a mirar a la cara a Damson. La muchacha desvió los ojos al instante.

—Pues salgamos de aquí —apremió el Topo, sosteniendo la vela en alto mientras se deslizaba delante de ellos para mostrarles el camino—. Deprisa.

Volvieron a los muros de la torre y recorrieron el serpenteante camino en la oscuridad, escuchando los gritos de los soldados que se filtraban por la piedra en una apagada cacofonía. Llegaron hasta la alacena y se apresuraron a atravesarla hacia el pasillo del otro lado. Afuera, los soldados pasaban por delante de las ventanas de los cuarteles en dirección a la torre de vigilancia y a las puertas. Las antorchas parpadeaban y llameaban como si se esforzaran en combatir la oscuridad y el ruido de cerrojos corriéndose y de barras colocándose en su sitio era ensordecedor.

Apretujado contra la pared en un rincón oscuro, el Topo mantuvo a los jóvenes inmóviles donde estaban y luego les indicó por señas que lo siguieran. Echaron a correr agachados por el pasillo hasta la puerta por la que habían entrado y salieron al patio de afuera.

Se había hecho de noche y la luna y las estrellas estaban escondidas tras las nubes que flotaban, bajas y oscuras, sobre el acantilado. El fuego proyectaba su luz humeante a través de la oscuridad, pero apenas conseguía clarearla. Por todas partes había figuras arremetiando, pero era imposible verles la cara.

—¡Por aquí! —dijo el Topo con voz ronca.

Torcieron a la izquierda y siguieron el muro a todo correr, porque los demás también corrían. Se deslizaron en la oscuridad, tres cuerpos más en el

tumulto, tres personas anónimas para quienes nadie tenía tiempo o interés.

Ya estaban casi en la puerta que se abría a los túneles subterráneos de la ciudad cuando se interpusieron en su camino. Un grito les hizo apiñarse y una figura oscura salió a grandes zancadas de la negrura. Por un instante, Par creyó que era Padishar, que había huido milagrosamente, pero luego vio los distintivos de un capitán de la Federación con uniforme oscuro. Al verlo acercarse, los tres se quedaron paralizados, sin saber muy bien qué hacer. El capitán llegó hasta ellos y su rostro barbudo quedó iluminado por la luz.

Entonces Damson dio un paso suave y relajado adelante, sonriéndole. En la cara del hombre apareció una expresión confundida. Ella le concedió un instante más y luego le propinó tres bofetadas con el dorso de la mano, tan rápidas que Par apenas las vio. A continuación, se acercó a él, le rodeó el hombro con el brazo y lo tiró al suelo. Él resolló e intentó gritar, pero un último golpe en la garganta lo silenció para siempre.

Damson se levantó y pasó bruscamente al lado de Par hacia la puerta por donde el Topo ya estaba desapareciendo de la vista. Par recordó en ese instante la facilidad con la que ella le había derribado aquella noche en el Parque del Pueblo, cuando él la culpaba de la trampa que les había tendido la Federación, en la que se habían visto atrapados él y los demás. Comprendió que podría haberlo hecho otra vez en la torre de vigilancia. Podría haberlo obligado a retroceder si hubiera querido. ¿Por qué no lo había hecho?

Estaban de nuevo dentro del muro interior y bajaron a todo correr hasta las bodegas por las que habían venido. Los ruidos de afuera cada vez eran más débiles, amortiguados por las capas de piedra. Llegaron a la trampilla, la cruzaron y bajaron los escalones hasta el túnel de abajo. Desde allí se movieron con rapidez en la oscuridad, alejándose de las murallas de la ciudad y volviendo al centro. No tardaron en estar en lo más profundo de las alcantarillas, donde todo estaba silencioso.

—Hagamos un... descanso —propuso Par por fin, sin aliento por la carrera. Necesitaba pensar para decidir lo que debía hacer a continuación.

—Por aquí —dijo el Topo, conduciéndolos a una plataforma que servía de base para una escalera que subía hasta la calle, en una confluencia de túneles y tuberías. A través de una reja situada encima de sus cabezas brillaba una luz. Las calles estaban silenciosas y sin vida—. Iré a asegurarme de que no nos han seguido.

Desapareció en la oscuridad, dejándoles la vela. El joven del valle y la chica observaron cómo se alejaba y luego se sentaron juntos, con la espalda contra la pared y la vela delante. Par estaba exhausto. Clavó los ojos en la

oscuridad más allá de la llama y dejó que el cansancio se extendiera por todo su cuerpo. Oía a Damson respirar y sentía el calor de su cuerpo.

—Sabes lo que le harán —dijo ella por fin. Él no respondió y siguió mirando al frente—. Le convertirán en uno de ellos. Lo utilizarán.

«Si logran cogerlo con vida», pensó Par. Y tal vez ni por esas. Rimmer Dall era imprevisible.

—¿Por qué no me obligaste a volver a por él? —preguntó Par.

—Nunca te haría eso a ti —respondió la muchacha tras guardar un largo silencio.

Él permaneció callado un instante, dejando que el significado de sus palabras se asentara.

—Lo siento por Padishar —dijo por fin—. Yo tampoco quería dejarle.

—Lo sé —contestó ella en voz baja.

Lo dijo con tanta serenidad que él la miró para asegurarse de que había oído bien sus palabras. Intercambiaron una mirada.

—Lo sé —repitió ella. Su voz dejaba traslucir el dolor que sentía—. No ha sido culpa tuya. Padishar te obligó a darle tu palabra de que me salvarías antes a mí. Me habría hecho prometer lo mismo si yo hubiera estado en tu lugar. —Volvió a apartar la mirada—. Pero me enfadé cuando vi... —Hizo un gesto de impotencia.

—¿Estás bien?

La muchacha respondió asintiendo con la cabeza y cerrando los ojos.

—¿Saben quién eres?

—No. ¿Cómo iban a saberlo? —respondió ella volviendo a mirarlo.

—Por el Topo —dijo el joven del valle, respirando profundamente—. Nos han tendido una trampa, Damson. Nos estaban esperando. Tenían motivos para creer que vendríamos a rescatarte. ¿Y qué mejor motivo que saber que tú eres la hija de Padishar Cesta? Padishar cree que el Topo nos ha traicionado.

—¡El Topo nos ha salvado la vida, Par! —respondió Damson con los ojos llenos de cólera—. Ha salvado la tuya. Lo mío solo fue mala suerte. La Federación me reconoció en la calle y sabían que te había ayudado a escapar del molino. —Vaciló—. Eso también fue una trampa, ¿no? Sabían... —Volvió a hacer una pausa, sin saber cómo acabar la frase.

—Puede haber sido el Topo —insistió Par—. Pudieron cogerlo cuando fue a buscarte. O antes.

—¿Y por qué iba a ayudarnos luego? Si él no nos hubiera sacado de la torre, la Federación nos tendría prisioneros.

—Lo sé. También lo he pensado. —Hizo un gesto de impotencia—. Pero nos encuentran allá donde vamos, Damson. ¿Cómo lo hacen? Los umbríos parecen tener oídos en todas partes. Es siniestro. A veces tengo la impresión de que no podemos confiar en nadie.

—No podemos, Par —respondió la muchacha, esbozando una amarga sonrisa—. Ya no podemos. ¿No te has dado cuenta? Solo estamos tú y yo. ¿Y acaso podemos confiar el uno en el otro?

El joven del valle la miró, sorprendido. La tristeza le había inundado los ojos y ella extendió los brazos y lo rodeó, atrayéndolo hacia sí.

—Lo siento —dijo, y él se dio cuenta de que estaba llorando.

—Creía que te había perdido para siempre —susurró él con la cabeza hundida en su pelo. Notó que ella asentía levemente con la cabeza—. Estoy tan cansado de todo esto... Solo quiero que se acabe.

Permanecieron abrazados en silencio y Par se concentró en el tacto de su piel. Cerró los ojos y se abandonó al cansancio. De pronto deseó estar de nuevo en el valle, volver de nuevo a su casa con su familia, a su antigua vida, y que Coll estuviera vivo y nada de todo eso hubiera ocurrido. Deseó empezar de nuevo. Entonces no estaría tan impaciente por partir al encuentro de Allanon, ni se apresuraría en emprender la búsqueda de la espada de Shannara, y no caería en la trampa de creer que su magia era un don.

Pensó entonces hasta qué punto la Canción había formado parte de él en otro tiempo y cuán ajena le parecía ahora. Había vuelto a escapar de su control cuando la había invocado en la torre. A pesar de su concentración, de sus esfuerzos. ¿Podía decir siquiera que la había invocado, o más bien había acudido por voluntad propia al advertir la presencia de los umbríos? En cualquier caso, no le cabía la menor duda de que había hecho lo que había querido, arrojándose como un cuchillo para hacer pedazos a los umbríos. Par se estremeció al recordarlo. Él nunca habría deseado hacer algo así. La magia había destruido a las criaturas oscuras sin pensárselo dos veces, sin escrúpulos. Frunció el entrecejo. No, no había sido la magia, sino él. Él los había destruido. Tal vez no había querido, pero lo había hecho. A Par no le gustaba lo que eso implicaba. Los umbríos eran lo que eran, y tal vez era cierto que ellos tampoco vacilarían en matarlo, pero eso no cambiaba quién era él. Todavía veía los ojos del soldado que Padishar había matado. Veía cómo se apagaba en ellos la vida en un instante. Le habían entrado ganas de llorar. Odiaba que fuera necesario y que él formara parte de ello. Comprender las razones para hacerlo no lo hacía más aceptable. Sin embargo, ¿qué clase

de hipócrita era, que tan pronto desesperaba por una vida como ponía fin a media docena?

No quería saber la respuesta a esa pregunta. Pensaba que no sería capaz de soportarla. Lo que sí admitía era que la Canción había sufrido un cambio en su interior y eso también le había cambiado a él. Le había hecho pensar con mayor detenimiento en las palabras de Rimmer Dall de que él también era un umbrío. Después de todo, ¿qué diferencia había entre ellos?

—¿Damson?

La voz titubeante del Topo salió de la oscuridad y la joven se apartó del lado de Par. Era curioso que el Topo solo se dirigiera a ella, pensó.

La menuda criatura apareció bajo la luz, parpadeando y entornando los ojos.

—No nos siguen. Los túneles están vacíos.

—¿Qué hacemos ahora, elfo? —le preguntó Damson volviéndose hacia él y echándose el pelo hacia atrás—. ¿Adónde vamos?

—Te quiero, Damson Rhee —respondió Par, esbozando una sonrisa y estrechándole la mano entre las suyas. Lo dijo en una voz tan baja que las palabras se perdieron en el frufrú de su ropa. Se levantó—. Tenemos que salir de esta ciudad e intentar buscar ayuda. De Morgan, de los nacidos libres o de quien sea. No podemos seguir solos. —Bajó la vista hacia la forma encorvada del Topo—. ¿Puedes ayudarnos a salir, Topo?

—Debajo de la ciudad hay unos túneles que os llevarán a los llanos de más allá —respondió el Topo, tras dirigirle a Damson una mirada inquisitiva—. Os los mostraré.

Par se giró de nuevo hacia ella. Durante un momento, la muchacha se quedó callada. Sus ojos verdes se llenaron de pensamientos que se guardaba para sí.

—De acuerdo, Par, iré —dijo por fin—. Sé que no podemos quedarnos. Se nos está acabando el tiempo y la suerte aquí, en Tyrsis. —Se acercó a él—. Pero ahora tienes que darme tu palabra, como se la diste a Padishar. Prométeme que volveremos a buscarlo... que no le dejaremos morir.

«No se ha planteado que tal vez ya esté muerto. Cree que es demasiado fuerte para que eso suceda. Y yo también, supongo».

—Lo prometo —susurró el joven del valle.

—Yo también te quiero, Par Ohmsford —dijo Damson antes de inclinarse hacia él y besarle la boca con pasión—. Te querré hasta el final.

Pasaron el resto de la noche caminando por el laberinto de túneles que se extendían por debajo de Tyrsis, antiguos pasadizos que tiempo atrás habían

servido para resguardar a los defensores de la ciudad y que ahora les permitían huir. Los túneles se entrecruzaban una y otra vez, a veces lo bastante anchos y altos para que circularan carros por ellos, otras apenas lo suficientemente amplios para que pasaran el Topo y los dos jóvenes. En algunas partes la roca estaba seca y polvorienta y olía a tierra vieja y a cerrado, mientras que en otras estaba húmeda y fría, y hedía a aguas residuales. Las ratas chillaban al oírlos llegar y se escabullían por las paredes. Los insectos volaban por encima de la piedra, revoloteando como si fueran hojas secas. El ruido de sus botas y de su respiración resonaba con fuerza en los túneles y parecía imposible que pasaran desapercibidos. Pero el Topo se abría paso con cautela, y a menudo los alejaba de la ruta más directa y elegía el camino basándose en cosas que solo él percibía y conocía. No hablaba; iba delante de ellos a través de su silencioso mundo infernal, como el espectro errante en que se había convertido. De vez en cuando se paraba a mirarlos o a examinar algo que encontraba en el suelo del túnel, o a estudiar la oscuridad que los cercaba, distante y absorto en sus reflexiones. Par y Damson se detenían con él y esperaban, observándolo, preguntándose en qué pensaba. No hablaron. Par deseaba hacerlo, pero al ver que Damson creía prudente guardar silencio se convenció de que lo mejor era seguir su ejemplo.

Al final llegaron a un lugar donde un brumoso resplandor plateado interrumpía la oscuridad. Se abalanzaron hacia él, atravesando una cortina de viejas telarañas y polvo, y subieron con dificultad por una rampa de roca que se estrechaba conforme avanzaban, hasta que tuvieron que doblarse por la cintura. Más adelante les cortaron el paso unos matorrales tan espesos que el Topo se vio obligado a utilizar un cuchillo largo que llevaba oculto en su cuerpo peludo para abrirse paso. Apartando a empujones las ramas cortadas, los tres avanzaron a gatas a través de la última parte del follaje que disimulaba la entrada del túnel y salieron a la luz.

Se levantaron y miraron a su alrededor. Las montañas que protegían el risco sobre el que se erigía la ciudad de Tyrsis se alzaban a sus espaldas, un muro negro e irregular contra la luz del amanecer al este; la sombra de sus picos se extendía como una oscura mancha hacia el norte y el oeste a través de los llanos, hasta que desaparecía entre los bosques del otro lado. El aire era caliente y olía a hierba seca a causa del sol estival. Los pájaros cantaban desde su escondite en los árboles y las libélulas volaban sobre pequeños charcos de agua llenos de hierbajos, formados por las corrientes que brotaban de las rocas que había detrás de ellos.

—Estamos fuera —comentó Par en voz baja, mirando a Damson y esbozando una sonrisa, que ella le devolvió.

Se volvió hacia Topo, que parpadeaba indeciso bajo la luz desconocida.

—Gracias, Topo —dijo, y, dejándose llevar por un impulso, le tendió la mano—. Gracias por todo.

—De nada —respondió el Topo arrugando la cara y parpadeando más deprisa. Después levantó una mano vacilante, rozó la de Par y la retiró.

—Ahora tenemos que separarnos —dijo Damson, acercándose al Topo, arrodillándose ante él y abrazándolo—. Ve a un lugar seguro, Topo. Bien lejos de las criaturas oscuras. Quédate escondido hasta que volvamos.

—Siempre, encantadora Damson. Siempre por ti —respondió el Topo levantando los brazos y acariciando con sus manos arrugadas los delgados hombros de la joven.

Entonces ella deshizo el abrazo y el Topo le acarició la cara con delicadeza. Par creyó ver lágrimas en los ojos brillantes de la menuda criatura. Luego el Topo se dio la vuelta y desapareció de nuevo en la oscuridad.

Lo siguieron con la mirada un instante y después intercambiaron una mirada inquisitiva.

—¿Por dónde? —preguntó Par.

—Es verdad —dijo Damson, esbozando una amplia sonrisa—. No sabes dónde está la Cuenca de los Aros de Fuego, ¿verdad? A veces se me olvida, parece que siempre has sido uno de los nuestros.

—Cuesta recordar los tiempos en que no tenías que cuidar de mí, ¿eh? —respondió el joven del valle, correspondiendo a su sonrisa.

—Yo no me quejo. ¿Y tú? —preguntó la muchacha, dirigiéndole una mirada inquisitiva.

Par se acercó a la joven y la abrazó un instante. No dijo nada; se limitó a rodearla con los brazos, con la mejilla apoyada en su pelo castaño rojizo y los ojos cerrados. Pensó en todo lo que habían pasado juntos, en cuántas veces sus vidas habían estado en peligro y en cuán arriesgados habían sido sus viajes. ¡Habían recorrido tan poca distancia para llegar tan lejos!, pensó. ¡Habían descubierto tantas cosas en tan poco tiempo!

—¿Sabes? —inquirió Par, todavía abrazándola, mientras le acariciaba la espalda trazando pequeños círculos—. A veces me da la impresión de que siempre tengo miedo. He tenido miedo desde que Coll y yo dejamos por primera vez Varfleet, hace ya muchas semanas. Parece que todo lo que ocurre se cobra su precio. Nunca sé lo que voy a perder a continuación y no soporto

esa sensación. Pero lo que más miedo me da, Damson Rhee, es la posibilidad de perderte a ti. —Estrechó el abrazo—. ¿Qué dices tú? —le preguntó.

La respuesta de Damson fue abrazarlo a su vez.

Después caminaron en el transcurso de las primeras horas de la mañana sin apenas hablar y dejaron atrás la ciudad de Tyrsis en dirección norte a través de los llanos, hasta los límites cubiertos de bosque de los Dientes del Dragón. Cada vez hacía más calor, los cristales del rocío de la noche dejaron de brillar con la salida del sol y la humedad se secó y se convirtió en las primeras motas de polvo. Durante largo rato no vieron a nadie, luego solo a comerciantes y a familias que salían de sus granjas para ir al mercado de la ciudad. Par se sorprendió pensando de nuevo en su tierra, en sus padres y en Coll, pero daba la impresión de que todo había ocurrido hacía mucho tiempo. Podía desear que las cosas no hubieran cambiado y que todo lo ocurrido desde su encuentro con Cogline no hubiera sucedido, pero sabía que era lo mismo que desear que el día se convirtiera en noche y el sol, en la luna. Miró a Damson, que caminaba a su lado, las suaves y firmes líneas de su rostro, los movimientos de su cuerpo, y dejó que lo que podría haber sido se alejara rápidamente.

A mediodía cruzaron el río Mermidón para internarse en los bosques del otro lado e hicieron un alto para comer. Buscaron agua fresca, bayas, raíces y hierbas, y salieron del camino. Dentro del bosque hacía frío y todo estaba silencioso, mientras el ardor del día calentaba la tierra de alrededor y la cubría de un manto espeso y agobiante. Después de comer decidieron dormir un rato, cansados por los esfuerzos de la noche anterior y deseosos de sacarle el máximo partido posible a su refugio. Estaban a solo unas horas del desfiladero de Kennon, según dijo Damson, y de ahí cruzarían los Dientes del Dragón hasta el valle donde en otro tiempo se había erigido Paranor. De allí se dirigirían al noreste hasta el desfiladero de Jannison y la Cuenca de los Aros de Fuego. Dos días más y alcanzarían a los nacidos libres, prometió ella.

Pero durmieron más tiempo de lo que habían previsto, arrullados por el frescor y el relajante ruido del viento soplando entre los árboles, y era casi de noche cuando se despertaron. Se levantaron y partieron enseguida, impacientes por recuperar el máximo tiempo posible. Si la luna les iluminaba el camino, podrían cruzar el desfiladero de noche. De lo contrario, tendrían que esperar a la mañana siguiente. En cualquier caso, se propusieron llegar al desfiladero de Kennon antes de que acabara el día.

Avanzaron deprisa y sin detenerse por entre los pesados grupos de arbustos y hierbas altas de aquellos bosques transitables y espaciosos,

sintiéndose descansados y en forma después de haber dormido. El sol avanzaba hacia el oeste, escondiéndose detrás de los árboles hasta convertirse en una brillante llama de oro y carmesí que se filtraba por la pantalla de hojas y ramas. La luna apareció en el cielo azul y despejado y los pájaros diurnos empezaron a enmudecer ante la llegada de la noche. Par se sintió tranquilo por primera vez en muchos días, en paz consigo mismo. Le tranquilizaba estar fuera de Tyrsis, lejos de sus alcantarillas y bodegas, libre del confinamiento de sus muros, a salvo de las criaturas que lo habían acosado. Miraba a Damson y sonreía. Pensó en Padishar e intentó ahuyentar la tristeza. Sus pensamientos corrían entre los árboles y sobre la alfombra de flores del suelo, como pequeñas criaturas que jugueteaban. Dejó que vagaran por donde quisieran, contento de darles rienda suelta.

Ni una sola vez se le ocurrió tener la prudencia de borrar sus huellas.

El crepúsculo ardía como el fuego a través de los llanos que se extendían a los pies de Tyrsis mientras el día avanzaba hacia la noche y empezaba a remitir el calor. Las sombras se alargaban y aumentaban, adoptaban formas extrañas y sugerentes y cobraban vida en la oscuridad. Se proyectaban desde las hondonadas, barrancos, bosques y árboles solitarios, ensanchándose aquí y allá como si flexionaran sus miembros al despertarse, preparadas para salir de caza.

Una de esas sombras se desplazaba con intenciones oscuras a lo largo de los terrenos desiertos hacia el río Mermidón, al norte; una pálida oscuridad oculta en la hierba alta por la que discurría el río. Se hizo más osada a medida que se acercaba la noche y se incorporaba de vez en cuando a oler el aire antes de descender de nuevo hasta la tierra para mantener fresco en la memoria el olor que seguía. Comía lo que encontraba por el camino, raíces y bayas, insectos y animalillos, todo con lo que se topaba y que no conseguía escapar. Porque su atención estaba concentrada sobre todo en las huellas que seguía, en el olor de aquello que perseguía con tanta diligencia, de aquello que era el origen de su locura.

Al llegar al río Mermidón se levantó sobre sus cuartos traseros, una forma encorvada y nudosa, envuelta en una brillante capa negra que por alguna razón repelía el polvo y la mugre que cubría a su portador. Unas manos despellejadas y llenas de arañazos sangrantes aferraban con fuerza la capa para que no se le cayera mientras vadeaba el río por un bajío. La capa nunca se separaba ni un instante de él. La capa lo mantenía en pie, él lo sabía. La capa lo protegía.

Sin embargo, al mismo tiempo parecía el origen de su locura. Una parte de la mente de la criatura le susurraba que así era. Se lo susurraba una y otra vez, intentaba prevenirla.

Pero la mayor parte de lo que le pasaba a la criatura por la cabeza le aseguraba que la capa era buena y necesaria para su supervivencia, y que la causa de su locura era precisamente aquel al que perseguía. Él («¿Mi hermano?»). No se acordaba del nombre, solo de la cara. La locura zumbaba dentro de su cabeza, en sus oídos, brotaba de su boca como una nube de mosquitos que le picaban, le mordían y le consumían la razón hasta el extremo de no poder pensar en otra cosa.

Unas horas antes, en la sombra de media tarde, expuesto a la odiosa luz porque la locura le hacía salir cada vez más a menudo de su madriguera, había percibido por fin el olor de su presa («¿Cómo se llamaba?»). Merodeando por la base del acantilado noche tras noche durante más de una semana, su desesperación, su necesidad de encontrarlo, de localizarlo para alcanzar la liberación, para poner fin a la locura, había ido en aumento.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podía ponerle fin?

Lo ignoraba. De una u otra manera, ocurriría. Cuando encontrara al origen de la locura. Cuando... le hiciera tanto daño como él le estaba haciendo...

El pensamiento planeó ante sus ojos, borroso. Pero había cierto placer en esa idea, en su sabor y en su tacto.

Le brillaban los dientes y los ojos a la luz cada vez más deslumbrante de la luna.

Al otro lado del río, la criatura localizó fácilmente las huellas y empezó de nuevo a seguir las. Eran recientes. Y tan claras como el hedor de algo muerto que se descomponía al sol. Y no estaba lejos. A unas pocas horas, tal vez menos...

Un escalofrío recorrió a la criatura. De anticipación. De urgencia. Las semillas de la locura florecían.

Coll Ohmsford hincó la nariz en el suelo como el animal en el que se había convertido y desapareció entre los árboles.

El crepúsculo daba paso a la noche cuando Par y Damson llegaron al pie de los Dientes del Dragón y al sendero que ascendía serpenteando por los acantilados hasta el desfiladero de Kennon. La luz de la luna brillaba al norte y el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. El calor del día había desaparecido y soplaba una suave y fresca brisa procedente de las montañas.

En los árboles del bosque que tenían a sus espaldas, una lechuza ululó débilmente y luego calló.

Como había suficiente luz para recorrer el sendero y estaban muy descansados, el joven del valle y la muchacha continuaron su camino. Era una noche ideal para caminar, aun en la montaña, y no tardaron en dejar atrás las laderas inferiores en su camino hacia el desfiladero. Mientras avanzaban, cayó la noche y el silencio se hizo más profundo; el bosque y sus habitantes descendieron a sus espaldas a un pozo de oscuridad mientras las rocas los cercaban y se convertían en siluetas que se recortaban, dentadas y sombrías, contra el cielo. Trituraban con las botas las piedrecitas sueltas y la respiración se les volvió entrecortada, pero, aparte de esos ruidos cercanos, el mundo permanecía silencioso y vacío.

Pasaba el tiempo y la medianoche se aproximaba. Ya habían recorrido el desfiladero y llegado a su punto más alto, al lugar donde el sendero empezaba a descender de nuevo hasta el valle que se extendía a sus pies. La luz que tenían ante sí parecía más brillante que la que habían dejado atrás, un fenómeno que ni el joven del valle ni la muchacha se explicaban, por lo que más de una vez intercambiaron miradas inquisitivas. Hasta que no llegaron a lo alto del desfiladero, rodeados de los picos de las montañas, con el sendero convertido en un corredor largo y ancho abierto en la roca, no se dieron

cuenta de que lo que veían no era la luz de la luna o las estrellas, sino el resplandor de los fuegos de vigilancia que ardían más adelante.

Esta vez la mirada que intercambiaron fue de preocupación. ¿Por qué ardían allí fuegos de vigilancia? ¿Quién los había encendido?

Caminaron con mayor cautela, pegados a la oscura pared del desfiladero, parándose a menudo a escuchar e intentando averiguar lo que les esperaba más adelante. Así y todo, estuvieron a punto de no ver a los guardias apostados en una cuesta a unos cien pasos, desde donde podrían ver bien a todo el que tratara de cruzar. Los guardias eran soldados y llevaban uniformes de la Federación. Par y Damson se perdieron al instante entre las sombras, fuera de su vista.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó la muchacha a Par.

El joven del valle hizo un gesto de desconocimiento. No se le ocurría ningún motivo para que estuvieran allí. Los nacidos libres no estaban cerca del desfiladero de Kennon. La Cuenca de los Aros de Fuego quedaba bastante más al este. Al otro lado solo estaba el valle y nunca había habido nada en el valle, no había habido nada desde...

Su mente se paralizó y los ojos se le abrieron como platos.

Desde que Paranor había desaparecido.

Respiró profundamente y contuvo el aliento, recordando la misión que Allanon le había encomendado a Walker Boh. ¿Era posible que Walker hubiera...?

Dejó el pensamiento suspendido en el aire. No se permitió terminarlo. Sabía que estaba sacando conclusiones precipitadas, que la presencia de los soldados en el desfiladero podía deberse a innumerables razones.

Sin embargo, algo en su interior le decía que tenía razón. Que los soldados estaban allí porque Paranor había vuelto.

Se agachó rápidamente junto a Damson. Ella se sorprendió al ver la excitación reflejada en sus ojos.

—Damson —dijo en voz baja—. Tenemos que pasar por delante de estos guardias o, al menos... —Su mente funcionaba a toda velocidad—. O, al menos, tenemos que llegar hasta las rocas para ver qué hay al otro lado, en el valle. ¿Podemos hacerlo? ¿Hay otro camino?

Hablaba tan deprisa que se le mezclaban las palabras. Pensaba en Walker Boh. El Tío Oscuro. Casi lo había olvidado... había dejado de contar con él desde que se habían separado en el Cuerno del Hades. Pero Walker era imprevisible y Allanon había creído en él, al menos lo bastante para encomendarle la misión de restituir Paranor.

¡Maldición! El corazón le latía tan deprisa que parecía que le brincaba en el pecho. ¿Y si...?

Damson le tocó el brazo y le hizo sobresaltarse.

—Sígueme —dijo.

Volvieron sobre sus pasos por el desfiladero hasta llegar a una abertura en las rocas, desde la que arrancaba un sendero estrecho. Empezaron a subir por él con lentitud. El sendero serpenteaba: a veces se doblaba sobre sí mismo y a veces era tan empinado que tenían que avanzar a cuatro patas y darse impulso agarrándose a las rocas y matorrales. Los minutos pasaban y seguían su ascenso, sudando copiosamente, respirando por la boca, sintiendo que empezaban a dolerles los músculos. Par no preguntó adónde iban. Esas montañas habían sido durante años el bastión de los nacidos libres. Nadie las conocía mejor que ellos. Damson sabía muy bien lo que hacía.

Por fin, el sendero se allanó de nuevo y más adelante torció hacia el resplandor de los fuegos de vigilancia. Estaban en los picos, muy por encima del desfiladero. El viento soplaba frío y con fuerza allí, y los ruidos llegaban amortiguados. Siguieron avanzando a gatas a medida que las rocas que se alzaban a ambos lados daban paso a un estrecho risco. El viento los azotaba con violencia y la luz de los fuegos se extendía sobre la pantalla del cielo azul como si fuera un brumoso atardecer otoñal.

El sendero terminaba en un acantilado de cientos de metros de altura. Abajo, a mitad de camino, estaba la entrada norte del desfiladero de Kennon. Era allí donde ardían con ímpetu los fuegos de vigilancia, docenas de ellos, al cobijo de las rocas. A su alrededor dormían formas envueltas en mantas. Y había caballos atados en hilera, formando un piquete. En cada cruce patrullaban centinelas. La Federación había bloqueado el paso.

Temiendo lo que iba a encontrar (o no encontrar), Par miró por encima del campamento de la Federación hacia el valle que se extendía al otro lado. Por un instante no vio nada; tenía los ojos debilitados por haber mirado fijamente los fuegos y la negrura que contemplaban era una amplia cortina que cubría todo el horizonte. Esperó a que su vista se adaptara y la clavó en la oscuridad. Poco a poco el valle empezó a tomar forma. A la luz más tenue de la luna y las estrellas, la silueta de las montañas y los bosques se recortaba contra la línea del horizonte: los lagos y los ríos emitían apagados destellos plateados y el intenso y borroso tono grisáceo de los prados y las colinas cubiertas de hierba formaban un mosaico contra el negro.

—¡Par! —exclamó de pronto Damson, cogiéndolo del brazo. Se apoyó contra él, emocionada, y levantó rápidamente un brazo para señalar algo.

Y allí estaba Paranor.

Ella lo había visto primero, allá lejos en el valle, bañado en la luz de la luna y alzándose en el centro de un risco. Par se quedó sin aliento y se inclinó hacia delante, asomándose todo lo que pudo por el borde del precipicio para asegurarse de que no era un engaño ni un error...

No. No se equivocaba. Era, en efecto, la Fortaleza de los Druidas, que había regresado del tiempo y de la historia, de sueños de cómo podría haber sido el mundo de los hombres. Par todavía no acababa de dar crédito a sus ojos. Nadie vivo había visto Paranor. El mismo Par solo había cantado canciones sobre él, imaginandoselo a partir de las historias que había oído, de las leyendas de generaciones de Ohmsford que llevaban mucho tiempo muertos. Había estado desaparecido todos estos años, tantos que para la mayoría era solo una leyenda, y de pronto estaba allí, de nuevo en las Cuatro Tierras, tan real como la vida misma: muros, almenas, torres y parapetos que se alzaban de la tierra como un fénix entre la oscura franja de bosque que lo rodeaba como una muralla.

Paranor. Walker Boh había logrado recuperarlo.

Par esbozó una amplia sonrisa mientras alargaba los brazos hacia Damson y la abrazaba tan fuerte que temió partirla en dos. Ella lo abrazó a su vez con todas sus fuerzas, riendo por lo bajo. Luego se separaron, miraron por última vez la oscura silueta del castillo y retrocedieron a lo largo del risco hasta el abrigo de las rocas.

—¿Lo has visto? —preguntó Par cuando volvieron a estar a salvo. La abrazó una vez más—. ¡Walker lo ha conseguido! ¡Ha recuperado Paranor! ¡Damson, está ocurriendo! ¡Los encargos que Allanon nos dio están cumpliéndose! ¡Si yo realmente tengo la espada de Shannara, y si Wren ha encontrado a los elfos...! —Se contuvo—. Me pregunto qué habrá sido de Wren. ¡Ojalá supiera algo más, maldita sea! ¿Y dónde está Walker? ¿Crees que está allí abajo, en el castillo? ¿Por eso la Federación ha bloqueado el paso... para mantenerlo encerrado allí dentro? —Su cara estaba marcada por la emoción—. ¿Y qué hay de los druidas? ¿Qué crees tú, Damson? ¿Los ha encontrado?

—Me temo que tardaremos un poco en averiguarlo —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa—. Seguimos atrapados en el lado del desfiladero que no queremos. —Su sonrisa desapareció y se separó de él con suavidad—. No hay forma de rodear a esos soldados, Par. A menos que quieras utilizar tu magia para disfrazarnos. ¿Qué te parece? ¿Quieres hacerlo? ¿Podrás?

Par sintió frío en la boca del estómago. Otra vez la Canción. No había forma de librarse de ella. Sentía cómo su magia se agitaba en su interior, anticipando la posibilidad de volver a ser utilizada, de liberarse de nuevo...

Damson vio el cambio que se producía en la cara de Par y se apresuró a tirar de él para levantarlo.

—No vas a usar la magia. No a menos que sea necesario, y no lo es. Podemos ir por otro camino... hacia el este, por debajo de las montañas, y luego hacia el norte, cruzando el río Rabb. Es un poco más largo, pero igual de seguro.

El joven del valle asintió con la cabeza, sintiendo un inmenso alivio. El instinto de Damson no se equivocaba. Le asustaba utilizar la magia. Ya no confiaba en ella.

—Está bien —accedió, esbozando una sonrisa forzada—. Eso haremos.

—Vamos entonces. —Damson tiró de él—. Volveremos por donde hemos venido. Podemos dormir algunas horas y luego volver a empezar. —Su sonrisa era radiante—. ¿Te das cuenta, Par? ¡Es Paranor!

Volvieron sobre sus pasos por el estrecho sendero, deslizándose por las rocas hasta el desfiladero principal, y entonces se dirigieron al sur. Avanzaban a buen paso, emocionados por el descubrimiento que acababan de hacer, impacientes por comunicarle la noticia a los demás. Pero pasada la primera oleada de euforia, Par se sorprendió cambiando de parecer. Tal vez estaban celebrando antes de tiempo la reconquista de Paranor. El fantasma de Allanon nunca había explicado qué iban a conseguir llevando a cabo sus encargos. Habían recuperado Paranor, pero ¿qué cambiaba eso? ¿Habían vuelto con él los druidas? Si así era, ¿les ayudarían a luchar contra los umbríos?

¿O serían el auténtico enemigo de las Razas, tal como Rimmer Dall había sugerido?

A medida que seguían el retorcido camino hacia la franja oscura de bosque que se extendía más abajo, Par estaba cada vez más sombrío. Walker había recelado de los motivos de Allanon. Había sido el primero en prevenirlos contra los druidas. ¿Qué le había hecho cambiar de parecer? ¿Por qué había accedido a recuperar Paranor? A Par le habría gustado hablar con él, solo un momento. Desearía poder hablar con casi cualquier miembro del pequeño grupo que había ido con él al Cuerno del Hades. Estaba cansado de sentirse solo y abandonado en su misión. Estaba harto de preguntas sin respuestas.

Llegaron al pie de los Dientes del Dragón dos horas más tarde y volvieron a guarecerse bajo los árboles. A sus espaldas, hacía mucho que las rocas

habían ocultado el resplandor de los fuegos de vigilancia de la Federación, y la emoción de descubrir Paranor se había trocado en dudas que no se desvanecían. Par se guardaba para sí sus pensamientos, pero la mirada que Damson le dirigía de vez en cuando le indicaba que no se dejaba engañar por su silencio. El joven del valle tenía la sensación de que estaban tan unidos y se conocían tan bien que no necesitaban las palabras para comunicarse. Damson podía leerle la mente. Sabía lo que estaba pensando, lo leía en sus ojos.

Cuando se internaron en el bosque, ella se puso delante de él, torció hacia el este siguiendo la base de las montañas y lo guio por la espesura, hasta donde los árboles empezaban a dispersarse y aparecían claros surcados de pequeños arroyos y cubiertos de hierba en los que podían acampar. La noche estaba llena de pequeños y delicados ruidos, y estos transmitían una sensación de bienestar que ningún depredador osaba perturbar. El viento había cesado y el aliento se les hacía cada vez más frío a medida que andaban. La luna había desaparecido tras el horizonte y solo les quedaba la luz de las estrellas para mostrarles el camino.

No habían caminado mucho, algo más de un kilómetro, cuando Damson se detuvo en un claro cubierto de hierba junto a una pequeña fuente para descansar. «Unas horas», dijo la muchacha; se pondrían de nuevo en camino antes del amanecer. Se envolvieron en las mantas que les había proporcionado el Topo de uno de sus escondites subterráneos y se tumbaron el uno junto al otro en la oscuridad, de cara a los árboles. Par se colocó la espada de Shannara en la parte interna del codo, pegada en toda su longitud a su cuerpo, y se preguntó para qué servía su talismán y cómo podría averiguarlo.

En lo más recóndito de su mente seguía dudando de si era realmente lo que parecía.

—Seguro que sí —dijo Damson antes de que se quedara dormido—. No creo que debas preocuparte.

Él no estaba seguro de qué hablaba y, aunque se sintió tentado de preguntarle, se abstuvo.

Cuando Par se despertó, seguía siendo de noche; el amanecer era un débil brillo plateado hacia el este, apenas visible a través de las copas de los árboles. Fue el silencio lo que le despertó, la repentina ausencia de sonido: los pájaros y los insectos habían enmudecido, los animales estaban inmóviles, todo el mundo que les rodeaba se había quedado vacío y muerto. Pero había sido el silencio lo que había interrumpido su sueño y de pronto le asaltó la idea de que ninguna pesadilla podía ser más espeluznante.

El claro estaba cubierto de sombras y profundos charcos de humedad condensada. La oscuridad flotaba como humo en el aire y había jirones de niebla entre los árboles. Par sujetaba la espada de Shannara con las dos manos, con la hoja erguida ante él como para protegerse de su miedo. Echó un vistazo a su alrededor y no vio nada; luego volvió a mirar y se levantó con cautela. Damson ya estaba despierta y se levantaba con ojos somnolientos, conteniendo un bostezo.

«Un silencio sepulcral», pensó Par, inquieto, mirando de un lado a otro.

¿Qué ocurría? ¿Por qué había tanto silencio?

Entonces algo se agitó entre las sombras del claro, un cambio en la oscuridad apenas perceptible, la clase de movimiento que producen las nubes al cruzar por delante de la luna. Pero no había nubes ni luna, nada, salvo el cielo nocturno y las estrellas brillando de forma cada vez más tenue.

—¿Par? —susurró Damson, de pie a su lado.

Él no apartó los ojos del movimiento. Este empezó a tomar forma, como un montón de jirones de oscuridad que se unían hasta definir los contornos de lo que momentos antes no había sido nada más que noche.

Apareció una figura atrofiada y encorvada, toda negra y sin cara bajo el manto con capucha que la ocultaba.

Par lo miró fijamente. Había algo en ese intruso que le resultaba familiar, algo en su forma de moverse, en su postura o su respiración, algo a lo que casi podía poner nombre. Pero ¿era posible?

La figura se acercó, no andando como un hombre o un animal, sino arrastrándose como algo que no era ninguna de las dos cosas y era las dos al mismo tiempo. Salió a gatas de la profunda oscuridad y se acercó a ellos, y de pronto se podía oír el ruido de su respiración. Cof, cof, una tos ronca, un siseo. Envuelto en su capa negra, se mantuvo oculto bajo el suave manto de la noche hasta que de pronto levantó la cabeza y la luz se reflejó débilmente en sus brillantes ojos rojos.

Par notó que Damson le agarraba con fuerza.

Era un umbrío.

Al reconocer al enemigo, el joven del valle aceptó con cansancio e impotencia lo que se avecinaba. Después de todo, iba a tener que luchar de nuevo. No se acababa nunca, pensó con tristeza. Allá donde estuviera, lo encontraban. Cada vez que creía que había utilizado la magia por última vez, se veía obligado a recurrir a ella una vez más. Y luego otra.

El umbrío avanzó, llevando a cuestas la tela negra y arrastrando los miembros. La criatura se movía a duras penas y se aferraba a la capa como si

no pudiera soportar soltarla. Esta también era extraña: de un negro brillante y limpia como si fuera nueva, a pesar del aspecto harapiento y sucio de la criatura que la llevaba puesta. Par sintió que el hechizo de la Canción empezaba a despertar de forma espontánea en su interior, que se elevaba por voluntad propia y le llenaba el corazón de un fuego insaciable. Lo dejó salir, sabiendo que era inútil tratar de contenerlo, consciente de que no tenía otra elección. Ni siquiera intentó buscar un modo de huir del claro. Después de todo, correr era inútil. El umbrío los seguiría. No se rendiría a menos que lo detuvieran.

A menos que él lo matara.

Hizo una mueca y pensó «¡otra vez no!» al recordar la cara del soldado de la atalaya, al ver todas las caras de todos los muertos de todas las luchas...

La criatura se detuvo. Sacudió la cabeza dentro de la capa con violencia, como acosada por demonios que solo él podía ver. Hizo un ruido; podría haber estado llorando.

Luego levantó la cabeza hacia la luz y Par Ohmsford sintió que el mundo se hundía a sus pies.

Estaba viendo a Coll.

Estaba destrozada, deforme, magullada y sucia, pero la cara que tenía ante él seguía siendo la de Coll.

Por un instante creyó que se había vuelto loco. Oyó a Damson soltar un grito de incredulidad, advirtió que retrocedía inconscientemente un paso y vio a su hermano abrir los labios en un angustioso esfuerzo por hablar.

—¿Par? —lo oyó preguntar.

Soltó un débil grito de desesperación, pero lo interrumpió enseguida y, con un esfuerzo supremo, se calmó. No, ya lo habían intentado una vez y habían fallado. No era Coll. Era un umbrío que se hacía pasar por su hermano, un truco para engañarlo...

¿Por qué?

Buscó a tientas una respuesta. Para volverlo loco, por supuesto. Para hacerle... para obligarlo a...

Apretó la mandíbula. ¡Coll estaba muerto! Lo había visto morir destruido por el fuego de la Canción: Coll, que se había convertido en uno de ellos, en un umbrío igual que ese...

En lo más recóndito de su mente oyó una advertencia que no cobró una forma clara, apenas unas palabras vacías de significado pero repletas de intención. «¡Cuidado, joven del valle! ¡No te dejes engañar!».

En sus manos seguía la espada de Shannara. Sin pensar, todavía absorto en el horror que tenía ante sus ojos, mantuvo en alto la espada dentro de la vaina como si fuera un escudo.

Al instante, el umbrío se abalanzó sobre él y salvó, en un abrir y cerrar de ojos, la distancia que los separaba, moviéndose mucho más deprisa de lo que habría correspondido a un cuerpo contrahecho. Saltó sobre él profiriendo un grito angustiado y la cara de Coll se alzó, enorme y aterradora, hasta pegarse a la suya; pudo oler el hedor que desprendía. Unas manos nudosas se cerraron alrededor de la empuñadura de la espada de Shannara y trataron de arrebatarla. El joven del valle y el umbrío cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas. Par oyó a Damson gritar y se apartó de ella rodando por el suelo, luchando por recuperar la espada. Desplazó las manos de la funda al pomo e intentó hacer palanca, retorcer la espada hasta que al otro se le escapara de entre los dedos. Él y su adversario luchaban cara a cara. Podía hundirse en las profundidades de los ojos de su hermano.

«¡No! ¡No, no es posible!».

Se internaron tambaleándose entre los árboles, sobre la hierba que los azotaba y les cortaba las manos y la cara. La vaina de la espada cayó al suelo y entre ellos solo quedó el metal afiladísimo de la hoja, oscilando de un lado a otro como un péndulo letal mientras forcejeaban. Par quedó atrapado en los pliegues de la extraña y brillante capa y su tacto le llenó de repugnancia, como si tocara algo vivo. Retorciéndose de forma frenética, la apartó de él. Dio una patada y el umbrío gruñó cuando la rodilla de Par lo alcanzó, pero no soltó la espada, a la que seguía aferrado con todas sus fuerzas. Par estaba furioso. El umbrío no parecía tener otro propósito más que agarrar la espada. Tenía los ojos clavados en la hoja y la cara flácida y vacía. Par intentó sujetar lo que quedaba de la empuñadura y apretó las manos de su adversario, sintiendo la piel áspera, sudorosa. Entrelazaron los dedos al tiempo que cada uno trataba de retirar los del otro, empujándose y retorciéndose...

Par estaba sin aliento. Sentía en los dedos un hormigueo que se extendió a las manos y los brazos. Dio un salto hacia atrás, sobresaltado... y sintió que el umbrío saltaba con él. Le invadió una oleada de fuego, un extraño calor palpitante que se concentró en las palmas de sus manos.

Bajó la vista de golpe.

La hoja de la espada de Shannara había empezado a despedir un tenue resplandor azul.

Par abrió mucho los ojos. ¿Qué ocurría? ¡Maldición! ¿Era eso la magia? ¿La magia de la espada de...?

El talismán destelló con fuerza y la luz azul se convirtió en un fuego blanco que brilló tan radiante como el sol del mediodía. A la luz de su terrorífico resplandor, Par vio cómo cambiaba la cara del umbrío e iba desapareciendo la flacidez a medida que sus facciones se tensaban en una mueca de horror. Par tiró de la espada, frenético, pero el umbrío seguía aferrado a ella.

Desde lo que le pareció mucha distancia, oyó a Damson pronunciar una vez su nombre.

A continuación, la luz de la espada lo recorrió y el fuego blanco ardió por los miembros de su cuerpo y a través de su sangre, frío pero insistente a medida que se adueñaba de él. Lo rodeó y a continuación le hizo salir de sí mismo, entrar en la espada y, finalmente, en el cuerpo del umbrío. Luchó para resistir el envite, pero no tuvo fuerzas. Entró en la figura de la capa negra, sintiendo cómo esta recibía con un estremecimiento la intrusión. Trató de chillar, pero no pudo. Intentó soltarse, pero fue en vano. Acabó dentro del umbrío, bufando de cólera y desesperado al mismo tiempo. El umbrío lo rodeaba por todas partes, estaba delante de él, con los ojos y la boca abiertos por la incredulidad, los rasgos deformados cobrando la forma de algo...

De alguien...

¡Coll! ¡Oh, era Coll!

Tal vez había susurrado las palabras. O las había gritado a voz en grito. No lo sabía. Allí, en el oscuro centro del alma de su adversario, las mentiras cayeron ante el poder de la espada de Shannara y se convirtieron en verdades. No estaba luchando contra un umbrío, ni con un demonio con la cara de su hermano, sino con su verdadero hermano, Coll, que había regresado del mundo de los muertos y que era tan real como el talismán que ambos aferraban. Par vio cómo se estremecía al reconocerse a su vez, al darse cuenta de en qué se había convertido. Vio las lágrimas de su hermano, oyó su grito de desesperación y lo notó sacudirse violentamente, como si hubiera ingerido un veneno. La mente de Coll se cerró, demasiado destrozada por la revelación para poder presenciar nada más. Pero Par veía lo demás, veía todo lo que su hermano no podía. Vio la verdad que encerraba la capa que envolvía a Coll, una prenda llamada sudario-espejo y confeccionada por los umbríos, y que su hermano había robado para huir de su prisión en la Atalaya Sur. Vio a Rimmer Dall sonreír, alzándose por encima de ellos desde el torbellino de imágenes. Y lo más terrible de todo, vio la locura que consumía a su hermano, que lo empujaba a perseguir a Par, a ir en pos de lo que percibía como la causa de su dolor, decidido a acabar con ambos...

De pronto, Coll se retorció de forma incontrolable y se liberó, y sus manos soltaron la espada de Shannara. Las imágenes cesaron al instante y el fuego blanco se apagó. Par retrocedió tambaleándose y se golpeó con una fuerza sorprendente la cabeza contra el tronco de un árbol. A través de una bruma oscura que se arremolinaba ante sus ojos vio a su hermano, consumido por los umbríos y todavía envuelto en la odiosa capa, levantarse como un espectro del inframundo. Por un instante permaneció allí en cuclillas, sujetándose con las manos la cabeza encapuchada como si quisiera aplastar las imágenes que todavía daban vueltas dentro de ella, gritando para protegerse de su locura. Un instante después había desaparecido, había huido hacia los árboles gritando, hasta que sus alaridos solo fueron un eco en la mente de su horrorizado hermano.

De pronto, Damson estaba a su lado, ayudándolo a levantarse, sosteniéndolo hasta estar segura de que podía mantenerse en pie. Tenía una expresión inquieta y asustada, y él notó cómo se movía para protegerlo. La débil luz matinal cayó en forma de motas en sus rostros mientras se abrazaban. Permanecieron entrelazados, mirando fijamente la oscuridad del bosque, como si quisieran echar un último vistazo a la criatura que había huido de ellos.

—Era Coll —dijo Par, pronunciando las palabras como si le resultaran odiosas—. ¡Damson, era Coll!

Ella lo miró con incredulidad, sin atreverse a responder.

—¡Y esta! —Levantó la espada de Shannara, que todavía sujetaba entre sus manos magulladas—. ¡Esta es la espada!

—Lo sé —respondió ella, más segura de esta segunda afirmación—. Lo he visto.

—No sé qué ha ocurrido —prosiguió Par con una mueca resignada, intentando comprender—. Algo ha despertado la magia. No sé qué, pero algo. Estaba allí, dentro de la espada. —Se volvió hacia Damson—. Yo no podía conjurarla solo, pero en cuanto hemos sostenido la espada los dos al forcejear... —La estrechó con fuerza en sus brazos—. Lo he visto, Damson... tan claro como te veo a ti. Era Coll.

—Par, Coll está muerto —respondió Damson, sin mover ni un solo músculo.

—No —repuso el joven del valle—. No está muerto. Eso es lo que me hicieron pensar, pero no fue a Coll a quien maté en el Pozo. Era otra persona o criatura. Ese... —hizo un gesto hacia los árboles— era Coll. La espada me lo ha revelado, Damson. Me ha revelado la verdad. Coll estaba encerrado en

la Atalaya Sur y huyó de ella. Pero la capa que lleva lo ha cambiado. Hay una especie de magia malévola en ella, algo que te consume si la llevas puesta. ¡Era Coll, pero se está convirtiendo en un umbrío!

—Par, yo también le he visto la cara. Y se parecía un poco a Coll, pero no tanto.

—No lo has visto bien —la interrumpió él—. Yo sí porque estaba sosteniendo la espada, ¡y la espada de Shannara revela la verdad! ¿Recuerdas las leyendas? —Estaba tan emocionado que gritaba—. ¡Damson, esta es la espada de Shannara! ¡Y ese era Coll!

—De acuerdo. —Ella le dio la razón para intentar calmarlo—. Era Coll. Pero ¿por qué te perseguía? ¿Por qué te ha atacado? ¿Qué se proponía?

—No lo sé —respondió el joven del valle con una mueca contrariada—. No he tenido tiempo de averiguarlo. Y Coll tampoco sabe lo que está ocurriendo. He visto por un instante lo que pensaba... como si estuviera dentro de su mente. De pronto ha comprendido lo que le había ocurrido, pero no sabía qué hacer. Por eso ha salido huyendo, Damson. Le horrorizaba ver en qué se había convertido.

—¿Sabía quién eras tú? —le preguntó la joven, mirándolo fijamente.

—No lo sé.

—¿O cómo va a ayudarse a sí mismo? ¿No se le ha ocurrido quitarse la capa?

—No lo creo —dijo Par, respirando profundamente—. Ni siquiera estoy seguro de que pueda hacerlo. —Adoptó una expresión desolada—. Parecía tan perdido, Damson.

Ella lo rodeó con sus brazos y él la abrazó como si fuera una roca sin la cual se hundiría en el mar de sus dudas. A su alrededor, la oscuridad se desvanecía a medida que salía el sol por el este, iluminando el cielo. Los pájaros se iban despertando con alegres gorjeos y una ligera capa de rocío brillaba en la hierba.

—Tengo que ir tras él —dijo Par todavía abrazándola, y notó cómo se ponía rígida—. Tengo que intentar ayudarlo. —Hizo un gesto de desesperación—. Sé que eso significa romper mi promesa de volver a buscar a Padishar. Pero Coll es mi hermano.

Ella se echó hacia atrás para encararle. Clavó los ojos en los suyos y mantuvo su mirada.

—Ya has tomado una decisión, ¿no? —Parecía muy asustada—. Es probable que sea una trampa, lo sabes.

—Lo sé —respondió Par, esbozando una amarga sonrisa.

—Y yo no puedo ir contigo —repuso la joven.

—También lo sé. Tienes que seguir hasta la Cuenca de los Aros de Fuego y buscar ayuda para tu padre. Lo comprendo.

—No quiero dejarte —se quejó Damson, con los ojos nublados por las lágrimas.

—Yo tampoco.

—¿Estás completamente seguro de que era Coll?

—Tan seguro como de que te quiero, Damson.

Ella volvió a rodearlo con sus brazos. No habló, se limitó a ocultar la cara en su hombro. Él notó que lloraba y sintió que se desgarraba por dentro. La euforia que le había producido la visión de Paranor se había desvanecido y ese descubrimiento había quedado relegado al olvido. La sensación de paz que había experimentado fugazmente al huir de Tyrsis había quedado sepultada en el pasado.

—Volveré a buscarte —dijo en voz baja, apartándose de la joven—. Estés donde estés, te encontraré.

Ella se mordió el labio, asintiendo con la cabeza. Luego introdujo la mano por la parte delantera de su túnica y sacó un medallón metálico, plano y delgado, con un agujero por el que pasaba un cordel de cuero que llevaba atado a la nuca. Miró el medallón un instante y luego a él.

—Es un skree —dijo—. Es un tipo de magia callejera. Me lo dieron hace mucho tiempo. —Había fuego en su mirada—. Solo puede utilizarse una vez.

A continuación, sostuvo el medallón entre las manos, lo partió en dos tan fácilmente como si se tratara de un frágil palillo y le entregó la mitad suelta.

—Cuélgatelo del cuello y llévalo siempre contigo. Las mitades se buscarán. Si el metal brilla es que estamos cerca. Cuanto más brille, más cerca estaremos. —Apretó la mitad rota del medallón que sostenía en la mano—. Así es como volveré a encontrarte, Par. Y no descansaré hasta reunirme contigo.

El joven del valle cerró los dedos alrededor del medallón. Sentía como si un pozo se hubiera abierto a sus pies y estuviera a punto de engullirlo.

—Lo siento, Damson —susurró—. No quiero hacer esto. Mantendría mi palabra si pudiera. Pero Coll está vivo y no puedo...

—No —lo interrumpió la joven, poniéndole un dedo en los labios para obligarlo a callar—. No digas nada más. Lo comprendo. Te quiero.

Par la besó y la estrechó entre sus brazos, memorizando el tacto de su piel mientras la abrazaba hasta estar seguro de que el recuerdo había quedado

grabado en su mente. Luego la soltó, recuperó la vaina de la espada, recogió su manta, la enrolló y se la colgó al hombro.

—Volveré a tu lado —repitió—. Te lo prometo.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, pero no desvió la mirada, por lo que tuvo que ser él quien diera media vuelta y se internara rápidamente entre los árboles.

Era casi media tarde del día siguiente a la separación de Par y Damson cuando Morgan Leah divisó por fin la ciudad fronteriza de Varfleet. El verano avanzaba hacia el otoño y los días eran largos y transcurrían lentamente, en medio de un calor que llegaba con el sol y persistía hasta bien entrada la noche. El joven de las Tierras Altas estaba en un promontorio al norte de la ciudad y contemplaba la confusión de edificios y calles llenas de curvas mientras pensaba que ya nada volvería a ser lo mismo para él.

Hacía más de dos semanas que se había separado de Walker Boh, el Tío Oscuro que había salido en busca de Paranor, aquel que pretendía utilizar la piedra élfica negra para abrir las puertas del tiempo y el espacio que mantenían cerrada la Fortaleza de los Druidas. Él había salido en busca de Padishar Cesta y de los hermanos Ohmsford.

Dos semanas. Morgan dejó escapar un suspiro. Tendría que haber llegado a Varfleet en dos días, a pesar de ir a pie. Pero últimamente nada le salía como esperaba.

Lo que le había ocurrido era irónico, teniendo en cuenta por todo lo que había pasado las semanas inmediatamente anteriores. Al dejar a Walker había bordeado los Dientes del Dragón hacia el sur por el margen oeste del río Rabb. Llegó a la bifurcación inferior del cauce al atardecer del segundo día y acampó cerca, con la intención de cruzarlo al amanecer y concluir el viaje al día siguiente. En los llanos polvorientos hacía un calor sofocante y por todas partes había focos de la enfermedad que se había extendido por las Cuatro Tierras, zonas de epidemia donde todo estaba infectado. Creía que las había evitado, que se había mantenido lejos de ellas, pero cuando se despertó al amanecer de aquel tercer día estaba febril y tan mareado que apenas podía andar. Bebió agua y se acostó de nuevo, esperando que la enfermedad

remitiera. Pero a eso del mediodía apenas era capaz de incorporarse. Se obligó a levantarse, reconociendo entonces lo enfermo que estaba y consciente de que necesitaba ayuda inmediatamente. Tenía tantos retortijones en el estómago que no podía permanecer erguido y le ardía la garganta. No se sentía con fuerzas para cruzar el río, así que empezó a andar corriente arriba en dirección a las llanuras. Declinaba el sol cuando llegó a una granja situada en un bosquecillo de olmos. Se acercó tambaleándose a la puerta, casi incapaz de moverse e incluso de hablar, y se desplomó en cuanto le abrieron.

Durmió siete días, perdiendo y recuperando la conciencia el tiempo suficiente para comer y beber las pequeñas raciones de comida y agua que le ofrecían los moradores de la granja. No veía caras y las voces que oía eran confusas. Deliraba a ratos, retorciéndose y gritando: revivía los horrores de Eldwist y Uhl Belk, veía una y otra vez la cara afligida de Aurora cuando agonizaba, sentía de nuevo la angustiada impotencia que había experimentado a su lado mientras ella moría. A veces veía a Par y a Coll Ohmsford, que lo llamaban desde muy lejos, y siempre descubría que, por mucho que lo intentara, no podía llegar hasta ellos. En sus sueños también había criaturas negras, sombras sin rostro que se abalanzaban inesperadamente sobre él por la espalda, presencias sin nombre cuya identidad era, sin embargo, inconfundible. Huía de ellas, se escondía, trataba desesperadamente de combatir las... pero siempre permanecían fuera de su alcance, amenazándole de formas que él no podía identificar, solo imaginar.

La fiebre remitió al final de la primera semana. Cuando por fin fue capaz de abrir los ojos y enfocar a la joven pareja que lo había cuidado, vio en sus caras un alivio palpable y se dio cuenta de lo cerca que había estado de no volver a despertar. Su enfermedad lo había dejado sin fuerzas y los días siguientes tuvieron que darle de comer. Conseguía permanecer despierto a ratos y hablaba un poco en ese tiempo. La joven esposa, de pelo rubio pajizo y ojos azul claro, lo cuidaba mientras su marido trabajaba en el campo y le decía con una sonrisa preocupada que sus sueños debían de haber sido terribles. Le daba sopa, pan con agua y una pequeña ración de cerveza. Él lo aceptaba todo y le daba las gracias repetidas veces por cuidarlo. A veces el marido aparecía, se quedaba al lado de ella y lo miraba con su cara recia y colorada por el sol, de ojos amables y amplia sonrisa. Mencionó una vez que la espada de Morgan estaba guardada, que no la había perdido. Al parecer, eso también le había atormentado en sus pesadillas.

Al final de la segunda semana Morgan comía con ellos en el comedor y se sentía más fuerte y a punto de volver a su vida normal. Sin embargo, los

recuerdos tardaron en abandonarlo: el dolor, las náuseas, la sensación de impotencia, el miedo a que la enfermedad fuera la puerta a la oscuridad que llegaría cuando acabara su vida. Los recuerdos perduraron porque en las últimas semanas Morgan había estado demasiadas veces al borde de la muerte para apartarlos de su mente tranquilamente. Había quedado tan marcado por lo que había sufrido y soportado que parecían heridas de guerra, y hasta el granjero y su mujer veían en sus ojos y en su rostro lo que le habían hecho. Nunca le pidieron ninguna explicación, pero podían verlo.

Él se ofreció a pagarles por sus cuidados, pero ellos se negaron. Cuando, diecisiete días después, se despidió de los granjeros, metió la mitad del dinero que le quedaba en el bolsillo del delantal gastado de la esposa cuando esta no miraba. Ellos le observaron alejarse hasta que desapareció, como unos padres que despiden a su hijo.

Y así fue como no solo llegó con considerable retraso a Varfleet en busca de Padishar, Par y Coll, sino que lo hizo nuevamente consciente de su mortalidad. Morgan Leah había bajado de Eldwist y las montañas de Charnal todavía recuperándose de la muerte de Aurora, aturdido por la pérdida que suponía que ya no estuviera a su lado, admirado de la fortaleza que ella había demostrado al cumplir el deseo de su padre de que entregara su vida para que la tierra pudiera renacer. Una elemental que se había vuelto más humana de lo que había previsto su padre, Aurora seguía siendo para Morgan un enigma que nunca sería capaz de resolver. Junto con este descubrimiento estaba el incuestionable orgullo y la fuerza que había experimentado al ayudar a derrotar a Uhl Belk y al recuperar la magia de la espada de Leah. Cuando la espada se restauró, también él se recuperó, de alguna manera. Aurora le había dado eso. Al perderla a ella se había encontrado a sí mismo. Las contradicciones entre lo que había perdido y ganado le habían atormentado mientras se dirigía hacia el sur con Walker y Horner Dees, le habían creado un conflicto que nunca podría resolver por completo, y no fue hasta que la enfermedad se apoderó de él que su cólera se vio obligada a calmarse para dar paso a la necesidad más básica: encontrar la forma de sobrevivir.

Al contemplar ahora la ciudad tras regresar de aquellos mundos espeluznantes, de las vidas que había soportado en esos lugares, tan lejanas que podrían haberlas vivido otros, Morgan cayó en la cuenta de que se hallaba al comienzo de otra nueva vida. Y se sorprendió preguntándose si los que lo habían conocido en su vida anterior reconocerían algún día quién era ahora.

Entró en Varfleet como un viajero más que llegaba de la Tierra del Norte, un joven de la Tierra del Sur que había salido herido pero también endurecido

de vicisitudes que solo a él incumbían, y fue totalmente ignorado por las gentes de la ciudad, que después de todo tenían problemas propios de los que preocuparse. Cruzó los barrios más pobres, donde vivían familias en refugios provisionales y los niños mendigaban en las calles, consciente de nuevo de lo poco que el llamado Protectorado de la Federación había hecho para ayudar a nadie en Callahorn. Cruzó la ciudad propiamente dicha, donde los olores de comida cocinándose y las aguas residuales se mezclaban de forma desagradable, los vendedores pregonaban sus mercancías con voces estridentes desde carros y escaparates y los comerciantes satisfacían las necesidades de quienes podían permitirse pagar el precio. Los soldados de la Federación patrullaban las calles, una presencia amenazadora allá adonde iban, y parecían tan incómodos como la gente a la que tenían que vigilar. «Si se quitaran las armas y uniformes, costaría saber quién es quién», pensó sombrío el joven de las Tierras Altas.

Encontró una tienda de ropa y gastó la mayor parte del dinero que le quedaba en comprarse calzones, una túnica, una capa bien confeccionada y unas botas nuevas. Su ropa estaba deshilachada, manchada y tan gastada que era imposible arreglarla, y lo dejó todo en la parte trasera de la tienda al salir; solo se llevó las armas. Preguntó cómo podía llegar a Whistledown, no muy seguro ni siquiera ahora de qué era, y un tendero le dijo que era una taberna que encontraría en el centro de la ciudad, en Wyvern Split.

Abriéndose paso entre la multitud en el calor del mediodía, Morgan recordó de nuevo las instrucciones que Padishar Cesta le había dado semanas atrás. Tenía que ir a Whistledown y enseñarle el anillo del halcón a una mujer llamada Matty Roh. Ella sabría dónde encontrar a Padishar. Morgan tocó el anillo que tenía en el bolsillo, bien escondido hasta el momento en que lo necesitara. Pensó en cuántas veces había dudado de que ese momento fuera a llegar. Sintió en la mano la tosca silueta del emblema del halcón al darle vueltas, evocando al jefe de los proscritos. Se preguntó si Padishar Cesta se habría visto obligado a volver del mundo de los muertos tantas veces como él las últimas semanas. La posibilidad arrancó de sus labios una sonrisa amarga.

Encontró Wyvern Split y la recorrió hasta la plaza bordeada de tabernas, posadas y casas de placer. No era una parte muy atractiva de la ciudad, pero sí concurrida. Se colocó bien la espada de Leah que llevaba a la espalda, ajustándose las tiras, y se sintió triste, cansado y al mismo tiempo animado; era una mezcla extraña, pero de alguna manera se adecuaba a la situación. La enfermedad y la pérdida de Aurora lo habían consumido, pero sobrevivir a ambas había fortalecido su determinación. No había prácticamente nada que

no fuera capaz de superar. Necesitaba tener esa convicción. Durante semanas había visto a amigos y compañeros abandonados a su suerte o a las maquinaciones de otros. Sus propios planes habían cambiado y su camino se había desviado, siempre al servicio de un propósito más elevado... o al menos diferente. Había hecho lo que había considerado correcto en cada caso y no tenía motivos para cuestionarse nada a posteriori. Pero estaba cansado de ver su vida en cambio constante, como si fuera una habitación en la que no dejaran de cambiar los muebles de sitio. Había cumplido el último deseo de Steff y vuelto a Culhaven para rescatar a la abuela Elise y a la tía Jilt. A continuación, se había dedicado a Aurora y al viaje de esta a Eldwist. Ahora era el momento de hacer lo que se había propuesto desde que había salido de Tyrsis y el Pozo. Era el momento de encontrar a Par y a Coll, de protegerlos como fuera, de permanecer a su lado hasta...

Se encogió mentalmente de hombros. Bueno, hasta que ya no lo necesitaran, cuando fuera que eso pasara.

«¿Dónde estarán ahora?», se preguntó por enésima vez. «¿Qué habrá sido de ellos desde que se escaparon?».

Pensar en los hermanos lo inquietó. Siempre le pasaba. Hacía demasiado tiempo que se había separado de ellos. El peligro de los umbríos era demasiado grande, no tendría que haberlos dejado solos. Confió en que Padishar ya los hubiera encontrado. Que hubieran tenido las cosas más fáciles que él.

Pero no se apostaba nada al respecto.

Llegó a la plaza y vio el Whistledown a la izquierda, en la otra esquina. Un rótulo de madera envejecido por la intemperie, con una flauta y una jarra llena de espuma dibujados sobre el nombre, lo anunciaba. Era un edificio de madera de tres pisos, como los demás que se apiñaban alrededor, con cortinas en las ventanas del segundo y tercer pisos, donde estaban o bien las habitaciones ocupadas por los propietarios y sus familias, o bien habitaciones para alquilar. La plaza estaba llena de gente que iba y venía de un lugar a otro, además de unos cuantos hombres haciendo eses entre taberna y taberna, algunos tan borrachos que apenas podían mantenerse en pie. Morgan los esquivó, echándose a un lado para dejarlos pasar, consciente del olor a sudor y a polvo que desprendían sus cuerpos y del hedor de las calles. Wyvern Split le parecía una cloaca.

Llegó a las puertas abiertas del Whistledown, las cruzó y se sorprendió al descubrir que el interior de la taberna tenía un aspecto totalmente diferente. Aunque era sencilla y estaba escasamente amueblada, tenía el suelo bien

limpio, las tablas del mostrador tan pulidas que brillaban y las mesas, sillas y taburetes bien ordenados, y olía a cedro y a barniz en todos los rincones. Los barriles de cerveza relucían contra la pared detrás de la barra y el armario de las jarras tenía puertas de cristal y apliques dorados. En un extremo de la barra, un par de pesadas puertas de vaivén estaban cerradas. Una enorme chimenea de piedra dominaba la pared a la izquierda de la barra y una estrecha escalera que conducía a los pisos de arriba ocupaba la mayor parte de la de la derecha. En la misma barra había cuencos y trapos de cocina apilados.

Pero había algo más que llamó y retuvo la atención de Morgan, algo tan fuera de lugar que tuvo que mirarlo por segunda vez para asegurarse de que sus ojos no le engañaban.

Había grandes ramos de flores silvestres colocados en jarrones encima de los estantes que sujetaban los barriles de cerveza y el armario de las jarras.

¡Flores! ¡Precisamente allí! Agitó la cabeza con incredulidad.

Las puertas de vaivén se abrieron y un chico con una escoba las cruzó. Era alto y delgado, con el pelo negro muy corto y las facciones finas, casi delicadas. Se movía con gracilidad mientras barría junto a la barra. Casi bailaba mientras agitaba la escoba delante de él, absorto en sus pensamientos. Silbaba débilmente y no había reparado en la presencia de Morgan.

El joven de las Tierras Altas cambió de postura lo suficiente para hacer notar su presencia y el chico levantó enseguida la mirada.

—Está cerrado —dijo. Clavó sus ojos color cobalto en el montañés con una mirada franca, casi desafiante—. Abrimos al atardecer.

Morgan le sostuvo la mirada. La cara del chico era tersa e imberbe, y tenía las manos largas y delgadas. Vestía ropa holgada y sin forma, que le colgaba como si la sujetaran unos palos, con un cinturón que le ceñía la estrecha cintura, y fruncida por los tobillos. En lugar de botas llevaba zapatos, un modelo de cuero abierto y cosido que se amoldaba a su pie.

—¿Es el Whistledown? —preguntó Morgan, pensando que era mejor asegurarse.

—Vuelva más tarde —respondió el chico, asintiendo con la cabeza—. Vaya a darse un baño antes.

Morgan parpadeó. ¿Darse un baño?

—Busco a alguien —dijo, empezando a sentirse incómodo bajo la mirada fija del chico.

—No puedo ayudarle —respondió el chico, haciendo un gesto de indiferencia—. Estoy yo solo. Pruebe enfrente.

—Gracias, pero busco a alguien en particular... —prosiguió Morgan.

Pero el chico ya le había dado la espalda y volvía a barrer junto a la barra.

—Está cerrado —repitió, dando por zanjado el asunto.

—Un momento —insistió Morgan, dando un paso adelante y sujetando al chico por el hombro—. Espera. ¿Has dicho que eras el único...?

Al sentir la mano de Morgan, el chico se giró con suavidad, levantó la escoba y lo golpeó con fuerza justo debajo de las costillas. El joven de las Tierras Altas se dobló por la cintura, paralizado; luego cayó sobre una rodilla y luchó por respirar.

—Está cerrado, ya se lo he dicho —insistió el chico, acercándose a él y agachándose—. Debería prestar más atención. —Ayudó a Morgan a levantarse con una fuerza sorprendente para alguien tan delgado y lo condujo hasta la puerta—. Vuelva más tarde, cuando esté abierto.

Y Morgan se encontró en la calle, apoyado contra la pared de madera, sujetándose el cuerpo como si corriera el riesgo de descomponerse. A juzgar por lo que sentía, esa idea no estaba muy lejos de la realidad. Respiró profundamente varias veces y esperó a que remitiera el dolor del pecho.

Era ridículo, pensó furioso. ¡Si solo era un crío!

Cuando por fin logró erguirse, se frotó el pecho, se colocó bien las tiras de la espada, que habían empezado a molestarle, y volvió a cruzar las puertas del Whistledown.

—¿Qué problema tiene? —le preguntó de forma muy significativa el chico, que ahora barría detrás de la barra. Su expresión indicaba que no se alegraba de volver a verlo.

—¿Problema? —inquirió el montañés, acercándose a la barra y fulminándolo con la mirada—. No tenía ninguno hasta que he venido aquí. ¿No crees que has sido un poco rápido con esa escoba?

—Le he pedido que se marchara y no lo ha hecho —respondió el chico encogiéndose de hombros—. ¿Qué quiere?

—¿Qué tal un poco de ayuda? Te he dicho que busco a alguien.

—Todo el mundo busca a alguien... sobre todo la gente que entra aquí —respondió el chico con una voz baja y suave, una combinación extraña, y exhaló un suspiro—. Vienen aquí para beber y sentirse mejor. Vienen en busca de compañía. De acuerdo. Pero tienen que hacerlo cuando está abierto. Y ahora no lo está. ¿Le ha quedado claro?

—Te diré lo que está claro para mí —repuso Morgan, sintiendo que empezaba a perder los estribos y negando con la cabeza—. Está claro que no tienes educación. Y que alguien debería darte un sopapo.

—Pues no será usted quien lo haga —respondió el chico, dejando la escoba y apoyando sus delgadas manos en la barra—. Y ahora dé media vuelta y salga por esa puerta. Y retiro lo dicho. No venga más tarde. No vuelva por aquí.

Durante un momento, Morgan pensó en acercarse a la barra, coger al chico por el pescuezo y tirarlo por los aires. Pero el recuerdo del palo de la escoba estaba demasiado reciente para precipitarse a actuar y, además, el chico no parecía asustado.

Conteniendo su furia, cruzó los brazos sobre el pecho y se mantuvo en sus trece.

—¿Hay alguien más aquí con quien pueda hablar aparte de ti? —preguntó.

El chico se limitó a negar con la cabeza.

—¿La dueña, tal vez?

El chico volvió a responder sacudiendo la cabeza.

—¿No? —Morgan decidió probar suerte—. ¿Se llama Matty Roh la dueña?

En los ojos color cobalto hubo un destello de reconocimiento que duró un instante y luego desapareció.

—No.

—Pero sabes quién es Matty Roh, ¿no? —insistió Morgan.

—Estoy cansado de hablar con usted —respondió el chico sin dejar de mirarlo.

—Matty Roh —prosiguió Morgan, haciendo caso omiso de sus palabras—. Esa es la persona que he venido a buscar. Y vengo de muy lejos. Por eso necesito un baño, como has señalado de esa forma tan grosera. Matty Roh. Y no la compañía de alguien aleatorio ni con ninguna intención innombrable, aunque gracias de todos modos. —Su voz iba adquiriendo un tono de mayor dureza—. Matty Roh. La conoces; sabes quién es. Así que, si quieres librarte de mí, dime dónde puedo encontrarla y me iré.

Esperó con los brazos cruzados y los pies bien plantados en el suelo. La expresión del chico no cambió; su mirada no se apartó de Morgan. Pero bajó las manos detrás de la barra y las levantó de nuevo empuñando una espada de hoja fina. El modo en que la sostenía sugería que estaba bastante familiarizado con ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Morgan en voz baja—. ¿Tan mal recibido soy?

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de Matty Roh? —preguntó el chico, inmóvil como una roca.

—Eso queda entre ella y yo —respondió Morgan negando con la cabeza—. Pero te diré que no estoy aquí para crear problemas. Solo necesito hablar con ella.

El chico lo escudriñó largo rato, inmóvil. Permaneció detrás de la barra como una estatua y Morgan no estaba seguro de si abalanzarse sobre él o salir huyendo. Observó los ojos y las manos del chico en busca de un indicio sobre el camino que iba a tomar, pero no hizo movimiento alguno. Los ruidos de la calle se filtraban por las puertas abiertas y flotaban como intrusos estridentes en el silencio.

—Yo soy Matty Roh —dijo el chico.

Morgan Leah lo miró fijamente. Casi rio con ganas y estuvo a punto de decir que aquello era absurdo. Pero algo en la voz del chico lo detuvo. Lo examinó con atención: los rasgos finos, delicados; las manos delgadas; el cuerpo esbelto escondido bajo la ropa holgada; su postura. Recordó cómo se había movido. Nada de todo eso parecía propio de un chico, sino de una chica...

—Matty Roh —dijo el joven montañés con un asentimiento; su sorpresa todavía era visible—. Pensé que eras... que eras...

—Eso es lo que tenías que creer —respondió ella, asintiendo a su vez. Su mano no se apartó de la espada—. ¿Qué quieres de mí?

Por un instante Morgan no respondió, intentando hacerse a la idea de que había confundido a una chica con un chico. Peor, que había permitido que una chica le pusiera en ridículo. Pero cuando uno vive en un lugar como Wyvern Split tiene que hacer uso de todos los recursos a su alcance. La chica era lista. Había que reconocer que el disfraz era bueno.

Se metió una mano en el bolsillo de su túnica, sacó el anillo con el emblema del halcón y se lo ofreció.

—¿Reconoces esto?

—¿Quién eres? —preguntó la chica, echando un vistazo al anillo y apretando con más fuerza la espada.

—Morgan Leah —dijo—. Los dos conocemos a la persona que me dio el anillo. Me dijo que acudiera a ti cuando necesitara encontrarlo.

—Sé quién eres —respondió la muchacha, estudiándolo con la mirada—. ¿Todavía llevas una espada rota, Morgan Leah?

—No —respondió en voz baja. La imagen de Aurora agonizando cruzó su mente—. Se arregló. —Apartó el doloroso recuerdo y se obligó a alargar la

mano por encima de su hombro y tocar la empuñadura de su espada—. ¿Quieres echar un vistazo?

—Lamento el mal rato que te hecho pasar, pero es difícil saber en quién confiar —repuso la muchacha, negando con la cabeza—. La Federación tiene espías en todas partes... Buscadores, sobre todo.

Levantó la espada y volvió a guardarla detrás de la barra. Por un instante pareció que no sabía qué hacer a continuación.

—¿Quieres comer algo? —preguntó por fin.

El joven de las Tierras Altas respondió afirmativamente y la muchacha lo condujo por las puertas de vaivén hasta una cocina, donde le hizo sentarse a la pequeña mesa. Ella sirvió un poco de cocido en un plato de un puchero que colgaba sobre un fuego en el hogar, cortó varias rebanadas de pan, sirvió cerveza en una jarra y lo llevó todo a donde la esperaba Morgan. El joven comió y bebió con avidez, más hambriento de lo que se había sentido en muchos días. Sobre la mesa había flores silvestres en un jarrón y él las tocó. La muchacha lo observó en silencio con la misma expresión seria en el rostro, estudiándolo con una mirada franca e intrigada. La cocina estaba sorprendentemente fresca; el aire entraba por la puerta trasera abierta y se colaba por el hueco de la chimenea. Seguían llegando ruidos de la calle, pero el joven de las Tierras Altas y la chica no les prestaron atención.

—Has tardado en llegar aquí —dijo ella cuando terminó de comer. Llevó los platos a un fregadero y empezó a fregarlos—. Él te esperaba antes.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Morgan. Se esforzaban en no pronunciar el nombre de Padishar Cesta... como si solo con mencionarlo pudiera alertar a los espías de la Federación que los vigilaban.

—¿Dónde te dijo que estaría? —replicó ella.

—En la Cuenca de los Aros de Fuego. Dime una cosa. Todavía recelas de mí. ¿Cómo sé yo que puedo confiar en ti? ¿Cómo puedo estar seguro de que eres realmente Matty Roh?

—No lo sabes —respondió la chica, terminando con los platos y girándose hacia él—. Pero tú eres el que ha venido a buscarme, no yo, así que tienes que correr algunos riesgos.

—No es muy tranquilizador —dijo Morgan, levantándose.

—No pretendía que lo fuera —respondió la chica, encogiéndose de hombros—. No me corresponde a mí tranquilizarte, sino asegurarme de que eres quien dices ser.

—¿Y estás segura?

—Más o menos —respondió, observándolo fijamente con una mirada impenetrable.

—¿Cuándo crees que lo sabrás? —inquirió Morgan con un gesto de resignación.

—Pronto.

—¿Qué ocurrirá si decides que estoy mintiendo, que soy otra persona?

Ella se acercó hasta el otro lado de la mesa; el azul de sus ojos era tan brillante que parecía absorber toda la luz.

—Confíemos en que no tengas que averiguar la respuesta a esa pregunta —dijo. Y mantuvo desafiante su mirada—. El Whistledown está abierto hasta medianoche. Cuando cierre, hablaremos de lo que pasa a partir de ahora.

El joven montañés hubiera jurado que la muchacha había esbozado una sonrisa mientras se daba la vuelta.

9

Morgan se pasó el resto del día en la cocina con una anciana que estuvo la mayor parte del tiempo sorbiendo cerveza de una jarra metálica y probando la comida de las cazuelas. La anciana apenas lo miró, solo se quedó el tiempo suficiente para murmurar algo indescifrable sobre los forasteros y luego dejó a Morgan a su aire. Se lavó en una vieja bañera en una de las habitaciones traseras (porque le apetecía, no porque Matty Roh se lo hubiera sugerido) tras haber llevado agua que soltaba vapor en cubos calentados al fuego, hasta que hubo suficiente para sumergirse en ella. Permaneció largo rato en la bañera, dejando que el agua se llevara algo más que la mugre y el polvo, y no salió hasta mucho después de que se hubiera enfriado.

En cuanto el Whistledown abrió sus puertas, salió de la cocina y entró en la sala principal para echar un vistazo. Permaneció de pie en la barra y observó el ir y venir de los habitantes de Varfleet. La clientela iba bien vestida, tanto los hombres como las mujeres, y saltaba a la vista que el Whistledown no era una taberna de gente obrera. Varias mesas estaban ocupadas por oficiales de la Federación, acompañados de sus mujeres o amantes. La conversación y las risas eran comedidas y no había nadie particularmente bullicioso. Una o dos veces unos soldados de las patrullas de la Federación se detuvieron lo justo para echar una rápida mirada dentro, pero siguieron su camino. Un individuo robusto y de pelo oscuro y rizado servía cerveza de los barriles y una camarera llevaba a las mesas bandejas del brebaje espumoso.

Matty Roh también trabajaba, pero Morgan enseguida comprendió en qué consistía su trabajo. A veces barría el suelo, otras quitaba las jarras de las mesas y de vez en cuando se limitaba a dar vueltas arreglando esto y aquello. Estuvo observándola un rato antes de llegar a la conclusión de que lo que

realmente hacía era escuchar las conversaciones de los clientes. Siempre estaba ocupada, nunca parecía quedarse sin hacer nada o pararse en un lugar más de un instante; se comportaba con mucha discreción. Morgan no podía decir si sabían o no que era una chica, pero en cualquier caso prácticamente no le prestaban atención.

Al cabo de un rato se acercó a la barra con una bandeja llena de vasos vacíos y se quedó de pie a su lado.

—Llamas la atención aquí plantado —le dijo, mientras alargaba la mano para coger un trapo limpio—. Métete otra vez en la cocina. —Y volvió con la gente.

Al joven no le gustó la orden, pero obedeció de todos modos.

A medianoche, el Whistledown cerró sus puertas. Morgan ayudó a limpiar y luego la anciana y el hombre de la barra se despidieron y salieron por la puerta trasera. Matty Roh apagó las luces de la sala principal, comprobó los cerrojos de la puerta y volvió a la cocina. Morgan la esperaba sentado a la pequeña mesa y ella se acercó y se sentó frente a él.

—¿Y bien? ¿De qué te has enterado hoy? —preguntó Morgan medio en broma—. ¿Algo útil?

—He decidido confiar en ti —dijo la muchacha, dirigiéndole una fría mirada.

—Gracias —respondió Morgan, perdiendo la sonrisa.

—Porque, si no eres quien dices ser, entonces eres el peor espía de la Federación que jamás he visto.

—Retiro lo dicho —repuso Morgan, cruzándose de brazos.

—Corre el rumor —continuó ella— de que la Federación ha capturado a Padishar en Tyrsis. —Morgan se quedó inmóvil. Los ojos color cobalto no se apartaron de él—. Algo relacionado con una huida de la prisión. Oí hablar de ello a un comandante de la Federación. Dicen que lo tienen prisionero.

—Cuesta atrapar a Padishar. Tal vez sea solo un rumor —contestó Morgan tras reflexionar un breve instante.

—Tal vez —dijo la muchacha con un asentimiento—. No hace mucho afirmaban que lo habían matado en el Saliente. Decían que el Movimiento estaba acabado. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, averiguaremos la verdad en la Cuenca de los Aros de Fuego.

—¿Vamos a ir? —preguntó Morgan rápidamente.

—Sí —respondió la muchacha, levantándose—. Ayúdame a empaquetar algo de comida mientras voy a buscar unas mantas. Saldremos a escondidas antes de que se haga de día. Es mejor que no nos vean marchar.

—¿Qué pasará con la taberna? —preguntó Morgan, levantándose al mismo tiempo que ella y acercándose a la despensa—. ¿No tiene que quedarse alguien a su cuidado?

—Permanecerá cerrada hasta que yo vuelva.

—Me mentiste, ¿verdad? —preguntó el joven de las Tierras Altas, levantando la mirada de la barra de pan que se disponía a meter en un saco—. Tú eres la propietaria.

—Procura no ser tan iluso, montañés —repuso la muchacha sin apartar la mirada—. No te he mentido. La llevo yo, pero no es mía. El propietario es Padishar Cesta.

Terminaron de reunir las provisiones y las mantas, se lo cargaron todo a la espalda y salieron a la oscuridad de la noche por la puerta trasera.

El aire era cálido y estaba impregnado de los olores de la ciudad mientras recorrían apresuradamente las calles y callejas desiertas, sin perder de vista a las patrullas de la Federación. La joven era sigilosa como un fantasma, una figura delgada como un cuchillo que cruzaba las sombras de los edificios. Morgan advirtió que llevaba la espada debajo de los demás pertrechos atados a la espalda. Se preguntó con cierta malicia si no llevaría también la escoba. Al menos sus extraños zapatos habían desaparecido, sustituidos por unas botas más resistentes.

Pasaron de la ciudad al campo abierto y se dirigieron al norte, hacia el río Mermidón, que cruzaron por un bajío para a continuación poner rumbo al este. Borearon los Dientes del Dragón y al amanecer avanzaban de nuevo en dirección norte, cruzando el río Rabb. Caminaron hasta el anochecer y solo se detuvieron a mediodía lo imprescindible para comer y esperar a que pasara lo peor del calor de la tarde. Las llanuras estaban polvorientas, secas y sin vida, y no hubo incidentes. La joven habló poco y Morgan estaba contento de que así fuera.

Al atardecer acamparon junto a los Dientes del Dragón, cerca de un afluyente del Rabb, en un bosquecillo de fresnos que ascendían por las rocas como soldados en plena marcha. Cenaron mientras el sol desaparecía detrás de las montañas, con la brumosa mezcla de rojo y dorado fundiéndose entre las llanuras y el cielo. Cuando terminaron, permanecieron sentados, observando cómo la oscuridad se hacía más densa y las aguas del río se volvían plateadas a la luz de la luna y las estrellas.

—Padishar me dijo que le habías salvado la vida —dijo la joven, rompiendo el silencio.

No había pronunciado ni una palabra durante toda la cena. Morgan la miró, sorprendido por su repentina declaración. Ella lo observaba con sus ojos azules, extraños e insondables.

—Y de paso salvé la mía —repuso—, de modo que no fue una acción completamente altruista.

—Me pidió que velara por ti y te cuidara muy bien —prosiguió la muchacha, cruzándose de brazos—. Dijo que te reconocería en cuanto te viera —concluyó, sin modificar ni un ápice su expresión.

—Está visto que se equivoca como todos —replicó Morgan, esbozando una sonrisa. Esperó una respuesta, pero esta no se produjo—. Puede que no te lo creas, pero sé cuidar muy bien de mí mismo —concluyó, dejando traslucir su enojo.

—¿Cómo es la tierra de donde vienes? —preguntó la muchacha, desviando la mirada al tiempo que se ponía cómoda. Sus ojos brillaban a la luz de las estrellas.

—¿A qué te refieres? —preguntó el montañés, confuso.

—Las Tierras Altas. ¿Cómo son?

Morgan creyó por un momento que le tomaba el pelo, pero enseguida decidió que no.

—Es el país más hermoso de las Cuatro Tierras —respondió, respirando profundamente y extendiendo los brazos—. Las colinas con sus alfombras de hierbas y flores de color azul, lavanda y amarillo; los arroyos que se hielan al amanecer y se vuelven del color de la sangre al caer la noche; la niebla que va y viene con las estaciones cambiantes; los bosques y los prados; la sensación de paz y de atemporalidad... —Era un apasionado de las Tierras Altas, sobre todo desde que las había abandonado hacía unas semanas. Recordó hasta qué punto sentía que eran su hogar, aun cuando habían dejado de serlo ahora que la Federación las había ocupado... aunque en realidad, pensó, seguían siendo más suyas que de ellos, porque él tenía muy vívida en su mente la sensación que transmitían y llevaba su historia en la sangre, y eso jamás les ocurriría a ellos.

Cuando terminó, ella guardó silencio.

—Me gusta cómo describes tu hogar —dijo por fin la muchacha—. Me gusta lo que sientes por él. Si yo viviera allí, creo que sentiría lo mismo.

—Seguro —respondió Morgan, estudiando el perfil de su rostro mientras miraba absorta el río Rabb—. Pero supongo que todo el mundo siente lo mismo por su hogar.

—Yo no —dijo ella.

—¿Por qué no? —preguntó él, irguiéndose.

La muchacha arrugó la frente, estropeando solo un poco sus facciones lisas, pero cambió por completo su expresión por otra, introspectiva y distante a la vez.

—Supongo que porque no tengo buenos recuerdos de mi hogar. Nací en una pequeña granja al sur de Varfleet, en una de las pocas familias que vivían en el valle. Vivía allí con mis padres, mis hermanos y mi hermana. Yo era la más pequeña. Criábamos vacas y cultivábamos cereales. En verano los campos se volvían dorados como el sol, y en otoño la tierra se quedaba toda negra después de ararla. —Hizo un gesto de resignación—. No recuerdo mucho más. Solo la enfermedad. Me parece que fue hace mucho tiempo, pero supongo que no ha pasado tanto. Al principio se envenenó la tierra, luego las reses y finalmente mi familia. Todo empezó a morir. Todos. Primero mi hermana, luego mi madre, mis hermanos y mi padre. Le ocurrió lo mismo a la gente que vivía en las granjas de alrededor. Pasó de repente. Todos murieron en pocos meses. Una de las mujeres de las otras granjas me encontró y me llevó a Varfleet a vivir con ella. Éramos las últimas. Yo tenía seis años.

Lo explicó como si no tuviera nada de extraordinario. No había emoción en su voz.

—Creo que va a llover —concluyó la muchacha, desviando la mirada.

Durmieron hasta el amanecer, desayunaron pan, fruta y queso, y reemprendieron la marcha hacia el norte. El cielo estaba nublado cuando se despertaron y poco después de que cruzaran el río Rabb empezó a llover. Retumbaron los truenos y los relámpagos atravesaron la negrura. Empezó a caer una lluvia torrencial y se pusieron a cubierto al abrigo de un viejo arce que se alzaba junto a una pendiente rocosa. Tras sacudirse el agua de la cara y de la ropa, se sentaron a esperar que cesara la tormenta. El aire se enfrió ligeramente y los llanos brillaban por la humedad.

Permanecieron sentados hombro con hombro y con la espalda apoyada contra el arce, mirando a la bruma y escuchando el sonido de la lluvia.

—¿Cómo conociste a Padishar? —preguntó Morgan, rompiendo el silencio.

La muchacha dobló las rodillas y las rodeó con los brazos. Las gotas de lluvia le cubrían la barbilla y brillaban en su pelo negro.

—Fui aprendiz de Hirehone cuando tuve edad para trabajar. Él me enseñó a forjar el hierro y a luchar. Al cabo de un tiempo era mejor que él en ambas cosas, así que me trajo al Movimiento y así es como conocí a Padishar.

Los recuerdos de Hirehone acudieron en tropel a la mente de Morgan. Dejó que permanecieran allí un instante y luego los ahuyentó.

—¿Cuánto hace que diriges el Whistledown?

—Un par de años. Me permite enterarme de cosas que pueden ayudar a los nacidos libres. De momento me sirve.

—Pero dejará de servirte algún día, ¿te refieres a eso? —preguntó Morgan, mirándola de reojo.

—No es lo mío —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa.

—¿Qué es lo tuyo?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Supongo que no —respondió Morgan, tras reflexionar un breve instante—. No me he permitido pensar en otra cosa que no sea lo que ha ocurrido estas últimas semanas. He corrido tanto que no he tenido tiempo de pararme a pensar.

—Yo no he corrido —dijo ella, echándose hacia atrás—. Al contrario, he permanecido parada, esperando a que ocurriera algo.

—Yo hacía lo mismo antes de venir al norte —dijo Morgan, volviéndose hacia la muchacha—. Me pasaba todo el tiempo ideando formas de hacerles la vida imposible a los ocupantes de la Federación... a todos esos oficiales y soldados que vivían en la casa que había pertenecido a mi familia como si fuera suya. Creía que estaba haciendo algo, pero en realidad no hacía nada.

—Así que ahora corres. ¿Y es mejor? —preguntó la muchacha, dirigiéndole una mirada inquisitiva.

—Al menos hago turismo —respondió el montañés, esbozando una sonrisa y encogiéndose de hombros.

La lluvia amainó y el cielo empezó a despejarse, de modo que reanudaron el viaje. Morgan se sorprendió mirando de reojo a Matty Roh, estudiando la expresión de su cara, las líneas de su cuerpo y su forma de moverse. Pensó que era muy intrigante, que sugería mucho más de lo que dejaba ver. Aparentemente era fría y resuelta, una máscara cuidadosamente fija que ocultaba las emociones más fuertes y profundas. Por razones que no podía explicar, le parecía que era capaz de casi todo.

Era casi mediodía cuando la muchacha se adentró entre las rocas y empezaron a seguir un sendero que subía hacia las colinas encaradas hacia los Dientes del Dragón. Cruzaron una hilera de árboles que no dejaba ver las montañas que se alzaban más adelante ni los llanos de detrás, y cuando salieron estaban al pie de los picos. El sendero desapareció junto con los árboles y pronto estaban escalando pendientes más escarpadas, abriéndose

paso como podían por las rocas. Morgan se sorprendió preguntándose con cierta malicia si Matty Roh sabía adónde iba. Al cabo de un rato llegaron a un paso y lo siguieron a través de una escisión en las rocas hasta un profundo desfiladero. Las paredes del acantilado los cercaron hasta que por encima de sus cabezas solo veían una estrecha franja de cielo azul. Los pájaros emprendían el vuelo desde los escarpados salientes en los que se habían posado y desaparecían en dirección al sol. El viento silbaba a lo largo del cañón en repentinas ráfagas que producían un ruido estridente y sordo.

Cuando se detuvieron a beber agua del odre, Morgan miró a la joven para ver cómo aguantaba. Tenía el terso rostro brillante de sudor, pero respiraba con normalidad. Ella lo sorprendió observándola y él desvió rápidamente la mirada.

Matty Roh se adentró en las profundidades de la escisión en la roca y se coló entre un grupo de peñascos enormes que parecían resultado de un antiguo desprendimiento. Debajo de las rocas había un pasadizo que daba a la pared del acantilado. Entraron en él y empezaron a ascender por una cornisa en espiral, que a medio camino formaba un saliente. Morgan se asomó con cuidado. El acantilado caía a pico. Un estrecho sendero ascendía formando un ángulo recto, de modo que la grieta no se veía desde abajo, y siguieron el sendero hasta lo alto del acantilado bordeando otra escisión; esta era apenas una fisura en la roca, tan estrecha que solo podían recorrerla de uno en uno.

—Enseguida los tendremos aquí —dijo Matty Roh, deteniéndose a la entrada. Se descolgó del hombro el odre de agua y se lo pasó para que bebiera.

—¿Cómo sabrán que estamos aquí? —preguntó, declinando la invitación. Si ella no necesitaba beber, él tampoco.

—Hace una hora que nos vigilan. ¿No los has visto? —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa y alejándose.

Él no los había visto, por supuesto, y ella lo sabía, de modo que se limitó a hacer un gesto de indiferencia y a dejar las cosas como estaban.

Poco después salieron de las sombras de la grieta un par de figuras, hombres barbudos y de rasgos duros, armados con arcos y cuchillos. Saludaron mecánicamente a Matty Roh y a Morgan y les indicaron por señas que los siguieran. En fila india, entraron en la fisura y recorrieron un sendero que ascendía serpenteando hasta un montón de rocas que impedían ver lo que había delante. Morgan escaló con dificultad y no pudo evitar darse cuenta de nuevo de que Matty Roh parecía estar dando un paseo.

Por fin llegaron a una meseta que se extendía hacia el norte, el sur y el oeste, y desde donde se tenían unas vistas impresionantes de los Dientes del Dragón y de las tierras que había al otro lado, que Morgan jamás había visitado. Pronto se haría de noche y el cielo iba adquiriendo un color rojo brillante a través de la cortina de niebla que envolvía los picos de las montañas. «De ahí el nombre de Cuenca de los Aros de Fuego», pensó Morgan. Hacia el este, la meseta se prolongaba hasta una cresta cubierta de abetos y cedros. Allí era donde los proscritos habían instalado su campamento, con sus refugios con tejados apiñados entre los árboles y las hogueras ardiendo sin llama en hoyos rodeados de piedras. No había fortificaciones amuralladas como en el Saliente porque la meseta acababa abruptamente en una masa de fisuras irregulares y cañones profundos, y sus muros empinados no podían ser escalados por ningún hombre ni por una fuerza de proporciones considerables. Al menos esa era la impresión que daba desde donde estaba Morgan, y supuso que ocurría lo mismo en todos los lados de ese medio kilómetro de planicie. Aparentemente, la única entrada era el camino por el que habían llegado. Sin embargo, el joven de las Tierras Altas conocía a Padishar Cesta lo suficiente para apostar que había al menos otra.

Se giró cuando salió a recibirles, con movimientos pesados, una conocida figura corpulenta de barba negra y aspecto feroz, a la que le faltaba un ojo y una oreja y que tenía la cara llena de cicatrices. Chandos abrazó con efusividad a Matty Roh, casi engulléndola entre sus brazos, y luego le tendió la mano a Morgan.

—Joven montañés —lo saludó, estrechándole la mano hasta estrujársela—. Me alegro de que estés de nuevo entre nosotros.

—Y yo me alegro de estar de vuelta —respondió Morgan, retirando la dolorida mano—. ¿Cómo estás, Chandos?

—Bastante bien, teniendo en cuenta lo ocurrido —respondió. En sus ojos había un brillo de cólera y frustración. Apretó la mandíbula—. Venid conmigo a donde podamos hablar.

Se llevó a Morgan y a Matty Roh del borde del acantilado al otro lado del risco. Los guardias que los habían llevado hasta allí desaparecieron por donde habían venido. Chandos se apartó deliberadamente del campamento y de los demás proscritos. Morgan le dirigió una mirada inquisitiva a Matty Roh, pero la cara de la joven era inescrutable.

—Lo han cogido, ¿no? —preguntó la muchacha en cuanto estuvieron lo bastante lejos para que nadie pudiera oírlos.

—¿A Padishar? —Chandos asintió con la cabeza—. El joven del valle estaba con él, el más pequeño, el que le gustaba tanto a Padishar... Par Ohmsford. Al parecer, los dos entraron en las prisiones de la Federación para rescatar a Damson Rhee. La sacaron de allí, pero capturaron a Padishar en el intento. Damson está aquí ahora. Llegó ayer con la noticia.

—¿Qué ha sido de Par? —preguntó Morgan, pensando al mismo tiempo por qué no había mencionado a Coll.

—Damson dice que se ha ido en busca de su hermano... algo relacionado con los umbríos —prosiguió Chandos haciendo caso omiso de su pregunta—. Lo importante en este momento es Padishar. —Frunció su cara llena de cicatrices—. Aún no se lo he dicho a los demás. No sé si debo hacerlo o no. Se supone que vamos a reunirnos con Axhind y los trolls en el desfiladero de Jannison a finales de esta semana. En cinco días. Si no está Padishar, no creo que se unan a nosotros. Al contrario, darán media vuelta y volverán por donde han venido. ¡Y son cinco mil! —Se exaltó y después respiró profundamente—. Los necesitamos si queremos tener alguna posibilidad frente a la Federación. Sobre todo después de perder el Saliente. Nunca he sido muy bueno haciendo planes. Si tenéis alguna idea... —concluyó Chandos, dirigiéndoles una mirada esperanzada.

—Si la Federación tiene a Padishar, no le quedará mucho tiempo de vida —dijo Matty Roh, negando con la cabeza.

—Tal vez más de lo que le gustaría a él, si los buscadores le ponen las manos encima —respondió Chandos, frunciendo el entrecejo.

Morgan recordó durante un breve instante el Pozo y sus habitantes y se apresuró a apartar de su mente ese pensamiento. Había algo que no tenía sentido. Padishar había salido en busca de Par y Coll hacía semanas. ¿Por qué había tardado tanto en encontrarlos? ¿Por qué los hermanos Ohmsford habían permanecido en Tyrsis todo ese tiempo? Y cuando Padishar y Par entraron en las prisiones para rescatar a Damson Rhee, ¿dónde estaba Coll? ¿También lo habían capturado a él los umbríos?

—Quiero hablar con Damson Rhee —dijo Morgan bruscamente. Tenía la impresión de que quedaba mucho por explicar. Se había preguntado al principio qué habría sido de ella y de pronto volvía a hacerlo.

—Está durmiendo —respondió Chandos, haciendo un gesto de indiferencia—. Caminó toda la noche para llegar aquí.

A la mente de Morgan acudieron imágenes de Teel que le susurraron maliciosamente.

—Pues que la despierten.

—Está bien, montañés, si crees que es importante... —repuso Chandos, dirigiéndole una mirada severa—. Pero serás tú quien la despierte, no yo.

Cruzaron el campamento, pasando por entre las hogueras y los proscritos que trabajaban en torno a ellas. El sol había descendido aún más por el oeste y era casi la hora de cenar. En las cazuelas había comida y el olor flotaba en el aire estival. Morgan apenas lo notó, absorto en sus pensamientos. De los árboles salían sombras silenciosas que se alargaban a medida que se acercaba la noche. Morgan pensaba en Par y Coll, todavía en Tyrsis después de todo ese tiempo. Hacía dos semanas que habían escapado del Pozo. ¿Por qué se habían quedado allí?, seguía preguntándose. ¿Por qué tanto tiempo?

Mientras las preguntas lo asaltaban seguía viendo la cara de Teel... y del umbrío que se había escondido debajo.

Llegaron a una pequeña cabaña situada entre los árboles y Chandos se detuvo.

—Está ahí dentro. Despiértala si quieres. Cuando terminéis, venid a cenar conmigo.

Morgan respondió con un asentimiento.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó a Matty Roh, volviéndose hacia ella.

—No, creo que debes hacerlo solo —respondió la muchacha, estudiándolo con la mirada.

Durante un breve instante pareció que iba a decir algo más, pero se dio media vuelta y se internó en el bosque detrás de Chandos. «Oculta algo», pensó Morgan. La observó mientras se alejaba, pensando una vez más que esa joven era mucho más compleja de lo que parecía.

Volvió a mirar la cabaña, indeciso sobre cómo debía actuar para preparar a Damson Rhee. No podía consentir que los celos y los temores se interpusieran en el camino de la sensatez, pero tampoco podía apartar de su mente la imagen de Teel convertida en umbrío. Podía estar pasando lo mismo con ella. La clave estaba en averiguarlo.

Se llevó la mano al hombro para asegurarse de que podía desenvainar con facilidad la espada; luego respiró profundamente, se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. Se abrió casi inmediatamente y una joven de pelo rojizo y ojos esmeralda apareció al otro lado y lo taladró con la mirada. Tenía la cara colorada, como si acabara de despertarse, y su ropa oscura estaba arrugada. Era alta, aunque no tanto como Matty, y muy atractiva.

—Me llamo Morgan Leah —dijo él.

—El amigo de Par, el chico de las Tierras Altas —respondió ella, parpadeando y asintiendo con la cabeza—. Hola, yo soy Damson Rhee. Lo siento, estaba durmiendo: ¿Qué hora es? —Miró el cielo entre los árboles—. Casi es de noche, ¿no? He dormido demasiado.

Retrocedió un paso, como si se dispusiera a entrar de nuevo; luego se detuvo y se volvió de nuevo hacia él.

—Supongo que ya sabes lo de Padishar. ¿Acabas de llegar?

—Quería oír de tu boca lo que pasó —respondió Morgan, asintiendo con la cabeza y clavando los ojos en ella.

—De acuerdo. —No parecía sorprendida. Miró por encima del hombro y luego salió a la luz—. Hablemos aquí. Estoy harta de estar encerrada. De estar en lugares donde no hay luz. ¿Qué te ha dicho Chandos?

Se alejó de la cabaña y se internó en el bosque con paso decidido, y él se vio obligado a seguirla.

—Me ha dicho que Padishar fue capturado por la Federación cuando te rescataba de la prisión en compañía de Par, y que luego él se separó de ti para ir a buscar a Coll; que era algo relacionado con los umbríos.

—Todo está relacionado con los umbríos, ¿no? —respondió Damson, bajando la cabeza con un gesto agotado.

Se acercó al extremo de un tronco caído y se sentó. Morgan vaciló, todavía cauteloso, y luego se sentó junto a ella. La joven se volvió ligeramente hacia él.

—La historia que voy a contarte es larga, Morgan Leah —le advirtió.

Comenzó con su encuentro con Par y Coll después de que estos hubieran huido del Pozo en Tyrsis. Le contó que habían decidido volver a bajar una vez más al criadero de los umbríos y que habían enrolado al Topo para que les ayudara; que se habían abierto camino por los túneles que corrían bajo la ciudad hasta el viejo palacio. A partir de allí, los hermanos habían ido juntos en busca de la espada de Shannara. Par había vuelto solo, llevando consigo lo que creía que era el talismán, medio loco de dolor y horror por haber matado a su hermano. Ella lo había cuidado durante semanas en la casa subterránea del Topo, hasta que poco a poco volvió en sí y pudo sacarlo con cuidado de su oscura pesadilla. De allí habían ido de un escondite a otro con la espada de Shannara a remolque, huyendo de los buscadores y de la Federación, buscando el modo de salir de la ciudad. Al final Padishar los había encontrado, pero al huir de nuevo de la Federación la capturaron a ella. Padishar y Par habían vuelto para rescatarla y eso había conducido, a su vez, a la captura de Padishar. Tras huir definitivamente de la ciudad, porque al fin

tenían forma de hacerlo y no podían hacer nada por Padishar sin refuerzos, se habían dirigido al norte a través del desfiladero de Kennon.

—Y desde lo alto del desfiladero, más allá de los fuegos de vigilancia de la Federación, pero tan claro como te veo a ti ahora, vimos Paranor — prosiguió, tocándole el brazo sin pensar—. Ha regresado del pasado, Morgan Leah. Par estaba seguro de ello. Dijo que eso significaba que Walker Boh había tenido éxito.

Entonces, con el rostro lleno de desánimo otra vez, procedió a describir cómo habían cruzado el paso y su desafortunado encuentro con Coll... o la criatura en que Coll se había convertido, envuelto en el sudario-espejo, encorvado y deforme como si le hubieran cambiado de sitio los huesos. En la lucha que siguió a ese encuentro habían conjurado de algún modo el poder de la espada de Shannara, que reveló lo que Par tomó por la verdad acerca del hermano que creía muerto.

—Y se fue detrás de Coll —concluyó la joven—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo no quería que fuera, no sin mí... pero no tenía derecho a detenerle. —Buscó la mirada de Morgan—. Yo no estoy tan segura de que el ser al que sigue sea Coll, pero comprendo que debe averiguarlo de un modo u otro si quiere volver a sentirse en paz consigo mismo.

Morgan asintió con la cabeza. Pensó que Damson Rhee había renunciado a muchas cosas para ayudar a Par Ohmsford, que se había expuesto más de lo que él habría esperado de nadie, aparte de Coll y de él mismo. Se dijo también que la historia que acababa de contarle daba la impresión de ser cierta, porque encajaba con todo lo demás. Las dudas que tenía cuando había llegado empezaron a disiparse. Sin duda, era típico de Par seguir buscando la espada de Shannara sin rendirse, igual que ir tras las huellas del que creía su hermano. El problema esta vez era que Par estaba más solo que nunca. Morgan recordó una vez más que había fracasado estrepitosamente en su promesa de velar por su amigo.

Se dio cuenta de que Damson lo estudiaba con una mirada fija, inquisitiva, y sin previo aviso sus recelos volvieron a aflorar. ¿Era Damson Rhee la amiga que Par creía o el enemigo del que trataba de escapar desesperadamente? Sin duda, ella podía haber sido la razón de que se hubiera salvado tantas veces por los pelos, la razón de que los umbríos hubieran estado tantas veces a punto de capturarlo. Pero ¿no era también la razón de que él escapara?

—No confías en mí, ¿verdad? —preguntó la muchacha en voz baja.

—No —admitió Morgan—. No confío.

—No sé qué puedo hacer para convencerte, Morgan —respondió Damson Rhee, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera sé si quiero intentarlo. Tengo que emplear la poca energía que me queda en encontrar la manera de liberar a Padishar. Luego iré a buscar a Par.

Él se giró hacia los árboles, pensando en las oscuras sospechas que los umbríos suscitaban en todos ellos, y deseó que las cosas fueran distintas.

—Cuando estuve en el Saliente con Padishar —dijo—, me vi obligado a matar a una enana que era en realidad un umbrío. —Volvió a mirarla—. Se llamaba Teel. Mi amigo Steff estaba enamorado de ella y le costó la vida.

Le contó entonces las traiciones de Teel y el último enfrentamiento en los túneles de las montañas detrás del Saliente, donde había matado al umbrío que había sido usurpado el cuerpo de la enana y había salvado la vida de Padishar Cesta.

—Lo que me asusta —dijo— es que puedas ser otra Teel y que Par termine como Steff.

Ella no respondió, siguió con la mirada perdida. Podría haber estado mirando a través de su cuerpo. Tenía lágrimas en los ojos.

Él estiró la mano hacia atrás para desenvainar la espada de Leah. Damson lo observó sin moverse y clavó sus ojos verdes en la brillante hoja mientras él la sostenía con ambas manos y la dejaba en el suelo entre ambos.

—Pon tus manos en la hoja, Damson —dijo en voz baja.

Ella lo miró sin responder y permaneció largo rato inmóvil. Él esperó, escuchando los ruidos de los nacidos libres al reunirse para cenar a lo lejos y el silencio que los rodeaba, más cerca. La luz era cada vez más tenue y estaban rodeados de sombras. Se sentía extrañamente alejado de todo cuanto había a su alrededor, como si se hubiera quedado congelado en el tiempo con Damson Rhee.

«Ella no», suplicó para sus adentros. «Otra vez no».

Por fin, Damson alargó la mano hacia la espada de Leah y apoyó la palma de la mano en el metal. A continuación, cerró despacio los dedos alrededor de la hoja. Morgan observó horrorizado cómo el filo le hacía un profundo corte en la carne y la sangre empezaba a deslizarse por la hoja.

—Un umbrío no podría hacer esto, ¿no? —dijo la muchacha.

Él se apresuró a bajar la espada, apartándole los dedos.

—No —respondió el joven de las Tierras Altas—. No sin despertar la magia de la espada. —Dejó a un lado el talismán, arrancó un trozo de su capa y empezó a vendarle la mano—. No tenías por qué hacer eso —le reprochó.

—¿No? ¿Te habrías fiado de mí si no, Morgan Leah? —inquirió la muchacha, esbozando una débil y melancólica sonrisa—. No lo creo. Y si no confías en mí, ¿cómo podremos ayudarnos el uno al otro? Tiene que haber confianza entre nosotros. —Clavó sus ojos bondadosos en él—. ¿La hay ahora?

—Sí —respondió Morgan, asintiendo con la cabeza—. Lo siento, Damson.

Ella alargó sus manos vendadas y le cogió las suyas. Volvía a tener los ojos llorosos.

—¿Has dicho que tu amigo Steff estaba enamorado de Teel? Pues yo lo estoy de Par Ohmsford, montañés —le confesó Damson.

Entonces comprendió por qué la joven había permanecido al lado de Par, por qué se había entregado totalmente a él, siguiéndolo incluso hasta las profundidades del Pozo, velando por él, protegiéndolo. Es lo que hubiera hecho él, lo que había intentado hacer por Aurora. Damson Rhee se había comprometido de una forma que solo la muerte podía deshacer.

—Lo siento —repitió, pensando esta vez en lo poco apropiadas que parecían esas palabras.

Damson le apretó las manos y no las soltó. Se miraron durante largo rato en la oscuridad sin decir nada. Mientras sostenía las manos de Damson, Morgan recordó a Aurora, lo que había sentido ella y las emociones que había despertado en él. Se dio cuenta de que la echaba desesperadamente de menos y de que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa por recuperarla.

—Basta de pruebas —dijo Damson—. Hablemos. Te contaré todo lo que me ha ocurrido y tú harás lo mismo. Par y Padishar nos necesitan. Tal vez entre los dos podamos encontrar la forma de ayudarlos.

Le apretó de nuevo las manos, como si no sintiera las heridas, y le ofreció una sonrisa de aliento. Morgan se inclinó para recoger del suelo la espada de Leah y regresó con la joven al resplandor de las hogueras. Su mente funcionaba a toda velocidad, asimilaba todo lo que Damson le había dicho y extraía conclusiones de los hechos, intentando sacar algo útil. Damson tenía razón. Morgan estaba decidido a no fallar a ninguno de los dos.

Pero ¿qué podía hacer él?

Le llegó de las hogueras el apetitoso olor a comida y, por primera vez desde que había llegado, se sintió hambriento.

Par y Padishar.

«Padishar primero», pensó.

Chandos había dicho cinco días. Si los buscadores no acababan con él antes...

De pronto lo vio con tanta claridad que casi gritó. En un impulso, rodeó con un brazo los hombros de Damson.

—Creo que sé cómo rescatar a Padishar —dijo.

10

Cinco días hacía que los cuatro jinetes daban vueltas alrededor de las murallas de Paranor; cinco días en los que Walker Boh permaneció en las almenas de la fortaleza, observándolos. Cada día al amanecer se reunían ante las puertas del oeste, como sombras que salían de la oscuridad de la noche que se acababa. Y cada vez se acercaba uno diferente a las puertas y las aporreaba, desafiante, una sola vez. Al no aparecer Walker, reanudaban la siniestra espera, desplegándose de tal forma que siempre había uno apostado en cada punto cardinal, uno en cada una de las murallas principales, dando vueltas a ritmo lento pero ininterrumpido, describiendo círculos como aves de rapiña. Día y noche cabalgaban, espectros de bruma gris y oscuras visiones, silenciosos como el pensamiento e inmutables como el tiempo.

—Encarnaciones de los peores enemigos del hombre —dijo Cogleine cuando los vio por primera vez—. Manifestaciones de nuestros peores temores y asesinos de tantos, creados y enviados para destruirnos. —Hizo un gesto de resignación—. ¿Es posible que Rimmer Dall tenga sentido del humor?

Walker no lo creía. Aquello no le parecía en absoluto divertido. Los umbríos parecían dotados de un poder natural e ilimitado, la clase de poder que les permitía convertirse en cualquier cosa. No era ni sutil ni intrincado, sino directo e implacable como una avalancha. Parecía capaz de cambiarse a sí mismo y llevarse por delante todo lo que encontrara en su camino. Walker no sabía hasta dónde llegaba el poder de los jinetes, pero estaba dispuesto a apostar que eran superiores a él. Rimmer Dall no habría enviado nada menos para hacer frente al druida, aun tratándose de uno recién llegado a esa posición, no muy seguro de su propia fuerza, del alcance de su magia y de las posibilidades de esta. Al menos uno de los encargos que Allanon había

encomendado a los Ohmsford se había cumplido, y eso implicaba una amenaza que los umbríos no podían pasar por alto.

Sin embargo, el propósito de tales encargos seguía siendo un misterio para Walker. De pie en las murallas de Paranor, observando cómo los cuatro jinetes daban vueltas, reflexionaba sin cesar sobre qué objetivo podían cumplir. ¿Qué era lo que la espada de Shannara tenía que llevar a cabo? ¿De qué iba a servir tener a los elfos de nuevo en el mundo de los hombres? ¿Qué objetivo tenía el regreso de Paranor y los druidas? «¿O de un druida por lo menos?», pensó, sombrío. Un druida hecho de los fragmentos de otros. Él era una amalgama de los que habían ido y venido, de sus recuerdos, fuerza y debilidades, de sus conocimientos e historia, de los secretos de su magia. Era un niño en su vida de druida y aún no sabía cómo actuar. Cada día abría las puertas a los nuevos conocimientos que otros habían obtenido y transmitido antes que él, conocimientos que se revelaban ellos mismos en visiones inesperadas; una luz procedente de los oscuros rincones de su mente que parecían entrar por ventanas antes cerradas que ahora estuvieran abiertas de par en par. No lo comprendía todo; a veces le asaltaban dudas, a menudo se preguntaba si merecía la pena. Pero el flujo era incesante y se veía obligado a medir y sopesar cada nueva revelación, pues sabía que debió de tener su valor en otro tiempo y que podía volver a tenerlo.

Pero ¿qué papel debía desempeñar él en la lucha para poner fin a los umbríos? Se había convertido en el druida que Allanon había querido y ahora era dueño de Paranor. Sin embargo, ¿qué tenía que hacer a partir de aquí? Sin duda, contaba con una magia que podía ser utilizada contra los umbríos... del mismo modo que los druidas habían utilizado antes la magia para ayudar a las Razas. También poseía conocimientos, tal vez más que ningún ser humano vivo, y los druidas los habían utilizado también como arma. Pero tenía la impresión de que ese poder recién descubierto carecía de un objetivo claro: necesitaba comprender la naturaleza de su enemigo antes de elegir la forma de combatirlo.

Entretanto estaba allí, atrapado en su fortaleza, donde no podía ayudar a nadie.

—No intentan entrar —dijo Cogleine después de tres días de vigilar desde lo alto de los muros del castillo—. ¿A qué crees que se debe?

—Puede que no necesiten hacerlo —respondió Walker, negando con la cabeza—. Mientras permanezcamos encerrados dentro, cumplen su objetivo.

El anciano se frotó la barbilla cubierta de barba rala. Había envejecido desde que había salido de la vida incompleta a la que la magia de la Historia

de los druidas le había condenado. Volvía a estar arrugado, se encorvaba más que antes, era más lento a la hora de moverse y hablar, y frágil más allá de lo que justificaba su edad. A Walker no le gustaba lo que veía, pero no dijo nada. El anciano había hecho mucho por él y eso le había afectado visiblemente. Pero no se quejaba ni hablaba de ello, por lo que no había motivo para que Walker hiciera ninguna de las dos cosas.

—Puede que les asuste la magia del druida —continuó Walker al cabo de un momento, levantando su única mano para apoyarse en la piedra de la almena—. Paranor siempre ha estado protegido contra los que entran sin ser invitados. Es posible que los umbríos lo sepan y prefieran quedarse fuera por ese motivo.

—O tal vez esperan hasta conocer la naturaleza y alcance de esa magia —dijo Cogline en voz baja—. Esperan a descubrir el peligro que supones. —Miró a Walker sin verlo, con los ojos clavados en un lugar más lejano—. O, sencillamente, hasta que se cansen de esperar —concluyó.

Walker consideró las diversas formas que tenía de derrotar a esos espectros, dándoles vueltas y más vueltas en la cabeza como si fueran artefactos que esconden las claves del pasado. La piedra élfica negra era una elección obvia, sellada ahora en una cripta en las catacumbas de la fortaleza. Pero la piedra negra se cobraría su precio si conjuraba su magia, y no era un precio que Walker estuviera dispuesto a pagar. No había motivos para creer que la piedra élfica no fuera a funcionar contra los cuatro jinetes y no les absorbiera la magia hasta dejarlos reducidos a cenizas, pero su misma naturaleza requería que la magia robada se transfiriera al que la utilizaba. Walker no quería que la magia de los umbríos formara parte de él.

También estaba la Stiehl, la extraña daga asesina que le había arrebatado al asesino Pe Eltar en Eldwist, el arma capaz de matar a todo lo que se cruzara en su camino. Pero a Walker no le atraía la perspectiva de utilizar el arma de un asesino, y menos con la historia de la Stiehl, y pensó que, si se necesitaban armas, tenía otras muchas a su disposición que podía utilizar contra los umbríos.

Lo que necesitaba ante todo era un plan, lo sabía. Tenía tres opciones: permanecer a salvo dentro de los muros de Paranor esperando a que los umbríos se dieran por vencidos, salir y enfrentarse a ellos, o intentar escabullirse sin que lo vieran. La primera solo ofrecía una remota posibilidad de éxito y, además, el tiempo no era algo que le sobrara. La segunda era indiscutiblemente imprudente.

Quedaba la tercera.

Cinco días después de que los cuatro jinetes hubieran sitiado Paranor, Walker Boh tomó la decisión de salir a escondidas.

Por una salida subterránea.

Esa noche le explicó a Cogleine su plan durante la cena; una cena que consistió en las pocas provisiones de hacía tres siglos que habían quedado congeladas en el tiempo del castillo, y cuya escasez subrayaba la importancia de poner fin al asedio. En el subterráneo del castillo había túneles que daban a los bosques circundantes, escondites solo conocidos por los druidas del pasado y ahora por él. Esa noche entraría con sigilo en un túnel y saldría detrás de donde los jinetes patrullaban las murallas. Se habría deshecho de ellos antes de que supieran que había salido.

Cogleine frunció el ceño, lleno de dudas. Le parecía demasiado sencillo. Sin duda, los umbríos habían considerado esa posibilidad.

Pero Walker había tomado una decisión. Cinco días de brazos cruzados eran más que suficientes. Tenía que intentar algo y eso era lo mejor que se le ocurría. Cogleine y Susurro se quedarían en la fortaleza. Si los jinetes intentaban asaltarla antes de que Walker regresara, seguirían el mismo camino que había tomado él. Cogleine accedió de mala gana, inquieto por algo de lo que no quería hablar y tan agitado que Walker estuvo a punto de exigirle una explicación. Pero el comportamiento enigmático del anciano no era nada nuevo, así que al final el Tío Oscuro prefirió dejar las cosas como estaban.

Esperó hasta medianoche, vigilando desde las murallas para asegurarse de que los umbríos no modificaban su recorrido. Y así era; las formas espectrales daban vueltas sin cesar en la oscuridad que se extendía a sus pies. La niebla que había cubierto el valle durante la mayor parte de los cuatro días se había levantado al amanecer aquel día, y ahora, con la llegada de la noche, Walker Boh vio algo nuevo en el valle. A lo lejos, hacia el oeste, donde los Dientes del Dragón giraban hacia el norte y se convertían en las llanuras de Streleheim, había fuegos de vigilancia en la boca del desfiladero de Kennon. Un ejército había acampado allí y bloqueaba el paso. «La Federación», pensó Walker, mirando más allá del bosque de abajo, al otro lado de las colinas, hacia la luz. Tal vez su presencia en el paso no estuviera relacionada con la de los umbríos en Paranor, pero Walker lo dudaba. Conscientemente o no, la Federación servía a la causa de los umbríos, era un instrumento en manos de Rimmer Dall y de los demás miembros de la jerarquía del Consejo de Coalición, y lo más prudente era asumir que los soldados acampados en el desfiladero de Kennon tenían algo que ver con los cuatro jinetes.

Aunque lo mismo daba. A Walker Boh no le preocupaba lo más mínimo que los soldados de la Federación pudieran constituir un obstáculo para él.

Cuando llegó la medianoche, dejó los muros del castillo y bajó a las profundidades de la fortaleza. Vestía ropas tan oscuras como la noche, holgadas y resistentes, y no iba armado. Cogleine y Susurro le observaban cuando entró en el foso de fuego. Sus recuerdos eran los de Allanon y los druidas que lo habían precedido, y descubrió que conocía el camino tan bien como si Paranor siempre hubiera sido su hogar. Las puertas escondidas en la piedra de la fortaleza se abrían solo con tocarlas, y se sabía tan bien los pasadizos como se había sabido los puntos importantes de la Chimenea Rocosa en los tiempos anteriores a los sueños de Allanon. Encontró los túneles que se extendían por debajo del risco sobre la que descansaba Paranor y se internó en ellos. A su alrededor oía el constante chisporroteo del fuego en los hornos encendidos debajo de la fortaleza, que ardían sin cesar dentro de su núcleo de roca, muy por debajo de las murallas del castillo, el único ruido en medio de la oscuridad y el silencio.

Tardó cerca de una hora en abrirse paso. Debajo del castillo había numerosos pasadizos y todos se entrecruzaban y partían de una misma puerta que solo él podía abrir. Eligió la única que conducía al oeste, con la intención de salir y guarecerse bajo los árboles del bosque que se extendía entre los jinetes y el desfiladero de Kennon. Estaba convencido de que, una vez se deshiciera de los umbríos, podría despistar fácilmente a los soldados de la Federación. Cuando llegó al final del túnel, se detuvo a escuchar. No se oía nada por encima de él. Nada se movía. Sin embargo, se sintió intranquilo, como si percibiera que a pesar de las apariencias no todo iba bien.

Salió del túnel a la oscuridad del bosque, surgiendo de la tierra como una sombra envuelta en una capa de maleza y roca. A través de las ramas entrelazadas como un dosel vio las estrellas y un atisbo de la luna menguante. Todo era silencio en el bosque, como si no hubiera vida en él. Buscó algún indicio de la presencia de los lobos grises, pero no percibió nada. Prestó atención a los débiles ruidos de los insectos y los pájaros, pero habían desaparecido. Olió el aire y captó un extraño olor a moho.

Respiró profundamente y salió al aire libre.

Oyó, antes que verlo, el silbido de la guadaña trazando un arco hacia él, pero la esquivó justo a tiempo. La forma negra y envuelta en la capa de la Muerte gruñó con el esfuerzo de la embestida y se arrojó a un lado. Walker se levantó al ver cómo otra forma se materializaba a su derecha. Guerra, cubierto de armaduras, hojas de espadas y púas que brillaban de forma siniestra,

golpeó con la maza el árbol que se alzaba a su lado y partió el tronco en dos. Walker se apartó y pasó a toda velocidad junto a los esqueléticos brazos extendidos de Hambre cuando trató de agarrarlo. Estaban todos allí, todos, comprendió, desesperado. Lo habían descubierto.

Se alejó a todo correr, oyendo el zumbido y el siseo de Peste, sintiendo el calor seco y el olor a enfermedad que desprendía. Saltó un pequeño barranco; su miedo le infundía unas fuerzas inesperadas y en su interior tomaba cuerpo una feroz determinación. Los jinetes salieron tras él, desmontados, en un esfuerzo por atraparlo, esquivadas de tinieblas volaban como fragmentos de una espada hecha trizas. Oía sus movimientos como si fueran el susurro del viento al rozar las hojas. No se escuchaba ningún otro sonido, ni ruido de pasos, ni jadeos, ni el choque de armas o de huesos.

Walker corrió entre los árboles sin saber en qué dirección se movía, concentrado únicamente en zafarse de sus perseguidores. De pronto se encontró perdido en la oscuridad de los pasadizos del bosque, corriendo sin otro propósito que huir al haber perdido la ventaja del factor sorpresa. Los umbríos eran rápidos y certeros en su persecución, y él veía por el rabillo del ojo sus movimientos. Lo habían dejado sin aliento, le habían perseguido igual que los perros a un zorro.

«¡No!».

De pronto se giró y, concentrado en su magia, levantó entre sus perseguidores y él un muro de fuego, arrojándoles las llamas a la cara como púas candentes. Guerra y Peste retrocedieron, pero Hambre y Muerte siguieron avanzando, impasibles. «Por supuesto», pensó Walker echando a correr de nuevo. Hambre y Muerte. El fuego no podía hacerles daño.

Cruzó un arroyo y giró a la derecha, hacia la colina de Paranor, cuya forma afilada de torres y muros se recortaba contra la noche. Había estado corriendo en esa dirección sin saberlo y comprendió que era su única oportunidad de escapar. Si pudiera llegar al castillo antes de que lo alcanzaran...

¡Cogline! ¿Estaría el anciano vigilando?

Algo surgió de la noche, serpenteando y brillando por la humedad. Unas garras se lanzaron hacia él y unos dientes destellaron. Era una de las monturas de los umbríos, apostada allí para bloquearle el paso. Se escabulló de entre sus garras como un jirón de noche imposible de atrapar gracias a la magia que lo hacía ligero y efímero como el viento. La criatura serpenteante siseaba y repartía golpes de forma frenética, arrojando tierra al aire, pero Walker Boh ya estaba detrás de ella y se alejaba a la velocidad del pensamiento. Ante él se

alzaba la Fortaleza de los Druidas, su refugio, el lugar donde podría ampararse de esas criaturas...

Un movimiento siniestro a su izquierda le hizo dar un patinazo cuando Hambre arremetió contra él con una espada tallada en un hueso de un brillante blanco roto y le rasgó los bordes de la ropa. Walker perdió el equilibrio y cayó rodando entre los matorrales y la hierba alta hasta acabar en un charco de agua estancada. Algo pasó corriendo por su lado, pero sus mandíbulas no pudieron alcanzarlo. Otra de las horribles monturas. Walker se levantó, arrojando fuego y ruido en todas direcciones, en un desesperado intento de protegerse. Tuvo la satisfacción de oír un gemido de dolor, seguido del gruñido de algo al recibir un golpe, y entonces se movió de nuevo. Había árboles a un lado del camino y desapareció entre ellos, buscando el cobijo de las profundas sombras. Jadeaba y le dolía todo el cuerpo. Descubrió con horror que volvía a alejarse del castillo, que se desviaba del lugar en el que había esperado ponerse a salvo.

A su izquierda pasó fugazmente una sombra, rápida y silenciosa, un manto negro y el destello de un filo metálico. Muerte. Walker ya estaba cansado, exhausto por su huida, por haberse visto obligado a cambiar tantas veces de dirección. Los umbríos lo habían rodeado y se acercaban. No creía que pudiera llegar al castillo antes de que lo alcanzaran. Intentó cambiar de nuevo de dirección, pero entre él y la fortaleza vio un movimiento y oyó un siseo de anticipación y el repentino susurro de escamas rozando la hierba y los arbustos. Walker a duras penas consiguió contener el pánico que le había formado un nudo en la garganta. Había presupuesto demasiadas cosas, había confiado demasiado en sus posibilidades. Tendría que haberse imaginado que no iba a ser tan fácil. Tendría que haberlo previsto.

Las ramas le azotaban la cara y los brazos a medida que se abría paso por el espeso bosque. Detrás, la criatura serpenteante se aproximaba. Le parecía sentir su aliento en la nuca, el contacto de sus garras y de sus dientes en el cuerpo. Aceleró el paso y salió de la maleza hasta un claro, y encontró a Muerte esperándolo con la capucha del manto bajada, empuñando la guadaña. El umbrío arremetió, pero falló el golpe cuando Walker se echó a un lado; atacó por segunda vez y el Tío Oscuro logró aferrar la guadaña y desviarla. Al instante tenía la mano y el brazo insensibles a causa de un frío tan intenso que helaba los huesos, y dio un brinco de dolor, apartando de un empujón la guadaña y a quien la empuñaba. Algo más entró en escena por la derecha, pero él ya había empezado a correr de nuevo hacia el bosque, pasando entre las hileras de troncos oscuros como si se hubieran vuelto inmateriales,

sintiendo en todo momento cómo se apoderaba de él la sensación de entumecimiento.

«¡Qué frío!».

Empezaban a fallarle las fuerzas y no estaba más cerca que antes del castillo. «Piensa», se dijo, furioso. «¡Piensa!». A su alrededor se movían sombras, la forma cadavérica de Hambre, el odioso zumbido de Peste, el fragor de Guerra en su armadura inquebrantable, los silenciosos movimientos de Muerte y las monstruosas monturas a sus órdenes.

De pronto recordó algo y se aferró a ello porque parecía su única esperanza. Más adelante había una trampilla escondida en el suelo y debajo de ella, un túnel que conducía a Paranor. La trampilla era un recuerdo de Allanon que había acudido a su mente en el terror y la angustia del momento, justo a tiempo. «¡Allí, a la izquierda!». Walker se giró y se precipitó hacia delante, sintiendo la mano y el brazo tan muertos como el que había perdido. «¡No pienses en eso!». Corrió hasta la maleza para ponerse a cubierto, dejó atrás la barrera de hojas, bajó por un barranco y cruzó un estrecho.

¡Allí estaba!

Escarbó el suelo con los dedos entumecidos en busca de la puerta oculta. Estaba allí, en esa extensión de tierra, pensó. Oía ruidos a su espalda, cada vez más cerca. Encontró una anilla de hierro, la agarró y tiró con fuerza. La puerta cedió con un ruido sordo y cayó hacia atrás. Walker la cruzó, bajó rodando las escaleras que había al otro lado y se puso de pie con dificultad. Había sombras en la entrada, cruzando el umbral. Levantó la mano y el brazo heridos, venciendo el entumecimiento y el frío a fin de conjurar la magia. La parte superior de las escaleras estalló en llamas, bloqueando la entrada, y las sombras desaparecieron en una esfera de luz. La tierra y la piedra se resquebrajaron y toda la entrada se derrumbó.

Walker se alejó a todo correr y se internó en el túnel, ahogándose y tosiendo por el polvo y el humo. Miró atrás dos veces para asegurarse de que nada lo seguía.

Estaba solo.

Al regresar a la fortaleza por los túneles, le asaltaron las dudas y los temores, lo acosaron demonios que tenían la cara de sus enemigos. Le parecía oír a los umbríos persiguiéndolo incluso allí dentro; habían bajado para terminar lo que habían comenzado. Muerte, Guerra, Peste y Hambre... ¿Qué eran para ellos la roca y la tierra? ¿Acaso no podían entrar en cualquier parte? ¿Qué los retenía afuera?

Pero no venían porque, a pesar de las formas y las identidades que habían asumido, no eran invencibles ni eran auténticas encarnaciones de lo que pretendían ser. Los había oído gemir de dolor; había percibido sus cuerpos materiales. El entumecimiento que se había apoderado de su mano y brazo empezaba a remitir. Recibió agradecido el hormigueo, lamentando de nuevo la pérdida de su otro miembro, y deseó poder revivir esa época de su vida.

Se preguntó cuánto más de sí mismo iba a tener que sacrificar antes de que terminara esa lucha. ¿Acaso no debía considerarse afortunado por seguir con vida? ¿Por qué poco había escapado esta vez de los umbríos!

De pronto pensó que tal vez no hubiera escapado, que tal vez le habían permitido escapar. Quizá los jinetes estuvieran jugando con él. ¿Acaso no habían tenido suficientes oportunidades de matarlo si hubieran querido? Pensándolo bien, tal vez habían intentado asustarlo en lugar de matarlo, infundirle suficiente miedo para que fuera incapaz de funcionar cuando volviera a estar dentro de la Fortaleza de los Druidas.

Pero descartó la idea casi de inmediato. Era ridículo pensar que no le habrían matado si hubieran podido. Sencillamente, lo habían intentado, pero habían fracasado. Su habilidad y la magia le habían permitido salvarse aun en medio de la confusión de una emboscada, e iba a aferrarse todo lo posible a esa idea.

Dolorido y exhausto, volvió a entrar en las murallas de Paranor y regresó a la fortaleza. Cogline estaría esperándolo. Tendría que confesarle al anciano su fracaso. El pensamiento lo angustió y se dio cuenta de que la idea preconcebida que tenía de la invencibilidad de los druidas le había nublado el juicio. Pero no podía permitirse ser orgulloso. Seguía siendo un novato: apenas había empezado a aprender.

Sus dudas y temores se retiraron despacio y los demonios desaparecieron. Habría otro día, otro momento y otro lugar para enfrentarse a los jinetes.

Cuando ese día llegara, estaría preparado.

Morgan Leah les explicó a Damson Rhee y a Chandos su plan para rescatar a Padishar Cesta durante la cena. Los llevó al risco, donde nadie pudiera oírlos, y se apiñaron en torno a la comida y la bebida, atentos a los ruidos de la noche, contemplando las estrellas que brillaban en el cielo que se iba oscureciendo a medida que hablaban. Antes le pidió a Damson que contara de nuevo los detalles de su huida de la ciudad y dejó que se explayara a su gusto, mirando alternativamente a la joven y a los nacidos libres de aspecto feroz. Cuando la joven hubo terminado, Morgan dejó a un lado su plato vacío (se lo había comido todo mientras ella hablaba) y se inclinó hacia delante mirándolos fijamente.

—Esperarán que intentemos rescatarlo —dijo con voz suave, mirándolos uno por uno—. Saben que no vamos a abandonarlo. Saben cuánto significa para nosotros. Pero no esperarán que lo hagamos de la misma manera. Esta vez esperarán otra estrategia... un esfuerzo mayor que implique tal vez a un número superior de hombres o alguna clase de distracción estratégica que dé pie a un asalto total. Esperarán que intentemos cogerlos desprevenidos. Por tanto, tenemos que hacer algo distinto de lo que esperan, antes de que comprendan lo que está pasando.

—¿Qué intentas decir, montañés? —inquirió Chandos, resoplando.

—Lo esencial es entrar y salir deprisa —prosiguió Morgan, esbozando una leve sonrisa—. Cuanto más dure la operación, más peligrosa será. No te impacientes conmigo, Chandos. Solo quiero que comprendas el razonamiento que hay detrás de lo que os propongo. Tenemos que adivinar qué pueden hacer ellos para atraparnos si queremos adelantarnos a su plan y encontrar una forma de eludirlo.

—Entonces, ¿estás seguro de que habrá una trampa? —preguntó el hombre corpulento, frotándose la barbilla cubierta de barba—. ¿Por qué no liquidan a Padishar y terminan de una vez? ¿O por qué no hacen con él lo que hicieron con Hirehone? —Dirigió una mirada rápida a Damson, que permanecía impassible.

—No estoy seguro de nada —respondió Morgan, apoyando una mano en el ancho hombro de Chandos—. Pero piénsalo un momento. Si liquidaran a Padishar, perderían la oportunidad de capturarnos a todos los demás. Y nos quieren a todos, Chandos. Quieren acabar con los nacidos libres. —Se volvió hacia Damson—. Terminarán utilizando a Padishar como utilizaron a Hirehone, pero no lo harán enseguida. Primero, saben que eso es lo que esperamos que hagan. Si Padishar vuelve, ¿qué es lo primero que nos preguntaremos? Si es realmente Padishar... u otro umbrío. Segundo, saben que descubrimos cómo revelar la verdadera identidad de Teel y que podríamos hacer lo mismo con Padishar. Y tercero y más importante, poseemos la magia y ellos la quieren. Rimmer Dall ha perseguido a Par Ohmsford desde el principio y debe de tener algo que ver con su magia. Lo mismo ha hecho con Walker Boh y conmigo. —Se echó hacia delante—. Intentarán utilizar a Padishar para atraernos porque saben que no nos arriesgaremos a rescatarlo sin traer con nosotros la magia, que no nos enfrentaremos a la de ellos sin conjurar la nuestra. Ellos quieren esa magia... pues anhelan toda clase de poder y esta es su oportunidad de obtenerlo.

—Entonces, ¿crees que es con umbríos con quienes vamos a luchar? —preguntó Chandos, frunciendo el entrecejo.

—Han sido los umbríos desde el principio —respondió Morgan con un asentimiento—. Teel, Hirehone, los Escaladores, Rimmer Dall, el Destripador, la niña con la que se encontró Par en la cresta de Toffer... allá adonde hemos ido, los umbríos nos estaban esperando. Controlan la Federación, así como el Consejo de Coalición; así tiene que ser. Por supuesto que tendremos que enfrentarnos a los umbríos.

—Explícanos tu plan —lo apremió Damson en voz baja.

—Se trata de volver a Tyrsis por los túneles, por el mismo camino por el que salió Damson —dijo Morgan, volviendo a recostarse cómodamente y cruzando los brazos—. Nos vestimos con uniformes de la Federación, como hizo Padishar en el Pozo. Entramos en la ciudad hasta la torre de defensa, las prisiones o dondequiera que tengan a Padishar. Nos infiltraremos a plena luz del día y lo liberaremos. Entraremos por un lado y saldremos por el otro, y lo haremos todo en unos pocos minutos.

Chandos y Damson se quedaron mirándolo.

—¿Eso es todo? ¿Ese es todo el plan? —preguntó Chandos.

—Un momento —lo interrumpió Damson—. ¿Cómo vamos a volver a la ciudad por los túneles? No recuerdo el camino.

—Tú no —accedió Morgan—. Pero el Topo sí. —Respiró profundamente—. Este plan depende en gran medida de él. Y de que tú lo convenzas de que nos ayude. —Hizo una pausa, escudriñando los ojos verdes de la joven—. Tendrás que volver a entrar en la ciudad y encontrarlo, y luego volver a recorrer los túneles para mostrarnos el camino. Necesitamos que averigües dónde tienen encerrado a Padishar para que podamos ir directos hasta él. El Topo conoce todos los pasadizos secretos, todos los túneles que hay debajo de la ciudad de Tyrsis. Encontrará un camino para nosotros. Es la única posibilidad que tenemos... hacer lo que esperan que hagamos, pero no de la manera que han previsto.

—No sé, montañés —dijo Chandos, negando con la cabeza—. Conocen a Damson y la estarán buscando.

—Pero el Topo solo confía en ella —repuso Morgan, sacudiendo la cabeza—. Ella tiene que ir delante. Yo iré con ella. —La miró—. ¿Qué dices tú, Damson Rhee?

—Creo que puedo hacerlo —dijo en voz baja—. Y que el Topo nos ayudará... si no lo han cogido aún. —Frunció el ceño, llena de dudas—. Deben de estar buscándolo por los mismos túneles por los que pasamos.

—Él los conoce mejor que los soldados —replicó Morgan—. Llevan semanas intentando capturarlo y no lo han conseguido. Solo necesitamos unos días más. —Miró a la joven y luego al hombre corpulento—. No se nos va a presentar una oportunidad mejor. Tenemos que aprovecharla.

—¿Cuántos hombres vamos a necesitar? —preguntó Chandos con un gesto dubitativo.

—Dos docenas, no más.

—¡Dos docenas! —exclamó Chandos, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Hay cinco mil soldados de la Federación acuartelados en Tyrsis y quién sabe cuántos umbríos, montañés. ¡Dos docenas de hombres no podrán hacer nada!

—Más que doscientos... o dos mil, si pudiéramos reunir a tantos, que no es el caso, ¿no? —El hombre corpulento apretó la mandíbula, poniéndose a la defensiva—. Chandos, cuantos menos hombres seamos, más posibilidades tendremos de escondernos. Buscarán algo más grande; eso es lo que esperan. Pero ¿dos docenas de hombres? Podremos caer sobre ellos antes de que se

den cuenta de quiénes somos. Podremos ocultar a dos docenas entre cinco mil mucho más fácilmente que a doscientos. Dos docenas es todo lo que necesitamos si conseguimos acercarnos lo suficiente.

—Tiene razón —intervino Damson de pronto—. Muchos hombres harían ruido por los túneles y no tendrían dónde esconderse en la ciudad. En cambio, podemos meter con sigilo a dos docenas y ocultarlos hasta el momento del asalto. —Miró a Morgan a los ojos—. Lo que no sé es si dos docenas bastarán para liberar a Padishar cuando llegue el momento.

—¿Por los umbríos? —inquirió Morgan, manteniendo la mirada.

—Exacto. Esta vez no tenemos a Par para ahuyentarlos.

—No —admitió Morgan—, pero me tenéis a mí en su lugar. —Levantó la mano por encima del hombro y desenvainó la espada de Leah; la sostuvo ante sí y la clavó en el suelo con un gesto teatral. Y allí se quedó, oscilando ligeramente, con su pulida superficie lisa y plateada reflejando los destellos de la luz de las estrellas—. Y yo la tengo a ella —concluyó, señalando a la espada y mirándolos.

—Tu talismán —dijo Chandos, sorprendido—. Creía que estaba rota.

—Se arregló en cuanto me dirigí al norte —repuso Morgan en voz baja. El rostro de Aurora apareció en su mente para a continuación desvanecerse—. He recuperado la magia. Bastará para contener a los umbríos.

Damson los miró a uno y otro, confundida. Puede que Par no le hubiera hablado de la espada de Leah. Tal vez no hubiera tenido tiempo mientras luchaban por escapar de Tyrsis y reunirse con los nacidos libres. Y nadie conocía a Aurora, salvo Walker Boh.

Morgan no tenía ningún interés en hablar de eso y no lo intentó.

—¿Puedes reunir a los hombres? —le preguntó a Chandos.

—Sí puedo, joven montañés —respondió el proscrito, clavando en él sus ojos negros—. Y reuniría veinte veces más hombres por Padishar Cesta. —Hizo una pausa—. Pero les estás pidiendo que confíen ciegamente en ti.

Morgan arrancó la espada del suelo y la envainó. A lo lejos, bordeando el risco, algunos proscritos patrullaban en la oscuridad. Detrás, junto a los árboles, ardían tenuemente unas hogueras, y el ruido metálico de los utensilios de cocina se oía cada vez más débil a medida que terminaban de cenar y se retiraban a descansar. Se encendieron pipas, puntos de luz sobre un fondo negro, como luciérnagas revoloteando al resguardo de los árboles. Las voces eran bajas y serenas.

—Si hubiera otra opción mejor, Chandos, la aceptaría de buen grado —dijo Morgan, mirando al proscrito y sosteniendo su oscura mirada—. ¿Qué

dices, sí o no?

—¿Qué dices tú? —preguntó Chandos a Damson, volviéndose hacia ella, y su pendiente de oro desprendió un destello cuando giró la cabeza.

La joven se echó hacia atrás el pelo, con una expresión de determinación y los ojos brillantes de cólera y esperanza.

—Digo que tenemos que intentar algo o Padishar está perdido. —Su rostro se puso tenso—. Si fuéramos nosotros en vez de él, ¿no crees que iría?

—En tu caso ya lo hizo, ¿no? —respondió Chandos, frotándose los restos de la oreja llena de cicatrices—. Somos unos completos imbéciles —murmuró sin dirigirse a nadie en particular—. Todos y cada uno de nosotros. —Volvió a mirar a Morgan—. Está bien, montañés. Dos docenas de hombres, incluido yo. Los elegiré esta noche. —Se levantó con brusquedad—. Querrás partir enseguida, espero. A primera hora o en cuanto hayamos reunido las provisiones para el viaje. —Miró a Morgan con sorna—. ¿O pretendes que nos alimentemos del aire, montañés?

Morgan y Damson se levantaron al mismo tiempo.

—Gracias, Chandos —dijo Morgan, tendiéndole la mano.

—¿Por qué? ¿Por aceptar el plan de un loco? —inquirió el hombre corpulento, echándose a reír y estrechando la mano de Morgan—. ¿Sabes? Si esto funciona, seré yo quien te dé las gracias mil veces.

Hablando entre dientes, se dirigió a las hogueras, llevando consigo su plato vacío y con la cabeza hundida en su fornido pecho. Morgan vio cómo se alejaba y pensó durante un breve instante en lo que había vivido y en los lugares y compañeros que había dejado atrás. Los recuerdos lo inundaron de pesar por lo que podría haber sido e hicieron que se sintiera vacío y solo.

Sintió el hombro de Damson rozándole el brazo y se volvió hacia ella. Sus ojos esmeralda estaban pensativos.

—Puede que tenga razón —dijo la muchacha en voz baja—. Puede que seas un loco.

—Me has apoyado —respondió él con un gesto de indiferencia.

—Quiero liberar a Padishar. Y tú eres el único que tiene un plan. —Arqueó una ceja—. Dime la verdad... ¿hay algo de este plan que no nos hayas contado?

—No mucho —respondió Morgan, esbozando una sonrisa—. Confío en ser capaz de improvisar sobre la marcha.

Ella no dijo nada; se limitó a estudiarlo un instante y luego le cogió del brazo y lo condujo de vuelta por el borde del risco. Caminaron en silencio largo rato, yendo del borde del bosque al acantilado una y otra vez, respirando

la fragancia de las flores silvestres y de la hierba que traía el viento procedente de los picos del otro lado. El aire era cálido y relajante. Levantó la cara hacia él y le entraron deseos de cerrar los ojos y dejarse llevar por el muchacho.

—Háblame de tu espada —dijo de pronto en voz muy baja. Él la miró fijamente, pero enseguida desvió la mirada—. Dime cómo se arregló... y por qué te duele tanto, Morgan. Porque te duele en cierto sentido, ¿verdad? Puedo verlo en tu mirada. Cuéntamelo, quiero saberlo.

Él la creyó, y de pronto se dio cuenta de que necesitaba hablar de ello. Se dejó llevar hasta una roca de superficie lisa y, sentado junto a ella en la oscuridad, los dos de cara al acantilado, empezó a hablar.

—Había una chica llamada Aurora —dijo pronunciando las palabras con voz grave y tensa. Hizo una pausa y respiró profundamente—. La quería mucho.

Confió en que ella no viera las lágrimas que acudieron a sus ojos.

Pasó la noche al borde del bosque envuelto en una manta, con el cuerpo pegado a las raíces de un viejo olmo y la cabeza apoyada en su capa de viaje enrollada. La cama improvisada resultó poco satisfactoria y se despertó con el cuerpo entumecido y dolorido. Al sacudir las hojas y el polvo de la capa, se dio cuenta de que no había visto a Matty Roh desde la noche anterior, que en realidad no la había visto desde la cena; claro que había estado muy ocupado con su plan para rescatar a Padishar, su gran y maravilloso plan que, pensándolo bien a la tenue luz del amanecer, parecía bastante improvisado y decididamente insensato. Lo que la noche anterior le había parecido tan bien, esa mañana se le antojaba una locura.

Pero ya se había comprometido. Chandos habría empezado los preparativos para el viaje de vuelta a Tyrsis. No iba a ganar nada dudando ahora.

Se estiró y se dirigió al pequeño arroyo que brotaba de las rocas que tenía a su espalda, adentrándose de nuevo en el bosque. El agua fría le ayudaría a despejarse y a ahuyentar el sueño de sus ojos. Había hablado con Damson Rhee hasta mucho después de la medianoche. Se lo había contado todo sobre Aurora y el viaje al norte, a Eldwist. Ella le había escuchado en silencio y, de alguna manera, eso los había unido. Descubrió que le gustaba, que confiaba en ella. Sus sospechas se habían desvanecido. Empezaba a comprender por qué Par Ohmsford y Padishar Cesta habían ido a rescatarla cuando la Federación la hizo prisionera, y se dijo que él habría hecho lo mismo.

Sin embargo, ella no se lo había contado todo sobre su relación con el joven del valle y el jefe de los proscritos. No tuvo reparos en admitir que estaba enamorada de Par, pero había algo más, algo que era anterior a sus sentimientos por el joven del valle y que era la clave de su implicación en la misión para recuperar la espada de Shannara. Morgan no estaba seguro de qué era, pero estaba allí, en el fondo de su historia, en cómo hablaba de Par y Padishar, en su firme convicción de que debía ayudarlos. Una o dos veces, Morgan había estado a punto de descubrir lo que ocultaba, pero en cada ocasión la verdad se le había escapado.

En cualquier caso, se sentía mejor después de haber hablado con alguien de Aurora, de haber liberado parte de los sentimientos que había mantenido ocultos desde su regreso. Había dormido plácidamente junto a ese viejo árbol tras dejar salir un poco del dolor que lo había atormentado durante tantas semanas.

Oyó el ruido del arroyo un poco más adelante, un leve murmullo en el silencio. Cruzó un claro y se abrió paso entre los matorrales hasta encontrarse de frente con Matty Roh.

Estaba sentada ante él en el borde del arroyo, con los pantalones enrollados y los pies desnudos y metidos en el agua. En cuanto apareció, la muchacha se dio la vuelta y cogió las botas. Los pies salieron del agua en un destello de piel blanca y desaparecieron casi inmediatamente en la sombra de su cuerpo. Pero, por un instante, él los vio con toda claridad, cubiertos de terribles cicatrices y con algunos dedos de menos o tan deformes que casi no se reconocían. El pelo negro tembló con la rapidez de sus movimientos cuando le dio la espalda.

—No me mires —dijo con voz áspera.

—Lo siento —se disculpó Morgan, dándose la vuelta—. No sabía que estabas aquí.

Tras un instante de vacilación, empezó a alejarse siguiendo el arroyo en dirección a las rocas, incapaz de apartar de su mente la imagen de aquellos pies.

—No tienes por qué irte —dijo la muchacha a sus espaldas, y Morgan se detuvo—. Solo necesito un minuto.

Él esperó, mirando en dirección a los árboles, oyendo voces de vez en cuando al otro lado: una carcajada allí, un murmullo allá.

—Ya está —dijo Matty, y él se giró de nuevo.

Estaba de pie junto al arroyo con los pantalones bajados y las botas puestas.

—Siento haberte hablado de ese modo.

—No era mi intención darte un susto —respondió Morgan, encogiéndose de hombros y acercándose a la muchacha—. Todavía estoy un poco dormido, supongo.

—No ha sido culpa tuya —contestó la muchacha, que parecía también incómoda.

Morgan se arrodilló junto al arroyo, se lavó la cara y las manos con jabón y se las secó con un trapo suave. No le habría venido mal darse un baño, pero no había tiempo que perder. Era consciente de que la joven lo observaba, una sombra silenciosa a su lado.

Cuando terminó, se giró, inspirando el aire de la mañana. Advirtió el olor de las flores silvestres y de la hierba.

—Vas a ir a Tyrsis a rescatar a Padishar —dijo la muchacha de pronto—. Quiero ir contigo.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Morgan, sorprendido.

—Haciendo lo que me han enseñado a hacer: mantener los ojos y los oídos abiertos —respondió Matty Roh, encogiéndose de hombros—. ¿Puedo ir?

Morgan se levantó y la miró de frente. Tenía los ojos a la misma altura que los suyos y se sorprendió de lo alta que era.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Porque estoy cansada de esperar, de no hacer otra cosa que escuchar las conversaciones de los demás. —Su mirada reflejaba una firme resolución—. ¿Recuerdas nuestra conversación cuando veníamos hacia aquí? ¿Recuerdas que te dije que esperaba que sucediera algo? Bueno, pues ha sucedido. Quiero ir contigo.

Él no estaba seguro de haber comprendido y, en cualquier caso, no sabía qué decir. Ya era bastante malo que Damson Rhee tuviera que ir con ellos. ¿Y ahora Matty Roh? ¿En un viaje tan peligroso como sin duda iba a ser ese?

—Me niego a creer que seas tan estúpido como para preocuparte por mí —dijo la muchacha sin rodeos, retrocediendo un paso y estudiándolo con la mirada—. El caso es que sé cuidar de mí misma mucho mejor de lo que lo harías tú. Llevo haciéndolo durante mucho más tiempo. Tal vez debas recordar cómo fueron las cosas en el Whistledown cuando intentaste cogerme.

—¡Eso no cuenta! —replicó Morgan, a la defensiva—. No estaba preparado...

—No lo estabas —lo interrumpió la joven—. Y eso es lo que nos diferencia, montañés. Tú no estás entrenado para estar preparado y yo sí. —Se

acercó a él de nuevo—. Y te diré otra cosa. Manejo la espada mejor que cualquiera de la banda de Padishar Cesta... y tal vez tan bien como él. Si no me crees, pregúntaselo a Chandos.

Morgan se fijó en sus penetrantes ojos color cobalto, en la fina línea de sus labios, en sus esbeltos hombros, cuadrados y firmes, echados hacia delante en actitud combativa, desafiante.

—Te creo —dijo el joven de las Tierras Altas, y lo decía en serio.

—Además, me necesitas para que funcione tu plan —añadió ella, sin modificar un ápice su actitud.

—¿Cómo sabes...?

—No eres tú quien debería ir a Tyrsis con Damson —lo interrumpió ella, haciendo caso omiso a su pregunta inacabada—, sino yo.

—¿... el plan? —terminó él, y su voz se fue apagando. Puso los brazos en jarra, frustrado—. ¿Por qué tú?

—Porque en mí no se fijarán y en ti sí. Destacas demasiado, montañés. ¡Tienes todo el aspecto de ser lo que eres! Por otra parte, los de la Federación conocen tu cara y la mía no. Y si algo no saliera bien, no sabrías moverte por Tyrsis, y yo sí. He estado allí muchas veces. Y lo más importante: no buscarán a dos mujeres. Pasaremos por delante de ellos sin que nos miren dos veces. —Le hizo frente de nuevo—. Dime que me equivoco —insistió, desafiante.

—Supongo que no puedo —respondió Morgan, esbozando una sonrisa. Desvió su mirada hacia los árboles, esperando encontrar allí la respuesta que la joven le pedía, pero no fue así. Volvió a mirarla—. ¿Por qué no le preguntas a Chandos? Él es quien está al mando, no yo.

—No lo creo —respondió la joven, sin modificar su expresión—. Al menos, no en este caso. —Hizo una pausa, esperando una respuesta—. ¿Y bien? ¿Puedo ir?

Morgan dejó escapar un suspiro, sintiéndose repentinamente cansado. Puede que tuviera razón. Puede que fuera una buena idea llevarla consigo. Sus argumentos eran convincentes. Además, ¿no acababa de reconocer que el plan cojeaba? Tal vez Matty Roh era la pieza que faltaba.

—De acuerdo —accedió—. Puedes venir.

—Gracias. —La joven se dio media vuelta y se dirigió al campamento, con la capa sobre un hombro.

—¡Pero Chandos tiene que estar de acuerdo! —gritó a su espalda, todavía buscando una salida.

—¡Lo está! —respondió a gritos la joven—. Me dijo que te lo preguntara —concluyó Matty Roh, dedicándole una breve sonrisa por encima del hombro mientras desaparecía entre los árboles.

Chandos se mostró tenso y retraído durante el desayuno, y Morgan lo dejó en paz y se sentó junto a Damson Rhee. La larga mesa que ocupaban estaba atestada de hombres bulliciosos, por lo que el joven de las Tierras Altas y la muchacha no intercambiaron muchas palabras, concentrados en la comida y en la conversación que los rodeaba. Matty Roh apareció brevemente y pasó junto a Morgan sin mirarlo, en dirección a otro sitio. Se detuvo el tiempo justo para decirle algo a Chandos que le hizo fruncir el entrecejo. Morgan no oyó el qué, pero le fue fácil imaginar de qué se trataba.

Cuando terminó el desayuno, Chandos se puso de pie, ordenó a gritos a todos los que seguían sentados que se pusieran a trabajar e hizo un aparte con Damson y Morgan. Los llevó fuera del bosque, hasta el risco una vez más, y esperó a que no pudiera oírles nadie para hablar. Con expresión ceñuda, les informó de que durante la noche había llegado a través de la red de los nacidos libres la noticia de que los elfos habían vuelto a la Tierra del Oeste. Era una noticia de hacía pocos días y no era del todo fiable, y quería saber qué pensaban Morgan y la joven.

—Creo que es posible —dijo Morgan enseguida—. Uno de los encargos de los Ohmsford era que los elfos regresaran a la Tierra del Oeste.

—Si ha regresado Paranor, también pueden haber vuelto los elfos —admitió Damson.

—Y eso significaría que todas las misiones se han llevado a cabo con éxito —añadió Morgan, cada vez más excitado—. Chandos, tenemos que averiguar si es verdad.

—Supongo que querrás otra expedición... ¡cómo si no bastara con una! —respondió el hombre corpulento, frunciendo el entrecejo y soltando un suspiro—. Está bien, enviaré a alguien para que lo verifique, un mensajero que les haga saber que tienen amigos en Callahorn. Si están allí, los encontraremos.

Añadió que había elegido a los hombres para el viaje a Tyrasis y que, mientras hablaban, estaban reuniendo las provisiones y las armas. Todo estaría listo a media mañana y, tan pronto como estuvieran preparados, partirían.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Morgan le preguntó impulsivamente:

—Chandos, ¿qué opinas de Matty Roh?

—¿Qué opino? —Chandos soltó una carcajada—. Opino que siempre consigue lo que se propone. Y también opino que más vale que te andes con cuidado con ella, montañés —concluyó mientras se alejaba.

Siguió andando hasta desaparecer entre los árboles, gritando órdenes a su paso.

—¿A qué venía eso? —preguntó Damson.

Morgan le contó su encuentro con Matty en Varfleet y su viaje hasta la Cuenca de los Aros de Fuego. Le explicó la insistencia de la joven en ser parte del grupo que rescataría a Padishar. Le preguntó a Damson si sabía algo de Matty Roh, pero no sabía nada. Nunca había oído hablar de ella.

—Pero Matty tiene razón al decir que dos mujeres llamarían menos la atención —afirmó—. Si ha sido capaz de convencerlos de que debe hacer este viaje, diría que será mejor que los dos os andéis con cuidado.

Morgan se fue a preparar lo que iba a necesitar para el viaje hacia el sur, se ciñó las armas y volvió al risco. Al cabo de una hora, la compañía que había elegido Chandos estaba reunida y lista para partir. Era un grupo de hombres duros y competentes, y algunos de ellos habían luchado junto a Padishar contra los Escaladores en el Saliente. Varios reconocieron a Morgan y lo saludaron amistosamente con un gesto. Tras enviar a un hombre en avanzadilla para que reconociera el terreno, Chandos se puso al frente del grupo junto a Morgan, Damson y Matty Roh y dejó la Cuenca de los Aros de Fuego en dirección a los llanos que se extendían al otro lado.

Caminaron durante todo el día; primero descendieron de los Dientes del Dragón hasta el río Rabb y luego se dirigieron al sur para cruzar la corriente y seguir hacia Varfleet. Avanzaban deprisa y sin detenerse, en medio del calor y bajo un cielo claro y despejado. El brillo del sol era implacable y hacía que el aire por encima de las polvorientas praderas brillara como el agua. Hicieron un alto a mediodía para comer y otro a media tarde, y al anochecer habían llegado a los llanos que conducían al Valle de Esquisto. Tras dejar a unos cuantos hombres de guardia, cenaron y después se retiraron a descansar. Morgan había caminado al lado de Damson durante el día y se acostó cerca de ella por la noche. Aunque probablemente no necesitaba ni quería nada, él había adoptado una actitud protectora, diciéndose que, si no podía hacer nada por Par o Coll en ese momento, al menos podía cuidar de ella.

Matty Roh había permanecido callada la mayor parte del día: había caminado lejos de todos, había comido sola cuando se detenían a descansar, había preferido mantenerse apartada. Nadie pareció sorprenderse de que los acompañara; nadie pareció cuestionar su presencia en el grupo. Morgan pensó

en hablar con ella varias veces, pero al ver la expresión de su cara y la deliberada distancia que había creado entre ella y los demás, cambió de opinión.

A medianoche, agitado por los sueños y por la expectativa de lo que les aguardaba, se despertó y salió del grupo de árboles bajo los cuales se habían cobijado para contemplar el cielo y los llanos a lo lejos. Matty Roh apareció de pronto junto a él. Silenciosa como un fantasma, se quedó de pie a su lado como si llevara todo el camino esperando a que llegara ese momento. Juntos contemplaron el cauce vacío del Rabb, estudiaron el contorno de la tierra a la pálida luz de las estrellas y respiraron el calor bochornoso del día, que todavía perduraba en la noche cada vez más fresca.

—La tierra donde nací se parecía a esta —dijo la muchacha al cabo de un rato con una voz distante—. Praderas llanas y yermas. Poca agua y mucho calor. Estaciones que podían ser duras y hermosas al mismo tiempo. —Sacudió la cabeza—. No como las Tierras Altas, supongo.

Morgan no dijo nada y se limitó a hacer un gesto de asentimiento. Una ráfaga de viento agitó el pelo negro de la joven. En algún lugar lejano aulló un lobo, y su alarido se perdió sin respuesta en el silencio.

—No sabes qué pensar de mí, ¿verdad?

—Supongo que no —respondió él, encogiéndose de hombros—. Eres una persona un poco confusa.

La sonrisa que esbozó Matty en respuesta apareció y desapareció en un instante. Los delicados rasgos de su rostro quedaban en la sombra, lo que le daba una expresión sombría a la tenue luz. Parecía darle vueltas a algo.

—Cuando tenía cinco años —dijo al cabo de un rato—, justo antes de cumplir seis, no mucho después de que muriera mi hermana, estaba jugando con mi hermano mayor en un campo cerca de la casa. Era una zona de pastoreo y la habían dejado sin cultivar ese año. En él había vacas pastando. Recuerdo que vi a una de las vacas tumbada de costado en un hoyo. Tenía un aspecto extraño y me acerqué a ver qué le pasaba. La vaca me miró con los ojos muy abiertos y fijos, muy asustada. Parecía incapaz de emitir un mugido. Se estaba muriendo, con medio cuerpo fuera de una especie de pozo negro que yo no había visto nunca. Aquello la estaba devorando.

»No sé por qué, pero quise verlo más de cerca —prosiguió, cruzando los brazos sobre el pecho, como si tuviera frío—. Me acerqué sin titubear y no me detuve hasta que estuve a unos metros de distancia. Debería de haber llamado a mi hermano, pero era pequeña y no se me ocurrió. Miré a la vaca, preguntándome qué le habría ocurrido. Y de pronto sentí un ardor en la planta

de los pies. Bajé la vista y vi que estaba de pie en el mismo barro en que la vaca había caído. El barro tenía vetas verdes y borboteaba, y me había destrozado los zapatos. Me di la vuelta y eché a correr, llorando y pidiendo ayuda. Corrí con todas mis fuerzas, pero el dolor era más rápido. Me recorrió los pies enteros. Recuerdo que bajé la vista y vi que me faltaban algunos dedos.

»Mi madre me lavó lo mejor que pudo, pero era demasiado tarde — continuó, estremeciéndose por el recuerdo—. La mitad de los dedos se me habían caído y tenía los pies llenos de cicatrices y quemaduras, como si les hubieran prendido fuego. Me subió la fiebre y estuve en cama dos semanas. Pensé que iba a morir, pero no fue así; conseguí sobrevivir. Ellos murieron en mi lugar. Todos.

»Pensaba que después de lo de esta mañana debías saberlo —prosiguió, esbozando una amarga e irónica sonrisa—. No me gusta que la gente vea lo que me ocurrió. —Lo miró brevemente y luego se giró de nuevo—. Pero quería que lo comprendieras.

Permaneció con él un rato más; después le deseó buenas noches y desapareció entre los árboles. Morgan se quedó mirando largo rato el lugar por el que había desaparecido, pensando en lo que le había contado. Luego regresó al campamento y se envolvió en la manta, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar en Matty Roh.

Al amanecer reemprendieron la marcha como sombras a la tenue luz gris que salía por el este. Era un día nublado y hacia mediodía empezó a llover. El grupo avanzaba con dificultad por la colina boscosa situada al norte de Varfleet y el río Mermidón, siguiendo los Dientes del Dragón hacia el oeste. El rastreador regresó dos veces para comunicarles que se acercaban patrullas de la Federación y se vieron obligados a ocultarse hasta que pasaron. La tierra estaba gris y brillaba bajo la lluvia, y no se cruzaron con nadie. Morgan caminaba al lado de Matty Roh y no se separó de su lado durante todo el día. La muchacha no trató de desalentarlo ni se alejó de él. Hablaba poco, pero parecía sentirse cómoda en su presencia. Cuando hicieron un alto para almorzar, compartió con él la poca fruta que llevaba.

Al anoecer ya habían cruzado el río Mermidón y Tyrsis apareció ante sus ojos. Desde las llanuras, observaron la ciudad que brillaba en lo alto del acantilado. No había dejado de llover y la tierra polvorienta se convirtió en barro. Damson y Matty Roh no intentarían entrar en la ciudad hasta la mañana siguiente para poder mezclarse con los comerciantes que solían llegar durante el día desde los pueblos de los alrededores. Chandos envió al rastreador para

ver si podía enterarse de algo útil con los viajeros que entraban en la ciudad. El resto del grupo se ocultó en un bosquecillo de viejos arces y descubrieron con disgusto que los trozos secos de suelo eran escasos y estaban lejos entre sí.

Era casi medianoche cuando regresó el rastreador. Morgan seguía despierto, sentado con Chandos y Matty Roh mientras escuchaba a Damson describir los túneles subterráneos de Tyrsis y las prisiones de la Federación. El rastreador se inclinó y le susurró algo a Chandos al oído. Este se puso lívido. Lo despidió y se giró hacia el joven de las Tierras Altas y las muchachas.

La Federación había anunciado su intención de ejecutar a Padishar Cesta. La ejecución sería pública y tendría lugar al mediodía del día siguiente.

Chandos se levantó y se alejó, haciendo un gesto de impotencia. Morgan permaneció sentado con Damson y Matty Roh en un silencio atónito. Se había equivocado en sus suposiciones. La Federación había decidido deshacerse de Padishar de una vez por todas. Al jefe de los proscritos le quedaban menos de dos días de vida.

Los ojos de Morgan se encontraron con los de Damson y luego con los de Matty. Todos pensaban lo mismo. Fuera cual fuese el plan, tenía que funcionar a la primera.

El viento soplaba en la cara de Wren Elesedil y la refrescaba en medio del calor del mediodía. Le agitaba los mechones de pelo corto y susurraba en su oído, ahogando los demás ruidos. Soplaba con una cadencia que arrullaba y sosegaba a pesar de su ímpetu, que envolvía como una abrigada capa en una noche fría. Esbozando una sonrisa, cerró los ojos y se entregó a su abrazo.

Wren estaba sentada a horcajadas sobre Espíritu, el roc gigante, y sobrevolaba los bosques de la Tierra del Oeste al sur y al este de Arborlon, acercándose al río Mermidón por donde este cruzaba el vasto pantano llamado la Mortaja y se adentraba en las llanuras de Tirfing. Tigre Ty iba sentado delante de ella, también a horcajadas sobre Espíritu, donde el cuello se unía a los hombros, justo delante de las grandes alas. Tanto el jinete alado como la reina elfa estaban firmemente sujetos al ave para no caer. El cielo estaba despejado y la luz del sol bañaba en oro derretido todo el horizonte. Abajo, donde la tierra se extendía en un mosaico verde y marrón, hacía calor y humedad en los largos y perezosos días de finales de verano y todo parecía inmóvil. Pero allí, muy por encima del calor, donde soplaba sin cesar un viento helado, Wren volaba libre en el espacio y el tiempo, inundada por la sensación de huida que el vuelo siempre le suscitaba.

Abrió los ojos y esbozó una amarga sonrisa. Pensó que había pasado tiempo más que suficiente buscando la libertad de una forma u otra como para no reconocer la sensación.

Hacía diez días que había regresado a las Cuatro Tierras. La pesadilla de Morrowindl había quedado atrás y empezaba a perderse en los recovecos de su memoria. Seguían atormentándola en sueños los monstruos que habían perseguido al pequeño grupo por las laderas de las abruptas montañas del Killeshan hacia las playas, los rostros de los que habían muerto en el intento,

el miedo y la angustia que había sentido, la terrible sensación de pérdida que creía que nunca la abandonaría. Seguía despertándose de esos sueños temblorosa y fría a pesar del calor del verano, y se levantaba de la cama para pasear sola por los pasillos del palacio como un espectro. Incluso ahora que había regresado al océano tras esa terrible conflagración, Morrowindl le susurraba desde el pasado, desde su sepultura acuática, y su voz no dejaba de recordarle cómo había llegado a donde estaba y a qué precio.

Pero no había tiempo para pensar en lo que había sido, porque las exigencias del presente lo eclipsaban todo. Era la reina de los elfos y se le había confiado la seguridad y bienestar de su pueblo. Esa era la misión que Ellenroh le había encomendado y que ella había aceptado. Pero no todos los que estaban bajo su tutela confiaban en ella. No era fácil convencer a los elfos de que era la persona indicada para guiarlos. Tras la primera oleada de euforia por haber escapado de Morrowindl y regresado a la Tierra del Oeste, empezaron a hacerse preguntas. ¿Quién era esa joven que se había proclamado reina... esa joven que ni siquiera era una elfa de pura sangre, sino un cruce de elfo y hombre? ¿Quién había decidido que ella debía conducirlos, gobernarlos y tomar decisiones que afectarían sus vidas? Se decía que era la nieta de Ellenroh, la hija de Alleyne, una descendiente de los Elesedil y la última que quedaba de la estirpe para gobernar. Pero también era una forastera, salida de la nada, desconocida y que no había sido puesta a prueba. ¿Quién era ella para ser reina?

Eton Shart y Barsimmon Oridio se encontraban entre los que seguían dudando: su primer ministro y el general de sus ejércitos, hombres que ella no podía permitirse perder. No se lo decían a la cara ni en público, pero su actitud distante era evidente. Habían servido durante mucho tiempo a Ellenroh con lealtad y no habían esperado perderla. Peor aún, no habían esperado encontrar a alguien a quien apenas conocían ocupando su lugar. Sin duda una forastera y, para colmo, apenas una niña. Wren comprendía su reticencia; también comprendía que debía encontrar una solución.

Los únicos que la apoyaban eran Triss y la Guardia Real. Triss había huido con ella de Morrowindl, la había visto luchar con el poder de las piedras élficas contra los demonios que los perseguían y enfrentarse a la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros. Él la aceptaba como reina porque había estado presente cuando Ellenroh la había nombrado y le había exigido su juramento de lealtad. Triss la había declarado reina ante el Consejo Supremo, el ejército y, sobre todo, la Guardia Real, a la que encomendó su protección. Dicha guardia, a diferencia de otros organismos del

gobierno elfo, la había aceptado al instante y sin reservas. Después de perder a Ellenroh, estaban ahora totalmente entregados a su causa. Nada malo podía ocurrirle a su reina, lo habían prometido. Esa reina contaría con su protección. Esa era la clase de apoyo que ella necesitaba desesperadamente, y Triss, como capitán de la Guardia Real, se aseguró de que así fuera.

Sin embargo, el apoyo de la Guardia Real no sería suficiente a la larga. Necesitaba ganarse al Consejo Supremo y al ejército si quería que la aceptaran como reina. Eso significaba ganarse a Eton Shart y a Barsimmon Oridio, y no sabía cómo hacerlo. A pesar de los esfuerzos de Wren para convencerlos de las ventajas de aceptarla, ellos permanecían distantes e indiferentes, educados pero totalmente fríos. El tiempo se le acababa. Hacía diez días que los elfos habían vuelto a la Tierra del Oeste y a esas alturas la Federación y los umbríos ya lo sabrían. Durante más de un siglo, la Federación había afirmado que los elfos eran la causa de la enfermedad que se había extendido por la tierra, y allí estaba por fin la oportunidad de poner las cosas en orden. No importaba que se tratara de otros elfos distintos, pensó Wren; la Federación difícilmente iba a preocuparse por hacer alguna distinción entre los buenos y los malos. Los eliminarían a todos y listo.

De ahí que ella volara hacia el sur con Tigre Ty. El intento de eliminarlos ya había comenzado.

Tigre Ty tocó ligeramente el cuello de Espíritu; el roc reaccionó descendiendo hacia un risco frente al río. Aterrizó sin prisas, grácilmente, y en un momento estaban en una orilla cubierta de hierba junto a un bosque de árboles de amplias hojas. Wren se desató y bajó del ave, estirando los músculos entumecidos. Todavía no se había acostumbrado a montar a los gigantescos rocs, aunque ya lo había hecho varias veces desde su regreso. Los jinetes alados también habían empezado a regresar a la Tierra del Oeste y a instalarse de nuevo en la vieja Ala Desplegada, al sur de las montañas Irrybis. Wren había ido a hablar con ellos para pedirles su apoyo, para advertirles del peligro que todos corrían si no detenían a los umbríos. Tigre Ty, que era un miembro respetado de la comunidad, había hablado en su defensa, añadiendo su propia opinión del carácter de la joven. «Una joven con más coraje que doce de nosotros juntos», había dicho. «Una joven mordaz, pero astuta y con una mente rápida. Una joven que utiliza la magia, pero lo hace con precaución y respeto. Los elfos terrestres y los jinetes alados harían bien en apoyarla».

Wren esbozó una sonrisa al recordarlo. Los jinetes alados habían accedido a ayudarla. Casi treinta de ellos ya se habían instalado en Arborlon y se habían convertido en parte de su ejército personal.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Tigre Ty, acercándose a ella con su andar bamboleante, patizambo y larguirucho. Estaba tan canoso y moreno como siempre, pero había desaparecido su expresión ceñuda. Cuando hablaba con ella, había algo en su voz, algo que casi indicaba deferencia.

Wren asintió y se sentó delante de él en la hierba. Aceptó un trozo de queso, una manzana y una jarra de cerveza que le sirvió de un odre. Cruzó las piernas y se disponía a dar un bocado al queso cuando sintió un movimiento en el pecho. Una cara peluda asomó entre los pliegues de su túnica y apareció Fauno, olfateando con poca convicción el aire.

—¡Ja! Al jacarino no se le escapa nada, ¿eh? —bromeó Tigre Ty. Partió un trozo de queso y se lo dio a la pequeña criatura. Fauno lo cogió con cuidado, salió de la túnica de Wren y bajó a la hierba para comérselo.

—Le caes bien —dijo Wren.

—¡Lo que demuestra que tiene un gusto exquisito! —respondió Tigre Ty con un bufido.

Comieron en silencio y cuando terminaron se recostaron, satisfechos, contemplando desde el risco el otro lado del río, donde las llanuras de Tirfing se extendían en un ininterrumpido mar de hierba polvorienta.

—¿Cuánto falta? —preguntó Wren.

Tigre Ty se encogió de hombros.

—Otra hora como mucho —respondió—. Avanzaban muy deprisa cuando los vi.

El jinete alado, en uno de sus vuelos de reconocimiento, había visto a un ejército de la Federación, y eso había hecho salir a Wren de Arborlon a pesar de las protestas de Triss y de la Guardia Real. A Wren le pareció que debía echar un vistazo al enemigo antes de presentar su plan al Consejo Supremo y sus escépticos miembros.

Bebió el último sorbo de su jarra, apurando la cerveza. Si las cosas habían sido difíciles hasta ahora, tenía la impresión de que aún iban a ser mucho peor.

Volvieron a subir a lomos de Espíritu, se sujetaron bien los arreos y se elevaron hacia el deslumbrante cielo azul. Fauno iba dentro de la túnica de Wren, acurrucado cómodamente contra su cuerpo. Espíritu ganó altura y, a continuación, empezó a planear a lo largo del serpenteante río Mermidón, donde su curso rodeaba la Mortaja. Una vez allí, abandonaron el río y empezaron a sobrevolar las montañas Irrybis por donde estas bordeaban las llanuras de Tirfing hacia el este. El tiempo pasaba deprisa y, al cabo de lo que pareció un momento, Tigre Ty levantó el brazo y señaló hacia el sur.

Una enorme columna de polvo se elevaba en el sofocante calor estival sobre los llanos. El elfo se volvió hacia Wren y la joven reina respondió asintiendo con la cabeza.

El ejército de la Federación.

Continuaron hacia el sur, avanzando en paralelo al ejército y manteniéndose a la sombra de los acantilados. Tigre Ty dio media vuelta y sobrevoló el ejército con el sol a su espalda. De esta forma no los verían. Hasta ahora nadie sabía nada de los jinetes alados. Wren estaba decidida a que las cosas siguieran así.

Se dirigieron rápidamente hacia el sur y, cuando la columna de polvo quedó muy atrás, giraron hacia la izquierda a través de los llanos. Continuaron dando vueltas hasta que el sol quedó justo detrás de ellos, y entonces giraron de nuevo hacia la columna de polvo. Se elevaron más que antes, tratando de permanecer a contraluz por si alguien miraba al cielo.

Unos minutos más tarde apareció ante sus ojos el ejército de la Federación.

Una mancha enorme y oscura que se extendía sin control sobre las praderas secas por el sol: tres compañías de fondo, una columna tras otra de soldados y jinetes vestidos de negro y rojo, enormes máquinas bélicas de hierro y madera, máquinas de asedio, carros y provisiones. El ejército parecía extenderse hasta el infinito y el polvo que levantaba a su paso lo oscurecía todo a lo largo de varios kilómetros. A Wren se le cayó el alma a los pies al comprobar el gran número del ejército enemigo. Los elfos difícilmente podrían reunir una décima parte de los hombres que integraban el grueso del de la Federación, y parecía que otros cinco mil soldados estaban acuartelados en Tyrsis. Si se veían obligados más adelante a hacer frente a ese ejército, los elfos serían aniquilados.

Y ese era el objetivo, por supuesto, pensó Wren, desolada.

Contó cuidadosamente las hileras, columnas y compañías mientras Tigre Ty dirigía a Espíritu hacia las últimas filas del ejército, para a continuación alejarse con brusquedad en dirección sur una vez más, todavía a contraluz para protegerse. Abajo no hubo gritos ni brazos alzados. Al parecer no los habían visto.

Les llevó casi el resto del día regresar, y Wren empleó ese tiempo en reflexionar sobre lo que iba a decir esa noche ante el Consejo Supremo. Se sorprendió pensando en lo agradable que sería seguir volando hasta un lugar muy lejano, donde no pudiera encontrarla la Federación. Pero no existía ese lugar, por supuesto. Porque, aun en el caso de que la Federación no pudiera

alcanzarla, los umbríos sí podrían. Lo habían demostrado en Morrowindl. La enfermedad propagada por esos seres estaba en todas partes y nadie volvería a estar a salvo hasta que descubrieran el remedio.

Era casi de noche cuando volvió a aparecer ante sus ojos Arborlon, la ciudad natal de los elfos, con todas las tonalidades del bosque, los puntales metálicos y las manchas de colores vivos de la ropa en medio del verdor. Espíritu sobrevoló el arroyo Cantarín, con sus aguas azules convertidas en diamantes a la luz cada vez más tenue, y se posó delicadamente en los riscos cubiertos de hierba del Carolan. Wren apenas se había desatado y bajado de él cuando la Guardia Real, liderada por Triss, salió a su encuentro para comprobar que estaba a salvo. Ella hizo un ademán tranquilizador y los recibió esbozando una sonrisa.

—Ni una palabra de lo que hemos visto —susurró al oído de Tigre Ty—. Aún no.

—¿Hasta que te reúnas con el Consejo Supremo? —preguntó el jinete alado, clavando sus feroces ojos negros en los de la joven reina.

—Hasta entonces —respondió Wren, asintiendo con la cabeza.

—No les va a gustar lo que tienes que decirles... claro que eso no es nada nuevo. ¡Son tercos como mulas!

—Ya me conoces. Seguiré machacando —respondió Wren, esbozando una sonrisa breve y furtiva.

—¿Te reunirás con ellos esta noche? —preguntó Tigre Ty con una mueca.

—Seguramente dentro de una hora.

—¿Te importa que asista para ayudarte a machacar? No se me da mal.

—Gracias, Tigre Ty —respondió la joven reina, dirigiéndole una mirada llena de gratitud—. Los jinetes alados también deben estar representados. Desde luego que puedes asistir.

Se dio media vuelta mientras Triss y el resto de la Guardia Real se acercaban a ella, con una expresión de alivio reflejada en sus duros y curtidos rostros.

—¿Estás bien, mi señora? —preguntó Triss en voz baja, con el saludo de costumbre. Todavía tenía costras y cardenales de la batalla con el Wisteron en Morrowindl, y llevaba el brazo izquierdo entablillado y en cabestrillo. Pero en su rostro delgado volvía a haber fuerza y en sus ojos se reflejaban la confianza y la determinación. Había conseguido superar mejor que ella la experiencia de Morrowindl.

—Bien —respondió la reina, utilizando también su fórmula habitual—. Quiero que convoques a los miembros del Consejo Supremo, Triss. A todos,

dentro de una hora.

—Sí, señora —respondió él. Se giró y desapareció por el otro lado del risco.

Wren dirigió un breve ademán a Tigre Ty y, a continuación, empezó a andar detrás de Triss en dirección a los Jardines de la Vida y al palacio de los Elesedil. En las calles bordeadas de árboles de la ciudad se iban encendiendo las luces a medida que las sombras se volvían más profundas y el aire se llenaba del apetitoso olor a comida. Buscó dentro de su túnica a Fauno y se lo puso sobre el hombro mientras andaba. Respiró el aire del bosque, buscando más allá del olor a comida la fragancia de los árboles y la hierba. Del río llegó una brisa, fría y relajante en el calor agonizante del día.

La Guardia Real se desplegó a su alrededor. La acompañarían allá donde fuera, camuflados por completo en la oscuridad, protectores invisibles contra cualquier amenaza. Ella esbozó una sonrisa. Se preocupaban tanto por su seguridad cuando ella sabía cuidar de sí misma mucho mejor que ellos, estaba mejor entrenada y mejor equipada. Se creían necesarios y ella no hacía nada por desmentirlo. Pero siempre sabía dónde estaban, podía sentir su presencia allí afuera velando por ella, aun en la noche más cerrada. Había sido entrenada desde niña para percibir tales cosas. Había tenido el mejor profesor.

Garth. Los recuerdos la asaltaron y se obligó a rechazarlos. Garth ya no estaba.

Llegó a la entrada de los Jardines de la Vida. Al verla acercarse, la Guardia Negra, encargada de proteger a Ellcrys, el árbol de la Prohibición, se puso en posición de firmes. La siguieron con la mirada cuando pasó por su lado, pero ella no dio muestras de verlos. Entró en los jardines escuchando los chirridos de los insectos al despertarse en la oscuridad creciente, oliendo la fragancia de las flores y la hierba, más intensa allí, y el fuerte olor de la tierra negra. Subió la colina hasta donde estaba Ellcrys y se detuvo delante. Lo hacía cada noche, como si se tratara de un ritual. A veces se limitaba a permanecer allí de pie, contemplándolo y reflexionando. A veces alargaba la mano y tocaba el árbol, como para hacerle saber que estaba allí. Estas visitas parecían renovar sus fuerzas, infundirle una nueva determinación para seguir adelante con su vida. La relación que tenía con el árbol, con la mujer que había sido, con la fuerza del compromiso que narraba la historia de cómo había llegado a ese estado, le daba fuerzas. De carne y hueso a hojas y ramas, de mujer a árbol, de vida mortal a vida eterna.

En su hombro, Fauno se restregaba contra su cuello como para asegurarle que todo iba bien.

«Una cura para las Razas», se dijo, cambiando de tema, aunque no de estado de ánimo, y pensó de nuevo en el ejército que se aproximaba, en la amenaza de los umbríos a la que debía poner fin como fuera. Para conseguirlo no bastaban los elfos, lo sabía. Allanon se lo había dicho a los Ohmsford cuando los había enviado por separado para que llevaran a cabo sus misiones: Par tenía que encontrar la espada de Shannara; Walker Boh, a los druidas y Paranor; Wren, a los elfos. ¿Habrían triunfado Par y Walker como lo había hecho ella? ¿Se habrían cumplido ya todos los objetivos? Sabía que tenía que averiguarlo. Tenía que ponerse como fuera en contacto con los que se habían reunido en el Cuerno del Hades. Por un lado, debía averiguar qué había sido de ellos, y por otro, informarles de lo que le había ocurrido a ella. Debía revelarles la verdad acerca de los umbríos: que eran elfos que habían recuperado la vieja magia de las hadas y se habían corrompido hacía unos quinientos años, como también lo habían sido el Señor de los Brujos y los Portadores de la Calavera. Cómo habían recuperado esa magia y cómo esta les daba poder seguía siendo un misterio. Pero esa información debían conocerla los otros. Lo presentaría. Hasta que no lo hiciera, el remedio de la enfermedad de los umbríos estaría fuera de su alcance.

¿Qué podían hacer? Algunos elfos ya habían salido de Arborlon hacia los remotos confines de la Tierra del Oeste para levantar nuevos asentamientos. Los granjeros habían empezado a asentarse en el Sarandanon, el fértil valle que durante siglos había sido el granero de la nación elfa. Los tramperos y cazadores habían empezado a desplazarse hacia la Línea Quebrada al norte y hacia las Espuelas de Piedra al sur. Los artesanos estaban impacientes por abrir nuevos mercados para sus productos. En todas partes se alzaban voces reclamando viejas haciendas y ciudades. Y lo más importante, los sanadores y sus acólitos estaban recorriendo la Tierra del Oeste en busca de los lugares en que la enfermedad era peor, en un intento de poner freno a su expansión, continuando una tradición élfica que se remontaba al comienzo de los tiempos. Porque los elfos siempre habían sido sanadores, gente que creía formar una unidad con la tierra en la que habían nacido, que defendía la teoría de que había que devolver algo al mundo que los sustentaba. Si los sanadores gnomos de Storlock cuidaban a la gente que habitaba la tierra, los sanadores elfos se preocupaban, en cambio, de la tierra que alimentaba a la gente.

Pero ellos, igual que los granjeros, tramperos, cazadores, comerciantes y demás, estaban en peligro en la Tierra del Oeste, a menos que el ejército elfo los protegiera contra la amenaza extranjera. Si la reina de los elfos no

descubría cómo mantener a raya a la Federación el tiempo suficiente para poner fin a los umbríos...

Dejó aquel pensamiento inacabado y se apartó de Ellcrys, disgustada. Necesitaba tantas cosas... y por mucho que lo intentara no podía conseguirlas ella sola.

El cielo estaba vetado de escarlata por encima de los árboles que crecían al oeste, una mancha de un color vivo que parecía sangre sobre el montañoso horizonte. O al menos esa era la imagen que acudió a la mente de Wren Elessedil.

«Tus recuerdos nunca te abandonan, ni siquiera los que querrías que lo hicieran, los que desearías que nunca hubieran existido», pensó.

Bajó de los jardines sin levantar los ojos del suelo frente a ella. Se preguntó qué habría sido de Stresa. Hacía días que no veía al gatoespino. A diferencia de Fauno, Stresa se sentía más a gusto suelto y prefería los bosques a la ciudad. Se había instalado en alguna parte cerca de Arborlon y aparecía cuando menos lo esperaba, pero se negaba rotundamente a plantearse siquiera vivir con ella en la casa familiar de los Elessedil. Stresa estaba contento con su nuevo hogar, con su vida solitaria, y le había prometido más de una vez que estaría allí cuando ella lo necesitara. El problema era que ella lo necesitaba más de lo que quería reconocer. Pero Stresa ya había hecho bastante por ella y ahora era feliz; no tenía derecho a exigirle nada más solo para aliviar su propia inseguridad.

Sin embargo, la joven reina elfa lo echaba mucho de menos. Stresa, esa extraña e imprevisible criatura procedente del mundo que tanto dolor había costado a los elfos, siempre sería su amigo.

Ya era de noche, el sol había desaparecido por el oeste, las estrellas eran puntitos de luz diseminados y la luna, un arco cada vez más tenue sobre las copas de los árboles al este. Los ruidos de la noche eran débiles y relajantes, y estaban impregnados con la promesa del descanso. Ojalá fuera ese su caso, pensó ella. Pero le iba a costar conciliar el sueño esa noche, más que nunca, porque debía reunirse con el Consejo Supremo y decidir el destino de los elfos. Y tal vez también el suyo.

Salió de los jardines y pasó una vez más por delante de la Guardia Negra, escuchando los ruidos perceptibles que hacía la Guardia Real al seguirla de cerca. A veces desearía volver a ser una chica nómada y nada más, empezar una nueva vida lejos de todas las restricciones de su reinado y recuperar la libertad. Renunciaría a ser reina. Renunciaría a las piedras élficas, esos tres talismanes azules que llevaba en la bolsa que colgaba de su cuello, símbolo de

la magia que su madre le había dejado en herencia, del poder que le habían hecho ejercer. Cambiaría de vida como si mudara una piel vieja y se convertiría en...

¿En qué? ¿En qué se convertiría?

La verdad es que ya no lo sabía... tal vez porque ya no importaba.

Cuando apenas un cuarto de hora más tarde entró en las salas del Consejo Supremo, la esperaban aquellos a los que había convocado, sentados en torno a la mesa del Consejo que ella presidía. Entró seguida de Tigre Ty, que había permanecido fuera hasta entonces, pues no sabía cómo iba a ser recibido si ella no estaba presente, y se dirigió directamente a su asiento en la cabecera de la mesa. Todos se levantaron en señal de respeto, pero ella les indicó de forma mecánica que se sentaran.

La estancia era grande y tenebrosa. Unas paredes altas de piedra y madera sostenían un techo de vigas de madera que dibujaban la forma de una estrella. El Consejo Supremo estaba dominado en un extremo por un estrado en el que reposaba el trono de los reyes y reinas elfos, flanqueado por los estandartes de las casas élficas gobernantes, y en el centro, por la antigua mesa redonda de veintiuna sillas. A lo largo de cada pared había estrados que servían de asientos para el público cuando se reunía el pleno del Consejo.

Esa noche estaban presentes seis miembros aparte de ella, la cúpula del Consejo Supremo al completo. Triss estaba allí en calidad de capitán de la Guardia Real; Eton Shart, como primer ministro; Barsimmon Oridio, como general de los ejércitos elfos; Perek Arundel, como ministro de Comercio; Jalen Ruhl, como ministro de Defensa Interior; y Fruaren Laurel, como ministra de Sanidad. El único nuevo miembro era Laurel, que había sido nombrada por recomendación del Consejo cuando Wren les dijo que quería un ministro que se ocupara exclusivamente de supervisar la tarea de sanar la Tierra del Oeste elfa. Laurel se mostraba dispuesta a cooperar y era emprendedora, una mujer de mediana edad equilibrada y agradable, pero, al igual que Wren, aún no había demostrado sus capacidades. Ocupaba un lugar secundario a los ojos de los miembros del Consejo. A Wren le caía bien, pero no estaba segura de si podría contar con ella si llegaba el momento en que necesitara apoyos.

Lo averiguaría esa noche.

Se levantó de su silla y permaneció de pie frente al Consejo Supremo.

—Le he pedido al jinete alado Tigre Ty que esté presente en esta reunión del Consejo porque el tema concierne directamente a su pueblo. —Lo afirmó sin pedir aprobación. A continuación, hizo señas al nervudo jinete alado, que

permanecía de pie junto a la puerta, para que se acercara—. Siéntate aquí, por favor —dijo, ofreciéndole un asiento vacío junto a Fruaren Laurel.

Tigre Ty se sentó. La sala permaneció silenciosa mientras los reunidos esperaban a que Wren tomara la palabra. Las puertas estaban cerradas, vigiladas por la Guardia Real por orden de la reina, y así debían permanecer hasta nueva orden. Ardían antorchas en los soportes clavados en las paredes de piedra y en los puntales en ambos extremos de la sala. El humo se elevaba hacia el techo y se dispersaba en volutas en las alturas, dejando un débil gusto a cobre en el ambiente.

Wren se irguió. No se había molestado en cambiarse de ropa, pues había decidido que no iba a hacer tal concesión a las normas de protocolo. Tendrían que aceptarla como era. Había dejado a Fauno en sus aposentos. Le habría gustado contar con la presencia de Cogline, o de Walker Boh, o de alguno de los que habían permanecido a su lado en otro tiempo y que ahora estaban muertos o desperdigados por el mundo, pero esperar que alguien apareciera en su ayuda era inútil. Si esa noche quería tener éxito en lo que se proponía, tendría que conseguirlo ella sola.

—Ministros, miembros del Consejo, amigos míos —empezó con voz mesurada y serena, mirándolos uno por uno a la cara—. Hemos recorrido un largo camino en las últimas semanas. Hemos visto muchos cambios importantes en la vida del pueblo élfico. Ninguno de nosotros podría haber previsto lo que iba a ocurrir; tal vez a algunos nos hubiera gustado que las cosas fueran distintas. Pero estamos aquí y no hay vuelta atrás. Morrowindl ha desaparecido para siempre y las Cuatro Tierras se extienden ante nosotros. Hemos accedido a volver y sabemos lo que nos espera: un enfrentamiento con la Federación, con los umbríos, con la magia terriblemente corrompida de los elfos; con nuestro pasado, que nos ha perseguido hasta convertirse en nuestro futuro. Sabíamos lo que nos esperaba y ahora tenemos que afrontarlo.

Hizo una pausa, con la mirada fija.

—Ayer los jinetes alados vieron al ejército de la Federación que llegaba de lo más profundo de la Tierra del Sur. Hoy he volado con Tigre Ty al sur para verlo con mis propios ojos y hemos encontrado al ejército en las llanuras de Tirfing, a un día de marcha por el lago Myriam. El ejército es diez veces más numeroso que el nuestro y avanza con máquinas de guerra y de asedio y suministros suficientes para mantenerse otro mes. Avanza hacia el noroeste. Viene hacia nosotros. Si tuviera que hacer un cálculo, diría que nos alcanzarán en unos diez días.

Se detuvo, esperando una reacción. Recorrió los rostros con la mirada.

—¿Diez veces más numeroso que el nuestro? —repitió Barsimmon Oridio con incredulidad—. ¿Hasta qué punto es exacto tu cálculo, señora?

Wren ya lo había previsto. Contó en alto columna tras columna, compañía tras compañía, máquinas y carros, soldados a pie y jinetes, sin olvidar nada. Cuando terminó, el general de sus ejércitos estaba pálido.

—Un ejército de ese tamaño nos aniquilará —dijo Eton Shart en voz baja. Estaba tan sereno como siempre, con las manos entrelazadas ante él en la mesa y una expresión inescrutable.

—Si entablamos combate —corrigió Jalen Ruhl. El ministro de Defensa era menudo y encorvado, y su voz resonó como un trueno profundo en su estrecho pecho—. La Tierra del Oeste es enorme.

—¿Estás insinuando que nos escondamos? —preguntó Barsimmon Oridio, incrédulo.

—Escondernos no servirá de nada —intervino Eton Shart, cortante—. No podemos dejar la ciudad o entregar Ellcrys. Si Ellcrys es destruido, la Prohibición se vendrá abajo. Es preferible que muramos todos a que eso ocurra.

Hubo una larga pausa mientras los ministros se miraban unos a otros con recelo.

—Tal vez podamos llegar a algún tipo de acuerdo —sugirió Perek Arundel, siempre dispuesto a negociar. Era atractivo en un sentido delicado y casi vanidoso. Sin embargo, también era astuto y tenía una mente ágil—. Debe de haber algún modo de hacer las paces con el Consejo de Coalición.

—Ya se ha intentado antes —respondió Eton Shart, negando con la cabeza—. El Consejo de Coalición está en manos de los umbríos. Cualquier acuerdo pasará por la ocupación de la Tierra del Oeste y un pacto para servir a la Federación. Dudo que hayamos recorrido tanto camino desde Morrowindl para acabar así.

»¿Qué piensas tú, mi señora? —preguntó a continuación, mirando a Wren—. Estoy seguro de que has sopesado por tu cuenta la situación.

De nuevo, estaba preparada.

—Creo que solo tenemos dos opciones: o fortificamos Arborlon y esperamos a la llegada del ejército de la Federación o salimos a su encuentro con nuestro ejército.

—¿Salir a su encuentro? —Barsimmon Oridio estaba horrorizado. Cambió de postura en actitud hostil, arrugando su rostro envejecido—. Has dicho que nos superaban diez veces en número. ¿Qué sentido tendría entablar batalla?

—Nos daría la ventaja de no dejar que sean ellos los que elijan la hora, el lugar y las circunstancias —replicó la reina. Seguía de pie en su lugar estratégico, que le permitía mirarlos desde arriba y los obligaba a levantar la vista hacia ella—. Y no he dicho nada de entablar batalla.

De nuevo se produjo un opresivo silencio.

—Pero has dicho... —dijo en tono de disculpa Barsimmon Oridio, ruborizándose.

—Ha hablado de salir a su encuentro, no de luchar contra ellos —lo interrumpió Eton Shart, inclinándose hacia delante ahora, interesado. Clavó su mirada en Wren—. Pero ¿qué haríamos una vez allí, señora?

—Acosarlos, confundirlos, atacarlos y salir corriendo. Lo que sea con tal de entretenerlos. Luchar contra ellos si tenemos posibilidades de causarles muchas bajas, pero evitar cualquier confrontación directa que vayamos a perder.

—Entretenerlos —repitió el primer ministro, pensativo—. Pero tarde o temprano nos alcanzarán... llegarán a Arborlon. Entonces, ¿qué?

—Sería mejor que nos dedicáramos a poner trampas, fortificar la ciudad y reunir provisiones —dijo Perek Arundel—. Si logramos contener a los demonios cuando Ellcrys falló hace dos siglos, también podemos contener a la Federación.

—Creo que te vendría bien refrescar tus conocimientos de historia, Perek —respondió Barsimmon Oridio, profiriendo un gruñido y negando con la cabeza—. Tomaron las puertas de la ciudad y nos invadieron. Si la joven Elegida no se hubiera transformado de nuevo en Ellcrys, habría sido nuestro fin. —Sacudió la cabeza con brusquedad—. Además, entonces teníamos aliados... no muchos, pero sí algunos: varios enanos y las Tropas Libres de la Legión.

—Tal vez volvamos a tenerlos —dijo Wren, atrayendo hacia sí todas las miradas—. Hay nacidos libres en las montañas del norte de Callahorn, un número considerable; los enanos oponen resistencia en la Tierra del Este y los pueblos troll, en el norte. Podríamos convencer a algunos de ellos para que nos ayudaran.

—Poco probable —repuso con semblante sombrío el general de sus ejércitos, zanjando el asunto—. ¿Por qué iban a hacerlo?

Wren había llevado la discusión a donde ella quería: tenía al Consejo escuchándola y buscando una respuesta a lo que parecía un dilema sin solución.

—Porque les daremos un motivo, Bar —respondió la joven reina, irguiéndose. Utilizaba su apodo con familiaridad, como había hecho Ellenroh—. Porque les daremos algo que nunca antes les hemos dado: unidad. Las Razas unidas contra sus enemigos en una causa común. Una oportunidad de destruir a los umbríos.

—Palabras, señora. ¿Qué significan? —dijo Eton Shart, esbozando una sonrisa.

Wren encaró a su primer ministro. Era su mayor oponente en ese asunto. Tenía que ganarse su apoyo.

—Te diré lo que significan, Eton. Significan que por primera vez en varios siglos tenemos la oportunidad de vencer. —Hizo una pausa para subrayar sus palabras—. ¿Recuerdas qué me movió a buscar a los elfos, primer ministro? Deja que te cuente una vez más la historia.

Y así lo hizo, al completo, desde el viaje al Cuerno del Hades y el fantasma de Allanon hasta la búsqueda de Morrowindl y Arborlon. Repitió las misiones que Allanon había encargado a los Ohmsford. No le había enseñado a nadie las piedras élficas salvo a Triss, pero esta vez, al terminar el relato, las sacó a colación; luego las agarró y alargó la mano para mostrarlas.

—Este es mi legado —dijo, moviendo la mano hacia cada uno de ellos—. Yo no lo quería, no lo pedí y más de una vez he deseado que desapareciera. Pero le prometí a mi abuela que las utilizaría en defensa de los elfos y así lo haré. Magia contra magia. Los umbríos tendrán que enfrentarse a mí y a cuantos convocó el fantasma de Allanon (algunos de ellos parientes míos), a todo aquel que está destinado a esgrimir la espada de Shannara y el poder del druida. Creo que hemos recuperado todos los talismanes; no solo las piedras élficas, sino todas las magias que temen los umbríos. Si podemos combinar el poder de todas y unir a los hombres y mujeres nacidos libres, a la Resistencia, y tal vez a los trolls de la Tierra del Norte, tendremos la oportunidad que necesitamos para ganar esta batalla.

—Se tendrían que dar condiciones muy concretas, señora —respondió Eton Shart, negando con la cabeza.

—La vida está llena de condiciones concretas, primer ministro —replicó la joven reina—. No hay nada garantizado ni asegurado, y menos para nosotros. Pero no olvides que los umbríos proceden de nosotros y que su magia es la nuestra. Nosotros los creamos. Nosotros les dimos vida a través de nuestros esfuerzos imprudentes de recuperar algo que más valía dejar sepultado en el pasado. Nos guste o no, somos responsables. Ellenroh lo sabía cuando decidió que debíamos regresar a las Cuatro Tierras. Estamos aquí,

primer ministro, para enmendar las cosas. Estamos aquí para terminar lo que empezamos.

—¿Y vas a guiarnos tú, por supuesto? —Puso suficiente énfasis en la pregunta para dejar claras sus dudas acerca de que ella tuviera la fuerza y la habilidad necesarias para hacerlo.

—Soy la reina —repuso en voz baja Wren, conteniendo su cólera.

—Pero eres muy joven, señora —insistió Eton Shart con una sacudida de la cabeza—. Y no hace tanto que reinas. No esperarás que los que llevamos más tiempo ayudando a gobernar no alberguemos ciertas dudas.

—Lo que espero es tu apoyo, primer ministro.

—Sería una estupidez por mi parte brindar apoyo incondicional a cualquiera.

—Igual de estúpido que negarte a reconocer que puede haber sabiduría en la juventud. Vayamos al grano.

El rostro insulso de Eton Shart se puso tenso. Hubo un cambio de postura generalizado alrededor de la mesa. Nadie lo miró. Estaba tan solo en esto como Wren.

—No estoy poniendo en duda tu... —empezó.

—Sí lo haces, primer ministro —replicó Wren.

—Te recuerdo que yo no estuve presente cuando te proclamaron reina, señora, y que...

—¡Basta! —gritó con furia Wren, sin molestarse en disimular su indignación—. Tienes razón, Eton Shart. No estabas allí. No estuviste allí para ver morir a Ellenroh Elesedil ni a Gavilán ni al Búho ni a Eowen Cerise. No estuviste allí para ver cómo Garth daba su vida por nosotros cuando nos enfrentamos al Wisteron. ¡No tuviste que ayudarlo a morir como hice yo, porque si lo hubiera dejado vivir lo habría condenado a convertirse en un umbrío!

»Renuncié a todo para salvar a los elfos... mi pasado, mi libertad, mis amigos, todo —prosiguió Wren, haciendo un gran esfuerzo para calmarse—. No me arrepiento. Lo hice porque mi abuela me lo pidió y yo la quería. Lo hice porque los elfos son mi pueblo y, aunque he permanecido lejos mucho tiempo, sigo siendo uno de ellos. Uno de vosotros, primer ministro. Y se acabó el dar explicaciones. No tengo que dar excusas ni ante ti ni ante nadie, sea reina o no. Ellenroh me creyó y con eso me basta; y con eso debería bastaros a vosotros. No se hable más.

»Debemos ser amigos y aliados, primer ministro, si queremos tener alguna posibilidad contra la Federación y los umbríos —continuó, dejando

caer todo el peso de su mirada sobre Eton Shart—. Entre nosotros debe haber confianza, no recelo. No siempre será fácil, pero debemos intentar comprendernos. Debemos apoyarnos y darnos ánimos, no denigrarnos ni ridiculizarnos. En nuestras vidas no hay sitio para menos. Tal vez no lo queramos, pero debemos aceptar que el destino ha decidido por nosotros.

Respiró hondo y miró a los demás.

—Como Ellenroh hizo en una ocasión —prosiguió tras inspirar profundamente, mirando a todos los miembros del Consejo—, ahora yo también os pido vuestro apoyo. Creo que debemos salir al encuentro del ejército de la Federación y hacerle frente como creamos oportuno. Creo que descubriremos que hay otros dispuestos a ayudarnos. Escondiéndonos no vamos a ganar nada. Lo que espera de nosotros la Federación es precisamente que nos aislemos. No debemos darles la satisfacción de llegar a su encuentro asustados y solos. Somos el pueblo más antiguo del mundo y tenemos una responsabilidad. Debemos liderar a las demás Razas, más jóvenes, e infundirles esperanza.

»¿Quién está conmigo? —preguntó, paseando su mirada por los asistentes.

Triss se levantó al instante. Tigre Ty lo imitó, visiblemente incómodo. A continuación, Fruaren Laurel, que no había dicho una palabra en todo aquel rato, sorprendió gratamente a Wren levantándose también.

Wren esperó. Cuatro se habían levantado y otros cuatro permanecían sentados. De los cuatro de pie, solo tres eran miembros del Consejo Supremo, porque Tigre Ty era un simple emisario de su pueblo. Si no cambiaba nada, Wren no contaría con el apoyo necesario.

Se volvió hacia Eton Shart y le tendió la mano en un gesto conciliador y desafiante al mismo tiempo. Él la miró, sorprendido y con una expresión inquisitiva. Vaciló un instante sin saber qué hacer; luego aceptó su mano y se levantó.

—Señora —dijo con una reverencia—. Como bien dices, debemos permanecer unidos.

—Más vale un gallo de pelea que un pollo desplumado —gruñó Barsimmon Oridio, levantándose también. Hizo un gesto de resignación y luego miró a Wren con algo próximo a la admiración en sus ojos envejecidos—. Tu abuela nos habría aconsejado lo mismo, señora.

Jalen Ruhl y Perek Arundel se levantaron de mala gana, intercambiando una mirada de impotencia. No estaban convencidos, pero no querían quedarse

solos frente a ella. Wren asintió con la cabeza. Se conformaría con lo que había conseguido.

—Gracias —dijo en voz baja. Estrechó la mano de Eton Shart y la soltó—. Gracias a todos. Recordemos en el futuro el compromiso que hemos adquirido esta noche. No olvidemos que la fe y la confianza mutua nos mantienen en pie.

Miró alrededor de la mesa, con todas las caras, todos los ojos clavados en ella. Al menos en ese instante había conseguido imponer su criterio y era realmente su reina.

Walker Boh dedicó dos días a reflexionar antes de volver a intentar escapar de los umbríos que habían sitiado Paranor.

Tal vez no debería haberlo hecho entonces tampoco, pero se sorprendió sumido en un estado de ánimo peligroso. Cuanto más pensaba en las distintas formas de huir, más le parecía que necesitaba reflexionar. Cada plan tenía sus inconvenientes, y separaba cada inconveniente para poder examinarlo minuciosamente. Nada de lo que se le ocurría parecía idóneo y, cuanto más se esforzaba en descubrir un método infalible para escapar, más dudaba de sí mismo. Por fin comprendió que si continuaba así perdería la confianza en sí mismo y terminaría siendo incapaz de actuar.

Temía que todo formara parte del juego en el que los umbríos le obligaban a participar.

Su primer encuentro con los cuatro jinetes lo había dejado derrotado físicamente, pero no eran esas heridas las que le preocupaban, sino los daños psicológicos que no sanaban, que permanecían dentro de él igual que una fiebre. Walker Boh siempre había controlado su vida, siempre había sido capaz de manipular cuanto ocurría a su alrededor y de mantener a raya las interferencias. Lo había conseguido en gran medida aislándose en los confines conocidos de la Cuenca Oscura, donde los peligros a los que debía enfrentarse y los problemas que debía resolver eran conocidos y entraban en el ámbito de sus grandes capacidades. Disponía de la magia y de una inteligencia y perspicacia extraordinarias, además de otras habilidades que iban desde las innatas hasta las adquiridas, todas ellas muy superiores a las de aquellos contra los que había decidido utilizarlas.

Pero eso había cambiado. Había cruzado la Cuenca Oscura y salido al mundo exterior. Ese era su hogar, ahora que la casa de campo de la Chimenea Rocosa estaba reducida a cenizas y la vida que había conocido había quedado

sepultada en otra época. Había recorrido un camino que había alterado su existencia tanto como lo hubiera hecho la muerte. Había aceptado el encargo de Allanon y no había cejado hasta cumplirlo. Había recuperado la piedra élfica negra y Paranor, se había convertido en el primero de los nuevos druidas. Era alguien muy diferente a la persona que había sido apenas unas semanas atrás. Y ese cambio lo había dotado de una perspicacia, fuerza, conocimientos y poder nuevos. Pero también lo había expuesto a responsabilidades, expectativas, desafíos y enemigos distintos. Y aún desconocía si los primeros bastarían para derrotar a los segundos. De momento al menos no había forma de saberlo. Walker Boh podía caer y perderse para siempre... o encontrar la manera de recuperar la seguridad. Era un hombre al borde del abismo.

Los umbríos lo sabían. Habían ido tras él tan pronto como se enteraron del regreso de Paranor. Walker todavía era un niño en su papel de druida y, por tanto, más vulnerable. Asediarlo, frustrarlo, retrasar su desarrollo, acabar con su vida si era posible, pero incapacitarlo a toda costa... ese era el plan.

Y estaba funcionando. Walker había vuelto a Paranor tras su primer intento fallido de huida siendo consciente de varios hechos muy desagradables. Primero, no tenía suficiente poder para vencer en una confrontación directa. Los cuatro jinetes estaban a su altura, si no por encima, y su magia rivalizaba con la suya. Segundo, no podía pasar por su lado sin ser descubierto. Lo tercero y peor de todo era que los umbríos tenían más experiencia que él... y no le temían. Habían ido a por él. Lo habían hecho abiertamente, sin subterfugios. Lo habían desafiado, le habían incitado a salir a luchar con ellos. Daban vueltas alrededor de Paranor, desdeñando abiertamente lo que él pudiera hacer. Estaba prisionero en su propio castillo, obligado a trazar un plan que le permitiera huir, y los cuatro jinetes parecían convencidos de que no lo conseguiría. Y tenía que admitir que quizá tuvieran razón.

—Estás dándole demasiadas vueltas al asunto —dijo Cogline al encontrarlo de nuevo en las murallas, contemplando cómo los umbríos describían círculos a su alrededor. Estaba demacrado, pálido, harapiento y agotado—. Mírate, Walker. Apenas duermes, no prestas atención a tu aspecto... no te has bañado desde que volviste, no comes. —El anciano se frotó con una de sus frágiles manos la barbilla cubierta de pelos—. Piensa, Walker. Eso es justo lo que quieren. ¡Te temen! Si no fuera así, forzarían las puertas y listo. Pero no será necesario si consiguen que pierdas la confianza en ti mismo, que se apodere de ti el pánico y dejes a un lado la cautela y la

resolución que tan lejos te han llevado. Si eso ocurre, habrán ganado. Creen que tarde o temprano cometerás un error y entonces te tendrán donde quieren.

Eran las frases más largas que Cogline había pronunciado desde su vuelta. Walker lo miró y vio un rostro envejecido y curtido, un cuerpo enjuto, con los brazos y piernas sobresaliendo como palos de los pliegues de la ropa. Cogline lo había acogido con palabras de aliento, pero después se había mostrado distante y hermético... como unos días antes del primer intento de huida de Walker. Algo le ocurría, tenía algún problema personal, pero entonces, como ahora, Walker había estado demasiado absorto en sus propios problemas para perder el tiempo en averiguar de qué se trataba.

Sin embargo, dejó que el anciano se lo llevara de los parapetos a la fortaleza, donde le esperaba una comida caliente. Comió sin entusiasmo, bebió un poco de cerveza y decidió que darse un baño era, al fin y al cabo, una buena idea. Se sumergió en el agua humeante y dejó que lo lavara por dentro y por fuera, sintiendo cómo el calor sosegaba y relajaba su cuerpo y su mente. Susurro le hizo compañía, acurrucado contra el lateral de la bañera como si quisiera compartir el calor. Mientras se secaba y se vestía, reflexionó sobre la extraordinaria calma del gato del páramo, la actitud que todos los gatos adoptaban al contemplar el mundo que los rodeaba, asimilándolo a su manera particular e impenetrable. Se dijo que no le vendría mal un poco de esa calma.

Luego sus pensamientos cambiaron bruscamente.

¿Qué le ocurría a Cogline?

Dejó atrás sus problemas en el agua caliente y salió en busca del anciano. Lo encontró en la biblioteca, leyendo una vez más la Historia de los druidas. Cogline levantó la vista al verlo entrar y se quedó sorprendido, no sabía si por su aspecto o por lo que este daba a entender.

—¿Qué te preocupa, anciano? —le preguntó Walker en voz baja, sentándose a su lado en un banco labrado y apoyando la mano en su delgado hombro en un gesto tranquilizador—. Veo la preocupación en tus ojos. Dime.

—Estoy preocupado por ti, Walker —respondió Cogline, encogiéndose de hombros de forma exagerada—. Sé lo extraño que te parece todo desde que... bueno, desde que empezó todo esto. No es fácil. Sigo pensando en que debe de haber algo que yo pueda hacer para ayudar.

Walker desvió la mirada. «Desde la piedra élfica negra», pensó. «Desde que Allanon se ha convertido en parte de mi ser, desde que entró en mí con los restos de la magia que protegía Paranor hasta el regreso de los druidas. “Extraño” apenas empieza a describirlo».

—No tienes por qué preocuparte por mí —respondió Walker, esbozando una sonrisa irónica. «Al menos no por eso». La lucha entre el pasado y el presente había cesado al entrelazarse ambos, y las vidas y la sabiduría de los druidas le pertenecían. Pensó en cómo la magia lo había arrasado por dentro, cómo había quemado sus defensas hasta que no pudo hacer nada salvo reconocerla como suya.

—Walker. —Cogline lo miraba fijamente—. Dudo que Allanon te hubiera hecho pasar por esto si no hubiese estado convencido de que ibas a contar con el poder suficiente para enfrentarte a los umbríos.

—Tienes más fe en mí que yo mismo.

—Siempre la he tenido, Walker —respondió Cogline, asintiendo solemnemente con la cabeza—. ¿No lo sabías? Pero mi fe será la tuya algún día. Solo es cuestión de tiempo. A mí se me ha dado ese tiempo y lo he utilizado para aprender. Hace mucho que estoy en este mundo, Walker. Mucho. La fe es parte de lo que me da fuerzas para continuar.

—Yo creía en mí —dijo Walker, retirando la mano—. Creía en mí cuando estaba seguro de mi identidad. Pero eso ha cambiado, anciano. Soy otro completamente distinto y se me está pidiendo que crea en un extraño. Es duro.

—Sí —respondió Cogline con un asentimiento—. Pero ocurrirá... si le das tiempo.

—Si es que tengo tiempo que dar —concluyó Walker Boh.

Salió de nuevo. Susurro lo seguía, una sombra negra que se deslizaba de un cono de luz a otro en la penumbra, balanceando la cabeza de forma rítmica, moviendo la cola. Walker advirtió su presencia al tiempo que sus pensamientos se concentraban de nuevo en los umbríos que estaban afuera.

Tenía que haber una forma...

La fuerza bruta no bastaba. El poder de la magia del druida era asombroso, pero nunca había bastado por sí mismo, ni siquiera a los druidas que habían vivido antes que él. También se necesitaban conocimientos, astucia, resolución, ser imprevisible. Esto último sobre todo, quizá... algo intangible que distinguía a los supervivientes. ¿Tenía todo eso él?, se preguntó. ¿Qué tenía, aparte de lo que le había dado la magia del druida, a lo que pudiera recurrir ahora? Había partido del hecho de que nada de lo que pudieran hacerle los druidas cambiaría lo que él era. Pero ¿y si no era así? Y si lo era, ¿a qué parte de sí mismo podía recurrir ahora que podía creer una vez más en sí mismo?

¿Acaso no era esa la clave de todo? ¿Que su fe en sí mismo lo apartara de la desesperación?

Volvió a las almenas seguido de Susurro. Era una noche despejada y llena de estrellas, y el aire olía a limpio y a fresco. Respiró profundamente mientras caminaba por las murallas, sin mirar hacia lo que le esperaba abajo, dando rienda suelta a sus pensamientos. Se sorprendió pensando en Aurora, la hija del Rey del río de Plata, la elemental que se había entregado a sí misma para restaurar la vida en un país de piedra, para dar a la tierra la oportunidad de sanar. Visualizó su rostro y escuchó su voz. Recordó lo poco que pesaba cuando la había llevado en brazos hasta el borde de Eldwist, la sensación de firmeza, de poder, que había emanado de ella. Al morir, había cumplido su promesa. Era lo que ella había elegido. Pero antes de eso le había legado parte de su vida, una sensación de determinación y de claridad ante aquello que era necesario, la firme decisión de hacer en vida lo que ella solo podría hacer en la muerte.

Se detuvo y miró a la noche. Cuánto camino había recorrido, pensó, realmente sorprendido. Y qué largo había sido el viaje. Todo para llegar a ese punto, para llegar a ese lugar y a ese momento.

Hizo una pausa en sus divagaciones y miró hacia las agujas, muros y torres de la fortaleza que se alzaba ante él y se elevaba hacia el cielo, aún más negra que la oscuridad. ¿Era así como tenía que acabar su vida?, se preguntó. ¿Era allí donde el viaje terminaba por fin?

Si así era, había sido una lucha sin sentido.

Se giró y miró por encima del muro. Uno de los jinetes pasaba justo por debajo, una débil luminiscencia contra la oscuridad. Creía que era Muerte, pero no podía asegurarlo. En cualquier caso, daba lo mismo. Nombres aparte, y sin tener en cuenta sus identidades, todos eran la Muerte de una forma u otra. Umbríos asesinos sin otro objetivo que destruir. ¿Por qué habían aceptado convertirse en eso? ¿Qué habían logrado con ello?

Observó al jinete desaparecer y esperó al siguiente. Patrullarían toda la noche y al amanecer se reunirían una vez más ante las puertas para desafiarlo de nuevo...

Se contuvo. Todos juntos, ante las puertas.

De pronto se animó. ¿Y si respondía a ese desafío?

Se giró con una expresión grave y bajó de las almenas en busca de Cogleine.

Llegó el amanecer y el cielo adquirió por el este un color plateado que anunciaba niebla y calor. No corría el aire y había bochorno incluso a esas horas tempranas, un recordatorio del calor agobiante del día anterior, que anunciaba que el verano no iba a ceder paso al otoño fácilmente. Los pájaros

lanzaban sus llamadas con tonos abruptos y molestos, como si no quisieran anunciar el comienzo de la mañana.

Los cuatro jinetes estaban reunidos frente a las puertas, colocados en fila sobre sus horribles monturas. Estas, distraídas, clavaban sus garras en el suelo mientras los jinetes permanecían en silencio ante los altos muros de Paranor, umbríos sin voz, vidas corruptas. Cuando la luz asomó por los picos de los Dientes del Dragón, Guerra azuzó a su monstruosa montura hacia delante, levantó la mano acorazada y golpeó la puerta con un ruido sordo. El sonido reverberó en el silencio que siguió, un eco que se perdió entre los árboles y la media luz. La puerta se estremeció y se quedó quieta.

Guerra se dispuso a dar media vuelta.

Walker Boh esperaba fuera de los muros. Había salido por una puerta oculta en una torre a apenas quince metros de distancia. Su magia lo había cubierto con un manto de invisibilidad al encerrarle en el tacto, aspecto y olor de una roca antigua, de modo que parecía una parte más de Paranor. No lo habían buscado. Y, si lo hubieran hecho, no lo habrían descubierto.

Levantó su brazo sano, conjurada ya la magia y reunida en su interior hasta estar candente, y la arrojó por el aire contra los umbríos.

La magia estalló al golpear a Guerra y cortó en dos al umbrío desprevenido. Su montura se desbocó, con las piernas y la parte inferior del torso de Guerra todavía aferrados a ella, y desapareció.

Walker volvió al ataque. La magia se precipitó contra los tres restantes y los sorprendió estando muy juntos y completamente desprevenidos. Estalló el fuego en todas partes y los engulló. Las monstruosas monturas retrocedieron y dieron zarpazos, girando sobre sí mismas en un intento por escapar. Walker les lanzó el fuego a los ojos para cegarlas y a las fosas nasales para que no pudieran oler, de modo que tuvieran los sentidos obstruidos y enloquecieran. Los umbríos chocaron unos con otros, ciegos y confusos.

«¡Ya son míos!», pensó Walker, eufórico.

Las fuerzas lo abandonaban a toda prisa, pero no se detuvo. Dejó caer el manto de la invisibilidad, conservando todo lo que pudo de sí mismo, y volvió al ataque; transformó la magia en fuego y lo lanzó hacia ellos para aniquilarlos. Uno de los jinetes se liberó, echando humo y chispas igual que las ascuas cuando se las remueve con la bota. Era Peste, su extraño cuerpo dividido en un enjambre zumbón de oscuridad, toda su forma y contorno perdidos. Hambre había caído y tanto la montura como el jinete se retorcieron en el suelo, en un esfuerzo desesperado por apagar las llamas que los

devoraban. Muerte empezó a girar sobre sí misma sin control, de forma frenética.

Luego ocurrió lo imposible. Guerra regresó a través del humo y las llamas que se habían desprendido de su cuerpo, magullado y destrozado, y reapareció encima de su horrible montura.

Pero Guerra volvía a estar entero.

Walker lo miró con incredulidad. Había cortado al jinete por la mitad, había visto desprenderse de él la parte superior del cuerpo y ahora volvía a estar entero, como si no hubiera ocurrido nada.

Embistió a Walker, salvando la distancia que los separaba, con el cuerpo bajo la armadura echado hacia delante de forma ansiosa y el metal brillando a la trémula luz del amanecer. Walker oyó el estruendo de las garras, la respiración jadeante, el chirrido de la armadura y el silbido que cortaba el aire a su paso.

¡No podía ser!

Walker desplazó instintivamente la magia para hacer frente al ataque y la comprimió en un último estallido. Alcanzó al jinete y su montura en un torbellino de fuego y los arrojó al otro lado del sendero que bordeaba el castillo, entre los árboles, donde desaparecieron con estrépito.

Pero no había tiempo para continuar el ataque. Los demás jinetes se habían recobrado y Muerte se precipitó sobre él, con la capa gris, la capucha echada y la reluciente guadaña bajada. Lo seguía Peste, silbando como un saco lleno de serpientes mientras su cuerpo iba tomando forma. Walker cortó las patas de la montura de Muerte por abajo y se desplomó. Pero Peste estaba casi encima de él. Se apartó de un salto, rápido como un felino, pero los dedos alargados del jinete lo rozaron al pasar.

Al instante, una oleada de náuseas recorrió a Walker. Cayó de rodillas, debilitado y aturdido. ¡Y eso solo con un roce! Se volvió para seguir los pasos de Peste y envió una nueva lluvia de fuego contra la oscura espalda del umbrío. Peste se desintegró en un enjambre de moscas negras.

A Walker Boh le pareció que todo se ralentizaba. Observó a Hambre acercarse corriendo con torpeza y tambaleándose. Trató de reaccionar, pero sintió que las fuerzas lo habían abandonado. Era consciente de que el día comenzaba, de que la nueva luz brillaba cada vez más por el este y se filtraba en gruesas y relucientes franjas entre los ropajes colgantes de una noche que se retiraba lentamente. Sentía el aire, podía saborearlo y olerlo; percibía los aromas de las hojas tiernas y la hierba mezclados con el polvo y el calor.

Paranor era una monstruosa sombra de piedra a su lado, lo bastante próxima para tocarla y, sin embargo, increíblemente lejana.

No tendría que haberse quitado su manto de invisibilidad. Había perdido toda la ventaja.

Arrojó contra Hambre lanzas de fuego y desplazó el ataque a un lado, y el cuerpo esquelético del jinete se encorvó y se desintegró de golpe.

«Muerto, pero no de verdad», pensó Walker, ardiendo por la fiebre.

Los jinetes volvieron en tropel desde todas partes y sus monturas se levantaron y se reunieron con ellos. ¿Por qué no morían? ¿Cómo podían volver a ponerse en pie? Las preguntas rodaban lentamente por su lengua y de pronto se dio cuenta de que las estaba pronunciando en alto, sumido en una especie de delirio. Se sentía muy débil mientras retrocedía tambaleante hacia el muro, haciendo acopio de todas sus fuerzas para enfrentarse a la nueva acometida. Su plan estaba fracasando. Había calculado mal. Pero ¿qué podía hacer?

Levantó el brazo y arrojó fuego en todas direcciones, esparciéndolo entre los asaltantes en un intento desesperado de ahuyentarlos, pero en su asalto inicial había agotado las fuerzas, Peste se las había robado. La magia a duras penas lograba contener a los umbríos, que la atravesaron y siguieron adelante. Guerra le arrojó una maza de bordes irregulares y él observó, incapaz de moverse, cómo se precipitaba hacia él. En el último momento invocó la magia suficiente para desviarlo, pero así y todo el hierro le asestó de refilón un golpe que le hizo echarse con fuerza hacia atrás, contra el muro de Paranor, y lo dejó sin aliento.

El golpe le salvó la vida.

Aferrado a la piedra del muro de Paranor para no caer, encontró el contorno de la puerta oculta. Por un instante, se le despejó la mente y recordó que había tenido en cuenta una salida por si las cosas no iban bien. Lo había olvidado en el furor de la lucha, presa de la fiebre y del delirio. Era su última esperanza. Los cuatro jinetes lo cercaban a una velocidad increíble. Atontado y cubierto de sangre, recorrió con los dedos el borde de la puerta oculta. ¡Si tuviera dos manos y dos brazos! ¡Si estuviera entero! La idea permaneció allí un instante y se desvaneció, y la desesperación que la había provocado desapareció con su furia.

Oyó a sus espaldas un ruido de metal y garras.

Cerró la mano en torno al picaporte.

La puerta se abrió hacia dentro, arrastrándolo consigo con un revuelo de ropa. Mientras entraba, arrojó hacia el espacio que dejaba tras de sí lanzas de

fuego tan afiladas como cuchillas. Las oyó clavarse en sus perseguidores y le pareció oír gritar a los umbríos en alguna parte de su mente.

De pronto se encontró en una mohosa y fría oscuridad, y el ruido y la cólera se quedaron fuera al cerrarse la puerta, concluida la batalla.

Cogline lo encontró acurrucado en el pasadizo situado debajo de los muros del castillo, tan exhausto que no era capaz de moverse. Con un esfuerzo considerable, el anciano lo llevó a su cama y lo dejó sobre ella. Lo desvistió, lo lavó con agua limpia y fresca, le dio medicinas y lo envolvió en mantas para que durmiera. Le dijo unas palabras, pero Walker no pareció saber descifrarlas. Consiguió responder, pero lo que dijo era confuso. Sabía que estaba vivo, vivo para luchar un día más, y eso era lo único que importaba.

Temblando, dolorido y exhausto por la trifulca, permitió que lo acostaran y lo dejaran a oscuras para que descansara. Sintió a Susurro acurrucado a su lado, vigilando cualquier posible amenaza, listo para llamar a Cogline en caso de necesitarlo. Tragó saliva para aliviar la garganta seca, pensando en que la enfermedad pasaría, que volvería a estar bien cuando despertara. Estaba decidido a que así fuera.

Cerró los ojos, pero al hacerlo un último pensamiento quedó atrapado en su mente y le dio paz.

Había perdido la batalla. Los cuatro jinetes habían vuelto a vencerlo. Pero había aprendido algo de la derrota: algo que a la larga sería la perdición de los umbríos.

Inspiró profundamente y despacio, y expulsó el aire. El sueño se apoderaba de él en agradables oleadas.

La próxima vez que se enfrentara a los umbríos, acabaría con ellos, se prometió a sí mismo, y envolvió la promesa en capas de decisión férrea.

Mientras Walker Boh luchaba por huir de los cuatro jinetes en Paranor, Wren Elesedil convencía al Consejo Supremo de los elfos de que debían enfrentarse al ejército de la Federación que se dirigía hacia el norte con la intención de destruirlos, Morgan Leah conducía a Damson y a un pequeño grupo de nacidos libres a Tyrsis para rescatar a Padishar Cesta y Par Ohmsford seguía las huellas de su hermano Coll.

Era una empresa ardua y laboriosa. En cuanto se separó de Damson, emprendió la búsqueda, consciente de que Coll solo le llevaba unos minutos de ventaja y convencido de que, si era lo bastante rápido, lo alcanzaría. Había salido el sol, y la oscuridad que podría haber entorpecido su tarea se disipó en sombras desperdigadas y fragmentos de bruma enredados en los árboles. Coll huía de forma mecánica, sin poder pensar en otra cosa que la visión que le había mostrado la espada de Shannara. Estaba confuso y aterrorizado; Par había sido consciente de su dolor. En tal estado, ¿cómo iba a preocuparse de borrar las huellas? ¿Cuánto tardaría en parar por el agotamiento?

La respuesta no fue la que Par había previsto. Aunque era capaz de seguir las huellas de su hermano con bastante facilidad, el sendero que este había abierto entre los matorrales y la hierba, descubrió que era imposible ganarle terreno. A pesar de todo, o tal vez por ello, Coll parecía haber encontrado en su interior una fuerza inesperada. Huía de Par a todo correr y sin detenerse a descansar. Y no corría en línea recta. Cargaba contra todo lo que se encontraba en su camino, tomaba una dirección y se desviaba al cabo de un momento, sin ningún motivo. Era como si se hubiera vuelto loco, como si le persiguieran demonios que le susurraban dentro de su mente, de forma que no podía saber de dónde venían.

En efecto, eso debían parecerle a Coll, pensó Par mientras lo seguía.

Al anochecer estaba exhausto. Tenía la cara y los brazos cubiertos de polvo y sudor, el pelo enmarañado y la ropa mugrienta. Solo llevaba consigo la espada de Shannara, una manta y un odre lleno de agua, tras haberse deshecho de todo lo demás para ir ligero y avanzar más deprisa. Pero apenas podía dar un paso. Se preguntó cómo había logrado Coll mantener la ventaja que le llevaba. El terror debería haberlo extenuado hacía horas. La magia del sudario-espejo debía de estar azuzando a su hermano como un látigo a un animal. Ese pensamiento le hizo desesperar. Si Coll no aminoraba el paso, si no recuperaba aunque fuera un poco de juicio, el agotamiento lo mataría. Y si no era el agotamiento, lo haría algún desliz que cometiera por no prestar la debida atención a su seguridad personal. En esas tierras había peligros que podían matar a un hombre aun cuando empleaba una cautela y un sentido común considerables. En ese momento, Coll Ohmsford no parecía tener ninguno de los dos.

Cuando Par se detuvo, estaba justo al oeste del lugar donde el río Mermidón se bifurcaba y un brazo se extendía hacia el Rabb al este y el otro, hacia Varfleet y el Runne al sur. Al seguir el segundo brazo se llegaba al Lago del Arco Iris y también a la Atalaya Sur. Esa era la dirección que Coll había tomado cuando ya era demasiado de noche para seguir sus huellas. Cuanto más reflexionaba Par sobre el asunto, más le parecía que su hermano había avanzado todo el tiempo en esa dirección, aunque haciendo eses. De vuelta a la Atalaya Sur, con los umbríos. Tenía sentido si la magia del sudario-espejo le estaba trastornando.

Par se envolvió en su manta y se apoyó contra la áspera corteza de un viejo nogal para pensar. Tenía la espada de Shannara a su lado, en el suelo, y recorría con los dedos el contorno de la mano en alto y la antorcha ardiendo labradas en la empuñadura. Si la magia de los umbríos controlaba a Coll, era probable que no fuera consciente de lo que estaba haciendo. Podía haber salido a buscar a Par sin saber por qué y ahora huía en ese mismo estado, con la salvedad de que la espada le había mostrado a Coll la misma visión que a Par, y eso significaba que su hermano ahora sí era consciente de lo que le había pasado. Par se había sentido en esos momentos unido emocionalmente a él; Coll se había fusionado con su hermano el tiempo suficiente para que ambos contemplaran la visión. ¿Había cambiado eso las cosas? ¿Intentaba deshacerse de la magia de los umbríos, ahora que conocía la verdad sobre sí mismo?

Par cerró los ojos con fuerza para liberarse de la tensión que le causaba el cansancio. Necesitaba dormir, pero no quería hacerlo hasta haber esclarecido

lo que ocurría. Damson le había advertido que la persecución podía ser una trampa. No se habían encontrado a Coll por casualidad, sino que lo habían enviado los umbríos. ¿Por qué? ¿Para hacerle daño o matarlo? Par no estaba seguro. ¿Cómo se las había ingeniado Coll para encontrarlo? ¿Cuánto tiempo llevaba buscándolo? Las preguntas zumbaban en su mente como avispones furiosos y exigentes, con los agujijones listos. «¡Piensa!». Tal vez la magia del sudario-espejo hubiera hecho que Coll lo encontrara, tal vez lo hubiera conducido hasta él. La magia había infectado a su hermano, lo había convertido en un umbrío; mientras él creía que el sudario le ayudaba a huir de sus perseguidores, la magia lo había engatusado para que se la pusiera, de forma que pudiera ejercer su influencia sobre él...

Par inspiró profundamente. Apenas podía respirar al imaginar a Coll como uno de ellos, una de las criaturas del Pozo, uno de esos seres que seguían viviendo incluso después de muertos.

Bebió un poco de agua porque era todo lo que tenía. ¿Cuánto hacía que había comido por última vez?, se preguntó. Al día siguiente tendría que cazar o buscar algo para comer. Necesitaba recuperar las fuerzas. No comer ni dormir acabaría con él. No podía permitirse ser imprudente si quería ayudar a su hermano.

Dirigió sus pensamientos de nuevo hacia Coll mientras se envolvía en la manta bajo una noche cada vez más cerrada. Hacía frío en el bosque junto al río, el calor del verano había huido a otros lugares. Si Coll no había ido a matarlo, ¿por qué había ido? Sus intenciones no podían ser buenas. Coll ya no era Coll.

Par parpadeó, confuso. ¿Tal vez para robarle la espada de Shannara?

La idea era interesante, pero no tenía sentido. ¿Por qué iba a darle Rimmer Dall la espada si a continuación iba a enviar a Coll a recuperarla? A menos que Coll fuera el instrumento de otra persona. Sin embargo, eso tenía todavía menos sentido. Allí había un solo enemigo, a pesar de todo lo que le había dicho el Primer Buscador. Rimmer Dall se había tomado demasiadas molestias para hacerle creer que había matado a su hermano. Los umbríos habían enviado a Coll por alguna razón, y no era para recuperar la espada de Shannara.

Par reflexionó por un instante sobre lo extraño que era que la espada hubiera mostrado por fin su magia. Había hecho todo lo posible para conjurarla y hasta entonces no lo había conseguido. Siempre había creído que era el auténtico talismán, que no era una imitación, aunque Rimmer Dall se la hubiera entregado de buen grado. Había percibido su poder, incluso cuando

esta no le respondía. Pero las dudas habían persistido y en más de una ocasión se había desesperado. De pronto, cuando menos lo esperaba, la magia había vuelto a la vida, y todo gracias al forcejeo con Coll.

Y Par no tenía ni idea de por qué.

Deslizó la espalda por el tronco del árbol hasta quedar tumbado boca arriba, contemplando a través de las ramas llenas de hojas del nogal el cielo despejado y cuajado de estrellas. Solo necesitaba ponerse cómodo y aliviar un poco el dolor del cuerpo, se dijo. Entonces pensaría con más claridad. Sabía que podía.

Se quedó dormido mientras se lo repetía.

Cuando se despertó, estaba amaneciendo y Coll lo miraba fijamente. Su hermano estaba en cuclillas sobre un montón de rocas a poco más de seis metros, deforme y encorvado como un animal carroñero. Iba envuelto en el sudario-espejo y los pliegues brillaban a la tenue luz plateada como si hubiera gotas de rocío entretejidas en la tela. Tenía la cara demacrada y ojerosa, y los ojos, siempre tan serenos, se movían impregnados de odio y temor.

Par estaba tan sorprendido que no podía moverse. No se le había ocurrido que su hermano fuera a volver... ni que tuviera siquiera el autocontrol necesario para hacerlo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para atacarlo de nuevo e intentar matarlo? Miró a Coll: tenía el rostro devastado y los ojos hundidos. No. Coll estaba allí por otra razón. Parecía como si quisiera acercarse y hablar, como si quisiera algo de él. «Y puede que así sea», pensó Par de pronto. La espada de Shannara le había permitido a Coll vislumbrar la verdad por primera vez desde que se había cubierto con el sudario-espejo. Tal vez quería repetir la experiencia.

Se levantó despacio y le tendió la mano.

Coll desapareció al instante, saltando de la roca a las sombras del otro lado e internándose entre los árboles.

—¡Coll! —gritó Par detrás de él. El eco dejó poco a poco de oírse. El ruido de Coll corriendo se perdió en el silencio a medida que la distancia entre ambos aumentaba de nuevo.

Par buscó bayas y raíces, y se dijo mientras comía su exiguo desayuno que, si al anochecer no había encontrado comida de verdad, se vería en un gran apuro. Comió deprisa, sin dejar de pensar en Coll. Había visto tanto terror en sus ojos... y tanta cólera. ¿Contra Par, contra sí mismo, contra la verdad? No había forma de saberlo. Pero Par seguía atento a él, lo buscaba de forma activa y seguía sin haber manera de alcanzarlo.

Pero ¿qué haría cuando lo consiguiera? Par no había pensado en ello. «Utilizar la espada de Shannara otra vez», se dijo casi sin pensar. La espada era la única esperanza que Coll tenía de liberarse del sudario-espejo. Si lograba que viera la naturaleza de la magia que lo poseía, tal vez encontrara el modo de deshacerse del sudario y de su magia. Tal vez Par consiguiera arrancárselo, por lo menos. Pero la clave estaba en la espada. Coll no había reaccionado a nada hasta que la magia de la espada lo había atraído, pero entonces la verdad se había revelado ante sus ojos. Par se dijo que volvería a utilizar el talismán. Y esta vez no pararía hasta haber liberado a Coll.

Recogió la manta y se puso de nuevo en camino. Era un día bochornoso y el calor cada vez más pegajoso y sofocante dejó la ropa de Par húmeda de sudor. Localizó las huellas de Coll y las siguió hacia el río Mermidón, lo cruzó y se dirigió al norte y luego de nuevo al sur. Hacía varias horas que su hermano avanzaba en línea recta, recorriendo el margen oriental del río hacia las montañas de Runne. Cruzó Varfleet por el río, observando cómo los barcos pesqueros y los transbordadores maniobraban perezosamente en sus aguas, y pensó que estaría bien tener un bote, aunque un segundo más tarde se dijo que un bote no le permitiría seguir huellas en tierra firme. Recordó cómo habían huido Coll y él de Varfleet unas semanas antes, bajando hacia el sur por el río Mermidón, al comienzo de todo. Recordó lo unidos que habían estado entonces, aunque discutiesen sobre el rumbo que habían tomado sus vidas y la utilidad de la magia de Par. Parecía que todo había ocurrido hacía muchísimo tiempo.

A media tarde llegó a un embarcadero con una pequeña plataforma para pescar y una tienda, a varios kilómetros río abajo de Varfleet. La tienda estaba destartalada y atestada, y la clientela era un grupo taciturno y receloso, con las manos llenas de cicatrices y callos, y la cara curtida. Consiguió canjear su anillo por un hilo de pescar y anzuelos, pedernal, pan, queso y pescado ahumado. Lo llevó todo un poco más allá del embarcadero, se sentó en el suelo y se comió la mitad de las viandas sin pararse a respirar. Cuando terminó, continuó hacia el sur, sintiéndose mucho mejor consigo mismo. El hilo y los anzuelos le permitirían pescar, y con el pedernal haría fuego. Empezaba a darse cuenta de que alcanzar a Coll le iba a llevar más tiempo del que había creído en un primer momento.

Se sorprendió pensando de nuevo en por qué Coll había salido en su busca... o, más bien, por qué lo habían enviado. Si no era para matarlo o robarle la espada, ¿para qué? Tal vez la llegada de Coll pretendía provocar en él una reacción concreta. Volvió a oír la advertencia de Damson, que la

persecución era probablemente una trampa. Pero ¿cómo iban a saber los umbríos que su encuentro iba a despertar la magia de la espada de Shannara y a revelar la identidad de Coll, de forma que Par pudiera verlo como algo más que un umbrío? Tal vez hubieran enviado a Coll para atraer a Par y hacer que lo siguiera (eso sin duda parecía muy propio de Rimmer Dall), pero entonces, ¿cómo podían saber los umbríos que Par iba a descubrir la identidad de su hermano?

«A menos que no contaran con que la descubriera...».

Par se detuvo en seco. Estaba pasando por debajo de un enorme roble y hacía fresco en su sombra. Le llegó una brisa del río Mermidón, el murmullo de la lenta corriente, el olor del agua y del bosque.

«... hasta que fuera demasiado tarde».

Sintió un nudo en la garganta. ¿Y si le daba la vuelta? ¿Y si Coll no tenía que matarlo? ¿Y si esperaban que él matara a Coll?

¿Por qué?

Porque...

Luchó por encontrar la respuesta. Estaba allí, en el borde mismo de su razonamiento: unas palabras susurradas que peleaban por ser reconocidas, comprendidas.

Pero no pudo alcanzarlas.

Empezó a andar de nuevo, frustrado. Iba bien encaminado, a pesar de no haber esclarecido todos los detalles. Allí afuera estaba Coll, y hacía que lo siguiera, huyendo sin saber por qué, y volvía de noche para cerciorarse de que lo seguía. Era la espada de Shannara que Par llevaba la que le había revelado la verdad. Y los umbríos eran quienes habían orquestado todo el asunto, quienes estaban jugando con ellos como si fueran niños, quienes les manejaban como a títeres.

Estaba relacionado con la Canción, pensó Par de pronto. No le cabía ninguna duda.

Lo descubriría, de eso estaba seguro. Solo necesitaba seguir dándole vueltas al asunto. Seguir reflexionando.

Al atardecer del segundo día aún no había encontrado a Coll. Acampó en una oquedad abierta en la roca que le protegía las espaldas al tiempo que le permitía ver lo que se acercara por delante. No hizo fuego porque las llamas le impedirían ver en la oscuridad cuando anocheciera. Comió algo más de sus provisiones, se envolvió en la manta y se apoyó en la roca, dispuesto a esperar.

La noche se hizo más profunda y salieron las estrellas. Par observaba cómo las sombras se definían y tomaban forma a la pálida luz. Escuchó el lento fluir del río contra las rocas y los gritos de las aves nocturnas volando en círculos sobre el agua. Respiró el aire cada vez más fresco y húmedo y se preguntó por primera vez en dos días qué habría sido de Damson Rhee. Era extraño estar sin ella después del tiempo que habían permanecido escondidos en Tyrsis, luchando por conservar la libertad. Estaba preocupado por ella, pero se tranquilizó al pensar que seguramente estaría mejor que él. A esas alturas ya se habría reunido con los nacidos libres y estaría ocupada rescatando a Padishar. A esas alturas estaría a salvo.

O todo lo a salvo que podían estar hasta que terminara esa dura prueba.

Le asaltaron imágenes de Damson, Padishar, Morgan Leah, Wren y Walker Boh, fragmentos de recuerdos de aquellos que se habían quedado por el camino. A veces le parecía que estaba destinado a perderlos a todos. Tanto esfuerzo y tan pocos resultados... el peso de todo aquello lo oprimía.

Dobló las rodillas y, abrazándose las contra el pecho, ocultó entre ellas la cabeza. Notó la espada de Shannara en la espalda; se había olvidado de quitársela. La espada, la misión que Allanon le había encomendado, su oportunidad de sobrevivir, su única esperanza de librarse de los umbríos... Había renunciado a muchas cosas por ella. Se preguntó de nuevo cuál sería el propósito del talismán. Sin duda algo asombroso, porque una magia así no se creaba para nada menos. Pero ¿cómo iba a descubrir para qué servía... y menos allí, perdido en algún lugar de las montañas de Runne, persiguiendo a Coll? Debería estar buscando a Walker Boh, a Wren, a los que habían recibido los encargos de Allanon.

Pero eso no era cierto, por supuesto. Estaba haciendo exactamente lo que tenía que hacer: buscar a su hermano para ayudarlo. Si perdía a Coll, que había compartido tantas cosas con él, que había renunciado a todo por él... si lo perdía después de haberlo perdido ya una vez, después de haberlo encontrado de nuevo...

Sacudió la cabeza. No iba a perder a Coll. No lo permitiría.

Los minutos se escabullían y Par Ohmsford siguió esperando. Coll volvería. Estaba seguro de ello. Volvería como lo había hecho la noche anterior. Tal vez se limitaría a sentarse y a mirarlo fijamente, pero al menos estaría allí, cerca.

Buscó en su túnica y sacó la mitad rota del skree que Damson le había dado. Lo había rodeado firmemente con un cordel de cuero y se lo había colgado del cuello. Se suponía que el skree debía brillar si Damson estaba

cerca. Lo examinó, pensativo. El metal reflejaba débilmente la luz pálida de las estrellas, pero no brillaba. Damson estaba muy lejos.

Miró el skree un instante más y volvió a guardárselo en la túnica. «Otro talismán que proteger», pensó, compungido. La Canción, la espada de Shannara y el skree. Estaba bien provisto de talismanes. Repleto de ellos.

Pero la amargura no servía de nada, así que intentó alejarla de sí. Sacó la espada y la dejó en el suelo, a su lado. En el río Mermidón, un pez dio un salto. En los árboles a sus espaldas oyó ulular a una lechuza de forma repentina y urgente.

«Todo un cargamento de magia y para lo único que sirve es para que me pregunte si Rimmer Dall tiene razón y de verdad soy un umbrío», no pudo evitar pensar desde la inexorable oscuridad de su estado de ánimo.

Aquella idea persistió mientras miraba fijamente a la noche.

La criatura que era una mezcla de umbrío y Coll Ohmsford observaba desde su escondite entre los árboles, a unos cincuenta pasos de donde su perseguidor esperaba verlo aparecer.

«Pero no lo haré», se dijo. «Me quedaré aquí, a salvo en la oscuridad a la que pertenezco, donde las sombras me protegen de...».

¿De qué? No lo recordaba. ¿De esa otra criatura? ¿De la extraña arma que llevaba? No, de otra cosa. ¿De la capa que lo cubría? Tocó el material, indeciso, sintiendo algo desagradable en la punta de los dedos al hacerlo, y revivió la visión que había presenciado al forcejear con el otro, el que era... era... No lograba recordarlo. Alguien a quien había conocido. Hacía mucho. La confusión lo perseguía; nunca lo abandonaba.

El umbrío Coll cambió de postura sin hacer ruido, sin apartar los ojos de la figura acurrucada junto a las rocas.

«Cree que podrá verme desde allí, pero se equivoca. No puede verme nada que yo no quiera que me vea... no mientras lleve la capa, mientras tenga la magia. Recorro a ella cuando quiero y la uso a mi antojo. No puede verme. No puede alcanzarme. Me persigue, pero lo llevo a donde yo quiero. Lo llevaré al sur, al sur, hacia...».

Pero no estaba seguro, la confusión volvía a ofuscar su mente y lo distraía. A veces tenía la impresión de que pensaría con más claridad si se quitara la capa. Pero no, eso era una tontería. La capa lo protegía, el sudario-espejo que le había dado... no, que había robado, o mejor, birlado a alguien... peligroso...

Los pensamientos iban y venían, fragmentados y fugaces. Daban vueltas como remolinos en un río, rozaban el cieno y la roca antes de seguir

avanzando.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración y levantó una mano mugrienta para secárselas. A veces recordaba cosas de antes, de cuando no llevaba la capa, de cuando era otra cosa. Los recuerdos lo entristecían y creía que algo malo le había tenido que pasar para que le hicieran sentirse así.

«Vi por un instante la luz de mi mente, en esa visión fugaz; algo de mí mismo, de quién era, soy y podría ser. ¡Quiero volver a verlo!».

Huía ahora de la criatura que había perseguido antes, temiéndola sin saber por qué. La capa lo tranquilizaba, pero no parecía que pudiera protegerlo de aquella persona. Y la huida siempre parecía llevarlo de vuelta a donde el perseguidor lo esperaba, una espiral cerrada que no comprendía. Si huía de su perseguidor, ¿por qué le llevaba de vuelta a él? A veces la capa lo serenaba y protegía contra el perseguidor y los recuerdos, pero otras tenía el tacto del fuego sobre su piel, quemaba su identidad, le convertía en algo horrible.

«¡Quítate la capa!».

«¡No, estúpido! ¡La capa te protege!».

Y así continuaba la encarnizada batalla dentro de la atormentada criatura que era Coll y umbrío al mismo tiempo, que lo zarandeaba de aquí para allá, le derribaba y le hacía levantarse de nuevo, empujándolo y tirando de él hasta no dejar ni rastro de cordura ni de paz en su interior.

«Socorro», gritaba en silencio. «Por favor, que alguien me ayude».

Pero no sabía a quién suplicaba o qué forma adoptaría esa ayuda. Miró fijamente a través de la oscuridad a su perseguidor, pensando que no tardaría en quedarse dormido. ¿Qué debía hacer entonces? ¿Acercarse a él a hurtadillas, sigiloso como la bruma, y tocarla... tocar...?

Dejó ese pensamiento en el aire. La capa pareció envolverle con más fuerza y le distrajo. Sí, debía acercarse a él con sigilo, demostrarle que no le tenía miedo (¡aunque sí lo tenía!), que podía hacer lo que se le antojara en la oscuridad, dentro de su capa, protegido por la magia...

«Ayúdame».

La palabra se le atragantó al tratar de pronunciarla; era incapaz de hacerlo. Cerró los ojos, conteniendo el dolor, y se obligó a pensar.

«Quítale algo, algo que necesite, que atesore. Llévate algo que le duela... como a mí me duele». Un recuerdo conocido se desprendió con una sacudida de su mente. «Lo conozco, lo conozco de cuando, de cuando éramos... ¡hermanos! Él puede ayudarme, puede encontrar el modo...».

Pero el umbrío Coll no estaba seguro y el pensamiento se desvaneció con el resto, perdido en los numerosos fragmentos que luchaban por hacerse

hueco en aquella mente confusa. Sentía al mismo tiempo atracción y repulsión hacia aquel al que vigilaba, y el conflicto no se resolvería por sí mismo por mucho que se esforzara.

Las lágrimas volvieron a aflorar espontáneamente, sin desearlas. Las manos manchadas y llenas de arañazos se cerraron en puños. El rostro devastado luchó por adquirir una forma reconocible y, durante un instante, Coll regresó, salió de la red de magia oscura que lo tenía prisionero.

«¡Necesito hacer algo, lo que sea, para avisarlo! ¡Necesito llevarme algo! ¡Tengo que hacerlo!».

Par dormía cuando sintió el tirón en el cuello. Se sacudió y retorció, frenético, tratando de detenerlo, sin saber qué o quién lo causaba. Algo lo asfixiaba, le cerraba la garganta de forma que no podía respirar. Sentía algo pesado encima de él, subido a su cuerpo, envolviéndolo.

«¡Un umbrío!».

Sin embargo, la Canción no le había avisado, de modo que no podía ser eso. Conjuró la magia, desesperado por salvarse. La sintió despertar con agonizante lentitud. Algo le respiraba en la cara y el cuello. Vio el brillo de un diente y sintió un roce de pelo áspero. Alargó un brazo para protegerse y empujar al mismo tiempo a su asaltante. Rozó con la mano la empuñadura de la espada de Shannara y el metal le quemó como el fuego.

De pronto, la presión en la garganta cesó, el peso que sentía sobre su cuerpo se levantó y, a través de una bruma de luz coloreada, vio una forma encorvada y deforme desaparecer rápidamente en la noche.

¡Coll! ¡Había sido Coll!

Se levantó, desconcertado y asustado, luchando por respirar y por mantener el equilibrio. ¿Qué ocurría? ¿Habían enviado a Coll para matarlo después de todo? ¿Había intentado estrangularlo? Observó cómo la forma oscura desaparecía en las sombras, fundiéndose casi al instante con las rocas y los árboles. No le cabía ninguna duda. Había sido Coll, estaba seguro.

Pero ¿qué había intentado hacer su hermano?

Recordó de pronto la espada y bajó rápidamente la vista, pero estaba a su lado, intacta. Si no era la espada, ¿entonces qué?

Se llevó la mano al cuello sintiendo un repentino dolor y la apartó, manchada de sangre. Volvió a tocarse y descubrió un círculo de carne magullada y desgarrada. Siguió palpando con cuidado, intrigado.

Y de pronto cayó en la cuenta de que el skree había desaparecido.

Su hermano se lo había robado. Debía de haber visto a Par sostenerlo mientras permanecía escondido en la oscuridad. Y en cuanto Par se quedó

dormido, se acercó con sigilo a él, lo sujetó contra el suelo, tiró del cordel de cuero que le rodeaba el cuello hasta asfixiarlo, lo cortó con los dientes al ver que no podía hacerlo de otra forma y se llevó el talismán de Damson.

¿Por qué?

Para que Par lo siguiera, por supuesto. Para que fuera tras él.

El joven del valle permaneció de pie, mirando perplejo los árboles por donde había desaparecido su hermano, la criatura en que se había convertido. En el silencio de su mente le pareció oírle gritar.

«Ayúdame», decía Coll.

«Ayúdame».

En cuanto hubo suficiente luz para ver, Par salió tras su hermano. Acababa de amanecer, era un día despejado y luminoso y, una vez más, era fácil seguir las huellas de Coll. Par redobló sus energías, forzándose más que antes, decidido a no dejar escapar esta vez a su hermano. A esas alturas estaban en el corazón de las montañas de Runne, rodeados por las paredes del cañón mientras seguían el curso del río Mermidón hacia el sur, y no era posible desviarse. Sin embargo, Coll no dejaba de alejarse del margen del río, como si buscara una salida. A veces ya había recorrido casi un kilómetro antes de que las montañas le bloquearan el paso. En una ocasión escaló una pequeña cresta, pero se encontró ante otro acantilado y tuvo que desandar el camino. Cada vez que eso pasaba, Par se veía obligado a seguirlo, temiendo que si se limitaba a continuar por el margen del río Coll volviera sobre sus pasos. El esfuerzo de la persecución le había dejado sin fuerzas y el aire húmedo y viciado le producía mareos. El día pasó, llegó la noche y aún no había encontrado a Coll.

Aquella noche pescó utilizando el anzuelo y el hilo de la tienda del embarcadero, cocinó y comió lo que había pescado y dejó los restos (una porción más que generosa) en una roca plana a unos pasos de donde se disponía a pasar la noche. Permaneció despierto la mayor parte de la noche, oyendo y viendo cosas que no estaban allí, dando de vez en cuando una cabezada. No vio a Coll ni una sola vez. Cuando se despertó, descubrió que el pescado había desaparecido, pero podían habérselo comido unos animales salvajes. No lo creía, pero no tenía forma de saberlo.

Continuó la búsqueda los siguientes tres días, abriéndose paso río abajo, cada vez más cerca del Lago del Arco Iris y de la Atalaya Sur. Empezaba a preocuparle que no consiguiera alcanzar a Coll hasta que fuera demasiado tarde. Su hermano estaba consiguiendo esquivarle, aun con su raciocinio

menguado y en su estado de medio umbrío. Coll no tenía la mente clara, no elegía los senderos más fáciles o más rápidos, no se molestaba en borrar sus huellas, no hacía nada salvo permanecer fuera de su alcance. Era frustrante y penoso al mismo tiempo. A ese paso, alcanzaría a Coll cuando fuera demasiado tarde para ayudarlo... o incluso para ayudarse a sí mismo, si los umbríos los descubrían. Si Rimmer Dall encontraba primero a Coll, ¿qué podía hacer entonces él? ¿Utilizar la espada de Shannara? Ya lo había intentado una vez sin éxito. ¿Recurrir a la magia de la Canción? También lo había intentado y ahora sabía que era peligrosamente imprevisible. Pero tal vez no tuviera otra elección. Tendría que recurrir a ella si era el único modo de liberar a su hermano. El precio que tuviera que pagar era lo de menos.

Ahora pensaba con frecuencia en la evolución que había sufrido la Canción y en el efecto que producía en él cuando la conjuraba. Trató de idear algo que pudiera hacer para protegerse de la magia, para mantenerla bajo control e impedir que se desbocara del todo. El poder se desarrollaba de un modo que escapaba a su comprensión, evolucionaba tal como lo había hecho hacía años con Wil Ohmsford: se manifestaba en nuevas y espeluznantes formas que indicaban que algo fundamental estaba cambiando también en el interior de Par. Al reflexionar sobre hasta dónde llegaría tal evolución, se quedó aterrorizado. En cierto momento había sido la magia de Jair Ohmsford, un canto que podía crear imágenes del aire, ilusiones que parecían reales pero que no eran sino visiones grabadas en las mentes de los que lo escuchaban. Ahora parecía más bien la magia de la hermana de Jair, Brin: una magia que cambiaba las cosas de verdad, que las alteraba de forma irrevocable. Pero la magia de Par también podía crear. Podía conjurar cosas de la nada, como la espada de fuego en el Pozo o las esquirlas de metal y viento en la atalaya de Tyrsis. ¿De dónde procedía semejante poder? ¿Qué podía haber hecho cambiar de forma tan drástica su magia?

Por supuesto, lo que más le asustaba era que la respuesta a las preguntas sobre el origen de su magia siempre era la misma: un susurro débil y malicioso en su mente, las palabras que Rimmer Dall le había dicho al enfrentarse a él en la cripta que había albergado la espada de Shannara.

«Eres un umbrío, Par Ohmsford. Eres uno de los nuestros».

Hacía seis días que había emprendido la persecución, cuatro desde el robo del skree; el calor de la tarde era tan intenso que parecía colorear el aire y abrasar los pulmones, y las huellas de Coll se habían adentrado de improviso en el río hasta desaparecer.

Par se detuvo en la orilla y examinó la tierra con incredulidad. Retrocedió para asegurarse de que no se equivocaba y luego se sentó en un sendero a la sombra de un chopo para poner en orden sus pensamientos.

Coll se había metido en el río.

Miró por encima de la ancha y lenta extensión de agua la otra orilla, bordeada de árboles. El Mermidón salía de las montañas de Runne en las que se hallaban ahora e iba a parar al Lago del Arco Iris. Las montañas seguían hacia el sur a lo largo de la orilla este, pero por el oeste la tierra se allanaba y se convertía en praderas pedregosas y grupos desperdigados de árboles de hoja caduca. Si Coll hubiera pensado con claridad, habría decidido cruzar por donde resultaba más fácil. Pero Coll estaba trastornado por el sudario-espejo. Par llegó a la conclusión de que no podía estar seguro de nada. En cualquier caso, si Coll había cruzado el río, él también tenía que hacer lo mismo.

Se quitó la ropa, utilizó el hilo de pescar y algunas ramas secas para construir una balsa improvisada, sujetó bien la ropa, la manta, la bolsa y la espada de Shannara, y se metió en el río. El agua estaba fría. Se adentró en la corriente y la cruzó en diagonal. Se lo tomó con calma y llegó a la otra orilla más o menos un kilómetro más abajo. Una vez en tierra, se secó, se vistió y, tras echarse sobre los hombros la espada y la bolsa, se dispuso a encontrar de nuevo el rastro de Coll.

Pero no había huellas.

Buscó río arriba y río abajo hasta que se hizo de noche, pero no consiguió encontrar nada. Coll había desaparecido. Par se sentó en la oscuridad, contemplando la superficie lisa y brillante del río, y se preguntó si su hermano se habría ahogado. Coll era un buen nadador, pero era posible las fuerzas lo hubieran abandonado. Par se obligó a comer algo, bebió del odre de agua, se envolvió en su manta e intentó dormir, pero el sueño no llegó. A su mente acudían sin cesar pensamientos sobre Coll, recuerdos del pasado, todo lo que había ocurrido desde que habían empezado los sueños. Estaba dividido por emociones contradictorias. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Y si Coll había desaparecido de verdad?

El amanecer era un profundo resplandor rojo que asomaba por el este, oscurecido por un grupo de nubes procedente del oeste. Las nubes cruzaron el horizonte y se instalaron sobre Callahorn como un muro. La luz de la mañana era pálida y no corría el aire. Par se levantó y empezó a andar de nuevo, siguiendo el río en dirección sur y buscando todavía a su hermano. Estaba cansado, desanimado y a punto de rendirse. Seguía preguntándose qué hacía persiguiendo a un fantasma, a un umbrío, dejándose llevar como un animal

estúpido. ¿Cómo sabía que era realmente Coll? Tal vez Damson tuviera razón. ¿No podían haberlo engañado los umbríos? ¿No podía Rimmer Dall haber manipulado la espada o alterado su magia para que le confundiera? ¿No podía ser una trampa compleja y sutil? ¿Tenía Par forma de saberlo?

Al cabo de un rato dejó de pensar, porque había examinado todas las posibilidades y estaba derrochando fuerzas inútilmente. Se limitó a seguir bordeando el río que serpenteaba hacia el sur a través de los campos escarpados, reconociendo de forma mecánica el terreno mientras en su interior todo empezaba a sumirse en un silencio negro.

Al oeste, las nubes empezaban a oscurecerse a medida que se acercaban, y una repentina ráfaga de viento sopló delante de ellas como una advertencia. Los pájaros volaban entre chillidos hacia las montañas del este, como destellos blancos que desaparecían en las sombras.

Más adelante, a unos pocos kilómetros río abajo, apareció la Atalaya Sur, un negro obelisco recortado contra el horizonte. Par observó cómo aumentaba de tamaño a medida que se aproximaba, una fortaleza que se mantenía firme frente a la tormenta que se avecinaba. Par recorrió con la mirada sus muros y torres mientras caminaba pegado a los grupos de árboles y rocas para guarecerse. No veía nada. Todo estaba inmóvil.

De pronto, cuando menos lo esperaba, volvió a encontrar las huellas de Coll. Las vio en la orilla por la que había salido del río después de haber seguido hacia el sur durante por lo menos doce kilómetros. Estuvo seguro de que se trataba de Coll aun antes de localizar la huella de la bota que lo confirmó. El rastro se dirigía al oeste en dirección a las colinas y a la tormenta que se avecinaba.

Pero las huellas no eran frescas. Coll había salido del río el día anterior y reemprendido la marcha. Par llevaba al menos un día de retraso.

Con todo, empezó a seguirlas, agradecido por haber encontrado algún rastro y aliviado al saber que su hermano seguía vivo. Caminó tierra adentro, alejándose del río, con el cielo por encima de su cabeza cada vez más oscuro según se acercaba la tormenta, el aire cargado de humedad y la hierba azotándole las piernas. Las nubes se arremolinaban sobre él y llenaban el cielo. Par se giró hacia donde había visto por última vez la Atalaya Sur, pero la torre de los umbríos había desaparecido en la penumbra.

Empezaban a caer gotas, al principio frías y luego punzantes, cuando el viento empezó a soplar con más fuerza y se las arrojó a la cara.

Un momento más tarde subió una cuesta y vio a Coll.

Estaba tumbado inmóvil en una extensión de hierba polvorienta, boca abajo al pie de un roble sin hojas y asolado por la tormenta que estaba justo en el centro de un valle poco profundo. A primera vista le pareció que estaba muerto. Par se precipitó hacia delante; se le había caído el alma a los pies. «No», era todo lo que podía pensar. «No». Luego lo vio revolverse, vio que uno de sus brazos se movía ligeramente cambiando de postura. Lo siguió una pierna, que se levantó para relajarse de nuevo después. Coll no estaba muerto, solo exhausto. Por fin le había vencido el cansancio.

Par bajó la pendiente con un viento en contra que aullaba y le dificultaba salir de la negrura que lo rodeaba. El ruido de sus pasos se perdía en el estruendo. Inclino la cabeza y siguió adelante. Coll se había quedado de nuevo inmóvil. No podía oírlo. Estaría a su lado antes de que Coll pudiera reaccionar.

Y cuando llegara, ¿qué podía hacer?, se preguntó. ¿Qué haría entonces?

Pasó el brazo despacio por encima del hombro y cogió la espada de Shannara. De una u otra forma, hallaría el modo de conjurar una vez más la magia del talismán y sujetaría rápidamente a su hermano, para que esta lo recorriera y lo obligara a ver la verdad; después haría trizas la capa y lo liberaría para siempre.

Al menos eso era lo que esperaba que ocurriera. Percibió el olor y el sabor de la tormenta. Bueno, tendría una oportunidad. Coll ya no estaba tan fuerte como antes. Y a él no le cogería por sorpresa.

Al acercarse a Coll pasando por debajo de las ramas esqueléticas del roble destrozado, un trueno, el primero de la tormenta, retumbó en la oscuridad. Coll se sobresaltó, dio media vuelta y se quedó mirando a su hermano, a unos tres metros de distancia.

Par se detuvo, indeciso. Coll lo miró con los ojos vidriosos y confusos desde el interior de la capucha negra y aterciopelada del sudario-espejo. Levantó débilmente una mano para envolver bien su cuerpo encorvado en la capa. A continuación, dobló las rodillas con un gemido.

Par contuvo el aliento y avanzó de nuevo, un paso, otro, con el viento azotándolo, hinchándole los pliegues de la ropa y agitándole el pelo de un lado a otro. Mantuvo la espada de Shannara tan pegada como pudo contra su cuerpo, incapaz de ocultarla ahora, confiando en que Coll no reparara en ella.

Un rayo cruzó rápidamente el cielo, seguido de un ensordecedor trueno que retumbó de un extremo a otro del horizonte.

Coll se puso de rodillas con los ojos muy abiertos y asustados. Durante un instante, las manos dejaron caer la capa y su cara recuperó parte de su antiguo

aspecto. Coll Ohmsford estaba allí de nuevo, mirando a su hermano como si nunca se hubiera ido. En su rostro había muestras de reconocimiento, un alivio perplejo y agradecido que reemplazó al dolor y la desesperación. Par sintió una oleada de esperanza. Quería llamar a su hermano a gritos, asegurarle que todo iba a salir bien, decirle que ahora estaba a salvo.

Pero un instante después Coll había desaparecido. Su rostro volvió a desaparecer en el umbrío que había creado el sudario-espejo y un semblante desfigurado y taimado ocupó su lugar. Enseñando los dientes en un gruñido, su hermano se puso en cuclillas.

«¡Va a volver a huir!», pensó Par, angustiado.

Pero en lugar de escapar, Coll se abalanzó sobre él, levantándose de un salto y salvando la distancia que los separaba antes de que Par pudiera levantar la espada de Shannara para defenderse. Las manos de Coll se cerraron sobre las de Par, intentando agarrar la empuñadura del talismán, y se las retorció para hacerle soltarla. Par aguantó, tambaleándose hacia delante y hacia atrás al forcejear con su hermano por la espada. La lluvia caía sobre ambos con tanta fuerza que casi cegó a Par. Coll volvió a la carga y se pegó tanto a él que sentía los latidos de su corazón. Levantaron las manos entrelazadas sobre sus cabezas, tratando de arrebatarse mutuamente la espada, con el brillante metal mojado balanceándose de un lado a otro.

Al norte, un relámpago iluminó el cielo, una ráfaga de luz intensa seguida de un trueno ensordecedor, y la tierra se estremeció.

Par intentó conjurar la magia de la espada, pero no lo consiguió. Si había acudido sin dificultad antes, ¿por qué no lo hacía ahora? Intentó luchar contra la locura de su hermano, contra la furia de su ataque. Trató de apartar de su mente el temor a que todo aquello fuera inútil, a que por alguna razón el poder hubiera vuelto a abandonarle. Al otro lado de la hierba resbaladiza y azotada por el viento, los hermanos Ohmsford luchaban por hacerse con la espada de Shannara y sus gruñidos y gritos se perdían en el estruendo de la tormenta. Par trató una y otra vez de conjurar la magia, sin éxito. La desesperación se apoderó de él. Estaba perdiendo también esa batalla. Coll era más corpulento que él, lo superaba en tamaño y peso. Peor aún, su hermano parecía cada vez más fuerte, mientras que sus fuerzas se agotaban. Coll estaba sobre él dando patadas y zarpazos, luchando como si se hubiera vuelto loco.

Pero Par no pensaba rendirse. Se aferraba desesperadamente a la espada, decidido a no soltarla. Dejó que su hermano lo empujara hacia atrás, que lo aplastara con sus músculos, que lo zarandeara de aquí para allá, esperando que tales esfuerzos lo agotaran y lo volvieran más lento, que lo debilitaran lo

suficiente para que él pudiera dejarlo inconsciente de un golpe. Si lo lograba, tal vez tuviera alguna posibilidad.

Un relámpago veloz y sobrecogedor volvió a cruzar el cielo. En el momentáneo resplandor, Par vislumbró en la pendiente que dominaba el valle unas formas oscuras, docenas de ellas, deformes, nudosas y encorvadas, con los ojos rojos brillantes.

Y de pronto habían desaparecido de nuevo, engullidas en aquella negra noche de tormenta. Par entrecerró los ojos a causa de la lluvia, procurando ver más allá de la forma de Coll, que no dejaba de forcejear. ¿Qué acababa de ver allí? Hubo otro relámpago en el preciso instante en que Coll se abalanzaba frenéticamente sobre él y lo arrojaba sobre la hierba mojada. Esta vez no vio nada, se limitó a concentrarse en contener el aire en los pulmones al aterrizar en el suelo. Coll se lanzó sobre él gritando, pero Par utilizó el impulso a su favor, hizo que su hermano diera una voltereta por encima de su cabeza y se retorció hasta soltarse.

Se levantó, aturdido y en tensión. La oscuridad era tal que apenas distinguía el roble destrozado. La pendiente no se veía.

Coll arremetió de nuevo contra él, pero esta vez Par estaba preparado y, cogiéndolo por sorpresa, lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la espada. Coll cayó de rodillas, aturdido. Agarró algo que tenía ante sí, algo que solo él veía. El golpe le había rasgado la piel y una gota roja se deslizaba por su cara, difuminándose al mezclarse con la lluvia. Sus facciones empezaron a cambiar, abandonaban el aspecto de umbrío y volvían a ser humanas. Par empezó a golpearlo, temblando por la desesperación y el agotamiento, pero se detuvo al ver sus ojos clavados en él, llenos de asombro.

Era su hermano quien lo miraba. Era Coll.

Par cayó de rodillas en la hierba y el barro resbaladizos, de cara a Coll. Este movía los labios y las palabras que articulaba se perdían en el rugido del viento y la lluvia. Temblaba de frío y de algo más. Empezó a sacudir la cabeza despacio debajo de la brillante capucha del sudario-espejo, a retorcerse dentro de los oscuros pliegues como si fuera la cosa más difícil que jamás había tenido que hacer. «Coll». Par formó su nombre con los labios. Entonces su hermano levantó las manos para agarrar los pliegues de la capa de los umbríos, la sacudió con violencia y la dejó caer. «Coll».

Desesperado por aprovechar esa oportunidad de ayudar a su hermano y llevado por un impulso, Par clavó la espada de Shannara en el suelo ante él y cogió rápidamente las manos de Coll. Este no opuso resistencia, con la mirada perdida e inexpresiva. Par llevó las manos de Coll hasta la empuñadura de la

espada y las sostuvo sobre ella. «Por favor, Coll. Por favor, quédate conmigo». Él lo miraba fijamente, viéndolo y viendo a través de él al mismo tiempo. La espada de Shannara los mantenía unidos, con las manos entrelazadas y apretadas contra la antorcha levantada que había labrada en la empuñadura.

Par vio el reflejo distorsionado de su rostro en la hoja mojada de la espada.

—¡Coll! —gritó.

Los ojos de su hermano se abrieron de golpe. «Que venga la magia», rogó Par. «¡Por favor!».

Coll tenía los ojos clavados en él, lo observaba.

—¡Coll, escúchame! ¡Soy Par! ¡Soy tu hermano!

Coll parpadeó. Hubo un indicio de reconocimiento en ese gesto. Un destello. Par sintió debajo de sus manos cómo Coll aferraba con más fuerza la empuñadura de la espada.

«¡Coll!».

La luz se deslizó, veloz y cegadora, a lo largo de la lisa hoja de la espada, un fulgor blanco que lo engulló todo en un instante. Le siguió el fuego, frío y brillante, ardiendo hacia fuera, que salía de la espada y se metía en el cuerpo de Par. Sintió cómo se extendía por su interior, lo sacaba de sí mismo y lo introducía en el talismán, para encontrar a Coll esperándolo allí, y se unió a él como si fueran uno solo. Sintió que se retorció a través del metal y que salía de nuevo en un lugar más lejano. El mundo del que la magia le había arrancado desapareció: la humedad y el barro, la oscuridad y el ruido. Había blancura y silencio. Nada más.

Solo Coll y él. Los dos.

De pronto reparó en la tela brillante y negra del sudario-espejo que cubría la cabeza y el cuerpo de su hermano, retorciéndose como una serpiente. La capa tenía vida propia, se movía sola de aquí para allá, se retorció con violencia contra la atracción de algo invisible, algo que amenazaba con hacerla jirones.

Par oyó a ese algo sisear.

La espada de Shannara. La magia de la espada.

Dejó que sus pensamientos fluyeran hacia la mente de su hermano, hacia la oscuridad que se había instalado en ella y luchaba por permanecer allí. «Escucha, Coll. Escucha la verdad». Obligó a su hermano a abrir la mente y apartó a un lado la magia que encontró allí, sin preocuparse por su seguridad, sin pensar en otra cosa que no fuera liberarlo, armado y apoyado por la magia

de la espada. «Escucha». Su voz restalló como un látigo en la mente de su hermano. Este reunió las palabras, las moldeó y les dio forma, las convirtió en imágenes que rivalizaban con la intensidad de la Canción cuando narraba historias que tenían trescientos años de antigüedad. La verdad de quién y en qué se había convertido Coll se abalanzó en una oleada que no podía contenerse o desviarse, que fluía hacia dentro. Coll vio cómo lo habían corrompido. Vio en qué lo había convertido la capa. Vio cómo se había vuelto contra su hermano, cómo le habían enviado para llevar cabo un oscuro cometido del que ninguno de los dos era consciente. Vio todo lo que había ocultado la magia de los umbríos.

También vio lo que debía hacer para liberarse de ella.

El dolor de tales revelaciones era agudo y penetrante. Par lo sentía reverberar a través de su hermano en oleadas que rebotaban sobre él. Ante sí tenía la vida de Coll, una sucesión constante y triste de verdades que cortaban como un cuchillo. Par combatió el pánico y el dolor y se enfrentó a ellos sin parpadear y con firmeza, porque eso esperaba su hermano de él. Oía el grito silencioso de angustia ante lo que le era revelado, veía la profunda angustia reflejada en sus ojos. Pero no se apartó ni se compadeció. La verdad era el fuego blanco de la espada de Shannara que ardía para purificar, y era su única esperanza.

Coll se irguió y gritó, y el aullido los arrancó del silencio blanco y los introdujo de nuevo en la negra y estruendosa furia de la tormenta, ambos arrodillados en el barro y en la hierba mojada junto al viejo roble, bajo las nubes oscuras y agitadas. A su alrededor se arremolinaba una oscuridad brumosa, como si algo hubiera arrancado los últimos restos de luz diurna. La lluvia les azotaba la cara y los cegaba de tal modo que solo veían la brillante superficie de la espada que agarraban a la vez. Hubo un relámpago brillante y abrasador, seguido de un terrible trueno.

Las manos de Coll Ohmsford soltaron la espada y, al mismo tiempo, las de Par. Coll se levantó con una expresión afligida, pero el rostro que veía Par era el de su hermano, no el del horrible umbrío que había intentado hacerse pasar por él. Coll alargó el brazo y tiró del sudario-espejo, se lo arrancó y lo arrojó al suelo. La capa cayó en la hierba mojada y el barro, y al instante empezó a salir humo de ella. Se estremeció y retorció, y empezó a burbujear. De sus pliegues salieron llamas negras que ardían con frenesí. El fuego se extendió de forma inexorable, y en unos segundos el sudario-espejo quedó reducido a cenizas.

Par se levantó, cansado, y al volverse hacia su hermano encontró en sus ojos lo que había estado buscando: Coll volvía a ser él. La espada de Shannara le había revelado la verdad sobre el sudario-espejo: que era obra de los umbríos, que estos lo habían creado para subyugarlo y que la única manera de liberarse era quitárselo y arrojarlo lejos de él. Y Coll lo había hecho. La espada le había dado la fuerza que necesitaba.

Pero incluso en ese momento de extrema euforia por haber ganado la batalla y haber recuperado a Coll, Par sintió cierto desasosiego. «Debería haber hecho algo más», le susurraba una voz. En efecto, la magia debería haber hecho algo más. ¿Acaso no recordaba las historias de hacía quinientos años? ¿O al primer Ohmsford? ¿O a Shea? La magia había actuado de otra forma en Shea cuando este la había conjurado. Le había revelado la verdad sobre sí mismo, mostrándole todo lo que él había tratado de ocultar, disfrazar, olvidar o fingir que no existía. Le había revelado a Shea Ohmsford la verdad más dura de todas para hacerlo capaz de soportar después cualquier otra verdad a la que tuviera que enfrentarse.

¿Por qué no le había sido revelada a él ninguna verdad? ¿Por qué todo había sido para Coll?

Hubo otro relámpago, y los pensamientos de Par se desintegraron en el movimiento de las formas oscuras agrupadas en la pendiente que los rodeaba, unas formas que esta vez se revelaban con tanta claridad que eran inconfundibles. Par se giró al verlas agazapadas, esperando en todas partes, torcidas y oscuras, con los ojos rojos brillando. Sintió que Coll se acercaba y adoptaba una postura defensiva a sus espaldas. Él también los veía ahora.

Una extraña mezcla de desesperación y cólera invadió a Par Ohmsford. Los umbríos habían dado con ellos.

De pronto, Rimmer Dall bajó por la cuesta, con sus rasgos toscos de cara a la lluvia, los ojos duros como una roca e inyectados en sangre. Se detuvo a unos pasos de ellos. Sin decir una palabra, levantó la mano enguantada y les hizo señas. Con ese gesto lo dijo todo. Tenían que ir con él. Le pertenecían. Ahora eran suyos.

Par oyó en su mente la voz del Primer Buscador con tanta claridad como si hubiera hablado. Negó con la cabeza. No iban a irse con él. Ni él ni Coll. Nunca más estarían en sus manos.

—Par —oyó cómo su hermano lo llamaba en voz baja—. Estoy contigo.

Captó el ruido de la hoja de la espada de Shannara al rozar contra la tierra cuando Coll la arrancó despacio del suelo. Par se volvió ligeramente. Coll sostenía con ambas manos el talismán ante sí, encarado hacia los umbríos.

Decidido firmemente a que nada volviera a separarlos, Par Ohmsford conjuró el hechizo de la Canción. Este respondió al instante, ansioso por salir, impaciente por actuar. Siempre había algo espeluznante en la voracidad de su llegada y Par se estremeció ante las emociones que le invadieron, ante la avidez que desató en su interior. Sabía que debía controlarlo, pero había perdido las esperanzas de ser capaz de hacerlo.

Al otro lado de la oscuridad que los separaba, Par vio que Rimmer Dall esbozaba una sonrisa. En lo alto de la cuesta, los umbríos empezaban a bajar: oyó el roce de sus zarpas y dientes cuando se deslizaron en medio del rugido del viento, vio el brillo de sus ojos rojos convirtiendo en vapor la lluvia. ¿Cuántos había?, se preguntó Par. Demasiados. Demasiados incluso para la magia imprevisible de la Canción. Con desesperación, buscó a su alrededor un lugar para emprender la huida. Tendrían que echar a correr en algún momento. Tendrían que intentar llegar al río o al bosque, a algún lugar que les permitiera esconderse.

Como si ese lugar existiera. Como si tuvieran alguna posibilidad.

La magia acudió a la punta de sus dedos en forma de un resplandor blanco que ardía con furia. Par sintió a Coll pegado a él y permanecieron espalda con espalda frente al círculo que se estrechaba a su alrededor.

Hubo un relámpago y un trueno estalló en la oscuridad, su eco arrastrado por una ráfaga de viento. A lo lejos, los árboles se mecían y las hojas de las ramas caían y se desperdigaban. «Corre», pensó Par. «Corre ahora que puedes».

De pronto, al pie del viejo roble brilló una luz con un resplandor tan firme que parecía salir del aire. La luz avanzó y se adentró en la oscuridad, temblando ligeramente, apenas mayor que una vela al cruzar una cortina de lluvia. Los umbríos se quedaron paralizados. El viento amainó y dio lugar a una suave brisa. Par vio la sonrisa de Rimmer Dall desaparecer de su rostro. Sus ojos fríos se desplazaron hacia donde la luz se aproximaba, disipando las tinieblas para revelar la forma pequeña y esbelta que la guiaba.

Era un niño con una linterna.

El niño se dirigió a Par y a Coll sin detenerse, sosteniendo la linterna ante sí para iluminar el camino, con los ojos oscuros e intensos, el pelo mojado sobre la frente y los rasgos de la cara relajados y serenos. Par sintió que el hechizo de la Canción empezaba a abandonarlo. No se sintió amenazado ni asustado por ese niño. Miró rápidamente a Coll y vio la sorpresa reflejada en sus ojos oscuros.

El niño llegó hasta ellos y se detuvo. No miró ni una sola vez a los monstruos que gruñían en la oscuridad más allá del círculo de luz que proyectaba su linterna. Mantuvo los ojos clavados en los hermanos.

—Venid conmigo ya si queréis vivir —dijo en voz baja.

Rimmer Dall se alzó como un espíritu oscuro, librándose de la protección de su ropa de forma que sus brazos quedaran libres, con la mano enguantada extendida igual que si pretendiera arrancarle la linterna.

—¡Este no es tu sitio! —dijo con voz lúgubre, susurrante—. ¡No tienes poder aquí!

—Tengo poder allá donde lo desee —respondió el niño, girándose ligeramente—. Soy el portador de la luz de la Palabra, ahora y siempre.

—¡Tu magia es tan vieja que se ha agotado! —exclamó Rimmer Dall, echando fuego por los ojos—. ¡Vete mientras puedas!

Par miró a uno y otro. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién era ese niño?

—¡Par! —oyó exclamar a Coll.

Entonces vio que el niño empezaba a transformarse en un anciano frágil y encorvado que sostenía la linterna lejos de él, como si se quemara con su cercanía.

—Y la tuya —respondió el anciano a Rimmer Dall— es robada y al final te traicionará. —Se volvió de nuevo hacia Par y Coll—. Salgamos de aquí. No os asustéis. Todavía hay ciertas cosas que puedo hacer por vosotros y esta es una de ellas. —La cara arrugada los contempló—. No estaréis asustados, ¿verdad? ¿De un anciano? ¿De un viejo amigo de tantos miembros de vuestra familia? Sabéis quién soy, ¿verdad? Por supuesto que sí. —Extendió una mano y les rozó. Tenía el tacto del papel viejo o de las hojas secas. Algo se encendió en su interior al hacerlo—. Decidme quién soy.

De pronto lo supieron.

—Eres el Rey del río de Plata —respondieron los dos hermanos al unísono, y el círculo de luz de la linterna se amplió hasta abarcarlos.

Los umbríos atacaron al instante. Bajaron la pendiente como una marea negra, haciendo añicos con sus chillidos y aullidos la extraña calma que el Rey del río de Plata había traído consigo. Llegaron con un rechinar de dientes y un movimiento de zarpas que rasgaban el aire y la tierra con furia. Rimmer Dall iba delante, transformado en algo indescriptible, una sombra tan veloz que recorrió el espacio que la separaba de los hermanos Ohmsford en apenas un instante. Unas tenazas de hierro rodearon el cuello de Par y el pecho de Coll hasta ahogarlos y tuvieron la sensación de ser engullidos en la negrura que traía, de caer en un pozo demasiado profundo. Durante un instante se

sintieron perdidos, pero enseguida la voz del Rey del río de Plata los recogió, los acunó como los brazos de una madre calmando a su hijo y los liberó de las tenazas de hierro, sacándolos de la oscuridad.

La voz de Rimmer Dall sonó como el chirrido del hierro contra la piedra y la del Rey del río de Plata se desvaneció. La oscuridad volvió a cercarlos y las tenazas se cerraron. Par intentó liberarse con desesperación. Sentía la terrible oscilación de las magias que esgrimían los contrincantes, las fuerzas del Primer Buscador y del anciano espíritu al forcejear por hacerse con el control de su vida y la de Coll. Este se había separado por alguna razón de él; ya no lo sentía cerca. Por un instante lo vio, distinguió sus rasgos conocidos y luego desapareció.

—Par, tengo que decirte... —oyó que decía su hermano.

En su interior empezó a despertarse el hechizo de la Canción y las palabras de su hermano se alejaron, arrastradas por la corriente.

La linterna del Rey del río de Plata brilló en medio de la oscuridad de los umbríos, la forzó a desaparecer. Par alargó un brazo con la mano extendida hacia la luz, pero la oscuridad volvió a emerger con un grito de desesperación y cólera, aisló a la luz y él se quedó fuera.

Aterrorizado, Par liberó su magia. Esta salió de él rugiendo como una crecida en una tormenta de primavera, un torrente imposible de contener. Sintió cómo la magia estallaba candente y feroz por todas partes, quemándolo todo. Se extendía con furia a su alrededor y Par no podía hacer nada para detenerla.

Sintió que algo cambiaba en él, sintió que se separaba de su cuerpo y volvía la cabeza para no ver su verdadera identidad. El cambio era terrorífico y real; era como si mudara de piel.

Vio desaparecer la linterna del Rey del río de Plata. Vio cómo la oscuridad lo cercaba.

De pronto las fuerzas lo abandonaron, perdió el conocimiento y ya no vio absolutamente nada.

Cuando Barsimmon Oridio le comunicó a Wren que, respecto a la decisión del Consejo Supremo de enfrentarse al ejército de la Federación en lugar de esperarlo en Arborlon, iban a tardar al menos una semana en reunir y abastecer a todo su ejército, la joven reina decidió salir al cabo de dos días con tantos hombres como él pudiera tener listos para hacer de avanzadilla. Como era de esperar, el viejo soldado se negó y sostuvo que no tenía sentido enfrentarse con un ejército tan reducido a otro tan grande, y preguntó qué ocurriría si los acorralaban y se veían obligados a luchar. La reina lo escuchó con paciencia y luego le explicó que el objetivo de la avanzadilla no era tanto entablar combate con el enemigo como observarlo y tal vez entretenerlo cuando descubrieran la presencia de otro ejército. No había motivos para preocuparse, le aseguró. Bar nombraría al comandante de la avanzadilla y ella se sometería a sus decisiones. Él protestó y se resistió, pero al final cedió, contentándose con la promesa de Wren de que esperaría hasta que él llegara con el grueso del ejército para intentar cualquier ofensiva.

A los elfos instalados en los campos de los alrededores se les informó de los avances del ejército de la Federación y del peligro que este entrañaba. Los que quisieran podían ir a Arborlon, que se convertiría en el bastión del pueblo elfo. Los que prefiriesen permanecer donde estaban debían estar preparados para huir en cuanto llegase la Federación. Se enviaron jinetes alados a los puntos más remotos, incluida Ala Desplegada, y se mandaron mensajeros a los demás lugares. Casi inmediatamente empezaron a llegar familias de los asentamientos más próximos a la ciudad. Wren las instaló en campamentos diseminados por el risco y lejos de las fortificaciones que se estaban levantando. En esta ocasión, la ciudad no quedaría aislada detrás de sus muros. El Elfitch había sido destruido en el ataque de los demonios en tiempos de Eventine Elessedil y la Quilla había quedado atrás, en

Morrowindl. Se construirían baluartes, pero no serían ni altos ni impenetrables. Los acantilados del Carolan y las aguas del arroyo Cantarín ofrecían cierta protección natural contra un asalto procedente del oeste, y al norte y al sur había altas montañas, pero lo más probable era que la Federación los atacara por el este desde el Valle de Rhenn. Las defensas tendrían que levantarse allí.

Wren habló largamente con sus ministros y los comandantes de su ejército sobre cómo debían hacerse tales defensas. Había densos bosques que se extendían de la ciudad a las llanuras y muchos de ellos eran impenetrables para un ejército tan numeroso como el que se acercaba. Estaban de acuerdo en que el ejército de la Federación intentaría utilizar su número para aplastar a los elfos y que a sus comandantes no les parecería una opción aconsejable separarse por el bosque. Así pues, llegaría por el Valle de Rhenn y seguiría la carretera principal que conducía a la ciudad por el oeste para desplegarse allí. Pero ni siquiera eso sería fácil. Hacía muchos años que esa vía no se utilizaba con regularidad y apenas se había vuelto a usar desde que los elfos desaparecieron de la Tierra del Oeste. Una parte considerable había sido engullida por el bosque. Hoy día era más un sendero que una carretera. Era estrecho y serpenteante, lleno de rincones donde un pequeño ejército podría resistir durante un tiempo a otro más numeroso. Levantarían fortificaciones en tantos lugares como fuera posible y utilizarían obstáculos y trampas para contener cualquier avance. Entretanto, el ejército principal de los elfos trataría de entretener a las tropas de la Federación en las praderas del este, confiando en su caballería, arqueros y jinetes alados para compensar la superioridad numérica de la infantería de la Tierra del Sur. Si eso fallaba, lanzarían un último ataque en el Valle de Rhenn.

Un grupo de obreros empezó a construir las defensas para el posible avance por el este, mientras otro comenzaba a fortificar el Carolan. Era poco probable un asalto por el oeste, pero no tenía sentido correr el riesgo.

Mientras tanto, comenzó la titánica tarea de equipar y abastecer al ejército elfo, bajo la dirección de Barsimmon Oridio. Wren dejó hacer al viejo soldado, contenta de tenerlo ocupado en algo que no fuera ponerla en tela de juicio. Le anunció en privado a Triss que quería que un gran contingente de la Guardia Real la acompañara en la expedición, y a Tigre Ty, que necesitaba a una docena de jinetes alados. Ambas fuerzas estarían a sus órdenes. Estaba bien dejar las tácticas de combate en manos de hombres como Bar, pero lo último que deseaba era una gran confrontación. Había considerado el asunto con mucho detenimiento. Hostigar, acosar y entretener, había dicho ante el

Consejo... eso era lo que los elfos podían hacer. Garth le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre esta clase de lucha. No había dicho nada ante el Consejo, pero la semana que iban a necesitar para reunir al ejército elfo podía retrasarlos demasiado. La avanzadilla era, en realidad, una pantalla que le permitiría actuar más deprisa. Tenían que frenar ya al ejército de la Federación. Necesitaban tácticas no convencionales, y la Guardia Real y los jinetes alados eran idóneos para esa tarea.

A la mañana del tercer día, Wren partió con un ejército de poco más de mil hombres: ochocientos de infantería, sobre todo arqueros, trescientos de caballería, un centenar de miembros de la Guardia Real bajo el mando de Triss y la docena de jinetes alados que le había pedido a Tigre Ty. Los jinetes alados estaban dirigidos por el veterano y aguerrido Erring Rift, pero Tigre Ty también estaba entre ellos e insistía en que nadie más que él llevaría a la reina por el cielo en caso de que esta deseara seguir reconociendo el terreno. Barsimmon Oridio había puesto a un veterano enjuto y severo llamado Desidio al mando de la expedición. Sin embargo, Wren sabía que era astuto y que podía confiar en él. Era una buena elección. Desidio tenía suficiente experiencia para hacer lo que la situación requiriera, así que le dio su aprobación. La Guardia Real estaba a sus órdenes y los jinetes alados eran independientes y podían seguir a quien quisieran. Estarían equilibrados.

El hecho de que la reina partiera con el pequeño ejército fue objeto de cierto debate entre los ministros, pero ella había dejado claro desde la primera noche que la reina de los elfos debía liderar siempre si quería que alguien la siguiera. Les recordó que había expresado desde el principio su intención de ir con el ejército, y no tenía sentido esperar para hacerlo. Se había pasado la vida entera aprendiendo a sobrevivir y contaba con la fuerza de las piedras élficas para defenderse. En su caso, estaba más segura que la mayoría. No tenía intención de buscar ninguna excusa.

Al final se salió con la suya porque nadie estaba dispuesto a llevarle la contraria en este asunto. Algunos, pensó ella, poco caritativa al ver la expresión sombría de Jalen Ruhl y Perek Arundel, tal vez confiaran en que su temeraria obstinación se volviera contra ella.

Dejó a Eton Shart a cargo del Consejo y la ciudad. Los ministros no se opondrían a él y los elfos lo conocían y respetaban. Sabría guiarlos como fuera necesario y ella tenía fe en que sabría cómo actuar. El primer ministro tal vez no estuviera aún convencido de que ella era la reina que necesitaba su pueblo, pero había dado su palabra de apoyarla y Wren creía que no la

rompería. De los demás no estaba tan segura, aunque Fruaren Laurel parecía entregada a su causa. Pero todos acatarían las órdenes de Eton Shart.

Barsimmon Oridio salió a despedirla y prometió seguirla al cabo de unos días, recordándole su promesa de esperarlo. Wren sonrió y le guiñó un ojo, y eso le hizo sentir tan incómodo que se alejó con paso airado. La muchacha era consciente de la presencia a un lado de Triss, con expresión impertérrita, y al otro de Desidio, que la observaba de soslayo. Tigre Ty había partido al amanecer con Espíritu para enterarse de los avances de la Federación. Los demás jinetes alados saldrían al anochecer y se reunirían con ellos en el campamento que levantarían junto al Valle de Rhenn. Los rastreadores elfos salieron entre manos que se agitaban en un gesto de despedida y ovaciones de los habitantes de la ciudad, jóvenes y viejos, que habían bajado a despedirlos ondeando estandartes y deseándoles éxito. Wren miró a su alrededor sin saber qué pensar. Todo era tan extraño... La partida era festiva y alegre, y no vaticinaba para nada las heridas y muertes que con toda seguridad vendrían a continuación.

Avanzaron deprisa el primer día, desplegándose a lo ancho del estrecho camino para evitar atascos, y los rastreadores se dispersaban entre los árboles a intervalos regulares para prevenirlos de cualquier peligro. Estaban en su propia tierra, de modo que estaban menos alerta de lo habitual. Wren cabalgaba junto a Triss y su Guardia Real, rodeada por delante y por detrás de rastreadores, cuidadosamente protegida de cualquier amenaza. Sonrió al pensar en cuánto habían cambiado las cosas desde que era una sencilla muchacha nómada. Una y otra vez tenía que contener las ganas de desmontar de un salto y huir en la fresca y verde inmovilidad de los árboles para volver a la vida de la que había salido, a su paz.

Había dejado a Fauno encerrado en sus aposentos del segundo piso de la casa de los Elesedil. Las llanuras de Streleheim no eran lugar para una criatura del bosque. Pero el jacarino era muy testarudo y no siempre aceptaba de buena gana lo que Wren proponía. Por ello, antes de que la avanzadilla hiciera un alto a mediodía para descansar y dar de beber a los caballos, Fauno salió como una mancha oscura del follaje para arrojarse sobre su sorprendida ama. En unos segundos, la pequeña criatura había escarbado en los pliegues de la capa de montar de Wren y se había instalado cómodamente. La reina elfa compuso una expresión resignada y aceptó lo inevitable.

El calor de finales de verano era pegajoso y húmedo, y al final del día tanto los hombres como los caballos sudaban profusamente. Acamparon bajo las ramas entrelazadas de un roble y un nogal, a varios kilómetros del valle de

Rhenn, junto a un arroyo y un estanque, por lo que pudieron lavarse y beber resguardados y ocultos en el bosque. Desidio envió por delante a una patrulla de jinetes al paso para asegurarse de que todo iba bien y después se sentó con Wren y Triss para discutir sus siguientes acciones. Tigre Ty traería noticias de la ubicación del ejército de la Federación cuando volviera y, en caso de que este continuara avanzando hacia el norte por Tirfing, los elfos viajarían entonces en dirección sur por los llanos, confiando en que los rastreadores les evitarían caer en una emboscada, o se mantendrían dentro del bosque, donde no serían descubiertos tan fácilmente. Wren escuchó paciente; luego miró a Triss y dijo que prefería viajar por campo abierto para ganar tiempo. Una vez hubieran establecido contacto visual con la Federación, podrían utilizar el bosque para esconderse mientras decidían qué hacer a continuación. Desidio le dirigió una mirada severa al oírle estas palabras, pero acabó dando su conformidad y después se levantó y se retiró.

Acababan de comer cuando Tigre Ty bajó volando entre los árboles lleno de polvo, acalorado y cansado. Dejó a Espíritu a cierta distancia del camino, donde era menos probable que molestara a los caballos, y luego caminó con paso resuelto hacia el campamento. Wren y Triss salieron a su encuentro y Desidio se sumó a ellos. El jinete alado fue breve y directo al grano. El ejército de la Federación había llegado al río Mermidón y estaba empezando a cruzarlo. En algún momento del día siguiente habrían terminado de hacerlo y se dirigirían hacia el norte. Estaban avanzando a toda velocidad.

Wren escuchó la noticia con el ceño fruncido. Había contado con alcanzarlos en el otro extremo del río y retenerlos allí, pero al parecer no había llegado a tiempo. Los acontecimientos se sucedían más deprisa de lo que a ella le gustaría.

Le dio las gracias a Tigre Ty por el informe y ordenó que comiera algo.

—Estás pensando que el ejército elfo está demasiado lejos —dijo Desidio en voz baja, con expresión reflexiva.

—Todavía están a más de una semana de aquí —respondió la joven reina, asintiendo con la cabeza y clavando los ojos en él—. Creo que no debemos permitir que la Federación se acerque tanto a Arborlon sin intentar detenerlos.

Intercambiaron una mirada.

—Ya oíste al general, mi señora —repuso Desidio—. Debemos esperar al ejército principal. —Su rostro permaneció inescrutable.

—Así es —dijo ella con un gesto de resignación—. Pero el general Oridio no está aquí, y tú sí.

—¿Tienes algo en mente, señora? —preguntó él, arqueando sus oscuras cejas.

—Tal vez —respondió Wren, sosteniéndole la mirada—. ¿Querrás oírlo cuando llegue el momento?

—Tú eres la reina —respondió Desidio, levantándose—. Siempre debo escucharte.

—Sabe lo que me propongo, ¿no crees? —le preguntó Wren a Triss, esbozando una sonrisa, cuando Desidio se marchó.

Triss levantó su brazo entablillado y volvió a bajarlo. Dentro de un día le quitarían la tablilla y estaba impaciente por que llegara el momento. Pensó un momento en la pregunta y luego negó con la cabeza.

—No creo que nadie pueda adivinar lo que te propones —dijo en voz baja—. Por eso te temen.

Ella aceptó la observación sin hacer ningún comentario. Triss podía decir lo que quisiera. Lo que habían pasado juntos en Morrowindl le había dado ese derecho. Wren miró hacia el bosque. El crepúsculo formaba charcos de oscuridad sobre el suelo que parecían tragarse la luz. A veces, desde la muerte de Garth, se sorprendía preguntándose si también trataban de tragársela a ella.

Poco después, unos cascos de caballo volvieron a desviar su atención hacia el campamento. Habían regresado los rastreadores enviados al Valle de Rhenn y traían a alguien con ellos. Se detuvieron con gran estruendo, tirando de las riendas de sus monturas, que resoplaban y soltaban espumarajos. Los caballos habían galopado a toda velocidad. Triss se apresuró a levantarse y Wren lo imitó. Los jinetes y el hombre que los acompañaba habían desmontado y se abrían paso entre un grupo de rastreadores elfos hasta donde los esperaba Desidio, una sombra lúgubre recortada contra la luz de la hoguera. Se cruzaron unas palabras y luego Desidio y el desconocido giraron y se encaminaron hacia ella.

Wren los vio mejor cuando se acercaron y advirtió que a Desidio no lo acompañaba un hombre, sino un muchacho.

—Señora —dijo el comandante al detenerse a su lado—. Aquí tienes a un mensajero de los nacidos libres.

El chico se detuvo bajo la luz. Era rubio y de ojos azules, y tenía la tez muy clara bajo el bronceado del sol y el viento. Era menudo y de mirada despierta, y estaba fornido sin ser muy musculoso. Esbozó una sonrisa e hizo una torpe reverencia.

—Me llamo Tib Arne —dijo—. Padishar Cesta y los nacidos libres me envían para saludar al pueblo elfo y ofrecer su apoyo en la lucha contra la

Federación. —Aquel discurso había sido muy ensayado.

—Yo soy Wren Elesedil —respondió la joven reina, ofreciéndole la mano. Él la aceptó, la sostuvo un instante, indeciso, y la soltó—. ¿Cómo nos has encontrado, Tib?

—Sois vosotros los que me habéis encontrado —respondió el muchacho, echándose a reír—. Salí de Callahorn en dirección oeste en busca de los elfos, pero me habéis facilitado las cosas. Tus rastreadores esperaban en la boca del valle cuando entré. —Miró alrededor—. Parece que he llegado justo a tiempo.

—¿Qué clase de ayuda nos ofrecen los nacidos libres? —preguntó Wren, pasando por alto la observación. El muchacho se pasaba de perspicaz.

—A mí, para empezar. Voy a ser vuestro presto y solícito servidor, vuestro enlace con los demás hasta que lleguen. Hasta que los nacidos libres se reúnan en los Dientes del Dragón para marchar hacia el oeste. Llegarán aquí esta semana, cinco mil o más con sus aliados, majestad.

—¿Cinco mil hombres? —repitió Wren, observando cómo Triss arqueaba las cejas.

—Eso me han dicho —respondió Tib, haciendo un gesto de indiferencia—. Yo solo soy un mensajero.

—Y bastante joven, por cierto —observó Wren.

—¡Oh, no tanto como parezco! —respondió el muchacho, sonriendo ligeramente—. Y no viajo solo. Tengo a Gloon para protegerme.

—Gloon —repitió Wren, devolviéndole la sonrisa.

El muchacho asintió con la cabeza, se llevó los dedos a la boca y silbó tan fuerte que enmudeció todo lo que le rodeaba. Levantó el brazo derecho y Wren vio que llevaba un grueso guante de cuero que le cubría hasta el codo.

Entonces de la oscuridad salió una sombra aún más oscura, emitiendo un encolerizado pitido que hendió el aire como un rayo negro. Aterrizó en el guante del muchacho con un ruido sordo bien audible, las alas extendidas y levantadas y las plumas erizadas como púas. Wren no pudo evitar apartarse. Era un pájaro, pero no se parecía a ninguno de los que había visto. Era grande, más grande que un halcón o una lechuza, con las plumas gris pizarra, las cejas rojas y una cresta que se erizaba en actitud amenazadora. Tenía el pico amarillo y con una forma muy marcada de gancho. Las garras eran el doble de grandes de lo que correspondería al resto de su cuerpo fornido y cuadrado, todo nervios y músculos debajo de las plumas. Tenía la cabeza hundida entre los hombros como un luchador y le dirigió a Wren una mirada intensa y maliciosa.

—¿Qué es? —le preguntó al muchacho, dudando de pronto de dónde se había escondido Fauno y esperando que estuviera bien.

—¿Gloon? Es un alcaudón de guerra, un tipo de ave de caza procedente de la tierra de los trolls. Lo encontré cuando era pequeño, lo críe y le enseñé a cazar. —Tib parecía muy orgulloso—. Se ocupa de que no me pase nada.

Wren le creyó. No le gustaba ni un ápice la mirada de ese pájaro. Se obligó a apartar los ojos de él y a ponerlos en el muchacho.

—Tendrás que comer y pasar aquí la noche, Tib —le dijo—. Pero ¿no deberías volver por la mañana para informar a los nacidos libres de dónde estamos? Necesitamos que lleguen lo antes posible.

—Vienen en esta dirección y nada de lo que yo haga les hará avanzar más deprisa —respondió el muchacho, negando con la cabeza—. Cuando estén más cerca enviarán un mensajero... otra ave. Entonces les enviaré a Gloon. —Esbozó otra sonrisa—. Nos encontrarán, no te preocupes. Pero yo me quedaré contigo, majestad. Te serviré aquí.

—La servirías mejor volviendo —dijo Desidio, implacable.

Tib parpadeó y pareció confuso.

—Pero... ¡yo no quiero volver! —respondió impulsivamente, tras vacilar un instante. De pronto aparentaba los años que tenía—. Quiero quedarme aquí. —Miró rápidamente a Wren—. Vosotros sois elfos, majestad, ¡y nadie ha visto elfos antes! Yo... yo no fui el primero que eligieron para hacer este viaje. Tuve que pelear mucho para conseguir que me dejaran venir. No me hagas partir tan pronto. Puedo seros útil, lo sé. Por favor, majestad. He recorrido un largo camino para encontraros. Déjame quedarme un poco más.

—Me imagino que también quieres que Gloon se quede —dijo Wren, esbozando una sonrisa.

—¡Oh, Gloon estará escondido hasta que lo llame! —respondió el joven, devolviéndole la sonrisa. Levantó el brazo y el alcaudón de guerra emprendió el vuelo y desapareció—. Cuida de sí mismo la mayor parte del tiempo —concluyó Tib mientras observaba cómo se alejaba.

Wren miró a Desidio, que respondió con un gesto desconfiado. Tib, con los ojos todavía clavados en el cielo, no pareció verlo.

—Tib, ¿por qué no comes algo y luego te acuestas? —dijo Wren—. Continuaremos hablando por la mañana.

El muchacho la miró sin parpadear. Conteniendo un bostezo, asintió con la cabeza y se marchó obedientemente detrás de Desidio. Tigre Ty pasó por su lado con un plato de comida y, al llegar junto a Wren, se giró para mirar al muchacho con atención.

—¿Era un alcaudón de guerra eso que he visto? —preguntó—. Un pájaro repugnante. Me cuesta creer que ese muchacho haya conseguido entrenarlo. La mayoría pasarían de mirarte a arrancarte la cabeza en un segundo.

—¿Tan peligrosos son? —preguntó Wren, interesada.

—Asesinos —respondió el jinete alado—. Cazan de todo, incluso gatos salvajes. Y no hay forma de detenerlos una vez que empiezan la caza. Dicen que en los viejos tiempos se los utilizaba para matar hombres, que los usaban como asesinos. Astutos y crueles. —Sacudió la cabeza—. Repugnantes, como ya he dicho.

—Es posible que no lo queramos aquí —dijo Wren, mirando a Triss.

—Yo no —respondió Tigre Ty, desperezándose y empezando a alejarse—. Es hora de dormir. Los demás han llegado hace ya más de una hora, por si no los has visto. Volveremos a reconocer el terreno mañana por la mañana. Buenas noches.

Se adentró en la oscuridad, nudoso y patizambo, balanceándose de un lado a otro como un viejo mueble con una pata coja. Wren y Triss observaron su retirada en silencio y después intercambiaron una mirada.

—Haré que Tib vuelva con los nacidos libres —dijo.

Triss asintió con la cabeza. Después, los dos permanecieron en silencio.

Wren dormía, acurrucada bajo su ligera manta de lana a la luz de una hoguera, soñando con cosas que olvidaba tan pronto como abandonaban su mente. Se despertó dos veces por los ruidos de la noche, pequeños chirridos y zumbidos, leves movimientos en la maleza y el susurro de criaturas que no veía por encima de su cabeza, en las ramas de los árboles. Hacía calor y no corría el aire, y esa combinación no le dejaba dormir de un tirón. Los miembros de la Guardia Real dormían a su alrededor y Triss estaba a unos tres metros de distancia. En los límites de su campo visual había otros patrullando, sombras difusas que destacaban en la oscuridad. Acurrucado en la parte interior del codo de Wren, Fauno se sacudía a intervalos. La noche se retiraba con sigilo y ella daba vueltas, entre el sueño y la vigilia.

Se disponía a intentarlo de nuevo, muy entrada la noche, cuando una cara llena de espinas apareció justo delante de ella. Dio un respingo, asustada.

—¡Hssss! ¡Tranquila, Wren Elesedil! —dijo una voz conocida.

—¡Stresa! —exclamó ella, incorporándose sobre un codo.

Fauno chilló al reconocerlo y el gatoespino le hizo callar. Tras acercarse pesadamente a Wren, se sentó sobre los cuartos traseros y la contempló con sus extraños ojos azules.

—No me pareció, pfff, una buena idea dejarte ir sola.

—¡Casi me matas del susto! —dijo Wren, esbozando una sonrisa—. ¿Cómo has pasado por delante de los guardias?

El gatoespino se relamió y ella habría jurado que sonreía.

—La verdad, joven elfa; solo son hombres. Hssss. Si quieres ponerme a prueba, pffffff, llévame otra vez a Morrowindl. —Sus ojos luminosos parpadearon—. Pensándolo bien, no lo hagas. Me gusta estar aquí, en tu mundo.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo Wren, abrazando a Fauno cuando este trató de escabullirse—. A veces me preocupo por ti.

—¿Por mí? ¡Baahhh! ¿Por qué? Después de Morrowindl, ya no me asusta casi nada. Vives en un mundo agradable, Wren de los elfos.

—Pues el lugar adonde vamos no lo es tanto. ¿Lo sabes?

—Hssss. Algo he oído. Más criaturas oscuras, iguales a las de Morrowindl. Pero ¿hasta qué punto son malas estas, joven elfa? ¿Son como, brrrrr, el Wisteron?

El gatoespino tenía la nariz húmeda y le brillaba a la luz de las estrellas.

—No —respondió Wren—. Al menos de momento. Son hombres, pero muchos más que nosotros, y están decididos a destruirnos.

—Mejor eso que monstruos —dijo Stresa, tras reflexionar un instante.

—Sí, mejor. —Inspiró el aire caliente de la noche al suspirar—. Pero muchos de esos hombres también crean monstruos.

—Entonces no cambia nada, ¿no? —El gatoespino se erizó y se levantó—. Estaré cerca de ti, hssss, aunque no me veas. Pero si me necesitas, pffffff, allí estaré.

—Puedes quedarte —propuso ella.

—Soy más feliz en el bosque —respondió Stresa, resoplando—. Y estoy más seguro. Rrrrrr. Tú también lo estarías, pero no irás. Tendré que ser tus ojos. Hssss. Serás la primera en enterarte de lo que vea. —Se relamió—. Cuídate, Wren Elesedil. No olvides las lecciones de Morrowindl.

—No lo haré —respondió la joven reina, asintiendo con la cabeza.

Stresa se giró y empezó a alejarse.

—Envía al jacarino a buscarme si me necesitas —dijo el gatoespino, que había empezado a alejarse, y luego desapareció.

Ella observó cómo se perdía en la oscuridad y después acunó en sus brazos al pequeño y cálido Fauno. Finalmente, se tumbó de nuevo y cerró los ojos, esbozando una sonrisa. Se sentía mejor sabiendo que el gatoespino estaba allí para ella.

En unos segundos, se durmió una vez más y no volvió a despertarse hasta la mañana siguiente.

Al amanecer, la avanzadilla del ejército elfo se dispuso a partir de nuevo. Wren llamó a Tib Arne y le explicó que lo enviaba de vuelta con los nacidos libres para asegurarse de que sabían que los había encontrado y para pedirles que vinieran lo más deprisa posible. Le aseguró que era importante que fuera y que la había honrado su petición de quedarse. Añadió que era libre de volver una vez transmitido el mensaje. Tib hizo un mohín para expresar su decepción, pero al final le dio la razón y prometió hacer lo posible para que los nacidos libres se dieran prisa. Desidio le asignó un par de rastreadores elfos para que lo escoltaran y protegieran, a pesar de las repetidas protestas del joven de que no los necesitaba, y el trío partió a través del valle hacia las llanuras de Streleheim. Gloon no dio señales de vida y Wren se alegró.

Los elfos tardaron casi todo el día en salvar la distancia que los separaba de la Federación. Avanzaban deprisa y sin detenerse, aprovechando las praderas abiertas para acelerar la marcha, confiando en que los jinetes alados y los rastreadores de la caballería evitarían que los descubrieran. Los jinetes alados traían con regularidad informes sobre el avance del ejército de la Tierra del Sur, que se había vuelto más lento. Habían empleado un día entero en cruzar el río Mermidón y otro en reparar los estragos causados por el agua en el equipo. La Federación no había ido más allá de la orilla norte del Mermidón cuando, a media tarde del segundo día, los elfos se encontraron a una distancia adecuada para atacar.

Dos de los jinetes alados, apartándose a toda velocidad del sol que colgaba suspendido en medio de calor abrasador del cielo, llegaron con la noticia de su proximidad. Los elfos estaban desplegados por el límite de los bosques de la Tierra del Oeste, no muy lejos de donde el río Mermidón se doblaba sobre sí mismo al salir del Pykon. Cuando Wren fue informada de

que el ejército que se acercaba estaba a menos de ocho kilómetros de distancia y en movimiento, hizo que Desidio ordenara a los elfos que se cobijaran de nuevo en el bosque hasta que cayera la noche. Allí, en el frescor de la sombra, reunió a los comandantes de la expedición.

—Debemos tomar una decisión —les dijo.

Eran cinco en total: Triss, Desidio, Tigre Ty, Erring Rift y ella. Rift era un elfo alto y de hombros caídos, con una barba negra y greñuda, pelo ralo y unos ojos que parecían trocitos de obsidiana. En calidad de líder de los jinetes alados, su presencia era indispensable. Tigre Ty estaba allí como un favor personal y porque Wren confiaba en su buen juicio. Estaban reunidos en un círculo irregular bajo un nogal viejo, y aplastaban cáscaras de nuez y ramitas con las botas mientras la joven reina hablaba.

—Los hemos encontrado —continuó ella—, pero no basta con eso. Ahora tenemos que decidir qué hacer a continuación. Creo que todos estamos al corriente de las características de su avance. Es un ejército enorme, pero se mueve a un ritmo considerable, más deprisa de lo que habíamos previsto. En cinco días habrán cruzado el río Mermidón y los tendremos aquí. Nuestro ejército está a menos de una semana de donde acampamos. La Federación no va a esperarnos. Por no hablar de que dentro de una semana estarán en el Valle de Rhenn y lanzaremos nuestro primer ataque en el lugar donde habíamos previsto lanzar el último.

—Puede que el calor los frene en campo abierto —dijo Desidio.

—Un fuego los frenaría más —propuso Rift. Se frotó la barba—. Si lo hiciéramos debidamente, el viento lo llevaría hasta ellos.

—Y también hasta los bosques de la Tierra del Oeste —terció Triss.

—O el viento podría cambiar y traérmolo a nosotros —respondió Wren, negando con la cabeza—. Demasiado arriesgado, salvo como último recurso. No, creo que hay otro plan mejor.

—Una confrontación —declaró Desidio en voz baja—. Lo que tenías planeado desde el principio, señora. Lo que tengo prohibido hacer por orden del general.

Wren se volvió hacia él.

—Te dije que llegaría el momento en que tendrías que escucharme —dijo, esbozando una sonrisa y girándose hacia él—. Pues ese momento ha llegado, comandante. Sé cuáles son tus órdenes. Sé lo que le he prometido al general Oridio. También sé lo que no le he prometido. —Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra y echó el cuerpo hacia delante—. Si esperamos aquí con los brazos cruzados, la Federación llegará al Valle de Rhenn antes que

nosotros y nos detendrá. Será el fin de Arborlon. No habrá tiempo para recibir ayuda, ni de los nacidos libres ni de nadie. Necesitamos entretener a ese ejército, darnos tiempo para avanzar hasta donde el ataque sea efectivo. Las órdenes son las órdenes, comandante, pero en el campo de batalla son los acontecimientos los que determinan hasta qué punto deben cumplirse esas órdenes.

Desidio permaneció en silencio.

—Ambos prometimos que la avanzadilla no entablaría combate con la Federación hasta que el general Oridio llegara. Y hemos cumplido la promesa. Pero nada impide actuar a la Guardia Real, que está bajo mis órdenes, ni a los jinetes alados, que son libres de actuar por su cuenta. Creo que deberíamos considerar cómo utilizarlos contra el enemigo.

—¿Una docena de jinetes alados y un centenar de guardias reales? —inquirió Desidio, arqueando las cejas.

—Más que suficiente para lo que ella tiene en mente —intervino Tigre Ty a la defensiva—. Oigamos lo que tiene que decir.

Desidio asintió con la cabeza. Erring Rift se frotó con más ahínco la barbilla, mirándola con atención. Triss tenía todo el aspecto de estar hablando del tiempo.

—Somos muy pocos para enfrentarnos abiertamente al ejército de la Federación —dijo Wren, recorriendo sus caras con la mirada—. Pero tenemos de nuestra parte la iniciativa, la rapidez y la sorpresa, y esas pueden ser armas muy valiosas en un ataque nocturno concebido para desorganizar y confundir. Los jinetes alados pueden atacar desde cualquier parte y la Guardia Real está entrenada para pasar desapercibida. ¿Y si los atacamos de noche, cuando menos lo esperan? ¿Y si los atacamos donde son más vulnerables?

—Sus carros y provisiones —dijo Triss, asintiendo con la cabeza.

—¡Las máquinas de asedio! —exclamó Erring Rift, dando una palmada.

—Podemos prenderles fuego —susurró Tigre Ty con entusiasmo—. ¡Quedarán reducidas a cenizas mientras ellos duermen!

—Más que eso —se apresuró a añadir Wren, atrayendo de nuevo su atención—. Confundámoslos, asustémoslos. De noche no ven. Nos aprovecharemos de eso. Haced todo lo que habéis sugerido, pero hacerles creer que es un ejército entero el que lo hace. Atacadlos todos a la vez y desde todas partes, y desapareced antes de que se den cuenta de lo que ha ocurrido. Dejadlos con la impresión de que les han sitiado. No avanzarán tan deprisa después de eso. Aun después de reparar los daños, se esforzarán más en buscarnos y eso frenará su marcha.

—¡Ha hablado una auténtica nómada! —exclamó Erring Rift con entusiasmo, echándose a reír—. Señora —añadió apresuradamente.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —preguntó Desidio en voz baja—. ¿Qué hay de la avanzadilla?

Wren podía estar equivocada, pero le pareció percibir en su voz expectación, como si esperara que ella tuviera algo en mente, y no quiso decepcionarlo.

—Las provisiones y las máquinas de asedio deben de ir en la retaguardia, de modo que los jinetes alados y la Guardia Real entrarán por detrás. Si ves con claridad el camino, comandante, un ataque de frente y de flanco por parte de los arqueros y la caballería añadiría una importante confusión.

—Puede que estén más despiertos de lo que crees, mi señora —repuso Desidio, tras un breve instante de reflexión—. Y mejor preparados.

—¿Dentro de las fronteras de su propio protectorado? ¿Y sin haber visto a un solo elfo durante todo el trayecto de su marcha al norte? —Negó con la cabeza—. A estas alturas se estarán preguntando si van a encontrar siquiera uno.

—Podría haber umbríos —dijo Triss en voz baja.

—Pero los umbríos irán disfrazados de hombres y no querrán dejarse ver por el ejército —respondió Wren con un asentimiento—. No olvides, Triss, que se amparan en el anonimato para actuar. Si se dejaran ver, perderían esa baza y asustarían a su propio ejército. No creo que corran ese riesgo. Ni que tengan tiempo siquiera de pararse a pensarlo si les cogemos desprevenidos.

—Solo tendremos una oportunidad.

—Así que será mejor que le saquemos todo el partido posible, ¿no? —respondió Wren esbozando una débil sonrisa—. ¿Nos ayudarás? —le preguntó a Desidio, volviéndose hacia él.

—Me estás pidiendo que desobedezca las órdenes del general Oridio —respondió Desidio con un suspiro, arrepentido—. Son explícitas, pero a un comandante le está permitido pensar hasta cierto punto de forma independiente en el campo de batalla. Además, tu análisis de cómo estarán las cosas si no hacemos nada parece certero. —Miró a los demás—. ¿Todos os declaráis a favor?

Los reunidos respondieron asintiendo con la cabeza.

—Entonces haré lo que pueda por salvaros de vosotros mismos, aunque eso signifique salir a campo abierto —respondió el comandante, volviendo a mirar a Wren—. El general no lo aprobará, pero espero que al menos acepte la lógica. Sabe que no tengo autoridad sobre los jinetes alados o la Guardia

Real, y menos sobre ti, mi señora. —Hizo una breve pausa—. Confieso que me sorprende la facilidad con la que me has convencido —concluyó con arrepentimiento.

—Te ha convencido la razón, comandante —le corrigió Wren—. No es lo mismo.

La reina y Desidio intercambiaron una mirada.

—¿Damos por zanjado el asunto? —preguntó Tigre Ty.

—Menos la estrategia, que os la dejo a vosotros —respondió Wren—. Pero comprended que voy a ir con vosotros. No, Tigre Ty, no quiero objeciones. Mira a Triss... ya no se molesta en intentarlo siquiera.

El jinete alado la miró con expresión ceñuda, pero contuvo sus protestas.

—¿Cuándo será, señora? —preguntó Erring Rift. Sus ojos negros centelleaban.

—Esta noche, por supuesto —respondió Wren, levantándose—. Tan pronto como se hayan dormido. —Los rodeó y empezó a alejarse—. Voy a lavarme y a comer algo. Avisadme cuando hayáis elaborado el plan.

Sonrió, satisfecha por el silencio que la siguió, y no volvió la vista atrás.

El día tocaba a su fin, con el horizonte teñido de rojo y púrpura por el oeste y las nubes deformándose y volviéndose a formar, en un paisaje en cambio constante y lento. El calor persistía mientras el sol se ocultaba y los colores se apagaban, y en la inmovilidad del aire flotaba una fétida humedad que hacía que la ropa se pegara al cuerpo y produjera picores. Los elfos cenaron temprano e intentaron dormir, pero ni a la sombra de los árboles corría el aire. Al acercarse la medianoche, despertaron a los rastreadores elfos de Desidio, les dieron órdenes de vestirse y coger sus armas y fueron conducidos del bosque hasta las praderas, deslizándose sigilosos hacia la cuesta situada al norte desde la que podían dominar al ejército dormido de la Federación.

Wren fue con ellos, impaciente por echar un vistazo a ras de suelo antes de alzar el vuelo con los jinetes alados. Salió con un destacamento de la Guardia Real liderado por Triss y Desidio, todos ellos camuflados con los colores del bosque, verde y marrón, y con botas altas, cinturones y guantes para protegerse de la maleza y los arbustos. Ella llevaba en una mochila a la espalda a Fauno (al que no podía dejar atrás) y se había colgado del cuello una bolsa de cuero para tener cerca las piedras élficas. Llevaba un par de cuchillos largos en la cintura y una daga en la bota. «Armada para todo», pensó. Recorrieron a caballo la corta distancia hasta los llanos; luego

desmontaron y se abrieron paso hasta donde las primeras filas de los rastreadores elfos estaban agazapados en la oscuridad.

Avanzó a gatas con Triss y Desidio hasta que logró echar un vistazo al campamento de la Federación.

Su ejército era enorme. Aunque lo había visto desde el aire con Tigre Ty, no estaba preparada para ver las dimensiones que parecía tener ahora. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista, en un laberinto de centenares de hogueras, una explosión de luz que con su brillo hacía palidecer a las estrellas. De los llanos llegaban voces y risas tan claras como si estuvieran a apenas unos pasos. Recortadas contra el cielo al resplandor del fuego había unas máquinas enormes, grandes esqueletos con los huesos de madera y las articulaciones de hierro, que se alzaban como gigantes contrahechos. Los carros estaban apiñados y llenos de montañas de provisiones y armas, y el viento trajo el olor a aceite y a brea. Aun cuando ya era más de medianoche, muchos seguían despiertos, vagando de hoguera en hoguera, atraídos por el tintineo de vasos y tazas de latón, por los gritos, las llamadas y la promesa de alcohol y compañía.

Wren miró a Triss. La Federación estaba relajada, confiaba en que su número y su fuerza los protegiera de cualquier peligro. Le preguntó a Triss si habrían montado guardias. Este se encogió de hombros y señaló a la izquierda y luego a la derecha, contando a los centinelas apostados por los comandantes de la Federación. Eran pocos y estaban muy desperdigados. Ella había acertado en sus suposiciones: los habitantes de la Tierra del Sur no esperaban problemas.

Descendieron la cuesta a gatas hasta que el campo dejó de verse; entonces se levantaron y volvieron sobre sus pasos, pasando por entre las filas de arqueros y soldados de caballería. Cuando estuvieron a una distancia prudente, Wren llevó aparte a Triss y Desidio.

—Acercaos todo lo que podáis, comandante —le susurró al segundo—. Y esperad a que los jinetes alados ataquen por detrás. Cuando veáis fuego, atacad. Los arqueros y a continuación la caballería, como hemos planeado. Y os marcháis rápidamente. No corráis riesgos. No os dejéis ver más de lo necesario. Queremos que se les desborde la imaginación al intentar averiguar cuántos somos.

Desidio asintió con la cabeza. Conocía mejor que ella su trabajo, pero era la reina y no iba a decírselo. Wren esbozó una débil sonrisa, le cogió la mano para expresarle su confianza y luego se dio la vuelta y se marchó con Triss en

silencio. Su escolta los esperaba, y volvieron a montar y a adentrarse en el bosque.

Los jinetes alados y el cuerpo principal de la Guardia Real los esperaban en un claro. Habían tejido una docena de cestas con ramas y cuerdas de cuero, cada una lo bastante grande para contener a una docena de hombres. Los jinetes alados, formas oscuras y silenciosas en la noche, subieron a bordo, armados con arcos y espadas cortas. Cada cesta iba a ser transportada por un roc hasta los llanos que se extendían detrás del ejército de la Federación. Wren corrió hacia Tigre Ty, que ya estaba sentado sobre Espíritu, y se acomodó detrás de él, sujetándose bien con las cuerdas. Triss se subió a la cesta colocada delante. Erring Rift silbó débilmente y, uno por uno, los rocs emprendieron el vuelo, con las cestas sujetas con cuerdas a sus garras por las cuatro esquinas, levantándolas ligeramente del suelo a una distancia prudente por encima de los árboles hacia el cielo oscuro.

El viento soplaba en frías ráfagas que azotaban la cara de Wren Elesedil a medida que Espíritu dejaba atrás el bosque y se dirigía hacia los llanos que se abrían al este. Los fuegos del ejército de la Federación aparecieron casi de inmediato ante ellos y a esa altura parecían aún más desperdigados. Erring Rift tomó las riendas de su roc, Grayl, e hizo girar a la formación hacia el sur, bordeando los bosques y manteniéndose lo más lejos posible de la luz. Descendieron sin hacer ruido hasta la hilera de árboles, observando cómo los fuegos se hacían más grandes para a continuación encogerse al dejarlos atrás e internarse de nuevo en la oscuridad. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Rift los condujo de nuevo hacia la luz y dibujó una amplia curva hacia los llanos para acercarse por detrás.

Wren se agarraba a Tigre Ty con una mano para no perder el equilibrio y mantener el contacto. El jinete alado era robusto y permanecía firme en su asiento, inclinado hacia delante y con la cabeza ladeada mientras volaba. Ninguno de los dos habló.

Cuando se hubieron acercado todo lo posible sin que nadie los viera, los rocs se posaron en el suelo mirando al este. Bajaron las cestas, soltaron las cuerdas y la Guardia Real se dispersó y desapareció en la noche. Los rocs volvieron a elevarse, con Wren todavía montada detrás de Tigre Ty, y, describiendo un amplio arco, se alejaron. Unos minutos para que Triss se deshiciera de los centinelas y sería el momento.

Los rocs volvieron a girar, se enderezaron y se dirigieron derechos al campamento de la Federación, ganando velocidad a medida que avanzaban. Esa era la parte más peligrosa, tanto que Tigre Ty tenía prohibido hacer otra

cosa que llevar a la reina de los elfos de observadora. Pasara lo que pasase, ella tenía que salir de allí ilesa. Volaron a toda velocidad hacia el campamento de la Federación y enderezaron a unos quince metros de altura al pasar por encima de los primeros fuegos.

Una vez allí descendieron, como oscuras flechas salidas de la noche, todos los rocs menos Espíritu. Once en total, las gigantescas aves irrumpieron en el campamento de la Federación en dirección a los fuegos de vigilancia. En el último momento los avistaron y se oyeron gritos de sorpresa. Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Los rocs bordearon con las alas extendidas los fuegos de vigilancia, eligieron los que estaban a punto de apagarse y recogieron con sus endurecidas garras puñados de ascuas ardiendo. ¿Para qué traer fuego cuando lo tenían a mano?, había argumentado Erring Rift. Los rocs se alejaron, girando a derecha e izquierda hacia las máquinas de asedio. Los soldados de la Federación se levantaron en masa de la cama, intentando descifrar la confusión de palabras que les gritaban los que ya estaban despiertos. A esas alturas los rocs ya habían llegado a las máquinas de asedio y los carros de provisiones, y sus garras dejaron caer las ascuas ardiendo sobre la madera seca y vieja. El viento avivó las brasas y la madera estalló en llamas al instante. Algunas aterrizaron sobre las lonas polvorientas, otras sobre las cabinas con tejado de madera situadas sobre las gigantescas torres con escaleras y otras en las tinas de brea que servía para revestir los proyectiles de las catapultas.

El fuego rugía en todas direcciones, esparciéndose, hambriento. Los gritos se convirtieron en aullidos de cólera y peticiones de agua, pero había llamas por todas partes. Los rocs descendían sobre los que trataban de apagar los incendios para ahuyentarlos.

De pronto, la Guardia Real salió de la noche disparando una lluvia de flechas sobre la masa de los soldados de la Federación, dejándolas caer sobre ellos mientras luchaban por arrebatarles las armas, matándolos antes de que comprendieran lo que ocurría. Los espadachines hicieron su aparición, materializándose en toda la periferia del campamento; soltaron a los caballos de guerra y los animales de carga y los ahuyentaron, vaciaron los sacos de grano, volcaron los barriles de agua y destruyeron todo lo que encontraban a su paso.

El ejército de la Federación estaba completamente desorganizado. Los hombres embestían, frenéticos, golpeando a todo lo que se cruzaba en su camino, a menudo a sí mismos. Los oficiales trataron de restaurar el orden,

pero nadie estaba seguro de quién era quién y el esfuerzo se vio arrasado por una oleada de confusión.

Entonces los rastreadores elfos de Desidio atacaron de frente, encabezados por los arqueros, que dejaron caer una lluvia de flechas sobre el campamento, una descarga tras otra. A continuación, la caballería salió en tropel de la noche con un alarido espeluznante. Desde el aire, Wren observó a los caballos elfos abrirse paso entre las primeras filas de la Federación y adentrarse en el corazón del campamento para salir a continuación, para dispersar los fuegos de vigilancia y a los hombres y lanzar por los aires a los soldados y a sus servidores.

Pero el ejército de la Federación era enorme y los ataques apenas arañaron los bordes. Ya habían formado filas en el centro, donde todavía reinaba la calma, y empezaban a marchar despacio pero con decisión hacia el lugar donde se habían originado los disturbios. Cientos de soldados de a pie, armados con escudos y espadas cortas, cruzaron en masa el tumulto, apartando a empujones o pisoteando a sus propios hombres en busca de los intrusos. En unos minutos estaban en la periferia del campamento, donde la luz de los carros y las máquinas de asedio en llamas se reflejaba como si fuera sangre en las corazas que los cubrían.

Wren buscó en la oscuridad, intentando averiguar la suerte de los elfos. Los rocs ya habían emprendido el vuelo de nuevo hacia el sur y Tigre Ty había hecho dar media vuelta a Espíritu para seguirlos. Wren echó un vistazo al campamento por encima del hombro mientras se alejaban a toda velocidad y se internaba en la negrura, pero no consiguió ver a los rastreadores de Desidio ni a la Guardia Real. Los soldados de la Federación emergían del resplandor del fuego, buscando en vano a un enemigo que ya se había desvanecido. Detrás, todos los animales de carga y las máquinas de asedio ardían como pirámides de fuego que se elevaban centenares de metros hacia el cielo nocturno y emitían un calor tan intenso que Wren lo notaba aun desde donde se hallaba. Sentía el olor a ceniza y a humo en las fosas nasales y los gritos de los heridos perforándole los oídos. Por todas partes había hombres tirados en el suelo, cubiertos de sangre e inmóviles.

«Hemos vencido», pensó, pero sintió que se desvanecía su euforia inicial.

Los rocs se alejaban por el aire y Espíritu, que se había quedado rezagado, aceleró para alcanzarlos. Se desplegaron, descendieron donde los esperaban las cestas improvisadas y encontraron a la Guardia Real ya subida en ellas. Ataron las cestas a las garras de los rocs y estos las elevaron del suelo y se dirigieron a toda velocidad hacia los bosques situados al oeste. Unos instantes

después sobrevolaban los árboles, lejos de la locura del campamento de la Federación, y regresaban al refugio de donde habían partido.

En cuanto aterrizaron en el interior del bosque, Wren llamó a los comandantes para conocer las pérdidas. Los rocs habían salido ilesos del ataque; todos los miembros de la Guardia Real habían vuelto sanos y salvos excepto uno y solo tres de los rastreadores elfos habían caído, derribados de sus monturas. Había varios heridos, pero solo uno grave. El ataque había sido un éxito absoluto.

Wren dio las gracias a Triss, Desidio y Erring Rift y ordenó que la avanzadilla se preparara para partir. Se dirigirían hacia el norte antes de que la Federación empezara a buscarlos y elegirían un nuevo lugar donde esconderse en los bosques de la Tierra del Oeste. Al amanecer, analizarían los daños que habían causado al enemigo y decidirían lo que hacer a continuación. Esa noche había sido un buen comienzo, pero el final todavía estaba lejos.

Los elfos se prepararon rápidamente para partir. Se oían susurros de satisfacción y felicitaciones mientras lo hacían. Los elfos habían librado su primera batalla en su tierra natal desde hacía más de cien años y habían vencido. La larga noche en Morrowindl quedaba por fin atrás, ahora que habían liberado una pequeña parte de la rabia y la frustración con las que habían vivido toda su vida. Muchos experimentaban una renovada sensación de libertad.

Wren Elesedil lo comprendía. Reina de los elfos no solo de nombre aquella noche, como su abuela había esperado y Garth le había prometido que sería, algo dentro de ella también se había liberado. Sentía cómo la miraban los elfos. Sentía su respeto. Ahora ellos eran su gente, era parte de su pueblo.

Una hora después todo estaba listo. Con sigilo y en silencio, el pasado de los elfos en Morrowindl se desvaneció en la noche.

Tras una hora de marcha, los elfos pasaron el resto de la noche en una foresta justo al norte del Pykon que se extendía hasta el enorme Bosque de Drey y se dirigieron al sur, hacia los llanos donde había levantado su campamento la Federación. A lo largo de toda la noche vieron en el horizonte el resplandor de las máquinas de asedio y los carros de provisiones en llamas, y en el silencio de su refugio en el bosque oyeron débiles gritos y alaridos.

Durmieron a ratos y se levantaron al amanecer para lavarse, comer y cumplir con sus obligaciones. Desidio envió jinetes a Arborlon con noticias del ataque y la petición personal de Wren a Barsimmon Oridio de que el resto del ejército se desplazara lo antes posible hacia el sur. Se enviaron patrullas de caballería en todas direcciones con órdenes de cerciorarse de que no había en el terreno ningún otro ejército de la Tierra del Sur aparte del que conocían. Se prestó especial atención a las guarniciones dentro de las ciudades de Callahorn. Los jinetes alados volaron hacia el sur para calcular la gravedad de los daños causados en el ataque de la noche anterior y determinar cuándo estaría la columna en condiciones de ponerse de nuevo en movimiento. Era un día nuboso y gris y los rocs volarían sin ser vistos sobre el oscuro telón de fondo de las montañas y bosques de la Tierra del Oeste. Al resto de los elfos, después de haber atendido y dado de comer a sus animales y limpiado y reparado las armas, se les permitió dormir hasta el mediodía.

Wren pasó la mañana con sus comandantes Desidio, Triss y Erring Rift. Tigre Ty había volado hacia el sur, decidido a verificar personalmente el estado del ejército enemigo. Wren estaba cansada y excitada al mismo tiempo, rebosante de energía y tensa por el agotamiento, y sabía que necesitaba dormir unas horas si quería tener la cabeza de nuevo despejada. Pero quiso que sus comandantes, sobre todo Desidio, ahora que se lo había

ganado, empezaran a pensar en qué podía hacer a continuación su pequeño ejército. Eso dependía en gran medida de lo que hiciera la Federación. No obstante, había tantas posibilidades que Wren quería que tomaran decisiones que los llevaran en la dirección correcta. Con suerte, los habitantes de la Tierra del Sur tardarían varios días en ponerse de nuevo en movimiento y eso daría tiempo al cuerpo principal del ejército de los elfos para llegar al Valle de Rhenn. Pero si empezaban a moverse, dependería de Wren y de la avanzadilla hallar la manera de contenerlos una vez más. Bajo ningún concepto iba a permanecer con los brazos cruzados; ni se planteaba quedarse al margen. Habían obtenido una importante victoria sobre un enemigo más poderoso que ellos con el ataque de la noche anterior y no tenía intención de perder la ventaja que esa victoria les había proporcionado. A partir de ahora, la Federación permanecería vigilante; ella quería que así fuera durante el máximo tiempo posible. Era importante que sus comandantes pensarán como ella.

Satisfecha con los resultados de sus conversaciones, se retiró a descansar. Durmió hasta casi el mediodía y al despertarse se enteró de que Tigre Ty y la patrulla de jinetes alados habían regresado. Traían buenas noticias. El ejército de la Federación no daba muestras de reemprender la marcha. Todo el equipo de asedio y la mayor parte de las provisiones habían quedado reducidas a cenizas. El campamento seguía estando donde lo habían dejado la noche anterior y todos los esfuerzos del ejército parecían dirigirse a atender a los heridos, enterrar a los muertos y rescatar lo que quedaba de los suministros. Había exploradores patrullando el perímetro y una partida de hombres hacían incursiones en los campos de los alrededores, pero el cuerpo principal del ejército seguía recuperándose.

—Una cosa es que hoy los veamos reagruparse —le dijo Tigre, que no se sentía satisfecho, a Wren en un aparte—, y otra, que se queden quietos después de un ataque como este. Han sufrido auténticos daños y necesitan lamerse un poco las heridas, pero no nos engañemos. Estarán haciendo lo mismo que nosotros... pensar en cómo responder al ataque. Si mañana siguen allí, será el momento de observarlos más de cerca. Porque para entonces habrán tramado algo, de eso puedes estar segura.

Wren asintió con la cabeza y le dejó para que acompañara a Triss en el almuerzo. Este, tras escuchar la opinión de Tigre Ty, le dio la razón. Se enfrentaban a un ejército aguerrido y sus comandantes no pararían hasta hallar el modo de recuperar la ventaja momentánea que los elfos habían obtenido.

Acababan de comer cuando llegó una patrulla elfa seguida de un harapiento y destrozado Tib Arne. La patrulla estaba recorriendo el extremo inferior de las llanuras de Streleheim en dirección a Callahorn cuando se había topado con el muchacho vagando por los llanos en busca de los elfos. Al encontrarlo solo y herido, lo habían recogido y traído directamente.

Tib tenía cortes y contusiones por toda la cara y estaba cubierto de los pies a la cabeza de polvo y mugre. Daba muestras de agitación y al principio apenas pudo hablar. Wren le hizo sentarse cerca de ella y le lavó la cara con un trapo húmedo. Triss y Tigre Ty se quedaron cerca para escuchar lo que tenía que decir.

—Dime qué ha ocurrido —lo apremió Wren después de haberle tranquilizado para que hablara.

—Lo siento, majestad —se disculpó él, avergonzado por haber perdido los papeles—. Llevo un día y una noche ahí fuera sin comer ni beber, y no he dormido.

—¿Qué te ha pasado? —repitió ella.

—Nos atacaron, a mí y a los hombres que enviaste conmigo, no muy lejos de los Dientes del Dragón. Era de noche cuando llegaron, más de una docena. Habíamos acampado y cargaron contra nosotros. Los hombres que me acompañaban lucharon con todas sus fuerzas, pero los mataron. Me habrían matado a mí también si no hubiera sido por Gloon. Vino a rescatarme y se lanzó sobre los asaltantes mientras yo huía y me refugiaba en la oscuridad. Oí los gritos de Gloon, los aullidos de los hombres luchando contra él y luego el silencio. Me quedé toda la noche escondido en la oscuridad y luego salí a buscaros. Me asustaba seguir sin Gloon por si había otras patrullas buscándome.

—¿Ha muerto el alcaudón? —preguntó Tigre Ty con brusquedad.

—Creo que sí —respondió Tib, deshaciéndose en lágrimas—. No he vuelto a verlo. Le silbé cuando se hizo de día, pero no acudió a la llamada. —Miró a Wren, compungido—. Siento haberte fallado, señora. No comprendo cómo nos encontraron tan fácilmente. ¡Fue como si lo supieran!

—No importa, Tib —lo consoló Wren, poniendo una mano en su hombro—. Hiciste lo que pudiste. Siento lo de Gloon.

—Lo sé —murmuró él, serenándose otra vez.

—Te quedarás con nosotros —le dijo Wren—. Encontraremos la forma de avisar a los nacidos libres o, si no, esperaremos a que ellos nos encuentren.

Pidió algo de comer y de beber para el muchacho y lo envolvió en una manta de lana; después llamó aparte a Tigre Ty y Triss. Estaban de pie bajo

un alto roble del bosque y sobre un suelo cubierto de cáscaras de bellota, mientras las nubes se alejaban por el cielo y dejaban atrás una tenue luz gris.

—¿Qué decís vosotros? —les preguntó.

—Los hombres que iban con el chico eran experimentados —respondió Triss con un gesto dubitativo—. Es extraño que los cogieran por sorpresa. Creo que o tuvieron muy mala suerte o el chico tiene razón y alguien los estaba esperando.

—Os diré lo que pienso yo —dijo Tigre Ty—. Creo que es muy difícil matar un alcaudón de guerra cuando consigues verlo, y no digamos cuando no lo ves.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wren.

—Quiero decir que hay algo en todo esto que me escama —respondió Tigre, frunciendo el ceño—. ¿No te parece extraño encomendar a un muchacho la tarea de traernos noticias de los nacidos libres?

—Es joven, es cierto —dijo Wren, tras mirarlo un instante en silencio, reflexionando—. Pero por eso mismo es menos probable que llame la atención. Y parece bastante seguro de sí mismo. —Hizo una pausa—. ¿No te fías de él, Tigre Ty?

—No he dicho eso. —Los demás fruncieron el entrecejo—. Solo creo que tenemos que ir con cuidado.

—¿Triss? —preguntó Wren tras asentir con la cabeza, sabiendo que lo mejor sería no desestimar las sospechas de Tigre Ty.

El capitán de la Guardia Real tiraba de las vendas de su brazo roto. El cabestrillo se había soltado el día anterior, antes del ataque, y todo lo que quedaba era un par de tablillas estrechas atadas al antebrazo. No levantó la vista mientras apretaba un nudo que se había aflojado.

—Creo que Tigre Ty tiene razón. No está de más tener cuidado.

—De acuerdo —respondió Wren, cruzándose de brazos—. Nombrad a alguien para que lo vigile. —Se volvió hacia Tigre Ty—. Hay algo importante que quiero que hagas. Quiero que busques el lugar donde atacaron a Tib. Coge a Espíritu y vuela hacia el este. Trata de encontrar a los nacidos libres y condúcelos hasta aquí en caso de que tengan problemas para llegar hasta nosotros. Puede que tardes varios días, y tendrás que seguir su pista sin nuestra ayuda. No tengo ni idea de por dónde decirte que empieces, pero si son cinco mil no debería ser difícil encontrarlos.

—No me gusta dejarte. Envía a otro —respondió Tigre Ty, frunciendo el ceño.

—No, tienes que ser tú —dijo Wren, negando con la cabeza—. Puedo confiar en que tu búsqueda tendrá éxito. No te preocupes por mí. Triss y la Guardia Real velarán por mí. Estaré bien.

—No me gusta, pero iré si tú me lo pides —respondió el jinete alado sacudiendo la cabeza.

Por si encontraba por el camino a Par o a Coll Ohmsford, a Walker Boh o incluso a Morgan Leah, le hizo una breve descripción de cada uno de ellos y de cómo podía estar seguro de reconocerlos. Cuando hubo terminado, le estrechó la mano y le deseó suerte.

—Ten cuidado, Wren de los elfos —respondió Tigre Ty, sombrío, mientras le sostenía la mano con firmeza un instante—. Los peligros de este mundo no son muy distintos a los de Morrowindl.

Wren respondió con un asentimiento y una sonrisa, y el jinete alado se marchó. Ella observó cómo empaquetaba las provisiones y unas mantas, lo ataba todo a lomos de Espíritu, montaba sobre él y se ponía en camino, desapareciendo en la luz gris. Permaneció largo rato mirando al cielo después de perderlo de vista. Las nubes cada vez eran más oscuras: llovería al anochecer.

«Necesitamos un refugio mejor», pensó Wren. «Tenemos que movernos».

—Llama a Desidio —le ordenó a Triss.

Si llovía bastante, las praderas en las que había acampado la Federación acabarían cubiertas de fango. Era mucho pedir, pero no pudo evitar desearlo.

«Danos solo una semana», suplicó con los ojos clavados en el cielo gris que se arremolinaba. «Solo una semana».

Sobre su cara cayó la primera gota de lluvia.

La avanzadilla elfa se reunió, lo empaquetó todo y se internó de nuevo en el espeso Bosque de Drey para esperar a que pasara la tormenta. La lluvia arreció a medida que el día avanzaba y hacia el anochecer diluviaba. Los jinetes alados habían atado a los rocs lejos de los caballos y los hombres habían extendido entre los árboles telas de lona para resguardar las provisiones y ponerse ellos a cubierto. Las patrullas habían vuelto de todas partes, excepto de Arborlon, con noticias de que no se acercaba nadie en ninguna dirección y no había rastro de otro ejército de la Federación.

Comieron caliente, con el humo de las hogueras oculto por el aguacero, y se retiraron a dormir. Wren estaba preocupada por las mil cosas que podían ocurrir a continuación y creyó que iba a permanecer horas despierta, pero se quedó dormida casi al instante y lo último en que pensó fue en Triss y los dos guardias que se quedaron cerca vigilando.

Cuando se despertó, seguía lloviendo torrencialmente. El cielo estaba encapotado y el suelo empapado se estaba convirtiendo en barro. Llovió durante todo ese día y parte del siguiente. Los rastreadores salieron a comprobar el avance del ejército de la Federación y a su vuelta informaron de que no se había movido. Como Wren había esperado, las praderas estaban empapadas y resbaladizas y el ejército de la Tierra del Sur había tenido que acurrucarse y esperar a que cesara la tormenta. Recordó la advertencia de Tigre Ty de que no se engañara creyendo que la Federación no estaba haciendo nada solo porque no se movía, pero hacía tan mal tiempo que los jinetes alados no quisieron volar y poco podían averiguar en tierra.

Llegó de Arborlon la noticia de que al cuerpo principal del ejército elfo le faltaban aún varios días de preparativos para emprender la marcha hacia el sur. Wren apretó los dientes en un gesto de frustración. El tiempo tampoco les hacía ningún favor a los elfos.

Pasó un tiempo con Tib, decidida a averiguar más sobre él y preguntándose, intrigada, si las sospechas de Tigre Ty no serían fundadas. Tib se mostró abierto y alegre, salvo cuando ella mencionó a Gloom. Animado por la atención que la reina le prestaba, habló de buen grado de sí mismo. Le contó que había crecido en Varfleet, que sus padres habían muerto en las prisiones de la Federación, que había sido reclutado por los nacidos libres para colaborar en la Resistencia y desde entonces había vivido con los proscritos. Sobre todo llevaba mensajes; era capaz de meterse en cualquier parte porque no parecía un peligro para nadie. Se rio de eso y Wren también lo hizo. Dijo que había viajado unas dos veces hacia el norte, hasta los bastiones de los proscritos en los Dientes del Dragón, pero que no se había quedado a vivir allí porque resultaba más útil en las ciudades. Habló exultante de la causa de los nacidos libres y de la necesidad de liberar a los habitantes de las tierras fronterizas del dominio de la Federación. No habló de los umbríos ni dio muestras de saber nada de su existencia. Wren prestó atención a todas sus palabras y no escuchó nada que sugiriera que Tib era algo distinto a lo que decía ser.

Le pidió a Triss que hablara también con el chico para tomar una decisión. Triss así lo hizo, y la opinión del capitán coincidió con la suya. Tib Arne parecía ser quien decía. Wren se quedó convencida y decidió olvidarse del asunto.

La lluvia cesó a media mañana del tercer día; las nubes se dispersaron y el cielo se despejó y dio paso a la brillante luz del sol. El agua caía de las hojas y formaba charcos, y el aire estaba húmedo y lleno de vaho. Desidio envió a

algunos jinetes de nuevo a los llanos y Erring Rift mandó a un par de jinetes alados al sur. Los elfos salieron del corazón del bosque y se instalaron en los bordes de las praderas a esperar.

Los rastreadores y los jinetes alados volvieron al mediodía con distintos informes. Los rastreadores elfos no habían averiguado nada, pero los jinetes alados informaron de que el ejército de la Federación estaba levantando el campamento y se disponía a partir. Como ya era mediodía, no estaban seguros de lo que eso significaba, ya que el ejército solo podría avanzar unos pocos kilómetros antes de que se hiciera de noche. Wren escuchó todos los informes, pidió que se los repitieran, reflexionó largo rato sobre ellos y a continuación llamó a Erring Rift.

—Quiero ir a echar un vistazo —le ordenó—. ¿Puedes pedir a alguien que me lleve?

—¿Y tener que responder ante Tigre Ty si pasa algo? —inquirió a su vez el hombre de barba negra, echándose a reír—. ¡Ni hablar! Te llevaré yo mismo, majestad. Así, si pasa algo, no tendré que dar cuentas.

Wren informó a Triss de sus intenciones, declinó su oferta de acompañarla y se dirigió a donde Rift se estaba sujetando con cuerdas a Grayl. Tib se acercó a ella con los ojos muy abiertos y preocupados y le preguntó si podía ir también. Ella se rio y le dijo que no, pero, conmovida por la mezcla de anhelo y decepción que transmitía su rostro, le prometió que vendría la próxima vez.

Unos minutos más tarde se abría camino hacia el sur a lomos de Grayl, contemplando el húmedo dosel de ramas entrelazadas del bosque y la alfombra azotada por el viento de las praderas que se extendían hacia el este. La niebla se elevaba de la tierra en vaporosas oleadas y el aire relucía como una tela brillante. Grayl sobrevoló deprisa el bosque más allá del Pykon hasta que el ejército de la Federación apareció ante ellos. Rift hizo que el roc permaneciera a contraluz sobre el telón de fondo de árboles y montañas para mantenerse entre los hombres de la Tierra del Sur y el resplandor del sol de media tarde.

Wren contempló el campamento diseminado. El informe estaba en lo cierto. El ejército se estaba movilizándolo, empaquetando provisiones, formando columnas de hombres y preparándose para partir. Algunos soldados ya se habían puesto en camino y se dirigían al norte. Por muchos daños que hubieran sufrido en el ataque de los elfos, no les había hecho desistir de su propósito original. Volvían a emprender la marcha hacia Arborlon.

Grayl pasó de largo y, cuando Rift estaba a punto de hacerle dar media vuelta, Wren le cogió el brazo y le indicó por señas que continuara. No estaba segura de lo que buscaba, solo quería asegurarse de que no se le escapaba nada. ¿Llegaban jinetes de las ciudades de la Tierra del Sur para intercambiar informes y enviar refuerzos? La advertencia de Tigre Ty resonaba en sus oídos.

Siguieron volando sobre la fangosa cinta del río Mermidón, que corría hacia el sur al salir del Pykon por las llanuras, antes de girar por encima de la Mortaja hacia el este, en dirección a Kern. Las praderas se extendían hacia el sur y el este, vacías y verdes, abrasadoras en el calor del verano. El viento le soplaba en la cara y hacía que le lagrimearan los ojos. Erring Rift se echó hacia delante, apoyado en el cuello de Grayl y guiándolo con las manos.

Más adelante, el río Mermidón giraba bruscamente hacia el este y se estrechaba para, a continuación, ensancharse de nuevo hasta desaparecer en las praderas. El río corría lento y crecido por las lluvias, arrastrando consigo sedimentos de las montañas y los bosques, con las aguas revueltas en el cauce.

En la otra orilla, un rayo de sol se reflejó en un objeto metálico cuando algo se movió. Wren parpadeó; luego tocó el hombro a Rift, que respondió con un gesto de asentimiento. Él también lo había visto. Aminoró la velocidad e hizo que el roc se acercara más a los árboles que crecían junto al límite norte de las montañas Irrybis.

Hubo otro destello y Wren oteó más adelante con atención. Allá abajo había algo grande. No, varias cosas. Y todas se movían, avanzando con pesadez como hormigas gigantes...

Y de pronto los vio bien, encorvados junto a la orilla del río, preparándose para cruzarlo por un estrecho y salir de Tirfing en dirección al norte.

Escaladores. Ocho en total.

Contuvo la respiración al ver, claramente esta vez, los cuerpos armados con púas y filos, las patas y las mandíbulas de insecto, la mezcla de carne y hierro creada por la magia de los umbríos.

Conocía bien a los Escaladores.

Rift obligó a Grayl a girar bruscamente y adentrarse en el bosque, fuera de la vista de las criaturas de la orilla y lejos de la reveladora luz del sol. Volvió a mirar por encima del hombro para asegurarse de que no se había equivocado. Escaladores, salidos de la Tierra del Sur y enviados para ayudar al ejército de la Federación que marchaba hacia Arborlon... Era la respuesta de los umbríos a los problemas que ella le había causado al ejército de la

Federación. Recordó la historia que Garth le había contado cuando era pequeña, una historia que los habitantes de las Cuatro Tierras se habían contado en susurros durante más de cincuenta años, sobre cómo los enanos habían resistido el avance de la Federación en la Tierra del Este hasta que habían enviado a los Escaladores a destruirlos.

Escaladores. Pero esta vez los enviaban para destruir a los elfos.

En el centro de su estómago se abrió un foso frío y oscuro. Erring Rift la miraba, esperando instrucciones. Wren señaló el camino por el que habían venido. Rift asintió con la cabeza y espoleó a Grayl. La reina elfa echó una última mirada atrás y vio cómo los Escaladores desaparecían en el calor.

Desaparecían por el momento, pensó, frunciendo el ceño.

Pero ¿qué podrían hacer los elfos cuando aparecieran de nuevo?

Walker Boh parpadeó. Era un día de una luminosidad intensa, de esos en que la luz del sol deslumbra y los colores brillan con tal intensidad que casi hieren la vista. Los cielos estaban completamente despejados, una cúpula azul que se prolongaba hasta el infinito. Fuera de ese vacío y de esos cielos brillaba el sol de mediodía, un resplandor candente que solo podía contemplarse entrecerrando los ojos y desviando rápidamente la vista. Inundó las Cuatro Tierras y realzó con limpidez los colores de finales de verano, incluso los monótonos tonos marrones de la hierba seca y la tierra polvorienta, y especialmente los verdes de los bosques y prados, los azules de los ríos y lagos, los grises acero y los cobrizos oscuros de las montañas y los llanos. El calor del sol ascendía en oleadas en aquellos lugares donde no había viento que refrescara el aire, pero incluso allí todo parecía cincelado con la precisión de un artesano y daba la impresión de que un simple grito agudo podía hacerlo añicos.

Era un día para vivir, en el que todas las promesas alguna vez formuladas podían cumplirse y todas las ilusiones y sueños concebidos podían hacerse realidad. Era un día para reflexionar sobre la vida y en el que los pensamientos sobre la muerte parecían fuera de lugar.

Walker esbozó una amarga sonrisa. Le hubiera gustado poder hacer que tales pensamientos desaparecieran.

Estaba solo fuera de las murallas de Paranor, en el extremo noroeste, bajo un conjunto de parapetos que sobresalían y formaban un saliente, mirando al otro lado de la extensión de tierra. Estaba allí desde el amanecer, tras haberse escabullido por las puertas del norte mientras los cuatro jinetes se reunían en las del oeste para hacer su desafío diario. Habían transcurrido casi seis horas y los umbríos no lo habían descubierto. Una vez más, se había protegido con

una capa de invisibilidad. El hechizo había funcionado antes, había alegado al exponerle a Cogline su plan. ¿Por qué no iba a volver a hacerlo?

Y de momento así había sido.

La luz del sol bañaba las paredes de los Dientes del Dragón, espantaba hasta las sombras más persistentes y lavaba la lisa y árida superficie de las rocas. Por encima de la hilera de árboles que delimitaban el bosque se veía el norte, las desiertas extensiones de las llanuras de Streleheim. Entre los árboles que rodeaban la fortaleza vislumbraba el azul de los arroyos y estanques, y los pájaros cantores volaban en brillantes explosiones de color que sorprendían y deleitaban la vista.

Walker Boh respiró profundamente el aire del mediodía. En un día como ese, todo era posible. Todo.

Iba vestido con ropas grises y holgadas sujetas a la cintura, y se había quitado la capucha, con lo que el pelo negro le caía sobre los hombros. Llevaba barba, pero recortada y peinada. Por supuesto, nada de todo eso se veía. Para cualquiera que pasara, y en concreto para los umbríos, no era más que un trozo de pared. El reposo y la comida le habían devuelto las fuerzas y la mayoría de las heridas que había sufrido tres días atrás estaban curadas u olvidadas. No se había detenido a pensar en lo ocurrido salvo de pasada. Estaba concentrado en lo que ocurriría a continuación, en ese día, en ese instante.

Era el décimo día del sitio de los umbríos, el día en que se proponía ponerle fin.

Cuando uno de los cuatro jinetes apareció ante él, miró por encima del hombro hacia el castillo. Era Hambre, que doblaba la esquina del muro norte sin mirar ni a izquierda ni a derecha, un esqueleto encorvado sobre su montura, absorto en su peculiar forma de locura. Gris como la ceniza y efímero como el humo, siguió avanzando con los hombros caídos. Pasó a escasa distancia de Walker Boh, pero no levantó la vista.

«Hoy», se dijo el último de los druidas.

Volvió a mirar hacia el valle, pensando en otros momentos y otros lugares, en la historia que le había precedido, en todos los druidas que habían ido a Paranor y lo habían convertido en su hogar. En otro tiempo habían sido miles, pero, salvo uno, todos murieron cuando el Señor de los Brujos, hacía ya mil años, los encerró allí. Solo Bremen había logrado sobrevivir, con lo que se convirtió en el único portador de esperanza para las Razas y ejecutor de la magia del druida. A su muerte fue sucedido por Allanon y, tras el fallecimiento de este, solo quedaba Walker Boh.

Llevaba prendida a la espalda con un alfiler la manga vacía del brazo que le faltaba. Alargó el único que le quedaba para comprobar si le tiraba, tocándose el hombro y la carne cicatrizada unos centímetros más abajo. Apenas recordaba ya la sensación de tener dos brazos. Era extraño que le resultara tan difícil acordarse de cómo era. Pero habían ocurrido muchas cosas en las semanas que habían pasado desde su encuentro con el Áspid y él había cambiado tanto que era normal que no recordara nada de su antigua vida. Incluso la cólera y la desconfianza hacia los druidas habían desaparecido, inútiles para alguien que se había convertido en su sucesor. El desprecio que había sentido por ellos pertenecía al pasado, del mismo modo que había desaparecido la ira que había sentido hacia el Oráculo del Lago, relegada a ese mismo pasado. El Oráculo había hecho todo lo posible por destruirlo, pero sin éxito. No iba a tener otra oportunidad; era una sombra en una tierra de tinieblas. Nunca saldría de allí y Walker no volvería a verlo. El pasado se había llevado a Pe Eltar y al Rey de Piedra, pero Walker había encontrado la manera de sobrevivir a todos los enemigos que se habían levantado contra él, y estos eran ahora meros recuerdos frente a las circunstancias de su presente.

Walker respiró profundamente, cerró los ojos y se refugió en sí mismo. Guerra pasaba ahora, todo filos cortantes y púas, relucientes chapas blindadas y agujeros para respirar. Walker ignoró a los umbríos. Sumergido en el silencio y la paz que reinaban en su interior, reflexionó de nuevo sobre los acontecimientos que se avecinaban. Rememoró paso a paso el plan que había concebido mientras se curaban sus heridas, visualizó los acontecimientos que iba a provocar y sus consecuencias, que debía controlar. Esta vez no iba a dejar nada al azar. No habría tanteos, ni medidas intermedias, ni clemencia. Triunfaría o...

Esbozó una débil sonrisa.

O no triunfaría.

Abrió los ojos y miró al cielo. El mediodía había dado paso a la tarde, pero el sol aún no deslumbraba ni era la hora de más calor, por lo que decidió esperar un poco más. La luz y el calor eran sus aliados frente a los umbríos, por eso se hallaba allí a esas horas. El plan anterior había consistido en escabullirse en la oscuridad, cuando esta favorecía a los jinetes porque eran criaturas nacidas de las tinieblas y de ellas sacaban sus fuerzas. Walker, con la magia del druida, encontraría su fuerza en la claridad.

Al fin y al cabo, iba a ser una competición de fuerzas que determinaría quién viviría y quién moriría ese día.

Fuerzas de todo tipo.

Recordó su última conversación con Cogle. Estaba a punto de amanecer y se disponía a salir cuando había oído un movimiento en las escaleras que bajaban por las torres de entrada al patio en el que él estaba, y había aparecido Cogle. Su cuerpo enjuto se había separado de las sombras con un suave frufú de ropas y una respiración fatigada. Había girado hacia Walker su rostro arrugado y cubierto de barba rala bajo los bordes de la capucha raída, y luego había desviado la vista. Se acercó y se detuvo de cara a la puerta.

—¿Estás listo? —le había preguntado.

Walker había asentido con la cabeza. Ya habían hablado de ello, o al menos de todo lo que Walker había estado dispuesto a hablar. No había nada más que decir.

Las manos del anciano, tan delgadas que casi eran transparentes, se posaron sobre los baluartes que protegían y sujetaban la entrada revestida de hierro.

—Déjame ir contigo —había murmurado Cogle.

—Ya lo hemos discutido —había respondido él a su vez.

—Cambia de opinión, Walker. Déjame ir. Me necesitarás.

—No. Susurro y tú esperaréis aquí... Quédate junto a la puerta y ábreme si el plan no funciona —había contestado Walker, recordando su seguridad anterior.

—Si no funciona, no hará falta que te abra —había insistido Cogle, apretando las mandíbulas.

«Es cierto», pensó Walker. Pero eso no cambiaba las cosas. No iba a permitir que el anciano y el gato del páramo lo acompañaran. No pensaba cargar también con la responsabilidad de sus vidas. Bastante tenía ya con mantenerse entero él.

—Crees que no puedo cuidar de mí mismo —le había dicho el anciano como si le leyera el pensamiento—. Olvidas que estuve años cuidándome solo antes de que llegaras tú... antes de que hubiera ningún druida. Más bien ha sido al revés, yo he cuidado de ti.

—Lo sé —había respondido Walker.

—Podría tener que volver a hacerlo. Podría ocurrir que me necesitaras ahí fuera —insistió entonces el anciano, moviéndose, inquieto. Giró su rostro cubierto por la capucha hacia Walker—. Soy viejo, Walker. He vivido mucho... toda una vida. Ya no importa tanto lo que me ocurra.

—A mí sí me importa.

—Pues no debería importarte ni lo más mínimo —le había espetado Cogleine—. ¿Por qué tendría que importarte? ¿Desde cuándo te preocupo tanto? Fui yo quien te metió a rastras en esto. Fui yo quien te persuadió para que fueras al Cuerno del Hades y leyeras la Historia de los druidas. ¿Lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado —había contestado Walker, negando con la cabeza—. Pero quien tomó las decisiones importantes fui yo, no tú. Ya hemos hablado también de esto. Tú has sido, como yo, un títere en manos de los druidas. Todo se decidió hace trescientos años, cuando Allanon le confió a Brin Ohmsford el destino del linaje. Tú no tienes la culpa de nada.

—Tengo la culpa de todo lo que ha ocurrido en mi vida y en la tuya, Walker Boh —había contestado Cogleine, con los ojos empañados por las lágrimas y adoptando una expresión distante—. Yo elegí seguir el camino del druida para a continuación abandonarlo. Elegí las ciencias antiguas para aprender de ellas, para recuperarlas en la medida de lo posible. Me convertí en una criatura de los dos mundos, druida y hombre, tomé de cada uno lo que necesitaba, guardé lo que codiciaba, les robé a ambos. Soy el vínculo entre el pasado y el presente, lo nuevo y lo antiguo, y Allanon me utilizó como tal. ¿Hasta qué punto lo que yo soy ha hecho posible tu transformación, Walker? ¿Hasta dónde habrías llegado si yo no te hubiera empujado para que continuaras? ¿Crees por un momento que no me daba cuenta? ¿O que Allanon no lo veía? No, no estoy libre de culpa. No puedo librarme de ella descargándola sobre ti.

—Entonces no intentaré liberarte, anciano —había respondido Walker. Recordó la vehemencia de su voz, la dureza que había dejado traslucir, la insistencia que había transmitido—. Pero tampoco me liberaré yo. Tú no has tomado las decisiones por mí ni has impedido que yo las tomara. Sí, había razones de peso para tomar la decisión que tomé, pero tales razones me las sugeriste después de que yo mismo las hubiera considerado. Además, creo que también tú me descargas de responsabilidad. Sin mí, ¿qué papel habrías desempeñado en todo esto? ¿Habrías sido algo más que un mensajero para Par y Wren si no hubieras estado unido también a mí? Creo que no.

El rostro del anciano se había refugiado en la sombra de la capucha al ver la inflexibilidad de Walker, al percibir su determinación.

—Me serás más útil esperando aquí —concluyó Walker, cogiéndole del brazo—. En el pasado siempre has comprendido la importancia de saber cuándo era el momento de actuar y cuándo no. Hazlo de nuevo por mí.

La conversación había terminado, y Cogleine se había quedado allí hasta que el ruidoso desafío de los umbríos reverberó a través de los muros de piedra de Paranor y Walker salió al trémulo amanecer para enfrentarse a él.

«Fuerzas de todo tipo», se repitió al amparo del muro de la fortaleza, oyendo cómo se acercaba el siguiente umbrío que lo asediaba. Necesitaba ante todo la resolución de Cogleine, su firme determinación, para no sucumbir ante los designios más duros de la vida si quería sobrevivir aquel día. Hambre, Peste, Guerra y Muerte, los cuatro jinetes del Apocalipsis, habían ido a exigir que les entregara su alma. Pero aquel día él era el Destino, y el Destino determinaría la suerte de todos.

Levantó la vista cuando apareció Peste y se irguió ligeramente. Había llegado el momento.

Walker Boh esperó a la sombra del muro como una presencia invisible mientras se acercaba el jinete, que llegó aletargado y ensimismado a lomos de su montura, un enjambre de insectos zumbones y portadores de la enfermedad reunidos en la forma de un hombre. Peste carecía de facciones y también de expresión, así que Walker no tenía forma de saber lo que veía o pensaba. Pasó por su lado sin detenerse mientras las garras de su montura arañaban la tierra. Walker la siguió, acomodándose a su paso. El manto de invisibilidad impedía que pudiera ser visto y el ruido que la montura hacía al avanzar, que le oyeran. Walker había considerado la posibilidad de utilizarlo para despistar a los umbríos, pero recordó que no habían tardado en localizarlo cuando había intentado escapar por los túneles subterráneos de Paranor, aun cuando se había movido sigiloso como el pensamiento, y creía que podían detectar su presencia cuando se alejaba lo suficiente de Paranor, su santuario y la fuente del poder de los druidas. Ni siquiera la invisibilidad podía protegerlo allí. Más le valía utilizar aquella ventaja donde pudiera confiar en ella y acabar con los jinetes de una vez por todas.

Rodeó los muros del castillo detrás de Peste mientras el silencio del mediodía solo se veía interrumpido por las garras de la montura escarbando y el zumbido de los insectos enjaulados. Dejaron atrás el muro norte, donde hacía más fresco, y continuaron a lo largo del muro oeste, pasando ante la puerta donde cada mañana se reunían los jinetes para desafiarlo. Había elegido el muro norte para esconderse, consciente de que iba a pasar allí muchas horas, porque confiaba en que las sombras del castillo lo protegieran del calor. Pero sería en el muro sur donde se enfrentaría a los umbríos; en el sur, donde el sol era más fuerte. Ya clareaba cuando abandonaron la última sombra proyectada por la fortificación del castillo y salieron al sol.

Rodearon la esquina del muro sur, una alta y lisa mole de roca caliente que se levantaba frente a un amplio bosque y los apretujados picos de los Dientes del Dragón. El único paso que había junto al muro era un risco polvoriento, yermo salvo por la maleza y un puñado de árboles raquíuticos que descendían en una pronunciada pendiente hacia los bosques más frescos. Hacía un bochorno que amenazaba con absorber el aire de los pulmones de Walker, pero se mantuvo firme, siguiendo a Peste a la misma distancia, y vio desaparecer a Hambre más adelante, entre las sombras que proyectaba el arco del parapeto oriental.

Los segundos pasaban y Walker sentía cómo la tensión se iba acumulando en su interior. «Ten paciencia», se dijo. «Espera a que llegue el momento».

En su interior, la magia empezaba a despertar.

Cuando Peste estuvo a mitad de camino entre la siguiente torre de vigilancia y las verjas del sur, Walker Boh atacó. Todavía escondido en el manto de invisibilidad, arrojó sobre Peste un rayo que hizo que tanto el jinete como su montura rodaran por el suelo. El jinete trató de levantarse, pero Walker volvió a la carga, arrojándole la magia que sus manos irradiaban como un calor frío, lo derribó y lo dejó inconsciente. Walker oyó el ruido que producían los otros tres umbríos al acercarse y sintió su cólera como un alarido en la mente.

Hambre fue el primero en aparecer, saliendo del arco que lo había engullido y acercándose antes que ninguno al lugar de la refriega. Con el cuerpo muy encorvado y las manos huesudas extendidas hacia delante, el jinete se lanzó a la carga. Pero Walker había levantado una nube de polvo y humo delante de él y Hambre no podía ver con claridad lo que ocurría. Cuando salió de la nube, encontró a Walker Boh forcejeando con Peste, intentando arrancarlo de su sinuosa montura, luchando por impedir que uno de los dos se levantara.

Hambre pasó por su lado, tratando de arañarle la cara con los huesos de sus dedos, pero falló y alcanzó a Peste en su lugar. Y este lo alcanzó a su vez.

Los dos jinetes emitieron un grito desgarrador cuando sus magias se atacaron. Peste cayó hacia atrás, debilitado por el hambre y la ansiedad, y Hambre se alejó tambaleándose, mareado y con náuseas.

Desde los muros de roca que había tras ellos salieron chorros de fuego que golpearon con violencia a Hambre y le hicieron tambalearse.

Guerra dobló la esquina del muro oeste y entró en escena, sosteniendo en alto la enorme maza mientras se acercaba con estruendo a la refriega. Su montura vomitaba llamas por la boca y de las ranuras de sus ojos salía fuego.

Vio a Walker Boh forcejeando con Hambre y atacó al instante. Es posible que oyera los gritos de advertencia de Hambre, pero no hizo caso y bajó la maza, decidido a acabar con el druida de un solo golpe. Pero él había desaparecido y el golpe alcanzó a Hambre, con lo que lo derribó y aplastó a su montura. Hambre emitió un gemido de dolor y se desplomó en un montón de huesos, y tanto el jinete como su montura quedaron inmóviles sobre el polvo.

Guerra dio media vuelta y de pronto se encontró en medio de un enjambre de moscas que picaban y mordían al atravesar la protección de las armas y la armadura. Soltó un grito, pero el ataque fue rápido y certero. Peste había visto a Walker Boh esquivar el golpe que había derribado a Hambre, lo había visto precipitarse sobre Guerra y empezar a estrangularlo. Aturdido y abatido, había reaccionado por instinto y le había arrojado fiebre y enfermedad en un rápido contraataque. Pero, por alguna razón, las cosas habían salido mal y el atacado no había sido Walker Boh, sino Guerra.

Pegado al muro del castillo, Walker se ocultó en una nube de polvo detrás de Guerra, que se revolcaba por el suelo, y arrojó contra Peste un chorro de fuego que lo derribó de su montura. Toda la extensión del risco era una nube de polvo y de calor que levantaban las monturas, que se retorcían y gruñían, y sus enloquecidos jinetes. Las imágenes eran un viejo truco que hacía tres siglos había perfeccionado un joven llamado Jair Ohmsford cuando se enfrentó a los mordíferos. Y Walker recordó el truco y lo utilizó con acierto, haciendo correr a los umbríos de un lado para otro, proyectando una imagen de sí mismo primero sobre uno y después sobre otro, mientras él permanecía con la espalda firmemente pegada a la pared del castillo.

Solo eran ilusiones y trucos ópticos, pero parecía que daban resultado.

Aquejado por innumerables fiebres mortales, Guerra daba vueltas sobre su montura. Walker Boh había vuelto a aparecer, a horcajadas sobre Peste, tratando de asfixiarlo. Medio cegado y enloquecido, Guerra fue a la carga empuñando una gran hacha de guerra. En unos segundos estuvo sobre el druida y bajó el arma.

Pero volvió a desaparecer y la hoja cortó a Peste y a su montura.

Desde su escondite contra el muro de la Fortaleza, Walker arrojó fuego sobre Guerra. El umbrío se desplomó de su montura y, cuando intentó levantarse, Walker lo redujo a cenizas.

Había descubierto que las monturas no eran tan resistentes como sus jinetes y que los cuatro jinetes eran capaces de recuperarse de su magia, pero no eran inmunes a la suya propia. No había perdido detalle de cómo le habían atacado en las dos ocasiones anteriores: de uno en uno, nunca todos a la vez.

Un ataque conjunto habría terminado con él, pero se habían abstenido, y la razón era que los cuatro jinetes no solo eran mortales para sus enemigos, sino también entre sí. Imitaciones imperfectas de las leyendas, su magia podía volverse contra ellos. Walker había contado con ello y con la luz y el calor del mediodía para debilitar a esas criaturas nacidas de la oscuridad. Y había acertado.

Se oyó una sacudida desesperada en el lugar donde Guerra se retorció dentro de su armadura, luchando contra la enfermedad que lo atacaba. Hambre y Peste eran unos guiñapos inertes y sus monturas yacían inmóviles a su lado, rezumando de sus cuerpos una sustancia verdosa que se mezclaba con la tierra. La bruma se disipaba, el polvo y la tierra se depositaban en el suelo y volvían a verse fragmentos de cielo, montaña y bosque.

Walker se alejó del muro. Quedaba uno. ¿Dónde estaba...?

De la niebla salió silbando una negra y pesada soga que alcanzó a Walker con el sonido de un graznido. La cuerda dio un latigazo a su alrededor cuando intentó desembarazarse de ella y cayó al suelo. El druida aterrizó enredado de rodillas y luego de espaldas. Al instante salió al resplandor del sol Muerte, enarbolando en alto su enorme guadaña. Walker inspiró; los pulmones le ardían. ¿Cómo podía haberlo encontrado? ¿Cómo había conseguido ver dónde estaba? El jinete se precipitaba hacia él mientras las garras de su montura se hundían con fuerza en la tierra rocosa. Walker se arrodilló de nuevo, intentando liberarse. Debía de haberse acercado con más cautela que los demás y, al ver estallar en llamas a la montura de Guerra, había averiguado el origen del fuego y deducido dónde se escondía.

Walker dejó caer el manto de invisibilidad, puesto que ya había sido descubierto, y conjuró el fuego del druida en un cegador torbellino que hizo trizas la soga de Muerte. En el preciso instante en que el jinete llegaba hasta él, Walker se levantó con esfuerzo y, mediante un escudo protector, desvió la guadaña cuando esta caía sobre él. Con todo, la fuerza del golpe lo derribó. Volvió a levantarse mientras el umbrío retrocedía y rodaba por el suelo. Walker se preparó. Nadie podía librar esa batalla por él; ya había sacado todo el partido posible al truco de las ilusiones. Había llegado el momento de defenderse él solo.

Volvió a armarse de fuego y se agachó. La Muerte contra el Destino.

El jinete pasó por segunda vez por su lado y Walker arrojó fuego contra él. Muerte se alejó, tambaleante, y la hoja de la guadaña se desvió lo suficiente para errar el golpe. Pero el aire se volvía gélido a su paso y Walker sintió que era presa de una oleada de náuseas.

El umbrío volvió a la carga, pero Walker contraatacó enseguida y el fuego del druida salió de su mano extendida como una lanza. La guadaña se levantó, pero el fuego la alcanzó y la hizo pedazos. Muerte azuzó a su montura para que siguiera y volvió a dirigirla contra Walker. Este arremetió una y otra vez, pero el fuego no penetraba las defensas del jinete. Muerte ya estaba casi encima de él, su montura siseaba en medio del polvo y el calor y la guadaña lanzaba destellos. Walker se dio cuenta de que Muerte había cambiado de táctica y se proponía aplastarlo con su montura. Desvió al instante el fuego del druida y lo dirigió a las patas de la bestia, con lo que las cortó por abajo, y a continuación al cuerpo, que se retorció hasta convertirse en una masa de carne humeante.

La montura sufrió un estremecimiento, se desvió hacia un lado y, tras perder el equilibrio, cayó rodando hacia delante. Walker se apartó en el preciso momento en que la monstruosa bestia pasaba por su lado, envuelta en llamas y profiriendo iracundos alaridos. Movía de forma frenética la cola, que alcanzó a Walker en el pecho y lo derribó. Levantó una nube de polvo que se mezcló con el humo que se elevaba de su cuerpo chamuscado y todo desapareció en una bruma cegadora.

Derrotado, ensangrentado y con la ropa hecha jirones, Walker se levantó con esfuerzo. A su lado, la montura agonizaba, y su respiración era un ruido áspero e irregular en el silencio. Walker buscó en la bruma que lo rodeaba.

De pronto, Muerte apareció a sus espaldas, balanceando la guadaña de forma amenazadora sobre su cabeza. Walker le arrojó el fuego del druida para detener el golpe y a continuación se irguió para enfrentarse al umbrío. Aferró con su única mano el mango de la guadaña, apretando el cuerpo contra el de Muerte, y lo recorrió un escalofrío paralizante. El umbrío bajó su cabeza encapuchada mientras forcejeaban por el risco. Sus extraños ojos rojos se clavaron en él y lo atrajeron como un imán. Walker se volvió rápidamente y arrojó el fuego del druida al mango de la guadaña. Muerte dio un brinco hacia atrás y la capucha se levantó hacia la luz, vacía por dentro salvo por los ojos rojos. Soltó la guadaña y empezó a repartir golpes hasta que hizo caer a Walker hacia atrás. Este se encogió y sintió que un nuevo escalofrío recorría su cuerpo; empezaba a fallarle la magia. Muerte volvió a la carga y lo golpeó con violencia en la garganta. El druida soltó el mango y se desplomó.

Muerte siguió avanzando con determinación, una terrible negrura sobre la bruma. Walker rodó y se puso de rodillas, sujetándose el pecho para apaciguar el dolor, luchando por respirar.

La hoja de la guadaña se levantó y cayó.

De repente apareció Cogline entre ellos, un espantapájaros salido de la nada, con sus gastadas ropas agitándose y el pelo ralo azotándole la cara. Aferró el mango de la guadaña y la desvió, y la hoja se clavó en el suelo al lado de Walker. Este se apartó e intentó levantarse de nuevo al tiempo que llamaba a gritos al anciano, pero este ya se había arrojado sobre el umbrío y lo obligaba a retroceder. Muerte aferraba con una mano el cuello de Cogline y con la otra la guadaña, que levantó para atacar. El anciano era pura determinación y luchaba con todas sus fuerzas, pero no tenía nada que hacer contra el umbrío. La mano en su garganta lo obligaba a retroceder lentamente mientras la otra se movía para aferrar mejor la guadaña. «¡Vete!», suplicaba Walker en silencio, incapaz de pronunciar las palabras. «¡Vete, Cogline!».

Walker se levantó del suelo tambaleándose, sobreponiéndose al agotamiento y al dolor, sacando fuerzas de flaqueza.

La delgada figura de Cogline se doblaba como una rama seca al viento y se hundió bajo la arremetida del umbrío. De pronto gritó, sacó de debajo de su capa un puñado de polvos negros y los arrojó al jinete soltando una maldición.

En ese mismo instante, la guadaña cayó.

Los polvos explotaron a través de Muerte en una ráfaga de fuego y sonido que alcanzó también a Cogline y los lanzó a los dos por los aires. Walker se apartó, aturdido ante el estallido y el repentino resplandor y la momentánea visión de los cuerpos destrozados. Luego se precipitó hacia delante tambaleándose y, conjurando la magia, concentró en su puño el fuego del druida. Vio a Muerte elevarse del polvo, un bulto envuelto en una chamuscada y humeante capa negra con llamas saliendo de los extremos de las mangas. A su lado, destrozada, estaba la guadaña, y sus ojos rojos destellaron al alargar la mano para coger los restos.

Walker arrojó fuego en forma de lanzas por el interior de la capucha sin rostro del umbrío, hacia lo que moraba en su interior. Muerte cayó hacia atrás, paralizado. Siguió acercándose, implacable, arrojando fuego y arrasándolo todo a su paso. Muerte dio media vuelta con la intención de huir, pero no tenía ninguna posibilidad de escapar. Walker lo alcanzó, metió el puño en la capucha que se retorció y arrojó dentro todo que le quedaba.

Muerte dio una última sacudida y estalló en llamas.

El Tío Oscuro cayó hacia atrás, sacando el brazo de un tirón y apartándose de la luz y el calor. Sus aliados, la luz y el calor, de lo que los umbríos no podían huir, pensó aturdido. Echó un vistazo atrás. Hecho jirones, inmóvil y sin vida, Muerte ardía sobre el suelo polvoriento.

Walker Boh corrió hacia Cogleine, que yacía en el suelo. Le dio la vuelta con delicadeza y se arrodilló a su lado; le enderezó los brazos y las piernas y se apoyó en el regazo su cabeza ennegrecida. El pelo y la barba estaban casi completamente quemados y de la boca y las fosas nasales manaba sangre. Había estado demasiado cerca del fuego para poder escapar de él. Walker sintió una opresión en el pecho. El anciano lo sabía, por supuesto. Lo sabía, pero aun así había utilizado los polvos.

Cogleine abrió los ojos, de un blanco asombroso en contraste con la piel ennegrecida.

—¿Walker? —llamó, jadeante.

—Estoy aquí —respondió Walker—. Se acabó, anciano. Han caído todos.

—Sabía que me necesitarías —respondió Cogleine, sacudido por un estertor que terminó en un jadeo.

—Tenías razón. Te he necesitado.

—No. —Cogleine alzó la mano y lo cogió del brazo en un gesto posesivo—. Lo sabía, Walker. —Tosió, escupió sangre y levantó la voz—. Me lo dijo Allanon. En el Cuerno del Hades, cuando me advirtió que mis días estaban contados, que mi vida tocaba a su fin. ¿Te acuerdas, Walker? Solo te dije una parte de lo que averigüé ese día. La relacionada con la Historia de los druidas. Pero hay otras cosas que he mantenido en secreto. Me dijo que me necesitarías. Que me daría un poco de tiempo para estar contigo aquí, en Paranor. Que viviría el tiempo necesario para ser útil una vez más. —Tosió, doblándose por el dolor—. ¿Lo comprendes?

Walker asintió con la cabeza. Recordó lo distante y retraído que se había mostrado el anciano en la Fortaleza de los Druidas. Algo había cambiado entre ellos, pero él, absorto en sus esfuerzos por huir de los umbríos, no se había parado a averiguarlo. Ahora estaba claro. Cogleine había sabido que su vida estaba tocando a su fin. Allanon le había concedido un indulto, pero no lo había eximido de la muerte. La magia de la Historia de los druidas le había perdonado la vida en la Chimenea Rocosa para que pudiera morir en Paranor. Era un trueque, y el anciano lo había aceptado. Walker miró el cuerpo destrozado. A través de la tela de sus ropas se veían vetas plateadas entrelazadas con escarcha allá donde la guadaña lo había rajado.

—Debiste decírmelo —insistió con voz queda. Tenía lágrimas en los ojos y no sabía cuándo habían brotado. Una parte de él recordó que solo había llorado una vez en su vida, hacía ya mucho tiempo. No comprendía por qué era capaz de hacerlo ahora, y dudaba que pudiera volver a hacerlo.

—No —respondió Cogline, sacudiendo la cabeza en un lento y doloroso gesto de negación—. Un druida no dice lo que no debe. —Volvió a toser—. Y tú lo sabes.

Walker no podía hablar. Se limitó a mirar al anciano.

—Me dijiste que yo siempre he sabido cuándo debía actuar y cuándo no —manifestó Cogline, parpadeando y esbozando una sonrisa—. Tenías razón.

Tragó saliva una vez más. Luego sus ojos se quedaron fijos y dejó de respirar. Walker siguió mirándolo, arrodillado en medio del polvo y el calor, escuchando el silencio que se extendía ante él, y se consoló con el amargo pensamiento de que Allanon había utilizado al anciano por última vez.

Cerró los ojos sin vida de Cogline.

Ahora solo cabía esperar que el druida le hubiera dado un buen uso.

Walker Boh enterró a Cogline en el bosque que se extendía ante Paranor, en un claro cruzado por un riachuelo que serpenteaba en una serie de rápidos poco profundos; un claro al amparo de robles y nogales, cuyas ramas llenas de hojas cubrían la alfombra de flores silvestres y hierba de sombras en cambio constante que se desplazaban con el avance del sol hacia el oeste. Era un lugar que recordaba a las cañadas ocultas de la Chimenea Rocosa por las que a los dos les había encantado pasear, pensó Walker. Eligió un lugar cerca del centro del claro, desde donde podían verse con claridad las agujas de Paranor. Cogline, que al final de sus días se había considerado un druida extraviado, había regresado a casa.

Cuando terminó de enterrarlo, se quedó en el claro. Estaba destrozado y agotado, pero las heridas más profundas no eran visibles, y le consolaba estar rodeado de árboles ancianos y respirar el aire del bosque. Los pájaros cantaban, el viento agitaba las hojas y la hierba, la superficie del riachuelo se ondulaba y todos los ruidos eran tranquilizadores y dulces. No quería regresar aún a Paranor. No quería pasar junto a los restos abrasados y ennegrecidos de los cuatro jinetes y sus monturas. Solo quería olvidar todo lo que había ocurrido en su vida, hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar. En su interior había una amargura que no conseguía erradicar, que lo roía y arañaba con la persistencia de un animal hambriento que se niega a dejarse cazar. La amargura tenía muchos motivos y Walker no se molestó en enumerarlos. Sobre todo estaba resentido consigo mismo. En las últimas semanas siempre parecía estar resentido consigo mismo, con ese hombre extraño salido de la nada cuya identidad apenas reconocía, un títere demasiado predispuesto a llevar a cabo los deseos y necesidades de ancianos muertos hacía miles de años.

Se sentó en el claro junto al riachuelo, contemplando la extensión de tierra recién removida bajo la cual descansaba Cogleine, y se obligó a pensar en el anciano. Su amargura necesitaba un bálsamo, y tal vez los recuerdos del anciano se lo proporcionaran. Se detuvo un instante para mojarse la cara con agua fría del riachuelo y limpiarse el polvo, la ceniza y la sangre; luego se acomodó al sol y dejó que su mente vagara libremente.

Recordaba a Cogleine sobre todo como su maestro, como el hombre que se había acercado a él cuando más confuso se había sentido. Walker había abandonado a las Razas para vivir aislado en la Chimenea Rocosa, donde nadie lo mirara y murmurara, donde nadie lo conociera como el Tío Oscuro. Por aquel entonces, la magia había sido un misterio para él, el legado de la magia de la Canción de los Deseos que se había transmitido desde Brin Ohmsford a lo largo de generaciones hasta formar una maraña de hilos que era incapaz de desenredar. Cogleine le había mostrado distintas maneras de controlar la magia para que no volviera a sentirse impotente ante ella. Le había enseñado a enfocar su vida de tal modo que él fuera dueño del fuego blanco que ardía en su interior. Había conseguido erradicar su miedo y su confusión y le había ayudado a recuperar el amor propio y el norte de su vida.

El anciano había sido su amigo. Lo había querido y había cuidado de él de formas que, solo tras reflexionarlas, reconocía como las de un padre hacia su hijo. Lo había instruido y guiado, había estado con él cuando lo había necesitado. Incluso cuando Walker creció y hubo entre ellos la distancia que se produce cuando padres e hijos se tratan como iguales sin llegar a creer nunca que lo son, Cogleine había permanecido todo lo cerca de Walker que este le había permitido. Se habían peleado, habían discutido y recelado, se habían acusado y desafiado a hacer lo que debían y no lo que resultaba más fácil. Pero nunca se habían fallado ni abandonado; nunca su amistad los había llevado a la desesperación. En esos momentos, a Walker le reconfortó saber que había sido así.

A veces era fácil olvidar que el anciano había vivido otras vidas antes de esta, vidas de las que Walker apenas sabía nada. Cogleine había sido joven una vez. ¿Cómo habían sido sus primeros años? El anciano nunca se lo había contado. Había estudiado con los druidas, con Allanon, Bremen y los que le habían precedido, pero nunca se lo había dicho, ¿qué edad tenía? ¿Cuántos años había vivido? De pronto, Walker cayó en la cuenta de que no lo sabía. Cogleine era ya un anciano cuando Kimber Boh era una niña y Brin Ohmsford entró en la Cuenca Oscura en busca del Ildatch. Eso había ocurrido hacía trescientos años. Walker sabía cosas de la vida de Cogleine en aquella época;

el anciano le había hablado de ese período, de la niña a la que había criado, de la locura que había invocado y a la que luego se había acogido, de cómo había conducido a Brin y a sus compañeros al Maelmord para acabar con los mordíferos. Walker había escuchado aquellas historias, pero solo eran un fragmento muy pequeño de la vida del anciano, un día en el transcurso de un año. ¿Qué pasaba con el resto? ¿Qué partes de su vida se había negado a revelar... qué partes se habían perdido para siempre?

Walker hizo un gesto de resignación y miró al otro lado del bosque, hacia Paranor. Partes que al anciano no le había importado perder, se dijo. A Walker no podía dolerle que Cogline hubiera preferido mantenerlas en secreto. Ocurría lo mismo en la vida de todo el mundo. Todas las personas se guardaban para sí partes de quiénes o qué eran y cómo habían vivido, cosas que solo les pertenecían a ellos, que nadie más debía conocer. Al morir, tales cosas eran oscuros agujeros en los recuerdos de quienes les sobrevivían, pero así debía ser.

Evocó el rostro cubierto de barba rala del anciano. Trató de oír el sonido de su voz en el silencio. Cogline había vivido mucho tiempo. Había vivido muchas vidas, e incluso más de lo que debería haber vivido; le habían perdonado la vida en la Chimenea Rocosa para entrar en Paranor y verlo regresar; había muerto de la forma que él había elegido, dando su vida para salvar la de Walker. Sería un error por parte de Walker lamentar ese regalo, porque al hacerlo le restaba valor. Cogline había vivido para verle transformado en el druida que él habría podido ser, para verle hacer realidad los sueños de Allanon y la confianza depositada en Brin Ohmsford. Para bien o para mal, Walker había llegado hasta allí sin contratiempos gracias a Cogline.

Empezaba a abandonarle parte de su amargura. No estaba bien sentir tristeza ni pesar. Eran cadenas que ataban con firmeza y tiraban hacia abajo: nada bueno podía salir de ellas. Lo que necesitaba era equilibrio y ver las cosas objetivamente, si quería que el futuro se realizara. Walker podía y debía recordar, pero los recuerdos servían para dar forma a lo que se avecinaba, para aceptar las posibilidades que tenía ante sí y darles el uso que les correspondía. Pensó de nuevo en los druidas y en sus maquinaciones, en la forma en que habían determinado la historia de las Razas. Él, que había desdeñado sus esfuerzos, ahora era uno de ellos. Cogline había vivido y muerto para que así fuera. Se le había concedido la oportunidad de hacer mejor lo que se había apresurado a criticar de quienes lo habían precedido. Y

debía aprovechar al máximo esa oportunidad; Cogleine esperaba que así lo hiciera.

El sol se ocultaba tras el dosel del bosque hacia el oeste cuando Walker se levantó y permaneció un momento más ante la tumba en la que reposaban los restos del anciano. Había aceptado lo que había ocurrido, se había reconciliado con la cruda realidad. Cogleine se había ido y él seguía allí. Sacaría fuerzas, coraje y resolución del ejemplo del anciano y llevaría en el corazón su recuerdo.

La luz se estaba convirtiendo en carmín, dorado y púrpura en la bochornosa bruma del verano cuando regresó a Paranor a través de los bosques cada vez más oscuros.

Aquella noche soñó con Allanon.

Era la primera vez desde la Chimenea Rocosa. Dormía profundamente y el sueño no lo despertó, aunque después pensó que había estado a punto de hacerlo una o dos veces. Estaba exhausto por la lucha y había comido poco. Se había bañado, cambiado de ropa y bebido una jarra de cerveza sentado en el despacho que Cogleine había hecho suyo. Susurro se había acurrucado a sus pies y volvía de vez en cuando hacia él sus luminosos ojos, como si quisiera preguntarle dónde estaba el anciano. Cuando se sintió demasiado cansado para seguir en pie, se retiró a sus aposentos, se deslizó entre las mantas y se dispuso a dormir.

El sueño llegó de inmediato. Era de noche y caminaba solo por la roca negra y brillante que cubría el suelo del Valle de Esquisto. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas, y la luna llena brillaba como ropa blanca recién lavada contra la cresta irregular de los Dientes del Dragón. El aire parecía limpio y fragante como antaño y soplaba una brisa que le refrescaba la cara. Walker iba vestido de negro, con capa y capucha, cinturón y botas; un druida que seguía los pasos de los que lo habían precedido. No se preguntaba quién era, ni cómo había salido de la oscuridad de la piedra élfica negra, cruzado el fuego de la transformación en el foso de la fortaleza y regresado al mundo de los hombres. Era dueño de Paranor y servidor de las Razas. Era una sensación diferente y estimulante; una sensación que no le era desconocida.

Transcurrieron en el sueño unos lánguidos instantes y a continuación Walker se aproximó entre las tinieblas de la noche a las aguas negras del Cuerno del Hades. El lago tenía un brillo cristalino a la luz de la luna y en su superficie lisa y pulida se reflejaban el cielo y las estrellas. La piedra se desmenuzaba bajo sus pies, pero salvo ese ruido todo era silencio. Era como

si estuviera solo en el mundo, el último hombre que lo recorría, centinela solitario del vacío que perduraba.

Llegó al Cuerno del Hades y se detuvo en el borde. El viento dejó de soplar y el silencio lo envolvió. Se quitó la capucha de la capa, no sabía por qué. Con la cabeza al descubierto, se mantuvo a la espera.

Solo fue un momento. Casi de inmediato, el Cuerno del Hades empezó a agitarse y sus aguas borbotearon como si hirvieran. A continuación, empezaron a arremolinarse con un movimiento lento y sostenido en el sentido de las agujas del reloj, que se extendió de costa a costa. Walker comprendió lo que ocurría. Lo había visto antes. El Cuerno del Hades siseó y el agua saltó hacia arriba, formando géiseres que se elevaron por encima de la superficie y cayeron como una miríada de diamantes. Empezaron los gritos, el sonido de voces atrapadas en un lugar remoto suplicando que las liberaran. El valle se estremeció como si reconociera los gritos y les diera la espalda. Walker Boh se mantuvo firme.

Entonces Allanon apareció, emergiendo de las aguas negras en medio de un coro de gritos, un fantasma gris con capa y capucha salido del más allá para hablar con el hombre al que había nombrado su sucesor. Brillaba al elevarse, translúcido a la luz de la luna, la carne y los huesos de su cuerpo mortal convertidos hacía mucho tiempo en polvo: una pálida imagen de lo que había sido. Ascendió de las profundidades hasta quedarse de pie en la superficie de las aguas y permaneció inmóvil de cara a Walker Boh.

—Allanon —saludó el Tío Oscuro con una voz que no reconoció como suya.

—Lo has hecho bien, Walker Boh... —La voz era profunda y sonora, y brotaba de algún lugar cavernoso del interior del fantasma.

—No tan bien —replicó Walker, negando con la cabeza—. Aceptable, como mucho. He hecho lo que debía. He renunciado a lo que era para convertirme en lo que tú has decidido que sea. Al principio me indignó, pero he dejado atrás la cólera.

Las aguas del Cuerno del Hades volvían a rizarse y a sisear a medida que el fantasma avanzaba, deslizándose sobre la superficie sin que pareciera moverse. Se detuvo cuando estuvo a unos tres metros de Walker.

—La vida es el momento de tomar decisiones, Walker Boh. Y la muerte es el momento de recordar lo que decidimos en el pasado. Los recuerdos no siempre son agradables...

—Sé que debe ser así —respondió Walker con un asentimiento.

—Estás triste por Cogleine.

—Pero eso también lo he dejado atrás —contestó, asintiendo una vez más—. He tomado las decisiones correctas, incluida esta última.

El fantasma levantó el brazo y de él cayeron unas gotas brillantes como polvo plateado.

—No pude salvarlo. Ni siquiera los druidas tienen poder para esquivar la muerte. Bremen me hizo saber que se acercaba mi hora y yo se lo hice saber a Cogle. Le brindé toda la ayuda que pude darle: la oportunidad de regresar a las Cuatro Tierras cuando Paranor volviera al mundo de los hombres y ayudarte por última vez en tu lucha contra los umbríos. Eso es todo lo que pude hacer...

Walker no habló, con los ojos fijos en la aparición, viendo a través de ella, contemplando en el vacío el lento vaivén de los hechos, el último ataque de Cogle. La muerte había llamado al anciano, pero en los términos que él había decidido.

—Si pudiera, te devolvería a todos los que has perdido, Walker Boh, pero no puedo. No puedo devolverte nada de lo que se ha ido, ni nada de lo que te queda por perder. La vida de un druida ve muchas muertes...

En su sueño, el valle se oscureció, cubierto por una niebla que lo recorrió como la lluvia al caer sobre un bosque o las nubes al cubrir el sol. Pasó despacio y con suavidad, y trajo consigo una sensación de que las vidas empezaban y seguían su curso, todo en cuestión de segundos. Había rostros, todos desconocidos, y también voces entremezcladas con risas y llanto. El tiempo se prolongaba, las horas se convertían en días y los días en años, y Walker seguía allí, impertérrito al paso de todo aquello, lo que siempre permanecía, eternamente solo.

—A ti te ocurrirá lo mismo. No lo olvides...

Pero Walker no necesitaba recordarlo. Tenía los recuerdos de Allanon que la transformación le había proporcionado. Contaba con los recuerdos de todos los druidas que lo habían precedido. Sabía cómo iba a ser su vida y comprendía muy bien a lo que se enfrentaba.

—No lo olvides...

El susurro del fantasma hizo que el tiempo se detuviera de nuevo, que el Valle de Esquisto volviera a verse con claridad y los pensamientos de Walker contemplaran una vez más la finalidad del sueño.

—¿Por qué estoy aquí, Allanon? —preguntó.

—Ahora estás completo, Walker Boh. Te has convertido en lo que estabas destinado a ser y ya no queda nada pendiente. Ahora llevas el manto del

druida en mi lugar. Llévalo de Paranor a las Cuatro Tierras. Allí te necesitan...

—Lo sé.

—No lo sabes, Walker Boh. —El agua siseó. Allanon bajó su cara encapuchada—. Te has transformado, pero esto solo es el comienzo. Te has convertido en druida, es cierto, pero convertirse no significa que lo seas. Eres el responsable de las Razas, de su bienestar, Tío Oscuro. Ahora debes cuidar a aquellos de quienes intentaste aislarte en otro tiempo. Esperan...

—Que los libre de los umbríos.

—Que les muestres el modo de librarse de ellos. Que les indiques el camino y los guíes para salir de la oscuridad...

—Pero yo no sé más de lo que ellos saben —replicó Walker Boh con un gesto de incompreensión.

De la superficie del Cuerno del Hades surgió una nube de humo y se formó una bruma. La humedad cubrió la cara de Walker como el frío en una mañana invernal. Era la muerte, que rozaba la superficie del Cuerno del Hades, pero no venía por él. Hacía mucho que los druidas habían descubierto secretos que les permitían estar más allá de la muerte.

—Encontrarás la manera. —La voz de Allanon era firme y oscura—. Tienes la fuerza y la sabiduría de todos los que te han precedido. Posees la magia de los tiempos. Sal de Paranor y encuentra a los herederos de Shannara. Partisteis para realizar un cometido y los tres lo habéis cumplido. Tenéis los talismanes, Walker Boh, y los talismanes os darán poder...

—¿Y qué talismán llevaré yo? —preguntó Walker, volviendo a hacer un gesto de incompreensión.

—El talismán más poderoso de todos: el manto del druida que has aceptado —respondió Allanon. El fantasma tembló en una serie de gemidos que se elevaron del lago, amenazando con desaparecer—. No se ve, pero siempre está ahí y solo te pertenece a ti. Su poder se incrementa a medida que lo ejerces, se hace más fuerte cada vez que lo usas. Piensa, Walker Boh. Antes de que lucharas y acabaras con los jinetes eras más débil que ahora. Y así será tras cada desafío al que te enfrentes y superes. Estás en tu niñez y apenas has empezado a descubrir lo que es ser druida. Con el tiempo crecerás...

—Pero ¿de momento...?

—Basta con los que están a tu cargo. Disponen de talismanes, y los talismanes poseen magia. La magia, sumada a tus conocimientos, será el fin de los umbríos. Así fue la primera vez que hablé contigo y así es ahora. Si

podiera, te daría más, Walker Boh. Pero ya te he hecho entrega de todo lo que estaba en mi mano, todo lo que sé. No lo olvides, Tío Oscuro. Me voy de tu mundo a otro. Ya no tengo materia: ahora formo parte de algo distinto. Desde donde estoy no distingo bien las cosas. Solo entreveo sombras y debo confiar en ellas. Pero tu visión es fiable. Vete, Walker. Encuentra a los descendientes de Shannara y averigua qué ha sido de ellos. En sus historias y en ti mismo hallarás todo lo que puedas necesitar. Debes tener fe...

Walker no dijo nada, pensando en que, una vez más, le pedían que actuara basándose solo en la fe. Claro que eso era lo que llevaba haciendo desde que había tenido el primer sueño y se había dejado convencer para viajar al Cuerno del Hades, al encuentro de Allanon. ¿Tan difícil era aceptar que la fe debía guiarlo de nuevo?

Miró la pálida figura que tenía ante sí, el contorno de su transparencia, todos los recuerdos de una vida que había desaparecido.

—Tengo fe —le dijo a la sombra de Allanon, y lo dijo de corazón.

—Walker Boh... —El fantasma habló en una voz baja, llena de un pesar que las palabras no podían expresar—. Encuentra a los herederos de Shannara. Tienes la vista del druida y la sabiduría que necesitan. No les falles...

—No —respondió Walker con voz ronca—. No lo haré.

—Acaba con los umbríos antes de que destruyan las Cuatro Tierras. Siento que su enfermedad está llegando incluso aquí, que roba la vida de la tierra. Detenlos, Walker Boh...

—Sí, Allanon. Lo haré.

—Inclínate entonces, Tío Oscuro. Inclínate por última vez antes de partir. El sueño nos conduce al amanecer y debemos tomar caminos diferentes. Escucha lo último que tengo que decirte y deja que tu sabiduría y tu razón averigüen lo que a ambos se nos oculta. Inclínate ante mí, Walker Boh, y escucha.

La aparición se acercó, una forma humana de vapor sobre las aguas del Cuerno del Hades, una capa de neblina y luz gris, un espectro hecho de ruidos procedentes de una oscuridad aterradora.

En tensión y vacilante, Walker Boh esperó, con la vista clavada en las burbujeantes aguas, en el reflejo de las estrellas y el cielo, hasta que ambos desaparecieron en la negrura del espectro.

Luego sintió en su piel el roce de la aparición y no pudo evitar que un estremecimiento recorriera su cuerpo.

Cuando despertó al amanecer, entraba algo de luz en el pasillo que conducía a su habitación. Permaneció un rato tumbado sin moverse, pensando en el sueño y en todo lo que se le había revelado. Se le había aparecido Allanon en sueños para mostrarle el camino de su nueva vida. El sueño había fortalecido su intención de ir en busca de Par y Wren, pero también le había dado argumentos para creer en sí mismo. Podía aceptar su transformación si eso le daba al menos una posibilidad de liberar esas tierras devastadas y a sus gentes del dominio de los umbríos.

«Encuentra a los descendientes de Shannara. No les falles».

Se levantó de la cama, se lavó y vistió y desayunó en las almenas del castillo mientras contemplaba la tierra a la luz del nuevo día. Volvió a pensar en Cogleine, en todo lo que le había enseñado. Recitó para sí las normas y revelaciones que habían acompañado su transformación de mortal a druida, toda la Historia de los druidas que había recorrido. Se abrió paso a través de las enseñanzas recibidas sobre los usos de la magia; algunos ya los había puesto en práctica.

Por último, repasó el sueño y los secretos que le había revelado. Los más importantes habían llegado al final, cuando Allanon le había tocado. Lo que había averiguado empezaba a sugerir ya respuestas a preguntas que hasta entonces no había podido contestar. Toda la historia de las Cuatro Tierras desde los tiempos del primer Consejo de Paranor seguía unas pautas que eran aplicables a la situación actual; los acontecimientos de las semanas anteriores les daban color y forma. Pero eran el sueño y sus revelaciones los que habían colocado tales pautas a plena luz, donde pudiera verlas con claridad.

Lo que aún no sabía era por qué se le había encomendado a Wren que trajera de vuelta a los elfos.

Lo que, ante todo, faltaba por descubrir era lo que había detrás del secreto del poder de los umbríos.

Se levantó por fin y bajó a las profundidades del castillo. Susurro lo seguía en silencio, como una sombra pegada a sus talones. Decidió llevar consigo al gato del páramo. Después de todo, Cogleine se lo había dado. No podía dejarlo encerrado en la fortaleza y la relación tan estrecha que tenían podía resultarle útil. Sonrió mientras examinaba ese pensamiento. La verdad era que Susurro sería su compañero ahora que Cogleine ya no estaba.

Bajó al foso de la fortaleza y apoyó las manos en la pared de piedra, intentando absorber la vida que había en ella. La magia acudió obediente a su llamada y cerró la fortaleza, de modo que nadie pudiera entrar hasta que él regresara.

Luego cerró las puertas de Paranor y salió de nuevo al mundo. Bajó del risco y se adentró en el bosque, donde había sombras y hacía fresco. Susurro iba con él, agradecido de volver a estar fuera de los muros que lo habían mantenido cautivo; se escabullía entre las sombras para rastrear y cazar, pero volvía de vez en cuando para cerciorarse de que Walker seguía allí. Pasaron junto al lugar donde estaba enterrado Cogline, pero Walker no se detuvo. Ya se había despedido del anciano; era mejor dejar las cosas como estaban.

El día avanzaba hacia la noche, el fuerte resplandor del sol se deslizaba hacia los Dientes del Dragón por el oeste y el calor se diluía poco a poco en el frescor de las sombras de la noche. Walker y el gato del páramo avanzaron sin descanso. Más adelante ardían los fuegos de vigilancia de la Federación, acampada en el desfiladero de Kennon; los soldados cenaban y los centinelas se incorporaban a sus puestos.

A medianoche, Walker y el gato pasaron junto a ellos sin ser vistos y se encaminaron hacia el sur.

Las lluvias que habían caído sobre los elfos de la Tierra del Oeste y sobre el ejército de la Federación que los perseguía seguían formando cúmulos en la parte occidental del horizonte la mañana que las dos harapientas chatarreras cruzaron las puertas de Tyrsis, en compañía de su ciego y anciano padre y el resto de comerciantes, mercaderes, tamborileros, buhoneros y vendedores ambulantes que habían llegado de las comunidades vecinas para comerciar con sus productos. Como la mayoría de los que se proponían entrar, habían pasado la noche acampados fuera de las puertas, impacientes por ser los primeros en cruzarlas para asegurarse los mejores puestos en el mercado al aire libre donde se realizaban las ventas y los trueques. Las atravesaron lo más deprisa que pudieron, aunque se quedaron rezagados a causa del anciano, que se abría paso a tientas y vacilante, arrastrando los pies con cautela por el camino polvoriento.

Había guardias de la Federación apostados en las entradas de los muros exteriores e interiores que examinaban a todos los que pasaban y retenían a los que parecían sospechosos. Por lo general, se preocupaban más de los que salían de la ciudad que de los que entraban. Pero Padishar Cesta, el líder de los proscritos, iba a ser ejecutado al mediodía del día siguiente y a la Federación le preocupaba que intentaran rescatarlo. Estaban convencidos de que cualquier intento de rescate estaba condenado al fracaso, por muy planeado que estuviera, porque la guarnición de la ciudad, que consistía en unos cinco mil hombres, estaba al completo y habían tomado medidas de seguridad especiales. Sin embargo, no querían correr riesgos, y por ello los guardias de las puertas habían recibido órdenes explícitas de sospechar de todo el mundo.

Decidieron retener a las chatarreras y al anciano. Era una selección al azar que el jefe de la guardia había establecido al principio y que pretendía ser una

solución intermedia entre detenerlos a todos, lo cual sería un proceso interminable, y no detener a nadie, actitud que podía entenderse como negligencia en el cumplimiento de su deber. Ordenaron a los tres que se quedaran a un lado, en el centro de un patio dentro de las murallas de la ciudad, y esperaran para ser interrogados. La gente les dirigía miradas furtivas y recelosas que parecían decir «mejor tú que yo». Levantaban nubes de polvo al pasar y, antes incluso de que apretara el sol, el aire estaba caliente y pegajoso.

—Nombres —dijo el oficial de guardia a las mujeres y al anciano.

—Asra y Wintah, y nuestro padre, Criape —respondió la del cabello pelirrojo enmarañado. Tenía llagas en la cara y emitía un olor a basura rancia.

El oficial echó un vistazo a la otra mujer, que abrió de pronto la boca revelando unos dientes ennegrecidos y una garganta en carne viva donde faltaba la lengua. El oficial tragó saliva.

—No puede hablar —explicó la mujer pelirroja, esbozando una sonrisa.

—¿De qué pueblo sois?

—De Spekese Run —respondió la mujer—. ¿Lo conoce?

El oficial negó con la cabeza. Examinó los montones de trapos y chatarra que llevaban a la espalda: cosas sin valor. Echó un vistazo al anciano, que permanecía con la cabeza inclinada, cubierta con la capucha. No podía verle bien la cara, así que dio un paso adelante y le quitó la capucha. El anciano dio un brinco y sus ennegrecidos párpados se abrieron, revelando un espeso y lechoso líquido en las cavidades donde deberían estar los ojos. El oficial tuvo náuseas.

—Pasad —dijo, acompañando sus palabras con un gesto, y se alejó rápidamente para interrogar al siguiente infeliz.

Las mujeres y el anciano se unieron de nuevo a la multitud, atravesaron el cordón de guardias que flanqueaban las puertas del muro interior y entraron en la ciudad. Abandonaron la Vía Tyrstiana y apenas se habían internado en unas callejas donde no había guardias de la Federación cuando Matty Roh escupió la mondadura de fruta teñida que tenía dentro de la boca.

—¡Os dije que era muy arriesgado! —exclamó.

—Pero estamos dentro, ¿no? —replicó Morgan, malhumorado—. Deja de quejarte y llévame a donde pueda quitarme esta porquería de los ojos.

—¡Callaos los dos! —intervino Damson Rhee, apremiándolos a continuar.

A esas alturas, los ánimos estaban caldeados. Habían discutido acaloradamente acerca de quién iba a entrar en la ciudad, una discusión que precipitó la noticia de la inminente ejecución de Padishar Cesta. Un día y

medio no bastaba para rescatarlo, pero era lo que tenían y Morgan había decidido introducir cambios en su plan original. En lugar de que Matty y Damson entraran en la ciudad ellas solas y buscaran al Topo, él iría con ellas. En el mejor de los casos, tenían todo el día y la noche para localizar al Topo, conducir a Chandos y a los demás proscritos a través de los túneles subterráneos, trazar un plan para rescatar a Padishar y ponerlo en la práctica. Morgan insistió en que necesitaba entrar inmediatamente en la ciudad para decidir lo que debían hacer. No podía permitirse esperar a que llegara la noche, y con ella el Topo, para analizar la situación. Damson y Matty se mostraron igual de firmes en que cualquier intento de hacerle pasar ante los guardias correría el riesgo de destrozarse todos sus planes. Si ya era bastante difícil las dos solas, sería el doble de peligroso verse obligadas a llevarlo con ellas. ¿Por qué no podía elaborar un plan desde allí? ¿No había pasado ya tiempo en la ciudad para saber dónde estaba todo?

Y así habían continuado, pero al final Morgan ganó la discusión alegando que no podía elaborar un plan hasta que no supiera dónde estaba encarcelado Padishar, y no podía saberlo si no entraba en la ciudad. El precio de su victoria fue la condición imprescindible de las dos mujeres de que dejara atrás su espada. Un disfraz tal vez funcionara, pero no con un arma. El riesgo de que los descubrieran era demasiado alto. A pesar de las protestas de Morgan, ninguna de las dos cedió y la espada de Leah se quedó atrás, con Chandos.

Damson los condujo por un callejón hasta la puerta lateral de un edificio abandonado, la abrió de un empujón y les hizo pasar. El interior olía a cerrado y estaba mal ventilado, y el polvo flotaba en capas invisibles. Cerró la puerta tras de sí y cruzaron la habitación hasta otra puerta y de allí pasaron a otro cuarto, tan mal ventilado como el anterior. Un pequeño patio se abría más allá. Atravesaron las sombras de las primeras horas de la mañana y la fragancia de las flores silvestres que crecían inexplicablemente en una de las esquinas del patio bañada por el sol, marchito en el resto de su superficie, hasta un cobertizo de fachada abierta lleno de viejas herramientas y bancos de trabajo. Damson dejó allí a sus compañeros y salió con un recipiente de latón. Volvió con él lleno de agua y los tres se sentaron a lavarse.

Una vez limpios, escarbaron en los montones de trastos y sacaron su ropa. Se despojaron de los trajes harapientos y volvieron a vestirse; luego se sentaron en un par de bancos para discutir lo que debían hacer a continuación.

—Intentaré ponerme en contacto con el Topo —dijo Damson, todavía desenredándose la melena pelirroja. Se la recogió con cuidado bajo un pañuelo—. Puedo dejarle algunos avisos. Luego volveré y veré lo que puedo

averiguar sobre Padishar. Tendré que dejaros en alguna parte mientras espero al Topo. Puede que no venga si nos ve a todos... no os conoce a ninguno de los dos y tomará muchas precauciones después de lo que pasó. Si viene, iré con él a buscar a Chandos y al resto y nos reuniremos de nuevo al amanecer. Si no viene...

—No lo digas —la interrumpió Morgan—. Haz todo lo que puedas.

—¿Conoces bien la ciudad? —le preguntó Damson a Matty.

—Lo suficiente para no meterme en líos.

—Si me ocurriera algo, tendrás que sacar de aquí a Morgan —continuó Damson.

—Un momento —exclamó Morgan—. Yo no...

—Tú vas a hacer lo que se te diga. Tus planes no servirán de nada si yo fracaso. Si la Federación tiene al Topo o si me capturan a mí, no habrá nada que hacer.

Morgan la miró fijamente, sin atreverse a replicar por la cólera y la determinación que había visto reflejadas en sus ojos verdes.

—Cuidaré de él —prometió Matty, cogiéndolo del brazo y haciéndole retroceder un paso.

Damson asintió con la cabeza y su rostro se dulcificó. Se levantó, se envolvió en su capa y desapareció de nuevo por donde habían venido. Morgan se quedó mirando cómo desaparecía de su vista, sintiéndose impotente. Damson tenía razón. Él no podía hacer nada si ella fracasaba. El éxito del plan que había trazado dependía de que la chica y el Topo introdujeran a Chandos y a los proscritos en la ciudad. Sin ellos o sin la magia de su espada, no podrían ayudar a Padishar. Los acontecimientos pendían de un hilo muy fino, pensó de forma lúgubre.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Matty Roh alegremente, interrogándolo con sus ojos oscuros y ofreciéndole una manzana.

Esperaron en la sombra del cobertizo, reclusos y solos en el pequeño patio cerrado hasta casi el mediodía. El día era cada vez más brumoso y el sol abrasador abrió despacio un sendero a través de las piedras y la hierba marchita, ascendiendo de este a oeste por el muro norte como pintura derramada. Morgan echó una cabezada, exhausto tras la larga marcha y la noche de incertidumbre que había pasado ante las puertas de la ciudad con su incómodo disfraz. Se sorprendió pensando en Par y en Coll, en los tiempos anteriores a los umbríos y a Allanon, en las veces que habían cazado y pescado en las Tierras Altas, en su niñez, en los días largos y lentos en los que la vida le parecía un juego emocionante. Pensó en Steff, en la abuela Elise y

en la tía Jilt. Pensó en Aurora. Eran recuerdos de un pasado que perdía color a medida que pasaban los días. Tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que habían desaparecido de su vida.

El sol caía a plomo sobre sus cabezas cuando regresó Damson Rhee. Estaba acalorada y cubierta de polvo, pero le brillaban los ojos de emoción.

—¡Tienen a Padishar en la misma torre de vigilancia donde me encerraron a mí! —dijo, dejándose caer en uno de los bancos y quitándose la capa. Tomó un largo sorbo de agua de la taza que Matty Roh le ofreció—. Por lo visto, lo sabe todo el mundo. Mañana al mediodía lo llevarán ante las puertas principales de la ciudad y lo ahorcarán a la vista de todos.

—¿Cómo está? —preguntó Morgan—. ¿Lo sabe alguien?

—Nadie lo ha visto —respondió la muchacha, tragando saliva—. Pero entre los soldados se dice que irá al encuentro de la muerte por su propio pie —concluyó, mirando a Matty Roh.

—Así que lo sabe todo el mundo, ¿eh? —repuso Matty, frunciendo el entrecejo—. No me fío de lo que sabe todo el mundo. Suele terminar siendo un rumor falso, lo digo por experiencia.

—Todos parecían muy seguros —dijo Damson, vacilante. Luego se interrumpió—. Pero supongo que tendremos que asegurarnos.

Matty Roh se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos, con su cara infantil llena de concentración.

—Me has contado que te utilizaron para atrapar a Padishar. —Morgan la miraba fijamente. Era la primera vez que lo oía. ¿Cuántas cosas más no le habría contado Damson?—. Si funcionó una vez, hay muchas posibilidades de que vuelvan a intentarlo. Pero cambiarán de táctica. Esta vez se asegurarán de que nadie escape y, en lugar de utilizar un cebo vivo, tal vez utilicen... lo que todo el mundo sabe.

—Un señuelo —terció Morgan, asintiendo con la cabeza. Tendría que habérselo imaginado—. Esperan un intento de rescate, así que tratan de despistar. Tienen a Padishar en otro sitio.

—Eso creo —repuso Matty, con gesto solemne.

—He dejado señales que el Topo no puede pasar por alto —continuó Damson, levantándose—. Si viene, lo hará esta noche. Tengo tiempo hasta entonces para volver e intentar averiguar dónde está Padishar.

—Voy contigo —dijo Morgan, poniéndose en pie y cogiendo la capa.

—No —repuso Matty Roh con firmeza, levantándose y poniéndose entre ambos—. No vais a ir ninguno de los dos; iré yo. —Cogió su capa y luego miró a Morgan—. A ti podrían reconocerte ahora que vas sin disfraz, y no

podrás entrar en los sitios en los que puedes enterarte de algo, así que más vale que te quedes aquí. —Se volvió hacia Damson y añadió—: Y tú no puedes correr más riesgos, porque también te conocen. Ya nos hemos arriesgado bastante esta mañana. Debes permanecer en un lugar seguro hasta que puedas reunirte con el Topo y vayáis a buscar a los demás. No podrás hacerlo si te descubren y acabas haciéndole compañía a Padishar Cesta. Además, yo soy mejor que tú en esto. Sé escuchar y averiguar cosas. Me dedico a descubrir secretos.

La miraron un instante sin hablar. Cuando Morgan empezó a protestar, Damson le hizo callar con la mirada.

—Tiene razón. Padishar estaría de acuerdo. —Morgan intentó hablar otra vez, pero Damson se adelantó—. Te esperaremos aquí, Matty. Ten cuidado.

—No me esperéis si no he vuelto al anochecer —dijo Matty con un asentimiento y, echándose la capa sobre los hombros, apretó las mandíbulas con resolución. A continuación, dedicándole a Morgan una breve e irónica sonrisa, añadió—: Deséame suerte, montañés. —Luego cruzó el patio y la puerta del otro lado y desapareció.

Esperaron a Matty Roh todo el día, agazapados en el cobertizo, tratando de disfrutar al máximo de la sombra que les proporcionaba. El sol avanzaba poco a poco por el oeste y dejaba a su paso una estela de calor. En el patio apenas corría el aire y el poco que había era polvoriento.

Para que el tiempo pasara más deprisa, Morgan empezó a contarle a Damson cómo Padishar y él habían combatido juntos contra la Federación en el Saliente. Pero hablar de eso no le ayudó a aliviar el tedio como había esperado. Su mente se vio invadida por un recuerdo que ya creía olvidado; no era de Steff, de Teel o del Escalador, ni siquiera de su demoledora lucha en las catacumbas, sino de la terrible y escalofriante sensación de sentirse incompleto que había experimentado al perder la magia de la espada de Leah. No pudo evitar pensar que, al recuperar esa magia que había permanecido dormida a lo largo de varias generaciones de su familia, se habían abierto unas puertas que habría sido preferible dejar cerradas. La magia se había sentado a horcajadas sobre él y le había dominado por completo, un elixir de poder más fuerte que la razón o la entrega, que intentaba subyugarlo con su malicia y no se detenía ante nada en ese afán. Recordó cómo ese poder lo había envuelto y cómo había sufrido su pérdida después, la pérdida de su coraje y determinación cuando más los necesitaba, hasta que ahora, una vez más en posesión del poder, le aterraba lo que pudiera costarle recurrir a él. Eso le hizo pensar de nuevo en Par, que había recibido la maldición, más que

bendición, de la magia de la Canción, una habilidad potencialmente diez veces más poderosa que la de la espada de Leah, una magia que se había visto obligado a controlar desde que nació y que ahora había evolucionado de una forma aterradora y amenazaba con consumirlo por completo. Morgan pensó que en cierto sentido había tenido más suerte que el joven del valle. Él había contado con mucha gente que le había ayudado: Steff, Padishar, Walker, Aurora, Horner Dees y ahora Damson y Matty Roh. Todos habían aportado a su vida una dosis de sensatez y equilibrio, habían evitado que se abandonara a la desesperación que de otro modo se habría apoderado de él. Le habían arrebatado para siempre a algunos de ellos, y a otros los habían alejado las circunstancias, pero habían estado allí cuando los había necesitado. ¿En quién podía confiar Par? ¿En Coll, que se había separado de él por un truco de los umbríos? ¿En Padishar, que también había desaparecido? ¿En Walker, Wren u otro de los que habían emprendido con él ese viaje interminable? ¿En Cogle? ¿En él? Sin duda, en él no. Solo había tenido a Damson y al Topo, sobre todo a Damson. Y ahora ella también se había ido y Par volvía a estar solo.

Un pensamiento le llevó al siguiente y, aunque había empezado a hablar de Padishar y el Saliente, al llegar al final se sorprendió dando la vuelta y hablando una vez más de lo que más le atormentaba, de su amigo Par, a quien creía haber fallado una y otra vez. Le había prometido que estaría siempre a su lado; le había dado su palabra de acompañarlo al norte para protegerlo. Pero no había cumplido su promesa, y se sorprendió deseando tener otra oportunidad, solo una, para compensar las que había desperdiciado.

Damson también habló del joven del valle, y el timbre de su voz delató sus sentimientos más que cualquiera de sus palabras; un susurro que hablaba de su sensación de pérdida, de lo que también para ella era un fracaso. Había elegido a Padishar Cesta en lugar de a Par y, aunque la elección podía estar justificada, eso no era suficiente para consolarla.

—Estoy cansada de tomar decisiones, Morgan Leah —dijo después de haber permanecido un rato callados, tumbados en el suelo y bebiendo agua caliente para evitar deshidratarse. Hizo un gesto lleno de desaliento—. Estoy cansada de sentirme obligada a elegir, de tener que tomar continuamente decisiones que no quiero tomar porque, decida lo que decida, sé que acabaré haciéndole daño a alguien. —Compuso una expresión apenada y le aparecieron algunas arrugas en la frente—. Estoy cansada, Morgan, y no me veo con fuerzas para seguir. —Tenía los ojos llenos de lágrimas a causa, seguramente, de unos pensamientos y sentimientos que él desconocía.

—Seguirás porque debes seguir, Damson. Hay gente que depende de que lo hagas, y tú lo sabes. Ahora mismo, Padishar. Y luego, Par. —Se irguió—. Pero no te preocupes, lo encontraremos entre los dos. No descansaremos hasta dar con él. No podemos rendirnos antes de tiempo, ¿no crees?

Le dio la impresión de haberle hablado con condescendencia y no le gustó. Pero ella respondió con un asentimiento mientras se secaba las lágrimas y siguieron esperando a Matty Roh.

Se hizo de noche y Matty no había regresado. Las sombras ahuyentaron la luz y el cielo se oscureció rápidamente y se llenó de estrellas. Al oeste, más allá de donde alcanzaba la vista, seguía aproximándose el frente de la tormenta y dentro de los muros de la ciudad el aire empezó a enfriarse.

—No puedo esperar más, montañés —dijo Damson, levantándose—. Tengo que irme si quiero encontrar al Topo y estar a tiempo para traer a la ciudad a los proscritos. —Se puso la capa—. Espera aquí a Matty y, cuando venga, piensa en un plan para ayudarnos.

—Cuando venga —repitió Morgan—. Si es que viene.

—Pase lo que pase, vendré a buscaros en cuanto pueda —dijo ella, apoyando una mano en su hombro.

—Buena suerte, Damson. Ten cuidado.

Ella esbozó una sonrisa y desapareció por el patio cada vez más oscuro. La piedra le llevó el eco de sus pasos hasta que dejaron de oírse.

Morgan permaneció sentado en la penumbra, escuchando cómo la ciudad enmudecía poco a poco. Por encima de su cabeza, las nubes ocultaron las estrellas. La noche se hizo más cerrada y se impuso un extraño silencio en el risco. «Padishar, aguanta, ya vamos», pensó. «Aún no sé cómo, pero vamos a por ti».

Intentó dormir, pero no pudo; trató de pensar en algún plan, pero eso suponía abandonar su escondite y, si lo hacía, tal vez no pudiera volver. Tenía que esperar. En su mente se agolpaban planes de rescate, pero eran tan efímeros como el humo: estaban basados en especulaciones y no en hechos y, por tanto, no servían. Si al menos hubiera traído la espada de Leah no se sentiría tan indefenso. Deseó haber tomado decisiones más acertadas en sus esfuerzos por ayudar a sus amigos. Solo quería acurrucarse en un rincón oscuro y tuvo que obligarse a reprimir ese sentimiento por temor a acabar paralizado por el arrepentimiento.

Era casi medianoche cuando oyó el ruido de unas botas en el patio enlosado y, levantando la vista medio dormido, vio a Matty Roh

materializarse a la tenue luz de las estrellas. Se levantó de un salto y ella le hizo callar, cruzó hasta donde la esperaba y se sentó a su lado sin aliento.

—He corrido el último kilómetro y medio —dijo—. Temía que te hubieras ido.

—No. —Morgan esperó—. ¿Estás bien?

—¿Y Damson? —preguntó ella, mirándolo, y sus ojos reflejaron una expresión de angustia.

—Ha ido a reunirse con el Topo y luego iré a buscar a Chandos y todos los demás, y los traeré por los túneles. Se reunirá con nosotros aquí al amanecer.

—Me alegro de que estés aquí —dijo ella, esbozando una sonrisa angustiada e inquisitiva.

—¿Qué ha pasado, Matty? —preguntó Morgan, devolviéndole la sonrisa, pero dejó que se le borrara porque no le parecía un momento apropiado para sonreír.

—Lo he encontrado.

—Explícamelo —la apremió Morgan en voz baja, respirando profundamente. Al ver su rostro cubierto de sudor y su extraña mirada, supo que no debía meterle prisas.

Ella se inclinó hasta estar hombro con hombro con el joven de las Tierras Altas. Sus delicadas facciones de muchacho estaban tensas e irradiaban una urgencia tan clara como la luz.

—Empecé por las tabernas, observando y escuchando. Hice amigos fácilmente, soldados y un oficial subalterno. Les sonsaqué lo que pude y seguí mi camino. Mencionaron el nombre de Padishar, pero solo de pasada, en relación a la ejecución. Se hizo de noche y seguía sin saber dónde lo tenían.

Tragó saliva y alargó una mano para coger la lata de agua, se sirvió una taza y bebió con avidez. Él sentía la fuerza de su delgado cuerpo cuando se movía junto al suyo. Matty se volvió de nuevo hacia él.

—Estaba segura de que lo tenían en algún lugar que la gente evitaría. Si la torre de vigilancia era una artimaña, ¿en qué otro sitio podía estar? Hay prisiones, pero habría corrido la voz. Tenía que haber otro lugar, un lugar al que nadie quisiera ir.

—El Pozo —dijo Morgan, palideciendo.

—Exacto. —Mantuvo los ojos clavados en él—. Entré en el Parque del Pueblo y encontré a muchos guardias en la torre de entrada. «¿Por qué será?», me pregunté. Esperé hasta que salió un oficial de alto rango, de los que hablan. Lo seguí y me senté con él a beber algo. Dejé que me persuadiera para

acompañarlo a un lugar privado. Cuando estuve a solas con él, le puse un cuchillo en la garganta y le hice preguntas. Se mostró evasivo, pero pude sonsacarle lo que yo ya sabía, que tenía a Padishar encerrado en sus celdas.

—¿Vivo?

—Vivo para poder ejecutarlo en público. No quieren que luego corran rumores de que podría haber escapado. Quieren que todo el mundo le vea morir.

Se miraron en la oscuridad. «El Pozo», pensó Morgan con el estómago encogido. Pensaba que no volvería a bajar nunca más allí, ni siquiera a acercarse a él. Pensó en las criaturas que vivían allí, los umbríos salvajes, los monstruos atrapados por la barrera mágica que había hecho pedazos la espada de Leah...

Apartó de su mente ese pensamiento. El Pozo. Al menos sabía a lo que se enfrentaba y podía elaborar un plan.

—¿Te has enterado de algo más? —preguntó en voz baja.

Ella negó con la cabeza. Morgan advirtió que le palpitaba la garganta y el casco negro de su cabello enmarcaba su delicado rostro.

—¿Y el oficial?

Hubo un largo silencio durante el cual ella lo miró a los ojos, viendo más allá, a lo lejos. Luego esbozó una sonrisa vacía.

—Cuando terminé con él, lo degollé.

Después de esa confesión permanecieron callados, sentados en el banco hombro con hombro, contemplando la oscuridad. Morgan estuvo a punto de levantarse y marcharse en varias ocasiones, pero temía que interpretara equivocadamente sus motivos y decidió quedarse donde estaba. Unas risas discordantes e inoportunas quebraron el silencio del patio abierto y parecieron crisparles aún más los nervios. Morgan no sabía cuánto tiempo había pasado. Debía decir algo, lo sabía. Debía enfrentarse a la oscura imagen que habían creado las palabras de Matty, pero no sabía cómo hacerlo.

Un perro ladró a los lejos, un prolongado staccato que dejó de oírse con una brusquedad discordante.

—No te gusta que lo matara —dijo ella por fin. No era una pregunta, sino la constatación de un hecho.

—No, no me gusta.

—¿Crees que no debería haberlo hecho?

—Sí. —A Morgan no le gustaba admitirlo. Tampoco le gustaba el tono en que lo había dicho, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué habrías hecho tú?

—No lo sé.

Ella lo sujetó por los hombros y lo giró hasta quedar cara a cara. Sus ojos eran puntitos de luz azul.

—Mírame —dijo—. Tú habrías hecho lo mismo.

Él respondió asintiendo, pero no estaba convencido.

—Lo habrías hecho porque, si lo piensas, no había otra salida. El hombre sabía quién era y lo que me proponía. No habría tenido ninguna duda. Si le hubiera perdonado la vida, aunque lo hubiera atado y escondido en alguna parte, habría podido escapar o podrían haberlo encontrado o lo que fuera. Y eso habría sido nuestro fin. Tus planes, sean los que sean, habrían fallado. Y

yo tengo que volver a Varfleet. Si él me viera allí alguna vez me reconocería. ¿Comprendes?

—Sí.

—Pero sigue sin gustarte —respondió ella con acritud. Hizo un gesto de impotencia y su pelo negro refulgió. En su voz había una tristeza inequívoca—. A mí tampoco me gusta, Morgan Leah. Pero hace tiempo aprendí que para sobrevivir tengo que hacer muchas cosas que no me gustan. Y no puedo cambiar eso. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve un hogar, una familia, una patria o algo o alguien aparte de mí misma en quien confiar.

—Lo sé —la interrumpió él, avergonzado.

—No, no lo sabes.

—Sí lo sé. Hiciste lo que tenías que hacer y no debería criticarlo. Supongo que lo que me preocupa es la idea. Te veo de otra forma, de un modo diferente.

—Eso es porque no me conoces, Morgan —respondió Matty, esbozando una triste sonrisa—. Me has visto de una manera durante un breve espacio de tiempo y crees que soy así. Pero tengo otras muchas caras que no has visto. Ya he matado antes. He matado cara a cara y sin esconderme. Y lo he hecho para salvar el pellejo. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Si no puedes comprenderlo... —Se interrumpió mordiéndose el labio inferior, se levantó bruscamente y se alejó.

Él no trató de detenerla. Observó cómo se iba al fondo del patio y se sentaba en el suelo de piedra con la espalda contra la pared, rodeada de profundas sombras. Matty se quedó quieta en la oscuridad. El tiempo pasaba y a Morgan le pesaban los párpados. No había dormido desde la noche anterior, y entonces tampoco había descansado mucho. Amanecería antes de que se diera cuenta y estaría exhausto. Todavía no había trazado un plan para rescatar a Padishar Cesta... ni siquiera había pensado en ello. Se sentía falto de ideas y de esperanza.

Por fin tendió la capa en el suelo del cobertizo, hizo una almohada con los trapos que habían traído los tres y se tumbó. Trató de pensar en Padishar, pero se quedó dormido casi al instante.

En cierto momento de la noche lo despertó un movimiento. Notó el cuerpo de Matty Roh acurrucándose a su lado, apretándose contra él. Un brazo esbelto lo rodeó y una mano encontró la suya.

Permanecieron así el resto de la noche.

Casi había amanecido cuando Damson le tocó el hombro para despertarlo. Entre las sombras había rayos de luz que anunciaban la llegada del día,

débiles líneas plateadas en las paredes que lo rodeaban. Parpadeó, somnoliento, y reconoció a quien estaba a su lado en cuclillas. Seguía entrelazado con Matty y la despertó empujándola con suavidad. Se levantaron rígidos y torpes.

—Están aquí —se limitó a decir Damson. Sus ojos no revelaban lo que pensaba por haberlos encontrado juntos. Hizo un gesto por encima de su hombro—. El Topo los ha escondido en una bodega, no muy lejos. Anoche me encontré poco después de salir de aquí, me llevó por los túneles y juntos hemos traído a Chandos y a todos los demás. Estamos preparados. ¿Habéis encontrado a Padishar?

—Matty lo encontró —respondió Morgan, ya completamente despierto. Se volvió hacia la cara menuda y delicada de la joven—. Yo no habría podido, estoy seguro.

—Gracias, Matty. Temía que hubiera sido todo en vano —dijo Damson, dedicándole a la joven una sonrisa agradecida y estrechando sus manos esbeltas.

—No me las des aún. —Los ojos color cobalto de Matty brillaron como la piedra—. Todavía tenemos que sacarlo de allí. Está encerrado en las celdas de la torre de vigilancia del Pozo.

—Claro. Lo llevaron allí, ¿no? —Damson apretó la mandíbula y se volvió hacia el joven de las Tierras Altas—. Morgan, ¿cómo vamos...?

—Será mejor que nos demos prisa —la interrumpió él—. Te lo diré cuando nos reunamos con los demás.

«Si es que se me ha ocurrido un plan para entonces», añadió para sus adentros. Pero en lo más recóndito de su mente empezaba a tomar forma el comienzo de una idea, un plan que había empezado a urdir tan pronto como se había despertado. Se puso la capa y los tres juntos abandonaron el pequeño patio, cruzaron de nuevo las habitaciones y salieron a la calle.

Fuera todo estaba silencioso y desierto: la calle era un pasillo negro que discurría entre las paredes de los edificios hasta desaparecer en una maraña de cruces y callejuelas. Se movieron con rapidez, casi pegados a la piedra, en fila india, abriéndose paso entre la oscuridad de la noche que agonizaba. La mente de Morgan funcionaba a toda velocidad, barajaba todas las posibilidades, examinaba diversas estrategias, consideraba diferentes alternativas. Padishar sería ejecutado al mediodía. Lo ahorcarían a las puertas de la ciudad. Para eso tendrían que trasladarlo de la torre de vigilancia del Pozo al muro exterior. ¿Cómo iban a hacerlo? Lo bajarían por la Vía Tyrsiana, que era ancha y fácil

de vigilar. ¿A pie? No, tardarían mucho. ¿A caballo o en un carro? Sí, de pie en un carro, para que todo el mundo lo viera.

Entraron en un pasaje que discurría entre dos edificios y no tenía salida. A mitad de camino había una puerta y entraron. Dentro estaba oscuro, pero se abrieron paso a tientas hasta una puerta situada en la pared del fondo, que se abría a la parpadeante luz de una linterna. Chandos estaba de pie en el umbral, espada en mano, con la negra barba erizada. Su semblante era feroz en la penumbra, una gran mole de hierro, pero esbozó una sonrisa acogedora y los condujo escaleras abajo hasta la bodega donde esperaban los demás.

Hubo saludos, apretones de manos y una sensación de anticipación, de estar listos. El pequeño grupo de veinticuatro había tardado casi toda la noche en entrar en Tyrsis por los túneles, pero parecían descansados e impacientes, y en sus miradas podía leerse una firme resolución. Chandos le entregó a Morgan la espada de Leah y el joven de las Tierras Altas se la colgó a la espalda. Estaba tan ansioso como ellos.

Buscó al Topo, pero no lo encontró. Cuando preguntó por él, Damson dijo que estaba vigilando.

—Necesito que me enseñe el recorrido que siguen los túneles por debajo de las calles —dijo—. Tendrás que dibujarme un mapa de la ciudad para que él pueda mostrármelo.

—¿Tienes un plan, joven montañés? —preguntó Chandos, acercándose.

—Sí —respondió Morgan, esperando que fuera cierto. Luego hizo que se acercaran y les explicó en qué consistía.

El día amaneció gris y opresivo, y el frente de tormenta se aproximó al borde de Callahorn, nubes negras que se arremolinaban y proyectaban sus oscuras sombras sobre las montañas de Runne al este. Hacía calor y no corría el aire en la ciudad de Tyrsis; a medida que sus habitantes se despertaban para empezar sus jornadas de trabajo, el ambiente se impregnaba de sudor, polvo y olores rancios. Los hombres y las mujeres miraban hacia el cielo, impacientes por que la lluvia empezara a caer y descargara un poco el ambiente.

A medida que avanzaba la mañana, empezó a aumentar la excitación en torno a la inminente ejecución del proscrito Padishar Cesta. La gente se apiñó a las puertas de la ciudad para esperar, irritables y agobiados por el calor, ansiosos por una distracción. Las tiendas cerraron, los vendedores recogieron sus puestos y dejaron el trabajo a un lado en lo que no tardó en convertirse en un ambiente festivo. Por todas partes había payasos y embaucadores, vendedores de refrescos y golosinas, charlatanes, mimos y filas de soldados de la Federación con sus uniformes negros y escarlata que se colocaban a

ambos lados de la Vía Tyrsiana desde el muro exterior. Al llegar el mediodía, todo se oscureció a medida que las nubes negras cubrían de horizonte a horizonte los cielos y empezó a caer una fina llovizna.

En el centro de la ciudad, el Parque del Pueblo estaba silencioso y desierto. El viento de la tormenta que se avecinaba hacía susurrar a las hojas de los árboles y agitaba las banderas en la entrada de la torre de vigilancia. Había llegado un carro tirado por caballos y rodeado de guardias de la Federación. Una lona extendida por encima de unos aros metálicos cubría la base de madera y tenía las ruedas y los laterales revestidos de hierro. Los caballos piafaban cada vez más, soltando espumarajos contra los arneses, y los hombres uniformados tenían la cara cubierta de una película de sudor. Los ojos escudriñaban los árboles y senderos del parque, los muros que circundaban el Pozo y las sombras que se agolpaban alrededor. Los extremos de hierro de las picas y las hachas brillaban de forma tenue. Hablaban en voz baja y furtiva, como si temieran que alguien pudiera oírlos.

De pronto, las puertas de la torre de entrada se abrieron de par en par y salió un grupo de soldados, seguido por Padishar Cesta. El líder de los proscritos tenía los brazos atados firmemente a la espalda y la boca amordazada. Caminaba con pasos titubeantes y doloridos; tenía sangre en la cara y cardenales y cortes en todo el cuerpo. Mantenía la cabeza alta, a pesar del dolor palpable que sentía, y vigilaba a sus captores con una expresión fija y feroz. Pocos sostenían su mirada y concentraban su entrenada atención en otra parte, esperando a que pasara por su lado para dirigirle una mirada furtiva. Lo llevaron hasta la parte trasera del carro y lo obligaron a subir con un empujón. Sujetaron la lona, el carro dio media vuelta y los soldados empezaron a reunirse en filas a cada lado. Cuando todo estuvo listo, la procesión empezó a moverse despacio hacia delante.

Les llevó mucho tiempo salir del parque, con los caballos cuidadosamente controlados y filas de soldados alrededor del carro formando un sólido muro. Eran más de cincuenta, armados y con expresión adusta, y se abrían paso con las lanzas entre los árboles hacia la Vía Tyrsiana. Apartaron rápidamente a la poca gente con la que se cruzaron y el carro entró despacio y dando bandazos en la ciudad. A cada lado se alzaban edificios y por las ventanas se asomaban cabezas curiosas. Los soldados se desplegaron y se adelantaron para registrar las puertas y los nichos, para comprobar los cruces y callejuelas, para apartar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Llovía bastante y el agua caía sobre la piedra del camino, oscureciéndolo y empezando a formar barro. A lo lejos, en alguna parte, retumbó un trueno, un rugido prolongado

que hizo eco entre los muros de la ciudad. La lluvia arreció y cada vez era más difícil ver.

El carro había llegado a los lugares concurridos donde se cruzaban una serie de calles cuando apareció la mujer. Lloraba histérica, pidiendo a los soldados que se detuvieran. Iba desaliñada y tenía la cara cubierta de lágrimas. Tenían al líder de los proscritos con ellos, ¿no? Lo llevaban a la horca, ¿verdad? Pues ella se alegraba, gritó con vehemencia, porque era el responsable de la muerte de su marido y de su hijo, hombres buenos que habían luchado por la causa de la Federación. Y quería ver cómo lo colgaban. Quería estar allí cuando eso ocurriera.

La procesión se detuvo, vacilante, mientras otros se sumaban al griterío de la mujer, conmovidos por su feroz discurso. «Colgad al líder de los proscritos», gritaban, furiosos. El grupo harapiento siguió avanzando, alzando las manos y haciendo gestos frenéticos. Los soldados los contuvieron con las picas y las lanzas y el oficial al mando de la unidad les ordenó que retrocedieran.

Nadie reparó en que la rejilla de una alcantarilla se movía debajo de donde se había detenido el carro ni vio las siluetas oscuras que salieron de una en una de la oscuridad para agazaparse debajo de él.

«¡Colgadlo aquí y ahora!», gritaba la multitud sin dejar de empujar a los soldados amontonados ante ellos. El oficial de la Federación había desenvainado la espada y ordenaba a gritos a sus hombres que despejaran el camino.

De pronto, las siluetas de debajo del carro se dispersaron en todas direcciones, unas hacia el asiento del conductor y otras hacia la parte trasera. Derribaron a los conductores y al oficial sujetándolos por la garganta y empujaron en la parte trasera a otros soldados, que aterrizaron en un triste montón, cubiertos de sangre. Los hombres que rodeaban el carro se giraron instintivamente para ver qué pasaba y, al instante, la mitad de ellos cayeron, agonizantes; los proscritos, que en ese momento constituían el grueso de la multitud, habían usado contra ellos las dagas que habían mantenido escondidas. Se oyeron gritos y alaridos y los soldados comenzaron a correr frenéticos de un lado a otro, intentando apuntar con sus armas.

Morgan Leah apareció en el asiento del conductor del carro, cogió las riendas y arreó a los caballos. El carro se precipitó hacia delante tirado por las monturas, que tenían una mirada salvaje. Los soldados corrieron hacia el joven de las Tierras Altas para detenerlo, pero Matty Roh se interpuso y los derribó con su espada, rápida y mortal. El carro pasó entre la vanguardia de la

columna y los caballos pisotearon a varios hombres bajo sus cascos y aplastaron a otros tantos. Morgan tiró de las riendas, dirigiendo a los caballos a una callejuela. A su espalda la lucha continuaba, los hombres forcejeaban entre sí y cruzaban las espadas. La columna de la Federación fue diezmada. No quedaban de pie más que un puñado de hombres que habían retrocedido hasta el muro y aporreaban las puertas.

Damson Rhee echó a correr, dando por terminada su actuación de viuda acongojada. Cuando el carro pasó por su lado, se sujetó al asiento y subió a él. Los proscritos también arremetían a sus espaldas, salvando rápidamente la distancia que había entre ellos y el carro. Durante un breve instante pareció que el plan de Morgan funcionaba. Luego algo se movió a un lado, entre las sombras, y Morgan se distrajo momentáneamente al girarse para mirar. Al hacerlo, el carro se encalló en un hoyo lleno de agua, se rompió un eje, se soltó una rueda y el tiro restalló. El carro se inclinó hacia un lado y una fracción de segundo más tarde volcó, arrojando a todos al suelo.

Morgan aterrizó junto a Damson y Matty Roh. Se levantaron despacio, cubiertos de barro y cardenales. El carro estaba estropeado, la lona, hecha jirones y la caja de madera, astillada y partida. A lo lejos, el aterrorizado tiro desaparecía en la oscuridad. Chandos salió arrastrándose entre los restos del carro, rodeando a Padishar con sus musculosos brazos. El líder de los proscritos se había librado de las ataduras y la mordaza y echaba fuego por los ojos cuando intentó sostenerse él solo de pie.

—¡No os detengáis! —exclamó entre jadeos—. ¡Seguid adelante!

Los proscritos que habían defendido la retaguardia los alcanzaron, con la ropa rasgada y manchada de sangre. Eran menos que antes y algunos estaban heridos. Detrás de ellos se oían gritos y alaridos, y en la plaza apareció un nuevo grupo de soldados.

—¡Deprisa! ¡Por aquí! —ordenó Damson a gritos, echando a correr.

La siguieron con dificultad por la calle embarrada, a través de un laberinto de edificios inundados por la lluvia. De la piedra húmeda y caliente se levantaba vaho al entrar en contacto con el aire frío, y a una distancia de seis metros todo desaparecía en la bruma. De las calles laterales salieron más soldados de la Federación con las armas desenvainadas. Los proscritos se enfrentaron a ellos y los obligaron a retroceder, luchando por despejar el camino. Matty Roh combatía en las primeras filas, veloz y mortal mientras abría paso para los demás. Chandos y Morgan luchaban uno a cada lado de Padishar, quien, a pesar de tener el suficiente coraje para intentarlo, carecía de

fuerzas para protegerse. Se caía continuamente, por lo que Chandos se vio obligado a cargárselo a la espalda.

Llegaron a un puente que se extendía sobre un cauce seco y lo cruzaron, tambaleantes y exhaustos. Sin el carro, se estaban cansando rápidamente. Había muerto casi la mitad de los que habían entrado en la ciudad para rescatar a Padishar, y algunos de los que quedaban estaban tan malheridos que no podían seguir luchando. Llegaban soldados de la Federación por todas partes, respondiendo a la llamada que se había hecho a todas las guarniciones a las que había llegado la noticia de la huida. El reducido grupo luchaba con decisión y valentía, pero el tiempo se agotaba. Pronto habría demasiados soldados y entonces ni la niebla ni la lluvia podrían ocultarlos.

De la bruma salió una unidad de caballería a la carga, tan deprisa que no tuvieron tiempo de huir. Morgan vio que Matty se echaba a un lado y él trató de hacer lo mismo. Los cuerpos de los proscritos volaban por el aire a medida que los atropellaban, pero los caballos tropezaban en medio del tumulto y también caían, arrastrando con ellos a los jinetes. De la masa que forcejeaba se elevaban gritos y alaridos. Chandos había desaparecido, enterrado bajo un montón de cuerpos. Padishar se echó a un lado y cayó de rodillas. Morgan se levantó y, plantándose en el centro del puente, blandió la espada de Leah ante todo lo que tenía a su alcance. Lanzó el grito de guerra de la familia, «¡Leah, Leah!», tratando de sacar fuerzas de él, y volvió a reunir a los que quedaban para que resistieran con él.

Por un instante creyó que todo estaba perdido.

De pronto apareció Chandos, ensangrentado y con un aspecto lamentable, apartando a empujones a los soldados de la Federación como si fueran ramas secas. Se acercó a Padishar, que estaba apoyado contra el muro del puente, y lo levantó. Damson, más adelantada, los apremiaba a continuar. Matty Roh volvió a aparecer, se abalanzó sobre el último soldado de la Federación todavía en pie, lo mató de un solo golpe y siguió corriendo. Morgan y los proscritos la siguieron, patinando en la mezcla de lluvia y sangre que cubría el suelo del puente.

Al otro lado del paso elevado encontraron a Damson esperándolos ante las puertas abiertas de un gran almacén, indicándoles con gestos que se dieran prisa. Redoblaron sus esfuerzos para alcanzarla, oyendo tras ellos a sus perseguidores: las botas en el barro, el choque de las armas y las armaduras, las maldiciones y gritos de cólera. Entraron a todo correr en el edificio en penumbra y Damson cerró las puertas detrás de ellos y las atrancó. El Topo

asomó la cabeza por una trampilla sumida en las sombras al fondo del edificio y volvió a desaparecer.

—¡A los túneles! —ordenó Damson, señalando en la dirección por la que había desaparecido el Topo—. ¡Deprisa!

Los proscritos obedecieron inmediatamente, ayudando lo que podían a los heridos. Chandos pasó el primero, con Padishar medio a rastras medio a cuestras, y desapareció de su vista. Los gritos de sus perseguidores llegaron hasta las puertas del almacén y empezaron a oírse violentos golpes. Las picas y las lanzas cayeron sobre la barrera y astillaron la madera. Morgan se detuvo en medio del túnel. Matty Roh se había quedado sola ante el inminente ataque, con la espada lista.

—¡Matty! —gritó el joven de las Tierras Altas.

El último de los proscritos se dejó caer por la trampilla. Las hachas de batalla partieron la barra que protegía la entrada del almacén, las pesadas puertas se venían abajo. Matty Roh retrocedió lentamente, reacia a ceder terreno a pesar de la situación. Ante aquella masa de enemigos parecía pequeña y vulnerable, pero se mantenía en posición como si estuviera hecha de acero.

—¡Matty! —volvió a gritar Morgan, y echó a correr hacia ella.

La agarró del brazo y tiró de ella hacia la entrada del túnel, pero en ese momento la puerta cedió y los soldados de la Federación entraron en tropel en la habitación. A la vanguardia iban los buscadores, envueltos en sus capas con capucha, la insignia de la cabeza del lobo brillando en sus uniformes. Al verlo, soltaron lo que sonaba a siseos ansiosos.

Morgan se dio la vuelta para enfrentarse a ellos ante la entrada del túnel. Era demasiado tarde para huir. Si lo intentaba, lo derribarían por detrás y después caerían sobre los demás. Si se quedaba allí, podría frenar el ataque y los demás ganarían unos minutos preciosos. Matty Roh se puso en cuclillas a su lado. Él pensó por un momento en decirle que huyera, pero la miró de reojo y se convenció de que era perder el tiempo.

Atacaron por tres frentes, pero Morgan y la joven lucharon con una violencia nacida de la desesperación y consiguieron rechazarlos. La espada de Leah se convirtió en un fuego azul al hacer frente al ataque de los buscadores; derribó la defensa de las criaturas oscuras y las redujo a cenizas. Algunos soldados de la Federación, al ver lo que ocurría, retrocedieron entre gritos y juramentos. Matty Roh vio en las filas los primeros indicios de debilidad y saltó hacia delante, blandiendo su esbelta espada a tal velocidad que apenas se veía, avanzando con movimientos fluidos y eficaces. Morgan la seguía,

esforzándose en cubrirle la espalda, movido por la repentina oleada de magia que el talismán de Leah había inyectado en su cuerpo. Volvió a entonar su grito de guerra, «¡Leah, Leah!», y se abalanzó sobre los soldados que tenía ante sí. Los buscadores murieron al instante y los soldados que los habían seguido hasta allí tropezaron y cayeron unos sobre otros en su prisa por huir. Matty Roh gritó con él, un sonido que desgarró la cacofonía de alaridos que llegaba de los muertos y los heridos. Morgan estaba delirante, vacío de pensamientos, necesidades o deseos, poseído completamente por el fuego de la magia.

El ataque de la Federación fracasó. Los últimos soldados vivos retrocedieron a todo correr hasta las puertas del almacén y salieron a las calles de Tyrsis. Morgan se volvió, furioso, impulsado por la magia y el fuego que emanaban de la espada de Leah.

Esgrimiendo el talismán como una guadaña, partió en dos las vigas que sujetaban el techo y todo el edificio empezó a derrumbarse.

—¡Ya basta! —gritó Matty, agarrándolo del brazo y tirando de él.

Forcejeó con ella un instante, luego se dio cuenta de lo que hacía y se detuvo. Corrieron hasta la trampilla y bajaron por ella en el preciso instante en que el techo se hundía, sepultándolo todo con gran estrépito.

Una vez abajo, echaron a correr a través de la oscuridad de los túneles sin fijarse en qué dirección se movían, preocupados solo por seguir avanzando. A lo lejos destelló una débil luz y, frenéticos, corrieron hacia ella. La extraña sensación de estar completo que invadía a Morgan al utilizar la espada empezó a disiparse y abrió dentro de él un foso cada vez más profundo que no tardó en convertirse en ansiedad, en una conocida sensación de pérdida, en el comienzo de una urgencia desesperada. Luchó por contenerla y se reprendió por haber permitido que la magia lo dominara como lo había hecho, invocando la imagen de Par, de Walker y, por último, de Aurora para fortalecer su resolución. Alargó un brazo hacia Matty y le cogió la mano. Ella la apretó, como si sintiera su miedo, y la sostuvo con fuerza.

«No me sueltes», suplicó él en silencio. «No me dejes caer».

El polvo y la humedad llenaban sus pulmones; Morgan tosió para recuperar el aliento. El agotamiento tiraba de él igual que cadenas sujetas a sus miembros y a su cuerpo. Siguieron corriendo y la luz se volvió más intensa y más cercana. La respiración jadeante de Matty marcaba el golpeteo de sus botas contra la piedra; a Morgan le zumbaban los oídos.

De pronto, se encontraron en medio de la luz, un rayo que entraba por la rejilla de una alcantarilla. El agua de la lluvia caía a través de ella como una

cascada, formando una cortina plateada, y en el cielo retumbó un trueno. Matty se desmoronó contra una pared y tiró de él. Permanecieron sentados con la espalda apoyada contra la fría piedra, jadeantes.

La muchacha se volvió hacia Morgan, con los ojos color cobalto salvajes y fieros y sus facciones de niña abandonada brillantes. Parecía como si quisiera gritar de alegría, como si hubiera descubierto algo que había creído perdido irremediablemente.

—¡Ha sido maravilloso! —exclamó entre jadeos, y empezó a reírse como una niña.

Al ver el desconcierto reflejado en la cara de Morgan, se inclinó hacia él y lo besó apasionadamente en la boca, rodeándolo con los brazos y estrechándolo con fuerza. Luego lo soltó, volvió a reírse y tiró de él para levantarlo.

—¡Vamos, tenemos que alcanzar a los demás! ¡Corre, Morgan Leah!

Siguieron recorriendo el túnel y los ruidos de la tormenta los persiguieron en la oscuridad. No habían llegado muy lejos cuando se quedaron sin aliento y tuvieron que dejar de correr y continuar andando. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra y fueron capaces de entrever a las ratas que se escabullían a su paso. El agua de la lluvia entraba por las rejillas en corrientes cada vez más fuertes y no tardó en cubrirles los tobillos. Avanzaron de un rayo de luz a otro, atentos a los ruidos de sus posibles perseguidores y de sus amigos. De las calles llegaban gritos y alaridos, el galope de los caballos, el rumor de los carros, el golpeteo de las botas. La ciudad estaba plagada de los soldados que los buscaban y, de momento, los ruidos solo llegaban de arriba.

Y seguía sin haber rastro de Damson y de los proscritos.

Llegaron por fin a una bifurcación en el túnel que los obligó a decidir. Morgan hizo lo que pudo, pero no había nada que pudiera darle una pista. Si la lluvia no hubiera inundado el suelo de las alcantarillas, habría encontrado sus huellas. Siguió avanzando, uno al lado del otro; Matty Roh se agarraba a él como si temiera perderlo en la oscuridad. La distancia entre las rejillas empezó a ampliarse, hasta que estuvo tan oscuro que apenas veían.

—Creo que hemos pasado de largo una curva —dijo Morgan en voz baja, furioso.

Retrocedieron y volvieron a intentarlo. El nuevo túnel torcía bruscamente en una y otra dirección; la distancia entre las rejillas aumentó de nuevo y empezó a escasear la luz. Colgada en la pared de la roca encontraron una antorcha ennegrecida e intentaron encenderla utilizando un trozo de tela y las piedras de Matty para hacer fuego. Tardaron mucho rato en producir una

llama con toda esa humedad y, cuando lo lograron, oyeron movimiento en los pasillos inundados a sus espaldas.

—Han excavado o encontrado otro camino —susurró la joven, esbozando una sonrisa hermética—. Pero no nos cogerán... y si nos alcanzan, desearán no haberlo hecho. ¡Vamos!

Siguieron avanzando por túneles cada vez más estrechos. Al final las rejillas desaparecieron y la antorcha pasó a ser su única fuente de luz. Las horas seguían transcurriendo y fueron conscientes de que estaban acabados. Ninguno lo dijo, pero ambos lo sabían. Por alguna razón, se habían equivocado de camino. Todavía había alguna posibilidad de que encontraran la salida, pero Morgan había perdido la confianza en sí mismo. Hasta Damson, que vivía en la ciudad y bajaba a menudo a los túneles, no se creía capaz de cruzar el laberinto de pasadizos sin el Topo. Se preguntó qué habría sido de ella y de los proscritos, y si los habrían dado por muertos.

Encontraron otra antorcha, esta en mejores condiciones, y se la llevaron consigo para tenerla de repuesto. Cuando el trozo de tela cubierto de brea de la primera se consumió, Morgan utilizó el cabo para encender la de repuesto y continuaron. Estaban adentrándose en el risco y ya no veían ni oían la lluvia. Los ruidos fueron amortiguándose hasta desaparecer y solo se oía su respiración y el ruido de sus pasos. Morgan intentó avanzar en línea recta, pero los túneles se interrumpían y entrecruzaban tan a menudo que tuvo que rendirse. El tiempo seguía pasando, pero no había manera de saber con seguridad cuánto había transcurrido. Tenían hambre y sed y nada que comer o beber.

—No estamos yendo a ninguna parte —dijo por fin Morgan, deteniéndose y volviéndose hacia Matty—. Tenemos que hacer algo. Encontrar un camino que nos lleve hasta el primer nivel. Podríamos salir esta noche a la calle y mañana escabullirnos por las puertas.

Era una posibilidad muy remota, ya que la Federación los estaría buscando por todas partes, pero cualquier cosa era mejor que vagar impotentes en la oscuridad. Pronto se haría de noche y Morgan no podía dejar de pensar en los umbríos que, según Damson, rondaban los túneles próximos al Pozo. ¿Y si tropezaban con uno de ellos? Era demasiado peligroso quedarse más tiempo allí abajo.

Se abrieron paso hasta la pared del risco, siguiendo los túneles ascendentes, recorriendo el laberinto de pasadizos a la luz de la antorcha que se consumía lentamente. Sabían que les quedaba poco tiempo; si no salían pronto a la calle, la antorcha se apagaría y se quedarían atrapados en la

oscuridad. Pero ahora oían un ruido continuo a lo lejos, el movimiento de hombres que avanzaban a través del agua y la humedad, el susurro de sus voces. Allí fuera había un elevado número de rastreadores y ellos seguían sin encontrar el modo de eludirlos.

Tardaron mucho en llegar de nuevo a las alcantarillas y atisbar la luz del día que entraba por las rejillas de la calle. El resplandor era tenue y cada vez más débil a medida que el día daba paso a la noche; la lluvia se había convertido en llovizna y la ciudad estaba silenciosa y aparentemente desierta. Siguieron andando hasta encontrar una escalera de mano que conducía a la calle; Morgan respiró profundamente y subió por ella. Al asomarse a través de las barras, vio apostados frente a él soldados de la Federación, sombríos y callados en la oscuridad. Volvió a bajar sin hacer ruido y continuaron su camino.

La antorcha se consumió, la luz del día se oscureció al encapotarse el cielo hasta apenas iluminar los túneles y el ruido de sus perseguidores dejó de oírse y fue reemplazado por el que hacían las ratas al escabullirse y el de algún líquido residual al gotear. Todas las rejillas por las que se asomaron estaban vigiladas. Siguieron avanzando porque no podían hacer otra cosa y porque temían no poder reemprender la marcha si se detenían.

Morgan empezaba a desesperarse cuando aparecieron ante él unos ojos, unos ojos de gato que brillaron en la oscuridad y luego desaparecieron.

—¿Lo has visto? —dijo en voz baja a Matty Roh, deteniéndose.

Percibió, más que vio, cómo ella asentía con la cabeza. Se quedaron largo rato paralizados, sin atreverse a mover un músculo hasta que no hubieran descubierto lo que había ahí fuera. Esos ojos no eran los de una rata.

Luego oyeron ruidos producidos por el agua al agitarse y el golpeteo de unas botas.

—¿Morgan? —preguntó alguien en voz baja—. ¿Eres tú?

Era Damson. Morgan respondió y un instante después ella los abrazaba y les decía que llevaba horas buscándolos, que había registrado los túneles de un extremo a otro intentando encontrarlos.

—¿Tú sola? —preguntó Morgan con incredulidad. El alivio que había sentido al verla era tal que casi se había mareado—. ¿Tienes algo de comer o beber?

—Me ayudó el Topo —dijo Damson en voz baja, sacando de su bolsa un odre de cerveza y pan con queso—. Cuando echaste abajo el techo del almacén, parte del túnel se hundió con él. Tal vez no te diste cuenta. En cualquier caso, no podíamos llegar hasta vosotros y acabasteis equivocándoos

de camino. —Se echó hacia atrás la melena roja, soltando un suspiro—. Antes teníamos que sacar de aquí a Padishar y a los demás, no había tiempo para buscaros. Pero una vez los dejamos a salvo, el Topo y yo volvimos a por vosotros.

A un lado en la oscuridad, los brillantes ojos del Topo parpadearon. Morgan estaba estupefacto.

—Pero ¿cómo nos habéis encontrado? Estábamos perdidos, Damson. ¿Cómo habéis podido...?

—Por vuestro rastro —dijo, cogiéndolo del brazo.

—¿Rastro? ¡Pero si la lluvia ha borrado todas las huellas!

—No el de la tierra, Morgan... sino el del aire —respondió Damson mientras se le escapaba una sonrisa.

El joven de las Tierras Altas hizo un gesto de confusión.

—Topo —dijo la joven—, díselo.

La peluda cara del Topo apareció bajo la luz. Parpadeó de forma casi somnolienta y arrugó la nariz, olisqueando al joven de las Tierras Altas.

—Desprendes un olor muy fuerte —dijo—. Por todos los túneles. La encantadora Damson tiene razón, eres fácil de rastrear.

Morgan lo miró fijamente. Oyó a Matty Roh contener una risa y se ruborizó.

Descansaron el tiempo suficiente para comer algo y se pusieron de nuevo en camino, esta vez con el Topo como guía. No se encontraron con los soldados de la Federación ni con los umbríos y pudieron avanzar sin obstáculos. Mientras andaba, los pensamientos de Morgan fueron y vinieron del pasado en un lento y deliberado viaje de introspección. Se contempló a sí mismo y los cambios que había sufrido y descubrió que no le desagradaban. Había aprendido lecciones importantes y había madurado tras recorrer el camino que lo había llevado de Leah al norte.

Cuando salieron de la ladera de la montaña hacia el norte, el cielo estaba despejado e iluminado por la luz de la luna y las estrellas. El aire purificado por la lluvia olía a bosque y del oeste soplaba una brisa fresca y suave. Permanecieron de pie en la hierba todavía húmeda, mirando al otro lado de los llanos y colinas, a los Dientes del Dragón y el horizonte lejano.

Morgan miró a Matty Roh de reojo y la sorprendió estudiándolo con una leve sonrisa que hablaba de pensamientos íntimos, herméticos y curiosamente cautivadores. Era poco agraciada pero atractiva, reservada pero atrevida, y otros muchos contrasentidos, una paradoja de estados de ánimo y comportamientos que él no comprendía ni quería comprender. La vio en

recuerdos fragmentados: como el muchacho con quien la había confundido en el Whistledown, como la joven con los pies deformes y un pasado amargo en la Cuenca de los Aros de Fuego, como la espadachina rápida y mortal que hacía frente a la Federación y los umbríos en Tyrsis y como la niña abandonada que en un instante dejaba de ser demonio para convertirse en hada.

No pudo evitar devolverle la sonrisa, intentando compartir un secreto que solo ella conocía.

—¿No te vienes con nosotros? —le preguntó Damson al Topo, arrodillándose ante él, pero este respondió negando con la cabeza—. Cada vez que regresas te pones en peligro.

—No temo por mí, encantadora Damson, sino por ti —respondió el Topo.

—Los monstruos, los umbríos, están en la ciudad —le recordó ella con suavidad.

—Los monstruos están en todas partes —repuso él, abrazándola brevemente y mirándola con semblante serio.

Damson asintió con la cabeza y extendió los brazos para abrazar a su menudo amigo.

—Adiós, Topo. Gracias por todo. Gracias por salvar a Padishar. Estamos en deuda contigo. —El Topo parpadeó y sus ojos, ya de por sí brillantes, refulgieron. Ella lo soltó y, levantándose, añadió—: Vendré a buscarte cuando pueda, lo prometo.

—¿Cuando encuentres al joven del valle? —El Topo pareció avergonzado de pronto.

—Sí, cuando encuentre a Par Ohmsford. Volveremos los dos.

—Te esperaré, encantadora Damson —dijo el Topo, frotándose la cara—. Te esperaré siempre. —Luego se dio la vuelta y desapareció de nuevo entre las rocas, fundiéndose con ellas como una de las sombras de la noche.

Morgan permaneció de pie junto a Matty Roh, mirando fijamente hacia el sitio por el que había desaparecido el Topo, sin creer del todo que se hubiera ido. La noche era silenciosa y fría, vacía de sonidos y llena de recuerdos que se embrollaban como palabras pronunciadas demasiado deprisa, y todo parecía un sueño que iba a terminar en un abrir y cerrar de ojos.

—Me voy a buscar a Par —dijo Damson en voz baja, volviéndose hacia él—. Chandos ha llevado a Padishar y a los demás de vuelta a la Cuenca de los Aros de Fuego, donde descansarán un par de días antes de emprender el camino al norte para reunirse con los trolls. Yo ya he hecho todo lo que he

podido por él, Morgan. Ya no me necesita. Pero Par Ohmsford sí, y voy a cumplir la promesa que le hice.

—Lo comprendo. Yo te acompañaré.

—Entonces yo también voy —dijo Matty Roh, en actitud desafiante. Escudriñó las caras de uno y otra en busca de alguna objeción y, al no descubrir ninguna, preguntó con un tono más suave—: ¿Quién es Par Ohmsford?

Morgan estuvo a punto de soltar una carcajada. Había olvidado que Matty apenas sabía lo que estaba ocurriendo. Supuso que no había motivos para que no lo supiera todo. Se había ganado el derecho al entrar con ellos en Tyrsis para rescatar a Padishar Cesta.

—Cuéntaselo por el camino —dijo Damson de pronto, mirando por encima del hombro, inquieta—. Aquí corremos demasiado peligro. No olvidéis que siguen buscándonos.

Instantes después, caminaban en dirección este, lejos del risco, hacia el río Mermidón. Tras una hora de camino encontrarían cobijo en los bosques, donde podrían dormir unas horas. Era todo lo que podían esperar de esa noche.

Mientras viajaban, Morgan contó de nuevo la historia de Par Ohmsford y los sueños de Allanon. Las tres figuras se desvanecieron poco a poco en la lejanía, la medianoche llegó y pasó y dio comienzo un nuevo día.

Pasaron el resto de la noche en un círculo de robles blancos a orillas del río Mermidón, unos kilómetros más abajo del desfiladero de Kennon. Era un lugar fresco y sombreado, ideal para dormir protegidos del calor de finales de verano que empezaba a apretar desde primera hora en las llanuras abiertas, y no se despertaron hasta mucho después de que amaneciera. Se lavaron y comieron de las provisiones que llevaba Damson, escuchando el fluir de las aguas y los trinos eufóricos de los pájaros. Morgan se frotó los ojos, somnoliento, e intentó acordarse de todo lo que había ocurrido el día anterior, pero ya empezaba a difuminarse en su mente el recuerdo, como si hubiera pasado hacía mucho tiempo. Por lejano que pareciera, lo importante era que Padishar Cesta volvía a estar a salvo, se dijo, cansado, y relegó el asunto al remoto ayer.

Se puso las botas mientras masticaba un trozo de pan con queso y pensó en lo que les esperaba. El presente era una expectación cálida y sofocante que titilaba a través de las sombras de las hojas y las ramas y que podía llevarlo a cualquier parte. El pasado era un recordatorio de las vicisitudes de la vida, del azar que barajaba distintas posibilidades y devolvía lo que creía que debía. Los contratiempos y las pérdidas que Morgan había experimentado lo habían templado como si fuera hierro al pasar por el fuego y había formado a su alrededor un vacío que no creía que nada pudiera llenar de nuevo, un lugar muerto donde no podían sobrevivir el dolor, la decepción o el miedo: un escudo que le permitía ahuyentarlo todo y continuar cuando a veces creía que no podría hacerlo. El problema, por supuesto, era que impedía el acercamiento de otras cosas, como la esperanza, el cariño y el amor. Si quería, podía dejarlos entrar, pero siempre existía el riesgo de que se colaran también otros sentimientos. Cuando dejabas entrar a uno, te arriesgabas a que entraran

los demás. Era lo que le habían legado Steff y Aurora, el Saliente y Eldwist, los mordíferos y los demás umbríos. Era una verdad que lo atormentaba.

Apartó de su mente esos pensamientos y especulaciones y terminó de comer; después se levantó y se desperezó.

—¿Listos? —preguntó Damson Rhee. Estaba colorada por el agua fría que se había echado a la cara y el pelo pelirrojo recién cepillado le brillaba. Era guapa y dinámica, la determinación irradiaba de ella como el calor de una llama. Morgan la miró y pensó en lo afortunado que era Par de tener el amor de alguien como ella.

Matty Roh terminó de lavar su plato y se lo pasó a Damson para que lo guardara.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó, tan directa como siempre—. ¿Cómo vamos a encontrar a Par Ohmsford?

—Vamos a ir tras él —respondió, guardando el plato con los demás. Luego cerró la bolsa y se levantó—. Con esto. —Se metió la mano dentro de la túnica y sacó lo que parecía medio medallón colgado de un cordel de cuero.

Morgan y Matty se acercaron. El medallón, un disco de metal en realidad, no tenía marcas ni insignias, y la afilada irregularidad del lado recto indicaba que lo habían partido recientemente.

—Se llama skree —explicó Damson, sosteniéndolo en alto a la luz, donde brilló como oro viejo—. Le di la otra mitad cuando nos separamos. Está hecho de un solo metal, de una misma forja, y solo puede utilizarse una vez. Las mitades se atraen para reunir a los que las llevan. Despiden luz cuando están cerca.

—¿A qué distancia hay que estar? —Matty Roh parecía escéptica. El pelo corto y recto le enmarcaba la cara pequeña y delicada, y su mirada era intensa e inquisitiva. Parecía recién lavada y fresca, más joven de lo que era y, al mismo tiempo, no traslucía nada sobre su personalidad.

—El skree es una magia de la calle —respondió Damson, esbozando una sonrisa—. Lo he visto funcionar y sé que puede hacerlo. —Su sonrisa se endureció—. ¿Lo probamos?

Lo sostuvo en la palma y se volvió hacia el oeste, el norte y finalmente el este. No ocurrió nada. Damson dirigió una rápida mirada a sus compañeros de viaje.

—Se dirige al sur. Lo he dejado para el final. —Apuntó con la mano el sur. La cara cobriza del skree tal vez brilló débilmente. Morgan no estaba del todo seguro, pero Damson asintió para sí—. Por lo visto está muy lejos. —Su sonrisa vaciló al cruzar la mirada con la de sus amigos—. Tienes que saber

interpretarlo. —Se guardó el medallón en la túnica y añadió—: Más vale que nos pongamos en camino.

Cogió la bolsa y se la colgó del hombro. Matty Roh miró a Morgan de soslayo y movió la cabeza, como diciendo: «¿Has visto algo que a mí se me haya escapado?». Él hizo un gesto poco comprometido. No estaba seguro.

Salieron al calor y siguieron el río Mermidón en su serpenteante curso en dirección este, hacia Varfleet, manteniéndose a la sombra de los árboles. Se levantaba del agua una brisa refrescante, pero el campo a su alrededor estaba desierto y no soplaban el viento. Las crestas de los Dientes del Dragón estaban grises y áridas en el bochorno del verano, y la combinación de colinas y montañas bajas al sur estaba seca y consumida. El sol se alzaba en un cielo sin nubes y el calor apretaba en oleadas. Por las llanuras abiertas había animales muertos desparramados, con los cuerpos retorcidos y en estado de putrefacción. Grandes extensiones de los bosques de Callahorn habían enfermado y la tierra que los sustentaba se había quedado pelada. Había charcos malolientes de agua estancada y verdosa, y los árboles estaban destrozados y mustios, como cuerpos de criaturas que se pudrían al sol. A menudo, las extensiones de tierra enferma se prolongaban varios kilómetros. Morgan percibió el olor a putrefacción. No era el hedor del calor y la aridez del verano, era el envenenamiento de los umbríos que había presenciado una y otra vez desde que había llegado al norte, una devastación de la tierra causada por las criaturas oscuras. Y la cosa iba de mal en peor.

El mediodía dio paso a la tarde y bordearon Varfleet en dirección norte, siguiendo el río Mermidón por donde cambiaba su curso hacia el sur. Se cruzaron por el camino con algunos buhoneros y otros comerciantes, pero el calor mantenía en la sombra a la mayoría de aspirantes a viajeros, por lo que prácticamente avanzaban solos. Avistaron la primera división de la Federación cuando se acercaban a Varfleet y se escondieron entre los árboles hasta que pasó.

Damson volvió a utilizar el skree mientras esperaban y el resultado fue el mismo. El disco brilló débilmente cuando lo dirigió hacia el sur, o tal vez no fuera más que el reflejo del sol. De nuevo, Morgan y Matty Roh intercambiaron una mirada de reojo. Hacía calor, estaban cansados y se preguntaban si eso los llevaría a alguna parte o si Damson solo se hacía ilusiones. Había otras formas de localizar a Par si el disco no funcionaba, pero de momento ninguno de los dos estaba dispuesto a llevarle la contraria a Damson.

Necesitaban un barco para bajar por el río Mermidón hasta el Lago del Arco Iris, sugirió Damson mientras se guardaba una vez más el medallón. Sería el triple de rápido que hacer el viaje a pie. Matty hizo un gesto de resignación y dijo que iría a la ciudad, ya que era menos peligroso que lo hiciera ella, y se reuniría con ellos allí tan pronto como hubiera encontrado lo que necesitaban. Dejó en el suelo la estera para dormir que llevaba consigo y desapareció en medio del calor.

Morgan se sentó con Damson a la sombra de un viejo sauce junto a la orilla del río, desde donde podrían ver a cualquiera que se acercara desde cualquier dirección. Después de la tormenta de la noche anterior, el río estaba revuelto y lleno de residuos, y lo observaron correr de forma aletargada y parsimoniosa, como un portador de trastos y viejas noticias. A Morgan le pesaban los párpados por la falta de sueño y los cerró para protegerlos de la luz.

—Sigues sin confiar en mí, ¿verdad? —oyó que le preguntaba Damson.

—¿Qué quieres decir? —inquirió a su vez el joven de las Tierras Altas, mirándola.

—He visto las miradas que Matty y tú habéis intercambiado cuando he utilizado el skree.

—Eso no significa que no confíe en ti, Damson —replicó Morgan, exhalando un suspiro—. Solo que no veo nada y eso me preocupa.

—Tienes que saber utilizarlo.

—Eso has dicho antes. Pero ¿y si te equivocas? Es lógico que me muestre escéptico.

—No, no lo es. —Damson esbozó una sonrisa irónica—. En algún momento, a lo largo del camino, tendremos que empezar a confiar los unos en los otros, los tres, porque de lo contrario nos meteremos en un montón de líos. Piénsalo, Morgan.

Así lo hizo el joven de las Tierras Altas, y aún seguía pensando en ello cuando la oscuridad se extendió sobre las tierras fronterizas y Matty apareció entre la bruma con cara de agotamiento.

—Tenemos un bote —les dijo, dejándose caer a la sombra del sauce y aceptando la taza de agua que Damson le ofrecía. Se la echó a la cara cubierta de polvo y dejó que se deslizara por su piel—. Un bote, provisiones y armas, y todo está escondido en los muelles. Iremos a buscarlo cuando se haga de noche y nadie nos vea.

—¿Has tenido algún problema? —le preguntó Morgan.

—No he matado a nadie, si te refieres a eso. —Matty lo fulminó con la mirada; luego se recostó y permaneció en silencio.

Ahora las dos muchachas estaban furiosas con Morgan, pero no le importaba.

En cuanto se hizo de noche siguieron la orilla río abajo, adentrándose en la ciudad hasta que llegaron a los muelles del norte, donde Matty había amarrado un bote. Era una embarcación vieja, un esquife de fondo plano con pértigas, remos, un mástil y una vela de lona, y estaba cargada de armas y provisiones, como Matty les había dicho. Subieron a bordo sin decir una palabra, zarparon y la condujeron río abajo hasta la primera cueva vacía, donde la hicieron encallar y se quedaron dormidos al instante. Al amanecer se pusieron de nuevo en camino. Navegaron por el río Mermidón hacia las montañas de Runne, al sur, hasta que se puso el sol y acamparon en una cuña de roca que se abría a un estrecho brazo de arena frente a un bosquecillo de fresnos. Prepararon una cena fría, se envolvieron en sus mantas y se dispusieron a dormir. Habían transcurrido dos días sin que ninguno dijera gran cosa. Los nervios estaban crispados y la incertidumbre sobre el lugar al que se dirigían había frustrado cualquier intento de comunicación. En Tyrsis había existido entre ellos un vínculo emocional que ahora faltaba, tal vez debido al recelo mutuo o a la inquietud acerca de lo que les esperaba. En Tyrsis había habido un plan, o al menos los rudimentos de uno. Ahora solo tenían la vaga determinación de seguir buscando a Par Ohmsford hasta dar con él. Allí sabían dónde estaba Padishar y tenían una leve sensación de controlar la forma de llegar hasta él, pero Par podía estar en cualquier parte y no había nada que indicara que no era demasiado tarde para hacer algo por él.

Por ello, sintieron un gran alivio cuando a la mañana siguiente Damson sacó el skree, lo apuntó hacia el sur y el metal cobrizo brilló con fuerza incluso a la sombra de las rocas que los rodeaban. Tras un instante de indecisión, sonrieron como unos viejos amigos que vuelven a encontrarse y se pusieron en camino con determinación renovada.

A partir de este momento, la tensión remitió y de nuevo disfrutaron del compañerismo que habían experimentado durante el rescate de Padishar. La embarcación avanzaba por el río rumbo sur por aguas que se habían vuelto mansas y lisas. Hacía calor, no soplaba ni la más ligera brisa y avanzaban muy despacio, pero las mujeres proscritas y el joven de las Tierras Altas pasaron el rato compartiendo sus pensamientos y sueños, derribando las barreras que se habían levantado entre ellos y charlando hasta volver a sentirse cómodos.

La noche los sorprendió en las montañas de Runne, un oscuro muro en la creciente oscuridad que ocultaba la luz de las estrellas y dejaba sobre sus cabezas un único y estrecho pasillo de cielo. Acamparon en una isla, que en su mayor parte era una playa de arena y maderos descoloridos arrastrados por la marea rodeada por un grupo de pinos. Seguía haciendo un calor sofocante y el aire estaba impregnado de los intensos olores del río, a peces muertos, marismas y juncos. Cenaron unos peces que Morgan había pescado asados en un pequeño fuego y regados con la poca cerveza que llevaba Damson mientras contemplaban el fluir de las aguas del río, que parecía una cinta plateada. Damson utilizó el skree, que brilló con fuerza al dirigirlo hacia el sur. De momento todo iba bien. Estaban a menos de un día de viaje del lugar donde el río Mermidón vertía sus aguas en el Lago del Arco Iris. Tal vez allí averiguaran algo sobre el paradero de Par.

Poco después, Damson y Matty se envolvieron en sus mantas mientras Morgan paseaba tranquilamente por la orilla y se sentaba a pensar en otras épocas y otros lugares. Quería atar los cabos sueltos de todo lo ocurrido, intentaba comprender lo que se avecinaba. Estaba cansado de huir de un enemigo del que aún no sabía prácticamente nada y creía, como era habitual, que si pensaba en ello con suficiente detenimiento averiguaría algo. Pero los cabos se iban soltando como arrastrados por el viento y se sentía incapaz de atarlos. Iban a la deriva, y las preguntas que lo habían atormentado durante semanas seguían sin respuesta.

Estaba hurgando en la arena con un palo cuando Matty apareció y se sentó a su lado.

—No podía dormir —se disculpó. Su cara era pálida y fría a la luz de las estrellas y sus ojos, insondables—. ¿Qué haces?

—Pensar.

—¿En qué?

—En todo y en nada —respondió Morgan, ofreciéndole una pequeña sonrisa—. Parece que no he sacado gran cosa en claro. Pensaba que tal vez podría ocurrírseme algo, pero no hago otra cosa que divagar.

Ella guardó silencio un instante, girándose para contemplar el río.

—Te esfuerzas demasiado —dijo por fin. Él la miró—. Te vuelcas en todo como si fuera la única oportunidad que se te va a presentar. Eres como mi hermano pequeño cuando mi madre le encargaba algún recado. Le das tanta importancia que no puedes permitirte cometer el más mínimo error.

—Eso no es cierto —replicó Morgan, negando con la cabeza—. Puede que en estos momentos te parezca que soy así, pero ese no soy yo en realidad.

Además, ¿quién está juzgando a quién ahora?

—No estoy juzgando, te estoy dando mi opinión —repuso la joven, mirándolo a la cara—. Es distinto a lo que tú haces. Tú sí que me juzgas.

—Ya. —Pero Morgan no lo creía. Se veía en su rostro, y no se molestó en ocultarlo—. En cualquier caso, no tiene nada de malo esforzarse.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que había matado a muchos hombres? —Él asintió—. Pues era mentira o, al menos, una exageración. Solo lo dije porque me enfadó tu reacción. —Volvió a desviar la mirada, pensativa—. Hay muchas cosas que no comprendes de mí, pero no creo que pueda explicártelo todo.

—No te he pedido que lo hagas —replicó Morgan a la defensiva. Miró fijamente a la muchacha, pero ella se negó a sostenerle la mirada y pasó por alto sus palabras.

—Eres muy hábil con la espada, casi tanto como yo. Podría enseñarte un poco si me dejaras. Puedo enseñarte muchas cosas. Recuerda lo que te pasó en el Whistledown cuando me sujetaste. También podría enseñarte eso.

—Eso no habría pasado... —repuso el joven de las Tierras Altas ruborizándose.

—... si hubieras estado preparado —lo interrumpió Matty, esbozando una sonrisa—. Lo sé, ya lo has dicho antes. Pero el caso es que no estabas preparado... y mira lo que pasó. Además, lo que cuenta es estar preparado. Padishar me lo enseñó. Estar preparado es sin duda más importante que esforzarse al máximo.

—¿Has terminado de enumerar mis defectos? —replicó Morgan, apretando la mandíbula—. ¿O quieres añadir alguno más?

La sonrisa se borró de la cara de Matty. No lo miraba, sino que mantenía la vista clavada en el río. Él empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor. De pronto la chica le parecía extrañamente vulnerable. Observó cómo doblaba las rodillas, las rodeaba con los brazos y ocultaba la cabeza en el oscuro espacio que quedaba entre ambas. Oía el ruido de su respiración lenta y acompasada.

—Me gustas mucho —dijo ella por fin, manteniendo la cara escondida—. No quiero que te pase nada.

Él no supo qué responder. Se limitó a mirarla fijamente.

—Por eso estoy aquí —continuó—. Por eso he venido. —Levantó la cabeza para mirarlo—. ¿Qué te parece?

—No sé qué pensar —respondió Morgan con un gesto de impotencia.

—Damson me ha hablado de Aurora —repuso ella, respirando profundamente. Lo dijo como si las palabras le quemaran la boca. Buscó la

mirada de Morgan y este vio que la asustaba lo que pudiera pensar de ella, pero estaba decidida de todos modos a continuar—. Me contó que estabas enamorado de Aurora, que perderla fue lo peor que jamás te ha ocurrido. Me lo dijo porque yo se lo pregunté. Quería saber algo de ti que tú no me contarías. Luego quise hablar de eso contigo, pero no sabía cómo hacerlo. Soy muy buena escuchando, pero no tanto haciendo preguntas.

Morgan parpadeó. Evocó la imagen impecable y de pelo plateado de Aurora, efímera como el humo. Era palpable el dolor que sentía al recordarla. Trató de dejarlo fuera, pero era inútil. No quería recordar, pero su imagen siempre estaba allí, justo al borde de su pensamiento.

—Ahora podría escuchar —dijo Matty Roh, poniéndole una mano encima, impulsiva y vacilante—. Me gustaría, si tú quieres.

«No, no quiero hablar de ello, ni siquiera pensar en ello, ni contigo ni con nadie», pensó él. Pero volvió a recordarla mientras se lavaba los pies destrozados en el arroyo y le contaba cómo se los había desfigurado, cómo el veneno de la tierra le había cambiado la vida para siempre. ¿Acaso el dolor de sus recuerdos era menor que el suyo? Pensó también en Aurora moribunda, restaurando la espada de Leah hecha pedazos, entregándole una parte de sí misma para que la llevara consigo, algo que trascendiera su muerte. Y ella no le había dado ese regalo para que lo mantuviera en secreto o escondido, sino para que lo compartiera.

Los recuerdos no eran tesoros de cristal que se guardan bajo llave dentro de una caja y él lo sabía: eran cintas de colores que ondeaban al viento.

Le cogió las manos y luego se acercó para verle bien la cara; después empezó a hablar. Habló mucho tiempo, al principio con esfuerzo, luego con más facilidad, abriéndose paso por el laberinto de emociones que había en su interior, buscando las palabras que a veces no acudían, obligándose a continuar aun cuando creía que no podría hacerlo.

Cuando terminó, ella lo estrechó entre sus brazos y parte del dolor se desvaneció.

Volvieron a reemprender la marcha al amanecer, cuando la luz del sol, gris y brumosa, anunció lluvia. Las nubes surgían del oeste como una pesada y oscura avalancha que arrollaba todo lo que encontraba en su camino. Hacía calor y no corría el aire sobre el río, y el ruido del agua lamiendo las paredes del cañón reverberaba río abajo. Morgan izó la vela en el mástil, pero soplaba poco viento y al cabo de un rato la arrió y dejó que los empujara la corriente. Se acercaba el mediodía cuando pasaron por debajo de la Atalaya Sur y el negro obelisco se alzó sobre ellos, enorme, silencioso e impenetrable,

proyectando su sombra como una Prohibición a través del río Mermidón. Lo miraron con odio al pasar junto a él e imaginaron a las odiosas criaturas que habría en su interior, inquietos ante la posibilidad de que los vieran. Pero no apareció nadie y pasaron de largo sin obstáculos. La Atalaya Sur retrocedió en la lejanía, fundiéndose con la bruma hasta desaparecer.

Poco después llegaron a la desembocadura del río, donde las aguas se ensanchaban y prolongaban hasta convertirse en el Lago del Arco Iris, que se alisaba en una superficie semejante al cristal y se intensificaba en un azul más profundo. El arco iris que había dado nombre al lago brillaba tenuemente en medio del calor y la bruma, suspendido por encima del agua como una bandera gastada y descolorida que se ha soltado del asta y flota libremente. Condujeron la embarcación hacia la orilla oeste, la hicieron encallar y saltaron a un terreno yermo que al este y al sur caía a pico en el agua y al noroeste se extendía por una llanura, pelada salvo por la maleza y los árboles de palo fierro raquíuticos y sin hojas, hasta donde una hilera de colinas oscurecía el horizonte. Olisquearon el aire y miraron alrededor sin encontrar nada hasta donde les alcanzaba la vista.

Damson se cepilló hacia atrás su melena pelirroja, la sujetó con un pañuelo de colores alrededor de la frente y sacó el skree. Sosteniéndolo en su palma abierta, giró hacia el sur. Morgan vio cómo la mitad del medallón cobrizo brillaba con fuerza.

Se disponía a guardarla, pero al parecer se lo pensó mejor y comprobó los otros puntos cardinales. Al mirar hacia el norte, la dirección por la que habían venido, el skree brilló otra vez, emitiendo un pequeño y débil destello. Damson lo miró con incredulidad; luego cerró el puño, se dio la vuelta y volvió a abrir la mano. El skree brilló de nuevo con fuerza.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Matty.

—No lo sé —respondió Damson—. Nunca he oído que pudiera pasar esto.

Volvió a mirar hacia el sur y dejó que su palma recorriera despacio el horizonte de este a oeste y vuelta a empezar. Luego hizo lo mismo de cara al norte, escudriñando la superficie cortada del skree a medida que giraba. No había ninguna duda de lo que veían. El skree brillaba en las dos direcciones.

—¿Es posible que lo hayan vuelto a romper y que las piezas hayan tomado las dos direcciones? —preguntó Morgan.

—No. Solo puede partirse una vez. Si lo hubieran vuelto a partir dejaría de funcionar, y no es el caso. —Damson parecía preocupada—. Pero ha pasado algo. La luz del sur señala las tierras del río de Plata al oeste de Culhaven, por encima del Túmulo de la Batalla. Es la más brillante de las dos.

—Miró por encima del hombro—. La señal del norte se centra en la Atalaya Sur.

Se produjo un largo silencio mientras pensaban en qué podía significar eso. Una garza chilló por encima del lago, salió de la bruma en forma de destello plateado y volvió a desaparecer.

—Dos señales —repitió Morgan, poniendo los brazos en jarras al tiempo que negaba con la cabeza—. Y una de ellas es falsa.

—¿Cuál de las dos debemos creer? —preguntó Matty. Se alejó unos pasos, como si tuviera algo en mente; luego se dio la vuelta bruscamente y se acercó de nuevo—. ¿Cuál es la verdadera?

—No lo sé —respondió Damson.

—Entonces tendremos que comprobar las dos —repuso Matty, clavando sus ojos color cobalto en el horizonte, donde se amontonaban las nubes.

—Eso creo —respondió Damson—. No se me ocurre otra cosa.

—Muy bien —replicó Morgan, resoplando con frustración—. Iremos primero hacia el sur, ya que es la señal más fuerte.

—¿Y abandonar la Atalaya Sur? —Matty negó con la cabeza—. Imposible. Alguien tiene que quedarse aquí por si Par Ohmsford estuviera dentro. Piénsalo, montañés. ¿Y si está ahí y deciden trasladarlo? ¿Y si se presenta una oportunidad de rescatarlo y no hay nadie aquí para hacerlo? Tendríamos que empezar de cero. No creo que podamos correr ese riesgo.

—Tiene razón —dijo Damson, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien, quédate tú, y Damson y yo iremos al sur —declaró Morgan, enfadado porque la idea no se le hubiera ocurrido a él.

—Eres tú quien tiene que quedarse —replicó Matty—. Tu espada es la única arma eficaz contra los umbríos. Si hay que rescatarlo y se produce cualquier clase de enfrentamiento, tu espada es un talismán contra su magia. Yo soy hábil, Morgan Leah, pero sé cuándo me supera mi contrincante. Me gusta tan poco como a ti, pero no podemos hacer nada. Damson y yo iremos al sur.

Se produjo un largo silencio mientras se miraban intensamente, Morgan luchando por controlar un deseo casi incontenible de rechazar lo que le parecía una locura, Matty con sus ojos color cobalto clavados en él y llenos de determinación, con el peso de sus argumentos reflejado en su luz azul.

Morgan retiró por fin la mirada; la razón triunfó por encima de los sentimientos y se rindió de mala gana a la necesidad y la esperanza.

—Está bien. No me gusta, pero acepto. —Miró de nuevo atrás—. Pero si encontráis a Par y hay que luchar para liberarlo, venid a buscarme.

—Si podemos —respondió Matty.

Morgan hizo una mueca de disgusto y mostró un gesto colérico; luego miró a Damson en actitud desafiante. Pero la muchacha se limitó a asentir con la cabeza.

—Si podéis —respondió él débilmente, exhalando despacio el aire.

Hablaron hasta que se pusieron de acuerdo en lo que debían hacer si el tiempo y las circunstancias se lo permitían. Morgan oteó el horizonte y señaló hacia el oeste, hacia un risco que se levantaba frente al lago y que dominaba las tierras circundantes. Desde allí podría ver todo lo que se acercara o saliera de la Atalaya Sur. Si no ocurría nada, lo encontrarían allí cuando regresaran.

Volvió con ellas a la embarcación y retiró provisiones para una semana. Luego las abrazó, vacilante, primero a Damson y luego a Matty. La chica alta lo estrechó con fuerza, casi como para convencerle de las pocas ganas que tenía de dejarlo. No habló, pero lo abrazó con fuerza y rozó su mejilla con los labios. Cuando se separó, lo miró con fijeza y Morgan tuvo la sensación de que dejaba atrás parte de sí misma en esa mirada. Intentó responderle con un gesto tranquilizador, pero ella ya le había dado la espalda.

Cuando hubieron desaparecido tras fundirse en la bruma que se había formado por encima del río, Morgan se encaminó al oeste, hacia el puesto de observación que había elegido, avanzando con dificultad en la creciente oscuridad. Las nubes encapotaron los cielos y empezó a refrescar. Se había levantado un viento que soplaba por los llanos y le arrojaba a los ojos polvo y cieno arremolinado. Lejos, al oeste, la lluvia era una oscura cortina que avanzaba hacia él. Se puso la capucha de la capa y clavó los ojos en el suelo.

Acababa de llegar a su destino cuando empezó a llover, un aguacero que barrió las praderas como una avalancha y lo inundó todo en un instante. Morgan se refugió bajo un abeto de largas ramas y se acomodó contra la base del tronco. Allí estaba seco y protegido, y la tormenta pasó de largo sin molestarlo. La lluvia siguió cayendo durante varias horas, luego dejó paso a una llovizna y finalmente cesó. Las nubes negras se deslizaron hacia el este, los cielos se despejaron y el atardecer se convirtió en un fuego rojo y púrpura a la luz cada vez más débil.

Morgan dejó su refugio bajo el abeto y encontró un grupo de arces de hoja ancha que le permitían mantenerse oculto y ver al mismo tiempo la Atalaya Sur y el río Mermidón al este, una amplia extensión del Lago del Arco Iris al sur y un paso abierto en las montañas de Runne que canalizaba todo el tráfico por tierra que pudiera acercarse desde el norte y al oeste al alcázar de los

umbríos. Era un lugar estratégico para observarlo todo a veinte kilómetros a la redonda. Decidió que era suficiente y se acomodó, a la espera de la noche.

Comió un poco de la comida que había traído consigo y bebió un trago de agua. Se preguntó si Damson y Matty habrían empezado a cruzar el Lago del Arco Iris antes de que la tormenta hubiera estallado o si habrían decidido esperar. Se preguntó si estarían acampadas en la orilla del río, mirando hacia donde él estaba.

La luz se volvió gris y empezaron a salir las estrellas. Morgan miró fijamente hacia la Atalaya Sur y deseó poder ver el interior. Trató de no pensar demasiado en lo que podía estar ocurriendo tras sus muros. Una imaginación desbocada podía ser peligrosa. Recorrió con la mirada los llanos del oeste, yermos y carentes de vida, una superficie de tierras baldías y ramas secas y grises que se extendían como una mancha desde la torre de los umbríos. Advirtió que los bordes ya se estaban oscureciendo, infectados por su veneno. Los árboles se pudrían y la hierba se marchitaba. El risco sobre el que se hallaba era una isla que ya estaba en peligro.

Se quitó la espada de Leah de la espalda y la sujetó entre los brazos. «Un talismán contra los umbríos», había dicho Matty Roh. Pero también era un poder que le robaba el alma y no podía hacer nada para protegerte de él. Cada vez que utilizaba la magia, tenía lugar un duelo de voluntades, la suya y la de la espada, ambas luchando por la supremacía, por hacerse con el control. Hacía trescientos años, Allanon había respondido a la furiosa y desesperada súplica de Rone Leah y depositó en la antigua arma una diminuta parte de la magia del druida, y el legado de ese don o maldición, como quisieras llamarlo, era como un gusto agridulce que una vez probado pedía a gritos más.

Como le ocurría a Par con la magia de la Canción. Y como toda la magia que alguna vez había existido: cantos de sirena que no se detenían ante nada en su imperiosa e implacable necesidad de ser entonados.

Esbozó una sonrisa lúgubre. Ten cuidado con lo que deseas. ¿No era esa la vieja advertencia que se hacía a los que pedían lo que no tenían?

La sonrisa desapareció. Tal vez pudiera averiguarlo cuando llegara el momento de volver a conjurar la magia de la espada, ya que tendría que hacerlo tarde o temprano. Tal vez el don curativo de Aurora, la magia que había restaurado el poder del talismán, fuera tan asesina como la de los umbríos.

Se sintió helado, vacío e insoportablemente solo. Permaneció sentado sin moverse en las sombras, mirando al otro lado de los campos, esperando a que

la oscuridad los engullera.

Tres días antes había estallado otra tormenta mucho más violenta, un aguacero acompañado de truenos y relámpagos en medio de un viento huracanado, la clase de diluvio que iba y venía por las tierras fronterizas cuando aumentaban la presión y el calor del final del verano. Barrió Callahorn al atardecer, inundó la tierra durante toda la noche y desapareció hacia el sur con la llegada del amanecer.

Tras su paso, en la tierra empapada junto al Lago del Arco Iris se levantó una figura solitaria, tan cubierta de lodo que era irreconocible, encorvada como si soportara el peso de cadenas.

Sus oscuros ojos parpadearon, intentando enfocar. El día despertaba tarde, tal vez preocupado por si regresaba la tormenta; las nubes de contornos oscuros seguían cubriendo de forma intermitente los plumizos cielos y el amanecer gris acero hacía retroceder poco a poco las obstinadas sombras de la noche. La figura contempló la lisa extensión del lago, la luz procedente del este, el cielo, un mundo que era desconocido para él. En una mano tenía una espada que brillaba débilmente por donde se había desprendido la capa de hierba y lodo endurecido que la cubría, dejando ver el metal. La figura vaciló sin saber qué hacer y luego se acercó tambaleándose a la orilla del lago y sumergió en el agua las manos, la cara y por último el cuerpo, lavando y escurriendo una maraña de harapos y piel desnuda.

El barro y los escombros se alejaron arremolinándose en las oscuras aguas. Coll Ohmsford se levantó y miró alrededor.

Al principio no podía recordar nada más que quién era, aunque se mostraba firme al respecto, como si alguna vez hubiera dudado de su identidad. Reconocía el Lago del Arco Iris, la tierra que pisaba y el terreno que lo rodeaban. Estaba de pie en la orilla sur del lago, al oeste de Culhaven y al norte del Túmulo de la Batalla. Pero no sabía cómo había ido a parar allí.

Miró la espada que tenía en la mano (¿había logrado lavarse sin soltarla?) y se dio cuenta de que se trataba de la espada de Shannara.

Entonces los recuerdos se agolparon en su mente, le hicieron doblarse por la cintura y lo dejaron sin aliento, como si le hubieran golpeado en el estómago. Las imágenes le martillaron la cabeza. Los umbríos lo habían capturado y hecho prisionero en la Atalaya Sur; había logrado escapar, pero en realidad Rimmer Dall lo había planeado para que así fuera. Le había hecho creer que el sudario-espejo lo ocultaría, cuando en realidad lo había corrompido de formas que no quería recordar y lo había convertido en uno de ellos, lo había transformado en un reflejo de esas horribles criaturas. Había perdido el control sobre sí mismo y se había convertido en algo muy parecido a un animal que recorría la tierra en busca de su hermano Par, buscándolo sin ningún motivo o propósito claro aparte de una vaga intención de hacerle daño. Envuelto en los oscuros pliegues del sudario-espejo, había rastreado, localizado y atraído a su hermano...

Respiraba deprisa por la boca. Sentía una opresión en el pecho y un ardor en el estómago.

Su hermano.

... y había intentado matarlo... y lo habría conseguido si algo no lo hubiera detenido, si no lo hubiera apartado de él.

Sacudió la cabeza, intentando salir del laberinto de recuerdos. Había huido confundido y enloquecido de Par, dividido entre quien había sido y la criatura en la que se había convertido. Luego había hecho que Par lo siguiera, apenas consciente de que lo hacía, huyendo de él durante el día y buscándolo por la noche, sin dejar de perseguirlo, perdido dentro de sí mismo. Lo habían guiado el odio y el miedo, pero el origen de esos sentimientos nunca estaba claro. Había sentido que el sudario-espejo que lo cubría aflojaba su presa, pero aún no estaba seguro de si eso era bueno o no. Había estado cambiando de nuevo, pero no había sido capaz de volver a sí mismo, sometido todavía a la magia de los umbríos, subyugado por ella. Al anochecer volvió a acercarse a su hermano, decidido a matarlo, pensando al mismo tiempo en hallar su salvación; los pensamientos se retorcían como serpientes. «¡Sígueme!», le había suplicado a Par... y a continuación había echado a correr para que su hermano no lo alcanzara.

Se abrazó a sí mismo para combatir los escalofríos que lo recorrían y contempló la brumosa extensión del lago, recordando. ¿Cuántos días hacía que corría? ¿Cuánto tiempo había perdido?

«¡Sígueme!».

Luego le había robado a Par el medallón, el que llevaba colgado del cuello... se lo había robado sin saber por qué, solo porque había visto que lo cogía y acariciaba a la débil luz crepuscular, porque había percibido lo importante que era para él y había pensado que al arrebatárselo le haría daño, pero también que, si lo robaba, podía hacer que su hermano lo siguiera.

Y eso era lo que había ocurrido.

Hasta la tierra muerta a los pies de la Atalaya Sur.

¿Por qué había huido allí? El motivo se le escapaba, como un susurro evasivo en su subconsciente. Frunció el entrecejo, esforzándose en comprender. La magia del sudario-espejo lo había conducido, lo había obligado a volver...

Abrió mucho los ojos. Había llevado allí a Par porque...

Y su hermano lo había alcanzado bajo el viejo y destrozado roble y lo había encontrado exhausto y derrotado. Habían luchado por última vez, forcejeando por la espada de Shannara, tratando de derribar las barreras que los separaban, cada uno a su manera: Par intentaba conjurar la magia de la espada para que Coll pudiera liberarse, y Coll luchaba a su vez para...

¿Para qué? Para advertir a Par.

—Par —susurró, horrorizado, y el recuerdo de la verdad que le había revelado la espada ardió como fuego blanco en su interior. Bajó la vista hacia la espada cubierta de barro, la parte grabada de debajo de sus dedos, la mano que sostenía en alto una antorcha encendida. La miró fijamente, admirado, y recorrió con los dedos el emblema como si todavía estuviera descubriendo los secretos que guardaba.

Tantos meses buscando la espada de Shannara y no lo habían comprendido, pensó. Tanto esfuerzo invertido en recuperarla, en una lucha plagada de batallas desesperadas y vidas perdidas, y no lo habían sospechado ni una sola vez. El encargo de Allanon los había arrastrado de manera inconsciente. Había movilizado a Par y Coll no había tardado en seguirlo. «Encontrad la espada de Shannara», les había ordenado el fantasma del druida. «Solo entonces las Cuatro Tierras sanarán. Encontrad la espada», había susurrado en el torbellino de gritos que resonaban en el Cuerno del Hades.

Y Par Ohmsford así lo había hecho, sin sospechar una sola vez que no iba a poder utilizarla.

A Coll Ohmsford se le aceleró el pulso y respiró profundamente varias veces para calmar los latidos de su corazón. Sintió un deseo casi incontenible de dejarse arrastrar por la desesperación al pensar en lo que podía haberles

costado ese engaño, pero no iba a arrojarse por ese precipicio. Sosteniendo con ambas manos el talismán, se alejó del Lago del Arco Iris hacia un grupo de arces que proyectaban sombras difusas sobre un montículo cubierto de hierba. Aturdido y débil, se sentó donde el sol se filtraba a través de las ramas e intentó sortear las imágenes que había dejado resurgir en su memoria.

Par lo había seguido hasta esa llanura al oeste de la Atalaya Sur y habían combatido por última vez, hermano contra hermano. Par había ido en su busca porque el sudario-espejo era una magia de los umbríos de la que Coll no podía liberarse por sí solo. Había intentado utilizar la espada de Shannara para que Coll pudiera romper sus ataduras, reconocer quién era y en qué se había convertido, para que comprendiera hasta qué punto le habían corrompido. La verdad, la función específica de la espada, lo ayudaría a huir. Par estaba convencido de tener en su poder la auténtica espada de Shannara porque la magia se había despertado cuando Coll se abalanzó sobre él a las afueras de Tyrsis. Despertada por el fragor de la lucha, la magia había descendido en espiral, recorriéndolos a ambos, y le había hecho saber a Par que Coll estaba vivo, y a Coll, poder vislumbrar, horrorizado, la criatura en que se había convertido. Par estaba convencido de que, si hacía que la magia de la espada penetrara en su hermano, conseguiría liberarse.

Le brotaron las lágrimas al recordar la concentración en la cara de Par mientras luchaban encarnizadamente en el frenesí de la tormenta. De nuevo vio a su hermano mover los labios, susurrándole: «Coll, escúchame. Escucha la verdad».

Y la verdad había llegado, irradiando de la espada de Shannara en forma de calor blanco y purificador: había penetrado en Coll y hecho pedazos la magia de los umbríos para que pudiera arrancarse el sudario-espejo y arrojarlo lejos de sí. La verdad había llegado y Coll había quedado libre.

Pero la verdad no había sido la verdad de Par, y esta no había querido revelarse. Había sido la de Coll, para que solo él la recogiera.

Por el este, el sol atravesaba las nubes de tormenta cada vez más lejanas y el grisáceo amanecer daba paso a la luz dorada del día. Al contemplarlo, Coll sintió que toda la tristeza que había conocido se comprimía en ese único fragmento de tiempo.

No había sido Par quien había conjurado la magia de la espada de Shannara, sino él. Y no una vez, sino dos, y en cada ocasión, sin darse cuenta de lo que hacía o de que podía controlarla. Era él, y no Par, el Ohmsford para quien estaba hecha la espada. Pero como en tantas otras cosas, la verdad era esquiva como el humo y comprenderla requería tiempo. Allanon no le había

encomendado ninguna misión a Coll cuando se reunieron en el Cuerno del Hades, y sin embargo era él quien tenía el poder de conjurar la magia de la espada de Shannara. Si se detenía a pensarlo, era lógico que así fuera. Era el hermano de Par y, como él, heredero de la magia élfica. Tenían la misma sangre elfa y el mismo derecho de nacimiento. Pero fue a Par a quien se le encomendó la misión y, a partir de ese instante, en él se había centrado todo. Par había sido enviado a recuperar la espada, armado con su propia magia y con una determinación implacable, seguro de su objetivo aunque el resto del reducido grupo dudara. Par fue enviado y Allanon debía de saber que no fracasaría. Pero ¿por qué no le habían dicho que la espada estaba destinada a Coll? ¿Por qué no le habían encargado nada a él?

Juntó las manos y entrelazó los dedos ante sí. Recordó la sensación que había experimentado al dar vida a la magia de la espada, un fuego blanco inexplicablemente frío. Incluso subyugado por el sudario-espejo, la había sentido llegar, un alud que lo había arrollado y había arrasado lo que tenía por delante. Las verdades derribaban las barreras de la magia de los umbríos, pequeñas al principio, recuerdos de la niñez y de la juventud, luego más grandes, más fuertes e insistentes, como golpes que fortalecían su resolución y lo endurecían ante los futuros acontecimientos. Eran verdades dolorosas, pero también curativas, y cuando la última apareció ante él (la verdad de quién era y en qué se había convertido), fue capaz de aceptarla y poner fin a la farsa.

Había narrado miles de veces la historia de la espada de Shannara: cómo el talismán había resucitado quinientos años atrás en manos de Shea Ohmsford, cómo le había revelado al joven del valle su verdadera identidad para a continuación desenmascarar al Señor de los Brujos. Había contado la historia tan a menudo que podía recitarla dormido.

Pero ni siquiera eso le había preparado para lo que sentía ahora, después de haber utilizado la magia. La revelación de la verdad lo había vaciado de las ilusiones y presunciones que lo habían protegido durante toda su vida. Lo había despojado de las barreras protectoras que había levantado él mismo contra sus peores errores y fracasos. Lo había dejado desnudo y expuesto. Se había sentido estúpido y avergonzado.

Y temía por Par.

Porque la espada de Shannara, al liberarlo, también le había revelado verdades con respecto a Par. Una de ellas era que no podía utilizar la espada; otra, que no lo sabía; y la tercera, que la magia de la Canción era el origen de sus problemas.

A él le había revelado secretos, los había visto. Pero Par no. Por motivos que desconocía, el hechizo de la Canción impedía que Par conjurara la magia de la espada, no permitía que esa magia entrara en él y le mostrara la verdad sobre sí mismo. La Canción era un muro que dejaba fuera la magia de la espada, que ocultaba lo que esta revelaba y lo mantenía prisionero. Coll no sabía por qué, solo que era así. La magia de la Canción tenía su efecto en Par, y Coll no estaba seguro de cuál era. Había sentido su resistencia al poder de la espada cuando había forcejeado con su hermano para arrebatársela. Había sentido cómo rechazaba la magia, cómo la mantenía dentro de Coll y se aseguraba de que las verdades no se revelaban ante su hermano.

¿Por qué?, se preguntó. ¿A qué se debía? ¿Por qué Allanon no les había dicho nada respecto a cómo se utilizaba la espada o para qué la necesitaban? ¿Cuál era su propósito? Les había encomendado recuperarla y así lo habían hecho. ¿Qué tenían que hacer con ella?

¿Qué tenía que hacer él con ella?

La luz del sol le acarició la cara y Coll cerró los ojos, inclinándose hacia ella. El calor lo relajaba y dejó que lo envolviera como una manta. Estaba cansado y confundido, pero también a salvo, y eso era más de lo que podía decir de Par.

Le dio la espalda al sol y volvió a abrir los ojos. El Rey del río de Plata había tratado de llevárselos a ambos, pero había fracasado. A Par le había entrado pánico y había utilizado la magia de la Canción, y esta había neutralizado la de su rescatador. Coll había sido conducido a la luz y le había alejado del peligro, pero Par había caído de nuevo en la oscuridad y en las manos de los umbríos que estaban esperándolo.

Ahora estaba en poder de Rimmer Dall.

Coll apretó los labios. Le había gritado a Par mientras lo veía caer y luego había sentido cómo la luz lo envolvía, lo tranquilizaba y lo alejaba de allí. El Rey del río de Plata había pronunciado palabras tranquilizadoras y reconfortantes, palabras de esperanza. El anciano le había hablado en voz baja, al oído. «Estarás a salvo», le había susurrado. «Dormirás y olvidarás momentáneamente, pero cuando despiertes volverás a recordar. Guardarás como si fuera tuya la espada de Shannara, porque eres tú quien debe esgrimirla. La llevarás contigo durante la búsqueda de tu hermano y la utilizarás para salvarlo».

Coll asintió para sus adentros al recordar. La utilizaría para salvarlo. Haría por Par lo que este había hecho por él. Lo buscaría, conjuraría la magia de la

espada de Shannara, lo obligaría a enfrentarse a las verdades que la magia de la Canción le ocultaba y lo liberaría.

Lo liberaría, sí, pero ¿de qué?

Un oscuro desasosiego se apoderó de él al recordar los temores de Par sobre cómo estaba evolucionando la magia de la Canción. Rimmer Dall le había advertido que Par era un umbrío, que la magia de la Canción lo había convertido en uno de ellos y que corría el peligro de que esta lo consumiera porque no sabía cómo controlarla. Le había advertido que solo él podía evitar que destruyera al joven del valle. Por supuesto, no había ningún motivo para creer en las palabras del Primer Buscador. Pero ¿y si tenía solo parte de razón? Sin duda, bastaría para que la magia de la Canción impidiera que la verdad de la espada llegara hasta Par. Porque si en realidad era un umbrío...

Coll resopló, furioso. No iba a permitirse terminar ese pensamiento, no podía aceptar esa posibilidad. ¿Cómo iba a ser Par un umbrío? ¿Cómo iba a ser uno de esos monstruos? Había otra explicación, tenía que haberla.

«¡Deja de darle vueltas! ¡Sabes lo que tienes que hacer! ¡Tienes que encontrar a Par!».

Se levantó y contempló el lago cubierto por la bruma, magullado y exhausto tras su lucha por conservar la vida y tras las revelaciones de la espada. Pensó en los años que había cuidado de su hermano cuando eran niños: Par, tan volátil y peleón, intentando comprender y controlar la magia que vivía en su interior, y Coll, el conciliador, utilizando su corpulencia y su carácter tranquilo para impedir que las cosas se les fueran de las manos. ¿Cuántas veces había defendido a Par, lo había protegido de castigos y represalias y lo había mantenido alejado del peligro? ¿Cuántas veces había dejado a un lado sus dudas para permanecer junto a él y protegerlo? Tantas que le era imposible contarlas. Tampoco estaba dispuesto a hacerlo; sencillamente, se había limitado a cumplir con su deber, y volvería a hacerlo ahora. Par y él eran hermanos, y los hermanos se defendían mutuamente cuando era necesario. Había tomado esa decisión hacía mucho tiempo.

«Encuentra a Par y libéralo».

«Antes de que sea demasiado tarde».

Bajó la vista hacia la espada de Shannara y tocó tímidamente la empuñadura, recordando la sensación que había experimentado cuando su magia lo recorrió. Su magia. La magia que había creído que jamás tendría. Recordó cuánto la había deseado en alguna ocasión, no tanto por lo que pudiera hacer con ella, sino porque había creído que así se acercaría más a Par. Recordó lo solo que se había sentido después del encuentro con Allanon,

el único miembro de la familia Ohmsford a quien no le habían encomendado ninguna misión. Recordó que había pensado que no merecía la pena el haber estado presente, y ese recuerdo aún le dolía.

Así pues, ¿qué podía hacer con la oportunidad que se le había presentado?

Se miró, harapiento y destrozado, sin comida ni agua, sin otra arma que la espada y sin dinero para adquirirlas. Volvió a contemplar el lago, la niebla que empezaba a desaparecer a medida que se intensificaba la luz del sol.

«Busca a Par».

Su hermano estaría en la Atalaya Sur. Pero ¿seguiría siendo su hermano? Coll creía que podía alcanzarlo, que encontraría la forma de sortear cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino, pero ¿qué habría pasado con su hermano entretanto? ¿Le ayudaría la espada de Shannara a deshacer lo que pudieran haber hecho los umbríos? ¿Serviría de algo la magia si Par se había convertido en uno de ellos?

Las preguntas eran perturbadoras. Si seguía dándole vueltas, podía cambiar de opinión sobre ir en su búsqueda.

«Pero ¿acaso no era lo mismo cuando Par vino a por mí?».

«¿No se preguntó si yo seguía siendo su hermano?».

Alejó de su mente las dudas, agarró con decisión y firmeza la espada de Shannara y empezó a andar.

Viajó en dirección este, siguiendo la costa hacia la desembocadura del río de Plata. Ir al oeste era imposible, porque para ello tendría que navegar por la Ciénaga Brumosa y sabía que era mejor no intentarlo. Las nubes desaparecieron, salió el sol y la tierra se volvió tórrida. Una humedad vaporosa se elevaba del suelo empapado, y los charcos y arroyos creados por la tormenta volvieron a secarse. Las garzas y las grullas sobrevolaron el lago con largos descensos en picado y las aguas se volvieron plateadas.

Sin acabar de comprender esa nueva vida, Coll pensó larga y detenidamente en todo lo que había ocurrido, intentando juntar las piezas que no encajaban en el rompecabezas. De ellas, la más importante era la obsesión de Rimmer Dall con Par. Que el Primer Buscador estaba obsesionado con él era indiscutible. Había dedicado demasiado tiempo y esfuerzo para que pudiera pensar lo contrario. Empezó con su elaborado engaño para hacer creer a Par que Coll estaba muerto. Luego permitió que Coll reapareciera corrompido por el sudario-espejo y lo envió en busca de Par. Y además estaba el asunto de entregarle a Par la espada de Shannara cuando este no podía utilizarla. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué su hermano era tan importante para Rimmer Dall? Si hubiera sido un obstáculo para el Primer Buscador, lo habría

matado hacía mucho. En lugar de eso, Dall parecía disfrutar con sus elaborados juegos, con la búsqueda de la espada de Shannara, con la muerte fingida y la transformación de Coll, y había sugerido repetidas veces la posibilidad de que Par fuera una de las criaturas que se proponía destruir. ¿Qué pretendía con eso?

De alguna manera, Coll sabía que estaba relacionado con la misión que Allanon había encomendado a su hermano de recuperar la espada de Shannara. Tal vez la espada tuviera la función de revelar la verdad oculta detrás de todos los engaños. O tal vez tuviera otra función. Fuera lo que fuese, allí había estratagemas y triquiñuelas que ni él ni Par habían conseguido comprender y que tenían que descubrir como fuera.

Al mediodía hizo un alto, bebió agua de un arroyo y deseó tener algo que comer. Se estaba acercando al río de Plata y pronto torcería hacia el Rabb al norte. Se había fortalecido con los entrenamientos de Ulfkingroh en la Atalaya Sur, pero el sudario-espejo le había mermado las fuerzas. El hambre lo atormentó hasta que dejó que lo dominara. Fabricó con la espada una lanza de una rama de sauce y fue a pescar. Cruzó el lago por una zona poco profunda hasta una silenciosa cueva y permaneció sumergido hasta las rodillas en las aguas transparentes, hasta que pasó un pez e intentó ensartarlo. Tras una docena de intentos, por fin capturó a su presa. Lo llevó a la orilla y recordó que no tenía con qué cocinarlo. No podía comérselo crudo, no después de todos esos días subyugado por el sudario-espejo. Buscó en sus bolsillos algo para hacer fuego, pero solo encontró el extraño medallón que le había robado a Par. Furioso y frustrado, volvió a soltar al pez en el lago y se puso de nuevo en camino.

La tarde transcurría despacio. Coll se veía obligado a descansar con mayor frecuencia, mareado por el calor sofocante, incapaz de mantener la concentración. No le vendría mal echar una cabezada, pero había decidido seguir hasta que se hiciera de noche. Veía a Par de vez en cuando reflejado en la brillante hierba, oía su voz y captaba sus movimientos. Los recuerdos iban y venían, se mezclaban con las imágenes y se evaporaban cuando se acercaba demasiado. Necesitaba un buen plan, se dijo. No bastaba con volver a la Atalaya Sur. Jamás sería capaz de rescatar él solo a Par. Necesitaba ayuda. ¿Qué habría sido de Morgan Leah y de los demás?, se preguntó. ¿Qué había sido de Walker Boh y de Wren? ¿Dónde estaba Damson? ¿También estaba buscando a Par? Padishar Cesta lo ayudaría si lo encontraba. Pero Padishar podía estar en cualquier parte.

Caminó hasta que llegó el crepúsculo y apareció ante él el río de Plata, una brillante cinta que serpenteaba tierra adentro. Bordeó el barro formado por la podredumbre de una ensenada poco profunda, con las aguas tibias verdes y fangosas, la vegetación gris a causa de la enfermedad y el hedor de su agonía flotando en el aire. Respirando por la boca, pasó por su lado, impaciente por continuar.

Al salir de un grupo de pinos vio un carro y se detuvo. Cinco hombres sentados alrededor de una hoguera levantaron la mirada. Tenían aspecto duro y se lo quedaron mirando sin moverse. Estaban asando carne en un espetón y tenían caldo en una cazuela. Los apetitosos olores llegaron hasta Coll. Un grupo de mulas, desenganchadas del carro, pastaban atadas, y por el suelo había esteras y mantas extendidas. Los hombres se pasaban un odre de cerveza.

Uno de ellos le hizo señas a Coll para que se acercara. Coll vaciló. Los demás le indicaron con gestos que se acercara, ofreciéndole comida y bebida y preguntándole qué demonios le había ocurrido.

Coll se acercó a ellos, consciente del aspecto tan extraño que debía de tener, pero acuciado por el hambre. Se sentó entre ellos y recibió un plato, un bol y una jarra de cerveza. No había dado ni el primer bocado cuando recibió el primer golpe detrás de la oreja y todos los demás se abalanzaron sobre él. Intentó levantarse, soltarse y huir, pero lo sujetaban demasiadas manos. Lo sacudieron y le dieron patadas hasta dejarlo casi inconsciente. Luego le arrebataron la espada de Shannara, le pusieron cadenas en las muñecas y los tobillos y lo subieron a la parte trasera del carro. Él les suplicó que no lo hicieran. Les rogó que lo soltaran, les dijo que estaba buscando a su hermano, que tenía que encontrarlo, que tenían que dejarlo marchar. Se mofaron de él y le amenazaron con amordazarlo si no se callaba. Luego lo irguieron y le dieron una taza de caldo y una manta.

Sacarían una buena tajada por su arma, le dijeron, pero sacarían una mayor cuando a él lo vendieran a la Federación para que trabajara en las minas de esclavos de Dechter.

Par Ohmsford soñó que corría por un bosque sumido en las sombras y vacío de vida. Era de noche y el cielo que se entreveía a través del dosel de ramas entrelazadas era de un azul intenso, sin estrellas ni luna. Par veía claramente mientras corría, pero no conseguía determinar de dónde procedía la luz. Los troncos de los árboles se movían ante él, oscilando como briznas de hierba al viento, y lo obligaban a hacer eses para esquivarlos. Las ramas se alargaban hacia él y le acariciaban la cara y los brazos, tratando de detenerlo. Unas voces susurraban, le increpaban una y otra vez.

«Umbrío. Umbrío».

Estaba aterrorizado.

La ropa que llevaba puesta estaba húmeda de sudor y sentía el roce de las botas en los tobillos. De vez en cuando había arroyos y pozos, y se veía obligado a saltar por encima de ellos o a desviarse porque su instinto le decía que eran cenagales y que si ponía un pie en ellos lo engullirían. Aguzó el oído mientras corría para intentar escuchar ruidos de otras criaturas vivas. No podía dejar de pensar que no podía estar solo, que en el bosque debían de vivir otros seres, que no podría continuar eternamente. Pero cuanto más corría, más profundo era el silencio y más oscuros se volvían los árboles. Ningún sonido rompió la quietud. Ninguna luz penetró el bosque.

Al cabo de un rato sintió que algo le seguía, una criatura negra e indescriptible que corría tan veloz como él, que lo perseguía como si fuera su sombra. Intentó poner distancia entre ambos corriendo aún más deprisa, pero fue en vano. Trató de despistarla torciendo primero en una dirección y luego en otra, pero la criatura seguía sus huellas. Trató de pegarse a un viejo y monstruoso tronco de origen desconocido y la criatura también se detuvo y esperó.

Era la criatura la que susurraba en sus oídos.

«Umbrío. Umbrío».

Siguió corriendo sin saber qué hacer, presa del pánico y la desesperación, perdiendo toda esperanza. Se vio atrapado por los árboles y la oscuridad, sin poder escapar, y supo que tarde o temprano la criatura lo capturaría. La sangre le zumbaba en los oídos y se oyó resollar. Le dolían las piernas y creía que no podría continuar, pero no podía detenerse. Se llevó una mano a las armas, pero se dio cuenta de que no llevaba ninguna. Intentó pedir ayuda con la fuerza de su voluntad, pero los nombres y las caras de aquellos a quienes podía llamar no acudían a su mente.

De pronto se encontró en la orilla del río negro y veloz que corría con la fuerza de las crecidas por un cauce ancho y recto. Sabía que no era un río de verdad, que era otra cosa, pero no sabía qué. Vio un puente extendido sobre él y corrió para cruzarlo. Oyó a la criatura a sus espaldas. Subió de un salto al puente, un amplio arco de madera y clavos de hierro. Sus botas no hacían ruido al correr, sus pisadas eran silenciosas. El puente le había parecido una vía de escape, pero en cuanto empezó a cruzarlo descubrió que no podía ver la otra orilla. Miró atrás y el bosque también había desaparecido. El cielo había descendido y el agua se había elevado, y de pronto estaba dentro de una caja que se cerraba herméticamente.

La criatura que lo seguía siseó. Ganaba terreno rápidamente, aumentando de tamaño a medida que la caja se hacía más pequeña.

Par se giró, consciente de que no podía escapar, de que había caído en una trampa, de que no importaba lo que hubiera esperado conseguir al correr; había perdido. Se volvió y, al hacerlo, recordó que no estaba indefenso después de todo, que tenía el hechizo de la Canción y que esa magia élfica podía protegerlo de cualquier cosa. Lo invadió una oleada de esperanza y conjuró la magia en su defensa. Esta estalló dentro de él y lo recorrió en una frenética y eufórica oleada, una luz blanca que convirtió su sangre en fuego y su cuerpo en hielo. Sintió cómo lo llenaba, cómo su poder lo revestía de una armadura y lo volvía indestructible.

Esperó expectante a que la criatura lo siguiera. Esta salió de la noche sigilosa como un gato, una criatura sin forma ni cuerpo material. Percibió su presencia mucho antes de verla. La notó observar, luego respirar y finalmente acercarse; primero hacia un lado, luego hacia el otro y, por último, en todas direcciones. Pero por alguna razón supo que no estaría en peligro hasta verle la cara. La criatura se retorció y dio vueltas a su alrededor, cuidándose de permanecer fuera de su alcance, y él esperó a que se cansara.

Luego empezó a materializarse y dejó de ser extraña, deforme o incluso grande. Su cuerpo tenía el mismo tamaño y forma que el suyo, y se plantó ante él mostrándole todo salvo la cara. Par llevó la magia de la Canción a las puntas de sus dedos y la mantuvo allí, como una flecha muy afilada y tensa en la cuerda de un arco. La criatura que tenía ante sí lo observaba. Y esta vez volvió la cabeza hacia él, pero su rostro seguía borroso y oscuro. Volvió a susurrar:

«Umbrío. Umbrío».

A continuación el semblante se definió y Par se encontró mirándose a sí mismo.

«Umbrío. Umbrío».

Par se estremeció y arrojó la magia de la Canción contra la criatura. Esta la atrapó al vuelo y la magia se desvaneció. Par arrojó por segunda vez el hechizo, un mazazo que convertiría en humo a la criatura, pero esta la absorbió como si fuera aire. Esbozó una sonrisa; tenía un aspecto hueco y borroso por los bordes, como un espejismo que amenazaba con desaparecer en el calor.

«¿No lo sabes?».

«¿No lo ves?».

La voz susurrante era astuta, condescendiente y odiosa, y Par volvió a arremeter contra ella, una y otra vez, arrojándole su magia. Pero ocurría algo extraño. Cuanto más conjuraba la magia, más contenta parecía la criatura. Su satisfacción y su placer eran palpables. La criatura cambiaba y adquiría mayor fuerza en lugar de debilitarse, se alimentaba de la magia, la absorbía.

«¿No lo comprendes?».

Par jadeó y dio un paso atrás, consciente de que también él estaba cambiando, de que perdía forma y definición, desintegrándose como madera en llamas reducida a cenizas. Se tocó, desesperado, y vio que sus propias manos le traspasaban el cuerpo. La criatura se acercó más a él, con los brazos extendidos, y se vio a sí mismo reflejado en sus ojos.

«Umbrío. Umbrío».

Se vio a sí mismo y se dio cuenta de que ya no había ninguna diferencia entre ambos. Se había convertido en la criatura.

Cuando esta lo tomó en sus brazos y lo atrajo despacio hacia sí, soltó un grito.

El sueño terminó y Par se despertó con una sacudida. Estaba mareado y tenía la respiración agitada y jadeante. «Solo era un sueño», pensó. Ocultó la

cara entre las manos y esperó a que cesara el mareo. Una pesadilla, ¡pero tan real! Tragó saliva e intentó contener el miedo.

Abrió de nuevo los ojos y miró alrededor. Estaba en una habitación tan negra como el bosque por el que había huido, que olía a moho y a cerrado. Las ventanas de la pared del fondo se abrían a los cielos nocturnos que estaban encapotados y sin luna. El aire estaba caliente y pegajoso, y no corría una brizna de brisa. Estaba sentado en una cama que era poco más que un marco de madera y un camastro, y la ropa que llevaba puesta estaba húmeda y rígida por el barro endurecido.

Entonces recordó.

Los llanos, la tormenta, la lucha con Coll, el despertar de la magia de la espada de Shannara, la llegada de los umbríos, la aparición del Rey del río de Plata, la luz y luego la oscuridad... las imágenes desfilaron a toda velocidad ante él.

¿Dónde estaba?

Una luz brilló de pronto en la habitación, una luciérnaga que descansó en los dedos de un brazo enguantado hasta el codo. La luz se posó en una lámpara, cobró intensidad y se proyectó a través de las sombras.

—Ahora que estás despierto, tal vez podamos hablar.

Una forma alta, alargada y encapuchada, envuelta en una capa, dio un paso hacia la luz. Se movía con sigilo, gracilidad y naturalidad. En el pecho brillaba la insignia blanca de la cabeza de lobo.

Rimmer Dall.

Un escalofrío recorrió a Par de la cabeza a los pies, e hizo lo que pudo para dominarse y no salir huyendo. Echó un vistazo a las paredes de piedra que lo rodeaban, los barrotes de las ventanas, la puerta de madera revestida de hierro que se había cerrado detrás de Rimmer Dall. Estaba en la Atalaya Sur. Buscó la espada de Shannara, pero había desaparecido. Y Coll tampoco estaba.

—Parece que no has dormido bien.

La voz susurrante de Rimmer Dall flotó en el silencio. Se quitó la capucha y su barbudo y huesudo rostro quedó iluminado por la luz, todo ángulos y líneas rectas, como una máscara desprovista de expresión. Si era consciente de la agitación de Par, no lo demostró. Se acercó a una silla y se sentó.

—¿Quieres comer algo?

Par rechazó la oferta con un gesto, sin atreverse a hablar. Tenía la garganta seca y los músculos tensos. «No te dejes dominar por el pánico», se dijo. «Tranquilo». Se obligó a respirar lenta y profundamente, a un ritmo

acompañado. Apoyó los pies en el suelo, pero no intentó levantarse. Rimmer Dall lo observaba con ojos insondables; su boca formaba una línea fina e inmóvil. «Como un gato al acecho», pensó Par.

—¿Dónde está Coll? —preguntó con voz firme.

—Se lo llevó el Rey del río de Plata. —La voz susurrante era curiosamente reconfortante—. También se llevó la espada de Shannara.

—Pero tú impediste que me llevara consigo.

Rimmer Dall rio débilmente.

—Lo hiciste tú mismo —respondió el Primer Buscador, esbozando una leve sonrisa—. Yo no intervine. Utilizaste la magia de la Canción y esta actuó en tu contra, y obligó al Rey del río de Plata a alejarse. —Hizo una pausa—. La magia es cada vez más impredecible, ¿no te parece? ¿Te acuerdas de la advertencia que te hice?

—Sí, lo recuerdo todo. Pero eso es lo de menos, porque no te creería aunque me dijeras que el sol sale por el este. Me has mentido desde el principio. No sé por qué, pero lo has hecho. Y ya estoy harto de escucharte, así que haz lo que quieras y acaba de una vez.

—Dime en qué te he mentido —replicó Rimmer Dall tras estudiarlo en silencio.

Par se sintió dominado por la ira. Empezó a hablar, pero se interrumpió al darse cuenta de que no podía recordar que le hubiera dicho ninguna mentira. Estaban allí, tan reales como la cabeza del lobo que brillaba sobre su ropa negra, pero era incapaz de verlas con claridad.

—Te dije cuando nos conocimos que eras un umbrío. Te di la espada de Shannara y te dejé levantarla contra mí para que comprobaras que no mentía. Te advertí que tu magia era un peligro para ti, que te estaba cambiando y que tal vez no fueras capaz de controlarla sin ayuda. ¿Qué mentira hay en eso?

—¡Hiciste prisionero a mi hermano después de hacerme creer que yo lo había matado! —gritó Par en tono amenazador, poniéndose de pie a pesar de su resolución—. ¡Me hiciste creer que estaba muerto! ¡Y luego lo dejaste escapar con el sudario-espejo para que se convirtiera en un umbrío y yo lo volviera a matar! ¡Nos has puesto al uno contra el otro!

—¿Yo? —Rimmer Dall negó con la cabeza—. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Qué iba a ganar yo con eso? Dime de qué me serviría. —Permaneció sentado y tranquilo frente a un Par furioso, esperando. Él echaba fuego por los ojos, pero no respondió—. ¿No lo sabes? Entonces escúchame. Yo no te hice creer que habías matado a Coll, lo hiciste tú solo. Tu magia lo hizo, retorciendo y

cambiando lo que veías. ¿Lo recuerdas, Par? ¿Recuerdas cuando creías que habías perdido el control?

Par se quedó sin habla. Era cierto, había experimentado la sensación de alejarse de sí mismo, de que algo le llevaba lejos.

—Mis buscadores encontraron a tu hermano después de que tú hubieras huido y lo trajeron aquí —continuó el Primer Buscador—. Es cierto que fueron duros con él, pero no sabían quién era, solo que estaba donde no debía. Yo lo mantuve prisionero en la Atalaya Sur, es cierto, para intentar convencerlo de que me ayudara a buscarte. Creía que él era mi última oportunidad. Cuando huyó, se llevó consigo el sudario-espejo, pero yo no le ayudé a robarlo. Lo cogió porque quiso. Y es cierto, lo transformó; la magia era demasiado poderosa para un hombre corriente. Tú lo podrías haber llevado sin que te afectara, Par. Y yo no os he puesto al uno contra el otro, sino vosotros mismos. Cada vez que acudo a ti intento ayudarte, y siempre te me escapabas. Ya es hora de que dejes de huir.

—¡Ya te gustaría! —replicó Par, furioso—. ¡Haría mucho más fáciles las cosas para ti!

—Piensa en lo que estás diciendo, Par. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Por qué? —Par apretó las mandíbulas—. Dondequiera que vaya hay umbríos esperando, tratando de matarme a mí y a mis amigos. ¿Qué me dices de Damson Rhee y de Padishar Cesta en Tyrsis? Supongo que eso fue un error.

—Un error, pero no mío —respondió Rimmer Dall con calma—. La Federación te siguió hasta allí, cogió a la chica y luego al líder de los proscritos. Los buscadores a los que destruiste en la torre de vigilancia cuando liberaste a la chica estaban allí obedeciendo órdenes de la Federación. No sabían quién eras, solo que eras un intruso. Pagaron por ello con su vida. Tendrás que admitir que eso es justicia.

—No te creo —replicó Par, negando con la cabeza—. No me creo nada de lo que dices.

—Eso has dicho cada vez que hemos hablado. —Rimmer Dall cambió ligeramente de postura en la silla—. Pero no parece tener motivos para tal actitud. ¿Cuándo he hecho algo que supusiera una amenaza para ti? ¿Cuándo he hecho otra cosa que ser franco contigo? Te he contado la historia de los umbríos, te he explicado que la magia nos corresponde por derecho de nacimiento, que es un don que sirve para ayudar, para salvar. Te he demostrado que el enemigo es la Federación, que nos ha perseguido y destruido en cada esquina porque teme y odia lo que no puede comprender ni

comprenderá jamás. ¿Somos enemigos tú y yo, Par? No. Pertenece a la misma familia. Somos iguales.

Par visualizó de pronto el sueño y el recuerdo despertó en su interior algo oscuro e inexorable. Estaba huyendo de sí mismo, de la magia, de su derecho de nacimiento, de su destino... Era posible, ¿no?

—Si somos de la misma familia y tú no eres el enemigo, entonces me dejarás marchar —insistió.

—No, esta vez no. —El robusto hombre negó con la cabeza y una sonrisa curvó las comisuras de sus labios—. Lo hice una vez y casi te destruyes. No volveré a ser tan iluso. Esta vez lo haremos a mi manera. Hablaremos, nos veremos, exploraremos, averiguaremos cosas el uno de otro y, finalmente, aprenderemos. Entonces podrás marcharte.

—No quiero hablar, ni verme contigo, ni hacer nada de todo eso. No tenemos nada más que hablar —replicó Par furioso—. Y si intentas retenerme utilizaré la magia de la Canción —concluyó el joven del valle, fulminándolo con la mirada.

—Adelante, utilízala —respondió Rimmer Dall. Luego hizo una pausa—. Pero recuerda el efecto que tiene en ti.

«Me está cambiando», pensó Par, comprendiendo el alcance de la advertencia. «Cada vez que la utilizo, cambia algo en mí. Cada vez pierdo un poco más de control. Y, por mucho que lo intento, no puedo impedirlo. No sé cuáles serán las consecuencias, pero tengo el presentimiento de que no serán agradables».

—No soy un umbrío —dijo en voz baja.

—Es solo una palabra —respondió Rimmer, mirándolo fijamente.

—No me importa. No lo soy.

El Primer Buscador se levantó y se acercó a la ventana. Miró a la noche, absorto y distante.

—Antes me preocupaba quién era y cómo me llamaba —dijo—. Me consideraba una aberración rara y peligrosa. Pero he descubierto que estaba equivocado. Lo importante no era lo que los demás pudieran pensar de mí, sino lo que yo pensaba de mí mismo. Si permitiera que la opinión de los demás influyera en mí, me convertiría en lo que a ellos se les antojara. —Se giró hacia Par—. Los umbríos están siendo destruidos sin motivo. Nos acusan sin motivo. Disponemos de una magia que puede ayudar en muchos sentidos, pero no nos permiten utilizarla. Mírate, ¿acaso no te ocurre a ti lo mismo?

De pronto, Par se sintió exhausto, abrumado por el impacto de lo que le había ocurrido y confuso sobre lo que eso podía significar. Rimmer Dall

permaneció sereno, impasible e inquebrantable. Sus argumentos eran persuasivos. Par no lograba recordar en qué le había mentido. No conseguía ver con claridad cuándo había intentado hacerle daño. Siempre había creído que él era el enemigo, y eso le habían dicho Allanon y Cogline, pero ¿qué pruebas tenía? ¿Y dónde estaban el druida y el anciano? ¿Dónde se habían metido los que podían ayudarle?

El recuerdo del sueño lo atormentaba. ¿Cuánta verdad había en él?

Se volvió hacia la cama de la que se había levantado y se sentó de nuevo. Nada le había salido bien desde que aceptó el encargo de Allanon de recuperar la espada de Shannara. Ni siquiera la espada le había sido útil. Se sentía solo, abandonado e impotente y no sabía qué hacer.

—¿Por qué no duermes un poco? —le sugirió Rimmer Dall en voz baja, dirigiéndose a la puerta—. Me ocuparé de que te traigan algo de comer y de beber dentro de un rato y volveremos a hablar más tarde.

Cruzó la puerta y desapareció antes de que Par tuviera tiempo de levantar la cabeza. Volvía a sentirse mareado, débil, pesado. Tal vez le convendría descansar un poco más. Puede que luego tuviera la cabeza más despejada.

«Umbrío. Umbrío».

¿Podía serlo?

Se acurrucó en el camastro y se entregó al sueño.

Volvió a soñar, y este segundo sueño fue una variación oscura y espeluznante del primero. Despertó empapado en sudor, temblando y con los nervios a flor de piel, y vio por las ventanas que la luz del día iluminaba los cielos. Un umbrío silencioso y vestido de negro le trajo comida y algo de beber, y por un instante pensó en aplastarlo con su magia y huir. Pero vaciló, no muy seguro de que fuera una buena idea; el momento pasó y la puerta se cerró una vez más.

Comió y bebió, pero no se sintió mejor. Permaneció sentado en la penumbra de su prisión y escuchó el silencio. De vez en cuando le llegaban los gritos de las garzas y las grullas, el débil silbido del viento contra la piedra del castillo. Se acercó a las ventanas y miró fuera. Estaban orientadas al este, hacia el sol. Abajo, el río Mermidón serpenteaba entre las montañas de Runne hasta llegar al Lago del Arco Iris, con sus aguas crecidas a causa de la tormenta y obstruidas por los sedimentos. Las ventanas eran estrechas y apenas permitían atisbar la tierra de los alrededores, pero le llegó el olor de los árboles y la hierba y oyó el discurrir del río.

Luego se sentó de nuevo en la cama e intentó pensar en lo que debía hacer. Mientras reflexionaba, advirtió un repiqueteo procedente de las

profundidades del castillo, una extraña vibración débil e insistente que recorría la piedra y el hierro como un trueno en una tormenta. Parecía circular en una ola continua e ininterrumpida, pero de vez en cuando sentía que se detenía y oía algo diferente en su gemido. Lo escuchó detenidamente, sintiendo el movimiento en su cuerpo, y se preguntó qué era.

Llegó el mediodía y con él, Rimmer Dall. Tan negro que parecía absorber la luz a su alrededor, se deslizó como una sombra por la puerta y se materializó una vez más, sentado en la silla. Le preguntó a Par cómo se encontraba, qué tal había dormido, si había comido y bebido bastante. Se mostró amable y sereno, con ganas de conversar, aunque también distante, como si temiera que cualquier intento de intimar pudiera meter el dedo en heridas aún abiertas. Volvió a hablar de los umbríos y la Federación, del error que cometía Par al confundirlos, del peligro que entrañaba creer que los dos eran sus enemigos. Volvió a hablar de la desconfianza que le inspiraban los druidas, de la forma en que habían manipulado y engañado, de su obsesión por el poder y sus usos. Le recordó a Par la historia de su familia, cómo los druidas habían utilizado a los Ohmsford para conseguir sus fines y cómo en el proceso habían cambiado su vida para siempre.

—No sufrirías las vicisitudes de la magia de la Canción si no fuera por lo que le hicieron a Wil Ohmsford hace años —declaró con su tono bajo y persuasivo de siempre—. Tú mismo puedes verlo si lo piensas detenidamente, Par. Todo lo que has soportado estas últimas semanas lo provocaron los druidas y su magia. ¿A quién debes echar la culpa de esa mentira?

Le habló entonces de la enfermedad que se extendía por las Cuatro Tierras y de las medidas que debían tomarse para curarla. No eran los umbríos los que habían causado la enfermedad, sino la negligencia de las Razas y de quienes en otro tiempo las habían protegido y preservado con tanto esmero. ¿Dónde estaban los elfos cuando más se los necesitaba? Desaparecidos, porque la Federación los había obligado a huir, se habían asustado del legado de su magia. ¿Dónde estaban los enanos, los mejores servidores? En cautiverio, sometidos por la Federación de tal forma que no supusieran una amenaza para el gobierno de la Tierra del Sur.

Habló un rato y luego desapareció de pronto, fundiéndose con la piedra y el silencio del castillo. Par permaneció donde estaba sin moverse, oyendo el susurro del Primer Buscador resonando en su mente, la cadencia de su voz, el timbre de sus palabras, la letanía de sus argumentos desde que comenzaban hasta que terminaban y vuelta a empezar. La tarde pasó y el sol desapareció por el oeste. Llegó el crepúsculo y con él, la cena. Aceptó lo que le ofreció un

silencioso sirviente, pero esta vez no pensó en intentar escapar. Comió y bebió distraído, con la mirada clavada en las paredes de la habitación, pensando.

Se hizo de noche y llegó una vez más Rimmer Dall. Par esta vez lo esperaba como se espera el trueno durante una tormenta. Oyó el cerrojo de la puerta, vio cómo se abría y observó al Primer Buscador mientras la cruzaba. La figura envuelta en negro se acercó a su silla y se sentó sin hablar. Se miraron en silencio.

—¿Hay algo que deba decirte que aún no te haya dicho? —preguntó Rimmer Dall, inmóvil en las sombras cada vez más intensas—. ¿Qué respuestas puedo darte?

Par hizo un gesto que indicaba que no lo sabía. El Primer Buscador le había dado demasiadas respuestas y estas daban vueltas en su mente como los cristales de colores en un caleidoscopio. Una parte de sí mismo permanecía obstinada e indómita, negándose a escuchar todo lo que oía. No le permitía creer; ni siquiera considerarlo. Deseó poder hacerlo. Su sueño estaba lleno de pesadillas y, cuando despertaba, se veía asaltado por una absurda variedad de posibilidades enfrentadas. Quería que todo terminara.

No se lo dijo a Rimmer Dall; en su lugar le preguntó sobre los ruidos procedentes del castillo, el repiqueteo que se filtraba por las paredes, el gimoteo, la sensación de que algo despertaba. El Primer Buscador esbozó una sonrisa. La explicación era sencilla. Lo que Par oía era el río Mermidón recorriendo un canal subterráneo que pasaba por debajo del alcázar, las aguas que se estrellaban contra los muros de viejas cuevas. A veces se oían las vibraciones en varios kilómetros a la redonda. A veces las sentías en los huesos.

—¿No te deja dormir? —preguntó el hombre.

Par negó con la cabeza. Lo que agitaban sus sueños eran las pesadillas, no ese ruido.

—Si decidiera creerte —dijo, dejando que las palabras brotaran de sus labios antes de que su lado obstinado se lo pensara mejor—, ¿qué harías para ayudarme a controlar la magia de la Canción?

—Te enseñaría a dominarla —respondió Rimmer Dall, permaneciendo inmóvil en su silla—. Te enseñaría a sentirte cómodo con ella. Aprenderías a volver a utilizarla sin peligro.

—¿Crees que puedes hacerlo? —Par fijó su mirada al frente sin ver. Quería creer.

—Yo he tardado años en aprender. Me he visto obligado a hacerlo con mi propia magia y las lecciones no han caído en saco roto. La magia es un arma poderosa, Par, y puede volverse contra ti. Necesitas disciplina y comprensión para controlarla debidamente, y yo puedo darte eso.

Par tenía la mente espesa y los párpados pesados. Su cansancio era como una nube oscura que no le dejaba pensar.

—Podríamos hablar de ello, supongo —dijo.

—Hablar de ello y también experimentarlo —respondió Rimmer Dall, inclinado hacia delante, mirándolo fijamente—. La magia solo puede controlarse con la práctica; es una habilidad que se adquiere. La magia es un derecho de nacimiento, pero necesita adiestramiento.

—¿Adiestramiento?

—Yo puedo enseñarte. Podría dejarte ver dentro de mi mente para que vieras cómo funciona la magia dentro de mí. Podría enseñarte a bloquearla y encauzarla. Y tú podrías hacer lo mismo por mí.

—¿Cómo? —preguntó Par, levantando la mirada.

—Podrías dejarme ver dentro de tu mente. Dejarme explorar y permitir que te ayude a levantar las defensas que necesitas. Podríamos trabajar juntos.

Siguió explicándose cuidadosa y persuasivamente, pero Par había dejado de oír, absorto en algo ligeramente alarmante, algo que carecía de forma, pero que sin duda estaba allí. La parte obstinada de sí mismo que se negaba a creer una palabra del Primer Buscador se había levantado con un grito de sorpresa y había cerrado su mente como una trampilla. Fingía que escuchaba, pero solo captaba fragmentos de lo que le decía y daba respuestas que no le comprometieran.

¿Qué era? ¿Qué ocurría?

—Piensa en lo que te he dicho —lo apremió Rimmer Dall al cabo de un rato antes de salir—. Reflexiona sobre lo que podríamos conseguir.

Se hizo de noche y la oscuridad en la celda de Par fue total. Se tumbó, exhausto sin tener motivos para estarlo, pero luchó contra sus deseos de cerrar los ojos porque no quería que volvieran las pesadillas. Miró fijamente al techo y luego al cielo, despejado y lleno de estrellas, al otro lado de las ventanas. Pensó en su hermano y en la espada de Shannara, y se preguntó qué había hecho el Rey del río de Plata con ambos. Pensó en Damson y en Padishar, en Walker y en Wren, en todos los que estaban involucrados en su lucha. Se preguntó vagamente qué sentido había tenido esa lucha.

Al final se quedó dormido sin darse cuenta, sumido en una relajante negrura. Pero la pesadilla afloró al instante y por tercera vez experimentó una

confrontación consigo mismo como umbrío. Se sacudió y retorció, intentando despertarse, y luego permaneció tumbado, sudoroso y jadeante en la oscuridad.

Y supo, con espeluznante certeza, que algo iba mal.

Solo había que ver lo que le estaba pasando. No podía dormir sin tener pesadillas, siempre las mismas. Comía, pero cada vez se sentía más débil. Se pasaba el día en la celda sin hacer nada, pero siempre estaba cansado. Y no podía pensar con claridad, no lograba concentrarse. Le habían minado la energía.

Y eso no ocurría por casualidad, se dijo; había algo que lo causaba.

Se sentó en la cama, apoyó los pies en el suelo y clavó la mirada en las sombras de la habitación. «¡Piensa!». Combatió el cansancio, las cadenas del letargo y la desorientación. Y llegó la revelación como se desenreda poco a poco un hilo lleno de nudos. Había dos posibilidades. La primera era que la magia de la Canción lo estuviera corrompiendo de algún modo y, por tanto, debía hacer lo que Rimmer Dall lo apremiaba a hacer. La segunda, que la magia que lo corrompía era un umbrío, que Rimmer Dall intentaba derribar sus defensas y que todas sus ofertas de ayuda eran una estratagema.

Pero ¿una estratagema para qué?

Par respiró profundamente. Deseaba volver a rastras a la cama, pero no lo hizo. Tuvo ganas de gritar, pero se contuvo. ¿Mentía Rimmer Dall o decía la verdad? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Par juntó las manos para impedir que le temblaran. Se estaba desmoronando. Sentía que se estaba deshaciendo por dentro, pero no sabía qué podía hacer para detener el proceso. Si Rimmer Dall tenía razón acerca de la magia de la Canción, necesitaba su ayuda. Si le mentía, era un engaño tan intrincado y enorme que a su lado parecía pequeño todo lo que el joven del valle pudiera imaginar, porque tendría que haberlo puesto en marcha el mismo día que el Primer Buscador había ido a buscarlo a la cervecería Barba Azul.

¡Maldición! ¡Tenía que averiguarlo!

Par se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando a la noche y respirando el aire frío. La indecisión lo paralizaba. ¿Cómo podía averiguar la verdad? ¿Había alguna forma de ver más allá de sus dudas y reconocer si se trataba de un engaño? Recordó que la espada de Shannara no le había revelado nada. ¡Nada! ¿Qué otra cosa podía probar?

Observó las sombras proyectadas por las nubes nocturnas que se movían entre los árboles como animales al otro lado del río. Tenía que ganar tiempo, se dijo. Escucharía y hablaría, pero no permitiría que ocurriera nada más.

Tendría que encontrar el modo de disipar su confusión y reconocer qué era verdad y qué mentira, y hallar al mismo tiempo la manera de evitar desmoronarse por completo.

Cerró los ojos, ocultó la cara entre las manos y se preguntó cómo iba a hacerlo.

El calor se levantaba en oleadas sofocantes de las praderas que se extendían al este del Bosque de Drey. El sol del mediodía era una esfera roja en el cielo sin nubes y el aire estaba impregnado con el sabor y el olor del sudor y el polvo. Wren Elesedil observaba desde lo alto de un montículo cómo el ejército de la Federación se abría paso penosamente por los llanos, como un insecto de muchas patas avanzando a cámara lenta.

«A ciegas, pero imparable», pensó, sombría.

No se molestó en mirar a los demás: a Triss, Erring Rift y Desidio. Sabía lo que vería en sus caras. Sabía lo que estaban pensando.

Hacía más de una hora que observaba el avance de la Federación, no con la esperanza de averiguar nada, sino dejándose llevar por la necesidad de hacer algo más que sentarse con los brazos cruzados a esperar lo inevitable. Los elfos estaban en un aprieto. Hacía dos días que la Federación había reanudado la marcha hacia el Valle de Rhenn en dirección norte y el tiempo se agotaba. Barsimmon Oridio había terminado por fin la movilización y aprovisionamiento del grueso del ejército elfo y ahora se dirigía al este, hacia el desfiladero, en una marcha forzada que permitiera a los elfos entrar en el Valle de Rhenn por lo menos tres días antes que el enemigo. Pero este seguía superando a los elfos en número, en una proporción de diez a uno, y cualquier clase de enfrentamiento directo supondría su aniquilación. Peor aún, los Escaladores seguían avanzando y cada vez estaban más cerca; casi habían alcanzado a los habitantes de la Tierra del Sur, más lentos. En cuatro o cinco días, los Escaladores los adelantarían y se colocarían a la vanguardia para emprender su acoso y derribo. Cuando eso ocurriera, habría llegado el fin de los elfos.

Wren sintió una vaga impotencia, pero la apartó de sí, furiosa.

«¿Qué puedo hacer para salvar a mi gente?».

Volvió a concentrar la atención en el ejército que avanzaba poco a poco e intentó pensar. Otra incursión a medianoche era impensable. La Federación ahora estaba alerta y no sería fácil volver a sorprenderlos dormidos. Las patrullas de caballería cabalgaban día y noche alrededor del cuerpo principal del ejército, recorriendo los campos en busca de algún rastro de los elfos. En una o dos ocasiones, algún jinete más osado se había aventurado a adentrarse en los bosques. Wren los había dejado pasar y los elfos se habían fundido con los árboles, invisibles en la oscuridad. No quería que la Federación supiera dónde estaban. No quería darles ninguna pista de forma involuntaria. Aunque, por otra parte, tampoco importaba. Las patrullas los mantenían a raya y había hileras de centinelas que se extendían medio kilómetro desde el campamento en cuanto se hacía de noche. Los jinetes alados podrían atacar por el aire, pero no quería poner en peligro su arma más valiosa cuando no contaba con los hombres necesarios para apoyarlos.

Además, poco cambiaba lo que pudieran hacerle al ejército de la Federación si antes no encontraba la manera de detener a los Escaladores. Aunque todavía lejanos, esos seres eran la amenaza más peligrosa e inmediata. Si permitían que llegaran al Valle de Rhenn, o incluso a los bosques de la Tierra del Oeste, nada impediría que se abrieran paso hasta Arborlon. Los Escaladores no se molestarían en buscar un camino, no les preocuparían las emboscadas o las trampas, no necesitaban exploradores ni patrullas para descubrir al enemigo; encontrarían a los elfos allá donde se escondieran y los destruirían de la misma manera que habían destruido a los enanos hacía cincuenta años. Wren conocía las historias. Sabía a qué clase de enemigo se enfrentaban.

El sudor le cubría la cara como una máscara húmeda. Exhaló despacio el aire, llamó por señas a los demás y empezó a bajar del promontorio. Cuando estuvieron al cobijo de los árboles, se levantó y se acercó a los caballos que los rastreadores elfos, que habían ido con ellos, estaban atando. Ninguno habló. No tenían nada que decir. Wren fue delante, tratando de dar la impresión de tener algo en mente pese a estar en blanco, preocupada por si empezaba a perder la confianza que se había ganado al liderar el ataque de hacía tres noches, una confianza de la que no podía prescindir si quería dominar la situación cuando llegara Barsimmon Oridio. Ella era la reina de los elfos, se dijo. Pero las reinas también fracasaban.

Montaron y cabalaron de nuevo hasta el campamento elfo. Wren pensó detenidamente una vez más en todo lo que había ocurrido desde la llegada de Cogleine y se preguntó qué había sido del anciano y, de paso, de todos los que

se habían reunido en el Cuerno del Hades para hablar con el fantasma de Allanon. Experimentó una vaga sensación de pesar por saber tan poco de la suerte que habían corrido. Debería estar buscándolos para revelarles la verdad del origen de los umbríos. Tenía la sensación de que era importante que lo supieran. Algo relacionado con quiénes y qué eran los umbríos los llevaría a su destrucción. Allanon debía de saberlo. Pero, si lo sabía, ¿por qué no lo había dicho? Negó con la cabeza. Era más complicado que todo eso; tenía que serlo. Pero ¿acaso no se lo jugaban todo en esa lucha?

Llegaron al campamento de la avanzadilla, levantado a varios kilómetros al norte, desmontaron y entregaron las riendas de sus caballos. Wren se alejó de los demás a grandes zancadas, sin decir una palabra, se sirvió comida de una mesa no porque tuviera hambre, sino porque sabía que debía comer, y se sentó sola en el extremo de un banco con la mirada clavada en los árboles. Las respuestas estaban allí afuera, se dijo. Seguía pensando que estaban relacionadas con el pasado, que la historia se repetía y que se aprendía de lo que había ocurrido con anterioridad. Las lecciones de Morrowindl desfilaban ante sus ojos en forma de rostros de muertos y breves imágenes de un sacrificio sin fin. Había renunciado a muchas cosas para alejar a los elfos de esa trampa mortal; sencillamente, no podía acabar allí. Tenía que haber sido para algo más que para morir allí en lugar de en la isla.

De pronto deseó que Garth estuviera a su lado. Echaba de menos su presencia tranquilizadora, su forma de afrontar los problemas y hacer que parecieran tener solución. No importaba lo negras que se hubieran puesto las cosas; Garth siempre había seguido adelante, se la había llevado consigo cuando ella era pequeña, le había dejado tomar las riendas cuando se hizo mayor. ¡Lo echaba tanto de menos! Las lágrimas acudieron a sus ojos y se las secó con timidez. No volvería a llorar por él; se había hecho a sí misma esa promesa.

Se levantó y llevó el plato de nuevo a la mesa, buscando a Erring Rift con la mirada. Volaría una vez más al sur para echar otro vistazo a los Escaladores, se dijo. Tenía que haber una forma de detenerlos o, al menos, de entretenerlos. Tal vez se le ocurriera algo sobre la marcha. Había pocas esperanzas, pero era todo lo que podía hacer. Deseó que Tigre Ty estuviera allí; él le infundía parte de la tranquilidad que le había proporcionado Garth. Pero el nervudo jinete alado no había regresado de su búsqueda de los proscritos, y convencerlos de que fueran en ayuda de los elfos era más importante que consolarla a ella.

Atrajo la mirada de Rift y con un silbido le ordenó que se acercara.

—Vamos a echar otro vistazo a los Escaladores —dijo, mirándolo a la cara. El rostro barbudo del jinete se nubló—. Necesito hacerlo. No discutas.

—Ni en sueños, señora —murmuró Rift, negando con la cabeza.

—No estaremos mucho tiempo —repuso Wren, cogiéndolo del brazo y conduciéndolo por el campamento—. El justo para ver dónde están, ¿de acuerdo?

—¿Dónde? Demasiado cerca, maldita sea. Los dos lo sabemos. —Los ojos de obsidiana de Rift la miraron y se volvieron a desviar. Se frotó la barba—. No tiene ningún misterio. Tenemos que detenerlos. No tendrás por casualidad un plan para ello.

—Serás el primero en saberlo. —Wren esbozó una débil sonrisa.

Se dirigían al claro donde esperaban los rocs cuando Tib Arne se acercó corriendo, acalorado y sin aliento.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Vas a volar en uno de esos pájaros grandes? Llévame contigo esta vez, por favor. Dijiste que lo harías, señora. Prometiste llevarme la próxima vez que salieras. ¡Por favor! Estoy cansado de estar aquí sin hacer nada.

—Tib... —empezó a decir, volviéndose hacia él.

—¡Por favor! —la interrumpió él, suplicante, y se detuvo jadeando ante ella. Se apartó un mechón de pelo rubio. Sus ojos azules brillaban de expectación—. No te causaré ninguna molestia.

Wren dirigió a Rift una mirada inquisitiva que recibió como respuesta otra de advertencia, pero se sentía perdida y extrañamente desconectada de todo y necesitaba volver a ver las cosas con objetividad. ¿Por qué no? Tal vez el llevar consigo a Tib la ayudara. O la inspirara. Asintió con la cabeza.

—Está bien. Puedes venir.

Tib esbozó una amplia sonrisa que rivalizó con el ceño fruncido de Erring Rift.

La reina elfa, el jefe de los jinetes alados y el muchacho volaron hacia el sur con las montañas de fondo, sin separarse mucho del suelo y firmemente sujetos para no caer. Dejaron atrás el incansable ejército de la Federación, recorrieron los llanos desiertos levantando una gigantesca nube de polvo y continuaron más allá de la sombría extensión de los Zarzales hacia la cinta azul del río Mermidón. El viento soplaba de frente en relajantes y refrescantes ráfagas, y la tierra se extendía en un mosaico de tonos rojizos salpicado de los reflejos del sol en los estanques y arroyos. Wren estaba sentada detrás de Erring Rift y Tib Arne, detrás de ella. Sentía la tensión del muchacho cuando se esforzaba en mirar más allá de las alas de Gray para abarcar la tierra que se

extendía a sus pies, buscando primero hacia un lado y luego hacia otro y dejando escapar pequeñas exclamaciones. Esbozó una sonrisa y se perdió en sus recuerdos.

Solo una vez sus pensamientos volvieron al presente. Era la segunda vez que no llevaba consigo a Fauno para volar con Erring Rift. Se había negado, a pesar de las súplicas de la criatura. Tal vez temiera que el jacarino pudiera caerse del roc, o tal vez hubiera algo más, no estaba segura.

Las horas pasaban. Al llegar al Pykon, siguieron el serpenteante cauce del río Mermidón en dirección sur. Seguía sin haber rastro de los Escaladores. Wren recorrió el campo con la mirada, temerosa de que los monstruos se hubieran escondido entre los árboles para que no pudieran seguirlos. Pero unos segundos más tarde un metal destelló a lo lejos y Erring Rift hizo girar a Grayl y emprendió un descenso en picado que los alejó del río Mermidón y los acercó a las montañas que se levantaban al oeste. Se pegaron a las rocas al acercarse a los Escaladores, apiñados al este del río, que daban bandazos tras el ejército de la Federación. Wren observó cómo se movían incansables en medio del calor y el polvo, monstruos al servicio de amos no humanos y con propósitos horribles. Pensó en las criaturas que había dejado atrás en Morrowindl y se dio cuenta de que, después de todo, no las había dejado atrás. Las oscuras criaturas que la magia élfica había creado allí habían vuelto adoptando otra forma. La historia volvía a repetirse, pensó. ¿Qué conclusiones debía sacar de ello?

Pasaron dos veces de largo; luego Wren hizo que Erring Rift aterrizara en un risco en medio de una serie de estribaciones cubiertas de bosque, de espaldas a las Espuelas de Piedra. Desde allí podía observar el avance de los Escaladores mientras cruzaban con dificultad las praderas, levantando y dejando caer sin tregua sus patas sin articulaciones.

Wren se sentó sin hacer ningún comentario. Tib Arne se sentó a su lado, abrazándose las rodillas flexionadas contra el pecho y mirando fijamente a los Escaladores. «Escaladores». Wren formó la palabra con los labios. ¿Cómo iban a detenerlos? Clavó los tacones de las botas en la tierra, pensando. El viento que soplaba suavemente entre los árboles la relajaba y refrescaba el aire. Pensó en el Wisteron, un primo lejano de los Escaladores, sepultado por fin en el lodo en las proximidades de su guarida.

Rift le tocó el hombro y le pasó el odre de agua. Ella bebió un sorbo y se la pasó a Tib, que declinó la oferta. Luego se levantó y se acercó con Rift al borde del risco, sin dejar de mirar a los Escaladores. ¿Cómo podrían hacer

daño a esas criaturas? ¿Comían y dormían como las demás? ¿Necesitaban agua? ¿Respiraban?

Wren se secó el sudor de la cara.

—Deberíamos volver —dijo Rift en voz baja.

La joven reina asintió con la cabeza, pero no se movió. Abajo, los Escaladores seguían avanzando trabajosamente, con la luz del sol reflejada en sus corazas y levantando una nube de polvo.

«El Wisteron», pensaba ella. «Hundido en la tierra».

Parpadeó. Había dado con algo. Algo útil...

De pronto oyó un silbido débil y familiar y empezó a volverse. Tib Arne apareció a su lado, rubio y de ojos azules, sonriendo con entusiasmo.

—Mira —le dijo, señalando hacia los llanos.

Wren miró en el calor sofocante, pero no vio nada.

A su lado, Erring Rift soltó un gruñido y se precipitó hacia delante. Detrás hubo una pisada fuerte, como si hubiera caído un árbol, y un grito heló la sangre de Wren.

Se volvió, pero algo la golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento.

Lejos, hacia el este, los Dientes del Dragón habían empezado a proyectar sus sombras a la luz cada vez más débil de media tarde. Tigre Ty volaba sobre Espíritu, y un viento lento y constante los conducía a través de los picos más altos hacia las reseca y agostadas llanuras del norte. Para el jinete alado había sido un día infructuoso, como lo habían sido todos desde que partió en busca de los proscritos. Desde la salida del sol hasta el crepúsculo había recorrido la tierra, buscando algún rastro del ejército prometido, pero no había encontrado nada. Por todas partes había patrullas de la Federación, algunas muy numerosas, como la que bloqueaba el paso en el extremo sur de las montañas. Había desmontado de Espíritu el tiempo suficiente para hacer una visita a la gente del camino, preguntar qué novedades había y enterarse del asalto a una prisión en una ciudad llamada Tyrsis, donde el líder de los proscritos, Padishar Cesta, había estado prisionero a la espera de ser ejecutado hasta que sus seguidores lograron liberarlo. Era todo un logro y todo el mundo hablaba de ello. Pero nadie parecía saber dónde estaba ahora ni dónde podría encontrar a algún proscrito.

O al menos no lo decían.

El hecho de que Tigre Ty fuera elfo y no supiera apenas nada de las Cuatro Tierras no ayudaba mucho. Limitado por su ignorancia, se veía

obligado a buscar a ciegas. Había logrado averiguar que los proscritos probablemente se escondieran en las montañas que ahora sobrevolaba, pero los picos eran amplios y estaban llenos de lugares donde refugiarse: podía pasarse cincuenta años buscando sin encontrar a nadie.

A decir verdad, empezaba a creer que era inútil. Pero le había prometido a Wren que encontraría a los proscritos y no estaba menos resuelto ahora de lo que había estado ella al volar hasta Morrowindl en busca de los elfos.

Bajó la vista hacia la roca desierta y su rostro curtido se frunció y ensombreció. Todo era igual; no había nada que llamara su atención. Cuando las montañas se extendieron hacia el norte, hizo que Espíritu girara a la izquierda para bordearlas una vez más. Ya había hecho dos veces ese recorrido, cambiando ligeramente de dirección cada vez para cubrir una nueva extensión de la vasta cadena montañosa, consciente mientras lo hacía de que aún debía registrar cientos de lugares.

De pronto se sintió frustrado y cansado. Si había allí un ejército de proscritos, ¿por qué era tan difícil encontrarlo, maldita sea?

Pensó durante un breve instante en Wren y en los elfos terrestres y se preguntó si el ejército de la Federación se habría recuperado lo suficiente para reanudar su persecución. Esbozó una sonrisa al recordar el asalto nocturno. Esa chica era un portento. Era todo agallas. Apenas era una niña y ya era una líder. Los elfos terrestres llegarían tan lejos como le permitieran que los llevara, pensó. Si no la escuchaban, eran más estúpidos que...

Un destello en las rocas a sus pies interrumpió el hilo de sus pensamientos. Miró hacia abajo detenidamente. El destello se repitió, rápido y seguro. Seguramente una señal. Pero ¿de quién? Tigre Ty empujó ligeramente a Espíritu y le hizo dar media vuelta para examinar mejor aquello hacia lo que volaban. El destello se repitió una tercera vez, y una cuarta, y luego cesó, como si el que lo hacía estuviera convencido de que lo habían visto. La señal provenía de un risco alto en los picos del centro norte, y al acercarse vio a un grupo de cuatro hombres en el centro del risco, esperando. Estaban al raso, no tenían intención de esconderse y no parecía que hubiera otros alrededor, ni tampoco lugares donde esconderse. Una buena señal, pensó el jinete alado, pero tomaría precauciones.

Dejó que Espíritu aterrizara en el risco, atento a cualquier trampa. El roc gigante se acercó al borde para descansar, alejado de los cuatro hombres. Tigre Ty permaneció un instante sentado donde estaba, reconociendo el terreno. Los hombres del otro lado esperaban con paciencia. Satisfecho, Tigre Ty soltó las correas que lo sujetaban y se apeó. Previno a Espíritu y luego se

dirigió hacia una extensión de hierba seca y roca fragmentada. Dos de los cuatros hombres salieron a su encuentro, uno alto y delgado, cincelado como una roca, y el otro con barba negra y aspecto fiero. El alto cojeaba.

Cuando estuvieron a menos de seis pasos de distancia, Tigre Ty se detuvo y los dos hombres lo imitaron.

—¿Habéis hecho vosotros esa señal? —preguntó Tigre Ty.

—Sí —respondió el hombre alto—. Llevas dos días pasando de largo, buscando algo. Decidimos que era hora de averiguar qué querías. Según la leyenda, solo los jinetes alados montan en rocs gigantes. ¿Es cierto? ¿Eres elfo?

—Depende de quién lo pregunte. —Tigre Ty se cruzó de brazos—. Hoy en día no se puede confiar en mucha gente. ¿Sois de esos?

Al hombre de la barba negra se le encendió la cara de ira y dio un paso hacia delante, pero una mirada de su compañero lo detuvo en seco.

—No —respondió, levantando una ceja, socarrón—. ¿Y tú?

—Supongo que este juego podría continuar un rato, ¿no? —respondió Tigre Ty, esbozando una sonrisa—. ¿Sois nacidos libres?

—Ahora y siempre —respondió el alto.

—Entonces es a vosotros a quien busco. Me llamo Tigre Ty y me ha enviado Wren Elesedil, la reina de los elfos terrestres.

—Entonces, ¿es cierto que han vuelto los elfos?

Tigre Ty asintió con la cabeza y el hombre alto sonrió, satisfecho.

—Yo soy Padishar Cesta, el líder de los nacidos libres, y mi amigo se llama Chandos. Bienvenido a las Cuatro Tierras, Tigre Ty. Te necesitamos.

—Más os necesitamos nosotros —repuso Tigre Ty—. ¿Dónde está vuestro ejército?

—¿Nuestro ejército? —Padishar Cesta parecía confundido.

—¡El que se supone que está marchando en nuestro auxilio! Nos amenaza un ejército de la Federación que nos supera diez veces en número: caballería, soldados de a pie, arqueros, equipo de asedio... bueno, eso ya no, pero tienen las armaduras y armas suficientes para aplastarnos como hormigas. El chico dijo que veníais en nuestro auxilio con cinco mil hombres. No basta, pero cualquier ayuda será bien recibida.

—Espera un momento. —Chandos frunció el entrecejo con gesto sombrío, frotándose la barba—. ¿De qué chico estás hablando?

—El del alcaudón de guerra. —Tigre Ty lo miró fijamente. Una repentina sensación de intranquilidad lo embargó—. Tib Arne. —Miró a uno y a otro—. De ojos azules, rubio y algo menudo. Lo enviasteis vosotros, ¿no?

Los dos hombres se miraron.

—Enviamos a un hombre de cuarenta años como poco —respondió Chandos con cautela tras intercambiar una mirada con Padishar—. Se llamaba Sennepon Kipp. Lo sé porque yo mismo lo elegí.

—¿Y el chico? —A Tigre Ty se le heló la sangre—. ¿No conocéis al chico?

—Es la primera noticia que tenemos de él, Tigre Ty. —Padishar Cesta tenía los ojos clavados en él—. Pero apuesto a que ya sabemos quién es.

Una luz brillante hirió los ojos entrecerrados de Wren cuando volvió en sí y apartó la cara, parpadeando. Un puño se enredó en su cabello y tiró de ella para levantarla y una voz llena de odio y desdén susurró en su oído:

—Despierta, despierta, reina de los elfos.

La mano la soltó y le hizo caer de rodillas con la cabeza dolorida por el golpe que había recibido. Tenía en la boca una mordaza, tan firmemente atada que solo podía respirar por la nariz, y las manos atadas a la espalda con cuerdas que le cortaban las muñecas. El polvo y el olor de su propio sudor y su miedo le llenaban las fosas nasales.

—Ay, señora, señora, hada de las hadas, reina de los elfos de la Tierra del Oeste... ¡qué estúpida eres! —La voz se convirtió en un siseo—. ¡Incorpórate y mírame!

Wren recibió otro golpe en la sien que la arrojó de nuevo al suelo y la mano volvió a sujetarle el pelo y a levantarla de un tirón.

—¡Mírame!

Ella levantó la cabeza y miró fijamente a Tib Arne a los ojos. Esta vez no había risa en ellos, ni rastro del muchacho que había sido. Eran duros, fríos y estaban llenos de amenaza.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se mofó, esbozando una sonrisa amarga. Tenía sangre en las manos—. El gato te ha comido la lengua y me ha dejado el resto a mí. Pero ¿qué voy a hacer contigo? ¿Qué servicio puedo prestar a la reina de los elfos?

Se volvió, riéndose en voz baja y haciendo un gesto burlón. Wren miró alrededor y se quedó horrorizada. Erring Rift yacía muerto a su lado, con la espada asesina hundida en su espalda hasta la empuñadura. Grayl yacía un poco más lejos, también muerto, sin la mayor parte de su cabeza. Sobre él estaba Gloom, que había adoptado el tamaño del roc, con las plumas de su cuerpo nervudo erizadas como si fueran púas. Tenía los talones y el pico rojos

de sangre por haber arrancado trozos de carne del roc muerto. Hizo una pausa en mitad del banquete y la miró fijamente, arrugando la cresta de su entrecejo, y en los ojos del alcaudón de guerra Wren vio un hambre voraz. Se quedó sin aliento, incapaz de desviar la mirada.

—Es más grande de lo que recordabas, ¿eh? —dijo Tib Arne, muy cerca otra vez, cubriéndola con su sombra al agacharse. Su voz infantil contrastaba con su rostro adusto—. Ese fue tu primer error, creer que éramos lo que parecíamos. Has sido muy ilusa. —La agarró por el cuello y la obligó a mirarlo a la cara—. Fue fácil, la verdad. Podría haber entrado en el campamento en cualquier momento y haberte dicho que era cualquiera. Pero esperé, paciente y astuto, y cuando vi al mensajero de los proscritos, lo detuve. Me lo contó todo antes de morir. Luego ocupé su lugar. Lo único que yo quería era estar a solas contigo unos minutos. Eso era todo.

Le bailaban los ojos. De pronto empezó a abofetearla con su mano libre, sosteniéndola mientras lo hacía para que no se cayera.

—¡Pero no me dejaste! —Dejó de golpearla y volvió a girar su cara ensangrentada hacia él. Tenía el pelo rubio enmarañado y los ojos azules brillantes, pero el niño encantador no podía esconder al monstruo que hervía de cólera bajo su piel, preparado para salir—. Trataste de alejarme de tu lado y en mi ausencia lideraste ese asalto nocturno sobre el ejército de la Federación. ¡Estúpida! ¡Eso no fue nada! Lo único que lograste fue retrasar un poco las cosas, obligarnos a traer mucho antes a los Escaladores y a que multiplicáramos nuestro esfuerzo.

Cayó de rodillas delante de ella, todavía aferrándola fuertemente del cuello con una mano. Una sola palabra se repetía una y otra vez en la mente aturrida por el dolor de Wren: «umbrío».

—Pero yo maté a esos hombres, o, mejor dicho, Gloon los mató por mí. Los hizo pedazos; yo los oía gritar y no hice nada para acortar su agonía. Pero la culpa la tienes tú, no yo. Hice que Gloon se escondiera y regresara, y así lo hizo. Era demasiado tarde para detener ese estúpido asalto nocturno, pero sí lo bastante pronto para asegurarme de que no volviera a repetirse. Y después esperé, convencido de que se presentaría la oportunidad de estar a solas contigo. ¡Sabía que tarde o temprano pasaría! —Le dirigió su mirada de niño suplicante y adoptó una voz burlona—. ¡Oh, señora, por favor, llévame contigo! Me lo prometiste. ¡Por favor! ¡No te causaré ningún problema!

Wren respiró por la nariz, luchando por despejarla de sangre y polvo, por permanecer consciente.

—¡Oh, lo siento! ¿Estás incómoda? —Le dio una suave bofetada en una mejilla y luego en la otra—. ¿Así estás mejor? —preguntó, riéndose—. ¿Por dónde iba? ¡Ah! Sí, esperé. Y hoy se acaba mi espera. En cuanto me diste la espalda, le silbé a Gloon para que terminara con el roc y mantuve tu atención fija en los Escaladores mientras apuñalaba al jinete alado; luego te dejé inconsciente de un golpe. Rápido y fácil. Duró solo unos segundos.

La soltó y se levantó. Wren se tambaleó, pero se esforzó en no caer; no quería darle esa satisfacción. La cólera que iba acumulando luchaba contra del cansancio y el dolor y le daba fuerzas suficientes para centrar su atención en el muchacho.

El umbrío.

—Ya no hay esperanza para ti, reina de los elfos, ¿verdad? —se burló Tib Arne—. Ni la más mínima. Te buscarán, pero jamás te encontrarán. Ni a ti ni al jinete alado ni al roc. Sencillamente, habéis desaparecido. —Sonrió—. ¿Quieres saber dónde acabarás? Por supuesto que sí. Los otros dos no importan, pero tú...

Puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza, pero la dureza de sus ojos y la malicia que dejaba traslucir su voz traicionaban la aparente despreocupación de su postura.

—Irás a la Atalaya Sur a reunirse con Rimmer Dall... ¡con esto! —Buscó en el bolsillo y sacó la bolsa de cuero que contenía las piedras élficas.

A Wren se le aceleró el pulso. Las piedras élficas, su única arma contra los umbríos.

—Sabíamos que estaban en tu poder desde que mataste a nuestro hermano en Ala Desplegada. Tanto poder y ya no es tuyo, sino del Primer Buscador. Lo mismo que tú, señora. Hasta que él termine contigo, ¡y entonces le pediré que te devuelva a mis manos! —Volvió a guardarse la bolsa en el bolsillo—. Debiste dejar las cosas como estaban, reina elfa. Te hubiera ido mejor. Hiciste mal en olvidar que todos tenemos un origen común: los elfos originarios del viejo mundo, donde éramos reyes. Debiste pedirnos que te dejáramos unirse a nosotros. Tu magia te habría ayudado. Los umbríos somos lo que los elfos estaban destinados a ser, y algunos lo comprendimos. ¡Algunos hemos escuchado susurrar a la tierra!

«¿De qué está hablando?», se preguntó Wren, pero estaba demasiado confusa y aturdida.

Él le dio la espada y se quedó un rato observando cómo comía Gloon; luego silbó. El gran pájaro acudió de mala gana, con pedazos de Grayl colgando de su pico ganchudo. Tib Arne lo acarició y tranquilizó, hablándole

en voz baja, riéndose y gastándole bromas. Gloon lo escuchó atentamente, con los ojos clavados en él y la cabeza gacha en actitud sumisa. Wren se quedó donde estaba, intentando encontrar una estratagema para salvarse.

Luego Tib se acercó a ella, la levantó del suelo, la colocó sobre la espalda gris pizarra de Gloon como si fuera un saco de trigo y la sujetó con los arreos. El chico se acercó al cadáver de Erring Rift, lo llevó al borde del risco y lo arrojó a los densos matorrales que crecían debajo. Al oír la orden, Gloon hundió su pico manchado de sangre en el desafortunado roc, lo arrastró también hasta el borde y lo empujó. Wren cerró los ojos para no verlo. Tib Arne tenía razón; había sido una ilusa.

El chico volvió a su lado y se subió a Gloon.

—Como ves, la magia hace que todo sea posible, reina elfa. —Chasqueó los dedos por encima de su hombro mientras se colocaba en su sitio—. Gloon puede aumentar o disminuir de tamaño a su antojo, se cubre de plumas de alcaudón y abandona la forma de umbrío que adoptó al aceptar la magia. Y yo puedo ser el hijo que tú nunca tendrás. ¿He sido buen hijo, madre? ¿He sido bueno? —Se echó a reír—. No sospechabas nada, ¿verdad? Rimmer Dall dijo que no lo harías. Dijo que confiarías en mí, que necesitabas a alguien después de perder a tu amigo el gigante en Morrowindl.

Wren se sintió invadida por una profunda amargura mezclada con humillación y desesperación. Tib Arne la observó un instante y se echó a reír.

Entonces Gloon extendió sus alas y volaron hacia el este por encima de los llanos, alejándose de los bosques de la Tierra del Oeste, de los Escaladores, del ejército de la Federación y de los elfos. Ella observó cómo todo se desvanecía poco a poco en el atardecer y después en las sombras cuando cayó la noche en forma de luz gris y brumosa. Se internaron en la oscuridad y siguieron el curso del río Mermidón hasta Callahorn, dejaron atrás Kern y Tyrsis y cruzaron las praderas en dirección sur. Llegó la medianoche y aterrizaron en una planicie oscura, donde los esperaban un carro y unos jinetes. Cómo habían llegado ellos allí, Wren lo ignoraba. Los hombres iban envueltos en capas negras y llevaban la insignia de la cabeza del lobo de los buscadores. Eran ocho, todos cubiertos de ropa oscura de la que no surgió ninguna voz, y parecían espectros en medio del silencio de la noche. Al parecer, esperaban a Tib Arne y a Gloon. Tib le entregó a uno de ellos la bolsa de las piedras élficas y los demás bajaron a Wren de Gloon y la subieron al carro. No cruzaron una sola palabra. Wren se retorció para intentar ver algo, pero ya habían extendido y sujetado la lona por encima de ella.

Tumbada en la silenciosa oscuridad, oyó el ruido de las alas de Gloon al emprender de nuevo el vuelo. De pronto, el carro dio una sacudida y empezó a moverse. Las ruedas crujieron, las varas del tiro repiquetearon y los cascos de los caballos golpearon el suelo rítmicamente durante toda la noche.

Se dirigían a la Atalaya Sur, al encuentro de Rimmer Dall. Wren lo sabía y sintió como si en la tierra se hubiera abierto un gran foso que estaba a punto de engullirla.

Casi amanecía cuando Morgan Leah vio el carro y a los jinetes salir de las praderas al oeste y emprender poco a poco el descenso de las colinas que conducían a la Atalaya Sur. Estaba en el risco que había sido su puesto de vigilancia los últimos tres días, contemplando el despertar de la tierra. Las estrellas y la luna se apagaban en el cielo nocturno sin nubes, pero las colinas estaban cubiertas de fragmentos de espesa niebla que se aferraban a los huecos y los surcos. La tierra era un depósito de sombras que se fundían en el gris de una noche casi convertida en día, cáscaras inmóviles y sin vida que serían engullidas enteras cuando llegara la mañana.

Todas, menos el carro y los jinetes, que eran sombras materiales cuyos movimientos destacaban en la oscuridad inerte. Morgan los observó en silencio muy quieto, como si cualquier gesto por su parte pudiera hacerlos desvanecerse en la bruma. Todavía estaban a bastante distancia, casi perdidos en la oscuridad, brillando como oscuros fantasmas en la noche.

Eran las primeras señales de vida que había visto desde que había comenzado la guardia, y al instante supo que era lo que había estado esperando.

Habían pasado tres días y nadie había entrado ni salido de la Atalaya Sur; nadie se había acercado siquiera a ella. La tierra había estado desprovista de vida, salvo por un puñado de pájaros que entraron y salieron a toda velocidad de su campo de visión. En el río Mermidón y el Lago del Arco Iris había visto esquifes, pero todos se habían marchado hacia el sur, bien lejos de la ciudadela de los umbríos, evitando entrar en contacto con ellos. Morgan había observado con atención en busca de señales de vida en el interior del obelisco, pero no las encontró. Había dormido a ratos, permaneciendo despierto buena parte del día y de la noche para reducir al máximo las posibilidades de que

podiera acercarse algo sin que lo viera. Había esperado y observado, pero nada había aparecido.

Sin embargo, ahora había un carro y unos jinetes, y estaba seguro de que se dirigían a la Atalaya Sur.

Los estudió con detenimiento y vio que eran buscadores. Lo supo por las capas y las capuchas, por el modo de comportarse y el misterio que rodeaba su llegada. Caminaban furtivamente y protegidos por la noche; fueran cuales fuesen sus intenciones, no querían que nadie los viera. Iban seis jinetes, cuatro delante y dos detrás, y conducían el carro al menos dos hombres. En el extraño silencio del final de la noche, un susurro recorrió la tierra desierta, entrando y saliendo de la bruma y las sombras, y avanzó poco a poco hacia la luz que se aproximaba.

Respiró profundamente. Ellos eran lo que había estado esperando, se repitió. No sabía por qué; no conocía sus propósitos ni podía imaginarse sus intenciones. Tal vez llevaran a Par Ohmsford en ese carro o tal vez no, pero algo en su fuero interno le decía que no les dejara pasar. Algo en su alma le habló con una voz tan clara y firme que no podía ignorarla: «Es lo que has estado esperando. Haz algo».

Hacía cinco días que Damson Rhee y Matty Roh se habían separado de él para ir en busca de Par siguiendo la dirección señalada por el brillante skree con la esperanza de que las condujera al joven del valle. La tormenta había borrado cualquier rastro de lo que había ocurrido con anterioridad, por lo que el skree era todo lo que tenían para rastrearlo. Morgan se había quedado esperándolas en la Atalaya Sur. Pero no habían regresado y nada indicaba que fueran a hacerlo pronto. Eso dejaba en manos de Morgan determinar si Par era prisionero de los umbríos, lo cual era imposible, puesto que no podía entrar para echar un vistazo.

Pero ahora...

Respiró profundamente. Ahora podía ser diferente.

Tenía que tomar rápidamente una decisión. Tenía que actuar enseguida.

Ya había empezado a buscar las huellas del carro que avanzaba haciendo eses entre las colinas brumosas. Si quería, podía detenerlo. Podía llegar hasta él antes de que alcanzara la Atalaya Sur y bloquearle el paso cuando estuviera a solo unos kilómetros de distancia. Siguió con la mirada el camino lleno de surcos que no debía abandonar si quería llegar a la ciudadela, un sendero que otros carros habían abierto antes. No estaba lejos, se dijo. Podría detenerlo.

Si decidía hacerlo.

Un hombre contra ocho, todos buscadores y seguramente también umbríos. Apretó la mandíbula y sonrió con sorna. Más le valía estar seguro.

Al este, las primeras vetas de luz plateada empezaron a asomar por el horizonte cubierto de bosque y a arrojar brillantes telarañas sobre la superficie lisa y oscura del Lago del Arco Iris. El silencio se hizo más profundo; un silencio lleno de expectación, a la espera, a la espera...

De pie en el risco, mientras observaba inmóvil el carro y a los jinetes al otro lado de las colinas, Morgan se sorprendió volviendo su mirada hacia el pasado, viéndose de nuevo en Leah, en las Tierras Altas en las que su familia había vivido durante siglos, evocando cómo había sido su vida hasta hacía muy poco tiempo. Recordó cómo se la había descrito a Matty: estable. Había pasado su vida siendo una molestia para los oficiales de la Federación acuartelados en lo que en otro tiempo había sido su hogar, contentándose con causarles distracciones, satisfecho solo con crearles problemas y malestar. Desde entonces había recorrido un largo camino: se había dirigido al norte, hacia el Cuerno del Hades, al encuentro del fantasma de Allanon; luego había seguido hasta Tyrsis y el Pozo; los Dientes del Dragón y el Saliente, Padishar Cesta y los proscritos; y más allá, hasta Eldwist y el Rey de Piedra, la piedra negra élfica y Fauces Ávidas. Había combatido a los umbríos y sus secuaces y sobrevivido a lo que nadie hubiera conseguido. Había perdido una vida y resucitado otra, había cambiado para siempre. Nunca volvería a ser el mismo, aunque tampoco le habría gustado. Había transcurrido toda una vida desde que salió de las Tierras Altas y esas experiencias le habían fortalecido de una forma que nunca hubiera podido imaginar.

Se le aclaró la visión, el pasado se sumió de nuevo en el recuerdo y el presente se convirtió en una continua y firme convicción de cuanto necesitaba. Observó el carro y a los jinetes y escuchó una voz que susurraba en su interior. Sabía lo que debía hacer.

Una vez tomada la decisión, actuó con rapidez. Dejó atrás la bolsa y la gran capa y, cargado solo con la espada de Leah, que se ató firmemente a la espalda, bajó a través del bosque por el lado norte del risco, sin perder de vista su objetivo. Al llegar a las colinas de abajo, las cruzó a toda velocidad en dirección norte, hacia el camino por donde el carro y los jinetes tenían que pasar para llegar a la Atalaya Sur, pensando que todavía tenía tiempo de cambiar de opinión una vez llegara allí y que necesitaba trazar un plan si pretendía reducir a tantos contrincantes. Sentía el suelo duro y con una sensación hueca bajo los pies, pero la hierba estaba húmeda del rocío de la mañana y restallaba contra su cuerpo. El aire estaba impregnado de un intenso

olor a tierra y a bosque, y la bruma se hacía cada vez más densa, lo envolvía todo en un instante y lo liberaba al siguiente. Tendría que moverse con rapidez, tan veloz como el pensamiento y tan implacable como el destino. Necesitaba matar a la mayoría de ellos antes de que advirtieran su presencia. Tendría que ser tan sigiloso como ellos y aun más letal.

Se adentró en un grupo de nogales negros mezclados con cerezos, cuyas hojas se curvaban por el peso del rocío, y miró hacia el otro lado de las colinas, a la escucha. Oyó los crujidos y débiles gemidos del carro entre la niebla. Se hallaba muy por delante de él, cerca de donde pensaba interceptarle el paso. La oscuridad de la noche hacía frente a la llegada del amanecer. Miró hacia el este y vio que el sol seguía oculto tras los árboles y que su luz apenas era una débil claridad en el cielo. Tendría tiempo de sobra para actuar antes de que el amanecer lo delatara. Tendría su oportunidad.

Empezó a andar de nuevo y se puso a cubierto donde podía, moviéndose sin hacer ruido. Años antes de emprender el viaje al norte había cazado en las Tierras Altas: se levantaba al amanecer para salir con su arco de fresno, solo en un mundo donde era un intruso, y aprendió a identificarse con los animales que cazaba. A veces los mataba para comérselos, pero la mayoría de las veces se limitaba a acecharlos y no necesitaba acabar con su vida para aprender sus comportamientos o descubrir sus secretos. Se había convertido en un experto y ahora ese conocimiento le era útil. Pero los umbríos también eran cazadores. Percibían mejor que él lo que había a su alrededor. Tendría que tenerlo presente y andarse con cuidado.

Porque si lo encontraban ellos primero...

Respiró profundamente por la boca, calmando los latidos de su corazón a medida que avanzaba. ¿Cuál era su plan? ¿Qué se proponía hacer? ¿Detenerlos, matarlos y ver qué escondían en el carro? ¿Y si no había nada? ¿Sería grave? ¿Qué precio tendría que pagar si todo eso era para nada?

Pero no lo era y lo sabía. El carro no estaba vacío. No tenía sentido que los buscadores escoltaran un carro vacío hasta la Atalaya Sur. Tenía que transportar algo. Su voz interior, la misma que lo apremiaba a continuar, así lo aseguraba: «Esto es lo que has estado esperando».

Durante un breve instante se le pasó por la cabeza que podía ser la voz de Aurora, que le hablaba desde otro mundo o tal vez desde la tierra en la que se había convertido, guiándolo, conduciéndolo, mostrándole el camino hacia lo que solo ella podía ver. Pero le pareció una idea irrisoria y, por alguna razón, peligrosa, así que la descartó inmediatamente. Era su voz y de nadie más, se dijo. La decisión y sus consecuencias tenían que ser suyas.

Llegó a la zanja por la que iban a pasar los jinetes y el carro, el lugar donde pensaba emboscarlos, y se detuvo a escuchar. A lo lejos, de algún lugar en la bruma, le llegaban los ruidos de su avance. Permaneció de pie en el centro de la zanja y trató de calcular cuánto le quedaba. Luego caminó, permaneciendo en la sombra para que sus húmedas huellas no se vieran fácilmente, y respiró el brumoso y frío aire para centrarse. Los planes iban y venían por su mente en oleadas y los descartaba tan deprisa como los sueños al despertar. Ninguno le convencía; ninguno parecía acertado. Llegó al final de la zanja y volvió sobre sus pasos; luego se detuvo.

Se hallaba al comienzo de la zanja, en la parte más estrecha.

Aquí, se dijo. Aquí es donde comenzaría, en cuanto el carro entrara en la zanja, una vez que los jinetes que iban en cabeza hubieran quedado atrapados en ella y no pudieran darse la vuelta para ayudar a los que iban detrás. Eso le daría unos minutos preciosos para acabar con los dos jinetes y tal vez también con los conductores del carro, para llegar a la cosa o persona que escondían en él. Si no había nada, podría huir a toda velocidad...

Sin embargo, mientras lo pensaba, supo que no podría hacerlo porque lo perseguirían. No, encontrara lo que encontrase en el carro, tendría que quedarse allí y luchar. Tendría que matar o morir, no habría otra salida.

Le latía tan fuerte el corazón que tenía la sensación de que le iba estallar en el pecho y en el estómago sentía un vacío que subía y bajaba. Al pensar en lo que estaba planeando se sintió mareado, asustado y emocionado al mismo tiempo, incapaz de contener una de las miles de emociones que lo invadían.

Pero la voz seguía susurrando: «Esto es lo que has estado esperando. Esto».

Los umbríos se acercaban. Al este, la luz seguía siendo débil y lejana. En la zanja la bruma flotaba espesa e inmóvil. Tendría dónde esconderse. Retrocedió hasta los árboles y, con la espada de Leah desenvainada, se puso en cuclillas.

«Por favor, ten razón. No te equivoques. Que Par esté en el carro. Que merezca la pena el esfuerzo».

Las palabras se repetían en su mente como una letanía y se mezclaban con el susurro que lo mantenía unido a aquel plan, a la certeza de que había tomado la decisión correcta. No podía explicar lo que sentía ni ofrecer más justificación que la convicción de que a veces las cosas no se cuestionaban, solo se aceptaban. Estaba dividido entre la verdad que intuía y la posibilidad de que se tratara de una trampa. La razón le aconsejaba obrar con cautela,

pero la pasión lo impulsaba a un salto de fe a ciegas. Esos sentimientos contradictorios forcejearon en su interior mientras esperaba.

De pronto volvió a levantarse de un salto, retrocedió corriendo por entre los árboles y subió la colina que había a sus espaldas, pegándose a las sombras más profundas mientras aspiraba grandes bocanadas de aire. Una vez en la cima, gateó hasta donde se veía el oeste, acalorado y tenso. De una cortina de escarcha blanca salieron los jinetes y el carro, lentos y constantes en su avance, desplegados en una línea. No mostraban vacilación ni preocupación alguna, no miraban con cautela a su alrededor. Deseó saber qué había dentro del carro. Lo miró fijamente, como si al hacerlo pudiera traspasar la lona que lo cubría, pero no vio nada. Sentía fuego en su interior mientras continuaba la lucha entre la incertidumbre y la certeza.

Volvió a deslizarse entre las sombras y se agachó, empapado en sudor. ¿Qué iba a hacer? Era su última oportunidad para cambiar de parecer, para reconsiderar si su decisión era la correcta. ¿Hasta qué punto era sincera la voz que le susurraba? ¿Qué posibilidades había de que mintiera?

De pronto se levantó y empezó a andar, deslizándose de nuevo a través de las sombras hacia la zanja, y dejó atrás todo pensamiento una vez hubo decidido el curso de acción. «Haz algo. Haz algo». El susurro se convirtió en un grito y Morgan dejó que lo envolviera como una armadura.

Al llegar a su escondite, se arrodilló bruscamente. Sujetaba con ambas manos la empuñadura de su espada, el talismán del que tantas veces había renegado y en el que debía confiar una vez más. Con qué rapidez y facilidad había recurrido a él, pensó con asombro. El sudor le goteaba por la frente y se la secó. El aire frío del amanecer no parecía aliviar el calor que sentía y lo aspiró en profundas bocanadas para acompañar los latidos de su corazón. Tenía la sensación de estar deshaciéndose por las costuras. ¿Qué haría la magia de la espada, salvarlo o consumirlo? ¿Qué haría esta vez?

El ruido del carro se oía ya con claridad, las ruedas que giraban con ruidos sordos y dando botes por el camino lleno de baches, los caballos que resoplaban en el silencio. Se quedó paralizado en su escondite, con la vista clavada en la cortina de niebla. Deslizó una mano por la superficie de obsidiana de la espada de Leah y recordó cómo se había revelado la magia de la espada, cómo su antepasado Rone Leah le había pedido a Allanon la magia para proteger a Brin Ohmsford y el druida le había concedido el deseo sumergiendo la hoja de la espada en las aguas del Cuerno del Hades. ¡Habían ocurrido tantas cosas a raíz de esa simple acción! ¡Habían cambiado tantas vidas!

Llevó las dos manos a la empuñadura tallada y la sujetó con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

La niebla se abrió ante él y aparecieron los jinetes envueltos en capas negras, encapuchados, sin rostro y, por alguna razón, mucho más grandes de lo que había esperado. El aliento de los caballos empañaba el aire y de sus flancos cálidos salía vaho. Entraron en la zanja los cuatro que iban en cabeza, seguidos por el carro que crujió y se bamboleaba y sus conductores, y con los dos jinetes a la zaga. Morgan Leah se calmó y dejó atrás la expectación para enfrentarse a los hechos. Los umbríos permanecían encorvados en sus monturas y en el asiento del carro, silenciosos e inmóviles, sin mostrar sus rostros ni sus pensamientos. En el pecho de cada uno de ellos, la insignia de la cabeza del lobo brillaba como metal blanco. Morgan volvió a contarlos, ocho en total. Pero podía haber más dentro de la lona, cuyos extremos permanecían firmemente sujetos. El carro podía estar lleno de umbríos.

Aspiró aire y lo exhaló despacio. ¿Podría hacerlo? Apretó la mandíbula. Se había enfrentado a buscadores de la Federación y a umbríos de un extremo a otro de Callahorn y había logrado sobrevivir. No era un joven inmaduro e inexperto. Haría lo que tenía que hacer.

Los jinetes pasaron de largo y el carro los siguió pesadamente, internándose en la estrecha zanja. Morgan se levantó con movimientos sigilosos y fluidos y levantó la espada de Leah. «Sé rápido. Actúa con decisión. No dudes».

Abandonó su escondite y se colocó detrás de los jinetes rezagados. Los que iban en cabeza y el carro ya se habían adentrado en la zanja. Alcanzó a los jinetes que iban a la zaga, blandió la espada para trazar un arco y, volcando en ella toda su fuerza, los rajó por la cintura. Cayeron de los caballos como troncos talados, sin hacer más ruido que un simple gruñido de sorpresa, muertos en el acto. Mientras rodaban por el suelo en sus ropas aparecieron manchas de sangre espesa y verdosa que salpicó las manos de Morgan. Los caballos se asustaron y tiraron hacia direcciones distintas mientras el joven de las Tierras Altas pasaba corriendo por su lado para alcanzar el carro. Más adelante, la zanja se sumía en las sombras y se llenaba de maleza y árboles, pero la procesión no aminoró la marcha. Morgan llegó hasta el carro, alcanzó los extremos de la lona y tiró de ella para subirse. Cortó las cuerdas y subió de un salto. La débil luz del amanecer reveló una sola figura tendida inmóvil en el suelo, con las manos y los pies atados. Pasó por su lado sin detenerse al ver que las oscuras figuras sentadas delante empezaban a girarse. El mismo impulso lo llevó a la parte delantera del carro,

donde volvió a desenvainar la espada. Alguien habló y profirió un grito, pero él rasgó la lona con furia hasta hacerla trizas y rajó a los buscadores cuando estos intentaron desenvainar sus armas. Gritaron y cayeron, y en las manos de Morgan la espada de Leah empezó a brillar como el fuego.

Saltó al asiento del carro, apartando de una patada lo que quedaba de uno de los buscadores. Aferró las riendas y, entre gritos coléricos, fustigó a los caballos. Estos salieron disparados y arremetieron contra los jinetes que iban delante en el mismo momento en que se giraban para ver lo que ocurría. El carro se les echó encima, pero todavía estaban dentro de la zanja y no pudieron escapar. Intentaron retroceder y apartarse de un salto, agitándose y retorciéndose como contorsionistas en el espacio cada vez más reducido, con su ropa negra azotándoles el cuerpo. Pero el carro los arrolló y tiró al instante a dos de sus monturas, aplastando a uno bajo las ruedas y estrellando al otro contra los árboles. Morgan se levantó del asiento al adelantar a los dos jinetes que quedaban en pie y levantó la espada de Leah para detener los golpes que le dirigían.

Al salir con gran estruendo de la zanja hacia los llanos del otro lado, tiró de las riendas e hizo girar al tiro, y a punto estuvo de volcar el carro en el proceso. Las ruedas patinaron en la hierba húmeda y Morgan se guardó la espada en la bota para tener las dos manos libres y poder controlar el tiro. Detrás, los últimos dos jinetes iban tras él, formas oscuras que se materializaron en la niebla. Uno de los dos que habían caído apareció también, a pie. Morgan azuzó con el látigo a los caballos hacia ellos, ganando velocidad. El sudor le corría por la frente y le empañaba la visión. Se llevó la mano a la espada de Leah, cuya magia recorría la hoja en forma de fuego. Los buscadores montados lo alcanzaron primero y, poniéndose uno a cada lado, esgrimieron sus espadas. Él se desvió todo lo posible a la derecha, centrando su atención en el jinete más próximo; derribó sus defensas de un golpe al pasar por su lado y le aplastó el cráneo. Sintió un dolor abrasador en el hombro cuando el otro buscador saltó de su caballo al asiento del carro, arremetió contra él y le hizo perder el equilibrio. Se giró para esquivarlo y estuvo a punto de caer del carro; le dio una patada para derribarlo. El carro se balanceaba de un lado a otro, pero no corrigió el curso. El tiro se desenganchó de las varas y de la lanza y volcó, arrojando al suelo a los combatientes. Morgan aterrizó con tal violencia que una bruma roja le nubló la vista y el dolor le recorrió el cuerpo, pero se levantó al instante del suelo.

El buscador que le había herido lo esperaba y el que iba a pie se acercaba deprisa. Ambos estaban convirtiéndose en umbríos, y sus cuerpos envueltos

en capas negras de ojos rojos y escalofriantes se elevaban en una niebla oscura. Habían visto el fuego que emitía la espada de Leah y sabían que Morgan tenía magia. Al hacer trizas su disfraz de buscadores conjuraron su propia magia. De sus armas salió un fuego que avanzó hacia Morgan, pero este lo bloqueó y arremetió contra ellos con determinación, sin pensar en nada más, actuando solo por instinto. Chocó contra el primero y lo tiró al suelo. La espada de Leah bajó e hizo pedazos el arma que esgrimía, y el fuego lo quemó desde el cuello hasta el estómago, entrando por un lado y saliendo por el otro. El umbrío gritó, dio una sacudida y se quedó inmóvil.

Morgan fue tras el otro sin detenerse, consumido por el elixir de la magia, movido por fuerzas que ya no podía controlar. Al ver su cara, el umbrío vaciló y se dio cuenta demasiado tarde de que no era rival para su contrincante. Arrojó un fuego que la espada de Morgan dividió en dos. Entonces el joven de las Tierras Altas se abalanzó sobre él y lo golpeó una, dos, tres veces, mientras la magia recorría el talismán con un repentino fuego blanco. El umbrío gimió y forcejeó para liberarse, pero las llamas prendieron por todo su cuerpo con un brillante resplandor y desapareció.

Morgan se giró y buscó en la oscuridad, a izquierda y derecha, detrás y delante. La tierra estaba silenciosa y vacía. El sol asomaba por el horizonte al este, un estallido dorado y plateado, y la luz se filtraba entre los árboles a raudales y disolvía las sombras y la niebla. La zanja era como un túnel oscuro en el que nada se movía y los umbríos yacían sin vida a su alrededor. Quedaba en pie un solo caballo, una mancha oscura a unos cincuenta pasos de distancia, que arrastraba las riendas por el suelo mientras piafaba y sacudía la cabeza sin saber qué hacer. Morgan lo miró y, controlando el pulso de sus sudadas manos, se irguió despacio. Se había desvanecido la magia de la espada, que se había vuelto negra e insondable.

Cerca de él oyó una voz implacable. La escuchó sin moverse, pero los oídos le zumbaban con fuerza. «Los umbríos de la Atalaya Sur lo habrán oído. Saldrán a buscarte. Muévet».

De pronto se acordó de Par y, envainando la espada de Leah, se acercó corriendo al carro volcado para averiguar si estaba bien. Allí dentro estaba Par, se repitió. Tenía que ser él. Estaba aturdido y ensangrentado, tenía la ropa mugrienta y hecha jirones y la piel cubierta de polvo y sudor. Se sentía mareado y peligrosamente invencible.

¡Por supuesto que era Par!

Subió al carro volcado y se acercó a la figura atada que estaba desplomada sobre un lado astillado, mirándolo. Las sombras le ocultaban la cara y Morgan

se inclinó sobre su cuerpo y le miró el rostro fijamente.
No era a Par a quien había rescatado, sino a Wren.

Wren se sorprendió tanto de ver a Morgan Leah como este de verla a ella. Alto, delgado y de mirada penetrante, era tal y como ella lo recordaba y, al mismo tiempo, diferente. Por alguna razón le parecía mayor, más curtido. Y había algo en su mirada. Al verlo parpadeó. ¿Qué hacía allí? Intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas y habría caído de nuevo hacia atrás si el joven de las Tierras Altas no la hubiera sostenido a tiempo. El chico se arrodilló a su lado, se sacó del cinturón un cuchillo de caza y le cortó las cuerdas y la mordaza.

—Morgan —dijo Wren, sintiendo un gran alivio y extendiendo los brazos hacia el joven para abrazarlo—. No sabes cuánto me alegra verte.

—Estás hecha polvo, Wren. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó él, esbozando una rápida y tensa sonrisa que dejaba traslucir un poco de picardía en su demacrado rostro.

Ella le devolvió la sonrisa con cansancio, consciente del aspecto que debía de tener con la cara magullada e hinchada.

—Me temo que cometí una grave equivocación. Pero no te preocupes, ya estoy bien.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, Morgan la cogió en brazos, la sacó del carro a la luz del amanecer y la dejó de pie en el suelo con cuidado. Wren se frotó las muñecas y los tobillos para que volviera a circularle la sangre; luego se arrodilló para mojarse las manos con el rocío de la hierba y se limpió con cuidado la cara herida.

—Pensaba que ya no había esperanza para mí. ¿Cómo me has encontrado? —preguntó, levantando la vista hacia el joven de las Tierras Altas.

—Cuestión de suerte —respondió Morgan, encogiéndose de hombros—. No te buscaba a ti, sino a Par. Creía que era a él a quien los umbríos llevaban

en el carro. No tenía ni idea de que eras tú.

Wren había visto la decepción en los ojos de Morgan al reconocerla y ahora comprendió la razón. Creía que había rescatado a Par.

—Siento no ser Par. Pero gracias de todos modos.

Morgan hizo un gesto despreocupado y una mueca de dolor, y ella vio en su ropa la mezcla de sangre roja y verde.

—¿Qué estás haciendo aquí, Wren?

—Es una larga historia. —Ella se levantó y lo miró—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho. —Morgan miró por encima de su hombro—. La Atalaya Sur está a solo unos kilómetros de distancia y los umbríos deben de haber oído la lucha. Tenemos que huir de aquí lo antes posible.

—Entonces la resumiré. —Wren se sentía más fuerte, llena de determinación renovada. Volvía a ser libre y se proponía sacar el máximo partido de ello—. Los elfos han regresado a las Cuatro Tierras, Morgan. Los encontré en una isla del Confín Azul, donde llevaban casi cien años viviendo, y conseguí que volvieran. Era el encargo que había recibido de Allanon y acabé aceptándolo. Su reina, Ellenroh Elessedil, era mi abuela. Murió por el camino y ahora yo soy la reina. —Vio el asombro en los ojos de Morgan y lo cogió del brazo para hacerle callar—. Tú escúchame. Los elfos están sitiados por un ejército de la Federación diez veces mayor y están empleando tácticas al sur del Valle de Rhenn para retrasar su avance. Tengo que reunirme con ellos enseguida. ¿Quieres acompañarme?

—Wren Elessedil —repitió en voz baja el joven de las Tierras Altas, mirándola atónito. Luego sacudió la cabeza y su voz se volvió tensa—. No puedo, Wren. Tengo que encontrar a Par. Es posible que esté prisionero en la Atalaya Sur. Otros también lo están buscando y les prometí que los esperaría. —Empleó un tono que no admitía discusión—. Pero si realmente me necesitas... —añadió de mala gana, deteniéndose cuando ella le estrechó la mano.

—Volveré sola. Pero antes tengo que decirte algo y tienes que prometerme que se lo dirás a los demás cuando los vuelvas a ver. —Le apretó aún más la mano—. ¿Dónde están, por cierto? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué ha sido de los encargos de Allanon? ¿Los han cumplido? —Hablabá demasiado deprisa y se vio obligada a detenerse y recobrar la calma, y sobre todo a no mirar al este, hacia el cielo cada vez más claro—. Siéntate aquí y deja que vea esa herida.

Lo cogió del brazo y lo condujo a un tronco cubierto de musgo, donde lo obligó a sentarse, le quitó la camisa, la rasgó y limpió y vendó la herida lo mejor que pudo.

—Par y Coll encontraron la espada de Shannara, pero luego desaparecieron —le contó él mientras lo curaba—. Es una historia demasiado larga. Yo he estado buscando a Par; es posible que él esté siguiendo a Coll. No sé qué ha sido de la espada. En cuanto a Walker, estuve con él antes de que partiera hacia el norte para recuperar la magia que restauraría Paranor y a los druidas. Tuvo éxito y volvimos a reunirnos, pero no lo he visto desde entonces. —Hizo un gesto de resignación—. Paranor ha regresado y se ha encontrado la espada. Todos los encargos se han realizado, pero no sé qué puede haber cambiado con ello.

Wren terminó de vendarle la herida y lo rodeó para detenerse ante él.

—Yo tampoco. Pero en cierto modo, así ha sido. Solo tenemos que averiguar en qué sentido. —Tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta y clavó sus ojos castaños en Morgan—. Ahora escúchame. Esto es lo que tienes que decirle a los demás. —Respiró profundamente—. Los umbríos son elfos. Son elfos que redescubrieron la magia antigua y se les ocurrió utilizarla de modo temerario. Se quedaron atrás cuando toda la nación élfica huyó de las Cuatro Tierras y de la Federación. La magia los trastocó, como hace con todo, y los convirtió en umbríos. Son como los antiguos Portadores de la Calavera, apariciones oscuras para quienes la magia es una tentación a la que no pueden resistirse. No sé cómo destruirlos, pero tenemos que hacerlo. Allanon tenía razón, son un mal que nos amenaza a todos. Las respuestas que necesitamos están en la finalidad de las misiones que nos encomendaron. Uno de nosotros averiguará la verdad. Debemos hacerlo. Dile al resto lo que te he contado, Morgan. Prométeme que lo harás.

—Se lo diré —respondió el joven de las Tierras Altas, poniéndose en pie.

El grito de una garza rompió el silencio de la mañana y sobresaltó a Wren.

—Espera aquí —le dijo.

Se arrastró hasta los umbríos caídos y empezó a buscar entre sus ropas. Uno de ellos tenía las piedras élficas que Tib Arne le había robado, lo sabía. La cólera que sentía hacia él volvió a aflorar. Registró a los dos más próximos y no encontró nada. Luego agitó las cenizas del que Morgan había quemado, pero tampoco encontró nada. Por último, retrocedió hasta los dos cuerpos rajados del conductor y su compañero y, sin dejarse impresionar por lo que les había ocurrido, buscó con cuidado entre sus ropas.

En el bolsillo de la capa de uno de ellos encontró la bolsa con las piedras. Se la guardó en la túnica, sintiéndose liberada de un gran peso, y regresó cojeando junto a Morgan.

A medio camino vio que el caballo que no había huido estaba pastando junto a los árboles. Se detuvo y, tras reflexionar un instante, se llevó los dedos a la boca y soltó un agudo silbido. El caballo levantó la cabeza y las orejas hacia el sonido. Ella volvió a silbar variando ligeramente el tono y la montura la miró fijamente y luego piafó. Wren se acercó al animal hablándole en voz baja y alargando una mano. El caballo la olisqueó y ella le acarició el cuello y el flanco. Se pusieron a prueba unos momentos y en pocos segundos la reina elfa se sentó a lomos del animal sin dejar de hablarle con voz tranquilizadora, con las riendas en las manos.

El caballo relinchó e hizo cabriolas. Ella lo condujo de nuevo hacia donde la esperaba Morgan y desmontó.

—Voy a necesitarlo si quiero ganar tiempo —dijo, sujetando con una mano las riendas—. El que lo encuentra se lo queda, que dirían los nómadas. Supongo que aún no he olvidado todo lo que me enseñaron. —Esbozó una sonrisa y lo cogió del brazo—. No sé cuándo volveremos a vernos, Morgan.

—Será mejor que te vayas —respondió el joven de las Tierras Altas, asintiendo con la cabeza.

—Estoy en deuda contigo. No lo olvidaré. —Volvió a sentarse en la silla—. Estamos muy lejos del Cuerno del Hades, ¿no te parece?

—Del Cuerno del Hades y de todo. Más lejos de lo que jamás hubiera podido imaginar. Ten cuidado, Wren.

—Lo mismo digo. Que los dos tengamos suerte.

Lo miró un momento más a los ojos, absorbiendo la fuerza que halló en ellos, y se sintió reconfortada al pensar que no estaba tan sola como había creído, que la ayuda a veces llegaba de los lugares más insospechados. Luego clavó las botas en los flancos del caballo y se alejó a galope.

Se abrió camino hacia el oeste hasta que la luz del día la alcanzó y se detuvo para que el caballo pudiera descansar y beber en un charco de agua. Se frotó un poco más las muñecas y los tobillos, se lavó los cortes profundos y los oscuros cardenales y se juró que cuando alcanzara a Tib Arne se lo haría pagar muy caro. Llevaba casi doce horas sin comer ni beber, pero no había tiempo para buscar comida o agua. En cuanto los umbríos averiguaran que había conseguido huir, saldrían tras ella. También irían a por Morgan Leah, pensó, y esperó que el joven de las Tierras Altas conociera un buen escondite.

Volvió a montar y se puso de nuevo en camino, siguiendo las praderas y saliendo de las colinas en dirección a los llanos que había al pie de Tyrsis y que conducían a Tirfing. El día se estaba volviendo húmedo y bochornoso, el cielo estaba azul y sin nubes y el sol era un hornillo de fuego blanco. Los bosques se convirtieron en grupos de árboles desparramados hasta que acabaron desapareciendo. Al llegar el mediodía, Wren cruzó el río Mermidón por una zona donde las aguas eran mansas, poco profundas y cada vez más escasas hasta convertirse en los llanos. Le dolían el cuerpo y la cara por los golpes y las sacudidas que había recibido, pero pasó por alto las molestias pensando en la confusión que debía de haber creado su desaparición. A esas alturas estarían buscándola por todas partes. Tal vez hubieran encontrado a Erring Rift y a Grayl y la hubieran dado a ella también por muerta. O quizás se hubieran olvidado de ella para centrar su atención en el ejército de la Federación y los Escaladores. Sin duda, algunos habrían aconsejado olvidarla. Para algunos su desaparición sería una bendición...

Apartó de su mente ese pensamiento. No tenía pruebas contra nadie y estaba obligada a volver. Barsimmon Oridio estaría acercándose al Valle de Rhenn con el resto del ejército elfo. Y con suerte Tigre Ty estaría volviendo con refuerzos. Si conseguía alcanzarlos antes de que comenzara la lucha...

Se interrumpió. ¿Qué? ¿Qué haría?

Sacudió la cabeza para apartar esa pregunta. No importaba lo que ella hiciera. Bastaba con que estuviera allí, con que los elfos supieran que su reina había regresado, que la Federación tenía que enfrentarse de nuevo a ella.

Wren giró hacia el norte para seguir el río Mermidón y en los llanos encontró agua para el caballo, pero no para ella. El sol caía a plomo sobre su cabeza y el aire absorbía la humedad de su cuerpo. Estaba cansada, igual que el caballo. No podrían continuar mucho más. Tendría que detenerse y esperar a que pasaran las horas de más calor. Esa sola idea hizo que le rechinaran los dientes. ¡No había tiempo para eso! ¡Solo había tiempo para seguir avanzando!

Al final hizo un alto, sabiendo que no tenía elección, y encontró un grupo de fresnos cerca de la orilla del río donde se estaba bastante fresco. Encontró bayas más amargas que dulces y una raíz de árbol del caucho que le permitió masticar algo. Desensilló al caballo y lo ató. Mientras descansaban entre los árboles, observó cómo fluían las aguas del río, pero se dijo que no era eso lo que se suponía que debía hacer y se rindió al sueño.

Estaba avanzada la tarde cuando se despertó de un sueño agitado, sobresaltada por un débil relincho del caballo. Se levantó de un salto al ver la

cabeza gacha del animal dirigida hacia el sur y, al mirar más allá de los llanos y el río, distinguió a varios kilómetros de distancia a unos jinetes que venían hacia ella; unos jinetes envueltos en capas negras y encapuchados cuya identidad no era ningún secreto.

Ensiló su montura y partió. Cabalgó a un trote rápido varios kilómetros a lo largo del río, mirando atrás para comprobar si la seguían. Lo hacían, en efecto, y tuvo la sensación de que habría otros esperándola más adelante, en Tyrsis. La luz que se desvanecía por el oeste se volvió plateada, luego rosa y por fin gris y, al instalarse la bruma del principio del crepúsculo, Wren dejó el río y se dirigió al este, hacia los llanos. Allí tendría más posibilidades de despistar a sus perseguidores, pensó. Después de todo, ella era nómada. En cuanto se hiciera de noche, nadie sería capaz de seguir sus huellas. Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo y suerte.

Pero le faltaron las dos cosas. Poco después, a su caballo empezaron a fallarle las fuerzas. Ella lo apremió a continuar con promesas susurradas y alentadoras caricias en el cuello y las orejas, pero el animal estaba agotado. Detrás de ella, sus perseguidores se habían desplegado por el horizonte, todavía lejanos pero cada vez más cerca. La bruma se volvió más densa, pero salieron la luna y las primeras estrellas y había suficiente luz para ver. Fortaleció su determinación y siguió avanzando.

El caballo tropezó y se desplomó, y ella salió de debajo de su cuerpo rodando por el suelo, se levantó y, acercándose de nuevo a él, lo levantó. Le quitó la silla y las bridas y lo dejó suelto. Entonces echó a andar, cojeando a causa de las heridas, que todavía le dolían, furiosa, exhausta y decidida a no dejarse capturar otra vez. Caminó largo rato sin volver la vista atrás, hasta que se hizo totalmente de noche y todos los llanos quedaron bañados de luz blanca. La llanura estaba silenciosa y desierta, y ella sabía que sus perseguidores no estaban muy cerca o los habría oído, así que se concentró en poner un pie delante del otro y seguir caminando.

Cuando finalmente miró atrás, no había nadie. Volvió a mirar con incredulidad. No había ningún jinete, ni un solo caballo, nadie caminando, nada. Respiró profundamente para calmarse y volvió a mirar no solo al este, sino a todas partes, pensando con repentino temor que la habían rodeado. Pero no había nadie. Estaba sola.

Sonrió, desconcertada.

Y entonces vio en lo alto la oscura sombra que volaba hacia ella lenta y lánguida, tan inevitable como el frío invernal. El corazón le dio un brinco al verla tomar forma. En ningún momento se le pasó por la cabeza que fuera uno

de los jinetes alados que venían a buscarla. Ni por un instante lo confundió con un amigo. Era Gloon a quien veía. Lo reconoció al instante; reconoció su cuerpo macizo y musculoso, la forma sobresaliente de la cresta en la cabeza del alcaudón de guerra. No le extrañaba que los buscadores se hubieran quedado atrás. No tenían ninguna prisa porque Gloon se encargaría de darle caza.

Tib Arne lo montaba, por supuesto. Visualizó la cara cambiante del niño, primero amigo y luego enemigo; humano y después umbrío. Volvió a oír su risa chirriante, a sentir el calor de su aliento en la cara mientras la golpeaba, el sabor de la sangre que le sacó con la paliza...

Buscó a su alrededor un lugar donde esconderse, pero descartó inmediatamente la idea. Ya la había visto y, dondequiera que se escondiera, la encontraría. Podía correr o enfrentarse a él, y estaba harta de huir.

Buscó en su túnica y sacó las piedras élficas. Las balanceó en su mano, como si evaluara el peso de su magia y tratara de decidir de antemano el desenlace de la batalla. Miró hacia el oeste del horizonte, pero no había nada que ver allí, los bosques seguían ocultos debajo. De todos modos, nadie la estaría buscando, no tan lejos y de noche. Apretó los dientes y pensó de nuevo en Garth, se preguntó qué habría hecho él. Observó cómo Gloon se acercaba sin prisas, aprovechando las corrientes de aire, seguro de su poder y habilidad, de lo que era capaz de hacer. El alcaudón de guerra trataría de atraparla al pasar rápida y ágilmente por su lado, antes de que ella pudiera apuntar con las piedras élficas. Y no iba a ser fácil utilizarlas contra un blanco en movimiento.

Cruzó los llanos, bordeándolos para dejar a sus espaldas una pequeña cuesta. Era mejor que nada, se dijo sin perder de vista a Gloon. Recordaba lo que el alcaudón le había hecho a Grayl. Se sentía pequeña y vulnerable allí sola, en la inmensidad de los prados, sin nadie que pudiera ayudarla. Esta vez no estaba Morgan Leah. No recibiría ninguna ayuda inesperada. Lucharía sola y el éxito de su lucha, o la suerte que tuviera, decidiría si sobrevivía o no.

Apretó las piedras élficas en la mano. «Ven a por mí, Gloon. Mira lo que tengo para ti». El alcaudón de guerra remontaba y caía en picado, desaparecía y volvía a aparecer, se elevaba y descendía, despreocupado, como un borrón oscuro sobre el terciopelo azul del cielo. Wren esperaba, impaciente. «¡Vamos! ¡Vamos!».

De pronto Gloon descendió bruscamente en picado y desapareció.

Wren dio un brinco, sobresaltada. La noche se extendía ante ella vasta, oscura y vacía. ¿Qué había ocurrido? Notó el sudor que le corría por la

espalda. ¿Adónde había ido el alcaudón? ¿Bajo tierra? Imposible, era absurdo...

Y de pronto lo comprendió. Gloon se disponía a atacarla. Había descendido en picado y ahora volaba a ras de suelo para que su sombra no lo delatara. Y venía a por ella. ¿A qué velocidad? ¿Cuánto tardaría? Se sintió invadida por el pánico y retrocedió, encogida de miedo. ¡No lo veía! Trató de distinguir su silueta recortada contra el horizonte oscuro, pero no distinguía nada. Intentó oírlo, pero solo había silencio.

«¿Dónde está? ¿Dónde...?».

Fue el instinto lo que la salvó. Se echó hacia un lado y se arrojó al suelo llevada por un impulso y sintió cómo el enorme peso del alcaudón pasaba por su lado mientras las garras hendían el aire a escasos centímetros de su cuerpo. Rodó por el suelo, notando en la boca el sabor de la tierra y la sangre, el dolor de las heridas recorriendo de nuevo su cuerpo.

Se levantó al instante y, girándose en la dirección en que creía que había desaparecido el alcaudón, conjuró la magia de las piedras élficas y la arrojó hacia la noche, formando un abanico de fuego azul. Pero las llamas se encontraron con el vacío. Wren se agazapó y buscó desesperadamente en la oscuridad iluminada por la luna. Iba a volver... ¡pero no lo veía! ¡Lo había perdido de vista! No se veía nada bajo el horizonte. La desesperación se apoderó de ella. ¿Por dónde aparecería? ¿Por dónde?

Repartió golpes a ciegas, a diestro y siniestro, se arrojó al suelo y rodó por él para a continuación levantarse y golpear de nuevo. Oyó cómo la magia chocaba con algo. Escuchó un alarido y a continuación Gloon pasó a trompicones por su izquierda, silbando como una máquina de vapor. Ella siguió el ruido mientras se quitaba la tierra de los ojos. Nada.

Se levantó y echó a correr. Se obligó a no pensar en el dolor y cruzó a toda velocidad los prados desiertos hacia una ciénaga situada a unos treinta metros de distancia. Al llegar a la orilla, se adentró corriendo en ella. Oyó una ráfaga de viento que le resultaba familiar y algo oscuro rozó su cabeza. Gloon había vuelto a errar el blanco. Wren se arrojó al suelo del pantano y miró hacia el cielo. Allí estaban la luna y las estrellas, y nada más. «¡Maldición!».

Se arrodilló. El pantano le ofrecía una leve protección, pero no era suficiente. Y la noche no era su aliada, porque la vista del alcaudón de guerra era diez veces más aguda que la suya. Podía ver claramente en la ciénaga, mientras que ella no veía nada.

Se levantó y arrojó al aire la magia élfica, confiando en la suerte. El fuego se alejó a toda velocidad a través de los llanos y ella se sintió invadida por su

poder. Gritó por la excitación, incapaz de contenerse, y vio al alcaudón de guerra un instante antes de que se le echara encima. Furiosa, arrojó la magia a su alrededor (demasiado tarde) y se tiró al suelo una vez más. Su rapidez la salvó, porque el fuego azul de las piedras élficas obligaron al alcaudón a cambiar de rumbo en el último segundo, lo que impidió que la alcanzara de nuevo.

Esta vez entrevió a Tib Arne, con el pelo rubio ondeando al viento. Oyó su grito de rabia y frustración, y ella se lo devolvió, furiosa y burlona.

La quietud invadió los cielos y la tierra quedó en silencio. Wren se acurrucó en el pantano, temblando, sudorosa y aferrada a las piedras élficas. Perdería esa batalla si no hacía algo inmediatamente, porque tarde o temprano Gloon la alcanzaría.

Entonces oyó otro grito, esta vez procedente del oeste: un alarido salvaje que hendió el agobiante silencio. Se volvió hacia él, reconociéndolo, pero al mismo tiempo era incapaz de situarlo. Un roc. Volvió a oírse, rápido y desafiante.

¡Espíritu! ¡Era Espíritu!

Observó la oscura sombra del pájaro surgir de la noche y descender de las alturas, veloz como el pensamiento. Espíritu... ¡y eso significaba que Tigre Ty estaría con él! Volvió a recuperar la esperanza. Empezó a levantarse y a gritar en respuesta, pero se arrojó al suelo enseguida. Gloon seguía allí, esperando su oportunidad para acabar con ella. Recorrió con la mirada la oscuridad, buscando en vano. ¿Dónde estaba el alcaudón?

Entonces Gloon surgió de la oscuridad, su cuerpo negro y macizo cobró velocidad y fue al encuentro de su nuevo rival. Wren se levantó tambaleante y gritó para advertir a Espíritu. Este siguió avanzando y en el último momento se hizo a un lado, de forma que el alcaudón de guerra pasó por su lado sin tocarla y giró para ir tras él. Los gigantescos pájaros se rodearon, cautelosos, haciendo amagos y esquivándose, esperando a tener alguna ventaja sobre su rival. Wren apretó los dientes, observando impotente desde tierra. Gloon era más grande que Espíritu y había sido adiestrado para matar; era, además, un umbrío que contaba con la magia para darle fuerza. Espíritu era valiente y rápido, pero ¿qué posibilidades tenía?

Hubo un movimiento confuso cuando los pájaros se embistieron, forcejearon con un alarido furioso y volvieron a separarse. Una vez más, empezaron a rodearse, cada uno tratando de colocarse por encima del otro. Wren salió del pantano y volvió a la llanura. Los siguió a medida que se alejaban porque no quería perderlos de vista y seguía decidida a prestar su

ayuda. No iba a dejar a Tigre Ty y su roc solos. No era su guerra, sino la de ella.

De nuevo, los pájaros se embistieron, arañándose y haciéndose pedazos con las garras y los picos. Sus sombras negras contra el cielo iluminado por la luna se retorcían, giraban y movían con furia las alas al descender en espiral. Wren corrió tras ellos con las piedras élficas en la mano. «¡Deja que me acerque!» era lo único que podía pensar.

En el último segundo posible, las aves se separaron, tambaleándose más que volando, y de sus cuerpos desgarrados cayeron plumas, cartílagos y sangre. Wren apretó los dientes, furiosa. Gloon se sacudió y, tras erguirse, se alejó planeando en una larga y lenta espiral. Espíritu arqueó la espalda y se replegó, tembloroso e inseguro. Intentó enderezarse, pero dio una sacudida y descendió en picado hasta desaparecer. Wren soltó un grito sofocado de horror y a continuación se quedó boquiabierta al ver aparecer de nuevo a Espíritu, milagrosamente recuperado. ¡Había sido un amago! Justo debajo del alcaudón, Espíritu se elevó del suelo igual que un proyectil y cruzó la noche como una bala hasta embestir al alcaudón de guerra. Sonó como si se hubieran estrellado dos rocas. Las dos aves chillaron y se separaron, hendiendo el aire con las garras.

De pronto, uno de los jinetes resbaló de su montura a causa del impacto y cayó, agitando los brazos y las piernas en el aire y gritando horrorizado. Cayó al suelo como una piedra, incapaz de hacer nada para evitarlo, y aterrizó con un ruido sordo. La lucha que el roc y el alcaudón de guerra libraban en el cielo continuó como si la pérdida de un jinete no cambiara nada. Wren no sabía quién había caído. Echó a correr por la llanura con el corazón encogido y el miedo atenazándole la garganta. Avanzó mucho rato sin ver nada, hasta que por fin encontró una forma envuelta en harapos y ensangrentada que intentaba levantarse del suelo, todavía con vida.

Aminoró el paso y un rostro destrozado se volvió hacia ella. Cuando sus ojos se encontraron, Wren se estremeció. Era Tib Arne. Este intentó hablar, pero solo emitió un gorjeo que no llegó a formar ninguna palabra, y ella percibió en ese sonido el odio que le profesaba. Seguía siendo un muchacho debajo de sus heridas abiertas, pero era el umbrío que había en él el que se liberaba por fin y se elevaba hacia ella en forma de humo negro. Wren dirigió hacia él las piedras élficas y el fuego azul desgarró a la oscura criatura y la consumió.

Cuando volvió a mirarlo, los ojos de Tib Arne la miraban sin verla.

Entonces oyó por encima de su cabeza un alarido que podía pertenecer tanto al alcaudón de guerra como al roc y levantó la vista justo a tiempo de ver descender a Gloon, seguido de cerca por Espíritu. El alcaudón de guerra había abandonado la batalla que libraba en el cielo e iba a por ella. Wren se acurrucó bajo su sombra, pues no había dónde esconderse y el pantano quedaba demasiado lejos. Apuntó al alcaudón con las piedras élficas, pero sus movimientos fueron demasiado lentos y supo que no tendría tiempo de salvarse.

De pronto Espíritu, en una última embestida, alcanzó a Gloon por detrás y lo golpeó con fuerza, con lo que le hizo perder el equilibrio y desviarse. Gloon agitó las garras a su alrededor, alcanzó al roc y, en ese mismo instante, Wren le disparó la magia de las piedras élficas por última vez. En esta ocasión le alcanzó de pleno y quedó envuelto en un fuego que lo devoraba mientras intentaba liberarse de él. El alcaudón aulló frenético y se retorció con furia al tiempo que trataba de huir, pero las llamas se habían extendido por todo su cuerpo. Se enderezó batiendo las alas, pero Wren volvió a atacarlo con el fuego azul. Gloon se desplomó, seguido de una estela de llamas. Se estrelló contra el suelo, dio una sacudida y dejó de moverse.

En unos segundos, el fuego lo dejó reducido a cenizas.

Espíritu bajó con sigilo a los prados en medio del silencio que se impuso a continuación. Tigre Ty desmontó del animal y se acercó a Wren, arrastrando los pies, con las piernas arqueadas y el rostro curtido manchado de sudor. La muchacha alargó las manos para estrechar las de él.

—¿Estás bien, niña? —preguntó Tigre Ty en voz baja. Wren vio la profunda preocupación reflejada en sus ojos agudos y esbozó una sonrisa.

—Gracias a ti. Es la segunda vez en el día de hoy que me salvan la vida amigos que daba por perdidos. —Y le habló de Morgan Leah y de los umbríos de la Atalaya Sur.

—Ayer por la mañana encontré a los proscritos en los Dientes del Dragón. —Las nervudas manos de Tigre Ty no la soltaron; se aferraban a ella como si temiera que se desvaneciera—. Su líder me dijo que no había enviado a un muchacho, sino a otra persona. Me imaginé lo que había ocurrido y me fui para que me siguieran cuando pudieran mientras yo volvía a buscarte. Pensaba que era demasiado tarde, que ya habrías muerto. Llevamos todo el día buscándote. Encontré a Rift y a Grayl, pero no había ni rastro de ti. Imaginaba que el chico te había cogido, pero sabía que, si había alguna forma humana de hacerlo, te escaparías. Cogí a Espíritu cuando los demás se

disponían a pasar la noche y seguí buscando. —La miró con intensidad—. Fue un acierto.

—Desde luego —respondió Wren, asintiendo con la cabeza.

—Maldita sea, ¿no te dije que no volaras con nadie?

—No me hagas decirlo —susurró Wren, inclinándose hacia el jinete alado, invadida por una intensa emoción.

Tal vez vio el dolor en los ojos de Wren o tal vez lo percibió en su voz. Sostuvo su mirada un momento, le soltó las manos y retrocedió un paso.

—Lo digo para que no lo vuelvas a hacer. He invertido mucho tiempo y esfuerzo en ti. —Se aclaró la voz—. Voy a echarle un vistazo a Espíritu para asegurarme de que no está herido.

Dedicó unos minutos a explorar el cuerpo del gran roc, moviendo con cautela las manos entre las plumas. Espíritu lo observaba con una mirada feroz. Cuando el jinete alado le habló, el roc bajó el pico, extendió sus grandes alas y se sacudió.

Satisfecho, Tigre Ty le hizo señas a Wren para que se acercara y miró al pájaro con orgullo.

—Lo habría vencido —dijo, malhumorado.

—Nunca lo he puesto en duda —respondió Wren, esbozando una sonrisa.

Tigre Ty ayudó a subir a la muchacha y la sujetó firmemente. Acarició a Espíritu, agradecido, y luego asintió para sus adentros y se reunió con ella. Wren recorrió con la mirada el paisaje nocturno e inmóvil, vacío y silencioso salvo donde los restos de Gloon se consumían, humeantes y sin llama. Se sentía mareada y extenuada, pero también viva. Todavía notaba los efectos de la magia élfica recorriéndola como chispas.

Había conseguido sobrevivir, pensó, y se preguntó por cuánto tiempo.

—No nos vencerán —dijo de pronto—. No se lo permitiremos.

Él no le preguntó a qué se refería. No habló. Se limitó a mirarla y a asentir con la cabeza. Luego le silbó a Espíritu y la enorme ave emprendió el vuelo y se alejó rápidamente en la oscuridad.

Morgan Leah observó cómo Wren desaparecía en la oscuridad de la noche que se replegaba. Su decepción al no encontrar a Par se vio atenuada por la satisfacción de saber que sus esfuerzos no habían sido en vano. ¡Encontrar a Wren, nada menos! Le hizo pensar que el mundo era más pequeño de lo que parecía. Tal vez los descendientes de Shannara y todos sus aliados tuvieran una oportunidad contra los umbríos, después de todo.

Reemprendió el camino hacia el este, contemplando el horizonte cada vez más brillante en la lejanía y la luz plateada que se derramaba en charcos cada vez más amplios sobre las copas de los árboles y las laderas de las montañas. Estaba a punto de amanecer. La noche que lo había protegido se había retirado y estaba más expuesto de lo que había previsto.

Miró brevemente el armazón del carro volcado y a los umbríos caídos y no pudo evitar pensar que lo había hecho él solo. Se había defendido de todos ellos.

Pero ¿adónde podía ir ahora? Los umbríos de la Atalaya Sur vendrían a buscarlo. Lo tendrían fácil para encontrar sus huellas y lo perseguirían para hacerle pagar por lo que había hecho. Respiró profundamente y buscó a su alrededor, como si solo con la mirada pudiera hallar una vía de escape. No podía volver al risco; sería el primer lugar donde buscarían. Encontrarían sus huellas y las seguirían, esperando que fuera lo bastante estúpido como para regresar a su escondite.

Esbozó una débil sonrisa. No era ningún estúpido, por supuesto, pero tampoco era mala idea hacerles creer que sí.

Cruzó otra vez la zanja por donde lo había hecho antes y volvió sobre sus pasos entre los árboles y las colinas, sin molestarse en borrar las huellas, pero mezclándolas lo mejor que pudo para despistarlos acerca de cuántos eran;

luego dio media vuelta y regresó de nuevo, más cauteloso esta vez, por si los umbríos habían llegado durante su ausencia. Pero no era así; la zanja y los llanos que se abrían al otro lado seguían vacíos salvo por los cadáveres. Siguió el camino que había recorrido el carro, utilizando los surcos para ocultar las huellas de sus botas, y siguió durante varios kilómetros las huellas de las ruedas a través de las colinas antes de girar bruscamente hacia el norte y adentrarse en las hierbas altas, donde se desvió con cautela, pegándose a las rocas de un risco. Con un poco de suerte, no descubrirían por dónde se había desviado y se verían obligados a recorrer a ciegas el campo. Eso tal vez le diera el tiempo necesario para llegar a donde se había propuesto ir.

Por supuesto, todo eso no serviría de nada si los umbríos lo rastreaban por el olfato. Si eran capaces de cazar como los animales, hiciera lo que hiciese se iba a ver en apuros, a menos que rodara por el barro y se embadurnara de cieno apestoso, algo para lo que no estaba preparado. ¿De qué eran capaces esos elfos corrompidos? Deseó saber más de ellos, haber dispuesto de tiempo suficiente para preguntarle a Wren, pero ya no era posible. Tendría que arriesgarse. Aspiró el aire de la mañana y pensó en lo afortunado que era de contar con la magia de la espada de Leah para protegerlo, y luego cayó en la cuenta de que ya tenía la respuesta a su pregunta de si el poder de la espada lo iba a salvar o a consumir. Por supuesto, eso no significaba que estuviera a salvo y pudiera relajarse al utilizarlo, ni siquiera que pudiera estar seguro de que las cosas fueran a salir tan bien la próxima vez. Solo significaba que por el momento había conseguido sobrevivir, pero cada vez estaba más claro que sobrevivir en las condiciones que fueran era lo único a lo que podían aspirar él y cualquiera que se enfrentara a los umbríos.

«Algún día será diferente», se dijo, pero en el fondo dudaba de que así fuera.

El campo que tenía ante sí se comprimía en una masa de colinas, riscos, depresiones ahogadas por la maleza y densos bosques al otro lado de las montañas de Runne. Caminaba sobre roca, sin prisa, esforzándose por pisar con suavidad donde las piedras desmenuzadas o las ramitas partidas podían delatarlo. Había llegado a este razonamiento: al sur estaba el risco donde él había estado montando guardia y si los umbríos salían en su busca empezarían por allí. Wren se había ido hacia el oeste y estaba claro que también lo buscarían allí. Al norte estaban las ciudades de Callahorn (Tyrsis, Kern y Varfleet) y esa sería la siguiente elección lógica. El último lugar donde buscarían era al este, en los terrenos que rodeaban la Atalaya Sur, su ciudadela fortificada, porque sería absurdo que alguien que acababa de

liquidar a una de sus patrullas para rescatar a la reina de los elfos se dirigiera al mismo lugar adonde se dirigía la patrulla.

«La reina de los elfos», musitó, interrumpiendo sus reflexiones. Wren Elesedil. La pequeña Wren. Hizo un gesto de incredulidad. Apenas la había conocido cuando crecía con Par y Coll en Valle Sombrío. Costaba creer que se hubiera convertido en reina.

Hizo una mueca. Aquello se podía aplicar a cualquiera del grupo que se había reunido en el Cuerno del Hades, pensó con tristeza, y se olvidó del asunto.

El sol asomaba por el horizonte, las sombras de la noche habían vuelto a esconderse y el calor sofocante del verano se elevaba de la hierba y los árboles, aumentando la fetidez del aire y resecaando la tierra. Morgan encontró un arroyo que brotaba de las rocas, lo siguió hasta unos rápidos donde el agua estaba limpia y bebió. No llevaba ni comida ni agua y tenía que procurarse ambas cosas si quería sobrevivir. Pensó un instante en Damson y Matty y esperó que no eligieran ese día para volver de su búsqueda por el sur. Esperarían encontrarlo en ese risco y lo más probable era que se encontraran a los umbríos en su lugar. No era un pensamiento agradable. Tendría que avisarlas, por supuesto, pero para hacerlo necesitaba conservar la vida.

Se apartó del arroyo y se abrió paso hacia un terreno elevado. Al amparo de un grupo de pinos, miró atrás, al otro lado de las colinas del sur, en busca de señales de sus perseguidores. Permaneció allí largo rato, oteando el horizonte, pero no vio nada. Finalmente se dirigió al este, hacia las montañas, el río y la Atalaya Sur. Estaba por encima de la ciudadela, lo suficientemente oculto entre los árboles para no ser descubierto, pero lo bastante cerca como para no perderla de vista. Avanzó sin detenerse a pesar de su herida y relegó el dolor a lo más recóndito de su mente como un palpitar sordo mientras se abría paso con la práctica y la determinación de un hombre del bosque experimentado, capaz de percibir lo que ocurría a su alrededor, de sentirse parte de la tierra. Permaneció atento a los ruidos de los pájaros y los animales, previendo lo que iban a hacer, sabiendo que todo iba bien.

Llegó el mediodía y seguía sin haber rastro de sus perseguidores. Empezaba a pensar que había conseguido despistarlos. Encontró bayas y plantas silvestres que masticar y más agua potable, y cuando llegó al muro formado por las montañas de Runne volvió a girar hacia el sur. Se cambió de lado la espada de Leah para no rozar la herida y pensó en la historia del arma. Tantos años inactiva, reliquia de otros tiempos, la magia de la espada había permanecido dormida hasta que él se había topado con los umbríos en el

camino a Culhaven. El destino, simplemente. Era extraño que las cosas pudieran tomar un rumbo como ese. Reflexionó sobre cómo había influido en su vida la espada, en qué sentido le había favorecido y en cuál perjudicado, y el legado de esperanza y desesperación que le había dejado. Pensó que ya no importaba si él la aprobaba o no, si creía que el vínculo con la magia era positivo o negativo, porque a fin de cuentas no importaba; sencillamente, la magia estaba ahí. Aurora había aceptado mejor que él su inevitabilidad, pensó, y había restaurado la espada porque sabía que, si la magia iba a estar en su poder, tenía que estar de una forma completa, y no reducida o bloqueada. Aurora había comprendido las reglas del juego; su legado había sido enseñárselas.

Se detuvo a descansar a la hora en que el calor se intensificaba hasta ser un resplandor abrasador y candente que se elevaba de la tierra. Se sentó a la sombra de un viejo arce, cuyas ramas de hoja ancha se entrelazaban formando una especie de toldo, y las ardillas y pájaros saltaban de una a otra, aparentemente ajenos a su presencia, absortos en sus propias persecuciones. Miró las colinas y las praderas al sur y al este a través de los árboles, con la espada de Leah entre las piernas y los brazos cruzados alrededor de la empuñadura. Se preguntó si Wren estaría a salvo y dónde estarían todos los demás, todos los que habían emprendido con él esa aventura y se habían perdido por el camino. Algunos habían muerto, por supuesto. Pero ¿y los demás? Clavó el tacón de la bota en el suelo y deseó ver cosas que permanecían ocultas para él, pero al instante pensó que tal vez fuera mejor no saberlo.

A media tarde bajó la temperatura y se puso de nuevo en camino. Las sombras volvían a alargarse desde detrás de los árboles, las rocas, los barrancos y los riscos en los que habían permanecido escondidas. Ante él apareció la Atalaya Sur, un oscuro obelisco que se alzaba por encima de las llanuras envenenadas entre la desembocadura del río Mermidón y el Lago del Arco Iris. El lago en sí era liso y plateado, un espejo del cielo y la tierra, y los colores de su arco se veían pálidos y descoloridos a la luz cada vez más débil. Las grullas y las garzas descendían en picado y volaban a ras de su superficie, como borrosas manchas blancas contra la bruma gris de la oscuridad inminente.

Se detuvo a observar y probablemente eso le salvó la vida.

De pronto, los pájaros se quedaron inmóviles y, más adelante, entre los árboles, se produjo un movimiento apenas perceptible pero inconfundible, lejano y borroso a la luz cada vez más tenue. Morgan se escondió entre la

maleza, sigiloso como la caída de la noche, y permaneció inmóvil. Al cabo de un momento aparecieron un par de umbríos seguidos de otros cuatro; una patrulla que se abría paso con sigilo por entre los árboles. No parecía que estuvieran siguiendo huellas, solo buscaban, y la idea de que pudieran guiarse por el olfato dejó a Morgan helado. Seguían a varios cientos de metros de distancia y avanzaban por la loma. El camino los haría pasar por debajo de donde él se había escondido, pero al otro lado del sendero que había seguido. Sintió deseos de echar a correr y huir de allí a la velocidad del rayo, pero sabía que no podría y se obligó a esperar. Los rastreadores iban vestidos con túnicas negras y encapuchados, y no llevaban el emblema de los buscadores. No querían aparentar nada, lo que significaba que o no se sentían amenazados o no les importaba. Ninguna de las dos perspectivas era tranquilizadora.

Morgan los observó pasar entre los árboles como fragmentos de oscuridad y desaparecer de su vista.

Al instante se puso de nuevo en camino y avanzó a buen ritmo, impaciente por poner la mayor distancia posible entre los rastreadores de capucha negra y él. ¿Buscaban a Morgan o a alguien más, o sencillamente a cualquiera, después de lo que le había ocurrido a su patrulla, temiendo que hubiera otros escondidos? No importaba, se dijo. Bastaba con que estuvieran allí afuera para que tarde o temprano lo encontraran.

Revisó su plan anterior sin aminorar el paso. No iba a quedarse a ese lado del río Mermidón. Lo cruzaría y esperaría en la otra orilla, desde donde podría observar la costa y el lago a la espera del regreso de Damson y Matty. Era una lástima que no pudiera situarse de forma que pudiera vigilar también la Atalaya Sur, pero era demasiado peligroso permanecer en medio. Lo mejor era esperar a que Damson le informara de lo que habían encontrado con el skree en su viaje al sur y volver a utilizarlo si era necesario. Ese sería el plan.

Estaba muy cerca de la Atalaya Sur y vio que no podía llegar hasta el río Mermidón para cruzarlo sin abandonar su escondite entre los árboles. Eso significaba que debía esperar a que se hiciera de noche, y aún faltaban varias horas. Era demasiado tiempo en el mismo sitio y lo sabía. Se puso en cuclillas, protegido por las sombras, y estudió el terreno de más abajo, buscando una razón para reconsiderar sus planes. Los árboles eran más escasos a medida que se alejaban de las montañas de Runne y desaparecían misteriosamente hacia el sur, por lo que no había lugar para guarecerse en los llanos que se extendían al este, hacia el río. Apretó los dientes, frustrado. Era demasiado arriesgado intentarlo. Tendría que volver sobre sus pasos hasta las

montañas y buscar un paso que lo llevara al este, o bien rodear todo el camino por el que había venido. Lo último era imposible y lo primero, arriesgado.

Pero mientras reflexionaba sobre las dos alternativas, percibió un nuevo movimiento más adelante, entre los árboles. Otra vez se quedó paralizado, escudriñando entre las sombras. Podía haberse confundido, se dijo. Allí no parecía haber nada.

Entonces la figura cubierta con capa negra salió un instante a la luz antes de volver a desaparecer.

Umbríos.

Se escondió a toda prisa en el profundo refugio, una vez tomada la decisión. Empezó a retroceder y a subir entre las rocas. Se proponía buscar un paso en las montañas de Runne y probar suerte en el río. Si no lograba abrirse camino, volvería sobre sus pasos al amparo de la oscuridad. No le gustaba la idea de quedarse allí fuera de noche con los umbríos buscándole, pero sus alternativas se iban reduciendo con una rapidez alarmante. Respiró profundamente mientras volvía a deslizarse entre los árboles, tratando de mantener la calma. Había demasiados umbríos rondando para no ser una búsqueda concienzuda. Habían averiguado de alguna manera dónde estaba y lo estaban cercando. Sintió un nudo en la garganta. Había sobrevivido a una confrontación ese día y no le agradaba la perspectiva de tener que luchar para sobrevivir a otra.

Las sombras de la noche se acercaban y en el bosque de la montaña reinaba un silencio sin viento. Siguió moviéndose de forma metódica y sigilosa, sabiendo que el menor ruido podía delatarlo. Sentía en la espalda el peso de la espada de Leah y resistió la tentación de alargar la mano hacia atrás para desenvainarla. Estaba allí por si la necesitaba, se dijo, y más le valía que no ocurriera tal cosa.

Se disponía a cruzar un risco cuando una sombra surgió de los árboles al otro lado de un barranco cubierto de maleza. La figura apareció y desapareció, y Morgan tuvo la impresión de que la había percibido antes que visto. Pero estaba claro qué era y, agachado, se adentró en la profunda maleza a su derecha y subió por las rocas. Iba solo uno, concluyó. Un rastreador solitario. Tenía la cara y el cuello calientes y pegajosos de sudor, y los músculos de la espalda tan tensos que le dolían. La herida le palpitaba con un escozor renovado y deseó poder beberse un trago de cerveza para aliviar su garganta reseca. Más adelante, el camino se veía interrumpido por un acantilado y retrocedió de mala gana. Tenía la sensación de que le estaban

llevando a una trampa y empezaba a pensar que acabaría topándose con obstáculos por todas partes.

Se detuvo al borde de un barranco poco profundo y volvió a mirar hacia los árboles cubiertos de terciopelo. No se movía nada, pero allí había algo que avanzaba con paso firme y decidido. Morgan pensó en ocultarse y cogerlo por sorpresa, pero cualquier enfrentamiento haría salir a todos los umbríos del bosque. Más le valía continuar; siempre habría tiempo de luchar.

Más adelante, los árboles empezaban a escasear conforme las rocas se abrían en montones irregulares y las cuestas se volvían más escarpadas hasta convertirse en precipicios. Estaba lo más alto que podía estar sin dejar el cobijo de los árboles, pero seguía sin encontrar un paso. Creyó oír el ruido de las aguas del río al otro lado de la pared de roca, pero podía ser fruto de su imaginación. Encontró un denso grupo de abetos y se puso a cubierto, escuchando los sonidos del bosque que lo rodeaba. Había movimiento más adelante y más abajo. Estaba rodeado de umbríos. Debían de haber encontrado su rastro. Seguía habiendo suficiente luz para verlo y lo estaban buscando. Tal vez pronto estuviera demasiado oscuro para seguir sus huellas, pero no creía que eso importara si estaban tan cerca. Estaban más a sus anchas que él en la oscuridad, y capturarlo era solo cuestión de tiempo.

Por primera vez, Morgan Leah se planteó la posibilidad de que no fuera a salir de esta.

Alargó la mano y desenvainó la espada de Leah. La hoja de obsidiana brillaba débilmente a la luz del crepúsculo y la empuñadura se amoldaba bien a su mano. Imaginó que su magia le respondía, susurrándole de forma tranquilizadora que estaría allí cuando la necesitase. Era su talismán contra la oscuridad. Bajó la cabeza y cerró los ojos. ¿Todo se reducía a esto? ¿Otra batalla en una serie interminable de luchas por seguir vivo? Empezaba a cansarse de todo eso. No podía evitar pensarlo. Estaba agotado y muy angustiado.

«¡No le des más vueltas!».

Abrió los ojos, se levantó y se internó entre los árboles para dirigirse de nuevo al sur, hacia las llanuras que conducían a la Atalaya Sur, tras haber cambiado de idea acerca de permanecer escondido. Se sentía mejor si se movía, como si ese avance fuera más natural y lo protegiera mejor. Recorrió el bosque, abriéndose paso con cautela, atento al menor ruido de los que trataban de atraparlo. Las sombras se desplazaban a su alrededor en forma de pequeños cambios de luz, movimientos imperceptibles que no dejaban de sobresaltarlos. En alguna parte, a lo lejos, se oyó el débil ulular de una lechuza.

El bosque era un río nocturno que brillaba y daba vueltas, cambiando en un flujo lento pero constante.

Miró atrás repetidas veces, esperando ver detrás de él a algún rastreador solitario, pero no había nadie. Tampoco podía ver a los umbríos que tenía más adelante; sin embargo, como los demás, parecía que también lo habían localizado. Confió en que no se comunicaran telepáticamente, pero no habría apostado por que no lo hicieran. La magia que utilizaban no parecía tener límites. ¡Ah, aunque eso era una idea disparatada!, se reprendió. Siempre había límites. El truco estaba en averiguar cuáles eran.

Llegó a un grupo de cedros frente a un precipicio, se adentró en él y se agachó de nuevo para escuchar. Permaneció largo rato inmóvil, como la roca que tenía a sus espaldas, sin oír nada. Pero los umbríos seguían allí afuera, lo sabía. Seguían buscando, rastreando...

Y entonces vio muy cerca a dos que se deslizaban entre los árboles unos treinta metros más abajo, sombras vestidas de negro que avanzaban hacia su escondite. Sintió que el alma se le caía a los pies. Si se movía, lo verían; si se quedaba donde estaba, lo encontrarían. «Una elección imposible», pensó con amargura. Todavía esgrimía la espada de Leah y la apretó con fuerza. Tendría que enfrentarse a ellos. Tendría que hacerlo, e intuía cuál podía ser el resultado.

Pensó de nuevo en el Saliente, Tyrsis, Eldwist, Culhaven y en todos los demás lugares donde se había visto atrapado y acorralado al tratar de escapar, y se dijo, desesperado y furioso: «Solo esta vez...».

De pronto, una mano se cerró como unas tenazas de hierro sobre su boca y lo arrastró hacia los árboles.

La oscuridad llegó a los campos que se extendían al sur del Lago del Arco Iris: una bruma purpúrea y plateada que salió del bosque de Anar, sigilosa como un gato, para dar caza a una feroz puesta de sol en los Robles Negros al oeste y las tierras de más allá. El suave crepúsculo alivió el calor sofocante del día con una brisa fresca y relajante que procedía del corazón del bosque. Las granjas desperdigadas por las tierras más allá del Túmulo de la Batalla estaban bañadas en una mezcla de luz y sombras, lo que les daba el aspecto de cuadros. Los animales se quedaban inmóviles y levantaban la cabeza hacia la brisa en los prados verdes, cada vez más oscuros. Los jornaleros volvían de trabajar: se oía el ruido del agua al ser transportada en cubos y se olía el aroma de la comida cocinándose en hornillos. Había serenidad en las sombras cada vez más alargadas y alivio en el aire que se iba haciendo más fresco. Reinaba un silencio que invitaba a la reunión, reconfortaba y prometía descanso a quienes habían terminado una dura jornada de trabajo.

Unas volutas de humo se elevaban desde la chimenea de la cabaña de un viejo cazador, situada entre un grupo de árboles de hoja caduca que crecían en una loma baja, justo al norte del Túmulo de la Batalla. La cabaña estaba formada por cuatro paredes de madera astilladas y ajadas por los elementos y el tiempo, un tejado de madera gastada lleno de parches, un porche hundido por un extremo y un pozo de piedra sumido en las sombras más intensas de los árboles en la parte trasera. A un lado de la cabaña había un carro y el tiro de mulas formaba una barrera al borde de la foresta. Los hombres a los que pertenecían ambos estaban apiñados dentro, sentados a una mesa con la cena servida; todos menos uno, que estaba apostado en los escalones del porche de piedra, vigilando el sur y el este del valle. Eran cinco contando el de fuera, estaban sucios y desaliñados y su mirada era dura. Iban armados con espadas

y cuchillos y exhibían cicatrices de muchas batallas. Cuando hablaban, sus voces eran roncadas y estridentes, y cuando reían no había regocijo en sus carcajadas.

Ni a Damson Rhee ni a Matty Roh les pareció que fueran personas con quienes se pudiera razonar.

Las mujeres se agazaparon en una zanja donde la maleza ocultaba sus movimientos y se miraron.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja Matty.

—Está ahí dentro —respondió Damson con firmeza.

Permanecieron calladas, como si no encontraran las palabras para continuar la conversación. Llevaban todo el día persiguiendo el carro desde que habían encontrado las huellas de las ruedas mientras seguían el skree hacia el sur desde el Lago del Arco Iris. Habían cruzado el lago hacía tres días y salieron de la desembocadura del río Mermidón justo antes de que estallara la tormenta, tras separarse de Morgan Leah. El viento previo a la tormenta las había empujado rápidamente por el lago y cuando se desató la tormenta ya estaban casi en la otra orilla. Entonces se habían visto arrastradas y sacudidas de tal manera que la embarcación había volcado al este de la Ciénaga Brumosa y se habían visto obligadas a nadar hasta la costa. Empapadas y cansadas, habían conseguido salvar la mayor parte de las provisiones y habían pasado la noche más o menos a cubierto en un bosquecillo de fresnos. Desde allí se habían dirigido al sur, guiadas por el brillo del skree, en pos de algún rastro de Par Ohmsford. No habían visto nada hasta que encontraron las huellas del carro, y ahora, a los hombres que las habían hecho.

—No me gusta nada —declaró Matty Roh en voz baja.

Damson Rhee sacó la mitad rota del skree, la sostuvo en la mano ahuecada y la enfocó hacia la cabaña. Ardió como el fuego, brillante y firme. Miró a Matty.

—Está ahí.

Matty asintió con la cabeza. Tenía la ropa desgastada por el uso y las inclemencias del tiempo, rasgada por las zarzas y las rocas, y al lavarla la había limpiado, pero no había mejorado su aspecto. Su rostro infantil estaba bronceado y manchado de sudor, y fruncía el entrecejo al contemplar la brillante medialuna de metal.

—Necesitamos mirar más de cerca —dijo—. Lo haremos cuando caiga la noche.

Damson respondió con otro asentimiento. Llevaba el pelo pelirrojo trenzado y recogido por detrás con una cinta alrededor de la frente, y su ropa

tenía el mismo aspecto que la de Matty. Estaba agotada, se moría por un plato de comida caliente y necesitaba darse un baño, pero sabía que tendría que pasar sin ellos.

Retrocedieron por la zanja hacia donde habían dejado sus bártulos y se sentaron a comer algo de fruta y queso y a beber agua. Ninguna de las dos habló mientras comían y las sombras se alargaban. La oscuridad las cercó, la luna y las estrellas salieron y la temperatura bajó hasta ser casi agradable. Las dos eran muy diferentes. Damson era una persona apasionada, extrovertida y segura de sí misma, mientras que Matty era fría, distante y estaba convencida de que no podía darse nada por descontado. Pero más allá de ese objetivo común, las unía una firme determinación nacida de años al servicio de los proscritos, intentando conservar la vida. Tres días buscando juntas a Par Ohmsford habían suscitado un respeto mutuo. Apenas se conocían cuando se pusieron en camino, y la verdad es que seguían sin conocerse mucho. Pero lo que sabían bastaba para convencerlas de que podrían contar la una con la otra cuando llegara el momento.

—Damson, ¿sabes cuando te encuentras en medio de algo y te preguntas cómo ha sido? —preguntó de pronto Matty Roh, rompiendo el profundo silencio. Casi parecía avergonzada—. Pues es así como me siento en estos momentos. Estoy aquí, pero no estoy segura de por qué.

—¿Te gustaría estar en otra parte? —le preguntó Damson, acercándose.

—No lo sé. Supongo que no. —Matty apretó los labios—. Pero no sé muy bien qué hago aquí. Sé por qué vine, pero no comprendo por qué tomé esa decisión.

—Tal vez la razón sea lo de menos. Tal vez estar aquí sea lo realmente importante.

—Yo no pienso así —replicó Matty, negando con la cabeza.

—Tal vez no sea tan difícil averiguarlo. Yo estoy aquí por Par, porque le prometí que vendría.

—Porque estás enamorada de él.

—Sí.

—Yo ni siquiera lo conozco.

—Pero conoces a Morgan.

—Lo conozco mejor de lo que él se conoce a sí mismo —respondió Matty, exhalando un suspiro—. Pero no estoy enamorada de él. —Hizo una pausa—. Creo que no estoy enamorada de él. —Desvió la mirada, consternada ante su propia afirmación—. Vine porque estaba harta de estar de

brazos cruzados. Eso es lo que le dije al montañés, y era cierto. Pero vine por algo más, aunque no sé qué es.

—Creo que podría ser Morgan Leah.

—No.

—Creo que lo necesitas.

—¿Lo necesito? —preguntó Matty con incredulidad—. Es al revés, ¿no te parece? ¡Él me necesita a mí!

—También. Os necesitáis mutuamente. Os he observado, Matty... a ti y a Morgan. He visto cómo lo miras cuando él no te ve y cómo te mira él a ti. Entre vosotros hay bastante más de lo que crees.

—No —respondió.

—A ti te importa él, ¿no?

—No es lo mismo. Es diferente.

Damson la observó un instante sin decir nada. Matty tenía la vista clavada en algún lugar entre ambas y sus ojos color cobalto eran insondables. Veía algo que nadie más podía ver. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos estaban vacíos y tristes.

—Sigue enamorado de Aurora.

—Supongo que sí —respondió Damson, asintiendo con la cabeza.

—Siempre estará enamorado de ella.

—Tal vez, Matty. Pero Aurora está muerta.

—No importa. ¿Le has oído hablar de ella? Era hermosa y mágica, y le correspondía. —Los ojos azules de Matty parpadearon—. Es difícil competir con eso.

—No tienes por qué competir. No es necesario.

—Lo es.

—La olvidará con el tiempo. No podrá evitarlo.

—No, jamás la olvidará. No se permitirá olvidarla.

Damson soltó un suspiro y luego desvió la mirada. La noche que las rodeaba era asfixiante y silenciosa, llena de expectación.

—Te necesita —susurró por fin, sin saber qué otra cosa decir—. Aurora ya no está, Matty, y Morgan Leah te necesita a ti —concluyó, volviéndola a mirar.

Se miraron en la oscuridad, midiendo la verdad de las palabras, sopesando su fuerza. Ninguna de las dos habló. Luego Matty se levantó y miró al otro lado del prado, hacia la cabaña.

—Tenemos que bajar a echar un vistazo.

—Iré yo. —Damson se levantó con ella—. Espérame aquí.

—¿Por qué no yo? —replicó Matty, cogiéndola del brazo.

—Porque yo conozco a Par y tú no.

—Entonces iremos las dos.

—¿Y exponernos las dos? —Damson sostuvo su mirada—. Sabes que no podemos hacer eso.

—Tienes razón —respondió Matty, mirándola un instante a la defensiva; después le soltó el brazo—. Esperaré aquí. Pero ten cuidado.

Damson sonrió, se giró y desapareció en la oscuridad. Avanzó con agilidad por la zanja hasta el norte de la cabaña. Dentro había una lámpara encendida y su luz amarillenta se filtraba por las ventanas laterales sin postigo y por la puerta abierta. Se detuvo, pensativa. Podía escuchar las voces de los hombres que estaban dentro, pero el resplandor rojo de la cazoleta de una pipa y el olor a tabaco le advirtieron que el centinela seguía apostado en los escalones del porche. Observó las oscuras formas de las mulas en hilera junto a la pared de la cabaña; luego oyó ruido de cristales haciéndose añicos y un juramento en el interior. Los hombres bebían y discutían.

Siguió avanzando por la zanja hasta el bosque y se aproximó a la cabaña por detrás, decidida a acercarse por el lado sur, pues temía que los animales la delataran si se acercaba por el norte. Las nubes se deslizaban como fantasmas por el cielo, cambiando la intensidad de la luz al pasar por encima de la luna y las estrellas. Damson bordeó el bosque sumido en sombras y pisó con cautela el suelo, aun cuando las voces y las risas seguramente ahogarían otros ruidos. Cuando estuvo detrás de la cabaña, se apartó de los árboles, se acercó corriendo a la pared trasera y la recorrió poco a poco hasta la ventana sur. Ahora podía escuchar las voces con claridad, percibía la furia y la amenaza que contenían. Hombres duros, no cabía duda.

Se acercó en cuclillas a la ventana y, tras incorporarse muy despacio, miró al interior.

Coll Ohmsford yacía en el fondo de la cabaña mohosa y desgastada por los elementos y escuchaba a los hombres discutir al lanzar los dados a los que apostaban. Estaba envuelto en una manta y se había girado hacia la pared. Tenía las manos y los pies encadenados a una argolla clavada entre los tablones del suelo. Le habían dado de comer y beber y se habían olvidado de él, lo que era preferible, dado el estado de ánimo desagradable en que se hallaban, pensó, abrumado por el cansancio. Beber y apostar los había vuelto más malhumorados que de costumbre, y no tenía ganas de averiguar en qué

acabaría el asunto cuando se acordaran de que él estaba allí. Ya le habían dado dos palizas desde que lo habían capturado; la primera, cuando intentó huir, y la segunda, porque uno de ellos se había enfurecido por algo y decidió desahogarse con él. Estaba magullado e hinchado, tenía cortes por todo el cuerpo y, después de dar botes todo el día en la parte trasera del carro, lo único que quería era que le dejaran dormir.

El problema, por supuesto, era que no se podía dormir en aquellas condiciones. El cansancio y el dolor no bastaban para sobrellevar el ruido. Permanecía tumbado en el suelo, escuchando y preguntándose qué podía hacer para salir de aquella situación. Volvió a pensar en huir. Viajaban despacio en el carro tirado por mulas, pero estaban a solo tres o cuatro días de Dechter, y una vez llegaran allí estaría acabado. Había oído hablar de las minas de esclavos, donde trabajaban sobre todo enanos. Morgan se las había descrito después de habérselo escuchado a Steff. Allí iban a parar los enanos que se rebelaban contra los ocupantes de la Federación, especialmente los miembros de la Resistencia. Los enviados a las minas nunca regresaban. Coll había oído historias sobre enanos que llegaban a las minas para hacer trabajos forzosos, pero hasta ahora había creído que no era cierto.

Miró fijamente las tablas astilladas y agrietadas de las paredes. Parecía destinado a descubrir toda la verdad a base de cometer errores.

Inspiró profundamente, contuvo la respiración y exhaló el aire despacio, cansado. El tiempo se le acababa y hacía mucho que la suerte se mostraba esquiva con él. Estaba en mejor forma de lo que cabría esperar, y su entrenamiento con Ulfkingroh en la Atalaya Sur le había ayudado en los peores momentos. Pero eso ya no era un gran consuelo, atado como estaba. No podría librarse de las cadenas sin la llave. Había intentado hacer saltar las cerraduras, pero eran pesadas y fuertes. Había intentado persuadir a sus captores de que se las quitaran para estirar las piernas, pero se habían limitado a reírse. Su plan de rescatar a Par de Rimmer Dall y de los umbríos era un recuerdo lúgubre. Estaba tan lejos de eso como de volver a su hogar en Valle Sombrío, y aquello parecía tan lejano que tenía la sensación de estar en un punto de inflexión.

Uno de los hombres tiró de una patada una silla, se levantó y salió de la habitación. Coll se aventuró a echar un vistazo desde debajo de su manta. La espada de Shannara descansaba sobre la mesa. Apostaban por ella, o por la parte que les correspondía de ella. Los tres que seguían sentados a la mesa gruñeron algo desagradable sobre el que se había marchado, pero no dejaron de mirarse.

Coll se giró de nuevo hacia la pared y cerró los ojos. De nada servía que esos hombres ignoraran el auténtico valor de la espada. Ni que solo él pudiera utilizar su magia, ni todo lo que dependía de que así lo hiciera. A esas alturas, solo un milagro podría ayudarlo, pensó con desesperación.

Juntó las manos bajo la manta y se hundió en la oscuridad.

«¿Qué voy a hacer?».

—¿Es él?

La luz de la luna se reflejaba en la cara tersa de Matty Roh, lo que le confería un aspecto fantasmal bajo su pelo corto y negro. Damson bebió agua del odre que ella le ofreció y miró atrás, hacia el camino por el que había venido, pensando de forma distraída que podían haberla seguido. Pero era una noche silenciosa y la tierra se veía vacía y quieta bajo las estrellas.

—¿Es él? —repitió Matty, ansiosa e insistente.

—Tiene que serlo. Estaba acurrucado y envuelto en una manta en el fondo de la habitación, así que no he podido verle la cara, pero no importa. La espada de Shannara estaba en la mesa, no me cabe la menor duda porque es inconfundible. Era él. Lo tienen encadenado. Trafican con esclavos, Matty. Eché un vistazo al interior del carro al volver y estaba lleno de grilletes y cadenas. —Hizo una pausa y la intranquilidad se reflejó en su cara—. No sé cómo se topó con ellos o cómo dejó que lo capturaran, pero no debería haber ocurrido. La magia de la Canción debería haber estado a la altura de hombres como esos. No entiendo nada. Algo va mal.

Matty no respondió.

—Ojalá hubiera podido verle la cara —prosiguió Damson, exhalando un suspiro y devolviéndole el odre a su compañera—. La ha levantado una vez, solo un momento, pero estaba demasiado oscuro para ver con claridad. —Hizo un gesto de disgusto—. Traficantes de esclavos... es imposible razonar con ellos.

—Los hombres de su calaña no atienden a razones. —Matty cambió el peso de su cuerpo—. Somos mujeres: si les diéramos media oportunidad, nos cogerían, abusarían de nosotras a placer y nos rajarían el cuello. O, si tuviéramos muy mala suerte, nos venderían junto con el joven Ohmsford. —Miró a la noche—. ¿Cuántos hombres has contado?

—Cinco. Cuatro dentro y uno montando guardia. Están bebiendo, jugando a los dados y peleándose. —Hizo una pausa, esperanzada—. Cuando se duerman, tal vez podamos pasar por delante de ellos y liberar a Par.

—Eso sería muy arriesgado en la oscuridad —respondió Matty, mirándola fijamente—. No podríamos distinguirlos si tuviéramos que luchar con ellos. Y, si el joven del valle está encadenado a la pared, tardaríamos demasiado tiempo y haríamos demasiado ruido para liberarlo. Además, son capaces de seguir así toda la noche. No hay forma de saberlo.

—Podríamos esperar un poco. Uno o dos días si es necesario. Tarde o temprano se nos presentará una oportunidad.

—No tenemos tiempo —replicó Matty, negando con la cabeza—. No sabemos cuánto les queda para llegar a donde se dirigen. Podrían esperarlos otros hombres más adelante. No, tenemos que hacerlo ahora. Esta noche.

—Esta noche —repitió Damson. Esta vez le tocó a ella mirar fijamente—. ¿Cómo?

—¿Qué crees tú? Si han descubierto la forma de capturar al joven del valle a pesar de su magia, son demasiado peligrosos para andarse con chiquitas con ellos. —Matty parecía medir sus palabras—. Si somos rápidas, estarán muertos antes de que se enteren de lo que ha ocurrido. ¿Puedes hacerlo?

—¿Y tú? —preguntó a su vez Damson, respirando profundamente.

—Tú solo entra conmigo y mantente detrás de mí. Cúbreme las espaldas. Recuerda cuántos son y no pierdas la cuenta. Si caigo, sal de allí. —Se irguió—. ¿Estás preparada?

—¿Ahora?

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—Solo tengo una navaja —respondió Damson con un asentimiento de la cabeza, sintiéndose distanciada de lo que ocurría, como si observara desde un lugar muy lejano.

—Pues entonces utiliza lo que tengas. Tú recuerda lo que te he dicho.

La chica dejó caer la capa y se agachó para recoger la fina espada y atársela a la espalda, igual que la llevaba Morgan Leah. Se colocó a la cintura una ristra de cuchillos y se metió en la bota una daga de hoja ancha. Damson la observó en silencio. «Dos contra cinco», pensaba. Pero no tenían otra alternativa. Esos hombres eran luchadores aguerridos, asesinos que las matarían sin pensárselo dos veces. «¿Qué les importamos a ellos?», se preguntó, y decidió que era una pregunta estúpida.

Se internaron en la noche, deslizándose como fantasmas a través de los prados; Damson llevaba a Matty por el mismo camino que ella había recorrido antes, atenta a cómo la luz de las lámparas de aceite colgadas en el interior de la cabaña se hacía más intensa a medida que se acercaban. Las

voces de los hombres llegaron a sus oídos, roncas y estentóreas, para darles la bienvenida. Damson ya no veía el resplandor de la pipa en los escalones del porche, pero eso no significaba que el centinela no estuviera allí. Se dirigieron al norte de la cabaña por los árboles y se acercaron a la parte trasera, pegadas a la tosca pared de tablas. Dentro seguían apostando y bebiendo.

Se asomaron por el lado sur de la cabaña para ver la parte delantera. No había rastro del centinela. Con Matty ahora a la cabeza, que llevaba la espada desenvainada, se acercaron con sigilo a la ventana y echaron un vistazo al interior. La escena no había cambiado. El prisionero seguía envuelto en su manta y tumbado en el suelo del fondo de la cabaña. Cuatro de los hombres seguían sentados a la mesa. Damson y Matty intercambiaron una rápida mirada y a continuación se dirigieron a la parte delantera. Al llegar a la esquina echaron un vistazo al porche hundido.

El centinela había desaparecido.

La cara de Matty se ensombreció, pero siguió avanzando hacia la luz, esgrimiendo la espada, en dirección a la puerta abierta. Damson la siguió, mirando a derecha e izquierda, preguntándose dónde estaba.

Estaban casi en la puerta cuando el centinela surgió de la oscuridad, de echar un vistazo a los animales tal vez, murmurando algo para sus adentros. No vio a las mujeres hasta que estuvo en el porche; entonces lanzó un gruñido de sorpresa y se llevó la mano hacia las armas. Matty fue más rápida. Se pasó la espada a la mano izquierda y con la derecha desenvainó uno de sus cuchillos y lo arrojó contra el hombre. La hoja se hundió en su pecho y él cayó del porche con un siseo de dolor.

A continuación, las dos jóvenes cruzaron la puerta y entraron en la cabaña; Matty en primer lugar, y detrás de ella, Damson. La habitación era pequeña, estaba atestada y llena de humo y parecían estar justo encima de los traficantes de esclavos. Damson vio sus caras con claridad: la capa de sudor, la cólera, la sorpresa en su mirada. Los hombres se levantaron de un salto de la mesa al tiempo que se arrancaban las armas de los cinturones y las vainas. Profirieron gritos y juramentos, volcaron los vasos y tazas de latón y la cerveza se derramó por el suelo. Matty acabó con el hombre más próximo a ella y fue a por el siguiente. La mesa se volcó y los escombros se esparcieron por todas partes. Uno de los hombres se giró hacia el prisionero, pero Matty estaba demasiado cerca y blandió la espada para hacerle frente. Cayó otro hombre que se desangraba por la garganta, dando zarpazos al aire hasta que finalmente rodó por el suelo. Los dos que quedaban se abalanzaron sobre Matty Roh con espadas y cuchillos que tenían un brillo siniestro a la luz de la

lámpara y la obligaron a retroceder hasta la pared. Damson se apartó, buscando una salida. Alguien la cogió por detrás, el quinto hombre que goteaba sangre de la herida del pecho; se precipitó hacia la puerta y la sujetó. Ella se retorció hasta que consiguió soltarse de él, que resbalaba a causa de la sangre, y luego lo empujó por la puerta escaleras abajo. Fuera, las mulas rebuznaban y le daban coces a la cabaña, aterrorizadas.

Matty salió disparada y rajó al hombre que tenía ante sí, luchando por que no la acorralaran mientras llamaba a gritos a Damson. Una lámpara se hizo añicos y desparramó el aceite por todas partes, y las llamas se extendieron por el suelo de la cabaña. Damson se subió a la espalda del hombre más próximo e intentó arrancarle los ojos. El hombre gritó de dolor, dejó caer las armas y luchó con sus manos desnudas para librarse de ella. La muchacha lo soltó, se refugió en un lugar seguro y se llevó la mano al cuchillo. El hombre fue tras ella, frenético y sin prestar atención a nada más, pero tropezó y cayó en las llamas, que prendieron en su ropa, y salió gritando hacia la noche.

El último hombre se mantuvo en su sitio un instante más; luego corrió también hacia la puerta. Las llamas habían alcanzado las paredes y avanzaban a través de las vigas, devorando la madera seca, hambrientas. Damson y Matty corrieron hasta el fondo de la cabaña, donde el prisionero se había puesto de rodillas y tiraba de la argolla que lo encadenaba a la pared. Matty lo tiró al suelo sin decir una palabra, sacó de su bota el cuchillo largo y golpeó y tiró de la argolla hasta que se soltó de la pared. Luego corrieron a toda velocidad hacia la puerta, rodeados por las llamas, con el calor quemándoles el pelo y la piel. Estaban casi fuera cuando el prisionero se zafó, dio media vuelta, se precipitó de nuevo hacia el humo y el fuego, arrastrando tras de sí las cadenas, y buscó entre los escombros del suelo hasta salir con la espada de Shannara.

Hasta que no estuvieron fuera, esforzándose por respirar y tosiendo por el humo y el polvo mientras la cabaña ardía a sus espaldas, Damson no se dio cuenta de que no era a Par Ohmsford a quien habían rescatado, sino a su hermano Coll.

Se detuvieron el tiempo justo para quitarle a Coll las esposas y los grilletes de las muñecas y los tobillos, mirando ansiosas por encima del hombro a la noche mientras lo hacían, y se alejaron a todo correr para dejar atrás las ruinas humeantes de la cabaña, el carro vacío y los cadáveres de los traficantes. Las mulas hacía rato que habían huido, y con ellas, los demás traficantes de esclavos, así que el terreno estaba vacío. El joven del valle y las mujeres olían a fuego y a cenizas, tenían los ojos llorosos por el humo y

estaban salpicados de la sangre de los hombres que habían matado. Matty había recibido algunos cortes superficiales y Damson tenía la cara arañada, pero las dos, afortunadamente, habían salido ilesas. Coll Ohmsford caminaba como si le hubieran partido las piernas.

De nuevo al amparo de los árboles, donde habían dejado sus bártulos, se lavaron lo mejor que pudieron, comieron y bebieron e intentaron averiguar lo que había ocurrido. Enseguida se enteraron de que Coll llevaba consigo la otra mitad del skree, la mitad que le había robado a Par mientras estaba bajo la influencia del sudario-espejo, y eso explicaba por qué Damson y Matty habían creído que seguían al otro hermano. No explicaba por qué el skree había brillado en dos direcciones cuando Damson lo había utilizado en la Atalaya Sur, pero, después de oír a Coll mientras contaba lo que les había ocurrido, podía deducirse que la magia de Par había afectado de alguna manera al medallón. «La magia de Par parece afectar a casi todo lo que toca», advirtió Coll. Algo estaba alterando a su hermano gravemente y, si no lo encontraban pronto y acababan con lo que le estaba corrompiendo, lo perderían para siempre. Coll no podía darles una razón válida a Damson y a Matty, pero estaba convencido de ello. El despertar de la magia de la espada de Shannara le había revelado muchas verdades hasta entonces ocultas, y esa era una de ellas.

No hubo ninguna discusión acerca de lo que debían hacer a partir de aquel momento. Todos tenían el mismo objetivo, incluida Matty Roh. Recogieron los bártulos y reemprendieron la marcha hacia los prados del norte, hacia el Lago del Arco Iris y los campos que se extendían al otro lado, camino de un enfrentamiento con los umbríos y Rimmer Dall. Morgan Leah estaría esperándolos allí y juntos intentarían otro rescate. Así, cuando llegara el momento de hacer frente al enemigo, serían cuatro personas que contaban con sus talismanes y pequeñas magias, con su coraje y determinación, y poca cosa más. Eran conscientes de que lo que se proponían hacer era una locura, pero hacía tiempo que habían dejado a un lado la sensatez. Lo aceptaban igual que aceptaban la llegada del nuevo día, cuando los primeros y débiles rayos del sol pintaban con pinceladas doradas el este del horizonte. Lo aceptaban de la misma forma que aceptaban los disparatados rumbos que habían tomado sus vidas, que los habían llevado a una misma encrucijada, a un destino compartido. Eran hechos incontestables de la vida que no podían alterar, y lo que les estaba ocurriendo era parte de esa inevitabilidad, lo sabían.

Cada uno, en el silencio de sus propios pensamientos, confiaba en que esa misma inevitabilidad trajera consigo algo bueno.

Morgan Leah apenas tuvo tiempo de gritar.

El ataque fue tan rápido e inesperado que, antes incluso de que pudiera pensar en actuar, se encontró en el suelo, con la mano todavía tapándole con fuerza la boca y una forma envuelta en una capa negra que se movía a su alrededor para inmovilizarlo. Había soltado la espada, lo único que podía haberlo ayudado, y estaba tan sorprendido que, aunque una voz en su mente le gritaba que se moviera, se quedó paralizado como un animalillo que cae en una trampa. Se le cerró la garganta y dejó de respirar. Sabía que estaba muerto.

Una enorme cara con bigotes se acercó mucho a la suya. Morgan se preguntó qué clase de criatura podía ser y los luminosos ojos amarillos de un gato del páramo se clavaron en él.

—Tranquilo, joven montañés —le susurró al oído una voz familiar y tranquilizadora—. No hay peligro. Soy yo.

La mano le soltó y Morgan empezó a respirar de nuevo, rápido y de forma desacompasada. Sintió que le abandonaba la tensión y el frío nudo en su estómago desaparecía.

—Calla. Todavía están cerca —susurró la voz. Entonces la cara de gato desapareció y se encontró mirando a Walker Boh.

Stresa no fue a ver a Wren Elesedil hasta que casi estaba amaneciendo. Las estrellas se resistían a abandonar los aterciopelados cielos negros y el bosque estaba sumido en sombras. Solo una débil claridad al este que se filtraba través de los árboles revelaba la llegada del nuevo día. En cuanto lo vio aparecer, Wren se levantó, inquieta y aliviada al mismo tiempo. Llevaba toda la noche esperándolo, aunque podría haber tardado un día más en llegar hasta ella. Su oído de elfa percibió sus movimientos antes de que saliera de la oscuridad y lo llamó.

—Stresa —susurró—. Por aquí.

El animal avanzó obedientemente, con las púas echadas hacia atrás contra su cuerpo nervudo, el morro levantado para olisquear el aire y los ojos brillantes como velas.

—Te veo bastante bien, reina elfa —murmuró el gatoespino, acercándose a ella—. Y también te oigo bastante bien.

Wren sonrió al reconocer el sonido de su voz. No hacía ni tres días había creído que no volvería a oírla. Su terrible experiencia con Tib Arne y Gloon le había hecho valorar cosas a las que antes no concedía ninguna importancia. Era extraño cómo el susurro de la muerte permitía oír mejor de súbito. Se preguntó cuántas veces tendría que oírlo para recordar la lección.

—¿Qué has averiguado? —preguntó ella, agachándose para poder verle la cara.

—Una entrada para ellos y una salida para nosotros. —Stresa resopló—. Pffff. Podemos hacerlo. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está el sssttppp jacarino?

—Vigilando el este, donde esperan los demás —respondió la joven mientras señalaba el lugar—. No quiero que nadie oiga lo que decimos. Es curioso, ahora nos comunicamos mucho mejor.

—Tampoco es un gran logro. —Las púas del gatoespino se alzaron y volvieron a caer—. El jacarino no tiene mucho que decir. Hsst. No alargues la conversación, reina elfa.

—Entonces, ¿podemos hacerlo tú y yo?

—Esto no es Morrowindl, y los Zarzales no son el pantano del In Ju. Por supuesto que podemos. Sppptt. —Escupió—. Debería haberseme ocurrido a mí.

Apenas habían transcurrido tres días desde su huida de los umbríos y Wren se disponía a desafiarlos de nuevo. Había volado con Tigre Ty hasta el campamento, donde los elfos de la avanzadilla la habían recibido con euforia y perplejidad, pues la habían dado por perdida. Seguían acampados en la periferia del Bosque de Drey, observando el incesante avance del ejército de la Federación y siguiendo a hurtadillas la marcha de los habitantes de la Tierra del Sur mientras esperaban a Barsimmon Oridio y el grueso del ejército elfo. Desidio se mostró efusivo y confesó abiertamente que los elfos necesitaban su liderazgo y que estaba a sus órdenes, con lo que dijo más en ese único momento que en todo el tiempo desde que habían dejado Arborlon. Triss estaba furioso con ella, achacó el secuestro a su impulsividad y le advirtió que no le permitiría volver a salir sin la Guardia Real, que en realidad no iba a salir con nadie salvo con él en persona. Ella los saludó a ambos con un apretón de manos y les aseguró que no volvería a correr tales riesgos, aun a sabiendas de que era mentira.

En su ausencia, la avanzadilla había estado ocupada. Desidio y Triss habían dejado a un lado sus diferencias sobre la estrategia que debían seguir para continuar lo que ella ya había comenzado con éxito, y organizaron otro segundo asalto a la Federación la misma noche que se la llevaron, prendiendo fuego a suministros y carros, ahuyentando el ganado, hostigando a las tropas somnolientas y haciendo todo lo que se les ocurrió para causar inquietud y confusión en el enemigo e impedirle avanzar. Con la muerte de Erring Rift, el mando de los jinetes alados había pasado a Tigre Ty, ya que tenía más experiencia que ningún otro y era un líder con quien se sentían cómodos. Este, brusco y desagradable, pero dispuesto a aceptar el desafío, había enviado a los jinetes alados a apoyar a los elfos terrestres. El ejército de la Federación había estado más prevenido, pero no lo suficiente para evitar daños importantes en las provisiones y el ganado. Los elfos terrestres habían perdido esta vez más de una docena de hombres, pero habían conseguido frenar al gigante de la Federación una vez más y había tenido que detener la

marcha el tiempo suficiente para dar tiempo a que sus caballos se recuperaran, buscar comida y agua y curar a los heridos.

Barsimmon Oridio había llegado al Valle de Rhenn y había empezado a descender para reunirse con ellos. Habían llegado mensajeros del viejo general para anunciar que la ayuda estaba en camino. Desidio y Triss habían enviado a los mensajeros de vuelta con saludos de la reina, sin querer revelar que había desaparecido. Tampoco habían querido admitir que había desaparecido para siempre, a pesar de lo que le había ocurrido a Erring Rift y a Grayl. Wren se alegró al enterarse de que habían mantenido en secreto su desaparición.

Pero ya había decidido que la avanzadilla debía hacer algo más que limitarse a esperar a que Bar y el resto del ejército los alcanzaran. Había pensado en ello mientras regresaba volando de las praderas, con el cuerpo agotado por la lucha con Tib Arne y Gloon y la mente ágil y despejada. Sabía lo que había que hacer, y debía hacerse sin tener en cuenta nada de lo que había ocurrido. Tenían que detener a los Escaladores. Ya debían de estar acortando distancias con respecto al ejército de la Federación; probablemente hubieran salido de Tirfing, cruzado el río Mermidón y se hubieran adentrado en las praderas al este del Pykon. Los alcanzarían en unos días y se unirían a sus aliados en pos de los elfos. Cuando eso ocurriera, sería el fin. Los elfos no podían defenderse de los Escaladores, ni en número ni en habilidad ni en fuerza, y esas máquinas umbrío los perseguirían por los bosques de la Tierra del Oeste hasta Arborlon y terminarían con ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Se había prometido que no iba a permitir que eso ocurriera. Había vuelto a pensar en Morrowindl, en las criaturas que la habían perseguido allí, y luego, en las criaturas que habían perseguido a los Ohmsford en todos esos años al servicio de los druidas, hasta que, sorprendentemente, cuando menos lo esperaba, había hallado la respuesta que necesitaba.

Pero una vez más se iba poner en peligro, y una vez más tendría que recurrir a las piedras élficas.

Aquella misma noche expuso su plan ante Tigre Ty, Triss y Desidio, y los tres se quedaron horrorizados. Le suplicaron que no lo hiciera, que pensara en otra cosa, que probara otra táctica. Le imploraron que considerara lo que significaría para los elfos volver a perderla, esta vez para siempre. Pero ella les respondió con la razón y la cruda realidad, con su fuerza de voluntad y sus argumentos, y al final se vieron obligados a aceptar su decisión, aunque de mala gana. Lograron arrancarle una concesión: Tigre Ty y Triss la acompañarían todo el tiempo que fuera posible.

Eso había sido hacía dos días. Había ido al sur ese mismo día con Triss, Tigre Ty, cincuenta hombres de la Guardia Real y media docena de jinetes alados. Los rocs habían llevado a la Guardia Real en las cestas gigantes, manteniéndose pegados a los árboles y las montañas para no ser vistos desde los llanos, y Wren había volado con Tigre Ty. Había mantenido a todo el mundo en sus puestos mientras enviaba a Fauno al Bosque de Drey para localizar y traer a Stresa. Le había explicado al gatoespino lo que se proponía hacer y, como tanto dependía de él, había esperado a que se asegurara de que el plan podía funcionar. En cuanto hubo recibido su conformidad, lo cogió en brazos y lo sujetó a lomos de Espíritu; luego se colgó a Fauno a la espalda y partieron.

Había enviado a Desidio y al resto de la avanzadilla al norte para reunirse con Barsimmon Oridio y esperar a su regreso.

Habían transcurrido dos días. Habían viajado toda la noche para llegar allí y pasaron el primer día sin dormir, porque todos habían salido a explorar.

Wren hizo un gesto de inquietud, mirando hacia los árboles oscurecidos, oliendo el moho y el musgo de la corteza y las flores silvestres, y se preguntó cómo podían ocurrir tantas cosas en tan poco tiempo. Oyó a Stresa revolverse inquieto delante de ella y miró de nuevo hacia atrás.

—¿Encontraste a la Cosa? —le preguntó, sin saber cómo llamarla.

—Hssttt. —Stresa se reía—. Cosa no, Wren Elesedil. ¡Cosas! Por lo visto, ha habido algunos cambios en trescientos años. Ahora hay más de una.

Tal vez siempre las hubo y solo habían visto una, pensó ella de pronto. Se levantó y contempló la llegada del nuevo día. Ante ella, al este, esperaban los jinetes alados y la Guardia Real, y más lejos, en alguna parte de las llanuras, los Escaladores. A su espalda, al oeste, se extendían los Zarzales.

Más de una. Estupendo.

—Espérame aquí, Stresa —ordenó, levantándose de nuevo, impaciente por empezar—. El valle se abre a un barranco que los traerá derechos hasta aquí. No deberían tardar.

—Me echaré una siesta —dijo Stresa tras darse la vuelta y deslizarse de nuevo entre las sombras—. Estoy cansado de tanto buscar. ¿Sabías que los Zarzales apestan? Pfffft. Ten cuidado, reina de los elfos.

Ella le dejó ir sin hacer ningún comentario; luego se internó en los árboles hacia el este, abriéndose paso hacia la luz cada vez más brillante del día. El bosque era poco espeso y el surco que ella había descrito como un barranco bajaba desde el terreno más elevado, donde los residuos y el viento habían derribado la mayor parte del cobijo que ofrecían. Encontró a Fauno casi

inmediatamente; la pequeña criatura se subió de un salto a su hombro y se quedó allí mientras ella se deslizaba entre los árboles. El plan funcionaría, se dijo Wren, y para cerciorarse de ello volvió a repasarlo mentalmente. La mecánica era muy simple. Lo que importaba era su ejecución. Y dependía casi por completo de ella.

Bajó al valle por la ladera norte, donde las sombras eran más profundas a la luz creciente, y miró hacia los llanos que se extendían al otro lado, donde una neblina ocultaba lo que había en ellos. Habían reconocido el terreno concienzudamente el día anterior. La Guardia Real lo conocía lo suficientemente bien para sacarle partido y los jinetes alados habían encontrado escondites en los árboles cerca de los Zarzales. «Triquiñuelas y más triquiñuelas», pensó ella. Volvió a pensar en Morrowindl, donde había aprendido a jugar al gato y al ratón con los umbríos, a poner en práctica todo lo que Garth le había enseñado. Pensó cuán clarividentes habían sido sus padres al dejarla al cuidado de Garth, sabiendo la clase de vida que le esperaba. Aun ahora le resultaba extraño pensar en las cosas a las que había renunciado, pero ya no le costaba tanto aceptarlo. La vida repartía responsabilidades conforme lo exigían las circunstancias y nunca era a partes iguales. La clave estaba en no tener miedo a comprender que era así.

Fauno le maulló al oído y ella le acarició la cálida y peluda cara. «Tenemos que cuidar los unos de los otros», se dijo. «Tenemos que apoyarnos y amarnos si queremos que la vida tenga algún sentido. Pero, por desgracia, antes tenemos que encontrar la forma de acabar con las criaturas que nos impiden hacerlo».

Encontró a Triss y a la Guardia Real escondidos entre un grupo de pinos y espesa maleza en la boca del valle. El silencio y la niebla se extendían sobre la llanura y la luz incipiente se difuminaba en el vapor que se elevaba del suelo, lo que le daba aspecto de nube. Había humedad en el aire y tenía un gusto acre, como a cobre.

—No están a más de un kilómetro y medio por debajo de donde esperamos —dijo Triss en voz baja, mirándola con serenidad. Tal como la habría mirado Garth—. Los exploradores los vigilan para que su llegada no nos coja por sorpresa. ¿Estás lista, señora?

Ella asintió con la cabeza y metió a Fauno en la mochila que había traído para transportarlo: el jacarino no la dejaría ir sola.

—Envía a alguien a por Tigre Ty y salgamos ya.

Mandaron a un mensajero y el resto de la Guardia Real, armada con arcos largos y carcajes de flechas, salieron con sigilo de su escondite y se abrieron

camino hacia las llanuras entre la densa hierba y la maleza. La llanura estaba húmeda de rocío, pero las tierras de debajo eran duras como la roca. Avanzaron despacio, con cautela, agachándose cuando los hombres que iban delante les indicaban por señas que lo hicieran, atentos a los monstruos.

Los oyeron antes de verlos: sus pesados cuerpos acorazados hacían estremecer la tierra, pero sus movimientos eran más sigilosos de lo que había imaginado Wren. Los exploradores que iban delante se retrasaron para informar de que los Escaladores estaban más adelante y hacia el este, a no más de quinientos pasos de distancia; eran ocho en total y marchaban en columnas de cuatro en cuatro. Iban acompañados de buscadores, con sus capas negras y la cabeza de lobo, de forma que no había ninguna duda. Wren se sorprendió. No había visto nunca a un buscador. Pero su presencia no cambiaba nada, así que le dio a Triss la orden de desplegarse. La Guardia Real se alejó sigilosamente entre la bruma, abriéndose en formación de abanico como fantasmas.

Ahora solo podían esperar. Los segundos pasaban con una lentitud desesperante. Permanecieron a la escucha de los Escaladores y el repentino silencio que se produjo en la tierra alrededor señaló su llegada. Triss murmuró algo acerca de la bruma. Miró a Wren, que le dedicó una sonrisa, y desvió la mirada. Incluso después de todo lo que habían pasado juntos, el capitán guardaba las distancias. Al fin y al cabo, ella era su reina. Debía distinguirse siempre de los demás.

El cielo seguía iluminándose y la niebla se disipó.

El primer par de Escaladores se materializaron como fantasmas espectrales, enormes y monstruosos, haciendo parecer pequeñas en comparación a las figuras envueltas en capas negras que los acompañaban. Wren contó rápidamente unos veinte buscadores.

Buscó en su túnica y sacó las piedras élficas. Las mantuvo sobre la palma abierta de su mano mientras destellaban como llamaradas de fuego azul. «Solo puedo usarlas yo», pensó. Cerró el puño sobre ellas y esperó.

Cuando tuvo justo delante a la segunda pareja de Escaladores, se levantó, alargó la mano con las piedras élficas y, conjurando el poder que había dentro de ellas, arrojó el fuego azul. Este salió despedido a través de la débil luz y la niebla y se estrelló contra el monstruo más próximo. Los Escaladores se sobresaltaron y uno de ellos cayó entre llamas y humo. Los demás se abalanzaron sobre ella y al instante la Guardia Real atacó. Una lluvia de flechas cayó sobre los Escaladores y los umbríos, y se alzaron los gritos de los elfos. Se produjo un momento de confusión mientras los Escaladores y sus

servidores daban vueltas, titubeando, y a continuación contraatacaron con un avance pesado, recorriendo las praderas en busca de sus asaltantes.

Pero la Guardia Real ya se había replegado hacia el bosque, lanzando flechas, profiriendo juramentos y corriendo con todas sus fuerzas. Los Escaladores eran unas criaturas enormes, pero muy veloces, y empezaban a acortar la distancia. Wren los entretuvo arrojándoles el fuego azul de las piedras y retrocediendo al hacerlo, con Triss a su lado. El Escalador que había caído estaba de nuevo en pie, y los ocho se acercaban. Era lo que ella había esperado, con lo que había contado, pero ahora que estaba ocurriendo estaba aterrorizada. Mientras avanzaban dando tumbos a través de la niebla, Wren volvió a ver al Wisteron de Morrowindl reproducido ocho veces y tuvo que contener el miedo que el recuerdo le provocaba. Oía el roce de las garras y el tintineo de las pinzas y las mandíbulas. Vio aparecer al oeste los árboles, guardó las piedras en el bolsillo y echó a correr hacia ellos.

Entraron en el valle antes que los Escaladores, sin molestarse en detenerse para ver si los seguían porque los ruidos de la persecución eran inconfundibles. A medio camino, Wren giró sobre sus talones, sacó una vez más las piedras y levantó en la entrada un muro de llamas azules. Oyó los gritos enfurecidos de los Escaladores, que emitían un ruido semejante al roce del metal oxidado, estridente e inhumano. Los Escaladores cruzaron el muro, con el cuerpo humeante y la coraza echando vapor. Wren arrojó hacia ellos otra llamarada, poniéndose de puntillas por el impulso, y se sintió tan fortalecida por la magia que creyó que podía flotar en el aire. Llena de su poder, empezó a vociferar, desafiante.

—¡Ya es suficiente! —gritó Triss, tirando de ella—. ¡Corre!

Wren echó fuego por los ojos ante la intrusión. Cerró el puño alrededor de las piedras y se retorció con un grito ahogado para soltarse de Triss. Pero hizo lo que le pedía y corrió con él hasta el cauce del otro lado, hacia los árboles y las frías sombras. Respiró como si nunca más fuera a ser capaz de meter suficiente aire en los pulmones, sintiendo cómo la magia, impaciente y exigente, le recorría el cuerpo pidiendo ser liberada y utilizada. «¡Tanto poder!». Cerró con fuerza los puños y siguió corriendo.

Wren, Triss y un puñado de soldados de retaguardia cruzaron el cauce hasta los árboles del otro lado, guiados por los rastreadores elfos. Los Escaladores siguieron avanzando y destrozando todo lo que encontraban a su paso, desde matorrales hasta árboles enteros, y el ruido de la destrucción era aterrador. El plan estaba funcionando, pensó Wren. Todo se desarrollaba según lo previsto. ¡Pero los Escaladores eran demasiado rápidos!

En un claro abierto más adelante, los jinetes alados los esperaban con sus cestas. Los miembros de la Guardia Real subieron a ellas, todos menos Triss, que había insistido en quedarse con Wren. Los rocs emprendieron el vuelo y desaparecieron por el oeste. Wren cruzó el claro, se internó en el bosque y sacó una vez más las piedras élficas. Cuando los Escaladores aparecieron, una maraña de metal dentado y miembros con púas que se abría paso con furia a través de la maleza, Wren arrojó una vez más el fuego sobre ellos, abrasando todo lo que había en el claro y borrando todas las huellas de la huida de la Guardia Real, al tiempo que provocaba a los monstruos para que siguieran persiguiéndola.

A continuación, volvió a internarse en el bosque con Triss y corrieron hacia la oscuridad que se extendía ante ellos. Stresa apareció de pronto y se puso en cabeza. No dijo nada, ni siquiera miró atrás; se movía mucho más deprisa de lo que su compacta figura parecía capaz mientras los conducía a la oscuridad que señalaba el límite oriental de la ciénaga llamada los Zarzales.

Wren miró atrás una vez más para cerciorarse de que los Escaladores continuaban siguiéndolos y siguió corriendo. En unos momentos estaban dentro de los Zarzales. «Venid a buscarme, venid a buscarme», repetía mentalmente una y otra vez, deseando que así fuera. El plan que había concebido para destruir a los Escaladores era sencillo. Pretendía atacarlos en los llanos con suficientes hombres para que creyeran que se trataba de la vanguardia del ejército elfo o una parte significativa de este, atraerlos hasta el bosque y los Zarzales, meterlos por un camino que Stresa había elegido y que ellos desconocían y conducirlos a una trampa de la que no pudieran escapar: una trampa donde su fuerza e ingenio resultaran inútiles.

Como tantas otras cosas, las respuestas del presente se hallaban ancladas en el pasado y, en este caso, en las canciones de Par Ohmsford y las leyendas de los antepasados Shannara.

Guiada por Stresa y con Triss a su lado, Wren condujo a los umbríos hasta el corazón del pantano, sin permitirles saber que ya no perseguían a un ejército, sino únicamente a una joven, un hombre y una criatura de otro mundo. Arrojó el fuego de las piedras élficas sobre ellos y sobre la tierra por la que avanzaban trabajosamente, entre los árboles cubiertos de lianas y musgo y las aguas fétidas y verdes que los rodeaban. Lo utilizó para confundirlos y enfurecerlos, para mantenerlos desconcertados y absortos en la persecución. En otro tiempo había temido utilizar la magia élfica, pero hacía mucho de eso; quedaba tan lejos como la vida que había conocido antes de su viaje a Morrowindl y el descubrimiento de su herencia. Se había liberado de

sus temores al aceptar su derecho de nacimiento como reina de los elfos y al sacar a su pueblo de la isla. La magia era ahora una prolongación de su ser, parte de la confianza que su abuela había depositado en ella, y el fuego provenía de la sangre de sus antepasados para protegerla de cualquier amenaza. Si era fuerte, saldría ilesa.

Hacia el mediodía, el día se despejó. Comían y bebían cuando podían, la mayoría de las veces haciendo un breve alto en su huida para escuchar y asegurarse de que los seguían. Los Zarzales eran una espesa ciénaga de raíces enmarañadas, árboles cuyas ramas caían como cadáveres, aguas estancadas y sin fondo y arenas movedizas que los engullirían en un instante. Stresa elegía con cautela el camino, buscando la tierra firme y avanzando sin detenerse. En dos ocasiones los Escaladores los alcanzaron de forma inesperada, una en una maniobra de flanqueo que casi los atrapó y la segunda en una embestida tan rápida a través de los árboles que escaparon por los pelos de ser pisoteados. El pantano no parecía disuadirlos; los Escaladores lo cruzaban como si fuera terreno firme. Wren no sabía si había caído o regresado alguno. Esperaba que no, que todos siguieran persiguiéndola. Estaban hechos para ese propósito y no otro, y rezó para que su instinto les hiciera seguir aun cuando otras criaturas más razonables y menos poderosas se hubieran dado la vuelta.

Justo después del mediodía llegaron al lago.

A medida que se acercaban a él, aminoraron el paso, cambiando de movimientos para hacer el menor ruido posible. A sus espaldas, los ruidos ásperos e inconscientes de sus perseguidores resonaron por el cavernoso bosque, cada vez más cerca. El lago era una enorme extensión de agua verde y estancada, silenciosa como una tumba, que se prolongaba hasta perderse en una neblina que colgaba como una mortaja sobre él. La orilla se desvanecía en la bruma a ambos lados: la más lejana quedaba completamente oculta. De los árboles que lo rodeaban colgaban lianas y musgo en cortinas que parecían de encaje verde, y las raíces se entrecruzaban y retorcían por debajo de las aguas como serpientes. Por todas partes reinaba el silencio; no había pájaros ni insectos ni peces, ni siquiera el susurro de una brisa que perturbara la calma. Daba la sensación de que el tiempo se había detenido, que la vida se había paralizado, que todo aguardaba, expectante.

«Aquí es donde terminará todo», pensó Wren, jadeando sin querer.

Pero no había tiempo para más contemplaciones. Los Escaladores se acercaban arrastrándose por el pantano, derribando o aplastando todo lo que encontraban a su paso. Stresa ya había girado hacia la derecha siguiendo la orilla hasta un estrecho brazo compuesto de tierra y raíces que se adentraba

hasta el centro del gran lago. Wren y Triss corrieron detrás de él. Se internaron en el puente y empezaron a acercarse al muro de niebla. Wren miró una vez hacia el cielo por primera vez desde que había empezado a correr, pero estaba vacío. Era demasiado pronto. Siguieron corriendo, pisando con ligereza el suelo, sin hacer ruido, atentos por si oían a los Escaladores. Miró al otro lado del lago en busca de las Cosas, pero no se veía nada más que la superficie plana y opaca de las aguas heladas.

Estaban casi envueltos en la niebla cuando los Escaladores salieron de los árboles y se detuvieron, tambaleantes, con sus cuerpos revestidos de hierro arrastrando lianas y ramas y humeando por el calor. Arrasaron con todo lo que estaba cerca de ellos mientras se apiñaban a la orilla del lago. Los buscadores iban con ellos y al ver a Wren salieron al instante tras ella.

—Por allí —susurró Stresa de pronto, girando la cabeza hacia la izquierda.

Wren miró y vio alzarse en las aguas lo que parecía ser un risco de roca erosionada y cubierta de musgo y líquen, hasta que uno distinguía los dos chorros de vapor en un extremo y caía en la cuenta de que se trataba de dos fosas nasales. Había dos allí y otro más allá, casi perdido en la bruma. Las Cosas seguían allí, como en tiempos de Wil Ohmsford, monstruos de las aguas profundas de los Zarzales.

Stresa se puso de nuevo en movimiento y ella se apresuró a seguirlo, tratando de evitar correr, de avanzar tan sigilosa como una nube al cruzar el cielo. «No hagas nada que pueda molestarlos», se dijo. «Que sigan durmiendo un rato más». La bruma se alzaba a su alrededor, pero no era lo suficientemente espesa para ocultarlos de las criaturas que los perseguían. Los Escaladores también estaban en el puente, mirando atrás sin detenerse.

¡Pero solo dos!

Se paró en seco y les susurró a Stresa y a Triss que se detuvieran. ¡Dos no bastaban! ¡Los necesitaba a todos! Se volvió, sacó las piedras élficas y alargó la mano.

—¡NO! —oyó gritar a Stresa con voz áspera, siseando la palabra.

Pero Wren arrojó el fuego y este voló por encima de las tranquilas aguas del lago hasta estrellarse contra los Escaladores agazapados en la orilla, haciendo que las llamas cayeran sobre ellos como flechas y los quemaran. Los Escaladores retrocedieron, tratando frenéticamente de remover la tierra. Sintió que se agitaba algo dentro del lago. ¡Todavía no! Los Escaladores de la costa se apiñaron y sus servidores envueltos en capas negras trataron de calmarlos.

Uno de los buscadores desapareció gritando bajo un movimiento de garras de hierro.

Unas ondas recorrieron las aguas verdes y semejantes a un espejo. Wren respiró profundamente. «Calma, calma».

Luego volvió a atacar. El fuego élfico estalló contra los Escaladores y esta vez todos se volvieron contra ella y cruzaron el puente con gran estruendo en un furioso ataque.

Hubo movimiento por todo el lago, un lento desplazamiento en los riscos, una reunión de formas oscuras. Wren lo vio por el rabillo del ojo mientras corría detrás de Triss y Stresa, lo vio a ambos lados y luego delante y detrás de ella y comprendió el peligro que corría. Si las Cosas atacaban ahora, estaban perdidos. Los monstruos del pantano, más antiguos que la prole de los umbríos e implacables como el tiempo; contra ellos debían luchar los Escaladores. Habían estado allí cuando Wil Ohmsford y Amberle Elesedil habían cruzado los Zarzales hacía más de trescientos años en busca del Fuego de Sangre. Habían devorado a dos de los rastreadores elfos enviados para mantener a salvo al hombre del valle y a los Elegidos. Y ella esperaba que ahora devoraran también a los Escaladores.

Más adelante había una isla, poco más que una extensión llana de tierra incrustada de rocas y salpicada de maleza y de pequeños grupos de cipreses. El puente conducía hasta ella y desaparecía al otro lado. Se levantaba solitario en la bruma, desprovisto de vida.

—¡Deprisa! —oyó susurrar a Stresa.

Miró atrás de nuevo y vio a los Escaladores, ocho en total, abriéndose paso por la franja de tierra cubierta de raíces enmarañadas que se extendía a su espalda. Los buscadores corrían detrás de ellos, algunos gritando, la mayoría luchando por no ser aplastados. Los Escaladores habían perdido el control al ver a su presa tan próxima, al ver que iban a alcanzarla en un momento. Se acercaban deprisa, ajenos a los peligros que los rodeaban, seguros de su fuerza y sus corazas. La magia élfica podía arder, pero no destruir. Depredadores como eran, solo pensaban en cazar, jamás en esconderse o en volver atrás. Uno resbaló, cayó al agua y luchó por mantenerse a flote en las aguas estancadas del pantano hasta que salió de ellas con esfuerzo.

«Venid a buscarme», susurraba Wren quedamente. «Venid a ver lo que os tengo preparado».

Llegó a la isla y se volvió una vez más, con el fuego de las piedras élficas listo en la mano. Se quedó helada al pensar que tal vez había esperado

demasiado, porque el Escalador más próximo estaba a menos de cincuenta pasos. Conjuro rápidamente la magia y arrojó el fuego, no a los Escaladores, sino al agua que los rodeaba, a las crestas con agujeros para respirar, a las Cosas.

El lago estalló en géiseres que se elevaron cientos de metros en el aire al tiempo que unas figuras oscuras se alzaban hacia el cielo como ballenas rompiendo la superficie del agua. En el puente, los Escaladores aminoraron el paso, confundidos por lo que ocurría, e hicieron chasquear sus mandíbulas de hierro, arañando el suelo con las garras. El lago hirvió y se arremolinó a su alrededor, y las Cosas atacaron. Salieron del agua verde y estancada, de la oscuridad insondable, y tiraron del puente a los Escaladores. Estos se sacudieron y agitaron las extremidades, pero no lograron aferrarse a nada y desaparecieron engullidos por las aguas. Los buscadores se hundieron con ellos entre alaridos. Todo ocurrió tan deprisa que terminó casi antes de que hubiera empezado. En unos segundos, el enorme lago reventó, la oscuridad se elevó, se produjo una violenta sacudida de hierro y carne y los Escaladores desaparecieron.

Todos menos uno, el que había permanecido más cerca de la isla. Ese se precipitó hacia delante y cruzó con gran estrépito lo que quedaba del angosto puente, haciendo temblar la tierra con la furia de su ataque. Wren desvió hacia él el fuego, pero pasó entre las llamas como si no fueran más que hojas doradas y escarlata. Un instante más tarde estaba en la isla, tan enorme que bloqueaba todo el pantano a sus espaldas, donde las últimas ondas desaparecían de la superficie vacía. Triss gritó y se acercó de un salto a Wren con la espada desenvainada para protegerla. Stresa gritaba, frenético, y hasta Fauno había sacado la cabeza de la mochila y chillaba de terror.

De pronto salió de la bruma una forma oscura, más veloz que el pensamiento, y las garras de Espíritu se clavaron en la cabeza del Escalador, le hicieron retroceder y lo apartaron de un golpe. El Escalador se levantó con esfuerzo y se soltó, furioso. Entonces Espíritu pasó de largo, dio media vuelta y arremetió contra el Escalador por segunda vez, haciéndole retroceder aún más. Triss cogió a Wren por la cintura, se la cargó sobre un hombro y echó a correr de nuevo hacia el puente. «¡No!», quería advertirle ella. «¡Las Cosas siguen allí afuera!». Pero se había quedado sin aliento y solo logró clavarle inútilmente las uñas. Fauno corría delante con Stresa, todos ellos en fila como ratones por una cuerda.

En las profundas sombras del lago volvió a haber movimiento.

Pero Tigre Ty no había olvidado la misión que Wren le había encomendado y Espíritu volvió por tercera vez, haciendo caso omiso del Escalador, y se dirigió al puente. El gran roc, que los había seguido desde que se habían internado en los Zarzales, estaba preparado para llevarlos a un lugar seguro. Alargó las garras en el paso elevado y permaneció allí el tiempo suficiente para que Triss entregara a Wren a manos de Tigre Ty y la siguiera, para que Fauno se colara detrás de él y subieran a Stresa a bordo. Entonces Espíritu volvió a elevarse, esquivando por muy poco las fauces de los monstruos que se alzaban del pantano dando zarpazos al aire vacío.

Se elevaron despacio. Wren se sujetó firmemente y miró abajo. El último de los Escaladores se agazapaba en la isla, acorralado por todos lados por los monstruos del pantano, moteado de sombras como si se tratara de una enfermedad. No podría escapar. Moriría en el pantano como los demás. Wren lo miró fijamente y no sintió nada.

Espíritu salió de la niebla y se dirigió hacia la luz del sol, y la repentina claridad hizo parpadear a Wren. Los Zarzales y lo que permanecía oculto dentro de la bruma y la oscuridad empequeñecían a sus pies.

Como Morrowindl, relegado al pasado...

Wren volvió la cara hacia el sol y no miró atrás.

Las sombras del crepúsculo se alargaron hasta fundirse en la noche. Por encima de la Atalaya Sur, el cielo se llenó de nubes que ocultaban las estrellas y la luna y anunciaban aguaceros antes del amanecer. El calor del día aflojó, las motas de polvo danzaban como hadas antes de asentarse de nuevo en la tierra y el aire perdió parte de su espesor. Si había alguna brisa, cosa improbable, procedía de las montañas de Runne. Sobre la tierra descendió el silencio, fino como el raso y frágil como el cristal. La bruma se aferraba al suelo en forma de largos zarcillos entre los barrancos y los riscos y convertía en un vasto mar blanco los prados envenenados que rodeaban el alcázar de los umbríos.

El mar empezó a enfurecerse y se llenó de espuma y remolinos.

Era la hora de los fantasmas, de los espectros que navegaban por los mares como barcos al viento. Era el momento de que las esperanzas, expectativas, temores y dudas del día tomaran forma y se alzaran en busca de una voz con la que hablar, en pos de la redención de una fe recién descubierta. Era el momento de que la razón cediera paso a lo que solo la imaginación podía conjurar. La hora de los sueños.

Walker Boh invocó el suyo y observó su llegada, rápida y segura como el descenso en picado de un halcón, y cuando llegó hasta él se estiró para recibirlo, abandonó su cuerpo y, elevándose ligero como el aire, alzó el vuelo. Sin voz e invisible como una aparición nocturna, salió de los bosques que cubrían las laderas de las montañas de Runne, pasando a toda velocidad entre los troncos oscuros y las ramas llenas de hojas, a través del silencio y la oscuridad, con la sombría certeza de que la muerte se acercaba. Sigiloso como las heladas invernales, salió a las llanuras yermas y envenenadas del otro lado y cruzó la bruma en dirección al ominoso obelisco negro. Avanzó a la manera de los druidas, siguiendo las enseñanzas de Allanon, como un espíritu

incorpóreo. Los recuerdos lo perseguían, tanto los de Allanon como los del hombre que había sido. Recordaba a ambos a la vez y volvía a verse como el rebelde incrédulo que se había resistido a permitir la transformación que la magia del druida le había otorgado inevitablemente. Y volvía a verse también como el fantasma del druida que había puesto en marcha los acontecimientos que culminarían en esa transformación, al depositar en Brin Ohmsford la confianza que con el tiempo hallaría en él su finalidad. Era extraño ser más de uno y, sin embargo, al mismo tiempo parecía normal. Nunca había estado en paz consigo mismo y su insatisfacción provenía en gran medida de la sensación de estar incompleto. Ahora se sentía un ser completo, un hombre compuesto de muchos y formado a partir de todos ellos. Todavía estaba aprendiendo a ser el personaje en que se había convertido, a sentirse cómodo con lo que era, pero empezaba a sentirse completo y pensó que al menos tenía eso.

La tierra a sus pies estaba ennegrecida y pelada, desprovista de vida, consumida y agostada, vacía y arrasada. Había sido obra de los umbríos, pero seguía sin comprender la naturaleza de su veneno. Tal vez esa noche lo entendiera al fin.

Más adelante se levantaba la Atalaya Sur, con su pináculo negro elevándose por encima de él y su afilada aguja apuntando hacia el cielo. Había vida en su interior. Sentía su pulso. La Atalaya estaba viva. Dentro de sus muros había magia, la magia que la había creado y que ahora la sostenía y protegía. Esa magia era poderosa, pero se resistía. Walker sentía sus esfuerzos por liberarse. Permanecía agazapada como un animal enjaulado dentro de los muros de piedra negra. Los umbríos entraban y salían, apenas visibles en la oscuridad, montando guardia. La magia los rehuía.

Confundiéndose con la bruma y la noche, Walker Boh se acercó a los muros tan sigiloso como ceniza flotando en el aire. Los umbríos distraídos no advirtieron su presencia. Llegó a las puertas del alcázar, pero se alejó rápidamente de ellas. Estaban demasiado bien protegidas para aventurarse a cruzarlas, aun siendo un espíritu. Esperó a que una de las oscuras criaturas entrara por una grieta en la piedra y la siguió. Mientras lo hacía, sintió el peso de la torre cercándolo como una criatura material. Se preparó para enfrentarse a la maldad que bramaba en el aire con una mezcla de cólera terrible, odio y desesperación. ¿De dónde venía?, se preguntó, sorprendido.

Vaciló al elegir el camino e impulsivamente siguió la magia hacia su fuente. «Solo un momento, para echar un vistazo». La magia surgía de abajo, de las profundidades de la tierra de debajo del alcázar, todo oscuridad y furia

ciega. Se deslizó por los pasillos de la fortaleza, procurando no tocar las paredes, no tocar nada material, porque aun en su forma de espíritu podía ser percibido. Los guardianes allí eran más poderosos que los de Uhl Belk en Eldwist, más numerosos incluso que los de los druidas en la Sala de los Reyes. La magia era increíblemente potente, una gran fuerza aplastante capaz de destruirlo todo.

Todo salvo las cadenas que la sujetaban y la obligaban a servir a los umbríos, pensó Walker.

Bajó una escalera de caracol que daba vueltas en la oscuridad y por primera vez oyó el ruido de algo que rechinaba y clamaba, el ruido de algo que trabajaba y parecía un dragón encadenado. Sabía y olía a sudor, y se tensaba y levantaba como los fuelles de una fragua... pero nada era tan simple. De allí extraía la vida. Allí era donde se originaba.

De pronto llegó ante unos guardias junto a los que ni siquiera un espíritu podía pasar sin ser visto y tuvo que desviarse. Estaba cerca de lo que permanecía atrapado en los sótanos de la Atalaya Sur, cerca de la fuente de la magia, del secreto que los umbríos mantenían tan celosamente guardado. Pero no podía acercarse más, por lo que ese secreto seguiría siendo un misterio.

Retrocedió hasta la escalera, corriendo de prisa en la oscuridad, un pensamiento fugaz y nada más. Dejó atrás a otros umbríos y aminoró el paso cuando uno o dos pasaron por su lado, pero ninguno lo descubrió. Ahora iba en busca de Par, pues sabía que el joven del valle estaba prisionero, impaciente por descubrir dónde lo tenían y si seguía siendo él mismo. Porque tenía motivos para pensar que podía no serlo. Tenía motivos para creer que le habían corrompido y que no podría recuperarlo.

Walker Boh se quedó petrificado al considerar esa posibilidad. Había indicios de que eso estaba ocurriendo. Había empezado con el cambio de su magia, la transformación del hechizo de la Canción en algo distinto a lo que había sido cuando emprendió el viaje hacia el Cuerno del Hades para encontrarse con Allanon. Había continuado con la pérdida de la confianza en su uso, con la sensación de que por alguna razón la magia se alejaba de él. Y terminaría aquí, en la fortaleza de los umbríos, si Par abrazaba su causa, si aceptaba que era uno de ellos.

Como lo era él, pensó Walker Boh, sombrío.

Y, sin embargo, no lo era.

Juegos dentro de juegos. Conocía algunas de sus reglas, pero no todas.

Subió las escaleras de la torre sin dejar de buscar al joven del valle, registrando con rapidez y sigilo los oscuros pasillos y las estancias más

oscuras. Recordó que Par le había convencido de que fuera al Cuerno del Hades para hablar con el fantasma de Allanon. Recordó que Par había creído las palabras del druida. «La magia es un don. Los sueños son reales». Bueno, sí y no. Lo eran y no lo eran. Como tantas cosas, la verdad estaba en un punto intermedio.

Los viejos recuerdos volvían a aflorar y se vio a sí mismo como Allanon, conduciendo a Cogline por los pasillos de Paranor cuando la Fortaleza de los Druidas seguía encerrada en las nieblas entre mundos, después de haberse desvanecido por la magia en los confines de otro mundo. Sintió la mezcla de temor y determinación que había experimentado Cogline, y en esas emociones volvió a ver reflejada la lucha que él libraba en su interior. Cogline había comprendido ese conflicto y había intentado enseñarle a equilibrar la carga. Hombre y druida, las partes que lo constituían se oponían la una a la otra, y las exigencias y necesidades de cada una estarían en constante lucha. Nunca cambiaría. Ese era el trato que había hecho consigo mismo al aceptar la confianza que habían depositado en él. ¿Quién era él? ¿El último de los viejos druidas o el primero de los nuevos? «Ambos». Y pensó que así había sido en el caso de Allanon, Bremen, Galáfilo y todos los demás.

Subió mucho por la oscura torre y de pronto sintió el leve susurro de una presencia conocida. Salía sutilmente del pasillo que arrancaba de la escalera. Se acercó a ella con cautela, porque había una segunda presencia y esta también le resultaba familiar. Olió a Rimmer Dall, que era como oler un pantano enorme y sin fondo. El líder de los umbríos llenaba el aire con su oscura magia y su hedor tóxico. Justo debajo y apenas reconocible estaba agazapada la magia de Par, contenida y rabiosa.

Walker se acercó a la puerta que estaba a sus espaldas, se detuvo fuera, donde nadie reparara en su presencia, y se agachó para escuchar.

—Te ayudaría si no te asustara tanto la palabra —dijo Rimmer Dall en voz baja.

«Umbrío».

—El nombre no cambiará lo que eres. Ni tampoco el nombre que te des a ti mismo. Tu miedo a aceptar la verdad de tu identidad es tu peor enemigo.

«Umbrío».

Par Ohmsford oyó en su mente el susurro, una repetición incesante que lo atormentaba en las horas de vigilia y de sueño. Rimmer Dall tenía razón, no podía escapar del miedo que le inspiraba, de su convicción cada vez más

firme de que era la misma criatura contra la que había luchado desde el comienzo, el enemigo contra el que Allanon había enviado a los descendientes de Shannara.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana para contemplar la noche. El cielo estaba encapotado y la tierra, velada por la niebla y silenciosa, era un terreno accidentado y oscuro donde jugaban los fantasmas de su mente. Se estaba desmoronando y lo sabía. Lo sentía. Sus pensamientos eran dispersos e incoherentes, su razonamiento estaba plagado de obstáculos y su concentración estaba tan fragmentada que resultaba inútil. Empeoraba a ojos vistas, y la oscuridad a su alrededor lo llenaba como un recipiente que amenaza con desbordarse. No parecía capaz de escapar de ello. Las noches estaban invadidas de sueños en los que luchaba contra sí mismo como umbrío y los días lúgubres y tediosos, desprovistos de esperanza. La desesperación se había apoderado de él y se sumergía poco a poco en la locura.

Rimmer Dall iba a verlo con frecuencia para hablar con él y ofrecerle su ayuda. Sabía lo mal que lo estaba pasando, le decía al joven del valle. Comprendía las exigencias de la magia. En varias ocasiones le había dicho que debía enfrentarse a su verdadera naturaleza y tomar las medidas necesarias para protegerse. Si no lo hacía, y pronto, estaría perdido.

La figura envuelta en una capa negra se detuvo a su lado y por un instante Par deseó hallar consuelo en su oscura fuerza. La necesidad fue tan imperiosa que tuvo que morderse el labio para contenerse.

—Escúchame, Par —lo apremiaba la voz susurrante, baja y persuasiva—. Esas criaturas del Pozo de Tyrsis eran como tú antes. Tenían poder para utilizar la magia, no como la tuya, porque su magia era de una categoría inferior, pero como la tuya en el sentido de que era auténtica. Renegaron de sí mismos. Tratamos de llegar a ellos, a cuantos pudimos encontrar. Intentamos que admitieran que eran umbríos y aceptaran la ayuda que les ofrecíamos, pero se negaron.

Apoyó ligeramente una mano en el hombro de Par y este se apartó. La mano no se movió de sitio.

—La Federación los encontró a todos, uno tras otro, los llevó a Tyrsis y los dejó en el Pozo, enjaulados como animales. Los destruyó. Atrapados en la oscuridad y desprovistos de esperanza y de razón, no tardaron en convertirse en víctimas. La magia los consumió e hizo de ellos los monstruos que tú encontraste, y ahora sufren una existencia miserable. Los umbríos podemos caminar entre ellos porque los comprendemos. Pero nunca volverán a ser libres, y la Federación los dejará allí hasta que mueran.

«No», pensó Par. «No te creo».

Pero no estaba seguro, como tampoco lo estaba de otras muchas cuestiones. Habían ocurrido demasiadas cosas para estar seguro de nada. Sabía que la magia estaba devorándolo, pero no sabía a quién pertenecía esa magia. Había decidido ganar tiempo hasta averiguarlo, pero no hacía ningún progreso. Estaba tan prisionero como las criaturas del Pozo y, aunque Rimmer Dall no dejaba de brindarle su ayuda, no podía aceptarla.

Ante sus ojos revoloteaban demonios, monstruos de ojos penetrantes que se burlaban, reían y danzaban a su alrededor. Lo seguían a todas partes. Vivían dentro de él como parásitos. La magia los protegía, les daba vida.

En las profundidades de la Atalaya Sur proseguían las vibraciones, continuas e inexorables.

Se apartó de la ventana y del Primer Buscador. Quería ocultar el rostro entre las manos y echarse a llorar o gritar. Pero se había hecho la promesa de permanecer impasible y estaba decidido a cumplirla. Le habían ocurrido tantas cosas, pensó. Y desearía que tantas de ellas no hubieran ocurrido... Algunas empezaban a desvanecerse en oscuros recuerdos perdidos en una bruma de confusión, pero otras persistían como el regusto acre del metal en la lengua. Parecía como si en su interior todo rodara como las nubes empujadas por el viento, cambiando de forma una y otra vez sin llegar a tomar ninguna.

—Tienes que dejar que te ayude —susurró Rimmer Dall, y en su voz había una urgencia que Par no pudo pasar por alto—. No te dejes destruir, Par. Date una oportunidad, por favor. Tienes que hacerlo. Has ido solo todo lo lejos que podías. La magia es una carga demasiado pesada y no puedes seguir llevándola tú solo.

Volvió a poner sus grandes manos en los hombros de Par, sujetándolo con firmeza, llenándolo de fuerza.

Y Par sintió cómo toda su resolución se derrumbaba en ese instante y caía como fragmentos de un cristal hecho añicos. Estaba tan cansado... Quería que alguien lo ayudara, quien fuera. No podía continuar. Los demonios le susurraban con malicia y los ojos brillantes de expectación. Los apartó con un ademán débil y ellos se limitaron a reír. Furioso, apretó los dientes. Sentía cómo dentro de él se formaba la magia e hizo un esfuerzo por contenerla.

—Deja que te ayude, Par —suplicó Rimmer Dall, sujetándolo—. No tardaré mucho. ¿Recuerdas? Deja que entre en ti el tiempo justo para ver por dónde amenaza la magia. Déjame ayudarte a encontrar la protección que necesitas.

«Estoy harto de Allanon. Estoy harto de los druidas y sus advertencias. Se acabó. ¿Dónde están los que prometieron ayudarme cuando los necesito? Todos desaparecidos, perdidos. Hasta Coll. Estoy tan cansado».

—Si lo deseas, puedes entrar tú en mí antes —le dijo Rimmer Dall—. No es difícil. Puedes salir de ti mismo fácilmente si lo intentas. Yo puedo enseñarte, Par. Solo mírame. Date la vuelta y mírame.

«La espada de Shannara, perdida. Wren, Walker y Morgan, desaparecidos. ¿Dónde está Damson? ¿Por qué siempre estoy solo?».

Las lágrimas lo cegaban.

—Mírame, Par.

Se giró despacio y empezó a levantar la vista.

Pero en ese instante pasó entre ellos una sombra, tan veloz como la luz; llegó y se fue en un abrir y cerrar de ojos, y a su paso Par Ohmsford reaccionó con violencia.

«¡No!».

Entre ambos estalló un fuego generado por la fricción de su contacto que se extendió lanzando chispas hacia las sombras. Rimmer Dall se volvió, y la cólera retorció su huesudo rostro. Las ropas negras que llevaba se hincharon y levantó una mano enguantada rodeada de una llamarada roja. Todavía no muy seguro de lo que había ocurrido, Par sofocó un grito y se echó hacia atrás, levantando rápidamente sus propias protecciones, y sintió cómo el fuego azul de la magia de la Canción emergía para protegerlo. En un instante quedó revestido de luz, y esta vez fue Rimmer Dall quien retrocedió.

Se miraron en la penumbra; los fuegos de sus magias se concentraban en la punta de sus dedos y los ojos de ambos reflejaban cólera y miedo.

—¡No te acerques! —amenazó Par.

Rimmer Dall permaneció inmóvil un instante más ante él, enorme, negro e implacable. Luego extinguió el fuego, bajó la mano enguantada y salió con paso airado de la habitación, sin decir una palabra.

Par Ohmsford dejó que el fuego de su magia se apagara. Permaneció de pie mirando las sombras que lo rodeaban, admirado de lo que había hecho.

A su alrededor, los demonios danzaban con aparente júbilo.

—¿Cuánto tiempo va a seguir así? —preguntó por fin Matty Roh.

Morgan Leah sacudió la cabeza. Walker Boh no se había movido desde hacía más de una hora. Estaba en una especie de trance, un sueño autoinducido. Envuelto en su capa oscura con los ojos cerrados, respiraba

despacio y en silencio. Les había pedido que montaran guardia hasta que regresara. No les había dicho adónde iba. Y, a decir verdad, no parecía haber ido a ningún lado, pero Morgan se abstuvo de interrogar al Tío Oscuro.

Morgan, Matty, Damson Rhee, Coll Ohmsford y Walker Boh estaban reunidos en un grupo de píceas en lo alto del bosque que bordeaba los acantilados de Runne. A unos pasos, los ojos de Susurro brillaban vigilantes en la oscuridad. Era una noche cerrada y silenciosa: el cielo era un manto de nubes extendido de horizonte a horizonte y del bosque llegaba un viento del norte que enfriaba el aire. Habían transcurrido cinco días desde que Walker había encontrado a Morgan y lo había salvado de los umbríos que lo habían acorralado. Había engañado a las criaturas oscuras revistiendo a una de ellas con la imagen de Morgan y dejando que las demás la hicieran pedazos. Tras destruir al intruso que perseguían, los umbríos se sintieron satisfechos y regresaron a la Atalaya Sur. El día anterior habían aparecido el joven del valle y sus rescatadoras tras cruzar el Lago del Arco Iris en una pequeña embarcación. Walker y Morgan habían salido a su encuentro en la desembocadura del río Mermidón y los habían llevado hasta allí.

—¿Qué crees que estará haciendo? —insistió Matty en tono ansioso e intranquilo.

—No lo sé —respondió Morgan.

Se inclinó hacia él para mirarlo de cerca, pero se echó rápidamente hacia atrás al oír el gruñido de Susurro. Miró a Matty e hizo un gesto de resignación. Los otros dos permanecían sentados en silencio, con la cara oculta en la oscuridad. Habían descansado y comido más de lo que lo habían hecho en mucho tiempo, pero todos estaban emocionalmente desgastados y físicamente agotados tras la larga lucha por conservar la vida. Lo que les impulsaba a continuar era su determinación compartida de encontrar a Par Ohmsford y la sensación que transmitía Walker Boh de que el viaje que había comenzado en el Cuerno del Hades estaba a punto de terminar.

—Está buscando a Par —dijo Damson de pronto, y su voz fue un débil susurro en el silencio.

Así era, por supuesto. Rastreaba el camino secundario que había señalado el skree hacia la Atalaya Sur para comprobar si el joven del valle estaba prisionero allí. Coll no había dudado ni un minuto de que su hermano estaba en manos de los umbríos, ni tampoco los demás a esas alturas. Pero Walker buscaba algo más, comprendió Morgan. Aún no quería hablar de eso y se lo había guardado para sí. Walker sabía algo que no les había dicho, pero así actuaban los druidas, y eso era el Tío Oscuro ahora: un druida. Morgan

respiró profunda y relajadamente con los ojos clavados en la oscuridad. Curiosamente, Walker Boh se había convertido en aquello que siempre había aborrecido. ¡Quién lo hubiera dicho! Aunque, bien mirado, todos habían cambiado mucho en este tiempo, pensó con filosofía. Todos habían vivido vidas diferentes.

Estaba mirando a Walker cuando este abrió los ojos y lo sobresaltó. Levantó la cara, de un blanco fantasmal, dentro de la capucha de la capa y su cuerpo delgado tembló.

—Está vivo —susurró el Tío Oscuro, volviendo en sí bajo la mirada de los demás—. Rimmer Dall y los umbríos lo tienen prisionero.

Se levantó, indeciso y abrazándose como si tuviera frío. Los demás se levantaron con él y se miraron, vacilantes. Susurro salió de la oscuridad.

—¿Qué has visto? —preguntó Coll, ansioso—. ¿Has tenido una visión?

Walker Boh negó con la cabeza. Alargó la mano para acariciar la cabeza de Susurro de forma distraída cuando este pegó el hocico contra él.

—No, Coll. He utilizado un truco de los druidas y he salido de mi cuerpo para entrar en forma de espíritu en la torre de los umbríos. Para que no pudieran detectar tan fácilmente mi presencia. He encontrado a Par encerrado en la torre. Rimmer Dall estaba con él y quería persuadirlo de que lo dejara hacerse con el control de la magia de la Canción. Dice que Par es un umbrío como él.

—Ya se lo ha dicho antes —apuntó Damson en voz baja.

—Es mentira —afirmó Coll.

—Tal vez no lo sea —repuso Walker Boh, sacudiendo la cabeza—. Hay algo de verdad en lo que dice. Puedo sentirlo en sus palabras. Pero la verdad aquí es algo esquivo. Hay algo más detrás de lo que se dice. Par está confundido, furioso y asustado. Está a punto de aceptar lo que le ofrece el Primer Buscador, a punto de permitir que esos seres se salgan con la suya.

—No —susurró Damson con el rostro lívido.

—No, desde luego. —Walker aspiró el aire de la noche y lo exhaló—. Pero es hora de ir a por él. Le están fallando las fuerzas. Me arriesgué a hacer una pequeña intrusión para impedir que aceptara y de momento no lo hará. Pero tenemos que llegar hasta él enseguida. El secreto para destruir a los umbríos está en Par. Siempre ha estado en él. Rimmer Dall se ha centrado únicamente en intentar ganárselo. Sabe que yo he vuelto, que Wren ha vuelto y que hemos escapado de otros umbríos. Sabe que estamos cada vez más cerca. Los umbríos están amenazados, pero él se ha concentrado exclusivamente en Par. Él es la clave. Si logramos que deje de temer la magia

de la Canción, tal vez consigamos todas las piezas del rompecabezas. Allanon nos envió para encontrar los talismanes y ya los tenemos. Nos pidió que trajéramos de vuelta a los elfos y a Paranor, y también lo hemos hecho. Tenemos todo lo que se necesita para derrotar a los umbríos; lo único que nos falta es averiguar cómo utilizarlo. Y la respuesta está ahí abajo.

Miró hacia el valle, hacia los árboles entre los que se alzaba el oscuro obelisco de la Atalaya Sur, recortada contra el horizonte.

—La espada de Shannara liberará a Par —prometió Coll, dando un paso adelante con determinación—. Sé que lo hará.

—Hay algo más —continuó Walker, sin dar muestras de haberle oído—. En los sótanos del alcázar los umbríos tienen algo encerrado, algo vivo, encadenado por la magia y retenido contra su voluntad. No sé lo que es, pero presiento que es poderoso y que debemos hallar el modo de liberarlo si queremos ganar esta batalla. Sea lo que sea, los umbríos lo protegen con sus vidas. Las guarniciones que lo vigilan son muy numerosas. —Volvió a mirarlos de nuevo—. Los umbríos nacieron elfos y utilizan la magia elfa de los tiempos de las hadas. De ella derivan toda su fuerza y su debilidad. Es posible que, en cierto sentido, Par sea uno de ellos, porque tiene sangre elfa. No estoy seguro, pero creo que aún no está decidido en qué se convertirá.

—Nunca se volvería contra nosotros —susurró Damson, desviando la mirada.

—¿Qué vamos a hacer, Walker? —preguntó Coll en voz baja. Sostenía la espada de Shannara con ambas manos y su rostro cuadrado estaba tenso como un trozo de granito.

—Lo sacaremos de allí, muchacho —respondió Walker—. Iremos a buscarlo ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—Todos no —dijo Morgan, mirando a las mujeres.

—Están decididas a ir, joven montañés —replicó Walker, con los ojos clavados en él.

Morgan no cedió. No quería que Damson y Matty bajaran a la guarida de los umbríos. Todos los hombres poseían una clase u otra de magia para protegerse, pero ellas no tenían nada. Le parecía un error.

—No vas a dejarme atrás —se apresuró a replicar Damson, y vio que Matty asentía para apoyar sus palabras.

—Es demasiado peligroso —repuso Morgan—. No podemos protegeros. Tenéis que quedaros aquí.

Ellas lo miraron con furia, pero sostuvo su mirada. Por un momento, ninguno de los tres habló; permanecieron frente a frente en la oscuridad,

desafiándose a decir algo más.

Al final, Walker levantó la mano para indicarles a Damson y a Matty que se acercaran a él y con el mismo ademán hizo retroceder a Morgan y a Coll. Era más alto y corpulento de lo que Morgan recordaba, como si hubiera crecido y engordado. Daba la impresión de ser algo más que un hombre, enorme e imponente. Ocupó el espacio que los separaba y la noche a su alrededor de pronto se llenó de expectación.

—No puedo daros una magia con la que luchar —les dijo en voz baja a las mujeres—, pero sí una que os proteja del ataque de los umbríos. Ahora quedaos quietas. No os mováis.

Alargó la mano y abarcó el aire que lo rodeaba con un ademán. El aire se llenó de una claridad que pareció esparcirse y caer como si fuera polvo y se desvanecía en cuanto se posaba en ellas. Subió la mano hacia un lado y la bajó hacia el otro, cubriéndolas de luz de la cabeza a los pies, y ellas se quedaron momentáneamente brillantes para a continuación cubrirse de negro.

—Si estáis decididas a ir, esto os mantendrá a salvo —dijo.

Hizo que todos se apiñaran de nuevo a su alrededor y los rodeó como a niños en el abrazo de un padre. De pronto parecía cansado y perdido, pero también revestido con una firme resolución.

—Cumpliremos nuestro deber lo mejor que podamos —dijo—. Todo por lo que hemos luchado, todos los caminos que hemos recorrido, todas las vidas que hemos dejado atrás han sido para esto. Así me lo dijo Allanon tras el regreso de Paranor, después de mi propia transformación, después de que Cogleine diera su vida por mí. Será el fin de los umbríos o nuestro fin. Nadie está obligado a ir, pero todos somos necesarios.

—Vamos a ir todos —respondió Damson.

Los demás, incluido Morgan Leah, asintieron con la cabeza.

—Entonces somos cinco. —Walker esbozó una sonrisa—. Primero iremos a liberar a Par y a devolverle el uso de su magia. Si lo conseguimos, bajaremos a los sótanos. Saldremos ahora mismo para entrar en la Atalaya Sur al amanecer. —Hizo una pausa, como si quisiera añadir algo—. Tened cuidado. No os alejéis de mí.

En la oscuridad del bosquecillo, los cinco intercambiaron una mirada y expresaron sin palabras su conformidad. Intentarían poner fin a lo que había empezado hacía mucho porque, aunque no lo quisieran, eran los únicos que quedaban para hacerlo.

Los tres hombres, las dos mujeres y el gato del páramo salieron del bosque como sombras silenciosas y bajaron la ladera de la montaña antes de

que se hiciera de día.

Dos días después de la destrucción de los Escaladores en los Zarzales, los elfos atacaron al ejército de la Federación en las llanuras al sur del Valle de Rhenn. Lo asaltaron justo antes del amanecer, cuando había poca luz y los párpados del enemigo seguían cerrados. Los cielos estaban encapotados después de la lluvia que había caído durante toda la noche, el aire era frío y olía a humedad, el suelo estaba empapado y resbaladizo y una capa de niebla baja se extendía desde los bosques de la Tierra del Oeste hacia el amanecer. Los prados tenían el aspecto de un mundo fantasmagórico, las sombras se desplazaban entre la bruma, los cielos negros y amenazadores comprimían la tierra y los ruidos amortiguados y poco nítidos tendían a sugerir cosas que no estaban realmente allí. Todo adoptaba otro aspecto y otro tacto. Los elfos no podían haber escogido un momento mejor.

Su intención no había sido atacar, sino que habían planeado una defensa que comenzaría en el Valle de Rhenn y se iría replegando, en función del desarrollo de la batalla, hacia la ciudad de Arborlon. Pero Barsimmon Oridio había llegado por fin el día anterior y se había unido a Wren Elesedil y a su avanzadilla, con lo que se reunió por primera vez a todo el ejército elfo, y, tras hacer un aparte la reina elfa con el general, Desidio, Tigre Ty y un puñado de comandantes de alto rango del ejército principal, decidieron que no tenía sentido esperar al asalto de la Federación. La espera solo beneficiaría a los invasores, ya que tendrían tiempo de enviar nuevos refuerzos, y la mejor defensa era un ataque inesperado. La propuesta la había hecho Desidio, y Wren se sorprendió al oírlo y se sorprendió aún más cuando Bar la aceptó. Pero el viejo general, aunque conservador y poco flexible por naturaleza, no era ningún estúpido. Reconoció la precariedad de su situación y fue lo bastante sagaz para comprender que necesitaban compensar la superioridad numérica de la Federación. Dirigido debidamente, un ataque podía llevarse a

cabo con éxito. Planeó la forma de ponerlo en marcha, la comprobó personalmente sobre el terreno y al amanecer del día siguiente dio comienzo la estrategia.

La Federación aún estaba despertando después de haber cruzado la mayor parte de los llanos del sur para llegar a la cabecera del valle y se proponía cubrir los últimos kilómetros antes de que saliera el sol para entrar en el valle al mediodía. No podían acampar tranquilos en el Valle de Rhenn, pues sabían que los elfos habían levantado allí sus defensas y estaban casi seguros de que los estarían esperando. Una vez más, se equivocaron. Los elfos salieron con sigilo del bosque cuando todavía estaba oscuro, colocaron a sus arqueros en tres filas a lo largo del flanco de la Federación y los apoyaron con una docena de soldados de a pie armados con lanzas y espadas cortas. Un segundo grupo de arqueros y soldados de a pie y toda la caballería fueron al este para organizar un segundo frente al noreste del campamento de la Federación. Todo se hizo en absoluto silencio, empleando las furtivas tácticas que habían perfeccionado en Morrowindl, con el ejército dividido en escuadras y patrullas que se enviaban por separado para que se reunieran en el lugar del ataque. Los elfos llevaban diez años luchando juntos en condiciones tan desfavorables como estas. Nada podía detenerlos y no se asustaban por nada. Luchaban por su supervivencia y llevaban tiempo haciéndolo.

Los arqueros del flanco oeste atacaron primero, dejando caer una lluvia de flechas sobre el campamento que empezaba a despertar. Mientras los soldados de la Federación se levantaban de un salto y agarraban sus armaduras y armas lanzando gritos de guerra, los rastreadores elfos avanzaban con las lanzas bajadas, pasando por entre los arqueros y adentrándose en las filas del enemigo. Tras abrirse paso entre la multitud, los arqueros abrieron un segundo frente. A esas alturas, los habitantes de la Tierra del Sur, convencidos de que estaban rodeados, intentaron defenderse por todos los frentes. La caballería elfa, una unidad relativamente pequeña, salió de la bruma decidida a causar estragos en la defensa todavía desorganizada de la Federación y hacerla retroceder. Los llanos donde habían acampado los soldados de la Federación se convirtieron en un mar de cuerpos que forcejeaban.

Los elfos prolongaron el ataque todo lo posible sin correr el riesgo de caer en una trampa y a continuación se replegaron en la bruma y la oscuridad. Barsimmon Oridio dirigía personalmente el flanco oeste y Desidio, el noreste. En un promontorio en la cabecera del valle, Wren Elesedil, Triss y un grupo de la Guardia Real observaban a través de la cambiante niebla. Fauno estaba

sentado en el hombro de Wren, con los ojos muy abiertos y temblando. Stresa exploraba por su cuenta los bosques al oeste del valle. Tigre Ty estaba con los jinetes alados que esperaban como tropa de reserva.

El ataque cesó en el momento previsto y los elfos cambiaron sus posiciones, aprovechando la oscuridad y la confusión, y se movieron rápidamente para reagruparse. Llevaban casi dos semanas en el valle y los rastreadores habían reconocido el terreno palmo a palmo. Callahorn podía pertenecer a la Federación, pero los elfos conocían esa región mucho mejor que los soldados del ejército de la Tierra del Sur. El flanco oeste avanzó hacia el frente y el noreste se dirigió directamente hacia el este. A continuación, volvieron a atacar, esta vez con los arqueros al frente y los espadachines en la retaguardia. El ejército de la Federación se vio obligado a retroceder y sus hombres se dispersaron y huyeron. El centro se mantenía firme, pero los bordes estaban siendo sistemáticamente destruidos. Por todas partes había hombres heridos y agonizantes, y en la cadena de mando del gigante de la Tierra del Sur había una gran confusión. Podría haber terminado entonces, con la vanguardia del ejército de la Federación confundida y replegándose por los llanos, si no fuera por una de esas peculiaridades de la guerra que parece surgir siempre y que afecta a su desenlace. En el momento más encarnizado del ataque al frente este, el caballo de Desidio fue alcanzado y se desplomó en medio de una maraña de cuerpos. Él se rompió un brazo y una pierna y quedó inmobilizado bajo el caballo. Mientras observaba con impotencia, los defensores de la Federación que iban en cabeza, alentados por su caída, contraatacaron. Los asaltados se abalanzaron sobre el comandante elfo herido y los elfos abandonaron su plan de batalla y corrieron a protegerlo. Lo liberaron del caballo y lo pusieron en un lugar seguro, pero la mayor parte del frente se había venido abajo.

Al oír los gritos de victoria que llegaban de la derecha, la Federación se reagrupó y contraatacó. Sin un segundo frente, el comandante elfo Barsimmon Oridio se vio obligado a replegarse también o exponerse a una masacre. La Federación se lanzó sobre él y, aunque seguía desorganizada, recuperó el terreno perdido solo por su superioridad numérica. Cuando parecía que Bar no iba a lograr llegar al Valle de Rhenn sin tener que volver a luchar, Wren envió a los jinetes alados, que descendieron de las nubes para aniquilar a las primeras filas de la Federación y entretenerlas el tiempo suficiente para que pudieran escapar el resto de las fuerzas de Bar.

En ese momento cesó el ataque y los dos ejércitos aprovecharon la situación para reagruparse. Los elfos volvieron a atrincherarse en las laderas y

en la cabecera del Valle de Rhenn y esperaron el avance de la Federación. Esta, por su parte, envió a la retaguardia a sus muertos y heridos y empezó a reunir de nuevo al grueso de sus hombres para emprender un ataque masivo. Su plan no era complicado. Se proponían abalanzarse sobre los elfos y aplastarlos. No había motivos para pensar que no fueran a lograrlo.

Wren fue a ver a Desidio y lo encontró muy dolorido, con la pierna y el brazo entablillados y vendados y la cara de color gris ceniza. Estaba furioso por haber sido herido y pidió que lo llevaran de nuevo con sus soldados. Ella le denegó la petición y, alentada por las órdenes de Barsimmon Oridio, lo envió de vuelta a Arborlon, con lo que puso fin a su participación en la guerra.

Bar se acercó a ella entre jadeos y le comunicó que un comandante llamado Ebben Cruenal asumiría el cargo de Desidio. Wren se limitó a asentir con la cabeza. Ambos sabían que nadie iba a poder sustituir a Desidio.

El día mejoró, pero las nubes y la bruma persistían y seguía haciendo un calor sofocante y muy húmedo. La mañana avanzaba hacia el mediodía y los elfos enviaron al este y el oeste a sus rastreadores para que comprobaran las maniobras de los flancos, pero no descubrieron nada. Al parecer, la Federación estaba convencida del éxito de un ataque frontal.

La ofensiva comenzó poco después del mediodía. Los tambores redoblaban en la bruma conforme avanzaba el ejército, oleada tras oleada de soldados vestidos de negro y escarlata marchando al compás, con las lanzas y las espadas destellando en sus manos. Los arqueros protegían los flancos y la caballería patrullaba en los extremos para prevenirlos de ataques sorpresa. Pero los elfos no contaban con suficientes hombres para arriesgarse a dividir sus fuerzas y se vieron obligados a concentrarse en conservar el Valle de Rhenn. La Federación avanzaba por el valle, ajena a lo que les esperaba, al encuentro de las armas élficas.

Los elfos atacaron por todos los frentes. Atrincherados por tierra y a cubierto, los arqueros barrieron las filas de la Federación hasta que los habitantes de la Tierra del Sur se vieron obligados a caminar por encima de los cuerpos de sus propios hombres. Pero siguieron avanzando, abriéndose paso a puñaladas, utilizando a sus propios arqueros para cubrir su avance. Wren observaba junto a Bar y Triss desde la cabecera del valle, escuchando los gritos de los hombres al luchar y el choque de sus armas y armaduras. Nunca había experimentado nada parecido y tuvo que contener su furia. Bar permaneció a su lado, observando de forma desapasionada, dando órdenes a los mensajeros que habían llevado consigo e intercambiando impresiones con

algunos de sus hombres y de vez en cuando con Triss. Los elfos habían visto muchas luchas y librado muchas batallas, así que eso no era nada nuevo para ellos. Pero para Wren era como estar de pie en medio de una vorágine.

A medida que transcurría la batalla, se sorprendió pensando en el sinsentido de todo aquello. La Federación se proponía acabar con los elfos porque creía que la magia elfa estaba destruyendo las Cuatro Tierras. Pero si la magia elfa era, en efecto, culpable, no había sido conjurada por los elfos a los que atacaban, sino por renegados. Sin embargo, los que sufrían el ataque eran responsables de permitir que la magia se corrompiera y de la existencia de los umbríos. Y la Federación lo era de perpetuar esa equivocada caza de brujas que echaba la culpa de todo a los elfos de la Tierra del Oeste. Los errores, las contradicciones, los malentendidos y las falsas creencias se habían unido para hacer posible esta locura. Allí no había sitio para la razón, pensó Wren, disgustada. Claro que en la guerra raras veces había sitio para ella.

Los elfos resistieron durante un tiempo y el ataque de la Federación se quedó en un punto muerto, pero poco a poco la presión de tantos sobre tan pocos empezó a ser determinante y los elfos tuvieron que retroceder, primero por las laderas del valle y más tarde a través de este. Cedieron terreno de mala gana, pero sin cesar. El ataque los empujaba como una escoba que barría las hojas. Bar envió la última de sus tropas de reserva y se marchó para incorporarse a la lucha. Triss envió por delante al grueso de la Guardia Real para que tomara posiciones en las lomas, varios cientos de metros por debajo de donde estaba con Wren. Las órdenes que dio fueron simples. No debían batirse en retirada a menos que él lo ordenara. La Guardia Real aguantaría y daría la vida para proteger a la reina.

Sobre su cabeza, los jinetes alados utilizaban a los rocs para transportar leños y piedras que dejaban caer en medio de las filas de la Federación. Causaron estragos, pero los arqueros del enemigo habían herido a dos pájaros gigantes y los demás se mantuvieron a cierta distancia. Por el sur surgieron de la bruma nuevos refuerzos del ejército invasor. Eran tantos, pensó Wren, horrorizada. Demasiados para detenerlos.

Ella había accedido a permanecer al margen de la lucha y reservar las piedras élficas para cuando realmente fueran necesarias, ya fuera contra los Escaladores y sus amos, los umbríos, o contra cualquier otra criatura que la magia oscura pudiera hacer aparecer. Pero de momento nada de esas características se había unido al ataque de la Federación. Ni siquiera los buscadores envueltos en capas negras se habían dejado ver. Por lo visto, no

creían necesario actuar porque pensaban que el ejército regular podía arreglárselas él solo. Y, al parecer, no les faltaba razón.

La tarde se prolongaba con agonizante lentitud. El ejército de la Federación había llegado ya a la parte baja del valle y avanzaban con paso firme hacia la cabecera. Todos los esfuerzos de frenar su avance habían fracasado. Los elfos cedían terreno, superados en número y desesperadamente cansados, luchando la mayoría de las veces solo por fuerza de voluntad. Wren observaba la aproximación de las hordas negras y escarlata y levantó la mano cerrada en torno a la bolsa que contenía las piedras élficas. Había confiado en no tener que utilizarlas y no estaba ni siquiera segura de si iba a poder hacerlo. Ahora no iba a destruir a Escaladores, sino a hombres. No le parecía bien utilizar la magia contra seres humanos, era cruel. La utilización de las piedras élficas la dejaba sin fuerzas y sin voluntad; lo sabía por sus encuentros con los umbríos allí y en Morrowindl. Además, su uso también la vaciaba de humanidad, amenazaba cada vez con desgastarla de tal modo que no pudiera volver a ser ella misma. Ese era el efecto que tenía cualquier clase de asesinato, pero sería aun peor si se veía obligada a matar a seres humanos.

—Guárdalas —dijo en voz baja Triss, apareciendo de pronto a su lado—. No tienes por qué utilizarlas.

Era como si le hubiera leído el pensamiento, pero así era entre los dos, así había sido desde Morrowindl.

—No puedo permitir que los elfos pierdan la batalla.

—Tampoco podrás ayudarlos si dejas de ser tú misma. —Triss puso una mano sobre las de ella—. Guárdalas. La noche se acerca y tal vez logremos resistir hasta entonces.

No mencionó qué ocurriría cuando amaneciera el nuevo día y el gigante de la Federación volviera a atacarlos, pero ella sabía que no servía de nada pensar en ello. Hizo lo que le había sugerido y volvió a guardar las piedras élficas.

Abajo, la lucha se había recrudecido. En algunos lugares los soldados de la Federación empezaban a romper las filas elfas.

—Voy a enviar a la Guardia Real para que los ayude. Espérame aquí —dijo Triss, alejándose. Encomendó a los miembros de la Guardia Real presentes que la protegieran y desapareció por la ladera.

Wren permaneció de pie, contemplando la carnicería. Se había quedado sola con Fauno y ocho guardias reales, sola en una isla mientras a su alrededor bramaba el mar. Odiaba lo que veía. Odiaba que estuviera ocurriendo. Si conseguía salir con vida, dedicaría el resto de sus días a hacer

renacer la tradición elfa de la curación y a traer a los sanadores de vuelta a las Cuatro Tierras, a las demás Razas.

Fauno se movió en su hombro y apretó el morro contra su mejilla.

—Tranquilo, pequeño —lo tranquilizó Wren con voz suave—. No pasa nada.

El valle estaba plagado de hombres que iban y venían por las laderas y la zanja, y el ruido de la lucha se había vuelto más intenso con su avance. Wren miró el cielo hacia el oeste, buscando la oscuridad que pondría fin a la batalla, pero esta seguía estando demasiado lejos para albergar esperanzas. Los elfos no resistirían hasta entonces. No sobrevivirían.

—No hemos llegado tan lejos para sucumbir ahora —murmuró para sí, tan bajo que solo la oyó Fauno.

—No es justo. No lo es... —respondió el jacarino.

De pronto soltó un alarido. Ella se volvió y vio una oleada de buscadores envueltos en capas negras que habían salido de sus escondites detrás de los árboles, donde las sombras y la bruma proyectaban la más profunda oscuridad. Se acercaron a ella rápidamente, con las armas brillando de forma siniestra a la débil luz y las insignias de la cabeza de lobo lanzando destellos en su pecho. Los miembros de la Guardia Real se apresuraron a defender a su reina y se abalanzaron sobre los asaltantes para detenerlos. Pero los buscadores eran rápidos y crueles, y los reducían tan pronto como estaban a su alcance. Se oyeron gritos de alarma, alaridos pidiendo ayuda a los de abajo, pero se perdieron en el fragor de la batalla.

Wren era presa del pánico. Seis miembros de la Guardia Real habían caído y los dos últimos estaban a punto de hacerlo. Los buscadores debían de haber despistado a los rastreadores adentrándose en lo más profundo del bosque para llegar hasta ella. Estaba rodeada por tres lados y el círculo se cerraba. Una vez la atraparan, no le cabía la más mínima duda sobre lo que ocurriría. Había escapado de ellos una vez y no correrían el riesgo de que pudiera volver a ocurrir.

Se giró, decidida a emprender la huida, pero dio un traspié y cayó al suelo. Los buscadores habían matado al último miembro de la Guardia Real e iban a por ella. Estaba sola. Fauno bajó de su hombro, susurrando. Wren buscó en su túnica la bolsa de las piedras élficas, cerró la mano en torno a ella y la enfocó hacia los buscadores, pero tardó demasiado en hacerlo. Intentó respirar, pero descubrió que se le había paralizado la garganta. Las espadas se levantaban ante ella a medida que los buscadores se aproximaban. Retrocedió con dificultad entre la hierba mientras intentaba sacar las piedras de la bolsa.

«¡No! ¡No!». No podía moverse lo suficientemente rápido. Sentía el cuerpo pesado como si estuviera hecho de hierro al rojo que empieza a endurecerse. Estaba paralizada. Dentro de las capuchas de los asaltantes más próximos brillaban unos ojos rojos. ¿Cómo habían conseguido pasar? ¿Cómo lo habían hecho?

Arrancó de un tirón los cordones de la bolsa e introdujo los dedos en ella. El primero de los buscadores se acercó, pero ella lo apartó de una patada. Con la bolsa en la mano, se levantó con esfuerzo y se enfrentó desarmada a los demás. Gritó con furia y, olvidando las piedras, cerró el puño en torno a la bolsa de cuero. Luego se abalanzó contra el buscador más próximo y desvió de su garganta una espada que la alcanzó en el brazo, le rasgó la capucha y le hizo sangrar. Se volvió, dio una patada y otro de sus asaltantes saltó por los aires. Pero había demasiados, demasiados para hacerles frente ella sola.

Entonces Fauno se incorporó de un salto a la lucha y se abalanzó con su diminuto cuerpo sobre el asaltante más próximo, escupiendo y arañándolo con sus garras y dientes. Los buscadores que iban detrás aminoraron el paso, no muy seguros de a qué se enfrentaban, sorprendidos por la repentina aparición del jacarino. Wren volvió a tropezar hacia atrás y se levantó con esfuerzo. «¡Fauno!», quiso gritar, pero se le cerró la garganta en mitad del alarido. El buscador al que Fauno había atacado se arrancó furioso el pequeño cuerpo de la cara y lo arrojó al suelo. «¡No!», gritó Wren, levantando la mano que sostenía las piedras élficas. Fauno se estrelló contra el suelo rocoso y el buscador lo aplastó con la bota. Se oyó el crujido de huesos al romperse seguido de un aullido agudo.

Y todo se hizo añicos en el interior de Wren Elesedil, un torbellino de cólera, angustia y desesperación, y desde lo más profundo de su ser brotó la magia de las piedras élficas. Estalló en su puño, desintegró la bolsa de cuero y se coló entre sus dedos como agua que se filtra por la arena. Alcanzó al buscador que estaba pisoteando a Fauno y lo redujo a cenizas. A continuación, la lanzó sobre los que trataban de alcanzarla y los golpeó con fuerza. Cayeron como figuras de papel, como si los hubiera cortado, pegado y luego colgado de cuerdas en el aire para que se enfrentaran a la potencia violenta de un huracán. Algunos pasaron de largo, alargando las manos y buscando a tientas, pues aún intentaban alcanzarla. Otros consiguieron agarrarla y pretendían derribarla, pero ella estaba por encima de su poder, de su percepción, de todo, salvo de la magia elfa que irradiaba de su ser. Se había entregado a sus necesidades y nada la detendría hasta que quedaran satisfechas. La magia cayó sobre los que la sujetaban y los separó de ella; solo

quedaban hilos sueltos en su ropa. Se volvió para destruirlos y ardieron como hojas de otoño en las llamas de la magia. Permaneció en silencio mientras luchaba contra ellos, olvidadas todas las palabras, con el rostro retorcido y convertido en una máscara de muerte. La batalla entre los elfos y la Federación se desvaneció en una bruma roja: solo podía ver el terreno en el que ella luchaba. Los buscadores se abalanzaban sobre Wren y morían en la feroz estela de la magia de las piedras élficas, y lo único que ella percibía era el olor de sus cenizas.

De pronto volvía a estar sola, mientras los últimos buscadores huían aterrados hacia el bosque, con las ropas negras humeantes y hechas trizas. Ella concentró el fuego y lo arrojó tras ellos, y con eso se fueron sus últimas fuerzas. Dejó caer el brazo y las llamas se apagaron. Cayó de rodillas. La hierba a su alrededor estaba chamuscada y olía mal. Había montones de ceniza entre los cuerpos de los miembros de la Guardia Real. Oyó gritos en las laderas de abajo, donde Triss y el resto de la Guardia Real habían ocupado sus puestos para enfrentarse a la Federación. «No me toquéis», quiso decir ella en respuesta. «No os acerquéis a mí». Pero no estaba segura de si había pronunciado o no esas palabras. Los gritos se hicieron más fuertes, resonaban esta vez por todo el Valle de Rhenn. Algo ocurría. Algo inesperado.

Se levantó con esfuerzo y miró a través de la luz cada vez más débil y brumosa.

Hacia el este, más allá de la parte baja del valle que se abría a los prados de abajo, había aparecido un ejército de hombres. Llegaban en masa, blandiendo sus armas y entonando sus gritos de guerra. La mayoría iban a pie, armados con espadas y arcos. No se unieron a las fuerzas de la Federación, como ella había pensado, sino que atacaron a los habitantes de la Tierra del Sur con una furia y una determinación incomparables y cayeron sobre ellos como una roca en suelo húmedo. Los gritos que proferían llegaban hasta donde Wren estaba. «¡Nacidos libres! ¡Nacidos libres!». Avanzaron a través de la locura como un viento frío que atraviesa un pantano. De pronto, por encima de las laderas del valle donde los elfos habían luchado y muerto y se habían visto obligados a retroceder, llegaron, ola tras ola, cuerpos enormes y acorazados que parecían esculpidos en piedra maciza. Eran los trolls de la roca, provistos de lanzas de casi tres metros, mazas, hachas y enormes escudos revestidos de hierro, que entraban marchando en la oscuridad hacia las filas de la Federación.

Unidos como un solo cuerpo, los proscritos y los trolls de la roca aniquilaron al ejército de la Tierra del Sur. Al principio los soldados de la

Federación aguantaron, pues todavía superaban en número a sus asaltantes, pero esta nueva arremetida era demasiado para unos hombres que llevaban luchando desde el amanecer. Los hombres de la Tierra del Sur retrocedieron, despacio al principio, luego más deprisa y, al final, dieron media vuelta y echaron a correr. Todo el Valle de Rhenn se vació de las tropas de la Tierra del Sur cuando fracasó el ataque de la Federación. Los elfos se unieron a la persecución y los ejércitos combinados de los proscritos, los trolls y los elfos hicieron retroceder al gigante de la Federación hacia la bruma y la oscuridad del sur, dejando una estela de muerte y destrucción y empapando de sangre la tierra una vez más.

Wren se volvió hacia Fauno. Oyó que Triss la llamaba mientras subía con esfuerzo la ladera situada a sus espaldas, y oyó también los ruidos de los miembros de la Guardia Real que lo acompañaban. No respondió. Se guardó en el bolsillo de la túnica las piedras élficas como si estuvieran infectadas de peste y las dejó allí, sintiendo las manos todavía hormigueantes por el fuego de la magia y la mente llena de un extraño zumbido. Fauno estaba tirado sin moverse entre los montones de ceniza. Había sangre por todas partes. Se arrodilló junto al jacarino y recogió del suelo su cuerpecillo destrozado.

Seguía acunando a la pequeña criatura cuando Triss y la Guardia Real llegaron hasta ella. No levantó la vista. En un sentido que no podría explicar, tuvo la sensación de estar acunando a toda la nación elfa.

El asalto a la Atalaya Sur comenzó cuando faltaba menos de una hora para que amaneciera.

Llegaron allí sin sufrir ningún contratiempo. Las nubes seguían cubriendo el cielo, dejando fuera la luz de la luna y de las estrellas y envolviendo la tierra en un suave y grueso manto de oscuridad. Bajo las nubes se elevaba del suelo una neblina que se pegaba a los árboles, la maleza y la hierba como humo de leña. Era una noche cerrada y silenciosa, vacía de ruidos y de actividad, y nada se movía en la tierra agostada y estéril que rodeaba el alcázar.

Walker Boh iba a la cabeza del pequeño grupo y les hacía bajar de las elevadas tierras hasta los llanos, conduciéndolos a través de la niebla y de las sombras mientras utilizaba su magia de druida para envolverlos en una capa de silencio. Cruzaron como fantasmas la oscuridad, tan invisibles como el pensamiento y tan veloces como el agua que corre por un río. Aquella noche los umbríos no estaban fuera, o al menos no por donde caminaban los cinco humanos y el gato del páramo, y la tierra solo les pertenecía a ellos. Walker pensaba en su plan. No tendrían tiempo suficiente para llegar hasta Par, liberarlo de sus ataduras y bajar al sótano. Necesitarían la espada de Shannara para romper el extraño dominio que la magia de la Canción ejercía sobre él, y los umbríos caerían sobre ellos en cuanto la utilizaran. Pensaba en cómo podrían hacerlo todo.

Coll Ohmsford también pensaba. Tal vez estaba equivocado al creer que la espada de Shannara podía ayudar a su hermano. Podía ser que la verdad que esta intentaba revelar, lejos de liberar a Par, le hiciera enloquecer. Porque si la verdad era que Par era un umbrío, no serviría de nada. Tal vez Allanon había querido darle a la espada otro propósito, uno que todavía no había

descubierto, pensó con preocupación. Tal vez la enfermedad de Par era algo que la espada no podía sanar.

Un paso por detrás y hacia un lado, Morgan Leah pensaba que, aun con todos los talismanes que llevaban consigo y todas las magias que estaban en su poder, las posibilidades de éxito de esa misión eran escasas. Si lo habían sido en Tyrsis, cuando habían ido tras Padishar Cesta, ahora eran ridículas. No le gustaba ese pensamiento, pero no podía ignorar ese pequeño susurro en lo más recóndito de su mente. Se preguntó si era posible que después de sobrevivir al Pozo, al Saliente, a Eldwist y a todos los monstruos que los habían habitado fueran a terminar muriendo allí. Por alguna razón, le parecía absurdo. Ese era el final de su búsqueda, el fin de un viaje que los había despojado de todo salvo de la resolución para seguir adelante. No estaba bien que terminara con la muerte de todos, pero sabía que era posible.

Damson Rhee pensaba en su padre y en Par, y se preguntaba si había canjeado a uno por otro al dejar que el joven del valle partiera solo en busca de Coll cuando este reapareció de forma inesperada entre los vivos. Se preguntó si su elección les costaría la vida a ambos y decidió que, si debía pagar su decisión con la muerte, lo haría después de ver una vez más al joven del valle.

A su lado, Matty Roh se preguntaba cuán poderosa sería la magia que le había dado el druida, si bastaría para resistir a las criaturas siniestras a las que iba a enfrentarse, si le permitiría matarlas. Creía que sí. Tenía un aire de invencibilidad y estaba donde quería estar. La vida la había estado conduciendo a ese momento y ese lugar, a la resolución de muchas cosas, y estaba impaciente por ver qué le deparaba.

Afuera en la oscuridad, caminando como una sombra esbelta y negra sobre la hierba húmeda antes del amanecer, Susurro no pensaba en nada, ajeno a los temores y racionalizaciones humanas, y se dejaba llevar por sus instintos, emocionado ante la idea de ir de caza.

Cruzaron la oscuridad y ante ellos apareció la oscura torre, pero no hicieron una pausa para reflexionar, ni siquiera para mirarla, sino que siguieron avanzando deprisa para llegar antes de que los temores y las dudas pudieran paralizarlos. La Atalaya Sur se elevaba apenas visible entre la niebla, como un oscuro muro recortado contra las nubes, con el aspecto de algo nacido de la oscuridad y que corre el riesgo de morir con ella al llegar el amanecer. Se alzaba inmutable y fija, la pesadilla más negra que el sueño jamás había conjurado, una criatura de tal perversidad que su proximidad bastaba para envenenar el alma. Sentían su oscuridad conforme se acercaban,

la extensión de su poder. La notaban respirar, observar, escuchar. Percibían su vida.

Walker los llevó hasta sus muros, donde la superficie de obsidiana se elevaba, lisa y negra, de la tierra, y apoyó las manos en la piedra. Palpitaba como un ser vivo, cálido y húmedo, y tiraba hacia arriba como si tratara de liberarse. Pero ¿cómo era posible? El Tío Oscuro volvió a reflexionar sobre la naturaleza de la torre y luego empezó a andar junto a los muros, impaciente por hallar una forma de entrar. Extendió los zarcillos de su magia para localizar a los oscuros habitantes de la torre, pero todos estaban ocupados dentro y aún no habían advertido su presencia. Se retiró rápidamente porque no deseaba alertarlos y siguió avanzando con cautela.

Llegaron a un nicho en forma de arco que protegía una amplia cuña de piedra: una puerta. Walker examinó la entrada, palpando los bordes y recorriendo las juntas. Podía forzarla, hacer saltar las cerraduras y abrir el portal. Pero ¿no se delatarían demasiado pronto? Miró atrás, a los demás: las dos mujeres, el joven montañés, el muchacho del valle y el gato del páramo. Necesitaban llegar hasta Par sin ser descubiertos. Necesitaban ganar por lo menos ese tiempo antes de empezar a luchar. Se acercó a ellos.

—Mantenedme erguido. No me soltéis ni os mováis de aquí.

Luego cerró los ojos y salió de sí mismo para entrar en forma de espíritu en el alcázar.

Dentro de los oscuros confines de su celda, Par Ohmsford estaba sentado en su camastro, tratando de no desmoronarse. Estaba desesperado y creía que un día más dentro de la torre sería su fin, que otro día preguntándose si la magia le estaba cambiando de forma irreparable lo trastornaría por completo. La magia trabajaba ahora dentro de él de forma continuada, bajaba por sus miembros, hervía en su sangre, le mordisqueaba y arañaba la piel, como un picor que no concede ni un momento de sosiego. Detestaba lo que le estaba ocurriendo. Odiaba lo que era. Odiaba a Rimmer Dall, a los umbríos, la Atalaya Sur y el pozo negro en el que había sido condenado a vivir. La esperanza ya no significaba nada para él. Había dejado de creer que la magia era un don, que el fantasma de Allanon la había enviado al mundo con un importante fin, que entre el bien y el mal había líneas divisorias y que él iba a salir con vida de todo eso.

Se abrazó las rodillas y rompió a llorar. Estaba angustiado y desesperado. Nunca saldría de ese lugar. Nunca volvería a ver a Coll, ni a Damson, ni a

ninguno de los demás... si es que alguno seguía con vida. Miró a través de los barrotes de su estrecha ventana y pensó que tal vez el mundo más allá se había convertido ya en la pesadilla que Allanon le había mostrado hacía tiempo. Pensó que tal vez siempre había sido así y solo su percepción equivocada de las cosas le había hecho creer que era de otro modo.

Trató de no dormirse. Ya no se atrevía a hacerlo porque no podía soportar los sueños que el descanso le traía. Sentía que empezaba a aceptarlos como una verdad, a creer que tenía que ser cierto que era un umbrío. Su percepción de las cosas era fragmentaria cuando estaba despierto y no podía evitar tener la sensación de que ya no era él mismo. Rimmer Dall era una oscura figura que prometía ayudarlo y ofrecía algo más. Rimmer Dall era el riesgo que no se atrevía a correr... y que al final tendría que aceptar.

No. Eso nunca.

Junto a la puerta de su celda cerrada y atrancada pasó una corriente de aire. La percibió antes de verla y luego entrevió unas sombras cruzando la oscuridad. Parpadeó, creyendo que era otro de sus demonios que se acercaba a atormentarlo, otro vestigio de la locura que se apoderaba de él. Apartó el aire de delante de sus ojos como si así pudiera aclarar su visión y ver mejor lo que sabía que no estaba allí. Casi se echó a reír cuando oyó la voz.

«Par. Escúchame».

Negó con la cabeza. ¿Por qué iba a escucharla?

«¡Par Ohmsford!».

Era una voz áspera y crispada de cólera. Par levantó la cabeza de repente.

«Escúchame. Escucha mi voz. ¿Quién soy? Di mi nombre».

Par miró fijamente la negrura que tenía ante sí, pensando que se había vuelto loco. La voz que escuchaba era la de Walker Boh.

«¡Di cómo me llamo!».

—Walker —respondió con apenas un hilo de voz.

La palabra fue como una chispa en la oscuridad de su desesperación y se irguió de golpe ante su brillante resplandor, dejando caer las piernas de nuevo en el suelo y los brazos a los costados. Miró fijamente a la oscuridad con incredulidad, oyendo cómo los demonios chillaban y se dispersaban.

«Escúchame, Par. Hemos venido a rescatarte. Hemos venido a sacarte de aquí. Están conmigo Coll, Morgan y Damson Rhee».

—No. —Par no pudo evitarlo. Pronunció la palabra antes de pensarlo siquiera. Pero era lo que creía. No podía ser. Había esperado tanto ese momento. Había esperado y no le había servido para nada.

La corriente de aire se acercó a él y notó una presencia que no podía ver. Walker Boh. ¿Cómo había llegado hasta él? ¿Cómo podía estar allí y no ser visible? ¿Acaso se había convertido en...?

«Así es. Hice lo que me pidieron, Par. He recuperado Paranor y me he convertido en el primero de los nuevos druidas. He hecho lo que Allanon me pidió y he llevado a término la misión que me encomendó».

Par se levantó respirando agitadamente y alargó las manos hacia la nada.

«Escucha. Tienes que venir conmigo a donde están los demás. No podemos llegar hasta aquí. Debes utilizar la magia de la Canción, Par. Utilízala para atravesar la puerta que te tiene prisionero. Atraviésala y ven abajo con nosotros».

Par negó con la cabeza. ¿Utilizar la magia de la Canción? ¿Precisamente ahora, después de tener tanto cuidado para evitarlo? No, no podía. Si lo hacía estaría perdido. La magia liberada lo arrollaría y lo convertiría en la criatura que había evitado ser.

«Tienes que hacerlo, Par. Utiliza la magia».

—No. —La palabra fue un áspero susurro en el silencio.

«Si no lo haces, no podremos llegar hasta ti. Utiliza la magia, Par. La necesitas para salir de tu prisión, de la que te has construido tú solo y de la celda en la que los umbríos te han encerrado. Hazlo ya, Par».

Pero Par había decidido que se trataba de otro truco, otro juego de su propia magia o de la de los umbríos: conjurar voces del pasado para atormentarlo. Oyó que los demonios volvían a reírse. Dándole la espalda, se tapó los oídos con las manos y negó violentamente con la cabeza. Walker Boh no estaba allí. No había nadie. Estaba tan solo como lo había estado desde que lo habían encerrado en el alcázar. Era estúpido pensar lo contrario. Era otra faceta de su creciente locura, una superficie brillante y pulida en la que se reflejaban sus deseos imposibles.

—No lo haré. No puedo. —Habló entre dientes, siseando las palabras como si le resultaran odiosas. Dio la espalda a lo que percibía como una fuente de falsa esperanza, la voz que no existía, y se adentró en las sombras más profundas para refugiarse en la oscuridad.

Pero volvió a oír la voz de Walker Boh, firme y persuasiva.

«Par. En una ocasión me dijiste que la magia era un don, que te la habían concedido por alguna razón, que existía para ser utilizada. Me dijiste que debía creer en los sueños que nos habían mostrado. ¿Lo has olvidado?».

Par miró fijamente la oscuridad que tenía ante sí, recordando. Le había dicho esas palabras a Walker cuando se encontraron en la Chimenea Rocosa,

hacía muchas semanas, cuando Walker se había negado a acompañarlo al Cuerno del Hades. «Ten fe», le había dicho al Tío Oscuro. «Cree».

«Utiliza tu magia, Par. Sal de aquí».

Se dio la vuelta y la chispa volvió a verse en la oscuridad de su impotencia, de su desesperación. Quería volver a creer igual que le había pedido a su tío que creyera. ¿Se había olvidado de cómo hacerlo? Empezó a cruzar la habitación, reafirmando en su determinación conforme lo hacía. Quería creer. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no lo intentaba? ¿Por qué no hacía algo, lo que fuera, cualquier cosa menos rendirse? Vio cómo la puerta se acercaba a él en la oscuridad, elevándose como una barrera que no podía atravesar. A menos... a menos que utilizara la magia. ¿Por qué no? ¿Qué otra alternativa tenía?

De pronto Walker Boh estaba a su lado, tan cerca que podía sentir su presencia aunque no estuviera allí en realidad. Walker Boh, que había superado su propia desesperación, su falta de fe, para aceptar el encargo de Allanon. Sí, Paranor y los druidas habían regresado. Sí, había encontrado la espada de Shannara. Y sí, Wren había encontrado también a los elfos... debía de haberlo hecho, lo había hecho.

«Utiliza la magia, Par».

Esta vez no oyó la admonición. La atravesó como si no estuviera allí y el único ruido que se oyó fue su respiración agitada al acercarse a la puerta. Dentro de él algo cedió. «No voy a morir aquí», pensaba. «No».

De repente la magia prendió en la punta de sus dedos y la arrojó hacia la puerta, que se soltó de las bisagras, como sorprendida por un viento huracanado. La puerta voló por el pasillo y se hizo añicos contra la pared del fondo. En un instante, Par cruzó el hueco y recorrió el pasillo en dirección a las escaleras, oyendo de nuevo la voz de Walker Boh, siguiendo las indicaciones y los consejos que este le daba, pero en su interior únicamente sentía el fuego de la magia al estrellarse contra sus huesos, liberada de nuevo y decidida a permanecer así. Y a él no le importaba. Le gustaba darle rienda suelta. Deseaba que lo consumiera, que consumiera todo lo que tenía a su alcance. Si esa era la locura que le habían anunciado, estaba ansioso por aceptarla.

Bajó corriendo las escaleras, dejando tras de sí una estela de fuego, luchando por controlar el aumento del poder de la magia en su interior. Unas formas oscuras salieron a su encuentro y las redujo a cenizas. ¿Umbríos u otra cosa? No lo sabía. La torre había despertado en la oscuridad previa al amanecer y sus habitantes se levantaban en respuesta a la presencia de la

magia, sabiendo que estaban siendo invadidos y corriendo a localizar el origen de la intrusión. Las llamas se extendían hacia él por arriba y por abajo, pero las sentía mucho antes de que lo alcanzaran y las desviaba sin ningún esfuerzo. En su interior se estaba formando un oscuro núcleo, una peligrosa mezcla de despreocupada indiferencia y placer nacido del uso de la magia, y la llegada de esta parecía desvanecer la inquietud y la cautela. Se estaba despojando de su humanidad. Tenía la sensación de poder hacer lo que se le antojara; la magia le otorgaba ese privilegio.

Walker Boh le gritaba algo, pero él ya no lo oía. Ni le importaba. Siguió bajando, avanzando con paso firme, destruyendo todo lo que se interponía en su camino. Envió por delante el fuego de la magia de la Canción y lo siguió alegremente.

Walker Boh despertó bruscamente, sacudió el cuerpo y se soltó de un tirón. Sus compañeros se apresuraron a dar un paso atrás.

—¡Ya viene! —exclamó, abriendo los ojos de golpe—. ¡Pero se está perdiendo en la magia!

No tuvieron que preguntarle de quién hablaba.

—¿Qué quieres decir? —Coll seguía cogiéndolo de la capa y tiró de ella con violencia.

—Ha utilizado la magia, pero ha perdido el control. —Los ojos de Walker eran duros como la piedra cuando se encontraron con los del joven del valle—. La está utilizando contra todo. ¡Ahora apartaos!

Les dio la espalda, puso la mano en la puerta de piedra y empujó. Bajo su palma brilló una luz y de la punta de sus dedos salieron rayos que se colaron por las grietas de la enorme puerta y las atravesaron rápidamente. Los cerrojos saltaron y las barras de hierro se desprendieron. El sigilo y la cautela habían quedado atrás. Las puertas temblaron y cedieron con un ruido metálico.

Una vez dentro, se internaron en una negrura aun más profunda que la noche, sintiendo frío y humedad, inspirando el polvo y el aire viciado por la nariz. Lo que esperaba al otro lado no era el olor a vejez y abandono, sino una terrible fetidez que hablaba de algo atrapado y moribundo. Todos tosieron y Walker arrojó luz hacia las oscuras esquinas de la estancia en la que se encontraban. Había una enorme entrada a una serie de pasillos que pasaban por debajo de una pasarela muy alta. Al otro lado de un arco había un patio vacío.

De la lejana oscuridad les llegaron gritos y olor a quemado, y vieron el resplandor blanco de la magia de Par.

Susurro se adelantó, bajó trotando a la entrada y cruzó la arcada hasta el patio. Walker y sus compañeros lo siguieron con expresión sombría y sin hablar. Los umbríos se movían en los bordes del torbellino de luz y ruido, pero ninguno atacó. Cruzaron agachados el patio con cautela, mirando a izquierda y derecha. Los umbríos estaban allí, en algún lugar cercano. Llegaron al otro lado del patio guiándose por los ruidos y los destellos del interior y entraron en un pasillo.

Ante ellos una escalera ascendía hasta la oscura torre a través de una negrura ahora apuñalada por el resplandor del fuego blanco de la magia. Par bajaba por ella. Se quedaron paralizados, sin saber lo que podían encontrar ni qué hacer. Tenían que llegar hasta él como fuera, tenían que hacer que recuperara la consciencia, pero también sabían (hasta Matty Roh, para quien la magia era un enigma) que no iba a ser fácil, que lo que experimentaba Par Ohmsford era terrible y aterrador. Se desplegaron siguiendo las órdenes silenciosas de Walker. Morgan desenvainó la espada de Leah y Coll la espada de Shannara, sus talismanes contra las criaturas oscuras, y al verlos Matty empuñó también su fina espada. Walker se adelantó porque creía que le correspondía a él hacerlo, que dependía de él hallar la forma de abrir una brecha a través de la armadura que la magia de la Canción había colocado alrededor de Par, que era su deber ayudar al joven del valle a descubrir la verdad sobre sí mismo.

Y de pronto el muchacho apareció bajando las escaleras, un fantasma envuelto en la resplandeciente luz de la magia, cuyo poder echaba chispas en la punta de sus dedos, en su cara, en las profundidades de sus ojos. Par los vio y no los vio. Siguió avanzando sin aminorar el paso y sin hablar. Escaleras arriba todo era un caos, pero este no había empezado a bajar aún tras su estela. Siguió adelante, todavía flotando, efímero, caminando directo a Walker sin aflojar el paso.

—¡Par Ohmsford! —gritó Walker Boh. Pero el joven del valle siguió avanzando—. ¡Par, retira la magia!

Par vaciló al ver a Walker por primera vez, o simplemente al reconocerlo, y se detuvo.

—Deja la magia, Par. No tenemos...

Pero Par le lanzó a Walker un látigo de fuego que estuvo a punto de estrangularlo. La magia de Walker emergió en su defensa y desvió el látigo,

que se convirtió en humo. Par se detuvo completamente y los dos permanecieron cara a cara en la oscuridad.

—¡Par, soy yo! —dijo Coll a un lado.

Su hermano se volvió hacia él, pero en sus ojos no había ningún signo de reconocimiento. La magia de la Canción silbaba y tarareaba a su alrededor, restallando como una capa agitada por el viento. Morgan también lo llamó y le suplicó que lo escuchara, pero Par ni siquiera lo miró. Era esclavo de la magia y estaba tan subyugado por ella que lo demás no importaba; ni siquiera reconocía las voces de sus amigos. Se volvió hacia uno y otro mientras lo llamaban, pero sus voces solo consiguieron que la magia se desatara con más fuerza.

«No podemos hacerle volver», pensaba Walker, desesperado. «No responde a ninguno de nosotros». Sintió que la persecución empezaba de nuevo, que los umbríos estaban cada vez más cerca en los pasillos interconectados. En cuanto Rimmer Dall los alcanzara...

De pronto, Damson Rhee dio un paso al frente, apartó a Walker antes de que este pudiera pensar siquiera en protestar y subió las escaleras hacia Par. Al verla acercarse, el cuerpo de Par se tensó y la magia adquirió un brillo siniestro en la punta de sus dedos. Damson se acercaba sin armas ni magia que pudieran ayudarla, con los brazos a los costados y la cabeza alta. Walker pensó en correr y hacerle retroceder, pero ya era demasiado tarde.

—Par —dijo la joven mientras se acercaba a él, y se detuvo un escalón más abajo, a menos de un metro de distancia. Levantó la vista con el pelo pelirrojo recogido hacia atrás y los ojos inundados de lágrimas—. Creía que no volvería a verte. —Par Ohmsford la miró fijamente—. Tenía miedo de perderte otra vez, Par. Que te absorbiera tu magia o tu temor a que te traicionara como lo hizo cuando creías que habías matado a Coll. No me dejes, Par. —En los ojos de loco de Par hubo un destello de reconocimiento—. Ven a mí.

—¿Damson? —preguntó el joven del valle.

—Sí —respondió ella, sonriente y con lágrimas rodándole por la cara—. Te quiero, Par Ohmsford.

Él permaneció largo rato inmóvil en las escaleras, envuelto en la oscuridad, como esculpido en la roca, mientras la magia recorría todo su cuerpo. Luego rompió a llorar, porque dentro de él se estaba despertando algo que había permanecido dormido, y cerró los ojos con fuerza para concentrarse. Se sacudió, tuvo una convulsión y la magia fulguró por última vez y se apagó. Volvió a abrir los ojos.

—Damson —susurró, viéndola por fin, viéndolos a todos, y cayó hacia delante.

Ella lo sostuvo justo a tiempo y al instante estaban allí también Walker y los demás. Entre todos lo levantaron y lo llevaron al pasillo, lo mantuvieron erguido y escudriñaron su cara destrozada.

—No puedo respirar —dijo en voz baja—. No puedo.

Damson lo abrazaba, diciéndole al oído que ya había pasado todo, que estaba a salvo, que lo sacarían de allí. Pero Walker vio en los ojos de Par Ohmsford la verdad: estaba librando una batalla con la magia de la Canción y la estaba perdiendo. Pasara lo que pasase, debía enfrentarse a ella y librarse de una vez por todas de los temores y las dudas que lo habían atormentado durante semanas.

—Coll —dijo, dejando en el suelo a Par, que cayó de rodillas sobre Damson—. Utiliza la espada de Shannara. Ha llegado el momento.

—Pero no estoy muy seguro del efecto que puede tener —respondió Coll, sosteniendo su mirada, vacilante.

—Utiliza la espada, Coll. —La voz de Walker Boh se endureció—. ¡Utilízala ahora o le perderemos!

Coll se volvió rápidamente y se arrodilló junto a Par y Damson. Sostuvo la espada de Shannara ante él, agarrando firmemente la empuñadura. Era su talismán y era él el responsable de las consecuencias que se derivaran de su uso.

—Morgan, vigila las escaleras. Matty Roh, tú los pasillos —ordenó Walker Boh. Luego se acercó a Par—. Suéltalo, Damson.

Damson Rhee lo miró con expresión afligida, pero en la mirada de Walker había un afecto inesperado, una mezcla de promesa tranquilizadora y amabilidad.

—Suéltalo, Damson —dijo con suavidad—. Apártate.

Ella lo soltó y el joven del valle cayó hacia delante. Coll lo sujetó y lo acunó un instante en sus brazos; luego le cogió las manos y las colocó alrededor de la empuñadura de la espada, debajo de las suyas.

—Walker —dijo en tono de súplica.

—¡Utilízala! —exigió el Tío Oscuro.

—No me gusta esto, Walker... —empezó a decir Morgan, intranquilo.

Pero era demasiado tarde. Coll, persuadido por la autoridad de la orden de Walker Boh, había conjurado la magia. La espada de Shannara brilló y el oscuro foso del alcázar de los umbríos quedó inundado de luz.

Envuelto en una asfixiante nube de indecisión paralizante y miedo devastador, Par Ohmsford sintió cómo la magia de la espada salía como fuego de la oscuridad, abrasándolo todo a su paso. La magia de la Canción se elevó para detenerla como un muro blanco de silencio. Unas puertas protectoras le cerraron el paso y su alma tembló y se tambaleó. Era vagamente consciente de que Coll había conjurado la magia de la espada, de que por alguna razón su hermano tenía poder para hacerlo mientras que él no lo había conseguido, y le pareció que todo estaba al revés. Se apartó de la magia que se aproximaba hacia él, incapaz de soportar la verdad que podía traer consigo; solo quería refugiarse dentro de sí mismo para siempre.

Pero esta vez la magia de la espada de Shannara llegó respaldada por la voz de su hermano y presionó en su interior. «Escucha, Par. Escucha, por favor». Las palabras le allanaban el camino, superaron las defensas de la magia de la Canción y dieron paso a lo que venía detrás. Al principio creyó que eran las palabras de Coll las que derribaban sus defensas, las que dejaban entrar la luz blanca, pero enseguida vio que era otra cosa. Era su propia necesidad de saber de una vez por todas lo que había allí, de librarse de la incertidumbre y el terror que le producía seguir en la inopia. Su magia lo había protegido de todo, pero no podría seguir haciéndolo si él ya no lo deseaba. Estaba al límite de su cordura y no podía retroceder ni un solo paso más.

Intentó alcanzar la voz de su hermano con la suya, ansiosa y persuasiva.
«Dímelo. Dímelo todo».

La magia de la Canción bufó como un gato acorralado, pero todavía estaba bajo su poder, era su derecho de nacimiento y su herencia, y nada de lo que pudiera hacer la magia podría oponerse ni a la razón ni a la necesidad. Se había doblegado a su voluntad cuando los temores y las dudas lo habían minado, pero no había llegado a desmoronarse por completo y ahora iba a librarse para siempre de esas dudas.

«Coll», suplicó. Su hermano estaba allí, intentando calmarlo. «Coll».

Apoyándose el uno en el otro y también en la espada, entrelazaron los dedos con fuerza y se sumergieron en la luz de la magia. Una vez allí, Coll tranquilizó a Par, asegurándole que la magia lo curaría, que no le causaría ningún daño y que, pasara lo que pasase, él no lo abandonaría. Las últimas defensas de Par cayeron, las cerraduras saltaron, las puertas se abrieron y la oscuridad se disipó. Y, tras desprenderse de las últimas ataduras de la magia de la Canción, se dejó ir.

Entonces llegó la verdad, un goteo de recuerdos que se convirtió rápidamente en una inundación. Ante él desfiló todo lo que había habido en la vida de Par, los secretos que había mantenido ocultos hasta para sí mismo, los errores y debilidades, los fracasos y las pérdidas que había enterrado en lo más hondo de su ser. Salían a la luz en procesión y, aunque al principio Par las rehuía, sintiendo un dolor intenso e interminable, su fuerza aumentó con cada recuerdo y la tarea de aceptar lo que significaban y qué decían de él como hombre se hizo tolerable.

De pronto, la luz cambió de sentido y se vio a sí mismo saliendo en busca de la espada de Shannara a instancias de Allanon, deseando con impaciencia llevar a cabo su misión y descubrir la verdad sobre sí mismo. Pero ¿cuán ansioso estaba en realidad? Había descubierto que podía ser la misma criatura que debía combatir. Lo que encontró fue a Rimmer Dall, que le esperaba para decirle que no era lo que creía, sino alguien completamente diferente, una de esas criaturas oscuras, uno de los umbríos. «Solo es una palabra, un nombre», le había dicho Rimmer Dall. Un umbrío que poseía la magia de su especie, un poder no muy diferente al de las apariciones de ojos rojos, que podían ser lo que eran y hacer lo que hacían.

Lo que veía ahora a la fría luz blanca de la verdad de la espada era que todo era cierto.

Era uno de ellos.

Uno de ellos.

Se alejó tambaleándose de la revelación, de la inevitabilidad de lo que le había sido mostrado, y pensó que tal vez había gritado horrorizado, pero no podía saberlo dentro de la luz. ¡Un umbrío! ¡Era un umbrío! Advirtió que Coll se estremecía, que su hermano se apartaba de él. Pero no lo soltó, sino que siguió sujetándolo. «Seas lo que seas, eres mi hermano», oyó. «No me importa lo que eres. Eres mi hermano». Estas palabras impidieron que Par cayera en la locura. Impidieron que se encallara en su propio terror, en el espantoso descubrimiento que había hecho sobre sí mismo.

Y permitieron que viera el resto de la verdad que le iba a ser revelada.

Vio que su sangre elfa y sus antepasados lo ligaban a los umbríos, que también eran elfos. Procedían del mismo linaje, de la misma historia, estaban tan unidos como quienes comparten un mismo pasado. Pero habían tenido la opción de ser algo diferente. Sus antepasados eran Shannara además de umbríos y no tenían que ser las criaturas en las que podía transformarlos la magia. Su convicción de estar predestinado a ser una de esas criaturas oscuras era una mentira que había plantado en él Rimmer Dall en la bóveda donde

estaba escondida la espada de Shannara, cuando había bajado por última vez al Pozo con Coll y Damson. Era Rimmer Dall quien le había permitido probar la espada, sabiendo que no respondería porque su propia magia no se lo permitiría, que era una barrera para aquella verdad que tan desagradable resultaba de aceptar. Era Rimmer Dall quien le había insinuado que era descendiente de los umbríos, uno de ellos, un instrumento de su magia; quien le había dejado con la incertidumbre necesaria para impedir que las magias en conflicto de la Canción y de la espada hallaran un terreno común; para que empezara a caer, por tanto, en la larga espiral de dudas que conducirían a su transformación cuando la posibilidad de ser uno de esos seres oscuros acabara convirtiéndose en un hecho en su interior.

Par soltó un grito sofocado y retrocedió al verlo, al verlo todo. «Cree en algo el tiempo suficiente y se hará realidad. Cree que puede ser así y terminará siéndolo». Eso era lo que se había hecho a sí mismo, revestido de una magia tan poderosa que nadie podía derribarla sin su consentimiento, alejado por sus temores e incertidumbres de la verdad. Rimmer Dall lo había sabido. Había visto a Par luchar con las posibilidades que le ofrecía. Le había dejado creer que había matado a su hermano con su magia, que su fracaso se debía a ser quien era. Mientras utilizara sin ser consciente de ello la magia de la Canción para mantener a raya la de la espada, ¿qué posibilidades tenía de resolver el conflicto de su identidad? Par sería tanto salvador de los druidas como títere de los umbríos, y el conflicto entre ambos papeles acabaría con él.

—Pero no tengo por qué ser uno de ellos —se oyó decir a sí mismo—. ¡No tengo por qué!

Se estremeció bajo el peso de sus palabras. Coll esbozó una sonrisa comprensiva que lo reavivó como el calor del sol. Como le ocurrió a su hermano cuando la verdad de la espada le arrancó la oscura mentira del sudario-espejo, el reconocimiento se convirtió en el sendero para volver a sí mismo. ¿Sabía Allanon que ocurriría de esta manera?, se preguntó al tiempo que se levantaba y se apartaba de la luz. ¿Sabía Allanon que esa sería la misión de la espada de Shannara?

Cuando la magia cesó y abrió los ojos descubrió, sorprendido, que estaba llorando.

Las sombras y la niebla se entrelazaban y daban vueltas a lo largo del Valle de Rhenn, un mar agitado que se extendía sobre los cadáveres e invitaba por señas a los vivos a que se unieran a ellos. De pie en la cabecera del valle, con los líderes del ejército elfo y sus recién descubiertos aliados, Wren Elesedil reflexionó sobre lo sugerente de la llamada. De los cadáveres desparramados todavía a sus pies, la mayoría umbríos abandonados por sus compañeros, se levantaban brazos, como postes que indicaban el camino al más allá.

Permanecía algo apartada de los demás: de Triss y Barsimmon Oridio, del líder de los proscritos, Padishar Cesta, de su hosco amigo Chandos y del enigmático comandante de los trolls, Axhind. Todos miraban el valle como si vieran el mismo rompecabezas, la mezcla de niebla, sombras y muerte. Ninguno habló. Llevaban allí de pie desde que había llegado la noticia de que la Federación se había puesto una vez más en camino. Aún no había amanecido, la luz seguía oculta bajo la cresta del horizonte al este, el cielo estaba encapotado y el mundo era un lugar tenebroso.

Wren se dejó invadir por la desesperación, que llegaba hasta lo más profundo de su ser y parecía no tener fin. Creía que había llorado por última vez al morir Garth, pero la pérdida de Fauno había hecho que de nuevo afloraran las lágrimas y el dolor y ahora sabía que nunca conseguiría librarse de ellos. Sentía como si le hubieran arrancado la piel del cuerpo y ahora corriera la sangre que circulaba debajo, con las terminaciones nerviosas expuestas y en carne viva. Tenía la impresión de que el propósito de su vida se había convertido en poner a prueba su voluntad y resistencia. Tenía el corazón angustiado y el alma vacía.

—No era más que un jacarino —le había dicho Stresa de forma poco convincente cuando se reunió con ella a medianoche. Ella le había informado

de la muerte de Fauno, pero la muerte no era nada nuevo para Stresa—. Nacen para morir, Wren de los elfos. No te aflijas por ello.

El gatoespino no tenía mala intención, pero ella no pudo evitar responder con agresividad a sus palabras.

—No te darías tanta prisa en dar consejos si fuera tu muerte la que llorara.

—Phhfff. Algún día lo harás —respondió el gatoespino, encogiéndose—. Así son las cosas. El jacarino murió para salvarte. Era lo que quería.

—Nadie quiere morir. —Las palabras de Wren sonaron amargas y duras—. Ni siquiera un jacarino.

—Fue decisión suya, ¿no? —replicó Stresa, y se marchó, internándose en lo más profundo del bosque al oeste para vigilar lo que pudiera llegar por allí y prevenir a los elfos si fuera necesario.

Se estaban separando y Wren era consciente de ello. A Stresa le gustaba vivir a su aire y a ella no. Un día se iría para no volver y desaparecerían los últimos vínculos que la unían a Morrowindl. Todo acabaría confinado en su memoria: el comienzo de la mujer que ahora era y el fin de la muchacha que había sido.

Se sorprendió por el gran giro que había dado su vida y, a pesar de ello, sentía que era la misma. Claro que tal vez se engañaba a sí misma, tal vez fingía que no había cambiado cuando en realidad lo había hecho, pero era incapaz de reconocerlo. Frunció el entrecejo en la oscuridad y, recorriendo con la mirada la carnicería que se extendía a sus pies, se preguntó qué parte de ella misma había sobrevivido al horror de Morrowindl y cuántas cosas había perdido. Deseó tener a alguien a quien poder hacerle esa pregunta, pero la mayoría de los que podrían haberla respondido estaban muertos y los que seguían con vida se mostrarían reticentes a hacerlo. Tendría que responderse ella misma y esperar que fuera la respuesta correcta.

Padishar Cesta volvió su rostro alargado hacia Wren y la estudió, pero ella no dio muestras de notarlo. No había vuelto a hablar con ellos, ni siquiera con Triss, desde el amanecer, refugiada en su soledad como si fuera una armadura. Los proscritos habían llegado por fin y habían traído consigo a Axhind y a los trolls de la roca, los refuerzos que tanto había pedido en sus oraciones, pero de pronto le traía sin cuidado. No quería que los elfos murieran, pero la matanza le asqueaba. La lucha del día anterior no había visto un vencedor, y la de ese día no presagiaba un resultado diferente. La Federación había dejado de correr, se había reagrupado y se preparaba de nuevo para la lucha. Y seguirían haciéndolo, pensó. Eran suficientes para permitírselo. El apoyo de los proscritos y los trolls aumentaba las

posibilidades de sobrevivir de los elfos, pero no era motivo para esperar detener a la Federación. Llegarían refuerzos de las ciudades del sur y de Tyrsis, ininterrumpidamente si era necesario. Se reanudaría la ofensiva para internarse en la Tierra del Oeste de los elfos, y la única pregunta que quedaba en el aire era hasta cuándo se prolongaría la destrucción.

Contuvo la amargura y desesperación, furiosa ante la debilidad que sentía en sí misma. «La reina de los elfos no puede permitirse el lujo de rendirse», se regañó. «La reina de los elfos debe creer siempre».

Pero ¿acaso quedaba algo en lo que creer?

Que Par y Coll Ohmsford seguían vivos y la espada de Shannara estaba en su poder, se respondió con determinación. Que Morgan Leah iba a su encuentro. Que Walker Boh había recuperado Paranor y a los druidas. Que los encargos de Allanon se habían cumplido, que el secreto de los umbríos había sido desvelado y que la esperanza para los elfos se mantenía viva. Tenía todo eso en que creer y de ello debía sacar fuerzas.

Se preguntó si su tío, sus primos y Morgan Leah seguirían hallando fuerza en sus convicciones, si les quedaba alguna convicción. Pensó en las pérdidas que había sufrido ella y se preguntó si también ellos habrían perdido tanto. Por último, se preguntó si habrían hecho caso de los encargos de Allanon de haber sabido desde un principio lo que les iba a costar llevarlos a término. Creía que no.

El sol se asomó al mundo por el este, un débil resplandor plateado que recortó el perfil de los Dientes del Dragón y lo que se extendían a sus pies. La luz se filtró en el valle y ahuyentó a las sombras, las separó de la niebla y el paisaje se convirtió en algo cruel y vívido. El redoble de los tambores y de pies marchando se hizo más fuerte en la lejanía, débiles pero reconocibles. Padishar Cesta discutía con Barsimmon Oridio. No se ponían de acuerdo sobre la estrategia del ejército combinado cuando se iniciara el ataque. Ambos eran obstinados y recelaban el uno del otro. Axhind escuchaba en silencio, impassible e inexpresivo. Triss se había alejado. El líder de los proscritos estaba molesto por la insistencia de Bar de controlarlo todo. Wren ya los había separado una vez. Puede que tuviera que hacerlo de nuevo y eso la irritaba. No quería formar parte de lo que ocurría, ya no. Permaneció de pie, observando, y no se movió cuando los ánimos se caldearon aún más. Triss le dirigió una mirada, esperando que interviniera. Por el sur, los tambores se oyeron más fuertes.

De pronto, Stresa salió de la maleza, con las púas levantadas para sacudirse el polvo y las hojas, y corrió hacia Wren. Ella se giró y se olvidó de

todo lo demás. Era evidente la urgencia de la llegada del gatoespino.

—Reina elfa —susurró Stresa con voz entrecortada y seca—. ¡Traen consigo a los Escaladores!

—Pero si se ahogaron todos en el pantano —logró decir Wren, sintiendo que el corazón le daba un vuelco y se le formaba un nudo en la garganta.

—¡Han encontrado más! ¡Ssst! —Stresa levantó el morro húmedo y sus ojos oscuros se dilataron y endurecieron—. ¡Parece que vienen de Tyrsis! También hay soldados, pero lo que cuenta son los Escaladores. Cinco por lo menos. He venido en cuanto los he visto.

Wren se volvió hacia los demás. Padishar Cesta y Bar habían dejado de discutir, y Axhind y Chandos estaban hombro con hombro como estatuas de piedra. Triss ya se había puesto a su lado.

Escaladores.

El día clareaba y la bruma se desintegraba a medida que el ejército de la Federación salía en tropel de la oscuridad en dirección al Valle de Rhenn. Se acercaba con sus unidades de negro y escarlata desplegadas por la cabecera del valle y por las laderas más anchas, en gruesas y largas columnas de hombres. La caballería cubría los flancos y los arqueros se escondían detrás de unos muretes de troncos con rendijas para disparar sus flechas. También había paredes hechas de escudos y catapultas de fuego, y en todos los puestos de mando volvía a haber buscadores envueltos en capas negras.

Pero todos los ojos se clavaron en el centro del ejército. Allí estaban los Escaladores, hechos de metal negro brillante y miembros peludos e irregulares, un engranaje mitad máquina y mitad bestia que avanzaba hacia los elfos y sus aliados, hacia los hombres que debían destruir.

Wren Elesedil los miró y no sintió nada. Su llegada significaba el fin de los elfos y lo sabía. Su llegada significaba el fin de todo.

Metió la mano en su túnica en busca de las piedras élficas y dio un paso al frente para lanzar su último ataque.

—¡Levántate, Par!

Era Coll quien gritaba mientras le tiraba del brazo y trataba de incorporarlo. Par se puso de pie, obediente, todavía conmocionado por lo que había ocurrido y aturdido por las revelaciones de la espada. Hubo mucho movimiento en la escalera cuando los que habían venido a rescatarlo (Walker, Damson, Coll, Morgan y la mujer alta y delgada de pelo negro cuya cara no reconocía) se apresuraron a rodearlo. Susurro se paseaba por la habitación,

impaciente. Se oyó un murmullo que descendía por las escaleras, pero la oscuridad impedía ver qué era. Las puertas que se abrían al foso estaban todas cerradas salvo una, que conducía a un patio y al muro en el que se veía una salida a las tierras del otro lado. Ese camino al menos estaba despejado, y a lo lejos se veía la luz de la mañana asomando por encima las montañas de Runne.

Walker también miraba en esa dirección. El Tío Oscuro, vestido de negro, llevaba barba y estaba pálido, pero por alguna razón parecía más fuerte de lo que nunca había sido, lleno de un fuego que ardía por debajo de la superficie. «Como Allanon en otro tiempo», pensó Par. Walker permaneció indeciso un instante, mirando el boquete abierto en el muro, mientras los demás seguían en cuclillas cerca de Par, pero de cara a las puertas cerradas y a la escalera abierta, con las armas preparadas.

—¿Por dónde? —preguntó la chica de pelo oscuro.

—Hemos venido a rescatar a Par y a liberar lo que tienen prisionero en las profundidades del castillo —respondió Walker, girándose y acercándose a ellos—. Aún no hemos terminado.

Damson rodeó a Par con los brazos y lo estrechó como si no quisiera soltarlo nunca. Par le devolvió el abrazo y le dijo que tenía razón, que estaba a salvo, pero aún no sabía si era verdad: todavía estaba asombrado por lo ocurrido. La magia de la Canción volvía a obedecerle, pero seguía sin estar seguro de lo que era capaz.

«¡Pero al menos no soy un umbrío! ¡Al menos eso lo sé!».

—Esa puerta con barrotes de allí da acceso a un pasillo que lleva a las escaleras del sótano. ¿Vamos? —preguntó Coll, que estaba de pie cerca de Walker.

—Sí, de prisa —respondió Walker—. ¡No os separéis!

Cruzaron en tropel la habitación y, mientras lo hacían, una forma oscura se lanzó escaleras abajo sobre la chica de pelo corto. Ella hizo una finta y la criatura se abalanzó sobre ella al instante, susurrando y con los ojos rojos, agitando sus zarpas de fuego. Pero Susurro la alcanzó antes de que pudiera arremeter, la derribó y la arrojó a un lado.

Walker abrió la puerta asegurada con barrotes y la cruzaron, dejando atrás la escalera y a sus perseguidores. El pasillo era alto y oscuro, y se deslizaron por él con cautela, escudriñando con ojos inquietos a través de las sombras. Susurro volvía a abrir la marcha con su vista felina, más aguda que la de los demás. De alguna parte de más abajo llegó una especie de chirrido, luego un largo suspiro y un jadeo. El castillo de los umbríos tembló en respuesta, como

una criatura viva que se encoge y a la que le da un vuelco el corazón. ¿Qué había allí abajo?, se preguntó Par. No eran las olas estrellándose contra las rocas, como le había dicho Rimmer Dall (otra mentira), sino otra cosa. Algo lo suficientemente importante para que Walker lo arriesgara todo en lugar de huir. ¿Sabía el Tío Oscuro de qué se trataba? ¿Le había dado Allanon las respuestas que los demás habían estado buscando?

Ahora no disponía de tiempo para averiguarlo. Los umbríos llenaron el hueco de la puerta a sus espaldas y Morgan se volvió y arrojó sobre ellos el fuego de la espada de Leah. Se dispersaron y desaparecieron, pero volvieron al instante. Coll le indicaba a Walker el camino hacia el pasillo que llevaba abajo, pero este parecía saber adónde iba y hacía que Coll lo siguiera de cerca. Los demás iban detrás, pegados a las paredes. De la oscuridad que había frente a ellos salieron más sombras, pero no eran más que reflejos de los que las habían producido. Par agarró a Damson con fuerza y siguió corriendo.

Llegaron a unas escaleras de caracol que bajaban hasta las profundidades de la fortaleza, y esta vez los ruidos de lo que estaba prisionero abajo fueron claros e inconfundibles. Era la respiración de un animal enorme que llenaba y vaciaba los pulmones, resollando como si el aire pasara a través de una garganta reseca. El chirrido provenía del movimiento, y se parecía al rodar de las piedras en una avalancha.

En las escaleras aparecieron unas formas envueltas en capas negras. El fuego de los umbríos ardió en forma de lanzas afiladas y rojas. Walker levantó un escudo para detenerlas y contraatacó. De los pasillos que se cruzaban con aquel por el que habían llegado salieron otras sombras. Oscuros, silenciosos y frenéticos en su ataque, los umbríos los rodeaban. Morgan se giró para proteger la retaguardia mientras Walker iba delante y los demás avanzaban agachados entre ambos. Bajaron a todo correr las escaleras, sintiendo que el castillo se estremecía en respuesta. La respiración de la criatura de abajo se aceleró.

De pronto había llamas por todas partes. Coll cayó al suelo, golpeó algo de refilón y la espada de Shannara se le escapó de la mano. Par se agachó sin pensar para recogerla y la espada no le quemó como había hecho en el Pozo. ¿Había sido por su miedo a lo que podía ser? Se la quedó mirando, admirado, y luego se volvió para echarle una mano a Damson, que ayudaba a Coll a levantarse del suelo, y volvió a poner la espada en las manos de su hermano. Susurro había bajado de un salto las escaleras y embistió al asaltante más próximo. Tenía el pelo chamuscado y humeante, pero se lanzó sobre el umbrío como si las heridas no le importaran. Walker arrojó la luz de los

druidas como un velo que lo cubrió todo para protegerlos e hizo retroceder a los umbríos, despejando el camino de descenso.

Entonces Par vio a Rimmer Dall. El Primer Buscador estaba debajo de ellos, en una pasarela al otro lado de un abismo que caía abruptamente desde uno de los descansillos de la escalera. De pie allí solo y aferrado a la barandilla de la pasarela, su adusto rostro era una máscara de rabia e incredulidad. La mano enguantada parecía arder como un metal al rojo vivo. Miró a Par y este le devolvió la mirada, y hubo entre ambos algo que Par podría haber descrito como complicidad, pero que parecía trascender incluso eso.

Un instante después desapareció y Par reanudó su lucha contra los umbríos. Su magia había despertado; la sentía en su interior y se disponía a utilizarla. Correría el riesgo porque al menos sabía que al utilizarla no iba a convertirse en uno de ellos. Los umbríos los acorralaban por detrás y Morgan se había dado la vuelta para enfrentarse a ellos, gritándoles a sus compañeros que continuaran. La chica de pelo negro no se separaba de él, hombro con hombro en actitud protectora, y los dos defendieron las escaleras de los monstruos que los seguían.

Walker llegó al descansillo y se asomó. Par se reunió con él, pero se apartó enseguida. Allí abajo había algo enorme, algo que bullía, se retorecía y emitía luz.

Una forma negra y furiosa se estrelló contra Susurro cuando este bajó las escaleras más allá del descansillo y el gato del páramo cayó rodando y desapareció. Walker y los demás corrieron tras él, y la magia de Par volvió a despertar y a arder por todo su cuerpo cuando la conjuró con un grito. Recordó su temor a lo que era capaz de hacer, pero ese miedo ya no era más que un recuerdo que desterró casi tan deprisa como había venido. Mirando al otro lado de la pasarela, a los umbríos que estaban allí agazapados, intentó proteger a Damson y a Coll de su fuego. Su hermano recibió otra herida, pero siguió avanzando entre tambaleos, empuñando todavía la espada y seguido de cerca por Damson.

Oyeron un furioso grito de Susurro que revelaba dolor y miedo. A continuación, se levantó de un salto frente a ellos con una criatura negra agarrada a él. Walker se volvió y lanzó hacia ellos el fuego del druida; luego cogió a la criatura negra por la cintura y la arrancó de la espalda del gato del páramo. Susurro dio vueltas en el aire, forcejeando de nuevo con su asaltante, pero volvió a caer y se perdió de vista.

De los muros y el suelo donde ardía la magia se elevaba humo, y el aire se llenó de ceniza. Las profundidades de la Atalaya Sur eran negras como boca de lobo, salvo por la luz que despedía la criatura de abajo. La oscuridad cercaba a los humanos y los umbríos entraban y salían de ella, buscando un resquicio para atacar. Alcanzaron a Damson, la quemaron y la apartaron de un golpe, tan deprisa que Par no pudo impedirlo. La muchacha se levantó, pero volvió a caer. Coll se agachó para recogerla del suelo sin detenerse, se la cargó al hombro y siguió corriendo.

De pronto, una parte de las escaleras se hundió y Walker Boh desapareció rodando por una rampa de polvo, roca y ceniza. Durante un breve instante, Par, Coll y una Damson semiconsciente permanecieron solos en las escaleras que se desmoronaban, mirando fijamente el vacío donde palpitaba la luz, pegados contra la pared. Oyeron que Susurro gruñía abajo y Walker gritaba con furia, y vieron el resplandor de la magia del druida.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Moveos!

Era Morgan Leah quien gritaba, saliendo de pronto entre el humo y el fuego de arriba y esgrimiendo la oscura y feroz espada de Leah. Cojeaba mucho y tenía el brazo izquierdo pegado al costado. La mujer de pelo negro seguía a su lado, tan magullada como él y con una mejilla manchada de sangre. Surgieron de la bruma y condujeron a los demás hacia la rampa. Par bajó deslizándose por ella y desapareció en la oscuridad. Aterrizó de pie y atacó al instante. Lo rodearon unas formas oscuras, pero la magia de la Canción lo salvó: construyó a su alrededor una coraza que estalló en llamas sobre sus asaltantes. Las criaturas negras se vieron arrojadas hacia atrás y se perdieron en la bruma. Susurro apareció a su lado repartiendo golpes, una sombra que aparecía y desaparecía al instante. Oyó que los demás lo seguían y en unos segundos estaban todos juntos de nuevo.

Más adelante la luz palpitó y el ruido de su respiración se convirtió en un espantoso gemido de frustración y dolor.

Se precipitaron una vez más hacia delante, buscando a Walker y al gato del páramo en la oscuridad llena de polvo y cenizas. Los umbríos atacaban, pero Morgan y Par los rechazaban, manteniendo a Coll y a las mujeres entre ambos. Damson volvió en sí, pero Coll siguió llevándola sobre los hombros. La otra mujer caminaba sola, pero dando traspiés, apretando los dientes y echando fuego por los ojos. Recorrieron un alto y estrecho pasillo que terminaba en la escalera y de pronto se encontraron en una estancia llena de luz.

La habitación era cavernosa y había sido excavada en la roca hacía tiempo por la acción de los elementos, una vasta cámara de la que partían túneles en todas direcciones. En el centro estaba la luz, una masa bulbosa y palpitante envuelta con cuerdas de fuego rojo. Se sacudía y luchaba en vano por liberarse de sus ataduras. Parecía formar parte del suelo de la cueva, estar soldada a la roca, extraída del núcleo hacia la oscuridad. No tenía ni forma ni identidad y, sin embargo, algo en su forma de moverse hizo pensar a Par en un animal atrapado. El ruido de la respiración provenía de ese movimiento, y toda la cámara construida dentro de la Atalaya Sur parecía conectada a la luz, por lo que cuando se estremecía, la cueva y las paredes del alcázar se estremecían a su vez. Suspiraba y la cueva y el alcázar suspiraban con ella.

—¿Qué es? —le preguntó Coll a Par.

De pronto vieron a Walker Boh. Estaba al otro lado de la cueva, luchando encarnizadamente con Rimmer Dall: las dos formas negras forcejeaban con desesperada determinación. La mano enguantada de Rimmer Dall estaba rodeada del fuego rojo de los umbríos y la de Walker, revestida del blanco de los druidas. La roca que había entre ambos humeaba y el aire a su alrededor vibraba. Rimmer Dall tenía los ojos inyectados en sangre y su rostro enorme y adusto impregnado de cólera.

A un lado, Susurro luchaba desesperadamente por llegar hasta Walker mientras los umbríos lo rodeaban, decididos a acabar con él.

Morgan fue en su ayuda sin detenerse, entonando su grito de guerra, con el oscuro filo de su talismán en alto y dejando una estela de fuego a su paso. La mujer morena iba con él. Coll se dirigió corriendo hacia la luz encadenada, decidido a liberarla, pero se vio obligado a desviarse y hacer frente al ataque de los umbríos que se abalanzaban sobre él desde la pasarela. Dejó a Damson en el suelo y Par, que corría tras él, la cogió en brazos. Los umbríos rodearon a Coll y lo obligaron a retroceder. La espada de Shannara no suponía ninguna amenaza para ellos y Coll no podía recurrir a otra magia. Su hermano le gritó que se apartara, pero él arremetió contra el tumulto de capas. Par dejó rápidamente a Damson en el suelo y fue tras él. Coll tropezó y cayó al suelo, se levantó durante un segundo y se desplomó definitivamente. Los umbríos lo rodearon, pero Par, profiriendo un furioso aullido, arrojó sobre ellos la magia de la Canción y los obligó a retirarse. El fuego lo quemó por arriba y por los lados, pero se encogió bajo la coraza de su magia.

Coll caminaba a gatas, ensangrentado y harapiento, cuando Par llegó hasta él. Levantó la cara hacia él y le entregó la espada de Shannara.

—¡Ve! —dijo, y se desplomó.

Par cogió la espada y se precipitó hacia delante, sintiendo el olor acre de la ceniza y el fuego en sus fosas nasales. «¿Ve y haz qué?». Era consciente de que Morgan estaba solo, ya que la joven morena había caído también, y ya no veía a Walker ni a Rimmer Dall. Sentía que empezaban a fallarle las fuerzas, agotado por el uso continuado de la magia. Hiciera lo que hiciese, tendría que ser rápido. Siguió corriendo hacia la luz, preguntándose de nuevo qué era y qué debía hacer con ella. ¿Liberarla? ¿No había dicho Walker que para eso habían entrado en la Atalaya Sur? Si era prisionera de los umbríos tenía que liberarla. Pero ¿qué era? Ya no estaba seguro de nada. Acababan de liberarlo a él y la confusión seguía aprisionándolo con cadenas propias.

Bajó la mirada hacia la espada de Shannara y recordó de pronto que la llevaba, que se la había quitado a Coll. ¿Por qué lo había hecho? La espada no estaba hecha para él, sino para su hermano. No podía utilizarla.

De pronto estaba ante él Rimmer Dall, con la cabeza de lobo destellando a la luz y la ropa oscura hecha trizas. Iba sin capucha y su cara irregular y cubierta de barba pelirroja estaba manchada de sangre. Le tapaba la luz y se elevaba ante él, su mano enguantada palpitando con fuego rojo. Sonrió con una mueca espeluznante.

—¿Has bajado para ver qué escondemos aquí? —susurró con voz áspera.

—Apártate —ordenó Par.

—Ya no —replicó Rimmer, y Par de pronto se dio cuenta de que el brazo ya no estaba enguantado, que el fuego que veía era el mismo brazo, era lo que había estado debajo del guante todo el tiempo—. Te he dado todas las oportunidades posibles, muchacho. —Dejó de fingir afabilidad o preocupación. El odio brillaba en sus ojos, su cuerpo se tensó de rabia—. ¡Me perteneces! ¡Siempre me has pertenecido! ¡Debiste entregarte a mí cuando tuviste oportunidad de hacerlo! ¡Habría sido más fácil!

Par lo miraba, boquiabierto.

—¡Eres mío! —gritó Rimmer Dall, furioso—. ¿Aún no lo entiendes? ¡Eres mío, Par Ohmsford! ¡Tu magia me pertenece!

Se precipitó hacia delante y Par apenas tuvo tiempo de gritar y arrojarle la magia de la Canción para frenarlo; eso fue lo único que consiguió pararlo. El Primer Buscador atravesó el escudo como si fuera de papel y sus manos se aferraron a los hombros de Par como unas tenazas de hierro. El joven del valle pensó vagamente que eso había querido siempre Rimmer Dall, la magia de la Canción y el cuerpo de Par para ejercerla. Todas sus ofertas de ayudarlo a controlar la magia habían sido una tapadera para ocultar su ambición de

poseerla. Como todos los umbríos, Rimmer Dall anhelaba la magia ajena, y pocos tenían una magia como la de Par.

El peso del Primer Buscador lo empujó hacia atrás, le hizo doblarse por la cintura y lo obligó a arrodillarse. La espada de Shannara se le cayó de entre los dedos entumecidos. Levantó las manos para apartar a su contrincante al tiempo que conjuraba la magia, pero era como si hubiera absorbido toda su energía. Apenas podía respirar mientras la sombra de su contrincante lo cubría. Rimmer Dall empezó a salir de su cuerpo y a entrar en el de Par, y este vio lo que ocurría, gritó e intentó liberarse, pero estaba indefenso.

«¡No!», pensó, asustado. «¡No puedo permitirlo!».

Se retorció, pataleó y empujó con todas sus fuerzas, pero la identidad espectral de Rimmer Dall seguía penetrando a través de su piel. Era una sensación fría y oscura que le hizo sentir odio hacia sí mismo. Antes habría podido impedirlo, cuando la magia era incontrolable y actuaba movida por el miedo y la duda. Entonces había sido lo bastante poderosa para ahuyentar a Rimmer Dall, y este lo había sabido. Los pensamientos del Primer Buscador se estrellaban contra los suyos y Par se encogió al ver lo que revelaban. «¡Qué alguien me ayude!». Vio a su izquierda un movimiento y apareció Morgan Leah gritando. Rimmer Dall lo golpeó con su mano enguantada, con lo que soltó a Par un instante, y Morgan desapareció en una llamarada de fuego rojo, engullido de nuevo por la oscuridad. La mano volvió a sujetar a Par. Este se había retirado a lo más profundo de su ser, donde su magia era más fuerte. Pero Rimmer Dall no dejaba de presionar, de introducirse dentro de él, y Par sintió que hasta esa parte de sí mismo cedía...

De pronto, el Primer Buscador retrocedió de un salto y se separó del joven del valle. Este parpadeó, jadeante, y vio que Walker Boh sujetaba a Rimmer Dall por la garganta con su único brazo, envuelto en el fuego del druida. Estaba chamuscado, lleno de arañazos y debajo de la barba negra y la sangre su cara estaba blanca como el papel, pero Walker Boh era la viva imagen de la resolución cuando dirigió contra su enemigo el poder de la magia. Rimmer Dall se elevó con un rugido y agitó la mano enguantada, esparciendo por todas partes la magia de los umbríos. Algo de lo que Walker le hacía a Rimmer Dall lo mantenía separado de su cuerpo material, dejaba fuera su identidad de umbrío. Ambas partes luchaban por reunirse de nuevo, pero Walker se interponía para impedirlo.

Par cayó hacia atrás, pero enseguida volvió a ponerse en pie. Walker cerró el puño y estrujó algo en el interior de Rimmer Dall. Este se retorció y gritó, su forma alta y delgada se elevó y se estremeció violentamente. Arrojó fuego

hacia el suelo y este se fundió con la piedra. Otros umbríos corrieron en su ayuda, pero Susurro se interpuso en su camino, atacándolos y desgarrándolos.

—¡Utiliza la espada! —le susurró Walker Boh a Par—. ¡Libera su poder!

Par levantó la espada y se acercó corriendo a la luz. En unos segundos llegó hasta ella, esta vez sin que nadie se interpusiera en su camino, ya que todos los ojos estaban puestos en el druida y el Primer Buscador. Se acercó a la enorme y palpitante masa sujeta con cadenas rojas y, sosteniendo la espada de Shannara con las dos manos, la puso sobre la luz. A continuación conjuró su magia, deseando con todo su ser que acudiera, suplicando que escuchara su ruego.

La magia de la espada acudió a la llamada y se elevó sin trabas, libre de las constricciones que la magia de la Canción le había impuesto cuando los temores, las dudas y los trucos de Rimmer Dall le habían convencido de que era un umbrío. Llegó a toda velocidad, atravesando como un faro blanco la luz que tenía ante sí para a continuación retroceder a toda velocidad y engullir a Par por completo. Par volvió a ver las verdades de su vida, de su magia, de sus antepasados Shannara y umbríos, de su ascendencia elfa. Las aspiró como el aire que le daba vida y no se dejó amilanar.

Por último, vio la verdad de la luz que tenía ante sí. Vio lo que los umbríos habían hecho, cómo habían utilizado su magia para corromper las Cuatro Tierras. Vio el significado que había detrás de los sueños de Allanon y la razón de que este convocara a los descendientes de Shannara en el Cuerno del Hades. Vio lo que se esperaba de él.

Guardó de nuevo la magia en la espada y la dejó caer al suelo de la cueva. A su espalda, Rimmer Dall y Walker seguían luchando encarnizadamente, en un combate que parecía no tener fin. El Primer Buscador chillaba, no de dolor por lo que le hacían, sino de rabia por lo que Par se disponía a hacer. De todas partes llegaban umbríos e intentaban esquivar a Morgan Leah, en pie una vez más, y a Susurro, que parecía indestructible. Pero llegaban demasiado tarde. Ese momento pertenecía a Par y a sus amigos y aliados, a todos los que habían luchado por que ocurriera, a los vivos y a los muertos, a los valientes.

Conjuró por última vez la magia de la Canción y la concentró, reuniendo todo lo que ardía en su interior, aquello que había evolucionado de su derecho de nacimiento hasta convertirse en el monstruo que casi lo había consumido. La conjuró e hizo que se materializara una vez más en el fuego azul que había aparecido por primera vez en su huida del Pozo, esa saeta que parecía un fragmento de relámpago azul caído del cielo. La levantó por encima de su

cabeza y la arrojó contra las cuerdas rojas que sujetaban la luz, que se rompieron para siempre.

La fuerza del golpe y lo que el esfuerzo exigió de él le hicieron temblar, y sintió que se desgarraba y se quedaba sin energía.

La luz estalló en respuesta, llegó a los más oscuros rincones de la cueva y subió desde allí hasta la Atalaya Sur. Persiguió a las sombras y la oscuridad y volvió blanco lo que era negro. Gritó de euforia al verse libre y buscó la forma de vengarse de cuanto le habían hecho.

El primero en caer fue Rimmer Dall. La luz absorbió su vida como si aspirara humo y el Primer Buscador dio una sacudida violenta y se desplomó en un montón de cenizas, dejando de existir. A continuación, la luz fue tras los demás umbríos que, desesperados e impotentes, ya se habían dado a la fuga y los engulló uno tras uno. Por último, la luz subió por las paredes negras de la Atalaya Sur y penetró la vibrante roca de obsidiana para destruirla. Walker ayudó a Par a levantarse al tiempo que este se agachaba para recoger la espada de Shannara. Luego llamó a Morgan y unos segundos después estaban reunidos con los demás y levantaban y se cargaban al hombro a los que no se aguantaban en pie. Guiados por Susurro, se dirigieron corriendo a un túnel que había al fondo de la cámara para escapar del cataclismo.

Por encima de ellos, la Atalaya Sur estalló en un géiser de fuego y cenizas en el cielo matutino.

Stresa fue el primero en advertir los temblores y avisó a Wren.

—¡Reina elfa, pffff! ¿Lo has notado? ¡Hsst! ¡Hsst! ¡La tierra se mueve!

Wren estaba un poco alejada de Triss, observando con las piedras élficas en la mano la llegada del ejército de la Federación, a la espera del momento de enfrentarse con los Escaladores. Estos habían llegado a la entrada del Valle de Rhenn y, con la vanguardia del ejército elfo y sus aliados a menos de trescientos metros de distancia, la temida batalla estaba a punto de comenzar. Barsimmon Oridio, Padishar Cesta, Chandos y Axhind se habían repartido los distintos mandos, y Tigre Ty había ido al encuentro de los jinetes alados. La Guardia Real rodeaba a la reina por los cuatro flancos, pero ella se sentía insoportablemente sola.

Se giró al oír las palabras del gatoespino y sintió los temblores.

—Triss —dijo. Porque la tierra temblaba cada vez con más fuerza, como una bestia que se despierta al amanecer con la llegada de la luz. Se sacudió

como si intentara espabilarse y su aullido se elevó por encima del ruido de los tambores de la Federación y de los soldados que marchaban.

Wren se quedó sin aliento.

¿Qué ocurría?

De pronto, al este y al sur estallaron llamas y humo, que se levantaron contra la luz del sol en una frenética conflagración, y los temblores se convirtieron en sacudidas desesperadas. Los hombres de los ejércitos enemigos interrumpieron la lucha y se volvieron para otear el horizonte al tiempo que se alzaban gritos. El fuego y el humo se convirtieron en una nube de cenizas negras y de pronto hubo una espantosa explosión de luz blanca, palpitante y viva que llenó el cielo con su resplandor. Se elevó en un frenético movimiento, pasó por delante del sol y regresó a toda velocidad con el viento y las nubes.

Cuando volvió a bajar a la tierra, los temblores empezaron de nuevo y el aire se llenó de ruido.

A continuación, la luz estalló en el valle y los rayos atravesaron la corteza terrestre y se elevaron a través de los hombres aterrorizados. Wren dio un grito ahogado al ver el resplandor, y las piedras élficas se le clavaron en la palma de la mano cuando cerró el puño con fuerza.

La luz corrió en una y otra dirección, pero no al azar, como ella al principio había creído, sino con un propósito mortal. Primero alcanzó a los Escaladores y los partió en dos, dejándolos humeantes, destrozados e inertes. A continuación alcanzó a los buscadores y los envolvió en sudarios de muerte, los vació de energía vital y los dejó reducidos a montones de ceniza humeante. Atravesó el ejército de la Federación arrancando de sus filas a los umbríos, y al hacerlo les arrebató su resolución y su coraje. Los soldados que quedaban dieron media vuelta y emprendieron la huida para salvarse, arrojando las armas y abandonando sus fortificaciones y máquinas de asedio, obsesionados solo con sobrevivir. Terminó en unos segundos. Los Escaladores y los umbríos fueron destruidos, los soldados del ejército de la Federación huyeron y las praderas quedaron cubiertas de los restos de la batalla. Ocurrió tan deprisa que ni los elfos ni los proscritos ni los trolls de la roca tuvieron tiempo de reaccionar, demasiado perplejos para hacer otra cosa que mirar y, después, echar un vistazo a sus propias filas para asegurarse de que la luz no los había tocado.

En el risco de la cabecera del valle desde donde lo había observado todo, Wren Elesedil exhaló despacio el aire en el silencio que siguió. Triss estaba a su lado, boquiabierto, y Stresa jadeaba a sus pies. Ella tragó saliva para

combatir la sequedad de su garganta y miró asombrada al otro lado del Valle de Rhenn, como si acabara de producirse un último milagro.

Por todos los secos y yermos llanos, hasta donde alcanzaba su vista, vio flores silvestres abriéndose a la luz del sol.

—¿Qué había dentro de la luz, Walker? —preguntó Coll.

Era media mañana y estaban reunidos a la sombra de los árboles que cubrían las laderas de las montañas de Runne, al norte de las ruinas de la Atalaya Sur. Abajo, el alcázar de los umbríos seguía humeando y ardiendo, con los muros derrumbados y convertidos en escombros, la piedra negra y lisa ahora quebradiza y rugosa. Walker estaba sentado a un lado, solo, envuelto en sus oscuras ropas hechas jirones. Par y Coll estaban sentados frente a él y Morgan, apoyado contra el ancho tronco de un arce rojo, masticaba una brizna de hierba, mirándose las botas. Matty Roh estaba a su lado, hombro con hombro, y Damson dormía a unos pocos metros. Estaban magullados, exhaustos y cubiertos de sangre y polvo; Coll se había roto un brazo y varias costillas. Pero la tensión los había abandonado y la cautela había desaparecido de sus ojos. Ya no huían, ya no tenían miedo.

—Era magia —respondió Par con serena convicción.

Habían huido de los sótanos del alcázar de los umbríos por el túnel que Walker había tomado, y las paredes se habían desmoronado y caían en pedazos a su alrededor mientras corrían a través de la oscuridad subterránea, solo con el fuego de los druidas como guía. El túnel serpenteaba y parecía que no iban a salir a tiempo al exterior. Habían oído a sus espaldas el estruendo de la destrucción del alcázar, habían sentido la corriente de aire viciado y polvo a medida que sus muros se desplomaban. Temían quedarse atrapados entre ellos, pero Walker había parecido tan seguro del camino que lo siguieron sin cuestionarlo. Al final, el túnel los había conducido hasta unos matorrales sobre una ladera baja que dominaba el alcázar, y de allí habían subido con dificultad hasta el cobijo de los árboles para observar la conflagración de fuego y humo que señalaba la desaparición del obelisco. Damson volvía a estar inconsciente, y Walker se había ocupado de ella utilizando la magia del

druida para curarla, como había curado a Par unas semanas antes, cuando este fue envenenado por los hombres bestia. La muchacha estaba febril a causa de las heridas, pero El Tío Oscuro le había bajado la temperatura para que pudiera dormir. Mientras él se ocupaba de Damson, los demás se habían lavado y vendado lo mejor que supieron.

La luz del sol se extendía hacia las colinas del oeste y ellos se sentaron a contemplar los llanos, donde la Atalaya Sur ardía sin llamas. Dondequiera que miraban veían flores silvestres que habían florecido al derrumbarse el alcázar de los umbríos y regresar la luz a la tierra. Las flores cubrían el terreno hasta donde alcanzaba la vista, en un derroche de color que llegaba incluso a los lugares asolados por la enfermedad. Su fragancia, que flotaba en el aire de la mañana, parecía anunciar un nuevo comienzo.

—Magia robada —le corrigió Walker Boh.

Lo que la magia de la espada de Shannara le había mostrado a Par Walker lo había percibido con su instinto de druida. Tenía sus oscuros ojos rodeados de ceniza y polvo y la cara demacrada, pero en su mirada penetrante había fortaleza. Se habían contado mutuamente lo que le había ocurrido a cada uno y se planteaban ahora las razones que había detrás de todos los acontecimientos.

—La luz era la magia que los umbríos habían robado de la tierra —continuó Walker, levantando la cara—. Así habían conseguido su poder. Era la magia elfa de los tiempos de las hadas, extraída de los elementos, sobre todo de la tierra, porque la tierra era su principal fuente. Tras la muerte de Allanon, los elfos recuperaron esa magia perdida y los umbríos fueron los renegados entre ellos que trataron de darle otros usos. Como los Portadores de la Calavera y los mordíferos antes que ellos, los umbríos llegaron a confiar tanto en la magia que esta acabó por trastornarlos. Se volvieron adictos a ella, la necesitaban para sobrevivir. Acabó siendo lo único que daba sentido a su existencia. La robaban en pequeñas dosis, pero cuando la necesidad se hizo mayor y quisieron gozar de suficiente poder para controlar el destino de las Razas y de las Cuatro Tierras, construyeron la Atalaya Sur a fin de extraer la magia en cantidades enormes. Hallaron un modo de absorberla de la corteza terrestre y encadenar lo que habían robado debajo del alcázar. La Atalaya Sur y la magia que guardaban en ella se convirtieron en la fuente de su poder en todas partes. Pero al utilizarla para propagarse, crear criaturas como los umbríos y fortalecerse, debilitaban la tierra de la que habían sacado la magia. Las Cuatro Tierras empezaron a enfermar porque la magia ya no era lo bastante poderosa para mantenerlas sanas.

—Los sueños de Allanon —dijo Par.

—Se habrían hecho realidad con el tiempo. No había nada que pudiera impedirlo a menos que se liberara la magia.

—Y cuando estuvo libre, destruyó a sus carceleros.

—No de la forma que crees —replicó Walker—. No los destruyó deliberadamente. Lo que pasó es más simple. Una vez liberada, atrajo hacia sí todo lo que le habían quitado. Recuperó el poder que le habían absorbido y, al hacerlo, dejó a los umbríos y a sus monstruos desprovistos de la vida que los había alimentado. Los dejó huecos como conchas de mar abandonadas en la playa. La magia los mantenía vivos y, cuando se la arrebató, murieron.

Permanecieron un instante en silencio, reflexionando.

—¿Entonces la Atalaya Sur estaba viva? —preguntó Coll.

—Estaba viva, pero no de la misma forma que nosotros —respondió Walker—. Era un organismo, una criatura de los umbríos que servía para alimentarlos y protegerlos. Era la madre que los nutría, una madre que habían creado con la magia. Se alimentaban de lo que ella les daba.

—Su misma enfermedad los nutría —murmuró Matty Roh, haciendo una mueca.

—Lo que no entiendo es por qué había tantas clases distintas de umbríos —dijo Morgan de pronto—. Los de la Atalaya Sur, como Rimmer Dall y sus buscadores, parecían tener cierto control sobre sí mismos. Pero ¿qué me dices de las tristes criaturas del Pozo? ¿O de la leñadora y el gigante que nos encontramos camino de Culhaven?

—La magia les afectó de forma diferente —respondió Par, mirándolo de reojo—. Algunos salieron mejor parados que otros.

—Algunos se adaptaron —precisó Walker—. Pero otros no lo consiguieron, aunque lo intentaron. Y algunos de los que estaban en el Pozo eran hombres a quienes los umbríos les habían drenado la magia, los débiles dominados por los fuertes. ¿Recuerdas que los umbríos intentaban penetrar en tu cuerpo para convertirse en parte de ti? ¿Como la leñadora y la niña de la Cresta de Toffer?

«Como Rimmer Dall», pensó Par, pero no lo dijo.

—Necesitaban alimentarse para sobrevivir, y lo hacían donde y cuando se presentaba la ocasión. Utilizaban a los humanos que tenían a mano, así como la tierra que los sustentaba. Si la magia era potente, el aliciente de robarla era aún mayor. Una vez que los umbríos habían drenado la magia, esta hacía enloquecer a las criaturas de las que la habían absorbido y, en algunos casos, a los umbríos que se alimentaban de ella. Era una subversión muy destructiva.

Los umbríos nunca comprendieron por qué el poder que deseaban poseer les estaba vedado. Pero es demasiado peligroso jugar con la fuerza que da vida a la tierra y a sus criaturas.

Susurro salió de las sombras caminando con pasos lentos, chamuscado, cubierto parcialmente de sangre y con trozos de pelo arrancado. No parecía notarlos. Tenía el morro húmedo tras haber bebido en algún arroyo oculto entre los árboles. Los escudriñó brevemente con sus ojos luminosos y luego se acercó a Walker, se sentó y empezó a lavarse a lengüetazos.

—Rimmer Dall quería arrebatarme la magia de la Canción, ¿verdad? —preguntó Par, arrancando una flor silvestre que crecía junto a uno de sus pies.

—Quería algo más que la magia, Par. —Walker había cambiado de postura para ponerse más cómodo y Susurro lo miró para asegurarse de que no se iba—. Te quería también a ti. Quería convertirse en ti. Cuesta comprenderlo, pero los umbríos habían descubierto la forma de abandonar sus cuerpos y sobrevivir como espectros. La magia antigua les permitía hacerlo; la magia de la tierra les daba poder para ser lo que quisieran ser. Pero por eso mismo les faltaba identidad y anhelaban ser algo más que humo, así que utilizaban los cuerpos de los humanos y se deshacían de ellos cuando querían ser alguien o algo distinto. —Se echó ligeramente hacia delante—. Pero Rimmer Dall era el Primer Buscador, el más poderoso de los umbríos, y estaba ansioso por ser más que los demás. Decidió convertirse en ti, Par, porque tú le podías dar una juventud y un poder que nada tenían que ver con los de otros seres humanos. La magia de la Canción estaba evolucionando y él lo sabía. Es más, conocía el rumbo que estaba tomando esa evolución. Tu sangre elfa devolvía la magia a aquello que Brin Ohmsford había heredado de su padre, la magia nacida de las piedras élficas. ¿Recuerdas cómo luchó ella para impedir que el poder la destruyera? Rimmer Dall comprendía la naturaleza de esta magia. Era elfa, pero también tenía un lado umbrío. Si conseguía controlarla, podría hacer que sirviera a sus propósitos. Pero no podía hacerlo a menos que tú le ayudaras. La magia era demasiado potente, demasiado protectora, para permitir que te corrompieran a la fuerza. Necesitaba engatusarte para que le ayudaras, y eso fue lo que acabó por destruirlo: su obsesión por atraparte. Se entregó por completo a ello, dedicó todo su tiempo a encontrar un método que le funcionara: decirte que ya eras un umbrío, darte a entender que eras el mismo enemigo que perseguías, hacerte creer que habías matado a Coll y luego devolverlo a la vida, perseguirte y acosarte para convencerte de que sin su ayuda ibas a enloquecer.

»Su decisión se reafirmó al descubrir que Allanon te había enviado a buscar la espada de Shannara. Conocía tu magia desde vuestro encuentro en Varfleet, pero ahora sabía la manera de aliarse contigo en contra de su enemigo más poderoso. Necesitaba mantenerse cerca de ti para asegurarse de que no descubrieras la verdad, y tu magia le ayudó. Su origen estaba en los elfos y cada vez que confiabas en ella le decías dónde estabas. No bastaba para capturarte, pero le mantenía cerca de ti.

—Pero se equivocó respecto a la espada de Shannara —insistió Par—. Creía que yo era el único que podía utilizarla cuando en realidad estaba destinada a Coll.

—No creo que estuviera destinada a uno u otro, sino a los dos —replicó Walker, negando con la cabeza—. Pero era necesario que Coll la utilizara primero si querías salvarte de Rimmer Dall. Tenías que encontrar la manera de aceptar que, a pesar de que tus miedos respecto a la magia tenían una base real, tu destino no estaba escrito. Allanon se cuidó mucho de revelar el papel que iba a jugar Coll. Debía de saber que tenía que guardarlo en secreto.

—Tal vez sabía que los umbríos descubrirían en qué consistían las misiones y ocultó una —sugirió Morgan.

—¿Y qué pasa con las misiones? —preguntó Par—. ¿Cuál era su propósito? Sabemos por qué era tan importante recuperar la espada de Shannara, pero ¿y lo demás?

Walker respiró profundamente, desvió la vista hacia las llanuras durante un instante, pensativo, y luego se volvió de nuevo. Tanto sus conocimientos como su lógica le permitían adivinar antes que sus compañeros las verdades ocultas detrás de todo lo que había pasado, y se apresuraron a mirarlo a él en busca de una explicación. Previsión, comprensión, percepción y deducción: esas eran las habilidades que había recibido de los druidas, además del poder de la magia y la responsabilidad de emplearla con prudencia. Empezaba a comprender la carga que había soportado Allanon todos aquellos años.

—Las misiones tenían como objetivo algo más que la simple destrucción de los umbríos —dijo, eligiendo con cuidado sus palabras—. Debían darse varias circunstancias para que las Cuatro Tierras pudieran sobrevivir. Lo primero y más importante: era necesario comprender quiénes eran los umbríos y lo que se proponían, y lo que nos encargó Allanon conducía a esa comprensión. En primer plano estaban los talismanes que han ayudado a destruirlos: la espada de Shannara, las piedras élficas, la magia de la Canción y la espada de Morgan. Y de forma colateral estaban las magias que nos han permitido recuperar esos talismanes.

»Pero esos encargos también tenían el objetivo de fortalecer las Cuatro Tierras una vez desaparecieran los umbríos, de impedir que otros umbríos o criaturas como ellos regresaran. Los elfos han vuelto para restaurar un equilibrio que se había roto. Ellos son los sanadores de la tierra y de sus criaturas, los centinelas necesarios para mantener la magia a salvo y fuera de peligro. Cuando huyeron, no había nadie que impidiera que los umbríos robaran la magia, nadie que se diera realmente cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los elfos harán lo posible para impedir que eso vuelva a ocurrir.

»Y los druidas —continuó en voz baja— contribuirán también a ese equilibrio. Eso era algo que antes no entendía, algo que he aprendido al convertirme en uno de ellos. Los druidas son la conciencia de la tierra. No se limitan a manipular y controlar. Averiguan cuáles son los problemas que preocupan a la tierra y a sus habitantes y ayudan a solucionarlos. A veces puede parecer que se mueven por sus propios intereses, pero esta percepción errónea viene del temor que suscita su poder. Por supuesto, cada uno juzga por sí mismo, incluido yo, pero la razón de que existan los druidas tiene su origen en la necesidad de servir. —Hizo una pausa—. Si no fuera así, no podría ser uno de ellos.

—En otro tiempo no habrías podido serlo —respondió Par en voz baja.

—Eso queda muy lejos, Par —repuso Walker, suavizando la dureza de su mirada.

«Cogline estaría de acuerdo», pensó el joven del valle. El anciano enseguida habría reconocido la verdad que encerraban aquellas palabras. Cogline había visto pasar muchos años, muchas épocas sacadas de la memoria y convertidas en leyenda, como la desaparición de los druidas y su regreso o la transición del viejo mundo al nuevo. Cogline había sido el último de su casta y habría comprendido que la única constante de la vida era la inevitabilidad del cambio.

—Así que las criaturas oscuras han desaparecido de verdad —dijo Matty Roh de pronto, como si necesitara que alguien se lo confirmara, sin mirar a nadie en particular.

—Los umbríos han desaparecido —aseguró Walker Boh. Hizo una pausa con la mirada baja—. Pero la magia que los sustenta perdura. No lo olvidéis.

Damson se despertó y fueron a ver si estaba bien. Por encima de sus cabezas, la luz del sol brillaba con más fuerza a través de la neblina matutina y el aire se volvió más caliente y pegajoso. En las llanuras de abajo, las ruinas de la Atalaya Sur relucían humeando en el calor sofocante, y al poco tiempo adquirió el aspecto de un espejismo.

El mediodía llegó y se fue mientras el pequeño grupo descansaba en el frescor de las montañas cubiertas de bosque. Damson se despertó de su sueño para comer y beber algo y enseguida volvió a cerrar los ojos.

—Pronto se curará —había dicho Walker Boh—. Pronto volverá a estar bien.

Después de eso se durmieron, uno tras otro, oliendo las flores silvestres y la hierba fresca, reconfortados por el silencio del bosque. Tal vez fuera por agotamiento, pero Par pensó después que hubo algo más. Soñó que Walker hablaba con cada uno de ellos mientras dormían, que les pedía que recordaran lo que había dicho acerca de la magia, lo importante que era para la tierra. Que debían cuidarse (y aquí se dirigió sobre todo a Par) de darle a la magia que tenían un uso erróneo o descuidado. Que necesitaban mantenerla a salvo para cuando fuera necesaria; tenerla de reserva para cuando necesitaran utilizarla. Los tocó a cada uno de una manera que no era inmediatamente reconocible, pasando entre ellos en silencio y sin hacer ruido, y los dejó descansados y tranquilos. A medida que lo hacía, cambiaba de aspecto y a veces se parecía a Walker y otras, a Allanon. Le quitó a Coll la espada de Shannara. Para que no volviera a perderse, dijo. Ni Coll ni el resto del grupo protestó. La espada no les pertenecía a ellos, sino a las Cuatro Tierras.

Entonces Walker empezó a disiparse como una sombra a la luz del sol.

—Ahora debo dejaros, porque mis poderes curativos necesitan del Sueño del Druida —dijo.

Cuando se despertaron de nuevo era media tarde, el sol se había vuelto morado y escarlata y el bosque estaba silencioso y fresco. Walker Boh se había ido y no necesitaron que nadie les dijera que no iban a volver a verlo.

Poco después, los jinetes alados elfos y sus rocs aparecieron por el oeste, donde la luz se desvanecía poco a poco, llevando a Wren, a Padishar y a los demás que habían luchado en el Valle de Rhenn, y llegó la hora de las explicaciones.

Pasó el tiempo y el verano dio paso al otoño. El calor de mitad de año remitió a regañadientes, los días se hicieron más frescos, se acortaron y se volvieron más valiosos ante la perspectiva de la llegada del invierno. Las flores silvestres se marchitaron, las hojas empezaron a cambiar de color y una gama sustituyó a otra. Los pájaros emigraron hacia el sur y los vientos procedentes de las montañas se volvieron más gélidos. La luz se había vuelto brumosa y perezosa, y parecía descender del cielo en capas cómodas y suaves como mantas.

Coll Ohmsford volvió a su hogar en el Valle Sombrío para asegurarse de que Jaralan y Mirianna estaban bien y se sorprendió al enterarse de que la Federación había perdido interés en ellos hacía semanas. Se habían ido del pueblo y habían dejado tranquilos al matrimonio Ohmsford porque tenían otras cosas más urgentes de las que preocuparse. El reencuentro fue alegre y Coll les prometió que no volvería a viajar en mucho tiempo.

Par Ohmsford y Damson Rhee se dirigieron a Tyrsis, al norte, y se quedaron allí el tiempo justo para averiguar que el Topo había logrado sobrevivir a la persecución de los umbríos. Luego regresaron a Valle Sombrío en busca de Coll. Par ya había decidido lo que haría a continuación. Entre los tres abrirían una taberna en el norte, en una de las ciudades fronterizas de Callahorn, donde servirían buena comida, proporcionarían alojamiento agradable y, cuando lo requiriera la ocasión, entretendrían a los clientes con historias y canciones. Le había ocurrido algo al hechizo de la Canción al liberar la magia de la tierra prisionera en la Atalaya Sur. Solo era capaz de hacer lo que había hecho en otro tiempo: crear imágenes. Pero era suficiente para que Par y Coll pudieran contar historias como antaño. Coll se resistía a abandonar Valle Sombrío, por supuesto, pero Par creía que podría persuadirlo.

Los umbríos habían desaparecido de las ciudades de Callahorn y entre la población había un ferviente deseo de que también se fuera la Federación. Casi inmediatamente después, Padishar Cesta empezó a planear una revuelta de los nacidos libres para expulsar a los habitantes de la Tierra del Sur de aquella región para siempre. Les contó a los hombres que lo apoyaban que Callahorn había pertenecido en otro tiempo a sus padres. La Federación los había encarcelado y exiliado, y él había acabado en manos de una tía suya para que lo criara. Nunca había vuelto a ver a sus padres, pero había oído decir que su padre era conocido como el barón Cesta.

Morgan Leah cumplió la promesa que le había hecho a Steff y volvió a la Tierra del Este para unirse a la Resistencia de los enanos en su lucha contra la Federación. Matty Roh fue con él, sin preguntarse ya si esa era la decisión acertada, sin preocuparse más por el fantasma de Aurora. Morgan le dijo que quería que lo acompañara. Se reunirían allí con la abuela Elise y la tía Jilt y se quedarían hasta que los enanos volvieran a ser libres. Entonces regresarían a las Tierras Altas y él le enseñaría su cabaña en las montañas. Eso era lo que había dicho, pero ella pensó que tal vez le estaba diciendo algo más.

Wren Elessedil regresó a la Tierra del Oeste como reina de los elfos, consciente de la promesa que había hecho de que su pueblo recuperaría la vieja práctica de recorrer las Cuatro Tierras como sanadores. Con el respaldo de Triss y Tigre Ty, y ahora hasta de Barsimmon Oridio, no creía que el Consejo Supremo siguiera cuestionando su liderazgo. Escogería a sus sanadores de entre los Elegidos y no solo cuidarían los Jardines de la Vida y de Ellcrys, sino de toda la tierra. Al principio no serían aceptados, pero no se rendirían. Al fin y al cabo, los elfos no eran un pueblo dado a la rendición.

La guerra contra la Federación se recrudeció durante un tiempo, pero agonizó cuando los habitantes de la Tierra del Sur empezaron a regresar a su tierra natal. Sin los umbríos para influenciar al Consejo de Coalición y con la derrota de su ejército en el Valle de Rhenn, el interés en continuar la guerra empezó a declinar rápidamente. Los levantamientos de Callahorn y de la Tierra del Este provocaron una creciente insatisfacción con todo el programa expansionista de la Tierra del Sur y la Federación acabó por abandonar las tierras limítrofes.

Pasó el tiempo y las estaciones se sucedieron.

Paranor permaneció tranquilo a lo largo del otoño y del invierno, elevándose por encima de los oscuros bosques que lo rodeaban y cercado por los enormes picos de los Dientes del Dragón, una oscura masa de muros, parapetos, almenas y torres. De vez en cuando algunos viajeros pasaban de

largo, pero ninguno osaba entrar en la Fortaleza de los Druidas. La mayoría decían que estaba encantado, que era un patio de recreo para los espíritus, una cripta para las almas de los druidas muertos y desaparecidos. Algunos decían que un gato del páramo lo rondaba por dentro y a veces por fuera, negro como la noche y grande como un caballo, con ojos de fuego. Otros decían que el gato del páramo hablaba como un hombre.

Dentro de la fortaleza, Walker Boh dormía el Sueño del Druida sin que nadie lo molestara. Mientras su cuerpo descansaba, su espíritu recorría a menudo la tierra, volando con el viento hasta los confines más remotos, cabalgando sobre las nubes y las crestas de las olas. Walker soñó con cosas que habían desaparecido y cosas que estaban por venir, con lo que había sido y lo que debía ser. Soñó con un nuevo Consejo de Druidas, con una reunión con los hombres y mujeres más sabios de las Razas, con un fondo común de conocimientos que haría crecer y prosperar a las Cuatro Tierras. Soñó con la paz. Sus sueños llegaban más allá de los viajes que emprendía como espíritu, porque su imaginación no tenía límites.

De vez en cuando Allanon le hacía una visita. Estaba casi transparente a estas alturas, una oscura sombra convertida en fantasma, unas líneas cada vez más borrosas a contraluz. Hablaba con Walker, pero sus palabras tenían más que ver con los sentimientos que con los pensamientos. Se alejaba poco a poco del mundo de la luz y la materia y se adentraba en el de la vida después de la muerte. Parecía satisfecho con este viaje, en paz consigo mismo.

Y a veces, cuando Walker tenía el corazón tranquilo y la mente en reposo, Cogline también iba a verlo. El anciano se acercaba a él, con el pelo ralo y desordenado, el cuerpo convertido en un saco de huesos, los rasgos de la cara afilados y los ojos transparentes, y asentía con una sonrisa.

—Sí, Walker —decía—. Has hecho lo correcto.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.